

Kristel Ralston

*Bajo tus
condiciones*



zafiro[♥]

Índice

Portada
Mención
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Más sobre la autora
Biografía
Créditos

Novela finalista *Premio Leer y Leer 2013*

*Para todos aquellos que están dispuestos a creer en los finales felices y perseveran cada día
para convertir sus sueños en realidad.*

Capítulo 1

Londres

Durante un largo rato estuvo contemplándose en el espejo. Los ojos verdes ligeramente maquillados lucían más grandes, y mostraban el brillo de la inocencia. Emma Connely sentía gran expectación ante la noche que tenía por delante.

Con tanta insistencia por parte de su madre, decidió asistir a una de las famosas fiestas que solían darse en su casa. No eran más que reuniones de negocios trasladadas a otro escenario; no le agradaban. Ir de fiesta de modo constante no era lo suyo, aunque, cuando una prometía ser memorable, Emma no rechazaba la invitación. Esa noche, sin embargo, no quería estar presente, pero no le quedaba otra.

Con un suspiro eligió su atuendo: cómodo, elegante y práctico.

El vestido negro sin mangas dejaba al descubierto sus delicados hombros. El escote en forma de corazón acogía unos pechos generosos, mostrándolos con delicadeza en su esplendor. El largo del vestido caía con soltura hasta varios centímetros por encima de sus rodillas y se combinaba perfectamente con zapatos de tacón en color *nude*. Pensaba llevar el cabello recogido en un elegante moño alto, dejando sueltos algunos bucles alrededor del cuello; así luciría una apariencia descuidada y sexi al mismo tiempo.

En otras ocasiones, cuando se enteraba de que había una de estas celebraciones, solía quedarse a dormir en casa de Alette Cassinelli, su mejor amiga, pero en esos momentos estaba fuera de Inglaterra. Ambas tenían veintiséis años y mucho entusiasmo por la vida.

A diferencia del cabello rojo de Emma, su amiga tenía la melena negra y ojos color chocolate. Toda ella era herencia de una madre marroquí y un padre inglés con ascendencia italiana. No solo eran distintas físicamente, sino también en el carácter y la personalidad.

Alette era más aventurera y desinhibida, y prefería la ciudad al campo. Emma, en cambio, amaba estar rodeada de naturaleza y era más prudente, pero tenía la costumbre de rebatirlo todo siempre, en especial si su orgullo se veía afectado; no se dejaba amedrentar con facilidad.

Se habían conocido durante una fiesta infantil, diecinueve años atrás. Ambas tenían siete en aquel entonces. Todas las niñas del encuentro, seguramente por comentarios realizados por sus padres, ignoraban con intención a la risueña Alette. Quizá porque en la sociedad de la clase alta londinense surgió el rumor de que su padre, en realidad, era otro, y que su madre, Vivienne, se había casado con el recién enviudado Matt Cassinelli por su dinero, mientras el cuerpo de su

esposa aún estaba tibio bajo la tumba; la acusaron de oportunista. Sí. Fue un proceder muy hipócrita y arcaico de aquella gente.

Alette sufrió las consecuencias de ese estigma. La aislaban en las reuniones, porque su madre no era bienvenida. Sin embargo, la fiesta que se celebraba aquel día era para festejar el cumpleaños de una chiquilla de Southampton que se había mudado hacía poco a la capital británica, y su familia no tenía ningún interés en los rumores que circulaban en torno a otras personas.

En esa época, la gente solía ser poco tolerante cuando el escándalo venía dado por lo que ellos denominaban «nuevos ricos», y no por familias de raíces británicas tradicionales. Aunque las víctimas de las murmuraciones no duraban demasiado tiempo bajo escrutinio, porque siempre llegaba algún «nuevo rico» con el cual ensañarse.

Cuando Emma llegó a aquella fiesta en el automóvil de su familia, todas las niñas se acercaron a saludarla, al igual que las madres que habían acudido con sus hijas, aunque no para cuidar de ellas, sino para enterarse de los últimos cotilleos de sociedad, y saber si la fiesta de esa ocasión estaba «a la altura».

A ella no le gustaba sentir que se rechazaba a alguna compañera; a su corta edad no entendía el tema de los prejuicios. Emma creía que separar a una niña y no permitirle jugar como las demás era injusto. Así que cuando observó a una morena de ojos color chocolate sentada sola en un rincón, con un vestido verde musgo y el cabello lacio delicadamente peinado, apartó a las chiquillas que parloteaban a su alrededor y acudió a su lado.

Cuando ambas pequeñas se miraron a los ojos y se sonrieron, supieron que su amistad acababa de empezar. Con ese gesto de Emma, a las demás niñas no les quedó otro remedio que incluir a la pelinegra y a la pelirroja en sus juegos; a las dos por igual.

Desde aquella tarde, Alette fue una visita constante en casa de los Connely, así como Emma en la de los Cassinelli. Vivieron juntas la experiencia de la escuela primaria y secundaria.

Los años pasaron, y ambas habían optado por estudiar dos carreras distintas. Alette eligió ser diseñadora de interiores y decoradora; el anhelo de Emma fue especializarse en psicología infantil.

Emma estaba terminando de ajustarse la última horquilla en el cabello rojizo ondulado cuando llamaron a la puerta de su habitación.

—Em, tienes que bajar ya. Han comenzado a llegar los invitados y esta noche se hará un importante anuncio para nuestra familia —le dijo su madre, quien utilizó el diminutivo que solían emplear los amigos y familiares con Emma.

Catherine Spencer, con más de medio siglo de vida, conservaba su belleza y aplomo; además, poseía una envidiable sagacidad para los negocios. No en vano su esposo, Rory Connely, la llamaba cariñosamente su caballo de Troya, porque, siempre que necesitaba un consejo o una observación, Catherine acertaba con una idea que por ningún motivo se les hubiera ocurrido a otros.

—En dos minutos estoy lista.

Dio un último vistazo al escote trasero de su vestido, de espaldas al espejo y mirando por encima del hombro.

«¡Perfecta!», sonrió complacida con su apariencia.

—De acuerdo, Em. Y, por favor, procura controlar ese genio tuyo, que vienen personas importantes para nuestros negocios.

—Sí, madre —contestó la joven a regañadientes, con las manos en su esbelta cintura—. Lo intentaré al menos... —murmuró para sí misma.

El salón de baile de la familia rebosaba elegancia. Las hermosas lámparas de araña que colgaban del techo le daban un toque místico y medieval, acentuado por el parqué de madera del suelo. El decorado de la ocasión, en tonalidades rojas, negras y blancas, estaba distribuido con una exquisita sutileza en cada elemento, y hacía de la estancia un espacio espléndido para esa noche.

La comida había sido preparada por uno de los mejores chefs del momento. En cuanto al licor, predominaban vinos de excelentes cosechas e interminables botellas de Dom Pérignon.

Los jardines exteriores de la residencia rodeaban una preciosa y amplia fuente iluminada; también había velas sobre hermosos candelabros de talle alto, cuyas llamas danzarinas conferían un aspecto casi real a las estatuas que adornaban el entorno. Los invitados de esa velada eran gerentes de cada una de las sucursales de Healthy & Easy, propiedad de los Connely, en el Reino Unido. A modo de cortesía, se convocó también a los exgerentes de las filiales de Francia y España. Todos se habían dado cita para recibir el anuncio corporativo más esperado de los últimos meses.

H&E, el nombre comercial, era una cadena muy prestigiosa en el área industrial, y manejaba el rentable negocio de la venta de comida congelada de altísima calidad. Ofrecían desde los platos más exóticos hasta los más tradicionales. Fue un *boom* en la época en que Rory la fundó, pues fue uno de los pioneros en esa línea de negocio.

Al poco tiempo de haber inaugurado su primera tienda, Rory se dio cuenta de que la demanda aumentaba a un ritmo vertiginoso. Aquello lo llevó, en pocos años, a abrir más de veinte sucursales en el Reino Unido y otros países de Europa, convirtiendo así a los Connely en una familia muy adinerada.

Sin embargo, desde hacía dos años, los niveles de ingresos habituales descendían de manera inexplicable, reduciéndose un considerable quince por ciento con respecto a cada año precedente. Podría atribuirse a una mala racha, quizá a la crisis del mercado; no obstante, el porcentaje de pérdida era demasiado elevado. No era normal lo que ocurría.

Los flujos de dinero necesarios para mantenerse a flote se estaban obteniendo de los ahorros familiares, lo que los llevó casi a la quiebra, pero era lo que debían hacer para no tener que dejar a los más de tres mil empleados sin sustento. Con el paso de los meses les fue imposible sostener el ritmo, por lo que se vieron obligados a vender las sedes españolas y francesas, para poder mantener así las de Gran Bretaña.

El hermano mayor de Emma, Trevor, que le llevaba nueve años, era el encargado del área financiera y controlaba el negocio desde la central, en Londres. Viajaba constantemente a otras ciudades en las cuales la compañía familiar tenía oficinas. Desde muy pequeño destacó con los números y ganó una beca para estudiar Economía en la Universidad de Oxford; allí logró forjar una sólida amistad con Christian Hawthorne, el heredero del imperio Art Gourmet, una

renombrada cadena de restaurantes especializados en comida mediterránea.

Se decía que Christian era el hijo ilegítimo de Bruce Hawthorne, un importante empresario y heredero original de Art Gourmet, que había muerto en un accidente de helicóptero junto con su mujer, mientras se trasladaban a su casa de vacaciones en Saint-Tropez. No dejó descendencia, aparte de Christian, pero nunca había existido una relación paterno-filial entre ellos. Sin embargo, se rumoreaba que fue el abuelo del chico, Lionel Hawthorne, quien lo involucró en el negocio familiar de la comida gurmé, convirtiéndose en su guía y mentor.

«Christian Hawthorne.»

A Emma, el nombre le provocaba una suerte de escalofríos, tanto o más que el hombre en carne y hueso que lo ostentaba. Lo había visto por primera vez cuando era solo una chica de diecisiete años, y él tenía veintiséis. Fue en el transcurso de una tarde en la que su hermano había invitado a casa a todos sus compañeros y amigos de Oxford.

Ella solía ser bastante curiosa a esa edad y le gustaba conocer aquello de lo que se la pretendía mantener apartada: lo que hacía su hermano, generalmente. Trevor nunca la había presentado a sus amigos. ¡Como si ella fuera un bicho raro!

Recordaba con claridad aquel capítulo de su vida.

—¡Emma Victoria Connely! —El tono de voz de su rubio hermano la detuvo cuando se disponía a salir con su pequeño libro bajo el brazo—. No te atrevas a bajar ni un escalón más de esas escaleras para ir al jardín. No tengo ánimos de darme de golpes con ninguno de mis amigos por tu culpa —la advirtió Trevor a la vez que movía su dedo amenazadoramente muy cerca de su nariz.

Ella murmuró por lo bajo algo sobre lo obstinados y cabezotas que suelen ser los hermanos mayores. Lo miró con el ceño fruncido y lanzando chispas por los ojos.

—No soy una niña, así que nadie tiene por qué meterse conmigo. Estamos en la civilización. ¿Recuerdas? ¿Siglo XXI? —Gesticuló con la mano de un modo sarcástico.

—Emma —insistió él al ver la reticencia de su hermana—, prométemelo.

—De acuerdo. Lo prometo... —concedió ella con una mirada que resultaba poco convincente. Lo miró con suspicacia, luego se dio la vuelta y corrió escaleras arriba. Cerró con fuerza la puerta de su habitación. «No me serviría de nada discutir con él», pensó enfurruñada.

«Si mi hermana fuera consciente de lo hermosa que se ha puesto con los años, entendería por qué no se la presento a mis amigos», se dijo Trevor.

A pesar de tener solo diecisiete años en aquel entonces, Emma se estaba convirtiendo en una adolescente muy guapa, con una envidiable cabellera rojiza ondulada. Ella la odiaba, pero su madre le decía que era un rasgo distintivo de sus antepasados irlandeses y que más le valía honrarlos aceptando, al menos, su herencia genética.

Por otra parte, estaba harta de las negativas de Trevor para todo lo que ella pedía. Ir a sus fiestas, no. Que la acompañara al cine, no. Que le enseñara a conducir, no. Que le prestara su telescopio, no. ¡Diantres! ¡Ni siquiera un maldito telescopio!

Aunque, para ser sincera, en realidad solo lo hacía para fastidiarle las noches, porque sabía lo mucho que a Trevor le gustaba descifrar las constelaciones; era un *hobby* y ella lo detestaba. «¡Constelaciones! ¡Bah!» Un día escondió el dichoso aparato y su hermano, a regañadientes, tuvo

que enseñarle a conducir para que se lo devolviera. Una victoria siquiera.

Los pocos momentos en los que podía relacionarse con alguien del sexo opuesto era cuando pasaba de visita por las oficinas de H&E. Le gustaba compartir sus ideas cuando se sentaba en el escritorio del viejo contable, Tim Richardson. Él se encargaba de darle conversación y elogiar cualquier comentario bobo que realizara, pues era la hija del jefe.

Luego tocaba la hora de volver a casa y en el camino de regreso la acompañaba siempre Brigitte, la hija de Edward Perkins, el gerente de sistemas. Iban juntas al colegio, aunque su amiga le llevaba tres años. Le decía que era como su hermana menor, lo que le hacía gracia. Compartían solo ese tiempo de regreso a casa, y se convirtió en un hábito agradable.

Los fines de semana, cuando iba al club con sus padres, siempre se encontraba con Douglas McDermont, que la chinchaba por el color de su cabello; además, tenía que soportar a Tom Wicked, que intentaba darle un beso cada dos por tres cuando se descuidaba. Menos mal que jamás acertaba, porque la sola idea le repugnaba. Ese par de chiflados tenían dieciocho y diecinueve años respectivamente, pero ella se sentía incómoda y fastidiada si los tenía cerca. Eran dos chicos molestos.

No estaba dispuesta a que su primer beso fuera con algún idiota.

Cuando no podía más con ese par y se le agotaba la paciencia, se escabullía en el vestidor de damas del área de golf y escuchaba las aventuras que alguna bocazas soltaba sobre infidelidades, la falta de atención de sus esposos y otros líos maritales. Ella, con los ojos abiertos como platos, daba buena cuenta de los chismorreos para contárselos luego a Alette.

Se podría decir que con tanta información algo iba aprendiendo de la relación entre un hombre y una mujer; no era una mojigata, así que aprovechaba para retener lo que podía y luego reírse un poco de las anécdotas ajenas.

Y fue el ánimo combativo en ella, el que la llevó a desafiar a su hermano esa tarde mientras estuvieran sus amigos alrededor. «Oh sí, Emma Connely haría una de aquellas cosas que habitualmente no estilaba: ir contra el sentido común. ¿Qué haría Trevor cuando la viera?» Sonrió ante aquella perspectiva. Si podía molestarlo un poco, no iba a desaprovechar la ocasión.

No contaba con que la sorpresa se la iba a llevar ella.

Una vez que hubo cerrado la puerta de su habitación, y dejado a Trevor echando humo, se vistió con una falda verde, que combinaba con sus ojos, y una blusa blanca sin mangas. Como ese día se sentía algo intrépida, se puso debajo el bikini más atrevido que encontró. La tela de la parte superior amoldaba sus senos dejando a la vista un atisbo de ellos y permitía imaginar su tamaño real; la parte inferior del traje de baño la ayudaba a realzar la cintura y las piernas. Lo que Emma no alcanzó a ver en el espejo era que no parecía en absoluto una niña inocente de diecisiete años, sino toda una mujer.

Esperó a que el ruido incesante de la música hiciera eco con la mezcla de las voces varoniles; alguna que otra chica se reía. Respiró profundamente para coger confianza. Se calzó las sandalias y bajó las escaleras como si fuera la dueña del mundo.

Dudó un instante, justo cuando estaba cerca de las puertas de vidrio que daban acceso al jardín, desde donde se veía la piscina. Las muchachas que estaban alrededor eran bonitas y con una figura envidiable. Emma se encogió un poco. «¿Y si luzco mal con este traje de baño?»

Siempre sentía como si su cuerpo tuviera algo de más. Alette le decía que cualquiera envidiaría tener su figura, pero Emma creía que tenía demasiado pecho, y un trasero que no armonizaba con su fina cintura; además, el universo no la había dotado de la estatura de Alette, así que medía apenas un metro con sesenta y nueve centímetros.

Mientras continuaba mirando a hurtadillas hacia el jardín, una voz profunda resonó detrás de ella.

—¿Buscando a alguien en especial?

«¡Maldición! ¿Y ahora qué se supone que debo hacer?» Se dio la vuelta como si no hubiera estado más que arreglando algún imperfecto en la cortina y sonrió lo más sinceramente que pudo. La sonrisa se le quedó congelada cuando elevó el rostro.

Un par de hermosos ojos azules, los más azules que hubiera visto jamás, la miraban. Y su dueño, quienquiera que fuese, era la representación misma de lo que las palabras «guapo», «sexí» y «varonil» significaban. Y eso que ella tenía solo diecisiete años, así que su experiencia con el sexo opuesto no era precisamente amplia.

—Si te has extraviado, me encantaría acompañarte —dijo, y le sonrió.

Después de todo ese tiempo vinculado a los Connely, él finalmente se topaba con una interesante oportunidad de conocer al miembro de la familia que le faltaba: Emma. Habían pasado muchos años desde la primera vez que la vio. Ella no lo recordaba, lo que jugaba a su favor.

—Parece que no nos conocemos. Así que... —empezó a decir Emma mientras intentaba alejarse.

—Ah, pero eso va a cambiar ahora mismo —comentó él adivinando sus intenciones—. Christian Hawthorne. —Le hizo una reverencia burlona—. ¿Ahora sí puedo decir que nos conocemos?

—Emma —completó cortante.

—Emma —repitió él como si estuviera meditando cada letra. «Así que la hermana de Trevor tiene su geniecito», pensó—. ¿Tu plan es quedarte aquí espionando a ver qué sucede en la fiesta o vas a unirte a ella?

Le extendió la mano a modo de invitación, mientras le sonreía. Emma se quedó perpleja. «Es solo un hombre», se decía, y dudaba si aceptar o no la mano que le tendía. Reparó en aquellas manos: bien cuidadas, fuertes y grandes, con unos dedos largos muy masculinos.

«¡Es más guapo que el mismo diablo!» Un cabello negrísimo, ojos azules como el agua del estanque más profundo, unos labios... Oh, por Dios, nunca se había sentido tan tentada de pasar los dedos sobre los labios de alguien como en ese momento; su nariz aquilina y aristocrática, el mentón fuerte y definido, la piel bronceada por el sol... y podría continuar.

Él levantó una ceja de modo interrogante.

—Y, ¿te gusta lo que ves? —preguntó con sorna.

El color rojo se convirtió de súbito en la marca de su rostro, cuando se percató de que la había pillado estudiándolo de arriba abajo.

—Trevor no sabe que he venido —le confió, desviándose del tema inicial—, pero no se lo vas a decir, porque prefiero darle una sorpresa.

Él la miró con cierto aire de complicidad.

—Depende... Si aceptas acompañarme a la fiesta, probablemente no arruine tu sorpresa. Además, nos rodean más de cien personas en este lugar y dudo de que tu hermano se dé cuenta de tu presencia, o ausencia.

Ella no conocía a nadie, así que no era un mal inicio. «¿Qué tengo que perder?», razonó.

—De acuerdo —concedió, posando su mano tímidamente sobre la que él le ofrecía.

Aunque fuera imposible, la sonrisa de Christian se hizo más amplia. Era como si el sol le hubiera brillado a Emma en la cara.

Él la guio unos pocos pasos más adelante y atravesaron el *hall* que daba a la piscina. Cuando llegaron al patio, Emma se soltó con sutileza. Él lo notó, pero no dijo nada. «Más tarde», se recordó satisfecho.

El contacto de Christian la ponía nerviosa. ¡Era tan extraño aquello que le estaba ocurriendo! Por un momento pensó en no quitar su mano de aquella otra tan bronceada, pero luego el impulso superó la cautela. Al tocarlo había sentido como si una estimulante corriente física se hubiera cruzado entre ambos. Se preguntó si él habría tenido la misma sensación.

El clima de esa tarde resultaba delicioso. La primavera era la época del año favorita de Emma. Mientras se perdía en absorber el ambiente de su propio jardín, se percató del modo que tenían algunas invitadas de mirar a Christian. Aquellas mujeres lo desnudaban con los ojos. Ella medio las entendía, o intentaba hacerlo; quizá se debía a que ese hombre era la imagen de un dios griego que vivía en la edad moderna, vestido con un pantalón casual y una elegante camisa negra, una indumentaria que a cualquier otro lo haría parecer soso. Causaba una impresión absolutamente masculina e imponente.

Una de aquellas miradas femeninas en particular correspondía a una guapa morena de curvas para nada egoístas. Empezó a acercarse a ellos con paso firme. Emma se sentía como el patito feo. «Oh, mi pelo tan rojo», lamentó.

—Si algo te preocupa, me lo puedes decir —comentó Christian al verla tan silenciosa—. De hecho, parece como si estuvieras arrepentida de haber aceptado mi compañía —añadió para pincharla.

—No me retracto de las decisiones que tomo —respondió Emma sin asomo de duda en la voz, mirándolo de un modo tan desafiante como él le había hablado.

—Es bueno saberlo... —Christian ladeó la cabeza y tocó una hebra del cabello rojizo. Luego bajó la mano rápidamente como si se arrepintiese de haberlo hecho—. Además, es interesante conocer a una chica de carácter decidido, sobre todo cuando has oído esas historias que tan fácilmente se le escapan a Trevor acerca de una pequeña despistada de cabellera de fuego... —Le hizo un guiño.

«¿Cabellera de fuego?» Nadie le había descrito así su pelo... Le gustaba que pensara eso. Le gustaba él.

Seguro que el tonto de su hermano le había contado la historia de aquella vez que fueron a Hyde Park y, en medio de una comida familiar, por estar distraída, su bicicleta y ella fueron a dar directos al Serpentine. Para rematar su suerte de aquel día de verano, cuando intentaba secarse resbaló con una toalla mal puesta y cayó de bruces sobre la comida que estaba dispuesta a modo de picnic, arruinando con ello el día de descanso familiar. Todos tuvieron que ir a un restaurante,

sin ella.

—Los accidentes nos pasan a todos —replicó sonrojada, y anotó mentalmente: «desquitarse de Trevor».

—Estoy de acuerdo —comentó Christian sonriente—. ¿Dónde está tu hermano, Emma?

—Si lo supiera, no estaría manteniendo esta clase de conversación contigo.

Él se rio, y a Emma le fascinó su risa, pues le daba la impresión de que no solía reír muy a menudo.

—Me encantaría continuar esta entretenida charla a tu lado —Christian tiñó de ironía sus palabras—, pero tengo que atender otros asuntos más importantes. Si encuentras a Trevor, dile que le quedan exactamente quince días —puntualizó en un tono distinto al burlón y amable que ella había escuchado hasta ese momento.

Luego Christian desapareció de su vista, sin darle tiempo a replicar a su grosería, ni a preguntarle qué había querido decir. Emma puso los ojos en blanco y decidió andar por su cuenta. Cuando empezaba a alejarse, se fijó en que Christian miraba con especial atención a una mujer que se movía sugerente y se le acercaba con un poco disimulado coqueteo. «¡Bah! Allá ellos», se dijo; pero sabía que se estaba mintiendo. La intrigaba ese hombre. Mucho más de lo que le hubiera gustado.

«Mejor busco a Trevor y le doy el mensaje de Christian. De paso averiguo de qué se trata.»

Su dichoso hermano parecía no haber asistido a la celebración. Después del encuentro con Christian pasó las dos horas más entretenidas en meses. Algunos chicos se le acercaron para bailar con ella; Emma aprovechó para conocerlos y hacer de buena anfitriona hasta que el infame de su hermano se diera por enterado de que había organizado una fiesta y se dignara aparecer.

Algunas chicas le alabaron su buen gusto con la ropa, y la invitaron a próximas fiestas. Se portaban de forma realmente agradable. A medida que pasaba el tiempo, su ímpetu por fastidiar el día a Trevor se iba borrando y era reemplazado por las ganas de divertirse. La gente a su alrededor parecía animarse cada vez más; los vasos de vino y cerveza corrían de mano en mano, al igual que la comida.

Se alejó en cierta medida del ambiente festivo, pues prefirió refrescarse un poco. Se descalzó, para estar más cómoda. Luego se encaminó a uno de los lugares más apartados del bullicio, con lo que consiguió, sin proponérselo, una vista bastante privilegiada de lo que ocurría a su alrededor.

Por ejemplo, podía ver a aquel gigante de cabello caoba riéndose a carcajadas cerca de la barra instalada dentro de la piscina a modo de estación de bebidas, así como a la rubia de traje gris que enumeraba apasionadamente varios puntos con los dedos en una conversación. De pronto, la figura de su hermano pasó extrañamente y con expresión huraña en el rostro, entre la gente, y volvió a desaparecer no bien entró en escena. Extraño comportamiento en él.

Entonces, no sabría decir si para su mala o buena suerte, vio a Christian. Al parecer estaba discutiendo con la morena que se le había acercado al principio, y ahora estaban ubicados en un lugar en el que no podían ser vistos por otros fácilmente. Oh, pero ella tenía una panorámica en diagonal estupenda. Vio cómo Christian le entregaba un paquete a la mujer, y quizá a ella no le hizo ninguna gracia, porque ignoró deliberadamente lo que le ofrecía. En cambio, se acercó con coquetería a Christian tomándolo desprevenido, y empezó a besarlo con osadía.

Él colocó la mano en la estrecha cintura y apartó a la mujer de su lado, sosteniéndola con fuerza de los brazos para poner distancia. Ella no se dio por vencida e intentó llegar con sus dedos hasta una parte que Emma jamás se hubiera atrevido a tocar. Por sorpresa, Christian la agarró de la muñeca, deteniéndola antes de que consiguiera su objetivo. Le dijo algo al oído que hizo que ella bajara la mirada y optara por alejarse.

Emma, sintiéndose incómoda con la situación ajena, apartó la vista. Se encaminó hacia uno de los asientos de piedra con decorados medievales que estaba debajo de un frondoso árbol. Se recostó a lo largo del banquillo. Las luces de la casa empezaban a encenderse y el cielo estaba oscureciendo. Cerró los ojos.

Empezó a imaginarse cómo sería en unos cuantos años, cuando tuviera su consulta particular como psicóloga infantil, instalada en Londres. Pretendía tener una sala especial para que los pacientes se sintieran más cómodos, y una cocina y un salón grandes para organizar eventos internos y convenciones. Su sueño era tener una fundación.

Aunque era consciente de que de ese modo no ganaría todo el dinero preciso para disfrutar de los lujos a los que estaba acostumbrada, prefería la satisfacción de introducir algún cambio en la vida de los niños que acudiesen a ella. El lujo no le era indiferente pero, después de tanto tiempo rodeada por ese estilo de vida, sentía que, si llegase a faltarle, no la afectaría en absoluto.

—Afortunado quien ocupa tus pensamientos hoy.

Emma se acababa de incorporar de un brinco, y estaba preguntándose si tal vez no se habría quedado dormida, cuando aquel tono de voz la sacó de sus ensoñaciones.

Christian la había encontrado allí hacía algunos minutos, pero optó por observarla silenciosamente. Su belleza era cautivadora. Le gustó mucho el brillo particular que vio en sus ojos cuando le hablaba; decía cada palabra con un toque de pasión. Si a los diecisiete años mostraba esa hermosura, no quería ni imaginársela dentro de unos pocos más. «Lástima que sea una Connely.»

No podía entretenerse con un bonito rostro que pedía con la mirada, sin saberlo, una promesa de algo verdadero e imperecedero. Y menos aún si el destino de ambos estaba marcado y, además, el apellido de la muchacha era el objetivo de sus planes. Aún no había hallado las pruebas que le permitirían, con un sólido argumento, vengarse de esa familia, pero sin duda lo haría; tarde o temprano lo haría.

A pesar de las advertencias de su cabeza, decidió continuar con sus gestos amables. «Será un momento sin importancia alguna. Ella es una mujer común, ni más ni menos.»

—¿Qué me respondes, Emma?

Ella parpadeó.

—Es de mal gusto asustar a otros de esta manera. No entiendo el porqué de hacerlo. Es una maldita costumbre que tiene mi hermano —se quejó, mientras se arreglaba el alborotado cabello y acomodaba mejor su cuerpo en la banqueta.

La luna apareció, tenue, en el cielo, como si estuviera coqueteando con las nubes grisáceas y el firmamento londinense. Ya empezaba a sentirse en la atmósfera el aire fresco.

—Entre amigos aprendemos muchas cosas, aunque no siempre las mejores —replicó Christian más para sí mismo que para ella—. ¿Por qué te has alejado tanto de la fiesta? Está en su mejor

momento. Al menos puedes analizar si alguno que otro tiene traumas infantiles, ya que Trevor dice que en la universidad quieres licenciarte en psicología infantil.

—Me gusta estar sola de vez en cuando —respondió Emma mientras él se sentaba a su lado—. Y te pido que no te mofes de mis aspiraciones profesionales, no tienes ningún derecho a hacerlo.

Emma miró hacia el frente. No quería que sus miradas se encontraran. La cercanía de él la ponía nerviosa, y sus comentarios desubicados la incomodaban.

—De acuerdo —fue toda su contestación, y también el modo de aceptar cambiar el tema.

«El bellaco no sabe pedir disculpas. ¿En qué planeta habrá nacido?», se preguntó Emma frunciendo el ceño.

—Has debido bailar con algunos amigos esta tarde, y estás en una fiesta. Lo cual contradice lo que me has dicho sobre tu gusto por la soledad. Además, una muchacha tan bonita como tú no debería estar sola, sino aprovechar para conocer a más personas. Eres muy joven.

«¿Que *ella* era bonita?»

—¿Igual que tú, que estabas ocupado con una mujer en particular? —Al instante de soltar la pregunta se arrepintió. Ser acusada de entrometida no le parecía atractivo en absoluto.

—Eres curiosa... Me pregunto qué fue lo que observaste —comentó Christian con una media sonrisa. Y se giró hacia ella, que mantenía la mirada al frente.

Aquellos sonrojos continuos cuando estaba con él la avergonzaban. «Espero que no se me note.»

—Yo no...

Christian la interrumpió con un gesto, y ella se vio obligada a dejar de mirar hacia delante para fijar sus ojos en aquel rostro que le causaba cosquilleo en toda la piel.

—Además del gusto por analizar, diríamos que también tienes inclinación por espiar a las personas, ¿eh?

La mirada que le dirigió Christian la cohibió. La calidez que inicialmente creía haber visto en esas gemas topacio desapareció. No quería ahondar en la emoción que leía en los preciosos ojos rodeados por tupidas pestañas. Al tiempo que la cautivaba, le causaba cierta aprensión.

El corazón se le aceleró.

—Estabas en mi panorama visual... yo... —No supo qué responderle. ¿Qué le podía decir? ¿Que se quedó embobada viéndolo? No. ¿Que le resultaba complicado explicarlo, porque, aunque apenas lo conocía, su mirada o cercanía le aceleraban el pulso? No.

Se quedó callada.

Él, en cambio, la observó con curiosidad e hizo algo diferente de lo que Emma podía esperar. Le dedicó *esa* sensual media sonrisa, acercándose más a su cuerpo, e inclinó lentamente la cabeza hasta que sus bocas estuvieron muy cerca. Ella iba a protestar, pero Christian no le dio tiempo y la besó.

Si alguien le hubiera contado que un beso podría hacerla sentir como si una corriente eléctrica la traspasara por completo, se habría burlado. Sin embargo, lo que sentía en ese instante en que los labios de Christian se acoplaban a los suyos era exactamente eso. «¡Su primer beso!»

Él se mostró considerado al principio; acariciaba los labios de Emma primero con la lengua, luego los tomaba suavemente y los mordía. Con la mano rozaba su mejilla, maravillándose de la

sensación de tersura del contacto. La cadencia de los movimientos era embriagadora. Emma sentía que se podría dejar llevar indefinidamente por el sabor de esa boca que la atrapaba con decisión. «¿Será siempre así besar a un hombre?»

Suspiró e intentó alejarse de Christian, y abrió los ojos para tratar de quitarse la bruma embriagadora que la envolvía. Él no la miraba con burla ni dureza, sino con anhelo de algo que Emma no pudo descifrar. Un escalofrío le recorrió la espalda, y abrió la boca para protestar, pero lo único que consiguió fue que una lengua aterciopelada y cálida se introdujera entre sus labios, colmando su boca con sensuales atenciones.

Mandó al diablo la cordura, y su lengua también inició un juego que se amoldaba al de Christian. Ambos respondían a esa sincronía como si ese momento entre ellos hubiera estado destinado a suceder desde siempre.

Christian se quedó asombrado cuando advirtió que lo que iba a ser un simple beso para que la curiosa muchacha dejara de hablar, se transformaba en toda una experiencia sensual. Su intención no había sido besar a la hermana del dueño del imperio que él quería dirigir, pero Emma era una tentación a la que no se pudo resistir. Y su sabor era como un afrodisíaco. Tentador, pero también peligroso.

Emma se olvidó de cualquier pensamiento que no tuviera que ver con disfrutar del instante, y Christian acercó la mano a la suavidad de la nuca para atraerla más hacia él. El aroma floral que desprendía aquel cabello rojo y ondulado impregnó todos sus sentidos.

Ella intentó separarse, por segunda vez, pensando que ya había demostrado suficiente debilidad. Se puso de pie casi de un brinco, y él la siguió, incorporándose con deliberada lentitud.

—Solo es un beso, no tienes por qué tener miedo de mí —dijo mirándola fijamente, aunque sabía que le estaba mintiendo. Emma tenía muchos motivos para temerle. Y ese no era un mero beso, sino un anticipo de lo que podría ser su pérdida de cordura.

Ella volvió a cerrar los ojos, confiando en sus palabras cuando él acarició su mejilla. Su mirada se veló como reacción a la cálida sensación que se extendía por todo su cuerpo al tenerlo tan cerca. Christian la tomó de la cintura para rodearse de la calidez que ambos desprendían, y luego recorrió con la lengua el contorno de la provocativa boca de Emma, quien emitió un suspiro involuntario como respuesta.

Él se adueñó con más erotismo y profundidad de su boca, y Emma enlazó los brazos alrededor de su cuello para sostenerse, inhalando su olor natural, que era una mezcla de bosque y masculinidad. Aprovechó para acariciar con sus dedos los sedosos cabellos de Christian y se dejó envolver por la sensación placentera, a pesar de que la evidencia del deseo masculino estaba presionada contra su feminidad y eso debería haberla alarmado por su inexperiencia, pero no era mojigata y tenía claro que no quería llegar demasiado lejos. Además, él parecía no tener intención de hacer nada más que besarla, frotar su cintura con los dedos y quizá, solo quizá, subir esas manos cálidas cerca del contorno inferior de sus pechos. Eso la hizo sentir atrevida, pero no amenazada.

Cuando Emma notó que empezaba a perderse más y más en aquel apasionado intercambio, sintiendo con sus temblorosos dedos la piel de la nuca de Christian y sumergiéndose en una bruma de deseo arrollador, un vacío invadió abruptamente el espacio que antes ocupaba el atlético

cuerpo masculino. A continuación oyó un sonido que le hizo abrir los ojos de golpe, para encontrarse a Trevor mirándola, rojo de ira. Giró la cabeza y vio a Christian pasándose una mano por la mandíbula para limpiarse un hilillo de sangre de los labios.

—Tre... Trevor —atinó a decir, aún abrumada por la pasión del beso y asombrada por lo que había sucedido. Era ella la que quería darle una sorpresa, pero ciertamente había sucedido al revés. «Menuda aventurera estoy hecha», se dijo con sarcasmo.

—Te dejé muy claro que no quería verte hoy en esta reunión, Emma.

Ella se cruzó de brazos.

—No eres mi padre y no tienes derecho a darme ninguna orden —le espetó con la mayor dignidad posible tras haber sido descubierta en una situación tan delicada. Le habría gustado tocar a Christian y preguntarle si estaba bien, pero no deseaba enfrentarse a su hermano.

—Déjalo estar, Trevor, ha sido un desliz por mi parte, nada más —dijo Christian, en parte porque sabía que así era, y tan solo por eso no le devolvió el puñetazo. Había sido un desliz por su parte, sí. La opinión que ella pudiera tener sobre ese beso carecía de importancia. Aunque no entendía por qué, pero quizá la idea de que Emma sintiera repulsión o repudio por él le escocía. Tan pronto como esa reflexión quiso hacerse un espacio en su cabeza, la desechó con rapidez—. Y, por cierto, ya que apareces, aprovecho para recordarte que te quedan quince días —le recalcó a Trevor con malos modos.

El hermano mayor de Emma entrecerró los ojos, furioso.

—Lárgate, Hawthorne —le ordenó Trevor con un gruñido—. Los negocios no tienen nada que ver con la familia. Y Emma es mi hermana, no es ningún desliz, maldita sea. Respeta los límites.

Christian enarcó una ceja con altanería.

—Connely..., yo no tengo límites. Quiero verlo todo, completo, el lunes por la mañana en mi oficina, y no admito trampas; ya conoces las consecuencias. No tientes a tu suerte. Negocios son negocios —se frotó la mandíbula—, solo por eso no te devuelvo el golpe. —Se despidió con un asentimiento de cabeza destinado a Emma, sin dejar de mirarla a los ojos. Luego se alejó caminando con paso elegante.

A Christian le hubiera gustado quedarse a hablar con Emma sobre lo ocurrido, pero no se iba a disculpar. Nunca pedía disculpas a nadie. Tomaba lo que quería y, cuando ya no lo necesitaba, lo desechaba. Así era más práctico vivir, y de ese modo se conseguía el éxito; *su éxito*. Era su fórmula y no le fallaba. «Ya arreglaré cuentas con Trevor más adelante.»

Cuando Emma vio mezclarse la figura de Christian con las demás personas, y el efecto de lo que acababa de suceder se disipaba, se dirigió a su hermano:

—¿Qué ha querido decir con eso, Trevor?

—No estás en posición de preguntar absolutamente nada —le respondió él con enojo.

Ella se alisó la falda con las manos y contó. «Tres. Dos. Uno. Tres. Dos. Uno», y después exhaló el aire que estaba conteniendo.

—No importa lo que haya pasado. Sé que no conversamos mucho sobre algunas cosas... pero, si estás en apuros, yo puedo ayudarte —ofreció conciliadora.

Él rio con amargura.

—Hermanita... voy a poner a prueba tu voluntad de ayudarme. —Tiró de Emma para que se

sentase a su lado—. Necesito que me des en garantía todo el dinero que ha depositado papá en tu cuenta para la universidad.

Emma abrió la boca y la cerró de nuevo.

—¿Qué has hecho? ¡Eso es demasiado dinero! —exclamó contrariada.

Trevor bajó la cabeza y observó sus manos, como si en ellas fuera a encontrar una salida.

—Aposté en una carrera de coches, pero estaba amañada y fui un estúpido al no darme cuenta. Perdí. —Su timbre de voz estaba marcado por la decepción hacia sí mismo.

—¿Qué tiene que ver Christian Hawthorne con todo esto? Y déjame decirte que eres un idiota, le prometiste a papá que dejarías de apostar —lo reprendió sin sentir pena o ablandarse.

Trevor se inclinó hacia delante, dejando los codos sobre las rodillas. Fijó la mirada en el césped podado con precisión.

—Él me prestó el dinero para pagarles a los organizadores. Si no lo hubiera hecho, quizá hoy estarías preguntando por mí en algún hospital, Em.

El perfil desafiante de su hermano desapareció del todo. Giró el cuello en círculos para disipar la tensión. La miró, y sus ojos asomaron tristes cuando le dijo lo mucho que lo sentía.

—¿Y ahora pretende cobrar? ¿Acaso no se da cuenta de que apenas estás despegando como asesor financiero de nuestra empresa? Que papá sea millonario no significa que tú lo seas también y, peor aún, que dispongas de lo que te da para una estupidez como las apuestas. ¡Apuestas, diablos!

Emma tamborileaba los dedos de su mano derecha sobre la palma izquierda.

—En realidad, Christian sí lo sabe... pero él es implacable en los negocios. O le pago... o...

—¿O qué, Trevor? —dijo ella alzando el tono de voz.

La gente en la fiesta continuaba disfrutando de la música, y las luces se habían encendido ya en toda la casa. La adquisición del espacio para el patio y la piscina les había costado muchísimo dinero, debido a los impuestos por permisos de construcción del área de Mayfair, en la que predominaba una fachada tradicional.

—O se hará con la filial de Francia...

—¿¡Cómo?! —La mandíbula de Emma cayó.

—Mira, yo... —Trevor suspiró antes de continuar—: Le firmé un pagaré y le dejé las escrituras en garantía. Art Gourmet quiere fusionarse con H&E desde hace tiempo. No pensé que tuviera que recurrir a esto... a Christian.

—Y tú le estás dando la excusa perfecta para empezar a conseguir su ambicioso objetivo... ¡Serás idiota! ¿Es que no te das cuenta de que es nuestra competencia indirecta más peligrosa? Si sus restaurantes se fusionan con nuestro tipo de negocio, es muy probable que ellos hagan desaparecer la marca H&E del mercado. ¿Qué sabe papá de esta situación? ¿Y el equipo legal de la empresa? ¿¡Nadie tiene idea de lo que está pasando contigo?! Por Dios, me parece que tengo dos dedos de frente más que tú, y solo tengo diecisiete años —gritó colérica.

Emma se puso de pie y empezó a ir de un lado a otro tratando de controlar su enfado. Había pasado de ser la acusada a la acusadora. No podía creer que el tonto de su hermano hubiera puesto en juego la escritura de propiedad de una filial. ¡Toda una filial!

—¿Por eso te vi yendo y viniendo de un lado a otro esta tarde? —le preguntó clavándole la

mirada en los ojos verdes, similares a los suyos.

—Sí. Estaba buscando a Brienne; ella es la pareja del líder competidor del otro equipo a quien le debo dinero. Vino para que le pagara. La estaba buscando por todas partes...

—¿Y...? —lo apuró.

—Hawthorne, al parecer, la encontró antes que yo, y se lo dio —respondió Trevor poniendo el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda.

—¿Cómo es ella...?

—Morena, alta, con curvas, cabello negro como la noche...

—Ya, ya —lo interrumpió Emma. Ahora entendía la escenita de Christian con la mujer que estaba en la esquina—. Ahora tú tienes que pagarle a él, ¿eh?

—En realidad no quería pedírtelo, pero ya que te has ofrecido...

—Si no fueras mi hermano te habría dado una bofetada hace un buen rato, a ver si te espabilabas un poco. ¿Y Christian no puede hacerte una concesión especial?

Él negó con la cabeza con resignación. Rio con amargura.

—Somos amigos, o al menos eso creo. Él es brutal cuando se trata de negocios; no atiende a razones, vive por el dinero; nunca habla de sí mismo y es sumamente reservado. —Cambió el peso de la pierna y dejó caer los brazos como signo de derrota—. Emma, sé que estudiar psicología infantil en la universidad es muy importante para ti... yo te compensaré... en serio...

Emma le hizo un gesto a su hermano para que se callara. Temía que cada vez que abriera la boca soltara una más de esas noticias que esperas que les sucedan a otros, pero no a ti mismo. «Vaya cerebritito posee mi hermano, el *crac de los números*.»

—No podrás devolverme ese dinero, no ganas lo suficiente aún..., y si hablo con papá, seguro que empezará a indagar hasta que no quede otra que confesarle la verdad. —Lo apuntó con el índice—. No volverás a apostar a las carreras, Trevor. Quiero que me des tu palabra.

Silencio.

—Ahora eres tú el que tienes que cumplir una promesa —insistió.

—La que no fuiste tú capaz de mantener hoy... —murmuró él fastidiado.

—¡No seas cínico! —explotó Emma de nuevo—. No te atrevas a comparar. Tómallo o déjalo. Ni siquiera estoy pidiéndote que me devuelvas el dinero, porque sé que no lo harás. No puedes, no tienes cómo..., al menos, no ahora.

—Te lo prometo, Emma —suspiró él cansado—. No volveré a apostar y buscaré el modo de devolverte en poco tiempo todo tu dinero. De verdad. Gracias. —La abrazó fugazmente, se puso de pie y luego se alejó por el sendero que conducía a la casa.

Ella enterró el rostro entre las manos cuando estuvo sola. La decisión de darle el dinero a Trevor era solo para evitar que se hiciera efectiva la garantía de Art Gourmet. Daba ese dinero por perdido. Lo principal para ella era que cientos de empleados no tuviesen que vivir la incertidumbre que toda fusión implica; no era justo que padecieran las imprudencias de su hermano y corrieran el riesgo de perder sus empleos.

Después de esa tarde no volvió a ver a Christian, y sus últimas palabras diciendo que ella había sido un desliz aún le herían el orgullo.

Durante los años siguientes a aquella fiesta, y muy a su pesar, pensaba en aquel beso con

frecuencia. Se preguntaba muchas cosas. «¿Qué habría sentido él? ¿Tan malo había sido besarla? ¿Resultaba poco atractiva una chica con el pelo rojo y nueve años más joven?» Ella lograba enterarse de su vida cuando veía su foto en las revistas del corazón. Siempre estaba con una mujer distinta; lo evidente no era solo la belleza de todas ellas, en ocasiones muy exótica, sino la poca ropa que llevaban.

En una ocasión llegó a sus manos un artículo, con una foto de media página, en el que Diana Thompson-Lewis, una atractiva britanoamericana con quien Christian se había comprometido en matrimonio, contaba detalles de su romance. En la foto, él tenía aquella media sonrisa tan suya que a Emma le causaba estremecimiento; parecía enamorado. «Casado»; había repasado en su cabeza aquella idea con una inexplicable decepción. La publicación fue a parar al lugar que más le apetecía: la basura.

El éxito del imperio Art Gourmet se hacía cada vez más notorio. Todos los años, el mercado premiaba a las empresas exitosas, y desde que ella recordaba no hubo una sola ocasión en la que no se llevase el premio al mejor restaurante de la temporada.

A Christian lo habían apodado en los círculos empresariales *The White Shark*, el Tiburón Blanco, por la mente fría y calculadora con que lo manejaba todo en sus negocios; seguro que por eso lo relacionaban con el gran depredador de los océanos. Destrozaba a sus oponentes. A Emma se le erizaba la piel al pensar que ese hombre algún día podía llegar a ser su enemigo. «Mejor tenerlo lejos.»

Su hermano nunca mencionó el incidente que había presenciado entre ella y Christian. Ni siquiera lo comentó de pasada. Eso era poco habitual en Trevor, porque le gustaba molestarla o pincharla con cualquier cosa. Él tampoco volvió a referirse al préstamo, o más bien regalo, que ella le había hecho.

Emma optó por presentarse a una beca al saber que ese dinero jamás volvería a sus manos, pues ni loca pensaba renunciar a sus estudios por culpa de su hermano. Agradeció al universo, a los gnomos y a todo lo que se le cruzó por la cabeza cuando la informaron de que había conseguido media beca académica, que cubría el cincuenta por ciento de los gastos. Para compensar el monto restante, trabajó los fines de semana en la biblioteca universitaria.

Durante sus estudios contribuyó al programa de nivelación de inglés para estudiantes extranjeros. Le encantaba ayudar, aunque eso tenía un precio: una vida social más que limitada. Su existencia se enfocaba en tener metidas las narices entre páginas y páginas, para conservar su media beca. Sabía que era el precio que debía pagar por la ayuda que recibía, así que procuraba no quejarse, y pensar en que cada año era uno menos para poder recibir su tan ansiado título universitario.

Mientras Emma se quemaba las pestañas con los libros y proyectos, su hermano viajaba por toda Europa haciendo negocios. Solo se veían durante las Navidades y el día de San Patricio; esta última fiesta, que particularmente disfrutaban en casa, la celebraban poniéndose sombreros de copa verdes y platería verde, muy al estilo de *Alicia en el país de las maravillas*. Se trataba de una excentricidad que a ella le hacía mucha gracia.

De todos aquellos recuerdos ya habían transcurrido nueve años.

Entre las fiestas esporádicas y las vacaciones de verano tuvo varios novios, pero nunca pudo

volver a sentir aquella conexión especial que había experimentado con Christian. Estaba atada mentalmente al amigo de Trevor por aquel beso, tantos años después.

Su última relación tuvo un diagnóstico en concreto: decepción. Y eso porque era autoindulgente y no la calificó como *desastrosamente decepcionante*, que era como la consideraba en realidad.

A la mayoría de los chicos con quienes salía les costaba entender que trabajar, incluso los sábados, en una fundación estatal de ayuda a los niños maltratados era importante para ella. A pesar del cansado viaje en coche que representaba ir de Oxford a Londres, de sábado a domingo, ellos querían demandar casi todo su tiempo. Volvía a su piso sumamente cansada y lo único para lo que le quedaban energías era para dormir. Ni siquiera Alette la entendía del todo en ese aspecto. Pero a ella le encantaba lo que hacía; se sentía útil, y no un simpático adorno en la vida de otros.

El golpeteo de alguien que llamaba a la puerta de su habitación la sacó de su ensimismamiento, y regresó de los recuerdos de tantos años atrás.

—Emma, ya es hora de que bajas... Tu madre quiere que la ayudes a atender a los invitados, no puede conversar con todos al mismo tiempo. —Rory habló con su voz pausada y amable. Cuánto hubiera dado ella por que su padre le dedicara más tiempo, en lugar de pasar largas jornadas fuera de casa, trabajando.

—¡De acuerdo!

—Hija... —Sonó como si lo estuviera pensando, detrás de la puerta—. ¿Puedo pasar?

Eso era extraño; su padre jamás buscaba conversación salvo en la mesa o cuando tenían algún asunto muy urgente que tratar. Lo último no era común.

Abrió la puerta y la imponente figura de Rory entró ataviada con un elegantísimo traje. A Emma la incomodaba un poco hablar con él, pues no tenían costumbre de hacerlo.

Rory carraspeó antes de iniciar la conversación.

—Sé que no suelo ser muy afectuoso contigo. —«Esto no pinta nada bien», se dijo ella—. Pero quiero que sepas que me siento muy orgulloso de ti. Esta es una noche importante para nuestra familia. Tu madre ha estado un poco nerviosa últimamente, porque no sabe cómo explicarte ciertas cosas, así que he decidido hacerlo yo.

—Papá, me estás asustando... ¿Qué ocurre? —preguntó Emma fijándose en el rostro cansado que la observaba con pesadumbre.

Los dedos de Rory tamborilearon unos sobre otros.

—No tanto como lo estoy yo, hija. —Se sentaron en dos de las sillas colocadas alrededor de la mesa estilo chino que tenía Emma en el centro de su dormitorio—. Pero no me han dado otra salida.

«Si mi padre está asustado y además lo admite, es que el tema va en la categoría *grave*.»

—¿Qué sucede? ¿Qué o quiénes no te han dado otra salida? —indagó ansiosa—. ¿De qué va todo esto?

Rory la miró con un levísimo asomo de culpabilidad en los ojos.

—Hace algunos meses que las finanzas no van bien en la empresa. Hemos tenido muchas pérdidas y el negocio no es el mismo de hace unos años. Desde hace un tiempo han estado

robándonos. Nos dimos cuenta hace poco. Y no solo eso... Parece que alguien ha estado facturando a través de sociedades fantasma.

—¡Oh!... —Un robo a la compañía era terrible. «Encima el sector, en el país, está complicado», pensó inquieta—. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Cómo no os percatasteis antes, papá?

—Porque la persona en cuestión, o personas, no lo sé, ha sido sumamente inteligente; ni yo me lo explico, dados todos los controles de seguridad que poseemos. Ha sido un golpe muy duro para nuestra corporación. Y, por culpa de la crisis, los bancos no están concediendo préstamos por las cantidades tan altas que las empresas grandes solemos necesitar. —Rory acarició la cabeza de su hija. El gesto la inquietó, porque él no se caracterizaba por sus demostraciones de afecto—. Inyectamos un poco de dinero de los ahorros de la familia, pero ya no podemos continuar haciéndolo. Ha sido demasiado dinero. Y he tenido que poner a la venta algunas propiedades... e hipotecar esta casa. —La angustia inundó a Emma—. No sabemos aún quién es, o quiénes son, pero el último desvío de fondos nos ha dejado muy mal parados. Lo que sí tenemos claro es que el hurto se hizo desde el interior de la compañía.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? ¿Por qué hoy?

Su padre apretó los labios con fuerza. «Mal presagio», pensó Emma moviendo la pierna nerviosamente bajo su vestido.

—No puedo decírtelo todavía. Solo te pido —la miró solemne—, por favor, hija, sé lo testaruda que puedes llegar a ser, que no reacciones mal. Es todo lo que te suplico.

—Me estás asustando..., en serio, papá. Merezco que me des una explicación de por qué te tomas la molestia de decirme esto a mí, aquí y ahora. ¿Por qué no antes? —Ella apretó la mano de Rory para enfatizar sus dudas; ¡tenía tantos interrogantes!

—Solo piensa que cualquier cosa que suceda va a ser para tu bien. Aún no puedo responderte, pero sí te quiero adelantarte que...

Antes de que ella pudiera replicar, o su padre concluir, habló su madre desde el umbral de la puerta.

—Si no os dais prisa terminaremos de hacer el anuncio a medianoche —recalcó Catherine con los brazos cruzados sobre el pecho y taconeando con impaciencia.

—No lo olvides, hija: lo que hago siempre es por tu propio bien —concluyó Rory en voz baja—. Por favor, no te enfrentes ni cuestiones nada con Trevor. Él no sabe nada de esta situación, prefiero mantenerlo al margen. Además, una mala reacción por su parte podría echar a perder la investigación que estamos llevando a cabo.

Anclada en su silla, Emma los vio alejarse juntos. Una sensación de extrema ansiedad la embargó. Tenía la certeza de que esa noche le iba a traer quebraderos de cabeza.

Capítulo 2

Los invitados ya habían llegado en su totalidad. La música era suave y relajante, del tipo *chill out*. Emma saludó a algunos de sus amigos más cercanos a los que había invitado. Una cosa era que Alette no estuviera, y otra muy distinta que pensara soportar sola una velada que carecía de encanto alguno, sobre todo tras los crípticos comentarios de su padre.

A todos sus amigos los había conocido durante sus estudios universitarios. Además, había festejado con ellos su éxito, cuando finalmente se licenció en psicología infantil como era su sueño. Le encantaban los niños.

—Em, te ves guapísima —la saludó Tom Cullen, un apuesto rubio de ojos vivaces.

Lo abrazó entusiasmada.

—¡Me encanta que hayas venido! ¿Cómo está Elizabeth?

Tom y Elizabeth Meadows se conocieron por medio de Emma, y ahora ya llevaban un año casados.

—Lamentablemente, esta noche no ha podido venir; el doctor le ha diagnosticado un embarazo de riesgo, así que es preferible que guarde reposo en casa. Te manda muchos saludos.

Cuando Emma se enteró del embarazo de su amiga, le organizó una fiesta y bailaron hasta el amanecer. Fue una celebración memorable; después de todo, Elizabeth había sido su confidente en la universidad y la quería mucho. Emma la ayudó a sobrellevar el Alzheimer de su padre; aquella fue una época aciaga para su amiga.

—Oh, dile que la iré a visitar pronto. Hasta que pueda ir, tienes que consentirla el doble, por ti y por mí, ¿eh? —Puso con afecto la mano sobre su hombro.

—Seguro. Mira —dijo Tom señalando con el dedo—, allí están Susan, Mark y Damon; vamos a saludarlos. Y cuando nazca nuestro hijo, porque estamos seguros de que será un niño, ya hemos decidido que serás su madrina de bautizo. —Le guiñó un ojo con complicidad.

Emma le dio un abrazo, agradecida y emocionada. Luego ambos se acercaron al resto de sus amigos.

—¡Es maravilloso veros a todos! —comentó Emma—. Espero que hoy brindemos con algunas copas. —Sonrió.

—No lo dudes —respondió Mark, y le pasó una copa de champán—; además, cuando llegue el verano tenemos que repetir Ibiza. Esta vez no hay excusas, Emma; tu última actividad fue la tesis, así que este año tienes que venir.

Mark Stevenson era un nigeriano alto, fornido y de carácter afable. Se burlaban de él

diciéndole que parecía el guardaespaldas de todos. Una vez, en una fiesta, unos chicos que se habían pasado de tragos (y quizá fumado algo extra) intentaron golpear a Elizabeth, que aún no era novia de Tom, y fue Mark quien se encargó de dejarlos inhabilitados para armar problemas por esa noche. Desde entonces era El Guardaespaldas.

—No me queda más remedio —dijo Emma con fingida resignación, aunque lo que menos le apetecía era dejar la fundación, pero no quería arruinar el buen ambiente. Prefería decir una pequeña mentirijilla—. Así que me apunto a Ibiza con vosotros.

Chocaron copas entre risas.

La velada continuó muy divertida. Emma se relajó, o al menos procuró hacerlo; conversó con algunos invitados y, poco a poco, fue calmando la ansiedad. Había bebido tres copas y con eso se sentía más sosegada. Las risas con sus amigos fueron un bálsamo, pero tenía dando vueltas en la mente la conversación mantenida con su padre. No podía evitar intentar considerar las posibilidades sobre las que trataría el anuncio de esa noche, ni tampoco sobre quién estaría robándoles en la empresa. Que ella supiera, su padre era un jefe justo. No lo entendía.

A lo mejor su madre podría decirle algo, ya que trabajaba en una oficina que le habían hecho construir especialmente. Lo llamaban el departamento DecoArt, porque su madre y Alette trabajaban juntas haciendo las mejoras de los espacios de H&E. Debido a la pasión de Catherine por el arte egipcio, a veces se encontraba con un papiro antiguo enmarcado en uno de los pasillos. La combinación del buen gusto era un arte, y las oficinas de H&E lucían estupendas.

En medio del rumor de las conversaciones, el sonido de las risas y la música del ambiente, Rory se detuvo en el centro del salón e hizo un llamamiento. Poco a poco las voces se fueron apagando y el silencio se adueñó de la estancia.

El corazón de Emma empezó a acelerarse de pronto; le faltaba la respiración. Los invitados tenían la vista fija en Rory, a quien Catherine se había unido, pero ella la tenía justo en la persona que estaba acercándose a sus padres.

Christian Hawthorne.

Después de todo ese tiempo, aparecía en su casa en una noche tan importante para la empresa familiar. «¿Por qué?», se preguntó intrigada y con el corazón agitado.

El traje negro y elegante, hecho a medida, marcaba cada uno de sus músculos, dándole un aspecto abrumadoramente imponente. Era como un imán; las personas se detenían a mirarlo. Las mujeres lo desnudaban con la mirada, de manera disimulada, porque un examen descarado se consideraría de pésimo gusto en una reunión del estilo de la que se desarrollaba en casa de los Connely.

Christian tenía el porte de un líder nato. Los años no habían hecho sino mejorar su figura y aumentar el aura de poder que irradiaba, notó Emma. Él conseguía que los demás hombres de la estancia parecieran unos palurdos.

En ese momento mantenía la mirada clavada en los ojos verdes de Emma, mientras se acercaba con pasos confiados a Catherine y Rory. Ella creyó ver en su mirada azul un atisbo de reconocimiento de algo compartido. «O quizá es mi imaginación.»

H&E, debido a las complicaciones provocadas por la crisis europea, solo se había podido permitir mantener abiertas las sucursales del Reino Unido. El nombre del comprador de las

empresas H&E en los otros países, Francia y España, no era un secreto: Christian Hawthorne. A partir de aquella exitosa fusión, ahora la compañía de los Hawthorne también distribuía ciertos productos de H&E en el mercado, aunque los restaurantes continuaban siendo la esencia de los negocios de la corporación.

Como Emma centraba la cabeza en Freud, apenas tenía tiempo de empaparse de lo que ocurría en el mundo financiero. En especial, porque no aspiraba a tener nada que ver con la empresa familiar. Era algo que su padre no terminaba de entender, pero tampoco la presionaba.

Con esfuerzo, Emma consiguió desviar la mirada y se fijó en sus padres. Daba la impresión de que la llegada de Christian los hubiera tranquilizado de pronto. Ese era un mal síntoma.

—Os agradezco a todos que nos acompañéis esta noche —empezó Rory—; estamos muy complacidos de contar con un grupo de colegas y familiares tan leales. Antes que nada, quiero expresaros mi admiración por haber sobrellevado de modo profesional la gran dificultad que está atravesando el mercado, y por ende los recortes de plantilla que hemos tenido que llevar a cabo en Healthy & Easy.

Algunos elevaron sus copas silenciosamente a modo de apoyo.

—El motivo de esta reunión es anunciaros que he decidido dejar el mando de las empresas del Reino Unido. —La tensión se adueñó del ambiente. Emma tragó saliva y comenzó a hiperventilar—. Ha sido una decisión muy difícil de tomar, pero, dadas las circunstancias, es lo que nos beneficiará a todos. Continuaré siendo parte del consejo de administración; además, un miembro de mi familia se sumará a él, como accionista activa: mi hija Emma, a quien pido que se acerque.

Ella se quedó pegada al suelo, incapaz de moverse y observando con los ojos desorbitados a su padre, quien le sonreía con evidente tensión esperando que se acercara. «¿Yo, miembro del consejo de administración? ¿Y qué se supone que voy a hacer ahí?» Su padre renunciaba a lo que tanto esfuerzo le había costado mantener, mientras Trevor estaba en Australia cerrando negocios. No veía a su hermano desde hacía varios meses. «Oh, Dios mío...», gimió para sus adentros.

—Emma... —dijo Catherine con dulzura. Era un momento importante.

Alrededor, los invitados se quedaron pendientes de lo que Emma hiciera. «¡Mierda!»

Lentamente se unió con paso grácil y se colocó junto a su madre. La estampa de los cuatro debía ser un poema, sobre todo la cara de espanto que ella debía tener en esos instantes. Si la noticia no acababa con sus nervios, seguramente lo haría el hombre que estaba a su lado, y cuya presencia la descolocaba.

—No habrá más despidos ni recortes presupuestarios —continuó Rory, aliviado porque Emma no hizo ningún comentario de esos desafiantes que solía emitir—. La compañía seguirá en manos de mi familia, pero la administrará nuestro nuevo socio: Art Gourmet, a través de Christian Hawthorne. He considerado hacer este anuncio en mi casa porque, para mí, esta empresa es una familia. Así que bienvenido a la familia, Christian. —Lo miró y elevó su copa. Pareció salir un suspiro colectivo de alivio, seguido de sonoros aplausos. La aplastante reputación de Christian en los negocios, así como los comentarios acerca de la excelente gestión que había desarrollado desde muy joven, lo precedían.

«Ironías de la vida. Lo último que se me hubiese ocurrido es que el idiota de Connely hiciera un comentario como este. Pero, bueno, ¿qué se puede esperar de un asesino?», se decía Christian

mentalmente. Sus niveles de adrenalina estaban controlados. Solo por eso sus impulsos no lo traicionaban, porque nada hubiese deseado más que destruir a Connely con sus propias manos.

Christian se acercó a Rory para estrechar su mano, aunque nada le repugnaba más que mostrarse cordial con esa sabandija. Sonrió como sonríe todo hombre de negocios cuando sabe que ha obtenido una gran victoria. Una victoria que había planificado con detalle. Visitar esa casa le traía recuerdos agrídulces, pero ahora él tenía el mando.

Tomó la palabra.

—Os agradezco a todos el evidente apoyo a la decisión que ha tomado Rory. Me gustaría ratificar que nadie perderá su puesto de trabajo. Sin embargo, haremos una reingeniería con la finalidad de que nuestras inversiones sean derivadas hacia proyectos verdaderamente rentables que nos impulsen y nos proporcionen ventajas sobre nuestros competidores. El nombre H&E se mantendrá, a pesar de ser yo quien la administre. Aún no hay una decisión de fusión entre nuestras corporaciones.

Christian hablaba, y Rory mantenía una solapada calma. Emma estaba tratando de asimilar las noticias, mientras el perfume del nuevo administrador de su empresa familiar la empezaba a afectar.

—Por favor, disfrutad de esta reunión —terminó Rory, mientras él y Catherine se alejaban con los invitados, mezclándose entre ellos. La música empezó a sonar de nuevo y los camareros se pusieron a trabajar, atendiendo a los altos ejecutivos y amigos más cercanos. Los grupos conversaban en distintos lugares del salón; otros fueron al jardín, donde había sido dispuesto otro mostrador con diferentes clases de comida y bebida.

Christian se acercó a la barra a pedir un whisky. De pronto, le apetecía, y mucho.

Emma se había retirado a uno de los salones contiguos al salón principal. Allí no había nada más que la oscuridad y la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas de terciopelo verde del ventanal. Necesitaba pensar y calmar las impresiones de la velada. Ni siquiera hizo el intento de ir a hablar con su padre. No tenía ganas. Su vida profesional y personal se había trastocado en solo un par de minutos. ¿Qué podría hacer ella en un consejo de administración? Evaluar psicológicamente a la panda de presumidos de la junta de accionistas, seguro que no.

La emoción inicial de ver a Christian se esfumó es un santiamén. Esos ojos que miraban altivos le hacían sentir escalofríos en la columna vertebral y, si iba a tener que lidiar con él a diario, entonces debía aprender a templar los nervios. Veía al nieto de Lionel Hawthorne como a un intruso, y quizá la suspicacia era el único recurso para manejar lo que se le avecinaba. Estaba convencida de que lo que había oído esa noche no era la peor parte de todo el asunto. «¿Cómo habría sido aquella negociación entre su padre y Christian? ¿Qué habrían acordado?» Rory era un empresario muy respetado y no se doblegaba fácilmente. El hecho de que renunciara a la dirección de su propia empresa, para cedérsela a un extraño y despiadado hombre de negocios —ni siquiera a su propio hijo—, la asustaba.

En ese instante lo que se le venía a la cabeza era mudarse al pequeño apartamento que tenía en

los alrededores de Knightsbridge. Ahí solía pasar varios días al mes para planificar nuevas terapias y atender consultas de casos muy especiales que la falta de tiempo le impedía revisar en la fundación Milestones, a la que con mucho orgullo se refería como *mía*.

Le puso ese nombre porque creía que visualizar las metas como si ya se hubieran concretado era el mejor modo de llegar a ellas. Además, la fundación había sido construida sin ayuda del capital familiar. Así que el nombre se ajustaba perfectamente a su ideología.

Su socio y compañero de universidad, Adam Quenell, había puesto el terreno y la estructura, así como la mitad del capital para la construcción. Adam era una persona estupenda, y tenían una química insuperable.

El físico italiano de Adam, y su buen gusto para vestir en todas partes, lograba que todas las cabezas femeninas se volvieran hacia él cuando entraba en el aula, o en alguna fiesta. Él no se enteraba. Emma asumía que Adam estaba tan acostumbrado a la situación que ignoraba a las mujeres deliberadamente para hacerse más interesante, si era posible.

Una noche se lo encontró tirado cerca de un arbusto, concretamente en el jardín de una casa donde se había celebrado una fiesta de amigos en común. Emma se había acercado a un bulto gigantesco que se movía pesadamente y se quejaba. Y cómo no quejarse, si tenía el labio partido y el ojo morado. Mientras intentaba encontrar el zapato que le faltaba y trataba de ponerlo de pie, él la cogía mientras le decía cosas del tipo: «Estos hombres van a acabar conmigo», y gemía del dolor.

—A juzgar por cómo has acabado tú... no quiero saber cómo estará el otro. ¿Quién fue la causa, Denisse Hamilton o Georgina Paddis?

—Esas brujas arpías. Ninguna de ellas. Fue por Paul.

Ella comenzó a reír.

—¿Paul Keutzner? —indagó.

—Sí... ¿Por qué diablos te ríes? —preguntó Adam, mientras se ponía de pie y apoyaba el brazo alrededor del hombro de Emma. Ella no podía hacer mucho, él le sacaba dos cabezas de altura.

—Nunca me imaginé que pudieras ser tú el novio del que Paul tanto me hablaba.

Él la miró intrigado.

—¿Y por qué no? —replicó con desconcierto.

—Pues... verás... Eres el tipo de hombre al que las mujeres querríamos como padre de nuestros hijos, o bien para una aventura o para pasearte por todas partes. —Emma se rio con ganas nuevamente—. Sobre todo, claro, el hombre al que cualquier mujer quisiera atraer.

—Si no fuera gay, a lo mejor entendería esa atracción de las mujeres hacia mí. Perdona, no te he dado las gracias, ni te he dicho mi nombre. Adam Quenell —dijo y le dio un apretón de manos con la derecha.

Se lo veía gracioso intentando ser amable con la embriaguez que llevaba encima.

—Sin temor a pasar vergüenza, puedo decir que sabía quién eras cuando vi tu rostro. Yo soy Emma Connely.

Nunca se hubiera planteado esa graciosa situación. Él iba a algunas de sus clases; le llevaba un año de carrera por delante.

—Bien, Emma. —Le devolvió la sonrisa—. ¿Por qué has acudido en mi rescate? Me hubieras podido dejar aquí; seguro que el estúpido de Paul decidió largarse con Gregory.

Ante su tono compungido, Emma reprimió una carcajada.

—Bueno, pensé que querrías conservar tu dignidad. —Le entregó el zapato que le faltaba—. Si alguien hubiera visto al hombre más guapo de Oxford tirado en el césped al amanecer, ¿qué hubiese dicho?

—Que es un pícaro encantador —respondió Adam, y soltó una carcajada—. Emma —empezó diciendo, al tiempo que subían en el coche—, mi familia es demasiado conservadora. Así que tengo que mantener las apariencias. Ya que te he contado mi secreto personal —la miró fijamente con una sonrisa adorable—, a lo mejor me ayudas fingiendo de vez en cuando que salimos juntos.

—A lo mejor —le respondió ella con otra carcajada.

Así comenzó su vínculo con Adam; era un gran amigo. Lamentablemente tenía que lidiar con las estructuras tradicionales que perduraban en su familia. Mantener las apariencias, al ser gay, lo había hecho sufrir mucho.

Cuando ella le propuso la idea de crear una fundación, él le comentó que el plan le había llegado en el momento en que más lo necesitaba. Le reveló que siempre había querido tener su propio espacio. Y así habían iniciado también una maravillosa relación profesional.

Y ahora que su padre soltaba esa bomba, convirtiéndola en miembro del consejo de administración y accionista activa, no se sentía complacida en absoluto. Las decisiones en una empresa, al menos para ella, tenían que trascender al bien común, y en los negocios de su padre, alguien salía perdiendo. Por eso prefería Milestones, porque allí todos ganaban.

Ya se enfrentaría a su padre. Por ahora no tenía ánimos de hablarle siquiera. Por eso había escogido la oscuridad que le brindaba esa habitación de su casa en la que se había refugiado.

Se sentó de perfil hacia la puerta, en el descanso de mármol que estaba junto a la ventana. Era un asiento cómodo, porque estaba revestido de un largo cojín acolchado. Reposó el lado derecho de su rostro sobre el vidrio del amplio ventanal. Era como si ese pequeño momento de su vida, esa noche, le hubiera traído un torbellino de recuerdos.

Recogió las rodillas hacia el pecho, abrazándolas con las manos. Aunque no quería, sus pensamientos derivaron hacia Jared Lawrence.

Aquella fue la primera relación en la que Emma creía que, de verdad, se había enamorado. Hijo de médicos, no había optado por una profesión distinta a la familiar, y se había especializado en pediatría. Sin duda era una de las cosas que más la atrajeron de él: su sensibilidad con los niños. Una pasión que compartían y de la que podían hablar durante horas.

Se conocieron durante una fiesta en casa de su amiga Elizabeth Meadows en Londres. Desde el instante en que empezaron a conversar de sus aficiones y proyectos, sintió que encajaba perfectamente en su vida. Hablaban todos los días, y el acercamiento entre ambos se fue dando paulatinamente.

Él iba los fines de semana a Oxford desde Londres a visitarla, con cualquier excusa; o ella se trasladaba hasta la capital, para visitar a su familia, estudiar proyectos de trabajo con Adam y, claro, pasar tiempo con Jared. Aquella fue una época ajetreada.

La primera vez que hizo algo más que simplemente besarla, ella estaba realizando los últimos

exámenes en la universidad para graduarse, y Jared la había invitado a tomar algo. Después de bailar un poco y beber vino, salieron del bar para dirigirse a casa de Jared, en el área de Portobello.

De camino, le estaba contando, con una gran sonrisa, la donación económica de carácter anónimo que había recibido para construir una sala de reuniones mejor adecuada en Milestones. Le dijo que eso permitiría a los niños sentirse más cómodos y libres para hablar con sus padres, logrando que la terapia evolucionara con más celeridad. Añadió que Adam había conseguido un espacio mensual en una radio londinense, para apoyar la gestión del centro con su testimonio profesional. Estuvieron charlando todo el camino, hasta que estacionaron y bajaron del automóvil.

Jared la felicitó, alabó lo guapa que estaba ese día, le dijo lo mucho que le gustaba y, con una sonrisa, la acercó hacia sí para besarla. Empezó dándole pequeños besos en los párpados, la pecosa nariz, la mejilla, la barbilla. Poco a poco, los labios cálidos de Jared llegaron hasta los suyos y empezaron a acariciarla con insistencia. Ella se fue acoplando, devolviéndole el beso. Fue un momento dulce y agradable. No hubo la conexión que había experimentado con cierta persona cuando tenía diecisiete años. Pero eso no le impidió entregarse a ese instante que compartían.

Entraron en la casa con sus cuerpos unidos en un abrazo. Él basculó el peso de su cuerpo para cerrar la puerta de la casa con el pie, al tiempo que le quitaba el grueso abrigo que se había puesto para soportar la temperatura de menos dos grados centígrados.

Sin romper el beso, él se deshizo de la cazadora y la lanzó sin cuidado por el suelo; luego tomó a Emma con delicadeza y la recostó en el sofá, colocándose sobre ella pero cuidando de no aplastarla con su peso. Emma lo observaba cautivada, mientras él le devolvía la mirada con sus ojos negros cargados de deseo.

Jared posó una de sus manos sobre su seno derecho e inició unas caricias en círculos. Cuando alcanzó el pezón y lo torturó entre sus dedos a través de la fina tela de la blusa, lo dejó inhiesto. Acercó su boca y lo mordisqueó con suavidad. Ella gimió.

Un mechón de cabello negro cayó sobre la frente de Jared y Emma se apresuró a colocarlo en su lugar con una sonrisa soñadora. Él se quitó la camisa de un tirón, al tiempo que despojaba a Emma de la blusa lila que llevaba esa noche.

La larga cabellera rojiza se había esparcido sensualmente sobre el sofá de terciopelo blanco en el que estaban recostados. Él miraba excitado lo que el sostén blanco con encaje de randas azules le ofrecía, al tiempo que recorría el torso de Emma hasta su abdomen plano con delicados besos.

—Qué hermosa eres... y tan suave. —La besaba con ternura.

Emma elevó hacia arriba las caderas cuando él inició una sensual cadencia de su sexo erecto sobre el sensible punto femenino. Ella sentía su propia humedad en las bragas. Él entendió lo que Emma buscaba con sus caderas ondulantes, y con tortuosa lentitud le sacó los vaqueros, dejándola en ropa interior.

Demoró la seducción entrelazando sus dedos con los de Emma, sobre la cabeza de ella, logrando de ese modo que los senos se elevaran hacia él.

Ajenos a cualquier cosa que no fueran sus cuerpos, cuando el móvil de Jared empezó a vibrar,

no le hicieron caso alguno. Emma sentía que esa llamada era una alerta, pero estaba tan feliz experimentando por primera vez ese tipo de contacto físico que no quería detenerse. La niña cuidadosa quedó en el pasado, y había dado cabida a una chica más atrevida y segura de sí misma. Después de que el teléfono vibrara con vehemencia, él decidió responder la llamada. Emma tomó suficiente aire como para aclarar su mente y sus emociones.

No retomaron lo que empezaba a convertirse en un intenso interludio, porque Jared tuvo que ir de urgencia al hospital. Su hermano había tenido un accidente de tráfico en el que había resultado levemente herido.

Esa noche, cuando regresó a casa tras dejar a Jared con su familia en el hospital, Emma pensó que aquella llamada había sido una señal del destino. Tal vez ese no era momento para ella y Jared. O quizá habría uno mejor.

Las semanas que siguieron a ese primer encuentro estuvieron más llenas de cariño que de sensualidad, aunque los besos eran tan intensos como los experimentados aquella noche. Sin embargo, ella no se sentía preparada aún para hacer el amor con él. No lograba explicarse el motivo, pues Jared era muy atento y considerado. Él nunca la presionaba; decía que la comprendía.

Sin embargo, con el paso del tiempo, lo comenzó a sentir distante. Esa percepción cambiaba siempre que salían, reían y conversaban, pues volvía a sentir que todo iba bien. Procuraban encontrar un espacio en medio de los proyectos de cada uno para estar juntos, aunque era difícil. En esa época él tenía treinta años, y ella veinticuatro.

Aunque su mentalidad siempre había sido tradicional, con él tenía ganas de permitirse una licencia y vivir con más apertura. Sin embargo, a pesar de que intentaba romper sus propios esquemas, sentía que con Jared algo la contenía. No sabía explicárselo a sí misma con claridad, solo que no podía saltarse esas barreras.

El tiempo transcurrió y Jared se ensimismaba cada vez más en su trabajo. En un año, los momentos que pasaban juntos se habían reducido notablemente. Era cierto que estaba muy enfrascada en la elaboración de su tesis final, pero procuraba encontrar espacios, que para su pesar no coincidían con los de él.

Los breves encuentros se tornaban en peleas, porque no podía asistir a las conferencias que él daba en Londres, o a fiestas a las que lo invitaban. O, en el caso de ella, porque tenía un paciente nuevo que hacía que se olvidara del tiempo y Jared llamaba enfadado desde el restaurante en el que la había estado esperando cuarenta minutos. O porque él se olvidaba de la cena que sus padres habían organizado para conmemorar el día de San Patricio, o porque quedaba en llamarla para salir y no lo hacía.

Los motivos de cada discusión eran tan absurdos y variados que podría haber escrito un libro titulado *Las causas más tontas sobre las que una pareja discute*.

El día en que ella no pudo asistir a la inauguración de la nueva área de cuidados intensivos del Hospital Lawrence International, porque tuvo la revisión previa a la lectura de la tesis, la pelea fue inevitable.

—¿Dónde tienes la cabeza, Emma? ¿Dónde están tus prioridades? Llevamos más de un año juntos y he sido yo el que siempre acude a ti para saber cómo estás, qué haces, qué piensas, qué

necesitas. ¡Las relaciones son cosa de dos personas! No se puede vivir así...

El tono de hastío que utilizó Jared la enfadó.

—¿Mis prioridades?! —lo interrumpió, perdiendo la calma—. Se supone que íbamos a hacer concesiones. Desde un principio hemos sabido la importancia que tienen nuestras carreras para cada uno. Claro que las relaciones son cosa de dos, pero era la reunión previa a la lectura de mi tesis. ¿Qué esperabas? Tenía que ir. Además, yo no vivo ahora en Londres, pero procuro ir a menudo para estar contigo. No sé qué reclamas, si tú ya no vienes a Oxford como antes. Si no quieres seguir con esto, dímelo, pero no seas tan cobarde como para portarte como un idiota y alejarte para que sea yo quien tome las decisiones.

Él respiraba agitado y tenía los músculos tensos.

—Emma..., esto no puede continuar así. No podemos estar peleándonos todo el tiempo. ¡Estoy cansado de eso!

Ella lo miraba suspicaz. Levantó una ceja y puso los brazos en jarras.

—¿Quién es?

—¿Quién es el qué?

—La otra mujer.

Jared soltó una carcajada y se le esfumó el enfado. Se acercó a Emma y la abrazó. Ella se resistió un poco, revolviéndose entre sus brazos.

—¿Me explicas dónde está el chiste? —Lo miró a los ojos iracunda cuando la fuerza de Jared la superó y no logró alejarse.

Acarició la nariz de Emma con la suya.

—Si tengo tanto trabajo, y a veces no me puedo permitir estar contigo, ¿de dónde voy a sacar tiempo para estar con otra, Emma? —le preguntó con dulzura.

Le levantó el rostro hacia él y la besó.

—¡No me beses cuando estoy enojada! —exclamó ella con las mejillas sonrosadas. Se le ponían peculiarmente rosadas cuando se enfadaba mucho, y las pecas que estaban dispersas por su nariz respingona se notaban aún más.

Lo empujó con las manos.

—Pues ya no vas a estar enojada mucho tiempo —le dijo Jared volviéndola a besar y absorbiendo su esencia—. Y no vuelvas a llamarme idiota. Porque los idiotas no se enamoran como lo estoy yo de ti.

«¡Palabras, palabras!»

Esa era la tónica de sus discusiones. Ella lo retaba. Él la retaba. Y al final terminaban besándose y olvidando por qué discutían. Un círculo vicioso que la empezaba a cansar. Emma trataba de ser conciliadora; Jared procuraba ceder. Sin embargo, las cosas no cambiaron. Los intentos de ambas partes simplemente no coincidían en un punto que fuera para beneficio mutuo.

Un día quedaron en verse en un café, y ella prefirió ir a su casa y sorprenderlo con una visita. Era su gesto de afecto para demostrarle que le importaba lo suficiente como para dejar su consulta una tarde e ir con él. Le diría que estaba considerando tomarse una semana de vacaciones para darle un poco de impulso a la relación, porque lo quería y le importaba. Seguro que, con la iniciativa, se pondría contento, y todo podría mejorar poco a poco entre ellos.

La puerta de la casa de Jared estaba mal cerrada. Ella entró y subió corriendo las escaleras. Él le había comentado por teléfono que estaría descansando porque tenía una convención por la noche y era el ponente, así que Emma decidió que era la ocasión perfecta. Se había vestido con un precioso vestido azul y maquillado a juego. Quería decirle que apreciaba las cosas buenas que compartían, y así pasar un buen rato juntos.

Cuando abrió la puerta de la habitación se quedó clavada en el suelo de madera. «Oh, Dios mío.» Él no la había oído entrar, porque tenía su atención puesta en la pelinegra curvilínea que se movía desnuda sensualmente sobre él, y Jared se impulsaba hacia arriba al compás de los sinuosos movimientos de la mujer que lo cabalgaba sin pudor.

Emma no se dio cuenta de que un grito de rabia había salido de su garganta, hasta que la pareja dejó de moverse y se giró a mirarla. Sus rostros eran un poema. Ella nunca había sentido tanta repulsión por alguien como en ese momento. Le faltaba el aire y los latidos del corazón se habían disparado.

—¿Emma? ¡Qué diablos...!

Él se incorporó lo más rápido que pudo para cubrirse con la sábana.

—¡Eres un bastardo! ¡Me das asco! ¿Cómo te atreves? —Avanzó hasta la cama y, sin importarle la desnudez de nadie, puesto que nadie se había puesto a pensar en sus sentimientos, le dio una sonora bofetada.

La mujer que compartía la cama con Jared brincó como un resorte fuera del colchón, tomando una de las almohadas para cubrirse. Con una mueca, empezó a recoger sus cosas. Emma lo observaba todo en una suerte de trance, y con la furia bullendo por dentro.

Ni siquiera quería saber quién era aquella mujer, simplemente esperaba que desapareciera lo antes posible. Sin ningún decoro, ni asomo de vergüenza, la pelinegra pasó por su lado, aún desnuda y con la ropa en las manos, y salió.

—Emma, cariño, esto ha sido algo que pasó... yo no siento nada por ella... Em... escucha, mira... —Tenía sus manos en alto y se había sentado sobre los talones, entre el revoltijo de sábanas de seda gris.

—Ni siquiera te intentes explicar —lo interrumpió—. ¡Maldito seas! No quiero saber más de ti. Esta humillación no te la voy a disculpar jamás, Jared Lawrence. Escucha bien: ¡jamás!

Sentía que las piernas iban a dejar de sostenerla en cualquier momento. Lo miró con desprecio antes de darse la vuelta y empezar a alejarse por la puerta blanca del dormitorio. Otra en su lugar hubiera salido corriendo nada más ver lo que ella al entrar, pero Emma no. Siempre enfrentaba sus problemas.

—¡Emma! ¡Vuelve! ¡Déjame explicarte! —gritaba Jared mientras intentaba vestirse apresuradamente para alcanzarla. No lo logró.

Con el corazón en un puño, Emma salió con el mismo ímpetu con el que había entrado. No volvería a ser la misma muchacha confiada después de esa amarga experiencia.

Al llegar a casa se topó con su madre en la puerta principal, lista para irse a una convención de arte egipcio. Catherine era una amante de esa cultura ancestral y en casa tenía una pequeña pero valiosa colección. Decía que, además del trabajo que había hecho en las sucursales de H&E, esas posesiones eran su orgullo. Y Emma sabía muy bien que esos gastos eran motivo de pelea con su

padre.

Al ver los ojos tristes y el rostro pálido de Emma, la abrazó. Dejó la cartera en la consola y, sin preguntarle nada, la acompañó a su habitación y permitió que recostara la cabeza sobre sus piernas y llorara libremente.

Cuando se hubo calmado, Emma le relató lo que había pasado. No es que soliera hacerle confidencias a Catherine, pero el impacto de lo ocurrido la había tomado muy desprevenida; no se esperaba aquello de Jared.

—A veces es mejor dejar que el dolor pase. Más vale llorar unos meses a perder el corazón para siempre. Quizá ahora consideres mi comentario un desatino, pero solo te aconsejo que no permitas que esta experiencia te endurezca. Ahí fuera hay un hombre maravilloso esperando por ti, hija mía.

Se abrazó más a las piernas de su madre y emitió un sollozo de resignación. Aunque Catherine no era muy cercana con ella, y prefería las subastas en Christie's o Sotheby's y las ventas privadas del último sarcófago de quién sabe qué faraón en lugar de su familia, a Emma la confortaba saber que en ese momento contaba con su apoyo.

Desde ese día su teléfono sonaba constantemente. Y la opción «silenciar» era su tecla favorita en el iPhone. Luego llegaron varios ramos de rosas con su respectiva tarjeta, en la que solicitaba su perdón. Ramos de rosas. Invitaciones a cenar. Además le enviaba alhajas, que ella devolvía al instante. Se limitó a ignorarlo. Y poco a poco los intentos de Jared fueron cesando.

Una mañana, cuando regresaba del gimnasio, se enteró de que la mujer que estaba con él aquella infame tarde era Grace Plotter. Se trataba de la dueña de una cadena inmobiliaria y de diseño de interiores que trabajaba para un proyecto del Hospital Lawrence International. Ahora entendía, seis meses después de la ruptura, a quién se debía la *falta de tiempo* y las *citas de urgencia* de Jared.

La información llegó a ella durante un fin de semana que había ido a pasar al exclusivo Spa Sparkles, ubicado en Southampton. Alette la señaló como una de las diseñadoras más cotizadas del momento. Su amiga tenía, además de la oficina que compartía con su madre en H&E, un prestigioso piso de oficinas de diseño de interiores en Londres, y conocía bien el gremio.

Emma pensaba, en cambio, que esa mujer era la zorra del momento. No le quiso dar mayores detalles a Alette sobre el incidente que involucraba a su colega; prefirió ignorarlo, porque ya no deseaba recrear aquel dolor. Tampoco abandonó su fin de semana, simplemente esquivó las actividades que podrían tener en común.

Alette había insistido mucho para que fuera. Y Adam, que era el único a quien Emma había contado el incidente con pelos y señales, le exigió que acudiera y se diera un buen gusto. Él le sacó con cuentagotas lo ocurrido cuando durante varios días la vio tan taciturna y apagada, algo extraño en ella. Adam era el mejor amigo que se podía tener.

Sparkles resultaba inusualmente caro. Emma no era muy dada a los excesos ni a malgastar el dinero, pero sin duda, después de haberlo dejado con Jared, lo que más necesitaba era descansar, y el spa le vino fantástico. Se había licenciado como psicóloga infantil. Había participado en programas de capacitación extenuantes que ofrecía el Gobierno, y también había dado clases en su universidad. Estaba realmente agotada; física y emocionalmente.

Cuando iba al instituto solía ser igual de sencilla que ahora, en eso no había cambiado. No permitía que su padre le enviara al chofer para que la llevase a clases, prefería tomar el autobús o el metro como todo el mundo; hasta que alguien se enteraba de quién era ella, y entonces le llovían las invitaciones a diferentes eventos sociales, que ella rechazaba. En la universidad, al estar apartada de su casa, compró un coche para moverse con más facilidad.

Muchos pensaban que su vida era privilegiada y, en cierto sentido, así era; aunque ella no lo veía de ese modo. Siempre prefirió que se la reconociera como Emma Connely, no como la hija del magnate de la comida congelada, Rory Connely.

El que su familia viviera en el lujo había tenido un alto precio para Emma: no ver casi a sus padres, porque solían estar en viajes de negocios. Cada vez que salía, en Londres, iba acompañada de un guardaespaldas que discretamente la seguía para evitar un secuestro, pues su familia era muy conocida. Al menos, estudiando en Oxford, podía camuflarse con más facilidad.

En la universidad contaba con un grupo excepcional de amigos, cuyas diferencias estaban marcadas por el modo de ejercer su profesión, pero no por cómo vivían sus vidas. Y esa noche de noviembre le había dado tanto gusto verlos que solo el anuncio que había hecho su padre lo echó todo a perder.

Y mientras los recuerdos iban y venían en su mente, no se percataba del bullicio de los alrededores de la fiesta que tenía lugar en su casa de Mayfair. Esto le impidió oír el abrir y cerrar de la gran puerta de roble que protegía la estancia donde se había replegado para ordenar sus pensamientos.

El salón, visto con más claridad y detalle a plena luz del día, estaba decorado en tonos malva y menta. El suelo era de mármol y algunas pequeñas figuras griegas que habían sido compradas por su abuela Phoebe en otros tiempos, estaban distribuidas alrededor en orden cronológico de adquisición. Era una estancia verdaderamente cálida y acogedora.

—Siempre nos encontramos en circunstancias extrañas. Generalmente cuando estás lejos de la gente.

Se sobresaltó, pero no hizo intento de moverse. «Aquella voz aterciopelada.» Elevó sus defensas internas. La estela de circunstancias y recuerdos se olvidaron por completo. Su mente estaba clara, atenta.

—Christian —fue lo único que dijo a modo de saludo y en un tono carente de emoción—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar celebrándolo fuera... Ahora diriges la empresa de mi familia.

Él acercó una silla y se sentó cerca de ella. La luz proveniente del jardín se filtraba tenuemente por la estancia.

—Podría responder a esa pregunta de diferentes maneras. Aunque no tengo demasiado tiempo para ahondar en las nuevas preguntas que seguro vendrían a continuación.

—No te entretengas por mí —dijo Emma sarcástica.

Él sonrió en la oscuridad. «Emma no ha perdido ese espíritu impetuoso.»

—No te he visto en muchos años y, aunque debería hacer gala de mi cortesía para preguntarte qué tal te ha ido, en esta ocasión voy a prescindir de ella. —«Oh, ese perfume, mezclado con su esencia tan masculina, es arrebatador», se lamentó ahogando un gemido mientras lo escuchaba—. Debes estar al corriente de la enfermedad de mi abuelo. Ha salido en la prensa en varias

ocasiones. Le quedan pocos meses de vida, quizá solo semanas. Así que he hecho un trato con tu padre.

Ella estaba informada acerca de la salud de Lionel Hawthorne, pero no sabía hasta qué punto había avanzado el cáncer. La opinión que tenía de él era muy buena: un hombre trabajador, honesto y con una mente privilegiada para los negocios. No era la misma opinión que tenía de su nieto, aunque por supuesto en el tema de los asuntos empresariales sabía que era un genio.

—Lamento oír eso sobre Lionel. ¿En qué consiste ese trato con mi padre, Christian?

Siguió sin darse la vuelta hacia él, escuchando los susurros, muy a lo lejos, de las voces que se mezclaban entre sí en los alrededores de la mansión.

—Me he enterado —dijo, ignorando la pregunta de Emma— de que tienes una fundación en la que ejerces tu profesión de psicóloga y necesitas fondos.

Ahora sí tenía toda su atención. No precisaba fondos desesperadamente, pero una ayuda siempre era bienvenida. Se giró para mirarlo. Si se metía con la fundación, entonces sí que tendría que presentar batalla e incluiría a Adam, con sus contactos, en el paquete.

—¿Adónde quieres llegar? —Emma se removió hasta quedar frente a él.

—Seguro que no al mismo punto que hace unos años, cuando te disolvías como un terrón de azúcar en un café caliente. —La miró con reconocimiento sensual.

—Arrogante —murmuró ella atrapada en la marea azul que la observaba.

—De eso me acusan... —Sonrió jactancioso. Rompiendo el contacto visual, se puso en pie. Ella también se incorporó. Hablarían en la misma posición; no permitiría que Christian la intimidara mirándola desde arriba—. Por tu pregunta de hace un momento deduzco que desconoces los detalles de que asuma la dirección de la empresa. —«Obviamente, míster Listillo.»—. Así que te informo de que tu padre, en agradecimiento a la asesoría que le he brindado y también al préstamo que he avalado en el Barclays para mantener a flote tu compañía familiar, me ha cedido el mando. La única concesión que he hecho en ese acuerdo es que él siga presidiendo la junta directiva de accionistas y que forme parte del consejo de administración. Y aunque ha dicho que estarás también en el consejo, solo se trata de una fachada para que el personal no se sienta desprotegido por el apellido Connely. En realidad trabajarás en el departamento de talento humano. Estarás en el consejo como accionista, pero las decisiones, y eso ya lo sabe tu padre porque para él también se aplicará, las tomo yo. Salvo algún caso extraordinario que atente contra sus asuntos familiares dentro de la empresa, pero no voy a entrar en detalles contigo, Emma.

—El tema de los negocios en la empresa no me interesa; no es mi campo. Vete. —Puso los brazos en jarras.

—Seguro que hacer negocios y esforzarte para sacar ganancias no es tu campo. Quizá el dinero rápido y fácil para cumplir tus caprichos, sí. —«¿De qué habla este?», se preguntó ella mirándolo desconcertada—. Además, te conviene escucharme, Emma. Al menos tus proyectos profesionales te lo van a agradecer.

—¿No me conoces, así que no te atrevas a juzgarme! ¿Qué es lo que quieres? —le dijo mirándolo nuevamente a los ojos, que estaban iluminados por la luz proveniente de las bengalas que en ese momento explotaban en el cielo para celebrar el giro empresarial.

Ella se preguntaba si a lo mejor Christian no se habría fumado algún alucinógeno. No pillaba lo que quería insinuar con sus indirectas.

Christian se quedó inmóvil un instante. Emma era la mujer más guapa que había visto. Y el tiempo sin verse la había transformado en una belleza con estilo y madurez. Ella parecía no ser consciente de aquello, y eso la hacía aún más atractiva. Aquellos ojos verdes lo habían perseguido todos esos años, pero no iba a dejar que un Connely lo engañara dos veces. Se lo debía a su madre, y a sí mismo. Le había costado mucho tener que contener el odio que le tenía a esa familia, para poder vincularse con ellos. Seguía el maquiavélico consejo de que, si no podía con sus enemigos, tenía que unirse a ellos, y él lo había hecho... a su manera.

—Dentro de dos semanas tendré una reunión con un importante empresario en Nueva York. Y es un trato clave para *nuestra* empresa —le dedicó un gesto de desprecio con la mano—, para así abrírnos paso en Norteamérica. Tenemos que empezar por esa ciudad. Además, mi abuelo ha dispuesto un testamento, y existe una cláusula especial. De no cumplirse, los únicos perjudicados serán los Connely.

«¿Acaso planea arruinar a mi familia cuando esta ha depositado su confianza en él?» Intentaba mostrarse firme, pero el tono de voz acerado, la cercanía de Christian y toda la información que se revolvía en su mente no ayudaban.

—¿Por qué los Connely? —preguntó con reticencia. Puso las manos detrás de la espalda, apretándolas entre sí para que no temblaran. Estaba contrariada. Furiosa. ¿Cómo se atrevía a hablarle con desprecio?

—Te agradeceré que no me interrumpas, Emma —dijo Christian cortante. Ya había fingido bastante durante esos años cerca de ellos. Él tenía una exquisita educación, pero, con esa familia, cada vez que había tenido que estrechar la mano de Rory o Trevor, había tenido que hacer gala de un enorme autocontrol para no soltarles todo lo que sabía y exigirles una explicación. También se contuvo para no exigirles el cumplimiento de su derecho legítimo como socio verdadero de H&E. Aunque, por supuesto, ellos no le hubiesen dado ninguna explicación, como tampoco la hubo cuando su madre se las fue a pedir, mucho tiempo atrás.

—Si vas a venir aquí a increparme sin ningún motivo, déjame decirte que no te lo voy a aguantar. Y si por eso vas a crucificar a mi familia y a una institución para personas que no tienen tus recursos, es que eres un rastrero. Ahora vete de aquí, no me interesa conocer ninguna propuesta que provenga de ti —declaró Emma enfadada.

Él negó con la cabeza como si hubiera sido el comentario más absurdo que hubiese oído en mucho tiempo.

—Yo creo que te va a interesar, y mucho. Rastrero o no, soy la única salida que tienen tus intereses profesionales y familiares. —El tono acerado en que habló le hizo contener el aliento—. En realidad, esta pantomima de hablar contigo es para hacer honor a mi lado noble como buen negociador. Tanto si te gusta como si no, lo aceptarás.

«¿Lado noble? ¡Ja!», pensó ella.

Él le hizo un gesto, ignorándola.

—Entre las cláusulas del testamento, mi abuelo estipula que tengo que estar sentimentalmente establecido antes de cumplir los treinta y cinco, que es la edad que tengo actualmente. Así que

estoy contrarreloj. Lo sé —le dijo como si le hubiera leído el pensamiento—, suena bastante anticuado en este siglo, pero él tiene el corazón anclado en otra época y no voy a contradecirlo en sus últimas semanas de vida. Él quiere vender una propiedad que me interesa particularmente, en caso de que no asuma su disposición: casarme.

—Y esa idiotez de qué modo podría afectar a mi familia, o a la fundación —indagó ella fastidiada. Había sido una noche extenuante, solo quería echarse a dormir y dejar su mente en *off* algunas horas.

—¿Conoces la palabra *fraude*? Pues bien, esto que calificas de idiotez es tu única salida. O aceptas o consigo que cierren tu organización, también logro que el Barclays te embargue la casa, y que te dejen a ti y a tu próspera familia en la calle.

Se le fueron los colores al suelo.

—¿Fra... fraude? —Se odió por el tartamudeo, pero la había dejado consternada. La fundación la podía manejar Adam, él tenía influencias y capital. Pero sus padres, en ese momento, no eran tan fuertes como antes, y no podían hacer mucho contra un banco que ya les había negado un préstamo. Además, ¿de qué diablos estaba hablando el lunático de Christian con eso del *fraude*?

—Sé que la persona que ha estado desviando fondos de H&E en los últimos años eres tú.

Elevó las manos con incredulidad ante sus palabras.

—¿Qué yo qué?! —No sabía si ponerse a llorar o reír histéricamente. A lo mejor en algún momento salía alguien y le contaba que estaba en un programa de cámara oculta, o que era la broma del año en la familia; quizá la graciosa de Alette. Pero su acusador estaba frente a ella, en carne y hueso, enfundado en un Armani y oliendo tan deliciosamente que por un momento... «¡Despierta, Emma! ¡Te están jodiendo la vida en este instante!», recapituló.

—Ahora no voy a darte explicaciones sobre transacciones que ya conoces; sería redundar. Eso de darte una vida de millonaria con el dinero robado de tu familia se ha acabado, porque ahora yo dirijo la compañía. A diferencia de Rory, tengo un olfato muy afinado para las finanzas y lo hago todo *legalmente*. O haces lo que voy a pedirte o te denuncio, hago efectiva la hipoteca de tu casa, te envió entre rejas con un escándalo a tus espaldas, se cierra la fundación porque me encargaré personalmente de que así sea y tu familia se queda en la calle, de eso puedes estar segura. —Se calló un instante y miró la expresión atónita del rostro de Emma. Enumerar todas las desgracias que era capaz de provocar, lejos de hacerlo sentir bien, le creó una ligerísima sensación de culpa. Tan ligera que desapareció en un tris tras—. Emma, estoy convencido de que puedes imaginarte que la junta directiva del Barclays no quería darle un préstamo a tu padre en las condiciones en las que está el mercado, pero, gracias a un favor que me debían, lo han hecho; es solo cuestión de gestionar una llamada a mi contacto para que exijan el pago completo de los intereses.

«Si alguna vez me quedo sin palabras —se había dicho ella en alguna ocasión— será porque el mundo ha dejado de girar.» Pero ni el mundo había dejado de girar ni las vacas estaban volando. Respiró profundamente.

—No sé de dónde has sacado todos estos cuentos, pero tú no vas a insultarme. No soy una estafadora ni una ladrona. Y me importa un bledo que tengas que casarte o suicidarte para que te den no sé qué estupidez. Para que te enteres, yo tengo el respaldo económico de mi socio. Mi padre no tiene nada que ver con lo que yo hago.

Fuera la gente bailaba y se reía.

Después del tiempo que habían permanecido en la semipenumbra, los ojos de ambos se podían identificar mutuamente, lo suficiente para leerse algunas expresiones faciales con claridad.

—Emma, mi tiempo es demasiado valioso como para seguir perdiéndolo con una mocosa ladrona y consentida como tú. No quiero saber el papel que tiene tu novio, socio o amante o lo que sea, en tus asuntos ni cómo lo compensas después. Tus explicaciones no me interesan, ni tengo tiempo para ellas. No haré concesiones. El negocio que tengo que cerrar en Nueva York es importante, y obtendré la firma de respaldo para conseguir esa casa que tiene mi abuelo en su poder. Te dejo claro que, cuando quiero algo, no me importa el precio que tenga que pagar para conseguirlo, ni los medios de los que tenga que echar mano.

Christian no vio venir la mano de Emma, que dio de lleno sobre su mejilla derecha. Al instante, él la tomó de las muñecas y la acercó a su cuerpo. Ella ni parpadeó, porque la reacción le quitó el aliento que había estado conteniendo.

—¿Alguna querida a la que contentar con esa casa? —lo increpó con acidez, sin dejarse intimidar.

Él apretó la mandíbula.

—No te incumben mis amantes. Ya te he aclarado mi posición: la condición para no arruinar tu vida ni la de tu familia es que te cases conmigo, piénsalo... Aunque no me interesan las hipócritas ni las mentirosas —le dedicó una mirada de desdén—, no me queda otra para conseguir lo que quiero. En dos semanas —sentenció.

—¿Por qué yo, si tienes tantas mujeres donde escoger? No pienso casarme contigo —declaró Emma frotándose la muñeca que él había aprisionado con fuerza antes de soltarla.

Jamás sabría que Christian la alejó de sí con desprecio no porque ella le repugnara, sino porque había notado con fastidio que tocarla lo quemaba. Un ardor que, al parecer, no tenía nada que ver con la rabia.

—Tienes exactamente veinticuatro horas para hacerte a la idea. Vas a salir conmigo cuando yo lo estipule y, cuando hayan transcurrido las dos semanas, te mostrarás totalmente enamorada y dirás que no has podido resistirte a mi propuesta de matrimonio. Sobre este aspecto particular del trato, no le comentarás nada a tu familia. Serás la devota prometida frente a mi abuelo, y una trabajadora ejemplar en la empresa. ¿Por qué tú? Fácil. Llevas la sangre del asesino de mi madre en tus venas, y eres quien va a pagar por ello.

Dicho esto, salió del salón dejando a Emma con los ojos llenos de lágrimas que él no alcanzó a ver.

Bendito lío en el que se hallaba metida. Y lo más interesante es que no tenía la más puñetera idea de todo lo que él la había acusado. ¿Cómo había llegado a ese punto su vida? ¿Un asesino? La cabeza le empezó a doler. Se armó de las pocas fuerzas que le quedaban para arreglarse el peinado, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y salió discretamente del salón. Se fijó en que nadie reparara en ella. Luego subió por las escaleras a su dormitorio.

Se acostó con la ropa y los accesorios de esa noche. La energía por ese día ya no daba más que para cerrar los ojos y dejarse abrazar por Morfeo.

Al día siguiente le llegó una carpeta con la copia de los extractos de las transacciones y transferencias de la cuenta de ahorros que su padre le había abierto cuando tenía veinte años. Esa cuenta se había creado con el objetivo de que ella pudiera mantenerse en la universidad, pero la cantidad ahí reflejada era exorbitante, y dejaba patente, con claridad, que ella jamás había usado ese dinero. Estaba segura de cuántos miles de libras le había depositado su padre en la cuenta años atrás, por eso el monto del saldo final que leían sus ojos era inaudita.

Luego reparó en la firma de los documentos.

Contuvo el aliento al notar que alguien había falsificado su rúbrica. La falsificación estaba tan bien hecha que hasta ella llegó a pensar que en verdad era la suya. «Ahora estoy bajo las condiciones de Christian Hawthorne», y con esa idea se sintió perdida. No tenía modo de demostrar su inocencia.

Capítulo 3

Christian caminaba de un lado al otro de su estudio mientras revisaba un informe que Martin Gunther, el contable de la corporación, le había llevado esa mañana. Su nueva posición en el negocio, a través de H&E, había contribuido notablemente a que los inversores de Nueva York mostraran una tendencia más favorable a brindarles las facilidades para vincularse y abrir en esa ciudad la nueva sucursal de Art Gourmet.

De acuerdo con el documento, estaban más que complacidos con la nueva propuesta económica para llegar a un trato lo antes posible. Eso lo alegraba sobremanera, como plus era una gran ventaja sobre su competidor americano, Dave Chavelier.

La noche anterior había abandonado la fiesta de los Connely con un sentimiento de triunfo. No le agradaba la idea de deshacerse de su vida de soltero; tal como la llevaba, estaba más que satisfecho, pero si casarse le permitía recuperar la casa en la que había vivido la infancia con su madre, no le importaba.

Su abuelo compró la propiedad muchos años atrás, pero se negaba a ponerla a su nombre (a pesar del valor sentimental que representaba para él) a menos que contrajera matrimonio. Era un viejo embustero, pero también quien le había enseñado con paciencia los entresijos de las negociaciones, y él había resultado un ávido aprendiz. Los frutos se reflejaban en su abultada cuenta bancaria y en su gran número de acciones en importantes corporaciones internacionales.

Seguro que Mia Parker, su amante desde hacía tres meses, entendería el cambio de planes. La fidelidad no entraba dentro de su esquema matrimonial, y no dudaba de que se las arreglarían para poder continuar su placentera relación.

Mia era la mujer que cuadraba a la perfección con su agenda: guapa, rubia, fácil, con una figura excepcional y buen gusto, además de que no lo incordiaba con exigencias que fueran más allá de la cama. Apegarse emocionalmente a las personas no era su estilo, y detestaba que lo hicieran con él. Si las cosas empezaban a complicarse, cambiaba de compañía y punto. Además, siempre había dejado claro a todas sus amantes que, si comenzaban a enamorarse de él, lo mejor era dar por terminada la aventura, porque no estaba dispuesto a tolerar escenas, ni lágrimas, y menos aún confesiones románticas.

Aunque, a juzgar por el giro que había dado su vida y las decisiones tomadas con respecto a Emma, no le quedaba otra que crear un vínculo, legal tan solo, pero vínculo al fin y al cabo. Al final, la arruinaría y la enviaría de vuelta a casa, sola, humillada y con su familia en la quiebra. Le gustaba esa perspectiva.

Qué pena por Trevor, quien, aunque ambicioso, le había presentado a importantes personajes que luego se convirtieron en aliados estratégicos para sus negocios. Por eso le estaba agradecido. Y ahí concluía su límite entre la sensatez y la venganza. Ya había apelado a la primera; ahora iría a por la segunda.

El tramposo de su abuelo le puso la casa de Cambridge como cebo para que cumpliera su testamento en vida y, a pesar de que sabía que era un flagrante chantaje, accedió. Lionel siempre le decía que no quería morir y dejarlo solo, que era joven y había llegado el momento de que encontrara el amor.

Por el respeto y agradecimiento que le tenía, toleraba esas tretas y no le hacía partícipe de su criterio: el amor estaba sobrevalorado. Además, en esta ocasión, sin saberlo, Lionel le había ofrecido en bandeja de plata lo que buscaba: un modo de vengarse de Rory Connely, a través de su hija, a quien creía tan culpable como a Rory de la muerte de su madre.

Él no estaba solo y, cuando quería rodearse de calor humano genuino, recurría a la única conexión que tenía con su madre: tía Alison, Olivia y su abuela Gladys. Todas vivían en una casa de campo en las afueras de Dublín, en Irlanda.

Su familia materna se había negado rotundamente a instalarse en Inglaterra. Él tampoco las había obligado. Sin embargo, les brindaba todas las comodidades posibles. Nadie más, aparte de su buen amigo Piers, conocía esa faceta familiar de su vida. No le interesaba que la prensa intentara indagar sobre sus seres queridos.

De las mujeres se cansaba con facilidad. La mala experiencia con Diana Thompson-Lewis, una norteamericana nacionalizada británica con quien incluso estuvo comprometido para casarse, lo llevó a sentir cierto rechazo hacia el compromiso y las relaciones a largo plazo. Al principio había sido estupendo. Diana era una mujer preciosa: ojos celestes, cabello ondulado. Una digna candidata para ser fotografiada a su lado. Ella poseía la figura de una modelo, y además provenía de una familia muy acomodada. Su carácter se amoldaba a cualquier situación. Salieron juntos durante casi siete meses, lo que para él fue todo un récord. Cuando le propuso matrimonio, lo hizo pensando en que sería un enlace adecuado, y que no limitaría sus propósitos profesionales; de hecho, la habilidad de Diana para desenvolverse en reuniones sociales le ayudaría a llegar a ciertos contactos que se dejarían llevar por una sonrisa femenina más que por una de sus miradas audaces o inquisitivas.

Si se enamoró o no, aún era un misterio para él. Solo tenía plena conciencia de que la quería en la cama costara lo que costase. Y lo consiguió. Como todo lo que se proponía. Diana era una mujer muy desenvuelta y nada cobarde. Después de pedirle matrimonio, y publicar una reseña en una famosa revista británica, la llevó de viaje. A su regreso pretendía hacer el anuncio más formal, esta vez a toda la prensa. Quizá, si no la hubiese llevado a Italia, no habría podido agradecer lo suficiente el haber descubierto la clase de mujer de la que se había librado cuando rompió con ella.

Recordó que se decidieron a pasar un fin de semana en Nápoles. A pesar de ser una parte muy pintoresca del país, no era precisamente la más lujosa, como Milán, pero les gustó la idea de conocerla. Entre callecitas y callejones, se perdieron. Antes de llegar nuevamente a una calle transitada, chocaron sin querer con una mujer muy anciana que caminaba con lentitud, por lo que

les impedía el paso por el angostísimo callejón.

Diana se exasperó. En un inexplicable arrebato, le dijo a Christian que sacara esa *porquería* de su paso, señalando con el dedo a la octogenaria. Él se dio la vuelta para observarla, iracundo por su comentario; dejó de prestarle atención para ayudar a la mujer a caminar. Sin importarle un ápice, dejó tirada a Diana en las céntricas calles de Nápoles.

Hubo una época en la que él no tuvo comodidades y, cuando su vida se volvió próspera, no dejó de recordar de dónde provenía. A pesar de que era rudo en los negocios, se comportaba con justicia y sin menospreciar a alguien que poseyera menos que él. La actitud de Diana le revivió el resentimiento que sentía por el modo en que personas con más bienes se aprovecharon de su madre por poseer menos recursos. Y no le gustó en absoluto.

Aquella noche no supo de su prometida. Al día siguiente, al no encontrarla, mandó a sus guardaespaldas a buscarla. La localizaron en uno de los lujosos hoteles de la ciudad. Cuando Christian llegó al lugar, subió hasta la habitación 453.

Lo que encontró fue más que suficiente para decidir dejarla. Diana estaba rodeada de cinco personas, hombres y mujeres. Todos formaban un grupo alrededor de una mesa de centro, llena de polvo blanco y pequeños cilindros. Estaban inhalando cocaína. Ella se giró para ver quién había llegado, interrumpiendo su carcajada, y se le petrificó la sonrisa.

Christian no dijo nada, se dio la vuelta y empezó a alejarse. Diana corrió detrás de él, meneando la cabeza como para tratar de sacudirse los efectos de la mala noche. Desde el pasillo le gritó que lo amaba, que no había hecho nada y que le encantaba estar con él, que solo había sido una vez. Christian no la escuchó y la echó de su vida.

Cuatro días más tarde se enteraba en su despacho de que Diana había ventilado a la prensa italiana una mentira que lo puso tan furioso como nunca antes había estado. Ella declaró a los medios que la madre de su exprometido, Christian Hawthorne, había muerto de sobredosis, y que durante muchos años él desconoció la existencia de su abuelo, y por ello vivió de la caridad del poblado de Chesterton, en Inglaterra.

Los embustes de Diana para vengarse por su desplante corrieron por los medios italianos. Algún que otro medio británico se había hecho eco de la noticia, pero su influencia paró a tiempo aquella patraña antes de que se transformara en una bomba mediática imposible de frenar. Había confiado en Diana. Y ella lo traicionó y lo engañó.

Por si fuera poco, su equipo de investigación descubrió que, en Seattle, el apellido de Diana era en realidad Tisdale, y que aún estaba casada con Alfred Tisdale, un marino norteamericano que la había denunciado por intento de homicidio. Ella había huido y había cambiado de apariencia y de identidad.

A partir de esa experiencia, para él las mujeres eran meras compañías de conveniencia, y antes de estar con alguien investigaba a fondo sus antecedentes. Jamás volvería a brindarle el beneficio de la duda a ninguna mujer. La fingida buena disposición y apariencia de ingenuidad de Diana casi lo habían puesto en ridículo. Había cometido un grave error al compartir con su exprometida sus reflexiones con respecto a la ausencia de su madre todos esos años. No le contó detalles del deceso, ni de los involucrados; de lo contrario, ahora podría estar más que frustrado sin encontrar la vía de llegar a los Connely para hundirlos.

Desde la adolescencia, su abuelo inventaba algún ingenioso ardid para que Christian accediera a ciertos favores que le pedía, que él se negaba a cumplir a menos que le ofreciera alguna recompensa interesante a cambio. Según Lionel, aquella era la forma de enseñarle cómo funcionaban los negocios. Christian solo se echaba a reír. Sin duda, el cinismo lo llevaba en la sangre, porque lo pasaba en grande con las ocurrencias de su abuelo, y aún más con las recompensas que obtenía cuando sabía jugar sus cartas adecuadamente.

Las mujeres con las que solía salir le decían que no tenía corazón. Y quizá fuera cierto. Aprendió desde pequeño que amar a alguien conducía al sufrimiento y al dolor, y al final, a perder a esa persona, como le sucedió con su madre. La forma en que falleció, por culpa de la ambición de Rory, la tenía clavada en el alma. Y pensaba devolverle el mismo dolor.

Se acercó al ventanal de su despacho, que le ofrecía una vista privilegiada de la ciudad de Londres. A veinticinco pisos de altura podía observar el Támesis y a los turistas que a esa hora hacían fila para tomar uno de los tiques al London Eye. Respiró profundamente, y luego se acomodó en su sillón estirando los pies para descansar mejor su metro ochenta y cinco de estatura.

Sonó el teléfono interno.

—Dorien, le he indicado que no me pase llamadas por esta línea a menos que sea importante —recriminó con voz firme a su secretaria personal, que llevaba ocho años a su servicio.

Hubo un carraspeo al otro lado de la línea.

—Lo siento, señor Hawthorne, pero dice la persona que no piensa moverse de aquí hasta que usted la atienda. Ha sido muy insistente. Y además es...

—Dígale que no tengo tiempo...

Antes de que acabara la frase, una melena rojiza y ondulada se abrió paso y empezó a dirigirse hacia el asiento dispuesto frente a su escritorio. Al compás del caminar de unas piernas espectaculares se balanceaba una sencilla falda morada.

—No sabía que estuvieras ansiosa por empezar tu papel de novia —le espetó sarcástico para evitar traslucir el hecho de que lo pillaba desprevenido. Ya había aprendido a no demostrar emociones. El mundo de los negocios era implacable. A la menor debilidad, todo se derrumbaba. Y él jamás se mostraba débil. Por algo lo llamaban The White Shark.

—Hola, Christian. —El tono de Emma era tranquilo, aunque dentro de los zapatos apretaba los dedos de los pies para que el resto de su cuerpo no comenzara a temblar—. He venido porque quiero aclarar un par de asuntos contigo —respondió evitando caer en la pulla que él había iniciado.

Él le hizo un gesto con la mano para que se sentara.

—¿Y bien? —le preguntó, y empezó a teclear con despreocupación en el teclado del ordenador.

Si hubiera hecho caso de su sentido común, Emma no se hubiese subido a un automóvil y conducido no sabía cuántos kilómetros hasta las oficinas de Art Gourmet Corporation. Pero, claro, ella era Emma Connely y ahora no controlaba su vida. Salvo las citas con sus pacientes, no tenía nada seguro en la agenda. Si iba a tener que fingir que se casaba por amor con un hombre que la detestaba, y no sabía muy bien por qué, aunque le bastaba con que pudiera hacerle daño a su familia para acceder a esa charada, al menos negociaría el tener algo a su favor. Odiaba sentirse

impotente y no poder rebatir la firma en esos documentos. Estaba consternada. Y eso era poco decir.

—Es de mala educación no mirar a las personas cuando se va a tener una conversación —comentó, mientras con el rabo del ojo veía a su derecha su propio reflejo en el cristal. Al menos tenía la cabellera controlada y su blusa beige lucía inmaculada. Los zapatos negros de tacón y la postura afianzaban el aire de seriedad y dignidad que necesitaba esa mañana.

Christian se limitó a girarse hacia ella con hastío y a entrelazar los dedos, para poner luego las manos sobre el escritorio. La miró a los ojos y recorrió descaradamente su rostro hasta llegar a sus senos. Emma sintió que los pezones cobraban vida con esa mirada. «Condenado seas por causar este efecto en mí.»

Se aclaró la garganta y continuó:

—Me gustaría establecer algunos puntos.

—Las reglas las pongo *siempre* yo, Emma —replicó Christian, y acercó su cuerpo al escritorio, quedando más cerca de donde ella se encontraba, aunque no lo suficiente.

—No sé por qué la tomas conmigo. No conocí a tu madre, no sé cómo murió o qué tengo yo que ver con ello. —Él apretó los dientes con la sola mención de su madre en los labios de ella—. Tú y yo solo nos vimos una vez, y desde entonces no nos hemos vuelto a cruzar. Luego apareces una noche, asumes el control de la empresa de mi familia, me acusas sin conocerme y me chantajeas para que me case contigo. No entiendo nada, así que exijo una explicación. —Fue entonces cuando él se rio a carcajadas. Una risa ácida.

Ella no encontraba en absoluto graciosa la situación.

—A mí nadie me exige, al contrario, soy yo quien lo hace siempre. Digamos que esta mañana estoy algo benevolente por los buenos resultados en Nueva York, consecuencia, entre otras cosas, de haberme hecho con el mando de H&E. Quizá te dé más detalles cuando lo crea conveniente. Por ahora, termina de una vez con tus *puntos*.

«Qué más me da si me ofrece la explicación o no; de todos modos, no tengo salida», se lamentó ella.

—Si lo que necesitas es una pantalla para que tu abuelo te dé esa firma, tu herencia al completo y esa casa, entonces no hay necesidad de que yo duerma contigo. —Se le pusieron rojas las mejillas, y él sonrió al notarlo. Se iba a divertir a su costa—. Puedes buscar satisfacer tus necesidades como lo has venido haciendo hasta ahora, lejos de mí. No me importa lo más mínimo. Quiero que me dejes vivir mi vida. Fingiré delante de los demás, pero no dejaré mi trabajo. El dolor de estómago perenne no es sano para nadie, y no lo quiero contraer por pretender estar enamorada de alguien tan vulgar como tú —concluyó. «Bien, ya le he dejado claro mis puntos.»

—A ver si lo comprendo... —Christian inclinó la cabeza hacia la derecha, como si estuviera pensativo—. Pretendes vivir bajo el mismo techo que yo, sin consumir el matrimonio. ¿Es eso? Y además, pides vivir tu vida de soltera, y me dejas vivir la mía. Puedo salir con quien yo desee como hasta ahora, siempre y cuando sea discreto. Y asumo que tú también piensas hacer lo mismo. ¿Lo he entendido correctamente?

—Exactamente. —«Al fin lo ha entendido. No es tan bellaco después de todo. Luego ya buscaré un mejor arreglo. Es un alivio que al menos sea comprensivo.»

—Muy bien. —Christian se puso de pie, se alejó del escritorio y avanzó hacia ella—. Pues déjame aclararte —comentó girando la silla y ubicándola de frente a él— que lo que pides no te será concedido. —Ella dio un respingo, indignada—. Y antes de que intentes replicar, déjame añadir —colocó las manos en cada uno de los brazos de la silla giratoria, irguiéndose sobre Emma como una barrera, impidiéndole cualquier salida— que...

—¡No estás siendo justo! —lo interrumpió ella con la voz más firme que pudo sacar en ese momento. Lo detestaba. No había forma de concederle el beneficio de la duda. Era un hombre imposible, manipulador y frío, tal como su hermano le había dicho alguna vez, y ahora le tocaba sufrirlo en carne propia.

Christian emitió un suspiro cansino.

—La justicia no es algo que me preocupe contigo. —Se inclinó un poco más hacia ella, hasta quedar a la altura de sus ojos verdes—. No estás en condiciones de negociar nada. Y como iba diciéndote sobre las exigencias: primero, tú y yo vamos a consumir este matrimonio. Segundo, yo sí podré continuar con mi vida de soltero y saldré con quien me plazca, porque cubrirle las espaldas a tu familia es tu problema, no el mío. No creo que ellos te hayan inculcado el robo ni la estafa como valores vitales.

Emma achicó los ojos por la rabia. Lo tenía tan cerca que sus respiraciones se mezclaban. Él continuó:

—Tercero, no permitiré que me seas infiel mientras estés casada conmigo. Cuarto, lo único que consentiré es que te vayas a tu fundación. Y finalmente, y esto es tan solo un comentario claro, sabré cualquier movimiento que hagas, tanto fuera como dentro de Gran Bretaña. Esas son las condiciones del contrato matrimonial. Una vez que te cases conmigo, serás mía. ¿He sido claro?

En otro contexto, le hubiera encantado ser suya, y que él fuera absolutamente suyo... pero el destino le había jugado una pasada muy amarga. Tenía que empezar a investigar cuanto antes quién estaba detrás de la falsificación de su firma y de ese robo. Buscaría el modo de hacerlo, aun teniendo a Sherlock Holmes detrás de sus talones, porque pensaba limpiar su nombre. Luego buscaría el modo de que se tragara sus acusaciones. Vaya si lo haría.

—¿Y qué se supone que harás tú, llevar una vida de donjuán y pasearte con una mujer diferente bajo el brazo?

—¿Te preocupa? —Sonrió de modo arrogante.

—Persigo la igualdad. Si tú tienes amantes, entonces yo también. —La rabia que la consumía era tal que estaba segura de que sus pecas destacaban más—. Me gustan las relaciones de igual a igual —le espetó, mirándolo furiosa.

—Bueno —respondió Christian con desdén—, generalmente los ladrones no están en las mismas condiciones que las personas honestas. Es decir, por si no me has comprendido —dijo burlón—, tú no tienes ni voz ni voto en este asunto. A menos, claro, que quieras pasar el resto de tu vida durmiendo con compañeras de celda que quizá tengan ganas de desahogarse con alguien de su mismo sexo. Ya sabes lo que sucede en la cárcel...

—¡Eres el peor hombre que he tenido la desgracia de conocer! ¿Cómo te atreves a intentar intimidarme de esa manera? —gritó—. El día que te demuestre lo equivocado que estás, vas a arrepentirte, lo puedo jurar. —Sus ojos almendrados fulminaban las gemas azules—. No tienes

idea de cuánto te desprecio en este momento, Christian.

Esa fue la última frase que salió de su boca, porque él sorteó los centímetros que los separaban y se adueñó de sus labios. Fue un beso apasionado, castigador y persuasivo. Al principio Emma se resistió por la sorpresa. Luego él bajó la intensidad de su avance, y se tornó más suave e incluso dulce, logrando que Emma cediera. Ella quiso protestar, pero al abrir la boca Christian aprovechó para deslizar su lengua y rozar la suya.

El compás al que se movía era una lección erótica de conquista. Al tiempo que la besaba, con la mano derecha tomó su cintura y la puso en pie. Con la otra mano, una vez que Emma estuvo más unida a su cuerpo, vagó entre las sedosas hebras rojizas. Había tenido deseos de acariciarlas desde que la vio en la fiesta la noche anterior. No había planeado que las cosas llegaran a ese punto con ella, pero tampoco quiso privarse de ese instante. Los labios de Emma eran cálidos y su sabor, único.

La boca de Christian era una deliciosa esencia de anís. Por un buen rato Emma se dejó ir, olvidándose del motivo por el que estaba ocurriendo todo aquello. Mareada por el deseo, se aferró a los fuertes hombros masculinos, maravillándose de la dureza de sus músculos, así como del calor que emanaba de su cercanía.

Él empujó lentamente la cabeza de Emma hacia atrás para tener acceso a su cuello. Lo acariciaba con pequeños besos, uno detrás de otro, como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerlo. Alrededor no había más sonidos que el roce de sus ropas, y tenues gemidos de placer.

En algún momento, la mano que sostenía la cintura de Emma empezó a ascender despacio, pero posesivamente, hasta llegar a la base de su seno derecho; lo tomó en pleno sobre la tela de seda, llenando su mano; masajeó con anhelo la abundante suavidad. Luego elevó poco a poco la otra mano hacia el pecho izquierdo, repitiendo la deliciosa cadencia de sus caricias. Las manos de Christian se movían en círculos y sus pulgares se acercaban y alejaban de sus pezones, haciéndola desear más.

En un impulso, Emma puso sus manos sobre las de Christian, incitándolo a tocarla con más premura; lo llevó a posar los dedos sobre sus inhiestos pezones. Cuando él comprendió lo que buscaba, empezó a desabrochar los tres botones de la blusa con lentitud. Ella elevó la mirada hasta que la marea azul se mezcló con sus ojos verdes hechiceros que conjuraban pasión y emociones que él no podía descifrar.

Christian deseaba poseerla en ese momento, con fiereza y con una pasión tan fuerte que lo dejó sin aliento. Sin pensarlo dos veces, se acercó al lóbulo de su oreja izquierda y empezó a darle mordiscos suaves. Mordía y luego pasaba su lengua por el contorno. Cada vez que lo hacía, iba liberándola de los botones restantes de la blusa.

—Emma, ¿quieres que siga? —Su voz sonó más ronca de lo que quiso, impregnada de un anhelo de complacer y ser complacido como nunca antes le había ocurrido. A pesar de todas las emociones de odio que sentía por la familia Connely, no podía recordar en ese instante un solo motivo para dejar de tocarla.

—Christian, yo... —«Aunque mi vida sea un infierno de aquí en adelante. Al menos en este momento quiero descubrir por qué no he podido olvidar mi primer beso. Sé que soy una necia. Lo sé...», decía ella en su mente—. Bésame —murmuró.

Y eso hizo él. Se dedicó con esmero a saquear y deleitarse con su boca. Cuando se hubo hecho con todos los botones, dejando abierta la blusa, empezó a manipular el sujetador de randas blancas. No le resultó muy difícil, porque el broche estaba en la parte frontal. Al instante, dos hermosos pechos se dejaron ver, orgullosamente erguidos, blancos como la nata y coronados por un par de deliciosos picos del color de las bayas rojas.

—¡Qué delicia! —murmuró Christian al ver los pezones erectos y los pechos generosos clamando por sus atenciones.

Sosteniéndole la mirada, bajó hacia uno de ellos; lo chupó y lamió. Al mismo tiempo, atendió el otro pecho con los dedos, apretando y acariciando el pezón hasta que ambos estuvieron dolorosamente mimados. Ella gimió con abandono. Las sensaciones que Emma estaba sintiendo eran maravillosas y la hacían sentir deseada, amada...

«¿Amada?... Christian no me ama; me odia. Y yo estoy derritiéndome en sus brazos, y dejando que me toque como si fuera una cualquiera», se dijo avergonzada de sí misma. Las alarmas empezaron a sonar en su confusa cabeza, y él pareció notar que de pronto ella se había puesto tensa. La soltó abruptamente como si hubiera tocado un trozo de metal ardiente.

Emma se tambaleó al verse desprovista de los brazos que la mantenían en equilibrio. De no haber tenido el respaldo de la silla tan cerca, se hubiera tenido que aferrar a él de nuevo, y eso hubiera sido todavía más humillante.

Christian la miró; se fijó en el cabello alborotado, los labios hinchados por sus besos y la respiración agitada. Los hermosos senos subían y bajaban. Ella debió darse cuenta de que aún estaba semidesnuda, por la mirada lasciva que él le dedicó, pues se apresuró a acomodarse la ropa.

A Christian, saber que era el causante de esa imagen sensual que tenía delante, lo excitó. Sin embargo, echó mano de su autocontrol, obligándose a enfriar la mente. Le dedicó una sonrisa plagada de suficiencia.

Cómo lo detestó ella en ese momento al verlo tan pagado de sí mismo.

—Si me vas a demostrar tu desprecio de ese modo, Emma, créeme que estaré complacido de que sigas sintiendo lo mismo por mí por tiempo indefinido. Podría enseñarte tantas formas de lo despreciable que puedo llegar a ser en la cama —se burló.

Ella había disfrutado sus caricias, y por ello se sentía culpable. Por un segundo había pensado que él compartía la misma sensación devastadora de deseo que sentía ella, por eso su mofa la hirió. Se sentía vulnerable, pero no lo dejaría traslucir.

—Esto ha sido un error y no volverá a pasar —le comentó, mientras se arreglaba el cabello y se encaminaba hacia la puerta—. No quiero que me vuelvas a tocar. —Usó el mismo tono de frialdad con que le había hablado en alguna ocasión a Jared. Y recordar esa humillación la hizo sentir aún peor. No iba a tolerar los desaires de nadie.

Como si en realidad solo estuviera concluyendo una reunión de negocios, Christian le dijo:

—Mañana te enviaré a través de mis abogados el contrato de matrimonio, donde se estipulan los cinco puntos que te he mencionado, con más detalles, claro. Y en caso de quedar embarazada, lo cual espero que no suceda porque no soportaría que un hijo mío tuviera una madre de una familia tan rastrera como la tuya, el matrimonio quedará anulado. Además, haré todo lo posible

para quedarme con la custodia de la criatura. Aunque no haré efectiva la hipoteca de tu casa, ni tampoco te denunciaré. Le ahorraré la pena a un hijo mío de tener una madre ladrona que sale en los medios de comunicación. No me gustan los escándalos —soltó con petulancia.

Si lo que intentaba era humillarla, ya lo había conseguido. Las lágrimas estaban a punto de desbordarse, pero las contuvo. Podría renunciar a su libertad, pero tenía orgullo y dignidad, y eso no se lo iba a quitar el endiablado hombre que tenía frente a ella.

Nunca en su vida la habían tratado de esa manera; lo peor de todo era que no tenía culpa de lo que había ocurrido con esos dichos fondos en su cuenta bancaria. El idiota de Christian había dado por sentado que era una niña sin propósito ni rumbo en la vida.

—Eres insoportable. No sé cómo puedes conciliar el sueño por las noches.

—No duermo precisamente —replicó Christian guiñándole un ojo. Con esa apariencia de pirata, en otras circunstancias, Emma pensó que hasta le hubiera parecido adorable. Pero no, ese adjetivo era demasiado bueno para él—. Además, hace un rato no parecías tener quejas... —La miró lascivamente a propósito, para ofenderla.

—Adiós, Christian —respondió ella, apretando los dientes y sintiéndose sucia.

—Y, Emma... —La retuvo cuando había dado media vuelta.

Ella se volvió con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Qué quieres?

—Mañana iremos a cenar. Debes estar lista a las siete de la tarde, porque pasaré a por ti. Recuerda que esto es un acuerdo de negocios. No te hagas ilusiones de que pueda ser algo más.

«¡Estúpido presumido!», quiso decirle, pero prefirió ahorrar saliva. A cambio, salió dando un portazo. Encontraría la forma de sacárselo de encima. Seguiría trabajando. Pretendía pasarse todo el día en su oficina, si era posible. A ver cómo combinaba el tiempo entre H&E y Milestones. Al llegar a los ascensores, pulsó el botón del garaje, para recoger su automóvil y largarse de allí.

Una vez que estuvo solo, Christian desechó cualquier emoción de culpabilidad por el modo en que la había tratado. Estaba convencido de que se lo merecía. Y eso era poco en comparación con lo que él había tenido que pasar hasta llegar a dominar el imperio que poseía.

La crueldad no era una de sus características con las mujeres, pero ella lo provocaba, y no solo con sus palabras. Seguramente se habría acostado con medio Londres. Su belleza y su aparente aura de inocencia no lo convencerían de lo contrario. No habían coincidido en las diferentes reuniones de la clase alta británica y de negocios a las que él solía asistir, lo cual había entorpecido sus planes, hasta que el mismo universo se encargó de darle la oportunidad perfecta cuando tuvo noticias del desfalco en H&E.

Estaba convencido de que Emma iba a las fiestas de perdición como la que estaba disfrutando Diana el día que la encontró en el hotel de Nápoles. No se dejaría engañar. Con su ex se equivocó, pero él no cometía dos veces el mismo error. Maldita la hora en que se fijó en Diana: se convirtió en un idiota encandilado por la misma aura de candidez, si bien ella siempre fue una arpía y una mentirosa. Emma no era diferente. Una chica engreída, caprichosa y egoísta, que además robaba tan descaradamente a su propia familia, debía aprender una lección. Y si era él quien tenía que enseñársela, pues lo haría.

—¡Uauuu! ¿Quién es esa pelirroja despampanante? —dijo con una sonrisa de oreja a oreja

Piers Hunter, su socio y mejor amigo, al entrar en la oficina. Antes de cerrar la puerta, se quedó contemplando el contoneo de las caderas de Emma mientras ella se acercaba al ascensor.

Christian apretó los dientes. Emma *ya era* suya, así que su amigo no tenía derecho a mirarla de ese modo. La frustración lo ponía de pésimo humor. De saber que iba a pasar el resto del día en un absurdo estado de excitación insatisfecha, hubiera tomado a Emma allí mismo.

—Nadie que te interese —le dijo Christian con un gruñido, mientras volvía a teclear en el ordenador—. ¿Qué ha pasado con la investigación?

Ya había tenido suficiente de esa mujer por un día como para hablar de ella con Hunter. El sabor de la piel de Emma todavía impregnaba a Christian. «Una noche con Mia es la solución para volver a centrarme.»

—Vaya, Hawthorne, hoy estamos sensibles. —Piers recibió una mirada de advertencia, y la verdad era que no tenía ánimos para discutir con Christian ese día, porque cuando se ponía pesado era realmente insoportable—. Todo ha ido fabuloso; supongo que Martin te pasó los números. Nos quieren en Nueva York dentro de dos semanas, está más que confirmado. Hay buen pronóstico para nosotros.

—Chavelier es un buen contacto... Sé que negociará limpiamente.

—Y tanto. Mejor no desaprovechar esta gran oportunidad. Es nuestro mayor competidor; eso hay que tenerlo muy claro y, si está dispuesto a vender esa parte del negocio, qué mejor. Además, te ha seguido la pista y creo que hay que tener mucho cuidado. Aunque los números hayan sido alentadores, no creo que te haya perdonado todavía por lo de Rebecca.

Piers se acercó a la cafetera y se sirvió un poco de café con coñac.

—Dejamos zanjado ese asunto hace varios años. Ella no era su novia, y esa noche me prefirió a mí. ¿Qué podría haber hecho si me ofrecían una oportunidad como esa? Yo estaba bajo una gran presión por el contrato con el restaurante en San Sebastián, así que necesitaba un paliativo. Rebecca se ofreció a serlo, y yo lo tomé. Punto.

Rebecca Collins fue la novia de Dave Chavelier un largo tiempo. Se separaron dos años y al parecer estaban retomando el contacto cuando él se topó con Rebecca, pero, que Christian supiera, no era nada formal. Además, su estilo distaba mucho de meterse en medio de una relación: en ese caso en particular, él creía que la palabra *relación* no era aplicable, por inexistente.

—Eso si hubiera sido una oferta, y no un avance deliberado por tu parte aprovechando los tragos de más que se había tomado ella. La costumbre que tienes de querer demostrar tu supremacía a toda costa, en todos los ámbitos, te va a traer problemas. Chavelier hubiera sido un socio excelente para la expansión en Asia. Pero claro..., no abriremos en Singapur porque preferiste dar rienda suelta a tu bragueta.

—No seas mojigato, Piers. No existía una relación entre ellos cuando ocurrió aquello, y estoy convencido de que tú hubieras hecho lo mismo si una mujer como Rebecca se te hubiera ofrecido con descaro. En todo caso, fue solo un revolcón de una noche. No fue culpa mía que ella, con su arrepentimiento absurdo, fuera a comentárselo a Chavelier para intentar purgar su culposa emotividad femenina. Ya es agua pasada, como diríamos. Ahora tenemos oportunidad de negociar Nueva York, y no perderemos.

—A veces puedes ser un malnacido, la verdad.

Christian soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro. Su amigo también se rio.

Piers era uno de los pocos amigos que conocían toda la historia de su vida. Lo único que aún no le había contado era su inminente abandono de la soltería, y sus planes para Emma. Si Piers creía que tenía un lado bueno, sus absurdas suposiciones se irían al traste.

Capítulo 4

Christian tenía muy presente cómo había cambiado su vida desde que era pequeño. Si algo podía hacer para resarcir la memoria de su madre, era recuperar la casa que le había costado la vida, y hundir en el proceso a los que provocaron su muerte. Recordaba con claridad cómo aquel niño alegre del principio había desaparecido para dar paso a un muchacho frío y calculador.

El barrio de Cambridge en el que vivía cuando tenía diez años era de clase media (o, al menos, eso le decía su madre, Sarah Breslin). En aquel tiempo, él no diferenciaba ese tipo de asuntos sociales. El área en la que vivían tenía la característica de ser peculiarmente silenciosa. Si reflexionara y fuera sincero, diría que en aquel entonces fue feliz.

Thomas Flock y Piers Hunter se habían convertido en sus aliados para hacer travesuras. Cuando fueron adultos, Thomas se fue a vivir a Japón motivado por una importante oferta de negocios; perdió el contacto con él. A veces Piers comentaba que deberían buscarlo y reunirse los tres, pero Christian no era partidario de ese tipo de sentimentalismos absurdos.

El mobiliario de la casa en Cambridge fue adquirido en un mercadillo. Sarah solía decirle que nunca se entretenía tanto como cuando podía regatear con los vendedores y obtener cosas realmente buenas por una cantidad que los millonarios se gastarían en un desayuno.

En ocasiones no compraban nada en el mercadillo, pero para Christian el simple hecho de compartir con su madre los domingos ya era suficiente. Se sentía en la gloria cuando llevaba al colegio uno de sus deliciosos pasteles para celebrar su cumpleaños con los compañeros de clase. A pesar de que no era una costumbre extendida, sabía que su madre lo hacía porque a él le gustaba la idea por una película que había visto en la televisión.

A Christian le dolía ver a su madre esforzarse tanto para mantenerlo. Se daba cuenta de que tenía ojeras, a veces la escuchaba llorar en su habitación cuando creía que no la estaba oyendo. No sabía qué hacer para que su mamá se sintiera mejor.

Sarah solía llegar a casa muy entrada la noche, cuando salía de la cafetería en la que trabajaba de camarera; luego se quedaba en la cocina hasta altas horas de la madrugada.

—Mamá. ¿Por qué siempre te quedas hasta tan tarde cocinando? No tenemos a quién más dar de comer. Y *Rufus* —su perro labrador— se zampa nuestras sobras.

El comentario se lo hizo una noche en la que el sonido de la batidora lo despertó y se acercó en pijama a la puerta de la cocina.

—Ven, mi vida —le dijo mientras dejaba descansar la batidora y se limpiaba las manos en el delantal—. Vamos a conversar tú y yo. ¿De acuerdo?

Él asintió con la cabeza.

Se sentaron alrededor de la pequeña chimenea sobre una desgastada alfombra, mientras ella lo mecía con los brazos y depositaba un beso en sus cabellos.

—Debes saber que mamá ha tenido una vida difícil, pero tú se la has hecho fácil y maravillosa desde que naciste.

—¿He sido un buen hijo?

—¡El mejor! —Le dio un beso en la mejilla, al tiempo que le hacía cosquillas.

—¡Para, mamá...! ¡Paraaa! —Christian no dejaba de reír.

Cuando se calmaron, ella lo acunó en su regazo como si tuviera cuatro años, en lugar de los diez que tenía. Lo miró a los ojos.

—Chris..., todos tenemos un sueño en la vida. Algo que nos hace luchar cada día para llegar a conseguirlo. Siempre nos cuesta —él la miraba atento—, pero debes recordar que la constancia es el modo de lograrlo. Las dificultades están en tu mente, tú eres tu propio adversario; si crees que te van a ganar, entonces has perdido la lucha desde antes de empezar. Si te equivocas, eso te hará más fuerte y no volverás a cometer el mismo error. Nunca te rindas, hijo.

—Yo no me rendiré nunca.

Él jamás olvidó ese consejo, y por eso era implacable. Nunca se rendía hasta obtener lo que quería.

—Muy bien. Porque ahora te voy a contar un secreto. El secreto de por qué me quedo hasta tarde en la cocina. ¿Me prometes que no se lo dirás a nadie? —Le hizo un guiño.

—¡Prometido! —dijo él levantando la mano.

—Mamá va a poner un servicio de comida a domicilio que será el mejor de toda Gran Bretaña. Y se queda hasta tarde cocinando porque tiene muchas recetas novedosas y deliciosas que tiene que probar para que a la gente le gusten y las compre. Y así podré ir al banco y solicitar un préstamo para hacer una inversión importante y tener nuestro propio negocio; de este modo dejaré de trabajar en la cafetería y pasaré más tiempo contigo. ¿Qué te parece?

Él sonrió, emocionado.

—¿De verdad? ¡Uau! ¡Cuando yo sea mayor tendré muchísimo dinero y nunca volverás a trabajar! Así iremos más seguido al mercadillo y vendrás a mis presentaciones de Navidad, que siempre te pierdes... —Le hizo un puchero.

Los días de Navidad era cuando más trabajo tenía Sarah en la cafetería Bread&Cakes, y se había perdido las representaciones de la escuela de Christian con demasiada frecuencia. Al día siguiente, para compensarlo, le compraba el bote de helado de chocolate que más le gustaba y pasaban la jornada viendo películas juntos.

—Aunque el dinero soluciona muchas cosas, si no tienes a nadie con quien compartirlo, tu vida se vuelve miserable. Nunca lo olvides —le indicó seria.

Él se quedó en silencio rumiando sus palabras.

—Mamá... ¿Por qué nunca he visto a mi padre? —preguntó de repente.

Era una pregunta con una difícil respuesta para un niño de diez años. Cómo decirle que su padre no había querido saber nada de él cuando se enteró de que su novia estaba embarazada... Que el padre incluso había llegado a sugerir el aborto como solución, porque decía que era

demasiado joven para tener un hijo.

Lo único que Sarah consiguió, después de haberle rogado a Bruce Hawthorne de todas las maneras posibles, fue que le diera su apellido a Christian. No era una mujer interesada por el dinero, al contrario; pero sabía que ese apellido era el único respaldo que tendría su hijo cuando fuera mayor. Para ella ese dinero no valía nada, pero su niño era otra cosa.

La noticia de la existencia del hijo del multimillonario Bruce Hawthorne nunca se filtró; Bruce se había encargado, con sus influencias, de la prensa. Una vez que Sarah hubo dado a luz, y registrado a Christian, no volvió a ver a aquel heredero *playboy* a quien había amado. Él la echó de su vida y se desentendió del bebé. Pero la historia no tenía que conocerla su hijo.

Cuando Lionel Hawthorne se enteró de lo que había pasado (cuatro años más tarde, al topársela accidentalmente en una calle de Londres y ver caminar a su lado al retrato en miniatura de su único hijo), intentó por todos los medios que Sarah aceptara el dinero que durante esos cuatro años le hubiese tocado recibir por la manutención de su nieto. Ella se negó.

A Sarah le hubiera gustado decirle a Lionel que Christian no era su nieto, que estaba loco porque, entre tantos niños, no podía estar seguro. Sin embargo, la frase que él le dijo la acalló. «La llamada de la sangre es tan fuerte que no tiene explicación.» Luego le había dejado el número de teléfono y la dirección de su casa en Mayfair. Y se despidió comentándole que estaba informado de las estupideces que cometía su hijo, pero que un bebé era otra cosa, y que lo que Bruce le había hecho era imperdonable. Ella nunca contactó con él.

Un año después de ese encuentro, cuando Christian cumplió cinco años, Sarah se enteró por el periódico de que Bruce había perdido la vida en un accidente de helicóptero junto a la que era su esposa desde hacía dos meses; no había dejado heredero.

—Porque él trabaja en otro país —le respondió. Una pequeña mentira para protegerlo.

—¿No tengo más familia?

Sarah se quedó en silencio. Luego dijo:

—Tienes un abuelo. Se llama Lionel y es un buen hombre. Y ya sabes que también está tía Alison, que nos llama para saber cómo estamos. Además de la abuela Gladys y el abuelo Mark. Eres su consentido, pero viven un poquito lejos. Siempre que quieras, podemos ir a visitarlos. ¿De acuerdo?

—Sí, pero ya hemos estado varias veces en Irlanda, yo... ¿Puedo conocer a Lionel? —preguntó entonces con un brillo de ilusión en la mirada.

A Sarah le preocupaba la insistencia de Lionel en ayudarla y darle una buena educación a su nieto, porque le hacía temer que se lo arrebatarían de su lado. Ella no tendría la fuerza económica ni la influencia necesarias para defenderse. Eso fue lo que la llevó a mudarse de Londres a Cambridge, ocultándose en una zona lo más alejada posible del centro. Así llegaron al poblado de Chesterton.

El mayor anhelo de Sarah era ver triunfar a su hijo, y que tuviera lo que a ella le faltaba: comodidades. El afecto de los Breslin lo tenía Christian incondicionalmente. Al quedarse ella embarazada, sus recursos habían disminuido y le tocó ahorrar mucho más para gastos que implicaban sostener a una persona más.

La familia Breslin vivía en Irlanda. Sarah no quiso abrumarlos con sus dificultades. A pesar

de que hablaba regularmente con su madre, siempre le decía que estaba bien, y que el padre de Christian estaba muerto. Y lo estaba de todas las formas posibles en su vida. La única que conocía la historia con Bruce era Alison, su hermana menor y confidente.

—Ya habrá tiempo, cariño. ¡Ahora tenemos un sueño que cumplir juntos! Acompáñame a hacer ese delicioso pastel que tanto te gusta —lo animó cambiando de tema—. Mañana es sábado, y ya tengo mi primer encargo. Así que hay que anotar la receta como una ganadora en el *Libro de recetas de Chris y Sarah*.

A Christian le encantaba el ritual de escribir sus iniciales al final de cada receta del viejo cuaderno decorado con fotos suyas y de su madre. El cuaderno lo guardaban con mimo en un viejo arcón que estaba en su habitación, junto al escritorio.

A partir de ese día, Christian notó cómo poco a poco su casa se llenaba de visitas. Generalmente mensajeros que iban a recoger los pedidos. Así pasaron los siguientes tres años: Sarah cocinando, él estudiando. Vivió de cerca cómo su madre lograba construir su pequeña empresa de comida, que les permitía vivir un poco menos apretados, pero aun así no era suficiente.

El banco le había hecho un préstamo, que había utilizado para comprar mejores materias primas y también utensilios industriales de cocina, que su madre iba pagando poco a poco. En la deuda también se incluyó una cantidad destinada a una pequeña ampliación de la cocina para que pudiera colocar sus nuevas herramientas de trabajo. Sarah renunció a cualquier otro trabajo temporal y se dedicó en exclusiva a su propio negocio.

Aunque pasaba más tiempo en casa, parecía aún más cansada que antes. Pero, al menos, Christian la sentía feliz, sonreía más y hasta podían darse el lujo de salir a comer a un restaurante elegante una vez cada tres meses.

Una tarde, Christian se llevó un gran susto cuando encontró a su madre en el suelo con el rostro contrito de dolor, mientras intentaba arrastrarse para llegar al teléfono. Entró corriendo y llamó a la ambulancia. Cuando estuvieron en la clínica, le dijeron que Sarah había tenido un preinfarto debido a una insuficiencia cardíaca y que debía controlar ciertas comidas; le entregaron una larga lista de alimentos que la ayudarían a mantener su salud; además, los médicos hicieron hincapié en que debía evitar el estrés.

Desde esa experiencia, el temor a perder a su madre lo animó a ser el mensajero que llevaba los encargos para las pequeñas reuniones que solían hacer los vecinos. *Cakes* y dulces. Y fue entonces cuando se percató de la opulencia con la que vivían otras familias. Comprendió la diferencia entre clase rica, clase media y clase pobre.

El modo en que lo miraban las mujeres que tenían dinero lo hacía sentir molesto. Jamás inferior, solo molesto. ¿Qué se creían, para mirarlo como si estorbara? Lo que le importaba era que su madre estuviera contenta, por eso les sonreía. Y cuando le regalaban unos cuantos centavos, los ahorra. Esa había sido la dinámica desde los diez años hasta que cumplió trece.

Por sus buenas notas, los profesores le habían dado una beca para que almorzara gratuitamente en la escuela. Eso implicaba que le ahorra a su madre una libra esterlina diaria. Su agilidad con los números era asombrosa y su profesor de matemáticas, el señor Potter, se lo destacaba siempre. Él fue quien apoyó la idea de compensar su destacado rendimiento académico ayudándolo a través

de participaciones en concursos locales de matemáticas, que Christian siempre ganaba. A veces los premios eran unas cuantas libras esterlinas, u órdenes de compra con descuentos para útiles escolares.

Su madre le contó que podría pagar el préstamo del banco en el plazo estipulado, cinco años, de los cuales restaban solo dos. El tiempo había pasado muy rápido, pues ella llevaba tres años con su negocio. Admiraba la determinación de su madre.

Una noche, Sarah llegó exultante a casa. Christian estaba terminando una tarea de matemáticas.

Se incorporó del sillón en el que se había instalado, cerca de la chimenea. La observó sacarse el abrigo y sacudirse la nieve que le había caído desde el alero de la casa con gestos delicados y elegantes.

—¿Por qué sonrías tanto? —preguntó Christian, girándose hacia su madre.

—Acabo de cerrar un trato con el empresario más importante de Gran Bretaña. —Sarah se acercó a Christian.

—¿Y quién es? —quiso saber él, expectante.

—Se llama Rory Connely. El dueño de esa cadena llamada H&E. Tiene una excelente reputación. Se enteró de mi existencia porque resulta que su hija vino de paseo a Cambridge con sus amigas y probó, en casa de una de ellas, los dulces de chocolate blanco. Y le habló de mis dulces, tanto es así que él quiso contactar conmigo. ¡Quiere que le dé mis recetas! —Sarah le dio a su hijo un sonoro beso en la mejilla, alegre.

—Pero... —Christian se rascó la cabeza pensativo—, si le das tus recetas, ¿significa que vas a trabajar con él?

Ella sonrió. Le gustaba lo analítico y preguntón que era su hijo.

—¡Exactamente! Me dijo que pagará lo que falta para cancelar mi préstamo con el banco, y que firmaremos un contrato para que yo sea la supervisora de calidad de mis recetas. Estaremos más estables, cariño.

—¿Y qué pasará entonces con Garret, el cocinero que viene a veces a ayudarte? Ya hace tres años que contamos con él. Me cae bien.

Ella asintió.

—Vendrá a trabajar conmigo. El señor Connely me ha dicho que, si todo va bien, seremos socios, y que una parte de la empresa será mía..., es decir, también tuya, cielo.

Él se rascó la cabeza, pensativo.

—¿Qué harás exactamente ahí, mamá?

—Cocinaré mis recetas para ellos, en exclusiva. No podré venderlas por mi cuenta.

—¿Y eso es bueno?

—Mmm... no necesariamente, pero tampoco es malo. En todo caso, el señor Connely me ha inspirado total confianza. Parece un hombre honesto. Y me aliviará al pagar ese préstamo al banco. Habrás notado que nos llaman menos para hacernos pedidos, así que es una buena oferta.

Él se la quedó mirando con una sonrisa. Le gustaba que su madre le hablara como a un adulto.

—Me alegro, mamá. —Se le acercó y la abrazó por la cintura. Aún no había crecido lo suficiente, se decía Sarah, pero ya se vislumbraba que sería bastante alto cuando entrara de lleno en la adolescencia—. Recuerda que no tienes que esforzarte mucho, así no fallará tu corazón

nuevamente.

—No tienes de qué preocuparte, Chris. —Lo correspondió con otro abrazo—. Te amo, hijo.

—Y yo a ti, mamá.

Ese fue el preludio del desastre.

A la mañana siguiente, Sarah le comunicó que iría a Londres para firmar el contrato. Christian se fue al colegio como todos los días; luego se dirigiría al Club de Deportes, donde era bateador del equipo de béisbol. Un deporte muy americano, pero que ese año habían decidido instaurar para dar más opciones a los estudiantes.

Durante los tres meses siguientes a la firma del dichoso contrato, su madre pasaba de lunes a viernes en Londres. Y él trataba de apañárselas solo en Chesterton. Un chico, a su edad, hubiera podido ser un poco más rebelde. No obstante, él —con trece años— era muy consciente de la situación de su madre y del sacrificio que hacía por ambos.

En una ocasión la fue a visitar a la capital. Se lo tomó como una aventura, pues era la primera vez que salía de Cambridge solo. Los apartamentos en los que se hospedaban los empleados de aquella famosa empresa H&E eran sencillos, pero estaban bien distribuidos y contaban con un buen mobiliario. Un domingo llamaron a la puerta del apartamento de empleados que ocupaba su madre. Se habían quedado en Londres porque Sarah aún tenía que hablar con un chef por un detalle de unos ingredientes. Christian quería un poco de tiempo para pasearse por las calles londinenses, así que el hecho de quedarse aquel fin de semana en Londres le venía genial.

—Mmm... no espero a nadie. Ve a ver quién es, Chris —le dijo Sarah desde su habitación, mientras se cambiaba de ropa. Acababa de llegar de la floristería. Le encantaba tener flores frescas sobre la mesa del comedor.

Con sus vaqueros holgados y una camiseta negra con una extraña insignia de un grupo de rock que le gustaba, Christian abrió la puerta. La estampa que tenía delante lo dejó desconcertado. Ciertamente no se esperaba encontrar a una niña con dos personas adultas en la puerta.

—Buenos días —los saludó.

—Hola. —La niña le sonrió y alzó la manita a modo de saludo—. *Lleta*.

—No entiendo... —dijo Christian, aún sin invitarlos a pasar.

—*¡Lleta, lleta!* —Le hacía gestos con la manita, llevándosela a la boca—. *¡Lletaaa!* —reverberó con su agradable risa.

Se la quedó mirando. Aquella era una chiquilla con mucho dinero, porque vestía ropas caras. Iba peinada como si fuera a acudir a una fiesta infantil o algo así. Él siempre estaba rodeado de chicos de su edad, o de adultos. Y ella le pareció adorable: tenía unos ojos verdes hermosos, y la mirada limpia y cálida. Se sintió a gusto de inmediato.

—¡Mamá! —gritó desde la puerta—. ¡Aquí hay una niña y dos personas más!

—¡Hola, preciosa! —exclamó su madre acercándose a la puerta y mirando a la pequeña—. ¿Qué hacéis aquí? —le preguntó a la niñera que estaba con ella.

—Lo siento, señora Breslin, pero no ha dejado de pedir todo el día esas galletas que hace

usted con chocolate blanco.

—No te preocupes, Ruth, hazla pasar, por favor. El señor Goodman puede esperar fuera, ¿verdad?

Charles Goodman era un guardaespaldas que, ya a simple vista, con su metro noventa de estatura, intimidaba y causaba temor. Sin embargo, era de las personas más leales que Sarah había conocido, además de un hombre muy considerado.

—Sí, él solo ha venido para acompañarnos a la puerta. Ya se iba. Espérenos abajo, señor Goodman, por favor —pidió la niñera.

El guardaespaldas se alejó.

—Entra, cariño —pidió Sarah a la niña. Christian se había ido a sentar al sofá a mirar un partido de fútbol de la liga inglesa.

La chiquilla empezó a correr frente a la pantalla del televisor. Interrumpía los momentos más importantes del encuentro deportivo, y Christian se estaba desesperando. Desde la cocina le llegaba un olor dulzón; su madre había comenzado a cocinar algo delicioso.

—*¡Lleta, lleta!* —gritaba contenta la niña; corría de un lado a otro y se escondía detrás de la falda de Sarah, mientras ella batía unos huevos y se reía cuando la veía hacer monadas.

—¡Christian! —llamó su madre.

Entornó los ojos, porque la bulla de la pequeña no lo dejaba en paz. Se acercó a la cocina, donde la niñera tomaba un vaso de Coca-Cola.

—Chris, Ruth y yo vamos a ir a comprar una batidora de mano porque esta se me ha averiado. ¿Puedes cuidar de esta hermosa niña durante media hora? —Le dedicó una gran sonrisa a la diablilla.

—¡Mamá! —protestó él—. Ni siquiera entiendo lo que dice. *Lleta* es todo lo que grita desde que entró.

—Quiere una galleta.

—Oh... ¿Y por qué no le dice a sus padres que se la compren?

—Porque las galletas que quiere son las mías. ¿No es verdad, Emma, preciosa? —le preguntó Sarah con cariño, y le removió los cabellos rojos.

Una risa adorable gorgojeó desde la delicada garganta.

—*Ti* —dijo la niña.

—Bien, tú te vas a quedar con Christian un momento, que nosotras vamos a salir. ¿Te portarás bien? —le preguntó, acuclillándose a su lado y ajustándole un calcetín por encima de los zapatos rojos que llevaba a juego con el vestido.

—*Ti* —respondió.

—Muy bien. Christian, ella es Emma Connely, la hija pequeña de mi jefe. Emma —le explicó mientras la cogía de la mano —, este es mi hijo, Christian Hawthorne.

—*Titian* —repitió Emma, mirándolo.

—Sí, Christian —se rio Sarah.

Sarah y Ruth salieron de la casa dejando a Christian al cuidado de la pequeña Emma.

Él se fue a sentar al sofá, y Emma lo siguió y se sentó a su lado. A regañadientes, él puso el canal de dibujos animados. Y con eso la pequeña se quedó en absoluto silencio.

—Seguro que de mayor vas a ser muy guapa —le dijo mirándola pensativamente. Y como si ella entendiera qué le había querido decir, le devolvió la mirada con una gran sonrisa que a él también lo hizo sonreír—. Vale, ya veo que eres una presumida —añadió riéndose.

—*Queyo lleta* —le dijo observándolo con sus ojos verdes y su nariz pecosa.

—Ya, ya, mamá te hará tus galletas. Antes tienen que volver de la tienda. ¿Comprendes?

Entonces Emma empezó a llorar. Él se quedó aturdido. Tenía solo trece años. ¿Qué se suponía que había que hacer en esos casos? Se le ocurrió una idea.

Como si hubiera alguien más en casa que pudiera verlo, escrutó por todos lados para cerciorarse de que no era así. Luego se acercó a Emma, la sentó en sus rodillas y la abrazó para consolarla. Era la primera vez que tenía contacto con una niña tan pequeña. Y, sorprendentemente, poco a poco ella dejó de llorar e hipar.

—Eso es, cálmate Emma, pronto vendrá tu niñera y mi mamá te hará tus galletas, ¿eh? —le decía mientras la sostenía, procurando tranquilizarla—. Venga, bonita. Eso es, buena chica. Llorar te hará fea. —Ella elevó sus ojazos verdes y frunció el ceño, haciéndolo reír—. Pero tú nunca serás fea.

—Emma no es fea —repitió la chiquitina con la vocecita entrecortada.

—No, no. —Él temía que arrancara a llorar de nuevo—. Emma es la niña más bonita. ¿A que sí? —Ella le sonrió y los lagrimones dejaron de rodar por sus mejillas.

Emma Connely pasó toda la mañana en casa de Sarah. La niñera se excusó diciendo que la chiquilla llevaba pidiéndole a su padre las galletas desde el viernes y que no quería nada que no fueran esas pastas. La tarde fue amena, pero luego Christian, que no estaba acostumbrado a tanto alboroto infantil, se fue a dar un paseo por las calles de Londres.

Semanas después de ese día, la víspera de su decimocuarto cumpleaños, se levantó más temprano de lo habitual. Había buen clima en Chesterton. Su madre aún dormía; eran las siete de la mañana. Christian se había desvelado, algo lo inquietaba pero no sabía qué. Desde pequeño tenía como un sexto sentido que le indicaba cuándo algo no iba bien.

Dejó que *Rufus* fuera al jardín a hacer sus necesidades y aprovechó para recoger la correspondencia. Un sobre impecable con un gran sello rojo llamó su atención. Su madre debía de estar muy cansada como para olvidar recoger las cartas.

Sra. Sarah Breslin,

Le informamos de que tiene quince días para desalojar su casa. El contrato que firmó con nuestro banco estipula claramente que, al tercer mes de retraso en el pago del préstamo que le hemos concedido, procederemos al desahucio.

Esta es la segunda y última notificación que le enviaremos.

De no cumplir lo establecido, recibirá la visita de nuestros abogados...

Paró de leer.

Su madre jamás se atrasaba en los pagos. Jamás. ¿Segunda notificación? Seguro que ella había extraviado la primera con tanto traslado al trabajo cada semana. Pagar ese préstamo era prioritario, pero ¿no había dicho ella que el señor Connely iba a cancelar toda su deuda una vez

que firmaran el contrato?

Ese mismo día, al atardecer, llegaron a Londres. Durante la mañana intentaron hablar con el representante del banco, pero, claro, era sábado y solo estaba disponible la dependiente de información. Tras llevar a cabo varios trasbordos en la línea del metro, llegaron a la fastuosa residencia Connely, en Mayfair.

La entrada era fabulosa, elegante y ostentosa, marca de la clase privilegiada. Un hermoso Bentley estaba aparcado fuera, junto a un Jaguar. La casa conservaba la antigua fachada de piedra y las ventanas amplias estaban enmarcadas en color café oscuro, a diferencia del resto de fachadas, cuyos marcos variaban en diversos tonos de blanco y beige. Una oda a la opulencia y un recordatorio del abolengo del apellido. Christian jamás había visto algo tan soberbio.

Se preguntó si era posible tener tanto dinero como para gastarlo de ese modo. Dos décadas más adelante ya tendría la respuesta a esa pregunta.

Vio a su madre desesperada, y eso lo enfadó. Se anunció en aquella casa y la hicieron esperar fuera en medio del inclemente frío londinense. Tuvieron que estar diez minutos a la intemperie, casi congelándose. Christian se sentía indignado por la forma en que trataban a su madre.

—Mamá, vámonos. Estas personas no nos quieren aquí. Ya buscaremos una salida.

—Christian, tienes que ser paciente. Recuerda que no todos actúan del mismo modo, ni al mismo ritmo.

—Mamá, tú nunca dejas esperando a nadie fuera, nunca. No es justo que ellos te hagan esperar a ti.

Ella lo miró y sonrió. Le gustaba que su hijo tuviera el sentido de lo justo como algo necesario y natural en la vida.

—Lo sé, dulzura, pero las cosas no son siempre como queremos. Mira —señaló la sombra de una persona que empezaba a acercarse a la puerta—, ahí viene alguien.

La persona en cuestión era el mayordomo de la mansión. Los hizo pasar al vestíbulo, todo decorado en mármol negro y con cuadros de pintores cuyos nombres a él le serían imposibles de recordar; el lugar impresionaba. El sirviente les comunicó que los anunciaría. Sarah le dio su nombre.

Al poco rato apareció un hombre de expresión adusta y contrariada, como si lo hubieran interrumpido en lo más importante del mundo. Su tez era blanca, el pelo rubio y los ojos verdes.

—Señora Breslin —dijo a modo de saludo.

—Señor Connely. Me gustaría hablar con usted en privado, por favor. —Sonrió, aunque por dentro se sentía angustiada.

Christian se lo quedó mirando, pero el hombre ni siquiera reparó en él.

—No creo que tengamos mucho de qué hablar. Usted trabaja de lunes a viernes, se le paga bien. ¿Por qué ha tenido el atrevimiento de venir a mi casa?

El tono autoritario que utilizó enfureció a Christian. Apretó los puños a los lados. Por encima de todo eran personas educadas, y no iba a hacer pasar un mal rato a su madre.

—Señor, quiero una explicación. Usted me prometió que pagaría mis deudas con el banco. Me ha llegado una notificación de retraso y me indican que me desalojarán o me enviarán a sus abogados, a menos que cancele el valor que adeudo. Yo no tengo más ingresos que los que me

paga. Somos socios. Firmé un contrato con usted. ¿Por qué no ha cumplido su parte?

Su madre pronunció cada palabra con amabilidad, pero también con firmeza.

—Señora Breslin, usted no es mi socia, ni de hecho ni en derecho, simplemente es la que figura en el contrato. No tiene validez para ejercer poder alguno al respecto. La posibilidad de ser socia en derecho se estipuló para el futuro y bajo mi consideración, según sus logros. Parece que no sabe usted leer muy bien.

—No se atreva a insultarme. —El vestido azul marino que se había puesto su madre se movió cuando dio un paso hacia delante—. Yo confié en su palabra. En su honorabilidad.

El hombre ni siquiera tuvo la delicadeza de bajar las escaleras. Le hablaba desde varios escalones más arriba, mientras ellos lo observaban desde el rellano, como si estuvieran en la Edad Media. Él, señor y amo; ellos, plebeyos que tenían que contemplarlo desde un estrato inferior.

—No la insulto —respondió con un matiz de hastío en la voz—. Usted quizá interpretó equivocadamente mis palabras. Si hubiera estudiado con detenimiento el contrato, hubiera sabido que acepté pagar sus deudas una vez transcurriesen seis meses de trabajo por su parte. Accedí por un capricho de mi hija, pues decía que sus dulces debían estar en esta casa todos los días. Ya sabe cómo son los niños de cuatro años.

Christian sintió desprecio por esa niña pelirroja que lo tenía todo, mientras él y su madre estaban a punto de perder lo poco que poseían.

—Señor, necesito ese pago. Me alegro de que cuide de su hija y que ella entienda lo mucho que significa en la vida de sus padres. Mi hijo —señaló a Christian con el dedo— tiene trece años, y es mi responsabilidad; debo cuidar de él. No nos podemos quedar en la calle. Usted dijo que haría el pago inmediatamente.

—Claro, ya se lo he explicado: cuando hayan pasado los seis meses.

—Nunca me mencionó ese tiempo.

—No leyó usted, insisto, el apartado correspondiente en nuestro contrato. Además, ¿qué más quiere? Cocina lo que le gusta, tiene un trabajo estable, un apartamento decente en Londres, de lunes a viernes, y de paso me ayuda a expandir mi cadena de comida rápida. Eso la ayudará en su reputación. Poner en su currículo que ha trabajado en H&E es un gran impulso para cualquier novata. Sus recetas se venden bien. No se queje usted, señora.

Para Christian no había peor sentimiento que la impotencia. Y era lo que sentía en ese instante.

—Por favor, pague mi deuda, señor Connely. —Christian odiaba escuchar que su madre rogara por algo que era su derecho—. Le prometo que trabajaré horas extra. Lo haré. Pero tengo un hijo, no lo puedo dejar en la calle, entiéndalo. Le insisto. Necesitamos un lugar donde vivir; nos quitarán la casa.

Rory continuó ignorando la presencia de Christian. Lo ignoró por completo.

—Lo siento, un contrato es un contrato. Dentro de tres meses pagaré lo que se le adeuda. Ahora tengo otras inversiones.

—Pero...

—Buenas tardes, señora Breslin. —La dejó en medio del vestíbulo, temblando de rabia.

No solo no había pagado su parte, sino que además se había quedado con los derechos de sus

recetas. Claro, Sarah podría crear otras, pero había cerrado su propio negocio por el trato que tenía con él. Esas recetas eran una herencia familiar: más de cuarenta secretos de Gladys Breslin, más las que había escrito con su hijo.

Su madre empezó a respirar con dificultad. Christian sintió pánico.

—¿Mamá...? —la llamó desesperado, mientras el mismo sirviente regordete que los había recibido se acercaba presuroso—. ¿Mamá? —La sacudió del brazo, asustado.

Sarah se sostuvo del hombro de su hijo. Inspiró varias veces.

—Señora, venga por favor a la salita para tomar un vaso de agua —comentó el solícito empleado.

—No... no... Gracias, ya estoy bien. Me voy.

Christian la tomó de la mano para darle apoyo físico.

—Mamá, será mejor que nos sentemos.

Sarah se dirigió al asustado mayordomo:

—No quiero permanecer ni un minuto más en esta casa. Ya que su señor se ha quedado no solo con mi esfuerzo de tres años atrapado en un contrato, sino con mi ilusión de ser independiente. Espero que quedarse de por vida como mayordomo en este lugar no sea una meta en su existencia profesional.

El sirviente pelinegro se alejó impasible, y Sarah se sintió con más aplomo. Aún de la mano de Christian, se encaminaron a la salida.

—Mamá, vamos al hospital —le pidió con preocupación.

—Ya estoy bien, cariño. No te inquietes.

—Por favor...

—Christian, no tenemos dinero para ir a un hospital en Londres. Cuando llegemos a Chesterton, ya estaré mejor. No es para tanto, solo que esta situación me ha tomado desprevenida. Pero no nos daremos por vencidos, ¿recuerdas? —dijo en un intento de deshacer el ceño fruncido de su hijo.

Él agachó la cabeza, con resignación, y luego empezaron a dirigirse hacia el largo caminillo del vestíbulo.

Cuando salieron de la mansión, antes de que la puerta se cerrara detrás de ellos, Christian vislumbró a la niña pecosa corriendo alrededor del pasamanos de la escalera, riendo. Tenía los cabellos rojos desordenados.

Como si Emma se hubiera percatado de que la observaban, volvió su cuerpo hacia la puerta. Lo miró y detuvo su paso. Lo observó como si lo recordara de algún lugar. Y luego le sonrió. Él dejó su mirada fija en ella con todo el desprecio que había guardado a Rory y que no había podido mostrarle en la cara, al tiempo que la puerta se terminaba de cerrar. Lo que oyó cuando se dio la vuelta para caminar con su madre hacia la estación fue un llanto.

«Bien, que llore. Si esta engreída no hubiera ido a derrochar su dinero con niñeras y amiguitas a Cambridge, seguramente aún tendríamos nuestra casa, y mamá, sus recetas y su negocio. No acepto que el capricho de una niña haya llevado mi vida a la miseria», pensó él, furioso.

Tal vez para Sarah no rendirse implicaba dejar el rencor atrás y empezar de nuevo; para Christian, significaba no olvidar la causa del desasosiego, e iniciar un camino diferente. Y en este

caso estaba ligado a buscar el modo de que Rory Connely pagara por su injusticia.

Una vez que hubieron vuelto a Chesterton, empezaron a buscar un lugar en el que vivir. Pero el presupuesto no era suficiente. No tenían ingresos, solo los ahorros que había conseguido mantener Sarah del pequeño margen de ganancia a lo largo de los tres años que había durado su negocio antes de los Connely. No hubo más visitas al mercadillo. Se marcharon a Irlanda.

—¿Por qué no buscamos algo más cerca?

—No tenemos dónde quedarnos, Christian.

—Pero mis amigos están aquí, mamá.

A pesar del tono beligerante, ella le respondió con la misma calidez de siempre.

—Trata de entenderlo, Chris. No podemos tener todo lo que queremos.

—¡Pero si tú me has dicho que no hay que darse por vencido!

—Claro que sí; sin embargo, no puedes ser inflexible ni caprichoso. Debes saber escoger tus batallas. Y hay ocasiones en las que se pierde. No se puede ganar todo el tiempo. Él tiene poder y ese papel legal. Podemos comenzar de nuevo, cariño. Siempre se puede empezar de nuevo.

—¡Odio a ese hombre, mamá! ¡Tiene que devolverte tus recetas y tu trabajo!

—No lo odies. Anda, ve, haz la maleta, que tus abuelos nos esperan en Dublín —le dijo mientras lo empujaba por la espalda, instándolo a empaquetar sus pertenencias.

El tener que alejarse del lugar que había sido *su hogar* marcó un punto importante. El adolescente amable había dado paso al chico calculador que buscaba el modo de encontrar la debilidad en otros y aprovecharse de ella. Rencoroso; ese adjetivo lo describía.

Su madre y su familia materna le intentaron quitar ese odio que llevaba dentro; Christian les respondía que sentía como si le hubieran robado. Y en realidad así había sido. Sus amigos, su escuela, sus aspiraciones y las de su madre, todo al traste.

Cinco meses después de haber llegado a Dublín, mientras Christian veía caer las gotas de lluvia desde el porche con su tía Alison, divisó una figura que corría rápido por el camino hacia la casa. No podía distinguir la silueta, porque la cortina de agua era muy densa.

—¿Quién será con este clima, tía? —preguntó a la esbelta mujer de pelo negro que tenía a su lado.

—No lo sé. Tu mamá ha llamado para decir que llegaría tarde, así que no creo que sea ella, cielo.

—Tía Alison, ¿tú conociste a mi abuelo?

Alison se extrañó de que su sobrino insistiera con ese tema. Sarah ya le había comentado que a veces se volvía testarudo porque quería conocerlo.

—Tu mamá ya te ha dicho que es un buen hombre, pero ella prefiere que estés con nosotros por ahora.

—Mmm... —musitó Christian a modo de respuesta. Algunas noches le daba vueltas a una conversación entre su mamá y Alison que había oído sin querer. Su tía había destacado que Lionel Hawthorne era millonario y que podría recurrir a él. Sarah se enfadó y argumentó que no quería la caridad de nadie, y su hijo tampoco. Christian no quiso escuchar el resto. Eso le había dado más seguridad acerca de lo que quería hacer: dar con su abuelo para que este pudiera ayudarlo a recuperar la empresa de su madre.

La lluvia arreció y algunos relámpagos destellaron en el firmamento. La figura del horizonte, de pronto, se desplomó en la acera.

—¿Adónde vas, Christian...?! —gritó Alison cuando su sobrino salió corriendo bajo la lluvia —. ¡Espera!

Lo que él sintió al darle la vuelta al cuerpo de la mujer que estaba en el lodoso suelo fue una sensación de pérdida y odio tal que le pareció que algo se había roto en su interior.

Su madre. Su amiga. Su vida. Abrazó el cuerpo inerte de Sarah y lloró bajo la lluvia. Gritó de angustia y desesperación. Fue como si le hubieran arrancado el corazón. Los truenos, a lo lejos, se unían a su lamento, y las gotas de agua se mezclaban con su tristeza.

Cuando Alison llegó a su lado, se quedó bajo *shock* al ver a su hermana. Abrazó a Christian, y también el cuerpo inerte de Sarah, mientras apartaba el cabello de aquel rostro que nunca volvería a sonreír. No pronunciaron ninguna palabra. Nada de lo que pudieran decir iba a consolarlos de aquella terrible pérdida.

Sus abuelos organizaron el funeral.

Fue una ceremonia sencilla y emotiva. Asistieron algunos vecinos que habían conocido a su madre; amigos cercanos. No había más familia, salvo unos tíos lejanos que vivían en Cork.

No quiso irse cuando tuvieron que escuchar los resultados de la autopsia, aun cuando los llorosos ojos azules de su abuela se lo pidieron. Los médicos dijeron que la fatiga y el estrés le habían colapsado el corazón. Alison les explicó a los especialistas que Sarah había estado trabajando en varios restaurantes para ahorrar dinero y remontar su negocio. Aunque quizá al médico no le interesaba, ella sentía que de alguna manera tenía que ponerlo en contexto.

Fue entonces cuando Christian cayó en la cuenta de que su tía era la confidente de su madre. Ella debía de tener información sobre su abuelo paterno.

—Lamento mucho su pérdida, jovencito —le había dicho el doctor—. Estoy seguro de que su madre se sentiría orgullosa de usted por ser fuerte. El paro cardíaco no la hizo sufrir. Espero que de algún modo eso lo conforte.

«Un paro cardíaco.»

—Gracias —murmuró entre dientes intentando contener las lágrimas.

«Trabajaré día y noche, hasta que llegue el momento en que hundiré a Rory Connely y a toda su familia», juró Christian cuando volvía a casa de sus abuelos para recibir más condolencias.

Veintiún años más tarde, sentado detrás de su escritorio, contemplaba un mapa en el que estaban marcadas todas las sucursales de su imperio en Europa. Había visto salir horas antes al instrumento que contribuiría a que su promesa de venganza se cumpliera.

Capítulo 5

Al llegar a casa lo primero que hizo fue tirar las llaves del automóvil en el mueble de color azul de la sala principal, y luego se recostó boca arriba en un sofá. Trató de serenarse. Con lo enfadada que estaba, había sido una suerte no haber provocado una colisión en las calles.

Si Christian no la hubiera acariciado de esa manera, quizá ella no habría vuelto a la realidad, y el beso que estaban compartiendo se habría prolongado. Con un suspiro, empezó a rebuscar el móvil en su bolso. Marcó un número que se sabía de memoria.

—¿Adam? —dijo incorporándose en el asiento con el aparato en la oreja. Fue a su habitación. A esa hora no había nadie en casa.

—¿Em! ¿Qué son estas horas de llamar? —preguntó desde el otro lado de la línea en tono jocoso.

—Es mediodía —repuso ella con retintín—. Adam, he tenido uno de los peores días de mi vida... Me siento tan... no puedo ir hoy por la tarde a la oficina. Por favor, discúlpame... no es irresponsabilidad, es...

Adam la interrumpió.

—Cálmate un poco. Escucha, llamó la madre de Elijah Thrudyll, el niño cuyo padre lo maltrataba y que ahora está mejor; postergó la cita para dentro de una semana. No te preocupes, porque hoy se ha quedado Dorothy para atender a los pacientes.

«Ese nombre de mujer no me suena.» Emma rebuscó en su memoria. Se quedó en silencio varios segundos.

—¿Hola? —dijo Adam con sarcasmo—. Dorothy, la doctora de Wilshire, ¿recuerdas? La que está media jornada. La que nos echa una mano cuando hay casos muy complejos.

—¡Oh!

—Sí, «oh». Y ahora dime, ¿cómo se llama el responsable de este asunto? —preguntó Adam desde su casa en Knightsbridge.

—¿Cómo sabes que tiene un nombre? —preguntó Emma a su vez. Cerró la puerta de su habitación y apoyó la espalda en ella.

—Fácil: la última vez que te oí así de agitada fue después de haberlo dejado con ese idiota de Lawrence.

—Y que lo digas... —Puso los ojos en blanco—. No quiero ni acordarme de él.

—Así que... ¿cuál es el nombre? —preguntó de nuevo, mientras terminaba de poner el pan de molde sobre el salami para completar el sándwich.

—Christian. —No le dio el apellido; ya sabía que él haría sus deducciones.

—¿El hombrecillo aquel que te encandiló con un beso robado y que...?

—Adam —le dijo Emma con tono de advertencia—, te conté la historia para que me aconsejaras, no para que te burles ahora. Y sí, es ese tonto.

Su amigo sonrió.

—Así que es el Christian Hawthorne aquel. Me pregunto qué querrá ese hombre... —Dejó el comentario sin terminar y luego se echó a reír—. ¿Un café, querida? —le ofreció cambiando el tema y aclarándose la garganta antes de tener que oírla refunfuñar. Ya sabía que a un buen café ella no se resistiría. En realidad a cualquier café, pues era la forma que tenían ambos de sentarse y contarse lo que les preocupaba. Si Emma estaba tan alterada como para faltar a la oficina, prefería hablar personalmente con ella.

—Sí, cafeína es lo que necesito. Quedamos en Alloro en dos horas. Una buena comida italiana también me hace falta. Voy a darme un baño a ver si consigo sacarme este fastidio de encima.

—¿Ese guaperas que sale en las revistas de negocios es el fastidio? Ya veremos si termina siéndolo realmente —murmuró Adam mientras le daba un mordisco al emparedado.

—¿Qué has dicho?

—Te decía que a mí me apetece también la cocina italiana. —Antes de recibir una reprimenda de Emma, prefirió despedirse—. Te veo luego, adiós. —Colgó.

Al meterse en la bañera con espuma de olor a lavanda sonrió complacida. Su cuarto de baño era tan grande y espacioso que ocupaba gran parte de la habitación. Dentro de la estancia había incorporado el acondicionador de aire, así como los armarios con toda su ropa en un maravilloso *walk-in closet*.

La decoración en rosa pardo con blanco y tonos violetas le encantaba. Era su refugio. Toda la decoración había sido idea de Alette; ella decía que así se habría bañado la reina Cleopatra en sus días de gloria. Y si su amiga le aseguraba que el estilo *vintage* y elegante de todo aquel cuarto era digno de una reina, pues así era como necesitaba sentirse en ese instante. Sumergió todo el cuerpo en la mezcla de esencia perfumada.

Cuando salió de la bañera, se puso el albornoz y encontró un sobre encima de la cama. «Seguro que ha sido Nina, el ama de llaves, quien lo dejado ahí.» Lo desdobló.

Emma:

Tengo una importante reunión de negocios y debo viajar a Dublín. No te alegres demasiado...

«Es como si me hubiera leído el pensamiento», se dijo ella.

... Cuando regrese retomaremos la cita pendiente.

C. Hawthorne.

«¿Dublín? ¡Qué pena que no sea más lejos! Al menos me libro de tener que verlo durante un

par de días», pensó con una sonrisa. Se dirigió al armario. El color que eligió para su atuendo fue el verde. El vestido de algodón era precioso, a media pierna, con un escote en uve, sin mangas. Resultaba una delicia el modo en que se ajustaba a su piel. La prenda era un regalo llegado desde Australia, de parte de Trevor. Finalmente se había dignado a enviarle un correo electrónico diciéndole que estaría en Londres en los próximos días.

Después de la fiesta del día anterior, la tensión en su casa se disipó un poco. Su padre se mostraba más relajado y su madre se había refugiado del todo en el grupo de arqueólogos aficionados.

Decidió que era el mejor momento para hablar con su progenitor. Necesitaba explicaciones.

Tiró la carta de Christian al cesto de la basura y se detuvo un instante para ajustar el picaporte de la ventana de su habitación y desde la cual se podía ver la entrada de la casa. Tomó una profunda respiración y bajó hasta el despacho privado de su padre.

—Adelante —dijo Rory al oír llamar a la puerta. Dejó el cigarro en el cenicero.

Sonaron suavemente las sandalias de Emma, que se acercaba.

Él la observó con una gran sonrisa, ignorante de la situación que su hija estaba pasando.

—Papá, necesito hablar contigo.

Rory la obsequió con un gesto amable para que se sentara.

—Pensé que hoy estarías trabajando —comentó él mientras se acomodaba en el asiento que llevaba cien años en la familia.

—He tenido un poco de dolor de cabeza —no estaba mintiendo del todo—, y en realidad quería preguntarte qué significa todo eso de la fiesta de ayer. ¿Por qué me has nombrado miembro del consejo de administración, como accionista?

Rory frunció el ceño.

—Ya sé que este tema de los negocios no va mucho con tu carácter, pero me he visto en la obligación de hacerlo, porque estábamos cayendo en picado en el mercado. Tenía a varios tiburones a mi alrededor que querían despedazar la empresa y comprarla por nada. En medio de todo ese caos me acordé del joven Hawthorne, un tiburón sin duda, pero realmente brillante en las finanzas —ella intentó no poner los ojos en blanco—, y le pedí que me asesorara. Sé que es honesto. Él se mostró bastante duro en cuanto a las condiciones. Sé que Christian y Trevor han sido excelentes amigos, lo cual es una razón más para haberlo considerado. —Inspiró—. Hija, te nombré miembro del consejo y accionista porque necesito fuerza para las decisiones en el consejo de administración y en la junta de accionistas de cada semana; te recuerdo que tienes el veinticinco por ciento de participación; tu hermano, el otro veinticinco, y yo, el cincuenta restante. Tu madre no quiere saber nada de administrar ni de estas responsabilidades, así que la he dejado fuera. Es tiempo de que apoyes a la familia.

—Papá, pero si Trevor puede estar ahí, ¿para qué me necesitas a mí? No lo entiendo. Hazlo venir de Australia o de donde sea.

Rory se aclaró la garganta, nervioso.

—Tú eres parte del trato. Había una cláusula que señalaba que debías ser una accionista activa; en caso contrario, Art Gourmet no rubricaría el trato.

Ella ahogó una exclamación. ¿Cómo era posible que la trataran como si fuera una marioneta?

Ahora tendría que salvarles el cuello, poniendo a cambio el suyo... y también su libertad. Odiaba lo que estaba viviendo, porque ella era inocente. Pero odiaba todavía más escuchar la confirmación de lo que Christian le había explicado en boca de su padre.

—¿Y no le preguntaste a Christian el porqué de esa gran idea de que yo fuera parte del acuerdo? ¿Cómo permitiste negociar el tiempo y la posición de tu propia hija? —preguntó con sarcasmo—. Pudiste al menos hacerme partícipe de la reunión. Creo que merecía eso. Me siento decepcionada, papá.

—Sé que suena mal...

—¡Es horrible que aceptes haberlo hecho, y peor aún a mis espaldas! Siempre has sabido que lo mío es trabajar con niños. Por eso tengo mi fundación.

—Hija, lo siento..., era eso o que miles de personas se quedaran en la calle. Christian afirmó que quería tener la garantía de que tomaba las riendas de una empresa cuyos herederos eran conscientes del duro trabajo que ello implicaba. De hecho, me pareció incluso loable que pusiera una condición así de interesante como garantía para iniciar el proceso...

«¿Loable? La garantía de la que no te habló era su venganza, papá. Solo que aún no he averiguado qué es lo que ha pasado», quiso decirle contrariada.

—A lo mejor a mí no me parece loable en absoluto. Pero, bueno, ¿qué puedo hacer cuando ya está todo firmado? Solo pensaste en ti, en tu reputación, y en que yo me las arreglaría, ¿no? —soltó Emma con amargura, e hizo amago de levantarse.

—No te vayas aún, déjame terminar —le pidió él con un tono de voz más firme del que hubiera querido con ella.

—Bien.

—Él quería que trabajaras en la corporación; me adelanté al decidir la función que deseaba para ti, es decir, accionista activa en el consejo y la junta. —«Para ser un gran hombre de negocios, papá se está quedando en un segundo lugar, detrás de Christian. Voy a estar en el departamento de talento humano, y no tomando decisiones.»—. Trevor está ocupado viajando de un lado a otro...

«Claro, Trevor, el *brillante chico de negocios*.»

—Sabes que el trabajo en Milestones es importante para mí. Adam y yo nos hemos esforzado mucho para que tenga el prestigio del que ahora goza. No puedes jugar con mi vida como si yo fuera una pieza más de tu rompecabezas corporativo. —El enfado de su tono contrarió visiblemente a Rory, cuyo rostro adquirió un tono rojizo. Bien conocía ella su furia cuando alguien se atrevía a contrariarlo—. Supongo que con el *señor Hawthorne* ni siquiera opusiste resistencia —dijo con ironía.

—¡Estaban en peligro los empleos de más de tres mil personas, maldición! —Rory golpeó el escritorio con el puño y se puso de pie—. Cuando el barco se empieza a hundir, tomas medidas desesperadas; o aceptaba el trato con Hawthorne o nos quedábamos en la calle. Además, trabajar un tiempo en H&E no te va a perjudicar. No te estoy pidiendo gran cosa. Un poco de tu tiempo, a cambio de salvar puestos de trabajo y poner a flote la empresa de nuevo. ¡No es nada!

Emma entornó los ojos. Se daba cuenta de cuánto desconocía su padre el campo laboral que a ella la apasionaba, pero lo más duro era que, a cambio de «nada», ella estaba siendo chantajeada

por un hombre que iba a echar por tierra su paz mental y a alterar totalmente su vida. Sin saberlo, Rory la había echado a los lobos, y era eso lo que estaba reclamando: su derecho a decidir..., su libertad. Ahora estaba atada de pies y manos, mientras no pudiese demostrar su inocencia; por ello también estaba impedida de hablarle del chantaje y de todo el odio que destilaba Christian hacia ella.

—¿Y qué hay del robo de dinero del que me hablaste? —preguntó con cautela. Quizá su padre había avanzado en ese aspecto.

—Christian me aseguró que ya se había encargado de eso. —«Si tú supieras, papá...», hubiese querido decirle—. Por favor, hija, necesito que me prometas que no vas a llevarle la contraria. Él tiene fama de ser implacable, como yo en mis buenos tiempos..., así que será mejor no provocarlo. Trata de ser gentil y flexible. Dime que, al menos, lo intentarás. Christian tiene nuestra compañía en sus manos; cualquier decisión que tome ahora es casi incuestionable.

Ella casi rompió a reír. «¿Gentil y flexible?» Aplicar a ese hombre cualquiera de los dos adjetivos implicaba convertirse en carne fácil para las pirañas.

—De acuerdo —concedió. Le pareció ver que su padre respiraba con más calma—. Tengo que salir, papá. —Discutir era un punto muerto a esas alturas.

Rory se incorporó mientras se alisaba el vestido.

—Gracias, Emma. —Su padre la miró con alivio. Y ella se alejó y cerró la puerta.

El día no podía empeorar. Primero, un escarceo con el lunático controlador dueño de media Gran Bretaña. Ahora su padre le confirmaba que había sido vinculada como parte de una cláusula en un contrato. Necesitaba reírse un poco con Adam.

En Dublín, Christian llegaba en su Ferrari negro a casa de sus abuelos. Su jet privado aterrizó sin problemas en el aeropuerto de la ciudad, el Aerfort Bhaile Átha Cliath. Lo habían llamado, horas antes, para informarle de que Olivia, su prima de diecinueve años, había sufrido un aparatoso accidente automovilístico mientras regresaba de casa de unos amigos.

Su tía Alison se casó cuando él tenía diecisiete años; su tío político, Colin McCarthy, era un escocés dueño de una empresa naviera que había conocido días mejores. Aunque su tía y Colin se habían opuesto, cuando él se hizo con el imperio de Art Gourmet, Christian insistió en cubrir los gastos de la educación de Olivia, quien compartía con él los mismos ojos azules.

—¡Hijo, gracias a Dios que has llegado! —exclamó su abuela Gladys cuando lo abrazó en la entrada de la casa. «Se muestra tan enérgica como siempre», pensó Christian. Cuando estaba en Irlanda no se sentía alerta, ni en la necesidad de defender lo suyo.

—Abuela. —Le dio un beso con afecto; en casa siempre podía relajarse—. ¿Cómo está Olivia?

Gladys le sonrió con tristeza y cerró la puerta principal.

—No va a volver a caminar... —Se limpió las lágrimas que asomaron por sus ojos celestes—. No se lo hemos dicho..., no sabemos cómo hacerlo. Hemos evitado que los médicos hablen con ella y le comuniquen el diagnóstico real. Así que tratamos de decirle que todo pasará, pero ella no

es ninguna tonta. No sé cómo hacer esto, hijo. Es difícil, y yo...

—¡Joder! —Se pasó las manos por el rostro, impotente—. ¿Cuántos especialistas la han visto?

—No digas palabrotas, muchacho, que aquí eres mi nieto, y no estás en Londres. —No pudo reprimir la necesidad de reprenderlo. A veces le costaba aceptar que hubiera crecido tan rápido y que ahora fuera todo un hombre hecho y derecho.

—Lo siento, abuela.

—No, no lo sientes —lo acusó.

—Es verdad, no lo siento. —Eso le arrancó una sonrisa a Gladys. «Al menos ha dejado de tener esa expresión de tristeza por un segundo», pensó Christian—. Mejor dime: ¿cuántos especialistas la han visto?

Gladys suspiró.

—Dos. —Se encaminó hacia la sala. Era una estancia preciosa. La alfombra de Aubusson blanca con rojo y beige, con la que él la había obsequiado varios años atrás, le daba un toque cálido y contrastaba con el fuego de la chimenea—. Le hemos comentado a tu prima que es importante contar con varias opiniones... No sabemos cómo manejar esta situación, Chris. Ella se siente derrotada y no quiere escuchar a nadie. Nunca la había visto tan abatida. Si le comunicamos el diagnóstico final...

—La llevaré a Londres —sentenció Christian. Su tono firme hizo dar un respingo a Gladys.

Ella conocía lo temperamental y mandón que se podía poner su único nieto. No pudo dulcificar su carácter cuando era más pequeño, porque la pronta partida de su hija la mantuvo triste mucho tiempo y no pudo incidir en el estado emocional de Christian. Se culpaba por la situación, pero ya no podía hacer nada más que procurar darle afecto y consejos; consejos que él no solía escuchar, porque era muy terco. Pero un día seguro que los echaría en falta, y entonces ella no le volvería a fallar.

—No puedes hacer eso, hijo mío. —Se acomodó en un sillón tapizado de color rojo—. Olivia no es tu responsabilidad. Sus padres no te lo van a permitir. Ya es suficiente con que les hayas dado la casa y hayas pagado los estudios de su hija. Herirás el orgullo masculino de tu tío Colin.

—Sí que puedo —replicó Christian con arrogancia, aunque también había preocupación en su voz—. Tengo el dinero para hacerlo, y mi tío no es desagradecido; sabrá apreciar mi gesto.

Ella puso la mano sobre la de su nieto.

—Hijo, ya sé que Colin no es desagradecido. Claro que no. Por favor, deja de pensar que las personas están en tu contra. Detesto ver cómo el rencor por el pasado sigue afectándote.

—No se trata de que me afecte, te lo he dicho muchas veces. Esa gente tiene que pagar por lo que hizo.

Gladys meneó la cabeza. No tenía ganas de discutir. Ya sabía que él no se quedaría tranquilo hasta ver a esa familia londinense, de la que tanto hablaba desde jovencito, arrastrándose por el barro. En innumerables ocasiones le había dicho que los Breslin ya habían perdonado todo lo ocurrido y que nada de lo que hiciera ahora les devolvería a Sarah. Pero Christian no entraba en razones. Su abuela prefirió cambiar de tema.

—¿Cómo está el viejo Hawthorne? —preguntó; era la única persona que vivía en Londres, además del chico, a quien su nieto no detestaba.

—Muriéndose... —Christian se aclaró la garganta. Recapacitó—: No pretendía ser brusco, perdona, abuela. Me cuesta mucho hablar de eso... Lionel está enfermo. Te envía saludos, por cierto.

Christian había llevado a sus abuelos maternos a Londres dos años después de graduarse en la universidad, porque Gladys lo convenció de que ellos no le reprochaban nada a Lionel y querían conocerlo. El argumento era que el magnate no tuvo conocimiento de la canallada de Bruce hasta que fue demasiado tarde. Christian los había presentado a regañadientes.

—Es un buen hombre. Es una pena que la enfermedad lo haya tratado así —comentó conmovida. Su naturaleza era calmada; la cara de la moneda opuesta a la de su nieto.

—¡Christian! —irrupió súbitamente una voz melodiosa desde lo alto de la escalera. Era su tía Alison.

Las vetas grises de su cabello eran lo único que daba cuenta de su edad, porque el carácter chispeante no la había abandonado, ni siquiera en esos momentos tan difíciles con los que estaba lidiando. Detrás de Alison apareció Colin, quien saludó con la mano a Christian.

—Hola, tía. —Se puso de pie.

—¡Ah, muchacho! Ya te he dicho que no me llames así. Solo Alison, punto —le ordenó, y lo abrazó con fuerza—. ¡Cada vez te veo más guapo! Se debe a tu sangre irlandesa, no me cabe duda.

Christian se echó a reír. Aunque Alison intentaba disimular la ansiedad que sentía por su hija, él la conocía muy bien y sabía que estaba preocupada. No era para menos. Así como él solía adivinar las verdaderas emociones de su tía, ella conocía las suyas. Después de todo, prácticamente lo había criado junto a sus abuelos, antes de que se marchara a Londres y se labrase una reputación junto a Lionel.

—Te llamaré Alison, si eso te quita unos años. —Christian sonrió cuando ella se rio de su broma. Se giró hacia el hombre alto que estaba junto a su tía—. ¿Qué tal, tío Colin? —Le tendió la mano por detrás de la espalda de Alison, que aún lo tenía abrazado—. Siento mucho todo esto.

—Hola, Christian. Tu prima ha estado preguntando por ti. Que si no sabes que existe, dice quejándose. Has malcriado a esa chica —bromeó.

—Iré a verla —anunció Christian mientras se alejaba de su tía, enfundado en un pantalón de vestir y una camisa Pierre Cardin. Se había bañado y cambiado en el avión.

El cuarto de Olivia estaba decorado en tonalidades azules. Él le había comentado, cuando lo acababan de remozar, que era un color más bien masculino, y ella le había contestado que él era un machista aburrido y que el azul le daba un toque que sosegaba los sentidos.

Ahora, esa muchacha pícara y risueña, que hasta hacía poco había sido traviesa y dicharachera, miraba con tristeza hacia la ventana que estaba del lado derecho de la cama.

—Oli —la saludó Christian, con el apelativo con que siempre la llamaba, mientras abría más la puerta.

—Llevas meses sin aparecer —le respondió ella sin mirarlo—. Pensé que no vendrías.

—Imposible, eres mi prima favorita. —Christian intentaba ser gracioso. Definitivamente el humor no era lo suyo, porque ella le hizo una mueca.

—Soy tu única prima, tonto.

Lo había llamado «tonto», al menos no todo estaba perdido.

—Tengo buenas noticias.

—A ver... probemos. —Su tono irónico tenía un dejo de amargura.

—¿Recuerdas que me dijiste que querías ir a Londres? —preguntó, sentándose en el borde de la cama.

—Claro que lo recuerdo. Te lo he pedido desde que tengo memoria, pero tú siempre me has contestado que es un lugar complicado para vivir. —Cruzó las manos sobre el abdomen, enfurruñada.

«No sabes hasta qué punto», pensó Christian.

—Pues he cambiado de opinión. Vamos a ir juntos a Londres. ¿Qué dices?

—Mal momento para tu oferta. No iré.

—Quiero que te vean los mejores especialistas.

—No —repuso ella en tono seco.

—No seas terca. —Christian intentó modular su tono, a él nadie le decía que no. Entendía la impotencia que sentía su prima, así que trató de hacer acopio de toda aquella calidez que en realidad era casi inexistente en su conducta.

—Eso me viene de familia —le soltó Olivia, que finalmente dejó de mirar el cielo gris, a través de la ventana recubierta de madera, y se volvió hacia él—. Y, definitivamente, ya no quiero saber nada. No quiero ir a Londres.

—Por favor, Oli —le pidió él cortésmente.

Podía ser algo blando con su familia, pero no tanto como para permitir que ella se impusiera a sus determinaciones.

—¡Vaya! Christian Hawthorne, el empresario más exitoso de Gran Bretaña, pidiendo algo por favor... El mundo debe haberse vuelto loco.

—¿A qué viene todo ese sarcasmo?

—¿No te das cuenta? Tu maldito dinero no puede solucionarlo todo. Cuando te fuiste, todo empeoró. Mi padre perdió muchos clientes, mi madre se deprimió con la muerte del abuelo, y la abuela Gladys se ha ido deteriorando y ya no puede caminar muy bien. Me dejaste sola. —Un fugaz sentimiento de arrepentimiento asomó a los ojos de su primo—. Necesitábamos tu apoyo, no tu dinero. Hablar contigo por teléfono y ver tus fotos en la sección de sociedad no es como si en verdad estuvieras aquí. Además, solo Dios sabe por qué ellos creen que ignoro que nunca más volveré a caminar por mí misma. Eso no tiene arreglo. ¿Lo entiendes, Christian?! —le gritó. Estaba resentida, porque él le había prometido que siempre cuidaría de ella.

Christian tuvo que marcharse cuando Olivia era muy pequeña, pero estaba en una edad en la que las promesas rotas podía causar más dolor que cualquier otra cosa. Sin embargo, él tenía una promesa aún más grande con su madre. No le gustó romper su palabra con Olivia, pero tuvo que hacerlo para ir a buscar a su abuelo paterno y reclamar lo que por derecho le correspondía. Si su tía Alison no le hubiera contado la historia de sus padres, después de que la acribillara cada día a preguntas, habría perdido la oportunidad de dirigir el imperio que lo guiaría hacia los Connely.

—No te sienta bien la autocompasión. Y ese maldito dinero es el que te ha pagado los estudios. Así que no reniegues, muchacha —declaró molesto.

—Nunca te pedí nada —le reprochó ella—. Tú tampoco eres el salvador de nadie. No me

gusta repetirme, pero lo haré porque parece que no lo entiendes: te necesitábamos aquí, a ti, no tu dinero, demonios. —Las lágrimas pugnaban por salir de los ojos azules en los que él veía su propia tristeza—. Eres un cabezota, primito —lo acusó con voz resentida y sarcástica. Luego apartó la mirada.

—Vamos a hacer un trato —respondió Christian controlando su genio—. Llamaré al mejor doctor de Irlanda para que venga a verte. Pero, además de esa, vas a tener una opinión más, así que vendrás a Londres. Cuatro opiniones valen más que dos.

No le interesaba entrar en detalles con ella sobre la situación que había motivado su partida de Irlanda. Su abuela era la única persona en casa que conocía las verdaderas intenciones que había detrás de su viaje a la capital británica, cuando era aún un adolescente. Y quizá tía Alison lo intuía, pero jamás le reprochó nada.

—¿Y qué obtengo a cambio de someterme a tu obcecada voluntad, oh, magnánimo hombre?

Christian apretó los labios, molesto por la terquedad de Olivia.

—Te obsequiaré con un apartamento en Londres.

Se quedó boquiabierta. Al fin había captado su interés. Y no es que fuera materialista, pero ¿un apartamento en una de las ciudades más caras del mundo solo por hacerle caso un rato a su primo? Estaría chiflada si no le interesara.

—¿Solo por ir a la capital? —indagó curiosa.

—No —contestó Christian, severo. Ella hizo una mueca, porque, claro, Christian siempre tenía algo con qué negociar—. El apartamento por ir a Londres, ver al médico y hacer la rehabilitación. Porque estoy seguro de que volverás a caminar.

—Y yo que pensaba que Nostradamus ya había muerto. —Olivia se encogió de hombros—. No quiero que me den falsas esperanzas, porque no volveré a andar. No seas tirano —protestó.

—Descansa —respondió Christian, dando por terminada la discusión. Ella le lanzó un gruñido. A cambio, él le dio un beso en la frente y se alejó, dejándola enfurruñada.

«Las cosas se harán a mi manera», se dijo Christian bajando las escaleras.

Capítulo 6

Al final, Emma optó por quedarse en casa y refrescarse un poco en la piscina con Adam. Ponerse a llorar en un lugar tan chic como Alloro al recordar lo que estaba ocurriéndole no le pareció buena idea. Adam no puso objeción y, por supuesto, se tomaron un café.

Entre sorbo y sorbo de capuchino, Emma le soltó todo el rollo de lo sucedido desde la fiesta. Como era de esperar, Adam se limitó a reír. Pero a medida que le iba relatando lo que ella consideraba la parte más difícil del asunto, la expresión de su amigo se fue volviendo seria. Luego, al confesarle que tendría que casarse con Christian, el rostro de Adam recuperó su habitual estado risueño, y le dijo que esas eran cosas que la vida traía a veces. Ella no lo encontró gracioso en absoluto.

—Emma, no creas que me río porque considere que tu asunto es una tontería, pues no lo es. El tío este es un canalla. Solo te voy a dar dos consejos en relación con todo esto —le dijo, cuando estaban ya terminando su larga conversación.

—Te escucho —comentó ella removiendo el líquido oscuro con canela. Le gustaba ponerle esa especia al capuchino.

—Primero. No se te ocurra enamorarte de él: ya sabemos que este hombre nació sin corazón. Vas a sufrir si lo haces, porque es tan despiadado como encantador, conozco su fama. —Ella frunció el ceño porque lo que decía Adam le parecía un disparate—. Segundo. Cueste lo que cueste tenemos que averiguar quién está detrás de la falsificación de tu firma. Será el modo de librarte del chantaje... Esperemos que no sea demasiado tarde y podamos detenerlo todo a tiempo.

—Me siento atrapada.

—Yo también me sentiría así, pero es lo que hay. ¡Esto es tan medieval!

—Él tiene sed de venganza. Ha dicho que llevo en mis venas la sangre de un asesino. ¿Cómo crees que puedo lidiar con una acusación semejante? Créeme que hubiera querido preguntarle a mi padre... menos mal que pude contener las ganas de hacerlo —suspiró—. Esto me sobrepasa.

—Estoy de tu lado —Adam le tomó la mano con la suya—, no lo olvides.

Ella lo miró con cariño.

—Lo sé; gracias, Adam.

El atardecer de ese día era precioso, sobre todo porque la brisa de ese día de otoño acariciaba la piel de Emma con los rayos solares en declive, haciéndola lucir brillante debido a las gotas de agua que aún no se habían secado en su cuerpo. Sentada en el borde de la piscina, miraba, sin observar en realidad, los largos que ejecutaba Adam en ella.

Hacia un rato había sonado su móvil. Era Gasper Thrudyll, el padre de Elijah, e insistía en que necesitaba hablar personalmente con ella. Le respondió que estaba ocupada y no podía verlo. Después de unos insultos entre los que, además de otras cosas, le recriminaba lo insensible e inepta que era con su hijo, le colgó el teléfono.

Emma, previamente, había pedido una orden de alejamiento contra Gasper. Y él no la había vuelto a molestar en casi tres semanas. Gasper tenía cargos por agresión y maltrato a su hijo de diez años y a su esposa, Candace. A pesar de que Emma había intentado por todos los medios ayudarlos, Gasper aseguraba que ella quería que su hijo se alejara de él y que, como profesional, era una mala influencia; también la culpaba de que su mujer lo hubiera abandonado.

Una noche sintió miedo al ver que Gasper estaba esperándola en el aparcamiento de la oficina; según él, era urgente que hablara con ella. Emma aceleró el paso hasta subirse a su automóvil, arrancó el motor y salió pitando con el corazón agitado. Ver la barra de hierro que el hombre blandía con la mano mientras corría hacia ella gritando que se detuviera estuvo a punto de paralizarla. Resultó una experiencia escalofriante, que no deseaba volver a vivir.

Comprendía las reacciones tras el comportamiento de Gasper, pero le daba miedo que cumpliera su amenaza de «darle su merecido». Era lo que solía gritarle cada vez que se enteraba de que Candace y Elijah estaban con ella en el consultorio de Milestones.

La historia con ese paciente le causaba especial tristeza. Candace había trabajado durante diez años en su casa de Mayfair, se encargaba del cuidado del jardín, pero dejó de servir a su familia cuando conoció a Gasper. Cuando Emma dibujaba sentada en la banqueta ubicada de detrás la piscina, Candace solía conversar con ella.

Después de graduarse en la universidad, un día Emma se la encontró por casualidad en un supermercado. Estaba demacrada; el brillo de su sonrisa, que había sido tan habitual en ella, había desaparecido. Hablaron un poco y, cuando Emma le comentó que se había licenciado en psicología infantil, inexplicablemente Candace se echó a llorar.

Emma la tomó del brazo y fueron a tomar un café. Durante casi hora y media, Candace le explicó cosas acerca de su vida matrimonial. El desastre que era, los golpes de su esposo y lo aturdido que estaba su hijo. Le pidió que conociera a Gasper, pero que no lo juzgara, porque no era un mal hombre, y sus acciones iban ligadas a la desesperación de no poderles dar comodidades. Emma accedió a hablar con él.

Al principio Gasper se mostró dispuesto a entablar un diálogo y buscar ayuda. Durante el primer año de tratamiento, la situación familiar pareció mejorar. Emma estaba exultante. Aunque no era su intención hacer las consultas visitando las casas de sus pacientes, en el caso de Candace no le pareció mal; además, la conocía de casi toda la vida.

Al siguiente año en que dejó de tratarlos, porque Gasper había encontrado un empleo y todo marchaba sobre ruedas, Candace apareció con Elijah en su oficina en Milestones, con un ojo morado y el brazo enyesado. Alarmada, Emma la llevó a la clínica, no sin antes pasarse por la comisaría de policía tras exigirle que, por su bien, denunciara a su marido.

Después de insistirle con vehemencia en que no tuviera miedo, Candace, entre lágrimas y sentimientos de culpabilidad, estampó su firma en la denuncia. Luego llegó lo peor.

Gasper se volvió violento también contra Emma. En una ocasión rompió el cristal de la

entrada de Milestones. Dejaba mensajes amenazantes en su correo de voz de la oficina y le enviaba cajas con flores marchitas y hediondas. Todos esos incidentes se sucedieron durante varios meses.

El acto que más escalofrió le causó fue encontrarse un gato degollado en una caja sobre su escritorio de la oficina. Ocurrió justo después de que Candace se separara de Gasper y se llevara a Elijah consigo. A Emma la alarmaba que Gasper hubiera podido llegar hasta su despacho. Con ese antecedente, cambió todas las cerraduras y renovó el equipo de guardas de seguridad. No quería pecar de tonta. Así que, con todas las pruebas, el tribunal le concedió una orden de alejamiento contra ese hombre.

A pesar de que era una experiencia dura, en lugar de desanimarla, aquello la alentó a continuar ayudando a la gente del modo en que lo hacía, gratuitamente.

—Si el sitio adonde se fueron tus pensamientos es divertido, deberías contarme de qué se trata —le dijo Adam bromeando, devolviéndola a la realidad. Él apoyó las manos, una en cada lado, junto a sus piernas. Ella movió los pies dentro del agua, salpicándolo. Estaban habituados al clima londinense, pero tampoco eran de piedra, así que la piscina templada era la compañera perfecta en esos meses de otoño. En invierno, ni locos osaban meterse en el agua.

—¿Dónde estaría el misterio, entonces, si los comparto contigo? —le respondió con una sonrisa y un guiño—. Por cierto, mañana tenemos que ir a...

—¿Haciendo planes? —preguntó alguien desde la entrada. La piel de Emma se erizó con ese tono grave y profundo que ya conocía bastante bien. «Maldición.» No había oído sus pasos.

—Ah... Así que aquí tenemos al problema en carne y hueso —murmuró por lo bajo Adam, al tiempo que se impulsaba para ponerse de pie. Emma se quedó clavada con el trasero en el borde de la piscina. No tenía ganas de moverse. ¿Qué podía decir? ¿No se suponía que estaba en Irlanda? «¡Adiós tranquilidad!»

—No digas ni una sola palabra, por Dios —pidió con un susurro y con la mirada fija en el agua.

Intentando ser gracioso, Adam la levantó del borde de la piscina y la cogió en brazos. Luego la puso en pie junto a él. Aquello tomó a Emma tan de sorpresa que no se atrevió a darse la vuelta, y se quedó mirando la piscina. Adam le echó un brazo alrededor del hombro y la obligó a girarse, quedando así, ambos, frente a Christian.

Christian llevaba un pantalón de vestir azul y camisa blanca, impoluta, con el cuello abierto. Lucía un aspecto descuidado y poderosamente sensual. Emma evitó su mirada, mientras él avanzaba hacia ellos. Ella intentó alejarse de Adam, pero el muy tonto estaba disfrutando de incordiarla y la tenía aprisionada por los hombros.

—¿Cómo has entrado en mi casa? —No iba a permitir que pensara que la podía intimidar en su propio espacio.

Él enarcó una ceja.

—Pues como todo el mundo: por la puerta —respondió mofándose de ella.

Los últimos rayos de sol empezaban a desaparecer completamente. Lo único que Emma alcanzó a ver antes de que el cielo oscureciera y se encendiesen las luces del patio fue el brillo de enfado en las insondables profundidades azules. «¿Y por qué tiene él que enfadarse, al fin y al

cabo?»), se dijo recuperando el aplomo. Odiaba los enfrentamientos, pero al parecer su vida tenía ahora esa tónica.

—Adam Quenell —se presentó a sí mismo el mejor amigo de Emma, aún con el brazo alrededor de sus hombros. Le tendió la mano a Christian.

—Hawthorne —le respondió Christian, apretando la mandíbula. No se había equivocado. Emma era igual que todas esas mujeres fáciles que habían pasado por su cama. Ojos cándidos, pero actos que demostraban lo contrario. Odiaba que se burlaran de él, y aún más si lo hacía una Connely. Eso lo enfadó.

—Pensé que no volverías hasta dentro de unos días. Así que estás interrumpiéndome. La próxima vez, anúnciate —le soltó Emma con fastidio. ¿Por qué la miraba de ese modo, como si le diera asco? No sabía por qué estúpida razón, pero le escocía sentir que despertaba rechazo en Christian. ¿Por qué entonces, unas cuantas horas antes, la había besado con una extraña mezcla de pasión y dulzura? «O quizá solo eran imaginaciones mías. La optimista que llevo dentro», se dijo.

Christian apretó los dientes.

—Por supuesto, tus necesidades físicas tienen que ser satisfechas. —Miró despectivamente a Adam, quien lucía un cuerpo fibroso en bañador; luego repasó el curvilíneo aspecto de Emma en aquel minúsculo bikini y lo primero que afloró en él fueron las ganas de taparla. «¿Qué demonios...?» Esa idea solo consiguió aumentar su enojo—. No sabía que tus ganas de tener sexo eran tantas que tenías que hacerlo con tanto desparpajo bajo el mismo techo en el que vive el resto de tu familia —soltó con desprecio.

Lo siguiente que vio Emma fue que Adam estaba encima de Christian, intercambiando golpes con los puños. Sus gritos para detenerlos llamaron la atención de algunos empleados de la casa, que intentaron separarlos. Cuando finalmente lo consiguieron, ella reparó en el hilillo de sangre que corría por la boca de Adam, y en la ligera hinchazón que empezaba a asomar en la mandíbula de Christian.

Una vez que los separaron, dejándolos a ambos jadeantes por la pelea, los empleados de la casa desaparecieron con discreción. Se les pagaba bien para guardar silencio sobre lo que ocurría en la vida de la adinerada familia Connely.

—No te atrevas a insultarla, o te las verás conmigo, Hawthorne. ¡No sabes lo que estás diciendo! —gritó Adam—. No la conoces.

—La verdad nunca se considera un insulto, Quenell.

No bien terminó la frase, Adam hizo el intento de volver a abalanzarse sobre él, pero Emma lo abrazó por la cintura, deteniéndolo.

—Ya es suficiente, par de Neandertales. Tú —señaló a Christian—, largo de mi casa. —Se volvió hacia su amigo—. Adam, no sé cómo has podido armar este jaleo, vete tú también.

—Pero Em... —empezó a protestar su amigo, arrepentido.

—He dicho que fuera los dos —exigió con las manos en las caderas, furiosa. ¿Qué se creían? ¡Ella no estaba pintada en la pared! ¡Hombres!

Christian la miró, mientras Adam abandonaba la estancia para ir a cambiarse, no sin antes murmurar unas disculpas ante Emma, que el dueño de Art Gourmet no pudo oír.

Christian se acercó inundándola con su aroma. La camisa, por el esfuerzo de la pelea, se le

había adherido a la piel y marcaba sus músculos. Hacía mucho tiempo que él no se enfrentaba a alguien a puñetazos. La violencia no formaba parte de su carácter. De algún modo había desahogado contra Adam la presión por el accidente de Olivia, el asunto con Emma y todo lo que implicaba recuperar la casa de su madre en Cambridge, y además la enfermedad de su abuelo.

—Emma, tú y yo tenemos un acuerdo —dijo con voz controlada. Ella tragó saliva y se cruzó de brazos—. Si quieres sobrevivir a este trato, te vas a tener que ajustar a las condiciones. De lo contrario... ya sabes las consecuencias. ¿Lo has comprendido? —le preguntó con falsa calma.

Su nariz estaba a pocos centímetros de la de ella, y Emma podía ver en los ojos azules cómo se agitaba la rabia domada.

—Deja de amenazarme. —Trató de mantener un tono de voz firme, pero la fuerza que irradiaba el cuerpo de Christian era abrumadora—. He comprendido el pacto. Además, no te pertenezco: yo no soy un objeto ni un adorno, ¡soy un ser humano! Y no intentes humillarme, porque entonces tú también lo vas a pagar caro. —Con esto último se echaba un farol, pues no había modo en que ella pudiese devolverle a Christian la misma angustia y ansiedad que sentía.

Emma vio cómo las fosas nasales de Christian se agrandaban al tomar aire. Ella le sostuvo la mirada, retadora.

—Emma, paso a recogerte en tres horas. Iremos a cenar.

La tomó de la nuca y la acercó más hacia él. Ella se preparó para lo que sería otro beso que la dejara deseando más de lo que se podía explicar a sí misma que quería. Sin embargo, él colocó la boca cerca de su oreja y murmuró:

—No vuelvas a provocarme —le mordió con erótica sutileza el lóbulo derecho—, ¿comprendido? —Luego la soltó y se alejó. Emma se quedó con la respiración agitada. Fue consciente de que aún estaba en bikini y, para su mayor vergüenza, sus pezones marcaban la fina tela morada del traje de baño. Con fastidio tomó una de las toallas que tenía cerca y se envolvió en ella.

Ya estaba lista para la cena con Christian. El vestido que se había puesto dejaba ver sus piernas esbeltas; no en vano corría una hora todas las mañanas. El diseño de Alexander McQueen en gradación de negros, sin mangas, se cerraba en elegantes vuelos alrededor de su cuello. Llevaba una coleta, y un maquillaje básico: rímel, delineador, colorete y pintalabios rosa. Los zapatos eran de tacón bajo y color verde, y lucía unos aretes de esmeralda.

Habitualmente no elegía con tanta dedicación su atuendo, pero sabía que le daría más seguridad para enfrentarse a aquel arrogante chantajista que en esos momentos ingresaba caminando por el jardín con un elegante traje que le daba un aire de peligrosidad. Cerró discretamente la cortina de terciopelo beige de su ventana, desde donde se observaba la entrada de la puerta principal de su casa.

Acudió a abrir la puerta el mayordomo de la familia, Denis. El mismo que los había recibido a él y a su madre años antes. Entre tanta gente, resultaba imposible que el viejo sirviente se percatara de quién era él.

Tras hacerlo pasar con aquella estúpida pompa, Christian esperó a que el mayordomo le hiciera saber a Emma que estaba en el recibidor.

—Te ves guapa —le dijo en un tono apreciativo cuando la tuvo frente a él. Y lo decía de verdad. Verla ataviada tan sencilla, pero tan sexi, le hizo sentir un tirón que fue directo a su insatisfecha libido.

Ella no se esperaba una palabra amable de su parte. Y por un instante se quedó en silencio observando la cortina de tupidas pestañas negras que enmarcaban aquellos ojos que podían ser tan expresivos como indescifrables. Christian llevaba el cabello negro peinado hacia atrás, y en su rostro las facciones fuertes, y elegantes, parecían dibujadas a propósito para darle a entender al mundo que la perfección física masculina existía, y llevaba nombre.

—Yo... gracias —respondió Emma con una fría sonrisa. Se había dejado la chaqueta en la habitación, pero no pensaba regresar sobre sus pasos. Cuanto más rápido acabara con ese asunto, mejor.

—¿Nos vamos? —preguntó él tendiéndole el brazo. Aunque no se le había olvidado la escenita de la piscina, le gustaba la calidez que sentía cuando la tocaba.

Durante el trayecto al restaurante, salvo por un par de llamadas telefónicas que él tuvo que atender, no soltaron palabra. Emma tenía ganas de preguntarle sobre su rápido paso por Irlanda, pero sería darle demasiada importancia. Decían que, a los enemigos, había que tenerlos bien cerca, pero Christian era un tipo de adversario distinto; si lo tenía cerca, el riesgo lo padecía ella. Él era demasiado peligroso... para su concentración. Lo odiaba por ello, y también por el chantaje al que se veía sometida.

Estaban ya a pocas manzanas del restaurante cuando sonó de nuevo el móvil de Christian. Ella continuó observando por la ventanilla las calles de la ciudad; el clima estaba muy cambiante, aunque el cielo se mostraba menos nublado de lo habitual esa noche.

—Olivia —dijo a modo de saludo—. No. Sabes que todo lo que desees está a tu disposición. Mañana no es posible. Claro que vendrás a Londres, ya lo hablamos... Salúdalos. Bien. Adiós.

«¿Su amante?», se preguntó Emma llena de curiosidad, pero se mordió la lengua para no decir nada. Por supuesto, lo que esa mujer quisiera, si era tan guapa, podía conseguirlo de él, pues Christian no dudaría en ponerle los regalos del cielo a sus pies. «¿Estará enamorado de ella? ¿Cuánto tiempo llevan saliendo juntos? ¿Cómo pretende casarse si tiene otra mujer esperándolo? Claro, ya sé la respuesta... él puede tener amantes durante nuestro matrimonio, y yo no. *Canalla.*» En fin, qué le importaba a ella.

—¿Qué es lo que no te importa?

No se dio cuenta de que había expresado su última frase en voz alta.

Ella se giró hacia él.

—Que... que me es indiferente a qué restaurante vayamos.

—Bien.

«Qué ameno», pensó sarcástica. Esa llamada había cambiado el ligero buen humor que Christian aparentaba cuando la saludó.

Cuando llegaron a Le Gavroche, un exclusivo restaurante con dos estrellas Michelin, el *maître* los acomodó con diligencia.

En la zona vip todas las mesas estaban ocupadas, excepto la suya y otra para cinco personas. Christian pidió el vino de la casa, y de entrada *clafoutis* de jamón y brócoli. Ella no tenía mucha hambre, pues se sentía bastante nerviosa. Si a eso se le podía llamar una cita, era la primera que tenía en mucho tiempo.

—Deberías beber una copa de este vino, realmente es muy bueno —le dijo mirándola a los ojos—. No creo que una copa te haga perder el sentido.

—Claro que no —respondió Emma, y bebió un trago generoso. Estaba delicioso. La idea de estar rodeada de otras personas, el ambiente tan acogedor del local y el que Christian no estuviera siendo hiriente, la relajó—. Está muy bueno. Es cierto.

Él asintió, agradeciendo que le diera la razón.

—Emma, cuéntame un poco sobre tu infancia. ¿Cómo fue? —Quería saber su historia. Quizá para entender el porqué del comportamiento de Rory, y calar si ella era igual o más engreída que ese viejo miserable—. ¿Fuiste feliz?

El *maître* trajo el primer plato. Ella se entretuvo probándolo, mientras Christian aguardaba su respuesta. «Hay cosas de mi infancia que generalmente no comparto con nadie.» Emma terminó su copa.

—Tuve una infancia poco convencional. —Movié los dedos sobre la copa vacía, que pronto el *maître* volvió a llenar—. Siempre estuve rodeada de personas que cuidaban de mi seguridad... A veces era incómodo, porque no me gustaba sentirme observada todo el tiempo. Mis compañeros de la escuela sabían quién era... bueno, sus padres en realidad, y trataban de hacerse mis amigos. Un día oí, sin querer, a dos de ellos diciendo que era una niña tonta y que, si no fuera porque sus padres les habían amenazado con no comprarles más regalos si no me convertían en su amiga, ni siquiera me hablarían. Para una chiquilla que iba con toda la ilusión de encontrar amigos ese fue un golpe muy duro. —Se detuvo para tomar un sorbo de vino—. Cuando le pregunté a mi madre quiénes eran esos niños, me dijo que los hijos de empresarios importantes que pretendían hacer negocios con mi padre —confesó con amargura—. Así fue toda mi niñez. Tenía lo que quería, pero mi padre y mi madre viajaban mucho por cuestiones laborales, así que me tuve que criar prácticamente con Trevor y el servicio de la casa.

—¿Compartías con esos niños, a pesar de lo que pensaban de ti? —indagó con suavidad.

—Al principio era muy egoísta, caprichosa, porque mi padre siempre me había dado todo lo que deseaba. —«¿Por qué le cuento todo esto?», se preguntó Emma llevándose un bocado de pan a la boca. El vino... sí, no había otra explicación. Christian estaba siendo tan paciente escuchándola que la hizo sentir cómoda para hablar. Tomó un poco de agua y continuó—: Supongo que era el modo de suplir su ausencia y la de mamá. Pero después de oír a los dos chicos, mi forma de ver las cosas cambió. Quería pertenecer a algún lugar, a alguien... —se encogió de hombros—. Me escapé de casa cuando tenía diez años.

—Puedo imaginarlo, no eres una chica dócil precisamente. —Sonrió de forma encantadora. A ella se le hizo un nudo en el estómago. «¡Qué manera de sonreír, por Dios!», se dijo tratando de no quedarse mirándolo como una idiota. Una parte suya le decía que debería dejar el vino, y otra estaba muy a gusto. Ganó la segunda—. ¿Adónde fuiste en aquella ocasión?

Emma se perdió por un segundo en los ojos atentos que la estudiaban.

—No llegué muy lejos —rio con naturalidad—. De hecho, esa escapada me costó muy cara: intentaron secuestrarme cuando llevaba recorridas unas diez calles. No me preguntes cómo evadí la seguridad que mi padre había puesto, pero lo hice. Los guardaespaldas que me vigilaban eran los mejores, y dieron conmigo antes de que me raptaran. Con ese susto, me volví un poco más cautelosa y recelosa. Y, obviamente, no volví a intentar huir. —Sonrió.

Él la escuchaba cautivado por la cadencia de su voz y el brillo de sus ojos verdes. Si él pudiera escuchar siempre esa risa... «Emma es la hija de Rory», se recordó, y sus barreras volvieron a erigirse.

—¿Qué me dices de tus negocios, Christian? ¿Cómo te involucraste en todo esto?

Él meditó antes de responder. Hizo dar vueltas al vino dentro de la copa, que brillaba con los destellos de las luces del local; bebió muy poco.

—Mi padre solo me dio su apellido cuando era pequeño, no quiso saber nada de mi madre. Así que me crió ella sola. Hasta que más adelante conocí a Lionel, y él me enseñó todo lo que sé.

«Vaya resumen para un hombre que suele dar largos discursos corporativos en importantes eventos», pensó ella revolviendo la comida en el plato. Él dedujo lo que estaba pensando, pero no quiso darle detalles de su vida, prefería que Emma lo hiciera con la suya; entre otras cosas, ese era el objetivo de aquella cena.

—Supongo que tu padre te llevó a conocer otras ciudades de Europa y el Reino Unido.

—Sí, viajé con papá, aunque poquísimas veces. Él solía estar demasiado ocupado al igual que mi madre. Por eso yo solía desplazarme más frecuentemente con mis amigas. De hecho recuerdo gratamente un viaje que hice cuando era muy pequeña. —Se dio ligeros golpecitos en la barbilla con los dedos—. Mmm... tendría entonces unos cuatro años. Quizá no es un gran viaje sobre el que esperarías escuchar, no es St. Barts ni Marruecos, pero me lo pasé tan bonito que lo llevó siempre muy presente.

Él crispó los dedos alrededor del tenedor antes de dar un bocado que le supo amargo. Recordar no era agradable, principalmente porque por un segundo quiso sentir simpatía por esa mujer que masticaba con elegancia, se reía con soltura y tenía unas curvas de infarto. Pero no era tan estúpido. No iba a engañarlo.

—Cuéntame —la invitó.

—Fui con unas compañeras de la escuela a un lugar precioso. Cuando volví a casa, mi madre me dijo que se llamaba Chesterton. Me encantó pasar un fin de semana allí. Lo que jamás olvidaré es el olor delicioso de unas galletas con las que me obsequiaron; tenían una cobertura de chocolate blanco, eso sí lo tengo claro. —Sonrió, pero vio que Christian apretaba los labios. ¿Estaría diciendo alguna estupidez? Lo miró con cautela—. Te estoy aburriendo, seguro...

—No, no, al contrario, permites que te conozca mejor.

—De acuerdo, si insistes...

Él asintió.

—Era muy pequeña, pero sí recuerdo que, cuando tuve esas galletas en la boca, sentí que estaba en casa. —Suspiró—. Fue una sensación extraña. Y cuando volví a Londres —esbozó una sonrisa nostálgica—, no quería comer más que esas pastas. A veces, cuando mi padre me encontraba comiéndomelas en la cocina a hurtadillas, me reprendía. Cuando crecí solía

recordarme lo golosa que era. ¿Sabías que le pusieron a la línea de dulces mi nombre? Eso me causó mucha gracia, sobre todo porque mi padre, cuando alguien le preguntaba el porqué, respondía que se debía a mi adicción a esas galletitas tan ricas. —Suspiró con ensoñación, ajena al lugar donde se encontraban y al hecho de que estaba recordándole a Christian el motivo de su venganza.

—Imagino que sí —respondió sin emoción—. Sí que eras muy caprichosa, ¿eh?

Emma se echó a reír con soltura. «Ah, quiero un poco más de ese vino.» El *maitre* recibía propinas generosas por leerle el pensamiento a sus comensales, así que pronto la heredera de H&E estaba con su tercera copa en la mano, el estómago deliciosamente satisfecho y una maravillosa compañía masculina que la atendía con todos sus sentidos. «Quizá saber escuchar es una cualidad de Christian que estoy descubriendo», se dijo optimista. «O quizá estoy ligeramente entonada por el licor que tiene ochenta años de añejado y que, en este lugar, debe costar una fortuna.» Decidió que cualquiera de las dos opciones era buena.

—Sí, cuando era pequeña —continuó Emma—; así que era feliz cuando mi padre me traía esas galletas casi todos los días a casa. Ahora son parte de los regalos con los que obsequiamos a nuestros proveedores, y también las vendemos. Claro, no son iguales a las que probé hace años, pero...

—Termínate la comida, Emma —interrumpió Christian con más brusquedad de la que ella había escuchado en toda la velada—. ¿Vas a querer postre?

Christian solo sentía rencor y rabia, porque, al haberle concedido aquel deseo a una niña, habían arruinado su vida. Algunas noches se despertaba sobresaltado, pues sentía la desesperación que experimentó cuando encontró el cuerpo de su madre en el fango. La sensación de la fría lluvia irlandesa de aquel negro día calándolo era muy vívida, así como también la tibieza de la vida que se extinguía en sus brazos. Con esas pesadillas, no volvía a conciliar el sueño.

Otras noches, la pesadilla cambiaba. Su madre lloraba desesperada y le decía que era un mal hijo porque no había hecho nada para defenderla. Luego, cuando él quería expresarle que lo lamentaba mucho, su madre se alejaba corriendo y moría. Él no la podía alcanzar. Despertaba bañado en sudor.

Cuando no lo soportaba más, sin importar la hora, salía a correr para aliviar la tensión. Después se iba a su piscina y se zambullía conteniendo la respiración el mayor tiempo posible.

—Eh... no, gracias —le respondió Emma volviendo al presente por la forma en que la calidez de Christian se había transformado en frialdad. Se dio cuenta de que ella había estado hablando durante los últimos cuarenta y cinco minutos, pero él no le había contado nada sobre sí mismo. Se animó a preguntarle para tratar de retomar el buen ambiente de hacía solo unos segundos:

—Pensé que te quedarías más días en Irlanda. ¿Se ha resuelto lo que fuiste a hacer?

—Como sabes, el jet privado brinda muchas facilidades; yo no tomo vuelos comerciales, como tampoco lo haces tú. —Ella se quedó extrañada por su aspereza. Quizá su hermano o su padre lo hacían, pero ella no iba en el jet privado. Viajaba en primera clase, no era hipócrita, pero tanta ostentación como su padre, pues no—. Además, siempre resuelvo mis asuntos. —Le hizo un guiño.

En ese momento llegó la cuenta, lo que evitó cualquier réplica que ella quisiera hacer. Christian extendió un buen puñado de libras esterlinas sobre la mesa, y la ayudó a incorporarse.

El vino la hacía sentirse contenta y relajada, e incluso un poco desafiante, aunque prefirió no tentar a la suerte. La situación era la más absurda de su vida: una cita con un hombre que la chantajeaba, pero que era al mismo tiempo el más guapo que jamás hubiera visto y realmente atento cuando se lo proponía. Ese cambio de amable, casi dulce, a grosero y amenazante le molestaba, porque no sabía cómo reaccionar a él. La llevaba de un extremo a otro. Aunque, siendo coherente, no era una cita. Estaba allí para que los asiduos e importantes comensales de Le Gavroche se dieran cuenta de que ambos estaban juntos. Y tendría que seguir con esa farsa en otros lugares, lo cual la ponía enferma, porque ser hipócrita no era su fuerte. Christian parecía haberse formado una pésima imagen suya y no hallaba los motivos.

Se estaban acercando a la salida del restaurante cuando él le habló al oído. Los que estaban alrededor podrían pensar que estaba diciéndole alguna cosa dulce, pero la realidad era algo totalmente diferente.

—Tengo que recordarte —susurró mirando disimuladamente alrededor— que debes hacer tu papel de mujer enamorada. La persona que se dirige hacia nosotros tiene que saberlo más que nadie. —Al tiempo que se lo decía, la apretó más contra sí.

El hombre al que Christian se refería se acercaba junto a tres personas más. «Hombres de importante renombre en Londres.» Ella estaba acostumbrada a verlos en su casa, en aquellas famosas reuniones que daba su familia, así que a los magnates y hombres de negocios los tenía calados con solo verlos de lejos. Se trataba, más que de la ropa, del modo seguro al caminar, el aplomo de mirar y saber que eran observados, de pedir y recibir... Era el aura de autoridad y poder. Un mundo del que ella jamás se había sentido parte.

—Vaya, vaya, pero si es el mismísimo Christian Hawthorne —dijo el rubio de ojos color aceituna. Tenía la misma altura que Christian, pero su complexión era más fornida. Emma en seguida sintió simpatía hacia él. Ambos hombres lucían como dos titanes midiéndose con la mirada—. Y esta belleza que te acompaña —comentó observándola apreciativamente— ¿quién es?

No muy a gusto, Christian los presentó.

—Dave, te presento a Emma Connely. Mi *prometida* —recalcó con énfasis—. Emma, te presento a Dave Chavelier, un viejo amigo.

«Voy a tardar en acostumbrarme a la idea de ser la prometida de alguien...», pensó Emma sonriendo al rubio.

—Es un placer conocerte, Dave. —Le tendió su mano, pero él la acercó y le dio un beso en cada mejilla. No sabía cómo, pero Emma sentía la mirada iracunda de Christian en su espalda. El nombre de pronto le pareció conocido—. ¿Dave Chavelier, el dueño de las joyerías Chavelier? —preguntó sin poder contenerse. Ella había trabajado indirectamente dándoles *coaching* a los trabajadores de la sucursal de Londres. Y adoraba los diseños que tenían; las joyas que creaban eran preciosas y únicas.

—Y también de Industrias Alimenticias Chavelier —se jactó Dave.

Christian entrelazó posesivamente su mano con la de ella, enviándole una descarga de energía

hasta los pies. Emma se sentía como el último bocado entre dos cazadores y eso la molestó. Era más que evidente que entre ambos existía un pasado, y no tenía nada que ver con los negocios. «¿Se tratará de la tal Olivia?»

La música clásica sonaba en vivo. Los acompañantes de Dave empezaron a dirigirse a la mesa que tenían reservada.

—Vaya, me impresionan mucho tus diseños, son sensacionales. Lástima que seas la competencia de la empresa de mi familia —comentó con una risa sincera, que Dave premió con un guiño.

Emma sintió que los dedos que enlazaban los suyos se tensaban. Lo miró interrogante, y solo entonces la presión de Christian sobre su mano disminuyó. Ligeramente.

—Tenemos que marcharnos. Emma ha bebido un par de copas de más, y prefiero que descanse —dijo Christian con un tono que no daba pie a réplicas—. Te veo en Nueva York, Dave.

—Por supuesto. Espero que cuando lo hagas lleves a Emma contigo, seguro que es una excelente influencia para domar un poco tu mal carácter. —Dave acompañó la última palabra con una risa contagiosa y muy varonil—. Hasta pronto, Emma, ha sido un verdadero placer.

—Lo mismo digo. —Él inclinó levemente la cabeza.

Ambos empresarios se despidieron con un apretón de manos, y ella recibió otros dos besos por parte de Dave, quien pronto se encaminó hacia la mesa donde sus colegas estaban conversando.

Mientras esperaban a que llegara el automóvil, Christian le comunicó que a la mañana siguiente corregiría la ausencia de un anillo de compromiso en su dedo.

—Como quieras —le respondió ella—. Si no es molestia, ya puedes soltar mi mano —dijo con sarcasmo. Ella no era propiedad de nadie.

Tras darse cuenta de que aún la sostenía, Christian dejó el cálido contacto de inmediato.

Ya llevaban un buen tramo recorrido en el coche, y al ver que Christian no le dirigía la palabra, Emma se enfadó. Primero la trataba con cortesía. Luego ella hablaba de su infancia y él se mostraba hostil. Después la presentaba como su prometida, cuando ni siquiera la había consultado sobre el momento de anunciarlo, ni tenía un anillo. Aunque el anillo no le hacía ilusión, era solo para sumar otro agravio más a su negro expediente mental con las iniciales C. H. De pronto sus emociones la sobrepasaron. Sentía ganas de llorar, gritar, desahogarse. El vino, sus besos, la pelea de Christian con Adam, la llamada del padre de Elijah... Estaba al límite de su nivel de control emocional. No quería hacer el papel de víctima, porque no iba con ella. Así que prefirió mantenerse en silencio durante el camino para calmarse.

—Dave es la persona importante con quien tengo que hacer negocios en Nueva York para expandir Art Gourmet, lo que revertirá en beneficio de H&E —comentó Christian. ¿Por qué estaba tan callada? ¿Estaría pensando en cómo contactar con Chavelier para pedirle ayuda y solventar sus deudas familiares?—. Y será mejor que no le des pie a coquetear contigo. No juega limpio.

—Mmm... —murmuró Emma. Él tampoco jugaba limpio, así que no entendía su comentario, ni le interesaba. Se recostó en el asiento del automóvil e intentó relajarse. Defenderse no servía de nada. Si la amabilidad era el equivalente a ser coqueta, pues bien. Entonces lo era. Cerró los ojos hasta que sintió que todo a su alrededor se desvanecía poco a poco.

Se quedó dormida.

A Christian no le gustó el modo en que Dave había devorado con los ojos a Emma. Ya conocía esa mirada. Solían encontrarse con mujeres hermosas, y tenían la costumbre de conquistarlas aunque el otro la llevara del brazo. Había sido así desde hacía muchos años; un modo de retarse en el plano masculino, porque en los negocios siempre tenían una batalla ganada y otra perdida, empatados a puntos.

Conociendo la naturaleza revanchista de Chavelier por lo ocurrido con Rebecca años atrás, prefirió presentarle a Emma como su prometida. Ese tipo de límites estaban implícitamente trazados y se respetaban. ¿Posesivo? Seguramente. Nadie le iba a arrebatar la posibilidad de vengarse de Rory Connely. Porque era eso lo que lo hacía reaccionar de esa forma. Se felicitó a sí mismo por su pragmático argumento.

El semáforo se puso en rojo.

Al girar la cabeza, la vio dormida. El cabello rojizo y ondulado caía libremente. En algún momento se había deshecho el tocado sencillo que llevaba. Tenía un perfil hermoso. Los labios llenos, apenas entreabiertos al respirar, eran una invitación irresistible a besarlos. Y él no se pudo contener de tocarla.

Le apartó el cabello del rostro y se maravilló con el tacto de esas hebras sedosas. El olor a lavanda coqueteaba en el vehículo, mezclado con un perfume caro y exquisito. El vestido se le había subido más arriba de medio muslo, dejando atisbar sus piernas. A Christian lo conmovía su capacidad para luchar y no dejarse amedrentar por él. Y la deseaba como un adolescente que acababa de descubrir la sexualidad. Dios santo, si estaba tan duro que le dolía.

El coche se detuvo fuera de la casa de Christian, en Kingston Palace Gardens, entre Kensington High Street y Notting Hill. Él no pensaba dejarla en Mayfair hasta que el efecto del vino no hubiera pasado. Se bajó del vehículo, la tomó en brazos y la llevó hasta su lujosa residencia.

Capítulo 7

Australia había sido para Trevor una catástrofe emocional. Alette lo había dejado. Seguramente a su hermana no le haría ninguna gracia saber que había tenido una aventura con su mejor amiga. Emma debía estar ocupada con sus asuntos profesionales, como siempre, por lo que era poco probable que Alette hubiese tenido tiempo de confesárselo. Eso le brindaba la ventaja de prepararse cuando tuviese que enfrentar a su pelirroja hermana.

No solo se sentía frustrado emocionalmente, sino que además había padecido los inconvenientes generados por la falta de flujo de dinero debido a una traba de la alta dirección de la empresa. Aquello jamás le había sucedido. Se proponía saber qué había ocurrido en H&E durante su ausencia.

Estuvo casi tres meses instalado en Sídney procurando hacer una conexión con un empresario griego que quería vender su parte de negocio de refrigeradoras industriales. Habían sido semanas muy agotadoras de reuniones, proyectos y presentaciones. En el campo empresarial, las presiones por su apellido estaban siempre en juego, y esa era una carga implícita que lo agobiaba al llevar un cargo gerencial.

La maldita desconfianza que sentía su padre hacia él lo llevaba a albergar un gran resentimiento. No entendía para qué le había dado un cargo jerárquico tan alto si no creía que fuera capaz de estar a la altura de sus expectativas paternas y profesionales. Por los empleados y el nombre de la familia al completo, intentaba llevar las cosas de un modo diplomático, aunque a veces no era posible. Emma solía decirle que era el favorito de sus padres, pero su hermana desconocía el nivel de presión al que estaba sometido constantemente por Rory y los desaires que le hacía sobre las decisiones que él consideraba innovadoras, pero que su padre tachaba de desaciertos o niñerías de principiante.

Antes de volver a Inglaterra había planeado hacer una parada en París para encontrarse con unos amigos. Sin embargo, recibió una llamada de Christian Hawthorne. Y desde entonces estaba inquieto. No le dijo por qué quería que volviera a Londres con urgencia, pero ya sabía que esas llamadas inesperadas habitualmente no eran una buena señal. Así que tuvo que llamar para cancelar su viaje de juerga a Francia y compró el pasaje, en primera clase, en el primer vuelo al Reino Unido, porque el avión de la compañía estaba en reparación.

Años atrás, cuando Christian y él tuvieron un encontronazo por el beso que le dio a su hermana, las cosas cambiaron la relación de amistad que habían mantenido. Por lo general, a pesar de lo taciturno y frío que Christian solía ser, compartían carcajadas y estrategias de juerga.

Pero desde aquella ocasión Christian lo trataba como un colega de negocios y se había vuelto impersonal, lo cual era extraño. El episodio con Emma no había sido para tanto. Además, era su hermana menor, demonios. ¿Qué esperaba que hiciera, sino ponerlo en su sitio?

Al aterrizar en Heathrow, y ser recibido por la familiar bienvenida del clima frío, el cielo esquivo a la luz y las coquetas nubes oscuras, sonrió. Aunque le gustaba viajar por el mundo, siempre que volvía a Londres sentía el sosiego que brindaba estar en casa.

No bien hubo salido de la limusina que fue a recogerlo al aeropuerto para llevarlo a Mayfair, vio a su madre, quien lucía una resplandeciente sonrisa, en el umbral de la casa. Él tenía un apartamento en los alrededores, pero en esa ocasión necesitaba hablar con su padre e informarse de la situación de la empresa en un lugar ajeno a la compañía. Si había que soltar gritos, lo haría, pero no deseaba tener público. Además, estaba agotado del viaje, llevaba meses fuera y no había tenido tiempo de llamar a la señora que se encargaba de la limpieza y la cocina de su piso; y también estaba el inconveniente del *jet lag*. Mayfair le venía perfecto.

—¡Cariño! —exclamó Catherine, y lo abrazó.

—Mamá —Trevor respondió al abrazo. No era dado a las muestras de afecto, y sabía que su madre tampoco, pero como hacía tres meses que no se veían no le resultó incómodo. Catherine a veces podía ser sobreprotectora, con él lo había sido, así que procuraba no darle razones para que se metiera en su vida. Independizarse y tener su propio piso le había ayudado a que la relación con su familia no se resquebrajara. No por Emma, pero sí por sus padres.

—¿Qué tal te fue en Sídney?

—Bastante agotador —resopló—. Estoy famélico, ¿queda algo de comida?

—Una contradicción sería no tener, querido.

Aunque la mayor parte de la casa poseía un estilo Jorge IV, el comedor había sido decorado, por la extravagancia de Catherine, con muebles Luis XV. Lo único inglés de esa parte de la residencia eran los costosísimos cuadros de Gainsborough, herencia de un pariente lejano descendiente de una de las familias nobles cuando reinó Jorge III.

—¿Cómo te fue por Australia? ¿Quedaste a comer con mi amiga Ginette?

—¿La señora empeñada en que me casara con su hija?, ¿esa? —indagó él sonriendo.

Catherine se rio. Por encima de todas las cosas, quería que su único hijo hiciera un buen matrimonio con una mujer de iguales condiciones sociales.

—Bueno, quería intentarlo.

—¿Por qué insistes en querer casarme con las mujeres que son hijas de tus amigas? Considero que estoy bastante crecido como para elegir mis propias parejas, ¿no crees?

Ataviada con un elegante traje azul que remarcaba sus curvas adultas (trabajadas, diariamente, en las clases exclusivas de yoga), Catherine desplegaba elegancia y distinción. Era una completa *socialite*.

—¿Qué tal van las cosas con Alette? —Dejó caer la pregunta mientras él daba buena cuenta de la comida.

—No sé por qué me preguntas por ella, nunca le has guardado simpatía. Espero que no le hayas ido con el cuento a Emma. Que tú te enteraras de que salíamos juntos ya es demasiado.

—Las madres tenemos ojos en todas partes, y oídos también. —Se rio y luego continuó

bebiendo un zumo de melocotón—. Además, trabajo con esa muchacha, así que no resulta tan difícil enterarse de las cosas de tus seres queridos cuando se es suspicaz como yo. —Trevor no le respondió, y se dedicó a paladear el *risotto* y el cordero que la cocinera había preparado para el almuerzo, hacía tres horas—. Me interesa saber qué ha pasado entre vosotros, porque eres mi hijo y no quiero que te encariñes con una mujer que solo busca tu dinero y tu herencia como accionista de la empresa familiar.

Él la miró enfadado.

—Ya soy bastante mayor como para discutir contigo mis asuntos, mamá. Acabo de llegar de viaje, estoy agotado. —Dejó de mala gala el tenedor sobre el plato y la miró fastidiado—. Que vieras una vez que la besé no implica que tengas que darme un sermón absurdo sobre todo eso de las herencias y demás. Creo que las mujeres me pueden querer más allá de mis cuentas bancarias. Y si no es así, entonces toma nota de que quizá ya lo sé pero por algún motivo no me importa, y por eso duro menos de tres semanas con ellas.

—De acuerdo, querido —respondió Catherine suavizando la voz. No le gustaba que su hijo se enfadara con ella; solo por eso le dejó pasar la grosería e insolencia que le acababa de soltar—. Claro que habrá mujeres que te quieran por lo que eres, no por tus recursos económicos. Pero en este caso especial de Alette, solo espero que te des cuenta de que esa muchacha no te merece, y si las cosas se han acabado...

—¿Cómo sabes si se han acabado o no, mamá? —La miró con suspicacia—. ¿Hay algo aquí que tú sepas y yo no? —Levantó las manos en un gesto que denotaba lo cansino que resultaba conversar con su madre a veces.

—Hijo, no sé qué ha ocurrido entre vosotros, simplemente estaba intentando darte un consejo...

—No necesito tus consejos, lo que quiero es dormir para luego poder hablar con mi padre. —Se puso de pie mientras lanzaba de mala gana la servilleta de tela sobre la mesa. Su madre le acababa de agriar la tarde—. Las cosas no fueron bien en Australia. Hemos perdido esa oportunidad de expansión.

Catherine torció el gesto, pero no se puso de pie. Si las negociaciones de su hijo no habían ido como se esperaba, no tendría la posibilidad de asistir a la próxima convención de arte egipcio en El Cairo. Esa reunión era cara, pero ella se moría por ir.

—Será mejor que resuelvas este asunto lo antes posible. El tema de la empresa me tiene contrariada, no puedo contemplar que tu padre viva al borde del estrés; yo simplemente necesito descansar. Ahora mismo me ha dicho que debe viajar a Southampton para acudir a una conferencia de desarrollo de no sé qué cosas. Mis esperanzas están puestas en ti, hijo. Porque tu hermana está tan involucrada en sus proyectos que no se interesa por su propia familia. No quisiera que tú repitieras esos errores. Además, ahora que ese tal Christian Hawthorne toma las decisiones, tienes que estar más al corriente.

—¿Por qué le habéis dejado la compañía a alguien ajeno a la familia? —preguntó Trevor secamente, atando cabos. No podía creer lo que escuchaba. Ahora más que antes, tenía que hablar con su padre.

—No lo sé, pero fue lo mejor, al parecer. Tu hermana está enterada. —Trevor abrió y cerró la

boca. Conocía a Emma y estaba seguro de que se había sorprendido tanto o más que él—. ¿Sabes? Yo necesito tener solvencia, querido, así que sé bueno y arregla los enredos del mercado para que tu madre pueda descansar tranquila por las noches, y continuar con sus actividades sociales.

—Mamá, deja de hablar en tercera persona. Y además, en serio, esa manera tuya de reducirlo todo a libras esterlinas me tiene hastiado. —Dicho esto, salió airado del comedor.

Ella observó a su hijo mientras se alejaba. Luego decidió que volvería a tirar del lado más sensible de la cuerda y arreglaría los asuntos que tenía entre manos.

Se fue a su habitación y sacó el móvil.

—Hola, ¿Alette?

Al otro lado de la línea tardaron un poco en responder.

—Catherine... ¿Qué puedo hacer por usted? —Alette era reticente a hablar con aquella mujer; ya le había hecho pasar algunos malos ratos desde que averiguó que mantenía un romance con Trevor. Era la madre de su mejor amiga, y prácticamente la había visto crecer, pero jamás sintió sinceridad por su parte, y fue peor cuando se relacionó emocionalmente con Trevor.

—Hoy mi hijo ha vuelto a casa desde Australia. —Alette sintió cómo se le encogía el corazón ante la noticia. Echaba de menos hablar con él—. Has cumplido tu parte, ¿verdad?

—Usted sabe que sí —replicó Alette con frialdad.

—Tras conocer la reacción de mi hijo al pronunciar tu nombre, quise llamarte para confirmarlo. Todo estará tranquilo, y espero que no se altere el curso de las cosas.

—¿Para eso me ha llamado? ¿Solo para atormentarme? —repuso la joven entre dientes.

—Querida, no finjas. Tú no amas a mi hijo, solo quieres el prestigio que nuestro apellido podría darle a tu vida. Yo anhelo que Trevor se case con alguien de su clase —dijo con altivez, mientras se sentaba en el borde de la cama. Cruzó las piernas.

—Usted no sabe lo que dice, está tan cegada por la ambición que ha sido capaz de...

—No te he llamado para que me sermonees —la interrumpió Catherine, mientras contemplaba el solitario con el que Rory la había obsequiado para renovar sus votos matrimoniales tres años atrás. Ella estaba fascinada con la joya desde que la vio en *Tiffany & Co*—. Ahora necesito que me hagas un favor.

—El descaro no tiene límites, dicen algunos..., y en su caso no se equivocan. —No aguantó callárselo. Catherine estaba colmando su paciencia.

—La conveniencia de este acuerdo tácito que existe entre ambas me da ciertas libertades..., a menos, claro, que quieras salir en un artículo de prensa junto a tu hermanita.

Impotente ante aquella velada amenaza, Alette replicó:

—No tiene usted corazón, señora. ¿Qué desea ahora?

—Verás... Hay un joven, muy guapo por cierto, que ha tomado la dirección del negocio de mi familia. Quizá has oído hablar de él. Su nombre es Christian Hawthorne.

—He oído hablar de él, sí. —Conocía el episodio del beso con Emma, y fue cuando supo de aquel hombre por primera vez. Estaban también las revistas de cotilleos, y su mejor amiga había suspirado varios meses por aquella experiencia, hasta que otros hombres llegaron a su vida. ¿Qué querría ahora la bruja de Catherine? Odiaba no poder explicarle a Emma lo ocurrido entre ella y Catherine, pues se encontraba en la posición de desventaja con respecto a la madre de su mejor

amiga—. ¿Y qué?

—Bueno, resulta que me di cuenta del modo en que mira a mi hija. Y no me gusta en absoluto. Le entusiasma meterse en asuntos ajenos. Siempre está hurgando donde no debe...

—Tiene mucho dinero. No le veo inconveniente a si mira o no mira a Emma, puesto que el estatus es lo único que a usted le interesa.

—¡No seas insolente!

—Dígame qué es lo que busca —replicó Alette bruscamente.

Con una sonrisa maliciosa, Catherine volvió a hablar.

—Quiero que lo alejes de mi hija, pero no te atrevas a comentárselo.

Alette apretó con fuerza el teléfono, hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No tengo habilidades mágicas —contestó sarcástica—. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Sedúcelo.

Se quedó boquiabierta digiriendo lo que acababa de escuchar.

—¿¡Qué!? Yo no puedo hacer eso... Jamás me interpondría de esa forma entre Emma y alguien a quien ella quiera o que se interesa por ella. Catherine, por Dios, ya basta. He dejado a su hijo, ahora déjeme usted en paz.

—Es el último paso para olvidar indefinidamente aquel tema del que estoy segura no te gustaría que Trevor se enterase...

—Quiero una garantía de que con esto se acaba su retorcido acuerdo.

—La única garantía es mi palabra.

Alette resopló.

—No sabía que tenía validez. —Estaba asombrada de las ideas ridículas que se le ocurrían a esa mujer. ¿Qué demonios le importaba si Christian se interesaba o no por Emma?

—Bien. Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. —Catherine ignoró la ironía con la que Alette había teñido sus últimas palabras—. Estaremos en contacto.

—Pero yo no he...

Alette se quedó observando, asombrada, el auricular. ¡Le había colgado el teléfono! Aunque no se tenía por una persona sentimental, sino más bien por pragmática, no podía dejar de detestar el modo en que Catherine se estaba comportando con su propio hijo.

Estaba enamorada de Trevor, y romper la relación —forzada por esa mujer— había sido una decisión muy dura. De hecho, terminar su romance por teléfono era lo más cobarde que había hecho, pero si hubiese sido cara a cara jamás lo habría logrado. Lo único que la consolaba era que su hermana estaría a salvo de las especulaciones y los murmullos.

El día en que Alette se enteró de la existencia de Cressida, la visión que tenía de su familia se desmoronó. Estaba buscando un pasaporte viejo en los cajones de su madre, que solía guardarlos en la casa en Nothing Hill, cuando encontró una partida de nacimiento cuyo nombre rezaba: Cressida Rose Spalding Rogers.

Su madre era hija única. El apellido Rogers, de sus abuelos maternos, le dio la respuesta: su hermana. ¿Quién sería el padre de Cressida, entonces? ¿Cómo sería su hermana? ¿Dónde estaría? Mil y una preguntas la asaltaron.

La búsqueda de Cressida le llevó mucho tiempo, y también dinero. Alette pagó a detectives

privados para que resolvieran el asunto. Tardaron al menos siete meses en hallar el paradero de su hermana; porque, para Alette, seguía siendo su hermana a pesar de todo. Cuando le entregaron la dirección donde la habían localizado, se quedó muy impresionada.

—¿Una clínica de rehabilitación? —preguntó incrédula al detective cuando tuvo la carpeta con fotografías. Cressida tenía, sin duda, el cabello de su madre. Se le hizo un nudo en el estómago al verla tan demacrada. Según la ficha, tenía dos años más que ella. «Dios mío —pensó con tristeza—. ¿Por qué mamá no me ha dicho que tengo una hermana? ¿Por qué no nos hemos criado juntas?»

Apretó la carpeta contra su pecho y se recostó en el mueble de tapiz azul de la sala de su apartamento en Londres. *Tenía una hermana*. Y también cientos de preguntas que hacerle a su madre. Según el informe de Briggs, la habían dado en adopción un año antes de que sus padres se casaran.

Oyó un carraspeo que la sacó de sus pensamientos.

—Sí, señorita Cassinelli —contestó Tom Briggs, el detective de la agencia más prestigiosa de Londres, la Private Detective Corporation London—. Pero no lleva el nombre de Cressida... Ahora se llama Danielle Richardson.

—Bien —dijo Alette con voz temblorosa—. Muchas gracias, detective. —Le tendió la mano para despedirse y también le entregó el último cheque para finalizar el pago de los servicios profesionales prestados.

Desde entonces protegía aquella parte de su vida contra cualquiera que intentara vulnerarla. Ni siquiera le había contado nada a Emma. Le parecía una situación que le tomaría mucho tiempo asimilar, no porque se avergonzara de su hermana, no, sino porque aún debía hacerse a la idea de tener una. Y supo que tenía que preservarla.

Los flirteos con Trevor Connely se habían vuelto algo más que simples coqueteos desde hacía varios meses. Una noche, después de pasar el fin de semana en casa de Emma, estaba a punto de subirse a su automóvil para volver a su apartamento cuando él salió de la nada.

—Hola, guapa —le dijo sonriente. Y era esa sonrisa que tenía la que nublaba su pensamiento.

—Trevor —lo saludó ella—. ¿Cómo va todo?

—Eso depende, Allie. —Así la llamaban cariñosamente sus amigos más cercanos—. ¿Quieres averiguarlo?

—¿Averiguar exactamente qué?

No le dio tiempo a responder, porque Trevor aprisionó su cuerpo apoyándose en la puerta del coche. El beso la cogió desprevenida, pero más aún el impacto del sabor de los labios del hermano de su mejor amiga. Superaba todas las expectativas que hubiera tenido en el pasado sobre lo que significaba besar a Trevor. Porque no se engañaba: llevaba soñando con él desde que tenía quince años, y desde entonces se convirtió en un objetivo romántico inalcanzable, debido a los continuos viajes que Trevor realizaba fuera de Inglaterra. Él no reparaba en la muchachita menuda que pasaba gran parte del tiempo con Emma, y eso la había desanimado. Aunque no del

todo.

Él asaltó su boca sin ningún reparo. Llevaba meses deseando besarla. Lo tentaban sus ojos color chocolate, el modo en que se movía al caminar, la manera de mirarlo y sonreírle, sin decirle nada y diciéndoselo todo. La quería toda para él, deseaba que fuera suya. Ya había esperado suficiente tiempo para que Alette creciera, para no sentir que conquistaba a una adolescente, aunque siempre fue consciente de que su interés era recíproco. El tiempo había pasado, y no quería dejarla marchar sin antes probar lo que sería estar juntos.

—Trevor, esto no está bien —le dijo Alette apartándose con dificultad. Trevor acarició su mejilla tersa, le sonrió y volvió a besarla. «El mejor modo de acallarme», pensó Alette mientras se dejaba ir en el beso que había anhelado desde hacía muchísimo tiempo. Había imaginado todos los escenarios románticos posibles, pero nunca se le ocurrió uno así, contra la puerta de un automóvil, al aire libre, en la calle, con la casa de los Connely a la vista y a merced de todo el que quisiera quedarse a mirar.

—Tienes razón, no está bien, Allie: está perfecto —replicó él contra su boca, enlazando los dedos en el cabello que caía sobre los delicados hombros bronceados de Alette. Se llenó la nariz con su olor; una mezcla de manzanilla y menta—. Me encanta cómo hueles, cómo sabes. Me encantas.

—Oh, Trevor...

—Llevas años tentándome —le mordisqueó el labio superior—, y verte hoy con ese coqueto vestido naranja que deja poco a la imaginación ha sido demasiado.

Ella se echó a reír.

—Nunca pensé que esto podría suceder entre nosotros —murmuró contra la boca seductora—. ¿Por qué ahora?

Él se alejó un poco para calmar su respiración agitada.

—Quería que maduraras un poco y no me vieras como alguien que no soy.

—¿Insinúas que soy inmadura? —dijo ella frunciendo el ceño.

—Lo eras —replicó Trevor con dulzura—. Te llevo nueve años. No quiero un *affaire* contigo; deseaba saber cómo nos iría juntos, en una relación de verdad.

El corazón de Alette se agitó emocionado.

—¿Y si no funciona? —preguntó al acariciar la mejilla de Trevor. Claro que la idea de que él le estuviera diciendo que le gustaba y además la hubiera besado era sensacional; tal como le acababa de decir, ella ya no era una chiquilla, y sabía lo que quería. Aunque estaba enamorada de él, no quería cometer un error y perderlo del todo si las cosas no funcionaban. Si el romance fallaba, la amistad de tantos años iba a resquebrajarse.

—No te concibo como una mujer negativa. —Trevor se la acercó un poco más a él, tomándola de la cintura—. ¿Después de todos tus coquetos y comentarios, y de nuestras largas conversaciones, no vas a darnos una oportunidad de empezar en otro nivel?

—Ya veo por qué te va tan bien en la empresa. —Sonrió.

—¿Por qué crees tú?

—Eres muy persuasivo. —Alette lo miró con un brillo en los ojos, antes de acercarse y besarlo nuevamente, sellando así la respuesta que él esperaba.

Los días posteriores a aquel encuentro fueron preciosos. Dado que él viajaba mucho, eran escasos los momentos en que se veían, pero la pasión entre ambos era explosiva y deliciosa; cada encuentro los hacía compenetrarse más, y se agradecía que la tecnología acortara la distancia. Hablaban cada noche por Skype.

Estaba más relajada, pero aún no podía contarle a Emma lo que ocurría entre Trevor y ella. No por falta de lealtad, sino porque necesitaba asegurarse de que todo iba encaminado a un punto seguro antes de comentárselo.

Hasta que las dudas empezaron a minar su confianza, cuando Catherine echó por tierra toda su alegría y optimismo con respecto a su relación con Trevor. Alette siempre le había dicho a Emma que Catherine no la miraba con buenos ojos; Emma contestaba que su madre era más bien una persona cautelosa, pero que la quería como a una hija. Qué equivocada estaba su amiga.

Alette no se dio cuenta de que Catherine la había estado observando desde la ventana aquel día en que se besó con Trevor. De hecho, no lo hubiera sabido nunca si Catherine no se lo hubiese soltado en su cara mientras le extendía una copia con toda la información sobre Cressida, tan solo semanas después de que ella y Trevor hubieran acordado, finalmente, hacer público su romance.

Aquel trago amargo ocurrió una tarde mientras estaba acabando de dar los últimos toques a una maqueta para un nuevo diseño en H&E y combinando los colores. Catherine entró en su oficina ataviada con ropa de alta costura, altiva e imponente. Habitualmente se sonreían con diplomacia, pero, siempre que podía, Catherine le lanzaba alguna pulla: por equivocarse al utilizar el tenedor en la mesa, o por una mala elección de su vestuario, o por llevar unos zapatos demasiado altos..., o por cualquier *infracción* que ella consideraba que cometía.

—Hola, Catherine, ¿cómo va todo? —la saludó Alette.

—Alette, por favor, necesito que vengas a mi despacho —replicó Catherine ignorando el saludo.

—Claro. —La joven se puso de pie y avanzó hasta el amplio despacho de Catherine—. ¿En qué puedo ayudar? —preguntó tragándose la bilis.

—En mucho, querida. El otro día, casualmente, encontré una carpeta que habías dejado olvidada en tu bolso cuando fuiste a la reunión con los arquitectos del grupo Ellias.

Alette se puso nerviosa. Qué idiota había sido al llevársela a la oficina para continuar leyendo el informe.

—¿Ah, sí? —respondió tratando de mostrarse parca.

—No sabía que tuvieras una media hermana... pobre... Se ve que anda metida en problemas desde hace un tiempo considerable.

Alette sintió tal opresión en el pecho que creyó que iba a desmayarse. Estaba segura de que su rostro había perdido el color. Intentó mostrar aplomo, pues no quería darle a Catherine la satisfacción de verla abatida.

—Eso es propiedad privada, Catherine; no tenías ningún derecho a coger mi carpeta del bolso.

—¿Ah! Pero yo no he hecho tal cosa —repuso Catherine con voz inocente—; en realidad esta carpeta la encontró Rachel, mi asistente, y me dijo que te la entregara antes de ir a encontrarme contigo en esa misma reunión. Y, pensando que quizá se te había olvidado uno de los informes que había que entregar, la abrí. Me llevé una sorpresa muy grande...

Alette sentía un hueco en el estómago. Su mayor secreto en manos de una mujer que no la estimaba en absoluto.

—Devuélvame esa carpeta.

—Bueno, encantada. Pero tengo un par de copias más... ¿Qué diría Trevor, tan conservador como es él con estas cosas, si supiera que tienes una hermana no reconocida y drogadicta? Supongo que eres consciente de que mi hijo es un alto ejecutivo y con ambiciones políticas en un futuro; no le hará gracia alguna.

Alette ardió de furia por dentro, pero no podía mostrar lo desesperada que estaba.

—No se atreva a meterse en lo que no la incumbe, señora. Deje a Trevor fuera de esto.

—Supuse que no te agradaría la idea —contestó Catherine con una sonrisa de complacencia—. Al menos no después de ese beso que tuve la desgracia de ver desde mi ventana.

—Espiar a otros es de mal gusto... —murmuró la joven, asqueada—. ¿Adónde quiere ir a parar con esta historia?

—Trevor no se enterará de la existencia de tu hermana, y tú, a cambio de mi discreción, dejarás de verlo.

—¿Por qué quiere que deje de verlo? No es asunto suyo. Trevor no necesita que usted se inmiscuya en su vida, y yo no voy a permitirle que lo haga en la mía.

—Vas detrás de su dinero, eso es evidente. Y mi hijo necesita una mujer más... —la miró despectivamente— de su clase.

—¿Y de qué clase hablamos, señora, si se puede saber? —preguntó Alette desafiante mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Exactamente ahí está el punto: ni siquiera conoces el significado de lo que esa palabra implica. En todo caso..., ya sabes el precio de mi silencio, Alette. Desde el momento que cruzaste la línea y te vinculaste a Trevor, tengo el derecho de velar por los intereses de mi familia, y de mi hijo. Aléjate de él. Quizá seas la mejor amiga de Emma, y he tolerado por mi hija tu presencia; quizá tienes dinero, pero tu apellido no tiene ningún peso para una familia con tanto renombre como la nuestra. Las conexiones cuentan mucho para los planes de mi hijo. Él necesita alguien mejor.

Tras aquel encuentro, la relación con Catherine se volvió más tensa. No podía entender cómo diablos una mujer podía ser tan clasista y arcaica en su forma de pensar.

Alette sabía que Trevor tenía aspiraciones políticas, y por ello la idea de que utilizaran a Cressida como motivo de un titular para incordiarlo le ponía los pelos de punta. Además, su hermana y ella apenas habían hablado, no se conocían, así que no tenía ni idea de cómo podría reaccionar a su existencia. Por si fuera poco, su madre se había negado a darle explicaciones sobre el tema, y su padre se había desentendido del asunto. La única persona que quizá podría contarle la verdad sobre su pasado sería la propia Cressida, pero estaba en una clínica de rehabilitación y no le permitirían visitas hasta al cabo de dos semanas.

La situación era desagradable.

Y ahora, no contenta con su amenaza inicial, Catherine tenía la osadía de llamarla para pedirle que sedujera a un hombre al que apenas conocía, porque estaba interesado en Emma.

Últimamente no se había podido ver con Emma; eso les sucedía con cierta frecuencia, desde

que cada una se había centrado en su profesión. Este era el peor momento para que sus agendas no coincidieran. Estaba en terreno minado. No tenía ni idea de lo que sucedía entre Emma y Christian.

Capítulo 8

Christian había dejado a Emma en la habitación de invitados. La quería lúcida cuando la sedujera: entonces ella no tendría oportunidad de recriminarle nada, porque sería con su consentimiento y entrega. Quería que todo cuanto sucediera fuera por propia voluntad de Emma; él solamente tensaría un poquito más de lo habitual las cuerdas para conseguirlo.

La seduciría y doblaría su altanero orgullo. La trataría con la misma moneda que Rory usó con su madre: desprecio e indiferencia. ¿Cuánto duraría el matrimonio? Pues exactamente el tiempo que le tomase a él convencer a su abuelo de la veracidad de su treta romántica y obtener así la casa en la que había vivido con su madre en Chesterton.

Se acercó al bar para servirse un brandi. Los cubitos de hielo tintinearón en el vaso; vertió una cantidad generosa y se recostó en el sillón que daba a la ventana del patio.

Planificar en los negocios era excitante, pero idear estrategias para vengarse de una pelirroja de sinuosas curvas tenía otras implicaciones totalmente distintas; ninguna de ellas vinculada a un compromiso emocional. Por su cama habían pasado algunas mujeres. No tantas como los tabloides y las revistas proclamaban con deleite y exageración. Una de sus normas personales era no quedarse con ninguna de esas mujeres en la cama al despertar. Se levantaba impulsado como por un resorte apenas sentía que la conquista en cuestión intentaba acercarse otra vez para una nueva sesión sexual. Ni siquiera con Diana había sentido ganas de quedarse más tiempo del necesario; salía de entre las sábanas muy temprano para ir a trabajar o viajar por Europa con sus clientes. Permanecer más tiempo del preciso con una mujer implicaba empezar a otorgarle confianza, y él no era de los que confiaban en nadie. Podía estar hasta tres meses con una mujer sin quebrantar jamás esa norma tan suya. Él lo llamaba «principio de supervivencia».

Su abuela se empeñaba en decirle que era un hombre que necesitaba aprender a amar. Y Lionel, en cambio, le decía que pronto encontraría la horma de su zapato y, por su obstinada cabezonería, quizá perdería algo valioso por su empeño de afirmar que el amor estaba sobrevalorado. Lo que ninguno de los dos comprendía era que él ya se había enamorado una vez, o quizá creyó hacerlo. No quería pensar en lo que hubiera ocurrido si se hubiese llegado a casar con Diana. Esa cuota de «amor» fue suficiente para él. Se había salvado de que la prensa lo arrastrara con titulares amarillistas, lo que hubiera significado el declive de su reputación y su nombre, por no decir el golpe de imagen para su imperio corporativo; por ende, también se habría visto afectado su plan para hundir a Connely.

En esta ocasión, con Emma, todo era diferente.

Él iba a casarse conociendo perfectamente quién sería su mujer, pues sabía sus defectos, y si poseía alguna virtud, esta no era de su incumbencia. Solo deseaba que esa familia experimentara en carne propia lo que era el dolor, la humillación y el sentir que te han robado. Fusionaría las dos empresas, H&E y Art Gourmet, de tal forma que quedarían bajo su absoluto poder. Los obligaría a vender sus acciones y los dejaría en la calle.

No pensaba devolverle la empresa a Rory cuando estuviera saneada. La pondría en el mercado a un precio absurdo, y Art Gourmet la compraría. Emma seguro que llamaría a algún amigo adinerado que, por un par de coqueteos y besos, intentaría ayudarla. Imaginarse a Emma besando a otro hombre lo ponía de mal humor, lo que era una completa estupidez. Lo único por lo cual podría molestarle era porque representaba el medio para vengarse de Rory Connely. Y aquella era la única explicación correcta y posible.

Se desanudó la corbata Versace para estar más a gusto y dio varias vueltas al líquido oscuro sobre los cubitos de hielo. «Realmente es un buen brandi.» Dio un largo trago que le quemó la garganta. Poco a poco el licor se fue deslizando por su organismo, hasta que sintió el agradable calor expansivo y reconfortante.

El despacho en el que se hallaba era acogedor; en el diseño pidió que agregaran una pequeña estación de selectos licores para cuando no le apeteciera el caos de su oficina. O para disfrutar a solas una bebida, como en esos momentos. Aquella estancia le brindaba el ambiente ideal para concentrarse en lo más importante: números. Calculaba con tanta agilidad y hacía proyecciones con tal exactitud que a veces sus propios competidores lo llamaban para pedirle asesoramiento. Ese había sido el caso de Connely. Él no había desaprovechado la oportunidad, y ahora podía regodearse al comprobar cómo las piezas encajaban poco a poco en su sitio.

Se desabrochó tres de los botones de la camisa y se acercó a la barra del bar para poner más hielos. La puerta de su despacho se abrió de pronto.

Él se giró abruptamente y vio en el umbral a su amante, Mia. Llevaba un vestido azul que se adhería como un guante a su cuerpo y que apenas cubría sus pechos. Le fastidió que la mujer tuviera aún una copia de las llaves de su casa; claro, error suyo por no habérselas pedido. Tenía que dejarle claro que ya no podía verla. El tiempo de Mia con él había acabado. Además, no podía poner en peligro su imagen de hombre comprometido ante Lionel. Dejar a su amante de turno no era ningún sacrificio, pues, de hecho, se aburría fácilmente de las mujeres, y ella ya había cumplido su ciclo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando la vio acercarse a paso lento hasta él.

—Vaya, qué recibimiento tan falto de calidez, mi amor —le dijo con un puchero, mientras empezaba a desnudarse ante él con movimientos sensuales y lentos.

Mia tenía una figura espectacular y era una amante muy complaciente, pero ahora que Christian la tenía enfrente de nuevo, caía en la cuenta de que ya no le interesaba. Ya llevaba poco más de tres meses con ella, lo que era suficiente, y además Mia era demasiado fácil, demasiado sonriente, demasiado todo...

—Ahora mismo no estoy interesado —dijo contemplando el espléndido cuerpo de la mujer que quedaba cada vez más expuesto. Era la primera vez que una figura como la de Mia no le producía atracción.

Se quedó en silencio, al tiempo que su amante continuaba en lo suyo hasta quedar completamente desnuda. Saber que la única presencia que lograba que su entrepierna cobrara vida tenía unos impactantes ojos verdes lo ponía de mal humor consigo mismo. Y en cuanto a su amante, pues ya hablaría con su jefe de vigilancia por no haberle avisado de la llegada de Mia. ¿Para qué demonios le pagaba a su equipo de seguridad?

Emma se sentía muy descansada y cómoda. Esperaba no haber dormido mucho tiempo; se tapó la boca para ocultar un bostezo. Las imágenes que llegaron como ráfagas a su memoria eran de una cena. Dave... oh, sí, también Christian, luego el vago recuerdo de que la llevaban en brazos hacia un cuarto. Abrió los ojos de golpe.

Se encontró con una oscuridad completa.

—¿Christian...? —llamó en un susurro.

No obtuvo respuesta.

Se puso de pie para comprobar si el efecto del vino ya había pasado. De hecho, ya no se sentía tan mareada. Probó a mantenerse sobre un solo pie. Bien, pudo hacerlo. Luego empezó a caminar con lentitud hasta que, tanteando en las paredes y los muebles, dio con una puerta. La abrió. Buscó el interruptor. Un baño. «¿Y si estoy en un hotel? Bueno, seguramente me dejó en alguno. ¡Qué alivio!»

Pensó en darse una ducha, pero no había ningún albornoz con marca del hotel. ¿La casa de Christian...? «Oh, demonios. Claro que es la casa de Christian.» Esperaba no haber hecho nada que pudiese lamentar. Miró su cuerpo. Tenía la ropa tal como la llevaba al salir de su casa, solo que más arrugada. Encontró un enjuague bucal. Hizo unas gárgaras. ¡Adiós olor a vino!

Se contempló en el espejo. Tenía el cabello hecho un desastre; lo acomodó con las manos. El maquillaje se le había corrido un poco; buscó en su bolso una polvera y lo arregló lo mejor que pudo. Luego se puso los zapatos. Quería encontrar a Christian y darle las gracias por haberla dejado a buen recaudo. Si hubiese ido a su casa medio bebida, seguro que habría tropezado y activado las alarmas. Aunque él no se merecía nada, lo haría al menos para demostrar que ella sí tenía escrúpulos y educación.

Ensayando mentalmente lo que le iba a decir, salió de la habitación y empezó a caminar por el pasillo. «Te agradezco que me hayas traído a tu casa, pero me quiero ir ya.» No. «Qué hospitalario, pero la verdad es que preferiría que me llevaras a mi casa.» No, lo de *hospitalario* no quedaba bien.

Siguió la luz del corredor y se dirigió hacia las escaleras. Había dos. Una estaba del lado izquierdo y la otra del derecho. Eligió la de la izquierda. «Ya que todo me sale mal últimamente, qué más da», pensó con humor negro. Los efectos del vino no habían sido para tanto, porque consiguió llegar al último escalón sin dislocarse un tobillo.

Oyó una risa femenina.

Consultó su reloj. Pasada la medianoche. Tal vez se trataba de alguna empleada que estaba haciendo de las suyas. Ya había visto una vez cómo Lorraine, la mujer que se encargaba de

planchar la ropa en su casa, se había instalado en el salón de su madre para a beberse el whisky y hacer una llamada internacional. «Quizá se trate de alguna muchacha estilo Lorraine.»

El sonido provenía de una puerta que le pareció que estaba bastante cercana. Cuando los ruidos llegaron con más claridad, supo cuál era la puerta correcta y la abrió. Las frases que había estado ensayando para Christian se le borraron de la cabeza.

Ver a un hombre desnudo era una cosa. Pero ver a una mujer desnuda, *con Christian*, definitivamente removi6 algo en ella. No supo darle un nombre a esa emoci6n; tan solo tenia la certeza de que no le apetecia quedarse a observar ese cuadro. Era curioso sentir alivio de que 6l llevara la camisa abierta pero con el resto de su indumentaria en su sitio. No, no era curioso, sino una estupidez, porque eso a ella no deberia importarle.

—Lo siento. No queria interrumpir... Continuar con lo vuestro —murmur6 cuando Christian la mir6, y la rubia se dio la vuelta emitiendo un grito de falso sofoco.

—¿Qu6 pasa, Emma? —pregunt6 6l como si ella hubiese irrumpido durante una conversaci6n importante de negocios, y no durante un interludio sexual.

«Qu6 desfachatez», pens6 apretando los dientes y posando la mano en el pomo de la puerta, dispuesta a irse. Se sentia muy inc6moda.

—Venia a pedirte que me llevaras a mi casa... —Levant6 el ment6n altivamente—. Pero no es preciso que te apures. Veo que est6s ocupado. Pedir6 un taxi.

—No hay necesidad de hacerlo, yo te llevar6.

—Tengo cerebro —mir6 a la rubia con una sonrisa fingida—, as6 que puedo encontrar el modo de llegar a mi casa sin tu ayuda.

Christian se dirigi6 a M6a, que se afanaba en cubrir con sus manos sus secretos femeninos. 6l tom6 su chaqueta y la puso sobre los hombros de su amante antes de decirle que se vistiera.

—¿Volver6s para...? —intent6 saber M6a, coquetamente.

Emma puso los ojos en blanco. «¿C6mo es posible que 6ltimamente me toque meterme en l6s est6pidos y escenas rid6culas?»

—Hoy no —respondi6 Christian antes de que M6a terminara la pregunta. Se volvi6 hacia Emma, que empezaba a avanzar fuera del despacho—. Aguarda, voy contigo. —La tom6 del codo para acompa6arla fuera, dejando a la rubia despampanante visti6ndose en el despacho. Emma quiso deshacerse de su sujeci6n, pero 6l no se lo permiti6.

«*Hoy no...* Ah, ¿entonces era todos los d6as? ¡Menudo idiota!», pens6 Emma fastidiada mientras avanzaban hacia la salida de la casa. Cuando llegaron a la puerta del autom6vil de Christian, donde el chofer aguardaba con la puerta abierta a que ella entrara, se solt6 de un tir6n. El viento g6lido de la madrugada alborotaba sus rizos rojos, pero no sentia fr6o. En lugar de deslizarse por los asientos de cuero del Mercedes-Benz blanco, se encar6 con Christian.

—Estoy cansada de que te metas con mi familia, me chantajees, me manipules, me intentes seducir y adem6s pretendas que me case contigo. Vuelve con tu amante y d6jame tranquila. Creo que ha sido suficiente por una noche. Adi6s, Christian —se despidi6, entrando en el coche.

En lugar de replicar, 6l asinti6 con la cabeza a modo de despedida, lo que irrit6 a6n m6s a Emma. Ella se acomod6 en el veh6culo y pidi6 al chofer que se diera prisa. Necesitaba estar en casa, lejos de todo ese torbellino de emociones. No sabia c6mo iba a poder soportar lo que a6n

tenía que llegar...

Christian permaneció un rato fuera, hasta que oyó salir a la mujer de ojos celestes con quien había pasado tantas noches. Mia lo miró con una sonrisa que él no devolvió.

—Las llaves —dijo con sequedad.

Ella le hizo un puchero, pero sacó las llaves de su bolso y se las entregó de mala gana.

—Esa mujer no sabe contener su genio —dijo sonriente refiriéndose a Emma, mientras el taxi que había pedido se detenía y esperaba.

—Adiós, Mia —se despidió él, maldiciendo por lo bajo porque su libido parecía haberse ido con cierta pelirroja temperamental. «¿Intentar relajarme esta noche? Imposible», pensó de mal humor.

Durante el trayecto a casa, Emma se mantuvo calmada. Era una mujer fuerte por naturaleza, pero Christian la llevaba al límite. Era como vivir en claroscuro. O estaba demasiado calmada, o demasiado agitada.

Los días que siguieron a aquella velada, Emma se limitó a ser amable y mantener cualquier diálogo con respuestas simples. Christian fingía no darse cuenta de que lo ignoraba deliberadamente o lo trataba con la misma gentileza que a un niño de diez años. Eso último sí lo enfurecía. De lo ocurrido en su casa con Mia ni siquiera hablaron; Emma no lo mencionó, y él no tenía por qué darle explicaciones.

Cuando visitaron a Lionel, Emma se mostró encantadora. Le sonreía y, por un momento, Christian se dejó llevar por la calidez que desprendía su personalidad. Emma se reía con su abuelo, y cuando Lionel hacía algún comentario ella le prestaba atención como si estuviera diciendo lo más importante del mundo. Y Christian se sentía complacido, pero también excluido de ese ambiente ameno que se expandía entre ellos.

—Esta es la mujer perfecta para ti, hijo —aseguró Lionel palmeando la mano de Emma—. Tiene carácter, además de belleza y un gran corazón. ¿Te ha contado que donó la herencia que le dejó su abuela Phoebe a una organización para discapacitados? —Emma se había ruborizado—. Apareció una foto muy simpática en los diarios, años atrás.

«No, no lo sabía. Y por extraño que parezca, no me sorprende que ella tuviera entonces ese gesto.»

—Está bien compartir si se quiere —respondió a regañadientes—. Emma ha aceptado casarse conmigo, abuelo, así que puedes irte despreocupando de que otro se la lleve, si tanto crees que se ajusta a mí. —Sonrió con afecto a Lionel.

—¡Enhorabuena! Ya era hora de que sentaras la cabeza, hijo. Esa mujer que sale contigo en los periódicos no tiene la personalidad ni el corazón de Emma. Ni mucha ropa. —Soltó una carcajada—. De esta chiquilla siempre he tenido referencias, aunque hasta ahora no había tenido el placer de charlar con ella. Me alegro, muchacha, de que al fin hayas domado el carácter de mi nieto —le palmeó la mano con cariño—; no es tan malo como pretende aparentar.

—Estoy segura de que no. —«Si usted supiera...», pensó para sí misma. Prefirió mirar hacia

las fotografías que estaban sobre la chimenea de la sala de estar de la mansión de Lionel Hawthorne, en las afueras de Londres.

—Mi abuelo, como siempre, disfruta mucho con sus comentarios de lo que me conviene o no sentimentalmente. ¿Me acompañas un momento fuera, Emma? —le pidió.

Ella lo miró a los ojos, intrigada.

—Id a arreglar vuestros asuntos —concedió Lionel con una sonrisa cómplice, que a ambos les pasó desapercibida. Quizá era viejo, pero no tonto. La experiencia le había dado la capacidad de ver un poco más allá en las miradas de las personas. Esa muchacha era perfecta para su nieto, pero temía que él lo echara todo a perder. «Sería una lástima.»

Emma siguió a Christian por un pasillo, hasta que llegaron a unas puertas gigantescas. Él las abrió con presteza, dejando a la vista un largo camino rodeado de arbustos bien cuidados. Al final se erigía una estatua hermosamente iluminada. Alrededor se vislumbraban algunas banquetas dispuestas en círculo.

Ambos caminaron por el sendero, en silencio.

Lo que Emma encontró al llegar cerca de la estatua la sobrecogió. Frente a ella se abría una plataforma llena de tulipanes y orquídeas. En el centro había una pequeña laguna con cisnes que a esa hora de la noche ya estaban echados. El viento alborotó su cabello suelto y el vestido corto de algodón negro que se había puesto. Esa noche había elegido darle un toque juvenil a su atuendo, y por eso se había calzado un par de sandalias estilo romano, que además eran muy cómodas. La chaqueta que llevaba era gruesa por lo que el aire fresco nocturno no la incomodó.

Christian estaba guapísimo con su pantalón informal, la camisa celeste que se ajustaba a sus músculos como una segunda piel y el cabello negro perfectamente peinado. Todo en él destilaba poder, pasión y seguridad. A pesar del modo en que había llegado a acercarse de nuevo a su vida, se sentía protegida cuando lo tenía cerca. «Claro, si el mayor peligro para ti es él mismo», se dijo.

—Lo has hecho bien con mi abuelo —comentó Christian, rompiendo el silencio de la noche. El crujir de las hojas con el viento se oía con claridad.

—Era parte del trato, ¿no?

—Sí —respondió él, y empezó a sacar algo de su bolsillo.

Aunque sabía que todo eso era una farsa, Emma no pudo dejar de emocionarse cuando él le mostró un hermoso anillo con un diamante cuadrado y exquisitamente tallado.

—Este es el anillo de compromiso que te debía, Emma... Permíteme. —Tomó su dedo anular e le puso lentamente la sortija—. Te queda perfecto —le dijo mirándola con intensidad.

Emma desvió la mirada para contemplar la luz de la media luna en el cielo, que creaba destellos en su diamante. Giró el dedo con delicadeza y sonrió al ver el modo en que los reflejos que desprendía su anillo iban cambiando.

Bajó la mano y lo miró con una timidez súbita. Estaban solos.

—Gracias..., es muy hermoso.

Él le sonrió complacido y decidió acortar la distancia que los separaba. Emma lo tentaba, y no podía negar que a veces su libido podía volverse un completo incordio. Pero en esta ocasión, en medio de la tranquilidad del jardín y con Emma especialmente accesible, no sintió ganas de volcar toda la rabia que llevaba dentro contra ella. Esta vez fue diferente.

Con lentitud, los labios de ambos se acercaron, mientras la mirada expectante de Emma se fundía con la marea azul de Christian. Cuando sus bocas se unieron, los atrapó de inmediato una descarga energética, pero, a diferencia del beso en la oficina de Art Gourmet, este fue suave y sin prisas. Él comenzó a seducir la boca de Emma despacio, casi con ternura, y a ella le resultó una novedad agradable notar ese cambio en él.

Acostumbrada a los impulsos coléricos del dueño de Art Gourmet, se sintió cautivada por la suavidad de su trato, en especial cuando sintió cómo mordisqueaba sus labios con delicadeza antes de apoderarse por completo de ellos. Confiada y seducida por el entorno, se entregó a ese beso voluntariamente; aceptó con gusto la lengua invasora y siguió el compás de los sensuales movimientos con la suya.

El sabor de Christian era maravilloso. Emma no pudo evitar soltar un gemido cuando él deslizó la mano detrás de su espalda para acercarla aún más. Ella aprovechó para recorrer con sus manos los brazos que la sostenían; lo hizo con cierta timidez, pero decidida a conocer la firmeza de sus músculos. Luego subió las manos y las colocó detrás de la nuca de Christian, mientras sentía cómo poco a poco el ritmo del beso se aceleraba provocándole una deliciosa humedad entre las piernas.

La respiración de Christian se agitó y, al sentir cómo los dedos de Emma se enredaban en su cabello apremiándolo a continuar, colocó sus manos en el delicioso trasero femenino, deleitándose con su forma sin dejar de besarla. Emma suspiró de placer, y él aceptó esa bienvenida para elevarla hasta colocarla exactamente sobre su pelvis; en respuesta, ella enlazó las piernas alrededor de su cintura creando un eléctrico contacto de sus partes más sensibles, lo que a él le arrancó un gruñido de satisfacción. Con Emma aferrada a su cuello, y mientras la besaba descaradamente, se sentó en una de las banquetas cuidando de que ella estuviera colocada con comodidad sobre sus piernas.

—Christian... —suspiró, queriendo racionalizar lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Como si comprendiese el dilema que ella intentaba diseccionar, la besó apasionadamente. Él tampoco quería que aquella parte suya que lo impulsaba a alejarse de Emma ganara terreno. En ese instante eran solo él y su libido. No existía nada más, y esperaba que ella se uniera a su política. Le quitó la chaqueta con facilidad y la dejó a un lado.

—Shhh, solo bésame —dijo, antes de empezar a deslizarse hacia abajo el cierre de la espalda del vestido con lentitud; a medida que iba dejando un trocito de piel desnuda, la acariciaba con la yema de los dedos. Le parecía placentero besarla, acariciarla, y sentir cómo se estremecía con un tacto tan simple como ese. La idea de hacerla suya y recibir la respuesta de ese cuerpo curvilíneo al penetrar en sus húmedos pliegues lo enloquecía de deseo. Hubiese querido que, solo por esa maldita noche, las cosas resultaran distintas y ella no fuera una Connelly. Pero lo era...

Al sentir el aire fresco colarse por su espalda, Emma abrió los ojos. Encontrar a Christian tan cerca, con la respiración agitada, y verse a sí misma con las piernas desvergonzadamente enroscadas alrededor de la cintura masculina era un cuadro erótico en sí mismo. Él era tan peligroso como sensual, pero a través de sus caricias también notaba que podía llegar a ser cálido y suave en sus caricias. Debería apartarse, despreciarlo e intentar humillarlo como él había hecho con ella, pero su cuerpo tenía otras ideas, y su libido, también.

—No te voy a hacer daño —dijo él con voz ronca al observar los labios de Emma hinchados por sus besos, así como la mirada verde brumosa de deseo—. Solo seamos tú y yo por esta noche. —La miró esperando que ella le diera su consentimiento para lo que implícitamente le pedía: tocarla un poco más allá de lo que en ese momento estaba permitiéndole.

Ella se inclinó para besarle, y le susurró al oído, con voz gutural, una palabra.

Sí.

Christian se deshizo completamente del cierre del vestido, y le siguió el broche del sujetador. Se quedó boquiabierto al contemplar sus pechos generosos y perfectos. Sin poder contenerse, los tomó en las manos para sentir su peso, y luego, con lentitud, sus pulgares empezaron a moverse en círculos para acariciar los pezones. Emma gimió y echó la cabeza hacia atrás, y él se deleitó con la tersura y suavidad de la piel femenina.

Ella aferró sus manos a los hombros de Christian, mientras notaba las manos grandes y fuertes acariciándole los pechos. Se sentía débil y excitada al mismo tiempo. Deseaba que esos besos que él empezaba a prodigarle en el cuello se deslizaran hasta sus senos desnudos.

—Eres tan hermosa... —dijo Christian con voz ronca, antes de empezar a recorrer nuevamente con las manos el camino desde sus hombros hasta los contornos superiores de sus pechos. Eran dos sensuales tentaciones, y él no desaprovechó ningún espacio de piel. Los pezones se habían erguido altivos y desafiantes mientras los acariciaba con los dedos, presionándolos y arrancándole gemidos a Emma, que contoneaba las caderas contra su sexo erecto y dolorido al estar tan al límite de deseo. Observándola en aquella pose, con la cabeza hacia atrás y abandonada a sus caricias, se inclinó para devorar los pezones con su boca húmeda y experta. No defraudó las expectativas de Emma, quien continuaba moviendo lenta y sinuosamente su sexo contra la palpitante erección. Christian tomó con la mano izquierda uno de los pechos suaves y lo atormentó con leves pellizcos, que después se tornaron fuertes en el pezón, al tiempo que con la boca succionaba y mordisqueaba el otro seno.

A Emma no le importaba nada más que el hombre que en ese instante le mostraba lo que era desear y ser acariciada con una pasión que la enfebrecía.

—Me gusta el modo en que me tocas —jadeó cuando él llevó su boca hacia el otro pecho, y masajé el que había succionado anteriormente—. Más...

—Imposible no complacerte —replicó él sin dejar de chupar sus pezones. Luego bajó lentamente la mano izquierda por el torso desnudo de Emma. Se detuvo en el pequeño ombligo, para hacer círculos a su alrededor con los dedos, antes de apoderarse nuevamente de sus labios—. Me desconciertas, y eso es una novedad —le dijo, antes de introducir su lengua con avidez y conquistar su boca, que respondía con el mismo ímpetu con que él la tomaba—. Eres una tentación para cualquier hombre..., para mí —murmuró entre besos.

—¿Lo soy...? —Emma se inclinó hacia delante para deslizar su boca hasta la oreja de Christian, y pasó la lengua con coquetería recorriendo los contornos.

—Absolutamente —reconoció él trémulo, mientras la mano que acariciaba el ombligo terminó el cometido principal: subir la falda del vestido que se ondulaba sobre los muslos de Emma. Con delicadeza, Christian empezó a acariciar el muslo derecho de aquella mujer que le hacía perder el control, y al mismo tiempo avivaba su necesidad de venganza. Era una contradicción, y el único

modo de contrarrestarla era dar rienda suelta a la pasión que sin duda alguna compartían—. Pero que no se te suba a la cabeza.

—Mi apellido no es Hawthorne —susurró Emma sintiendo cómo se derretía en los brazos de Christian.

—No me des motivos para detenerme. Te dije que olvidaras por un momento quién eres, y quién soy...

—No quise...

—Shhh, calla.

Ella no sentía ninguna vergüenza de estar al aire libre con el vestido subido hasta la cintura, mientras el hombre más atractivo y sexi que había tenido la desgracia de conocer, la acariciaba. Sintió un cosquilleo de excitación cuando el dedo de Christian empezó a trazar rayas imaginarias desde la mitad de su muslo interno hasta el inicio del centro de su feminidad cubierta por una braga de seda.

—Por favor, Christian. —Le pedía lo que tan natural era en ese instante: satisfacción.

—Lo sé, espera un momento, nena. —Christian volvió a cubrir su boca con una sonrisa de suficiencia masculina y, luego, dándole ligeros golpecitos sobre su húmeda sensibilidad, presionó los dedos contra los labios íntimos hinchidos y lubricados de esencia femenina. La acomodó de tal modo que, al separar sus rodillas, las piernas se Emma quedaron más abiertas, y con ayuda de su mano derecha se deshizo de la braga de un tirón.

—¡Ah!... —exclamó extasiada y ansiosa de llegar al orgasmo, y aunque oyó cómo se rasgaban sus bragas, no le importó. Lo único que necesitaba era un placer que solo Christian podía darle en ese instante.

Alrededor había un silencio sepulcral, roto de vez en cuando por algún avión que pasaba o por el sonido de los insectos nocturnos en la distancia. La luz que acompañaba esa noche, además de la media luna, era la de los reflectores lejanos al círculo de banquetas en las que ellos se encontraban disfrutando tan plácidamente el uno del otro.

Sintiéndose algo intrépida, Emma terminó de desabotonarle la camisa. Ambos estaban atrapados entre sus miradas cargadas de deseo y anhelo y el ardor de la piel al tocarse. Ella se maravilló con la textura de la piel de Christian, que era firme y recubría músculos que parecían esculpidos en piedra; firmes y bien definidos. Recorrió el abdomen con curiosidad. Se inclinó y le mordió el hombro, juguetona.

Con un gruñido de complacencia, Christian introdujo un dedo en el interior de Emma, que en respuesta se arqueó hacia él, moviéndose sobre el dedo que la torturaba. Murmuró un par de incoherencias, mientras Christian se hacía con sus pechos, ávido y lujurioso.

—Tus senos son una fruta prohibida, exótica..., y me pertenecen —declaró sintiéndose posesivo, y preguntándose cuántos hombres habrían disfrutado como él lo estaba haciendo. La sola idea de saber que otro hubiera podido tocarla de ese modo le daba rabia. Pero sabía que solo se debía a que Rory Connely tenía que pagar todo el daño que había causado a la familia Breslin y, mientras Emma fuese el instrumento principal para el cometido, no podía dejarla libre—. Me pertenecen —insistió.

Ella asintió con la cabeza ante el tono imperativo de Christian. Le diría lo que quisiera

escuchar en ese momento con tal de que le proporcionara el alivio para esa deliciosa tortura a la que estaba sometiendo, y en la que ella se dejaba envolver voluntaria y complacientemente. No le gustaba la idea de pertenecerle de ninguna manera, porque él la podía cautivar y asustar en un tris tras. Pero en ese preciso instante, todo lo que quería era aliviar su ansia sexual.

Un dedo travieso de Christian entraba y salía de su feminidad, mojándola y lubricándola. Al tiempo que se introducía en el cálido pasaje de Emma, reproducía el mismo movimiento con la lengua dentro de la boca, que respondía con ímpetu a la suya. La simultaneidad de los movimientos estaban por enloquecerla, y ella se contoneaba con insistencia sobre las fuertes piernas masculinas que la sostenían.

Con un jadeo, Christian se atrevió a introducir dos dedos entre los labios íntimos y húmedos de Emma. Ella no protestó, sino que le pidió entre gemidos que no se detuviese, que la tocara más hasta llegar al punto sin retorno, que la ayudara a volar por los sinuosos caminos del placer, pero él la hizo esperar un poco. Agitada, ella comenzó a deshacer la cinturilla del pantalón de Christian, hasta que logró introducir la mano dentro del bóxer y acariciar la hinchida erección. La sensación de tocar la dureza masculina tan íntimamente, primero con los dedos y después de lleno con toda la mano, la fascinó. Lo podía sentir vibrar, crecer y palpitar entre sus dedos; jamás había experimentado una dosis tan alta de poder sensual femenino.

—Si sigues haciendo eso es probable que te tome aquí mismo... Déjame hacer a mí, nena — dijo Christian con voz ronca y grave.

—Mmm —murmuró ella, mientras las caricias incesantes de aquella mano experta continuaban profundizando en su vagina.

Con una risa gutural, Christian realizó un movimiento que hizo gemir de placer a Emma, tanto que soltó la tortura que estaba aplicando a su erección. Los cabellos rojos se dejaron ir hacia atrás, mientras su excitada dueña ofrecía a Christian sus pechos para que los tomara con su boca.

—Eso es, dulzura... Sí, así... córrete... —le dijo acariciando su humedad, con lentitud, y luego con rapidez, hasta crear un ritmo erótico demencial que completó con los embates de su lengua contra los pezones erectos y consistentes de Emma.

—Qué me haces... —susurró ella con abandono. Ese ritmo la estaba enloqueciendo, así como la delicadeza con que la trataba; aquella era una faceta totalmente distinta de Christian, y le encantaba. La hacía sentir sexi, vulnerable y, diablos, totalmente desinhibida, como nunca antes hubiera pensado estarlo frente a un hombre al permitirle tocarla de *esa manera*.

Aprovechando la pasión que destilaba Emma, y viendo que pronto iba a llegar al orgasmo, no se apartó de sus pechos, que se agitaban y movían al compás del contoneo de caderas que ella ejercía sobre la mano que le brindaba placer. Christian primero le acarició los senos con la mejilla, sintiendo la suavidad de ambos; luego se metió uno y otro pezón en la boca a intervalos para no descuidar ninguno. Los succionó, los besó, los lamió, los mordisqueó... y cuando notó que el orgasmo era inminente, apresó el pezón derecho que se había puesto rojo como una baya y lo mantuvo entre sus labios recorriéndolo con la lengua, al tiempo que sus dedos entraban y salían del interior de Emma insistentemente, entre una vorágine de gemidos, jadeos y súplicas entrecortadas. Él estaba fascinado por el modo abandonado con que Emma se movía contra sus dedos buscando la satisfacción que solo él podía darle en ese momento.

Emma se sintió explotar en mil pedazos cuando los dedos de Christian obraron su magia final, y le fue imposible contener el grito de éxtasis que barrió sus más sensibles terminaciones nerviosas mientras la ola de gozo se expandía por todo su cuerpo. La humedad de su sexo palpitaba en armonía con el viento que besaba sus pechos doloridos por la atención de Christian; era una combinación deliciosa. Ella sabía que lo que acababa de experimentar no era solo un instante efímero de pasión compartida con un hombre: para Emma se trataba de una conexión distinta a cualquier otra que hubiera tenido antes. Se preguntaba si acaso él la habría sentido también.

Con un suspiro, se dejó caer, satisfecha, contra el hombro derecho de Christian, esperando a que su respiración agitada se ralentizara.

—¿Estás bien? —preguntó Christian pasándole los cabellos desordenados detrás de la oreja.

—Sí... —Emma le sonrió con ojos que dejaban entrever que había sido complacida del modo más íntimo. Se incorporó ligeramente hasta quedar frente a él, a la altura de sus ojos, y aún sentada como una libertina sobre sus rodillas—. ¿Y tú no vas a querer...? —Se pasó la lengua por los labios, nerviosa—. Bueno... eh... ¿no vas a querer que yo haga...?

—No, Emma. —Christian no quería sonar tan brusco, pero cuando la tenía cerca, y esta vez la había tenido íntimamente cerca, sus barreras se resquebrajaban. Y él no podía permitirse eso, sobre todo no con ella—. Vístete —le pidió mientras la ayudaba a ponerse en pie, al tiempo que le acomodaba el vestido. Ver la tersa piel de Emma expuesta lo hizo flaquear en su intento de no satisfacer su libido con ella, pero en esta ocasión se controló.

A Emma le molestó su acritud, pero no dijo nada. Seguramente era parte del plan retorcido de Christian, ese que él no le quería explicar. ¿Le serviría de algo quejarse? No. Ella había colaborado muy activamente hacía unos segundos.

—Mi ropa interior está hecha un desastre —comentó con un tono despreocupado que sonó genuino. «Voy a tener que convertirme en actriz con Christian», pensó de pronto. Si no, ¿de qué modo iba a poder asimilar esos cambios de humor que tenía con ella?

Él le sonrió pagado de suficiencia masculina, mientras se arreglaba la camisa.

—No te preocupes por eso, que nadie lo va a notar.

—Claro —respondió Emma ocultando su incomodidad por el frío trato que ahora él le dispensaba. ¿No le había dicho acaso que solo por esa noche fuesen ellos sin recordar nada más?... Con la mayor dignidad, se guardó sus bragas deshechas lo más cuidadosamente que pudo en uno de los discretos bolsillos de la ropa que llevaba esa noche.

—Emma... —Christian se acercó y se permitió abrazarla un momento, pues no quería que ella rechazara su contacto más adelante; eso truncaría sus planes con los Connely. Había disfrutado de Emma, eso era indiscutible, pero si luego se mostraba reacia a sus caricias entonces sería un obstáculo, y él no tenía tiempo de sortearlo. ¿Qué otro motivo podía tener para ese abrazo? Al sentir que la rigidez desaparecía del cuerpo femenino, la apartó de su lado y la miró fijamente—. ¿Cuántos hombres te han tocado del modo en que yo acabo de hacerlo, Emma? —El sentido de posesión que tenía con las cosas o personas que consideraba suyas era muy fuerte, y fue eso lo que lo empujó a hacerle esa pregunta—. Dime, ¿cuántos?

Ella se sonrojó y miró hacia un lado. No tenía demasiada experiencia con los hombres, y por

eso pensó que quizá Christian le preguntaba aquello porque no cumplía con las expectativas físicas a las que él estaba acostumbrado. No tenía las proporciones de aquellos modelos de revista que apenas cubrían las copas más pequeñas de los sujetadores, y cuyas piernas parecían llegar al infinito; mujeres como la que había encontrado desnuda en la casa de Christian. ¿La estaría comparando con ella? La idea la amilanó un poco, lo suficiente como para no saber qué responderle.

—¿Tantos? —indagó él, sarcástico, interpretando el rubor de las mejillas de Emma como un factor delator de lo que daba por sentado: que ella era una mujer fácil.

Emma lo miró, ceñuda.

—Christian, yo...

Él levantó la mano pidiéndole silencio.

—¿Cómo te atreves a intentar callarme de ese modo? Yo no soy...

—No te molestes en aclararme lo obvio —la interrumpió él—. Pensar que eres distinta a otras mujeres es una utopía. No dejas pasar una oportunidad, ¿verdad? —preguntó retóricamente con tono despectivo.

Ella se sintió más que humillada, como si la hubiera abofeteado. La bruma de placer que acababa de sentir se disipó por completo. Una llamada a despertar y recordar con quién estaba tratando se hizo presente, un poco tarde, pero ya nada podía hacer, y recriminarse lo sucedido era ridículo. Además, él no tenía escrúpulos, debería recordarlo, sobre todo sabiendo como sabía que su personalidad inclinada a conceder el beneficio de la duda a la gente no servía con un Hawthorne. Al menos no con este en especial. ¿Creía Christian que era una promiscua por haber compartido algo tan íntimo con él? Pues si eso era lo que pensaba, entonces no iba a desperdiciar su tiempo tratando de hacerle ver su error. «Otro error que sumar a los que Christian comete conmigo», se dijo decepcionada pensando en la acusación de robo y estafa que le había soltado, y que era el motivo por el que estaban «juntos» en ese momento.

—Por supuesto que no. ¿Cómo negarme un instante de placer, Christian? Ah, pero ¿quieres que te lo agradezca? Muchas gracias —le soltó con insolencia. Él gruñó algo por lo bajo, pero ella no le hizo caso—. Te iba a preguntar hace un rato si querías que te devolviera el favor sexual, pero me has dicho que no hacía falta —dijo con una frialdad que no sentía. Se quitó una mancha inexistente de la ropa antes de continuar, pues no era fácil sostener la mirada acerada de Christian—. Ahora, si no te molesta, me gustaría volver a mi casa. —Miró su reloj—. Si mal no recuerdo, en una hora mi padre te espera para que le digas que te vas a casar conmigo. No dejemos que este *desliz* nos retrase. —Recordaba que él había utilizado esa palabra con ella cuando tenía diecisiete años; ahora se la devolvía con gusto. Y sin darle tiempo a nada, empezó a deshacer con paso ágil el camino que los había llevado hasta el exterior de la mansión de Lionel.

Apretando los puños, Christian la siguió.

Cuando estuvieron de vuelta en el salón de la casa, Lionel notó la cara de pocos amigos de su nieto y el desencanto de Emma, así que prefirió no hacer comentarios. Christian a veces podía ser un verdadero asno pomposo; claro que era su único nieto, pero él podía hacer juicios de las personas a su alrededor sin ningún inconveniente, en especial de su testarudo heredero. Lionel se despidió de la pareja, no sin antes arrancarle la promesa de que volverían pronto a visitarlo.

El viaje de vuelta desde la casa de su abuelo lo hicieron en un incómodo silencio, pero Christian no se sorprendió cuando Emma se ciñó al papel que tenía que representar para los demás como mujer arrobada por su pareja. Después de todo, él tenía la espada de Damocles en las manos.

Emma, por su parte, a pesar del modo en que Christian se había comportado al final del encuentro en el jardín de Lionel, fingió ser lo acordado: una prometida enamorada. Aunque sentía que ese anillo que llevaba le pesaba, le dolía, porque era una afrenta a lo que hubiese sido su vida si hubiera tenido la oportunidad de comprometerse con alguien por amor. Jamás habría otra primera vez... Christian había trastocado la idea romántica de lo que una propuesta de matrimonio debería ser para ella, así como de las emociones involucradas, que no eran precisamente el odio y la venganza. Ella lo hacía para proteger a su familia; por ellos se había mostrado contenta y sonriente. Entendía que su madre se mostrara cautelosa y poco comunicativa, pero no pensaba reprochárselo, pues era una novedad ocurrida en un plazo de tiempo absurdamente corto; en cambio su padre, aunque muy sorprendido, no dejó de sonreír ante la idea de que ella se casara con el hombre que ahora gozaba de la total confianza de las industrias H&E. Rory les dio su aprobación.

Si algo podía reconocerle ella a Christian, cuando conversó con sus padres para la petición de mano, era su aplomo y seguridad para hacer que la farsa pareciera verdadera. Le costaba soportar el contacto de la mano que tan íntimamente la había tocado horas antes, ahora sobre la cintura o los hombros, mientras estaban reunidos con sus padres; su sola cercanía era insoportable. No tenía que ver con la mentira que estaban representando, sino que su piel y sus sentidos no iban en concordancia con lo que su cerebro le dictaba: mantener la distancia. El aroma de Christian, el sabor de sus besos y el recuerdo de tan arrollador orgasmo la inquietaban. Lo único que podía agradecer era que él no lo notara.

Cuando sus padres les dieron las buenas noches, Christian la tomó de la mano para que lo acompañara a la salida de la casa.

—Mañana tenemos una gala benéfica... —la informó cuando estaban en el umbral de la puerta principal.

Ella se soltó de su mano; más allá de que estuviera furiosa, confundida y exhausta, era porque el roce de Christian le quemaba. Era indignante, tanto como placentero. ¿Cómo iba a sobrevivir a lo que estaba por venir?

—No puedo acompañarte mañana, tengo planes, Christian —mintió.

—... en el Victoria and Albert Museum —continuó él como si Emma no hubiera hablado, y haciendo caso omiso de que se hubiese zafado de su mano—. Es un evento especial para niños con enfermedades terminales. Art Gourmet es uno de los patrocinadores cada año.

—¿Niños con...? ¿Tú? —No podía creer lo que escuchaba. Contrastaba con la imagen que tenía de Christian: un frívolo hombre de negocios.

—Espero que no represente ningún problema para ti —soltó Christian con sarcasmo. Esperaba

que ella replicase que a ese tipo de eventos no acudía, lo que a él no le asombraría, porque sospechaba que Emma prefería mil veces el bullicio de las fiestas a un acto destinado a darle posibilidades de una mejor calidad de vida a otro ser humano.

—De hecho, como sabes, trabajo con niños —contestó Emma con ironía. «Si tanto sabe sobre mí, no debería estar haciéndome insinuaciones ridículas», se dijo. Por otra parte, le resultaba toda una novedad ese lado aparentemente altruista de Christian—. Me encantaría conocer a los chicos del evento. Pero no pensaba que tú...

—No espero que entiendas, creas o intuyas nada sobre mí; no me interesa tu opinión, Emma —replicó él cortando cualquier posibilidad de que ella intentara atisbar alguna cualidad que pudiera encajar en el perfil de una *persona bondadosa*. No necesitaba ni quería eso de Emma, ni de nadie—. Mañana paso a recogerte a las ocho de la noche. —«Al menos ella no solo atiende a niños ricachones con problemas», se dijo mientras la contemplaba en lo que era un obvio intento de contener su furia contra él. No importaba si la mujer se dedicaba a la filantropía, porque nada iba a detenerlo hasta conseguir la casa en Chesterton; la tendría, maldita sea.

—Está bien, Christian —suspiró Emma cansada. No tenía ánimos para discutir, no después de lo que había compartido con él... y de su áspera reacción posterior.

—Recuerda que ahora llevas mi anillo... y yo no comparto —murmuró.

Entonces, sin que ella lo esperara, la besó. Fue un beso rápido y posesivo. Antes de que pudiese reaccionar, Christian se alejó prácticamente cerrándole la puerta en las narices. «Será capullo», refunfuñó Emma observando atónita la puerta, hasta que su madre la sobresaltó hablando detrás de ella.

—No me habías contado que estabas saliendo con Christian Hawthorne, hija. Y menos aún que estuvieras tan loca por él como para casarte.

Ciñéndose al papel y sintiéndose mal por mentirle a su madre, le dijo que estaba enamorada de él; que había sido un amor de juventud y que, ahora que se habían encontrado de nuevo, no habían querido perder el tiempo, porque a él le había sucedido lo mismo.

—Mmm... ese hombre no me merece confianza, parece un poco taimado. Ten cuidado, Emma, y no te dejes embaucar —dijo antes de darle un beso de buenas noches y subir las escaleras.

—A mí tampoco me inspira confianza, mamá..., a mí tampoco —murmuró Emma para sí misma cuando Catherine se alejó por las escaleras. No estaba segura de si su comentario iba dirigido a Christian o a sí misma, por lo que ella podía llegar a hacer o no cuando estaba con él.

Capítulo 9

Emma no esperaba descubrir otra faceta de la complicada personalidad de Christian en un evento cuya naturaleza era procurar la consideración y ayuda a las necesidades de otros. Su sorpresa provenía de la experiencia de tratar con aquel hombre arrogante y pagado de sí mismo, aunque esa noche, para su total desconcierto, irradiaba una calidez que la sobrecogía. Le preocupaba empezar a encontrar virtudes en Christian que podrían desencadenar en un factor que no quería para ella: ilusionarse de nuevo, tan solo para ver cómo al final todo se hacía añicos. Ya había pasado por eso una vez; no le apetecía repetir, y menos aún con alguien que tenía un concepto tan bajo de ella y se atrevía a chantajearla.

Durante la gala, Christian departió con muchos de los invitados; se mostró accesible y sonriente, en especial cuando los niños se acercaban a saludarlo y, otros, a abrazarlo con efusión. A Emma casi se le derritió el corazón cuando una pequeña rubita con leucemia se arrimó a Christian, enroscándosele con manitas y pies a la pierna, y él, en lugar de pedir que se la llevaran o quejarse, se agachó para abrazar a la pequeña. Esos eran detalles que a ella no le pasaban desapercibidos y la conmovían, pero intentaba confinarlos a algún rincón de su memoria, porque ya tenía suficiente con sobrellevar el modo en que se había permitido entregarse a la magia de sus caricias la noche anterior. No era hipócrita, claro que había sido un interludio placentero, pero también recibió su cuota de realidad cuando él la trató fríamente, indicándole cuál era su papel.

Mientras iba del brazo de Christian en la gala, saludando a unos y otros, Emma reparó en que además de Art Gourmet había otras empresas patrocinadoras de la actividad benéfica. Algunas representantes de esas corporaciones eran mujeres muy guapas y, mientras Christian pronunciaba su discurso en el atril, murmuraban por lo bajo, pero no lo suficiente como para que no llegaran hasta ella frases como «qué atractivo», «debe ser una fantasía en la cama», «tiene fama de ser buen amante», «trataré de acercarme a él esta noche», y después de cada frase venían carcajadas de complicidad que la irritaban, lo que era absurdo.

Al final del evento, cuando se empezaban a retirar los auspiciadores y también algunos niños, se le acercó Alexa Winthrop, directora de la fundación Cumple un Sueño, la institución a la que iban destinados los fondos de esa velada. La entidad se caracterizaba por hacer realidad un deseo a los niños cuyo tiempo de vida estaba supeditado a tratamientos para enfermedades terminales.

—Esta mañana he visto en el periódico la hermosa fotografía de su compromiso —le dijo con una gran sonrisa—. Aunque, ciertamente, el fotógrafo no le ha hecho justicia. Es usted preciosa, Emma, y sin duda debe sentirse afortunada por casarse con nuestro principal benefactor. Su

historia es como un cuento de hadas. —«Ya lo creo», pensó Emma sin borrar su sonrisa del rostro—. Saber que fue el amor de su juventud y ahora se reencuentran casi una década después... ¡Es maravilloso!

Las relaciones públicas de Christian crearon una simpática historia que acompañó el reportaje en la prensa local. La sesión fotográfica había dejado a Emma una sensación agrídulce, porque le hubiese gustado que todo ese proceso hubiera ocurrido en circunstancias en las que ella se sintiera enamorada y correspondida.

—Muchas gracias, Alexa —respondió Emma. El cabello canoso de Alexa Winthrop estaba cuidadosamente dispuesto en un elaborado peinado que parecía no poder deshacerse ni con un viento fuerte—. La verdad es que el equipo de fotógrafos ha sido fabuloso. Y el acto de hoy —decidió cambiar de tema— ha sido precioso. Me ha encantado poder estar aquí, y ha sido un honor conocer todos los casos en los que han prestado ayuda a tantos niños durante este año de trabajo. Una labor encomiable. Enhorabuena.

Alexa la miró con calidez.

—Gracias, querida. Nuestra organización procura regalar una sonrisa a los niños que por diferentes circunstancias van a quedarse poco tiempo con nosotros.

—Me alegra que Christian patrocine este evento a través de su corporación —dijo Emma con sinceridad. Al menos en ese sentido no tenía que fingir—. No hay nada mejor que invertir los fondos en ayudas para aquellos que lo necesitan.

Alexa asintió con la cabeza ante las palabras de Emma.

—Lleva razón, Emma. Por cierto, quería pedirle que le dijese a Christian que nos ha llamado Olivia. —«¿Olivia otra vez?», se preguntó Emma con curiosidad—. Dígame que nos sentimos afortunados de que ella empiece a trabajar con nosotros en Londres.

—Por supuesto, se lo haré saber —le respondió reprimiendo las ganas de preguntarle sobre la tal Olivia.

—¿Qué es lo que me harás saber, cariño? —preguntó Christian por detrás de ella, envolviéndola con su exquisita loción y su aroma personal. Le puso una mano en la parte baja de la espalda, sonriendo a Alexa, quien parecía no caber en sí de gozo al ver a su benefactor principal.

A Emma le molestaba que Christian la llamase con ese apelativo cariñoso cuando en realidad lo último que sentía por ella era afecto o aprecio. «Es parte del trato, finge...», le decía su cabeza, pero su cuerpo no fingía en absoluto: sentía un cosquilleo en la piel al recordar el encuentro íntimo de la noche anterior.

—Señor Hawthorne... —empezó a decir la directora de la fundación con una sonrisa aún más amplia, si es que eso era posible.

—Vamos, Alexa, usted sabe que me puede llamar Christian —la interrumpió él.

La mujer rio complacida, y Emma hubiera querido gritarle cómo era la faceta real y fría del hombre que esa noche era todo amabilidad y sonrisas, para que conociera al individuo oculto detrás de aquella máscara.

—De acuerdo, entonces, Christian —contestó Alexa, amable—. Le estaba diciendo a tu encantadora prometida que me parece fantástico que Olivia haya aceptado venir a Londres a

trabajar con nosotros. Será excelente para su salud; una gran motivación.

Olivia estaba ya en Londres y había insistido en mantenerse ocupada en alguna actividad interesante porque no le gustaba depender de nadie, pero le aclaró a Christian que deseaba hacer algo que no tuviera nada que ver con el imperio que él dirigía. La primera opción de Christian, ante la persistencia de Olivia, fue llamar a Alexa para pedirle que la aceptara para que trabajase en la fundación; su respuesta positiva no se hizo esperar. De hecho, Alexa se mostró entusiasmada por tener una ayuda extra para continuar la labor benéfica que realizaba desde hacía varios años en la capital.

Christian se sentía optimista después de que los médicos, al recibir a su prima en una consulta, le hubieran comunicado que sí volvería a caminar, pero que sería un proceso de recuperación paulatino y, mientras culminara la rehabilitación, Olivia tendría que valerse de una silla de ruedas. Aunque la idea de depender de una silla no la entusiasmó, su prima se mostró con más disposición de la que él esperaba.

El asunto de la vivienda fue otra discusión. Al final tuvo que instalarla en un lujoso hotel, porque su quisquillosa prima había decidido que tampoco quería vivir con él. No obstante, fue inflexible con Olivia al anunciarle que, mientras estuviera recuperándose, iba a tener que depender de un chofer para salir a la calle, pues Christian no quería que sufriese apuros o algún accidente en una ciudad tan congestionada como Londres. No comprendía aún de dónde sacaba tanta paciencia con su prima, aunque suponía que tenía que ver un poco con los fuertes lazos de la sangre irlandesa.

—Estoy seguro de que ella también se siente agradecida por la oportunidad que le ofrece, Alexa. Ahora ya nos tenemos que retirar, debo llevar a Emma a casa, porque mañana tiene trabajo.

«¿Desde cuándo tan considerado?», se preguntó Emma con sarcasmo. Luego empezó la ceremonia de despedirse de todos los asistentes que quedaban en el salón a medida que se encaminaban a la salida. Ella estaba enfurruñada, pues, a pesar de que el evento había sido magnífico, sonreír a Christian y reírle todas sus bromas empezaba a cansarla. Solo el imaginarse a su familia en las portadas de los diarios, y a los empleados de la empresa en peligro de perder sus puestos de trabajo, la refrenaban de dar rienda suelta a su genio y soltarle un par de cosas a Christian sin importarle quién estuviera delante.

—Emma... —la llamó él, cuando esperaban que trajeran el automóvil.

Alrededor, un sinnúmero de personas ya comenzaban a retirarse. El acto había sido un éxito. Según el panel luminoso del interior, se había recaudado sobre el millón y medio de libras.

—Te escucho —respondió Emma, no sin antes soltarle la mano que estaba unida a la suya. Era un gesto de cercanía que la inquietaba, pero sabía que era parte de la pantomima que estaban representando para que Lionel no dudara de la veracidad del compromiso al ser fotografiados por la prensa, y cuando los conocidos de los Hawthorne hicieran comentarios sobre su relación amorosa.

—¿Por qué frunces el ceño? ¿Algo te ha molestado?

—Tú, nada más —replicó ella dirigiéndole una sonrisa fingida.

—Así que estamos con ánimo de pelea... ¿Qué ha sido? —quiso saber, aceptando que ella rechazara con disimulo su mano. A lo mejor Emma le respondía que observar todo ese escenario

de tristeza y esperanza al mismo tiempo en el evento no era lo suyo; o que se había hartado y quería volver a su casa, y esa era la causa de su fastidio.

—¿Me puedes decir a cuántas amantes tuyas voy a tener que conocer? —Lo miró con mala cara pensando en la tal Olivia y la rubia que se había encontrado desnuda en su casa noches atrás—. Es insultante y de mal gusto que, cuando se habla de algunas de ellas, se me queden mirando como si esperasen una respuesta o una reacción por mi parte, así que te agradeceré que me facilites unas fotos con nombres; a lo mejor de ese modo confecciono una lista y, cuando se hable de ellas, puedo inventar algo que decir al respecto. —Chasqueó los dedos—. De paso, hasta les puedo dedicar algún halago por su envidiable figura, cabello o...

Christian soltó una carcajada grave y ronca. Luego la miró a los ojos, y ella le sostuvo la mirada sin dejar traslucir la forma en que los ojos azules e intensos de Christian empezaban a causar un efecto electrizante en su piel. Ya lo detestaba lo suficiente por su arrogancia como para darle un crédito que no merecía: afectarla físicamente.

—Me parece que estás celosa —comentó burlón, mientras el viento de la noche acariciaba sus cabellos oscuros peinados con precisión.

Ella abrió los ojos como platos al oírlo.

—No te tengas en tan alta estima, Christian, porque, para que eso ocurriera, nosotros deberíamos tener una relación, y lo que nos une —bajó la voz hasta convertirla en un murmullo despreciativo— es un chantaje falto de escrúpulos por tu parte.

Él no se inmutó, y en cambio acarició con el dorso de la mano el brazo desnudo de Emma, que lucía un hermoso vestido color escarlata anudado al cuello y que por detrás tenía un escote muy sexi, hasta la parte baja de la espalda. A ella le habría gustado alejarse, pero estaba representando un papel y no quería darle a Christian motivos para que le lanzara alguna otra acusación o tomara represalias contra su familia. Por otra parte, alrededor había muchas personas a quienes no pensaba facilitar una excusa para que rumoreasen acerca de que entre ella y Christian había problemas.

—Bueno, al menos anoche no parecía que te importara mucho si era un chantaje o no cuando te daba placer con mi boca y mis manos —le susurró acercándose a su oído. Después se alejó ligeramente para dedicarle una cautivadora sonrisa: aquella que sabía que funcionaba con las mujeres generando una actitud más predispuesta hacia él. No entendía por qué de pronto le gustaba la idea de que Emma se sintiera un poco celosa con respecto a su pasado. Pensaba que quizá era parte del juego, o simplemente hacía mucho tiempo que una mujer no le provocaba tanta curiosidad. Aún no podía creer que aquella pequeña y fastidiosa niña a quien había conocido una tarde muchos años atrás hubiera crecido hasta convertirse en una joven tan hermosa..., primero de adolescente, y ahora cuando ya era toda una mujer. Sin embargo, sabía que Emma era una persona tremendamente materialista y fácil, similar a las mujeres que solía conquistar para disfrutar con ellas un par de fines de semana. Emma era una extraña contradicción, pero no tenía intención de brindarle a un Connely el beneficio de la duda. Su madre lo hizo una vez, y ya no estaba a su lado.

—Arrogante. —Emma lo miró elevando una ceja de ese modo tan particular que tenía y que, sin saberlo, lograba que Christian quisiera besarla sin importarle si había o no público—. Y qué mal gusto al hacer esos comentarios. —Le torció el gesto de tal manera que solo lo notó él.

Christian puso distancia entre ellos reprimiendo una sonrisa, pero se mantuvo lo suficientemente cerca como para permitirse aspirar el aroma del perfume que ella llevaba esa noche. No había nada de malo en desear a una mujer como Emma; el inconveniente vendría si permanecía demasiado tiempo solo con ella, y por eso la idea de encontrar una amante tras la ceremonia matrimonial se le hacía atractiva.

—Olivia es mi prima —dijo de pronto y sorprendiéndose a sí mismo al darle una explicación.

El pulso de Emma se tranquilizó. «Si Olivia es su prima, entonces la rubia aquella debe de continuar siendo su amante», dedujo. Si no, ¿para qué iba a presentarse desnuda, y por qué iba él a corresponder a sus besos? Se preguntaba si acaso yacía con ella todavía... o si la besaba como la había besado a ella la noche anterior, en el jardín de Lionel. Lo que sí la fastidiaba, en realidad, era llegar a ser objeto de burlas por tener un novio que hacía tan poco que se había comprometido con ella y que no pasara ni un día del anuncio oficial de su matrimonio y ya estuviera detrás de otras mujeres.

—¿Tu prima? ¿Está enferma? —preguntó con un tono más suave, recordando el comentario de Alexa sobre que trabajar en la fundación sería beneficioso para la salud de Olivia. Quizá Christian era un cretino, pero ella no conocía a su prima, y a la muchacha sí pensaba concederle el beneficio de la duda sobre su personalidad.

—Sufrió un accidente de automóvil —respondió él, parco, y metió las manos en los bolsillos del traje Canali que llevaba esa noche—, y la invité a venir a Londres para que la vieran algunos especialistas. Va a trabajar con Alexa.

—Espero que mejore —dijo Emma con sinceridad—. ¿De dónde es?

—Irlanda.

—Entonces el resto de tu familia vive ahí. —Sonrió, pues tenía estupendos amigos que eran irlandeses—. ¿Van a venir a Londres también?

Quizá, al conocer a los familiares de Christian, ella lograría hacerse una idea más clara de él o podría preguntarles de modo diplomático por qué era una persona tan llena de rencor, desconfianza y resentimiento. Y tal vez hallaría una respuesta satisfactoria al motivo de su chantaje y a aquel asunto del asesinato que la tenía sumamente preocupada.

—No es algo que te incumba. —Christian cortó cualquier posibilidad de que ella siguiera interrogándolo—. Ya te dije que esto es un matrimonio de conveniencia, Emma. No estás para hacer vida social con quienes puedan o no ser mis familiares —sentenció con acritud. Sabía que lo único que necesitaba para deshacerse de Emma era casarse, acostarse con ella y luego descartarla de un modo humillante para que fuera el centro de atención pública en todos los medios que disfrutaban con las historias y las tragedias *sentimentaloides*, como él llamaba a los chismorreos de la prensa sensacionalista del corazón. Luego se quedaría con H&E, para devolverle a la memoria de su madre lo que le hubiera correspondido en vida. Solo entonces su mente dejaría de estar tan atribulada por el pasado.

Emma notó que él volvía a su estúpida y ridícula forma de mantener la distancia con ella. Pues bien, volvería a tratarlo como a un niño idiota y malcriado de diez años; ya se había dado cuenta de que Christian se enfurruñaba cuando actuaba así con él, por cómo tensaba involuntariamente los labios, así que lo fastidiaría de ese modo, pues era el que por ahora tenía a mano. Cuando

pudiese conocerlo un poco más, si acaso la impenetrable barrera que tenía ese hombre se debilitaba ligeramente, entonces encontraría otras maneras de incomodarlo como él hacía con ella.

—Como quieras, Christian —contestó seca, dando por terminada la conversación entre ellos.

Algunos fotógrafos se acercaron antes de que llegara el coche, y ella puso su mejor sonrisa pensando en su familia y en los empleados de la empresa, aunque lo que menos le apetecía era sonreír. A pesar de lo idiota que podía ser su falso prometido, ella sí había disfrutado de conocer la fundación y todo el trabajo que hacían en Gran Bretaña y otros países. De hecho, algunas historias que pasaron en un vídeo durante la velada le provocaron tristeza y tuvo que contener las lágrimas, pero procuró echar mano de su bagaje profesional para poner distancia emocional y no afectarse tanto.

Durante el trayecto de regreso, Christian la ignoró por completo y ella le devolvió el favor mientras revisaba su correo en el iPhone. En el automóvil sonaba música de Tchaikovsky, algo que ella agradeció, pues ya había tenido la cuota suficiente de Christian y sus nuevas facetas de personalidad por esa noche.

Cuando el recorrido llegó a su fin, se despidieron con un reticente «buenas noches».

Christian llamó a la habitación del Hotel Savoy donde se hospedaba Olivia, pues sabía que antes de medianoche su prima no solía estar durmiendo. Además, necesitaba saber cómo le había ido en la rehabilitación, que ya había empezado. Estaba satisfecho de que sus tíos hubiesen estado de acuerdo en que Olivia fuera a Londres, y también de que su abuela se sintiera más tranquila con el pronóstico médico.

El Hotel Savoy, después de una reforma de más de doscientos millones de libras, era uno de los mejores de Londres. Su estilo de decoración eduardiana con art déco, sumado a la exquisita gastronomía que servían en sus restaurantes, hacían del establecimiento el lugar perfecto para que Olivia se relajara. Para él era imperioso saber que su familia tenía todo lo que precisaba, y por eso no escatimaba el dinero en ellos. Lo único que no le agradó fue que su tío Colin insistiera en pagar parte de la estancia de su hija, pero terminó aceptándolo pues, al fin y al cabo, era el padre y el llamado a velar por el bienestar de Olivia. Sin embargo, no pensaba permitirle pagar más que eso y, si podía hallar el modo de devolverle el dinero, lo haría sin dudar.

Cubierta con la manta y descalza, Olivia se acercó a la puerta en la silla de ruedas, ante la insistencia de la llamada. Cuando abrió, su mirada se iluminó.

—¡Christian! —Hizo un gran esfuerzo para tratar de incorporarse, pero Christian fue más rápido y se inclinó hacia ella. Olivia lo abrazó con efusión y él le devolvió el gesto, antes de entrar a la *suite*—. Pensé que me habías dejado aquí recluida nada más llegar de Irlanda —le dijo fingiendo resentimiento con el peculiar acento de Dublín.

—No, Oli, ya sabes que no. He tenido un día ocupado —respondió él, llamándola con el apelativo cariñoso con el que solía tratarla.

Ella encendió la luz y lo invitó a sentarse alrededor de una de las mesas dispuestas en forma de rombo en la antesala de la habitación. Olivia se impulsó para moverse de la silla de ruedas al

sillón. Christian hizo amago de ayudarla, pero ella lo miró de tal manera que él se obligó a mantenerse en su sitio. Al final, entendía que su prima fuera bastante parecida a él en cuanto a valerse por sí mismo. No corría peligro alguno, así que, por esa ocasión, no protestó.

—¿Quieres que pida algo de comer? Pareces bastante cansado.

Él se acomodó en un sillón color café.

—Estoy bien. No me quedaré mucho tiempo, de todos modos.

Ella le hizo un puchero, al que Christian respondió con una sonrisa.

—De acuerdo, chico aburrido. —Olivia puso los ojos en blanco—. A ver, ya que has venido a visitarme, ¿qué puedo hacer por ti?

Christian miró a su prima con afecto. Siempre se sentía cómodo con ella, a menos que empezara a ponerse obstinada.

—Quiero saber cómo te sientes con esto de la rehabilitación. Y antes de que me respondas, te recalco que siempre tengo razón; si no hubieras venido a Inglaterra, te habrías perdido la oportunidad de recibir el tratamiento que te va a permitir recuperar la movilidad de las piernas. La próxima vez intenta llamarme a tiempo, ¿quieres?

Ella le sacó la lengua y acto seguido le lanzó un cojín con adornos persas, que él cogió al vuelo.

—Sí, capitán —dijo con retintín. Ante la advertencia en la mirada de Christian, Olivia agregó—: Me siento bien..., algo temerosa de que quizá no funcione como espero, pero bien. Hoy me ha costado bastante, claro..., por ser el primer día. —Christian asintió—. Te agradezco que me hayas apoyado con mis ganas de trabajar mientras estoy aquí, ya sabes que me gusta valerme por mí misma. Lo de la silla de ruedas, pues ya es otro asunto; pero ya la dejaré, de eso estoy segura. No necesitas sobreprotegerme, lo sabes, ¿verdad? —Lo miró mientras se recogía las rodillas sobre el sillón, de idéntico estilo y color que el que ocupaba Christian—. Ya soy mayor, primito.

—Lo sé. No te sobreprotejo, Oli, creo que eso ya lo hace el tío Colin —contestó él con una media sonrisa—; tan solo busco lo mejor para ti, aunque creo que a veces te olvidas de ello y te pones testaruda. Por cierto, hoy he visto a Alexa; parece que la entrevista telefónica la dejó encantada. No hay duda de que tienes mi sutileza para persuadir —dijo con ironía, pues Olivia sabía que Alexa había contactado con ella por una llamada que hizo él, y no precisamente porque quedara impactada por su currículum, aunque era muy bueno, eso sí.

—¡Ja! ¿Sutileza, tú? Eso cuando las ranas críen pelo. Oye, Chris, quería preguntarte algo, ya que estás aquí... —comentó la muchacha mirándose las uñas.

Christian ya se imaginaba lo que quería saber Olivia, porque era uno de los motivos por los que había ido a verla nada más dejar a Emma en casa. De hecho, cuando su prima encendió la luz de la habitación al abrirle la puerta, se fijó en el periódico abierto en la página en donde se anunciaba su compromiso.

—Seguro.

Ella lo observó, apoyando el rostro sobre los antebrazos con los que en ese momento abrazaba sus rodillas.

Fuera, ligeras gotitas de lluvia golpeaban el cristal de las ventanas. La temperatura había bajado considerablemente y, con el Támesis tan cerca del hotel, el frío era más perceptible. Eran

afortunados de contar con una climatización perfecta en el interior del Savoy.

—¿Qué es eso de que te has prometido en matrimonio? —Aunque su voz era suave, estaba enfadada por no haberse enterado primero. Él lo sabía.

—Ah, eso.

—Sí, *eso* —repitió ella con énfasis.

Christian no pensaba darle demasiados detalles sobre su asunto con Emma, así que le contó la historia de por qué se había ido a Irlanda con su madre desde Cambridge cuando era un crío, y luego el motivo de que abandonara a sus abuelos cuando Olivia era pequeña.

—Oh, Chris..., me hubiera gustado saberlo antes: no te habría dado la lata con mi berrinche el otro día en casa. ¿Y esa mujer con la que te has comprometido de qué modo fue culpable de que mi tía Sarah muriera?

Él entrecerró los ojos y se puso de pie con un aire que de pronto se volvió distante. Olivia lo observó y se arrebujó mejor en el cómodo sillón; le dejó su espacio.

—Fue ella quien le dijo a su padre que quería esas malditas galletas con chocolate blanco que a veces prepara la abuela en Irlanda, pero Emma las quería, como toda muchachita caprichosa, para ella en su casa multimillonaria —explicó Christian en tono despectivo—. Ya sabes que muchas de las cosas que preparaba mi madre en la cocina eran recetas heredadas de la abuela Gladys. Y, claro, Rory Connely complació a su *nenita*, llevándose a mi madre para que pusiera a su disposición su talento. —Miró hacia las luces borrosas de la ciudad—. Porque todo lo que esa chiquilla quería, se lo concedían. —Iba de un lado al otro de la salita con pasos lentos—. Esa rata de Rory terminó robándole la vida a mi madre. Si su hija no hubiera necesitado que la complacieran, mi madre no los hubiera conocido nunca y seguiría viva...

Olivia no era una persona rencorosa, pero presentía que había un motivo poderoso para que su primo casi desgastara la alfombra del Savoy yendo y viniendo, y no era la venganza... o quizá sí, pero había algo más de fondo.

—¿Y dices que te casas con ella para vengarte? —preguntó como si le diera la razón a su argumento. Christian adoraba tener la razón, y a ella hacerle notar que no la tenía, pero en esta ocasión no pretendía presionarlo, sino satisfacer su propia curiosidad; si él se sentía acorralado, cambiaría de tema de inmediato, y eso Olivia no podía permitirlo.

—Sí.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó la muchacha, contemplando el tenso ir y venir de Christian.

—No es un tema que tenga intención de discutir contigo.

—Uhh..., ya nos ponemos hoscas, ¿eh? ¿Qué tiene esa mujer que te pone tan irritable? ¿Tan insoportable te resulta?

Christian masculló algo sobre las primas entrometidas.

—Ya sabes que no me gusta darle explicaciones a la gente.

—No debiste venir entonces, ya sabes que soy muy curiosa. —Se encogió de hombros—. Sería bueno que se la dejases a otro, Christian, y encontrases un método diferente para vengarte de esa familia; además, seguro que la abuela Gladys no conoce tu plan, porque de lo contrario te habría soltado un severo discurso. —Christian la miró como advirtiéndola, pero ella no sentía

temor ni se amilanaba ante nadie, así que continuó—: No creo que llevar ese peso de tolerar a una mujer como Emma Connely te resulte agradable —lo pinchó. Ella se había fijado en la muchacha de la fotografía del periódico, y le pareció realmente guapa y con un atuendo bastante sencillo para ser una heredera multimillonaria. Entre Christian y Emma existía algo más, y ella se encargaría de averiguarlo.

—No habrá ningún otro —dijo Christian. Lo que no tenía tan claro era si lo decía para sí mismo o para Olivia.

—Siento mucho lo de mi tía Sarah, Chris, pero no creo que el capricho de una niña fuera el causante de su muerte. Mi madre dice que fue un accidente de la vida, y también la abuela, cuando mencionan el tema. Además...

—Cállate, Olivia, por favor. Esa mujer es una ladrona, ha estafado a su propia familia. Eso dice mucho de ella. —Christian dejó de caminar y la miró fijamente. Olivia se quedó asombrada por la declaración de Christian—. Tú no sabes nada de la vida. Además, también está la casa en la que viví en Chesterton, que ha estado cerrada todo este tiempo. Ese es otro de los entuertos de mi abuelo en su testamento: debo establecerme emocionalmente, para que me la pueda entregar, porque él la compró hace años. Y, además, tengo que cerrar un negocio en Nueva York. Con Emma mi existencia se ha complicado y fastidiado, pero lograré mis fines y utilizaré las circunstancias a mi favor, como siempre.

«Mi primo no sabe callarse cuando está enojado», pensó Olivia. Sin embargo, también era cierto que él a veces se arrepentía si, cuando estaba enfadado, ofendía a alguien de la familia, pero su modo de disculparse siempre era regalando algo: un coche, una propiedad, un viaje, un crucero... y la lista seguía. Ella se preguntaba si algún día ese cabezota acabaría por aprender que había otras formas de pedir disculpas sin gastar un solo centavo.

—Si te cuento esto —prosiguió Christian, ajeno a si su prima realmente estaba entendiendo su explicación, o si acaso estaba medio dormida debido al ajeteo de la mudanza al Savoy y la rehabilitación— es precisamente porque quiero que estés informada y no busques historias donde no las hay, con esa fotografía que viste en el diario. Emma no sabe nada de mis abuelos, ni de tus padres. No sabe nada de mí. Así que te agradeceré que dejes que sea yo quien continúe decidiendo qué debe o no saber ella. ¿Lo tienes claro?

Olivia puso los ojos en blanco, porque Christian empezaba a ponerse insoportable.

—De acuerdo, si es lo que deseas... En todo caso, *señor don empresario* Hawthorne, yo necesito dormir. —Olivia bostezó, estirando los brazos para enfatizar que tenía mucho sueño—. Y creo que a ti te hace falta un buen baño de agua fría para que se te pase el mal humor.

Él suspiró y dejó caer los hombros. Había sido un largo día.

—No pretendía ser brusco, Olivia, pero recordar el motivo de por qué me tengo que casar con ella me incomoda. —Movi6 la cabeza en un semicírculo para intentar descontracturar los músculos del cuello—. Lionel es un taimado, pero sin saberlo me ha dado la oportunidad perfecta para vengar a mi madre.

—Lo sé, primito, lo sé. —No sabía nada, pero cuando Christian se ponía vehemente prefería alejarse de él. Lamentablemente compartían el mismo genio, así que ya sabía a qué atenerse—. No lo entiendo, Christian, ¿por qué no dejas que la gente vea de vez en cuando que no eres tan mala

persona como creen?

—Tengo una reputación en los negocios que mantener; ser bueno o malo poco importa. Lo que vale es la astucia e inteligencia para lograr algo. Estar siempre un paso por delante de los otros. Además, mi vida familiar es eso: mía. Punto.

Olivia suspiró con resignación. Su primo era un hueso duro de roer. Quizá con el tiempo se perdonaría a sí mismo y se daría cuenta de que, con la corta edad que él tenía cuando falleció su madre, no habría podido mantener una casa y un negocio emergente como era el de los dulces que la tía Sarah pretendía sacar a flote.

—Sí, señor —replicó, y luego le hizo gestos con la mano derecha como si esta estuviera hablando mientras él se encaminaba hacia la salida—. Intenta, solo un poquito, no ser tan tajante.

—¿Ahora pretendes darme consejos? —preguntó él retomando su buen talante. Después de todo, su prima no tenía la culpa del pasado ni de las acciones que estaba llevando a cabo para reparar la injusticia que se había cometido con su madre—. Ve a dormir, Oli, estaré atento a tus progresos.

—Seguro, primito.

Se despidieron con un abrazo.

Christian bajó al restaurante Savoy Grill del hotel. En la gala había estado ocupado atendiendo conversaciones y dando entrevistas, así que no tuvo tiempo de probar bocado. Aunque, la verdad, no le importaba, pues la satisfacción que sentía al saber que su dinero era empleado para ayudar a otros era más importante.

Le tranquilizaba haber visto a Olivia hacía un rato. De hecho, le causaba alegría. Aunque con el resto de personas le resultaba fácil esconder sus emociones, con su prima y su abuela le costaba conseguirlo. La muchachilla de diecinueve años lo sacaba de quicio, y también lo hacía reír. Según su abuela Gladys, lo mantenía en tierra firme, y quizá no estaba equivocada. Ir a Dublín lo reconectaba con la calidez del recuerdo de su madre, y también con la sensación de pertenencia que solía perder al llegar a sus oficinas en Londres, o cuando visitaba cualquier otro lugar que no fuese Irlanda.

Mientras se encaminaba hacia el bar, no pudo evitar evocar el recuerdo de cómo Emma se había reído con quienes se acercaban a saludarla en el evento de la fundación unas horas atrás. Los niños parecerían sentirse atraídos por ella como por un imán; las mujeres querían conocer quién había elegido su atuendo y conversaban sin parar, y los hombres... Maldición, los hombres la devoraban con la mirada. Y eso no le había gustado.

Christian solía ser territorial con todo aquello en lo que tenía interés, y en el caso de Emma no se trataba solo de ella, sino que estaba en juego un negocio en Nueva York, y también una casa que significaba muchísimo para él. No iba a negar que, cuando la vio salir de la casa Connely con el vestido de seda escotado en la espalda y marcando cada una de sus curvas sinuosas, el efecto de la imagen femenina fue directo a su entrepierna. Ya había reconocido que Emma era una belleza, pero cada vez que la veía lo sorprendía. No obstante, estaba convencido de que todo eso acabaría

cuando se acostara con ella: el sentimiento de posesión y la excitación pasarían, después se aburriría de ella y continuaría con otra mujer.

Mientras caminaba hasta llegar a una mesa, pensó que quizá sería bueno empezar a hacerle caso a la mujer que estaba sentada en la barra y que lo observaba con disimulo. El cabello lacio y negro le caía por la espalda, y él también clavó su mirada en ella.

El deseo no satisfecho y el recuerdo de una pelirroja con cuerpo de sirena lo tenían frustrado. Pero esa mujer tan guapa era su oportunidad para desahogar su apetito sexual, así que le dedicó una sonrisa. La desconocida debió entender su gesto como una invitación, porque, tras comerse sensualmente la cereza del Martini que estaba sobre la barra, se deslizó despacio sobre el asiento hasta que los tacones tocaron la alfombra, de tal forma que dejó entrever unas piernas bronceadas y estilizadas que a él no le pasaron desapercibidas.

Christian bebió un poco del whisky escocés que le sirvieron, sin dejar de observar cómo ella se acercaba a su mesa poco a poco y con pasos lentos. Reconocía que era exótica, y definitivamente atractiva. Él se puso en pie cuando finalmente llegó a su lado. La vio dudar por un breve momento, pero luego volvió a sonreírle con unos labios plenos y brillantes de carmín rosa pardo.

—Hola, guapa —la saludó Christian—. Me gustaría invitarte a una copa —ofreció con tono sugestivo.

Ella se rio.

—Antes de aceptar tu propuesta, quisiera saber quién me ofrece la invitación. —Lo que en realidad pretendía saber era si la bruja que la había enviado a ese lugar no la había engañado dándole información falsa para hacerle pasar un mal rato. No le habría sorprendido.

—Christian —le contestó mientras retiraba la silla para que se sentara junto a él. Ella se acomodó sin perder la sonrisa, aunque por dentro temblaba—. Me imagino que puedes ser considerada y darme tu nombre, ¿verdad? —dijo con aplomo y de modo encantador, tal como haría cualquier hombre que sabe cómo conquistar a una mujer.

«Es él», pensó ella, nerviosa. La descripción física coincidía, y no necesitaba saber el apellido. Era más que evidente. Lo único que notaba era que los ojos del magnate lucían más azules de lo que le había dicho la mujer a quien ella tanto odiaba. Rezó en silencio para que la perdonaran por lo que iba a hacer.

—Alette Cassinelli.

Capítulo 10

Que su padre le dijera que consideraba que él no estaba aún en condiciones de establecerse como líder de la empresa, porque tenía mucho por aprender, lo enfadó muchísimo. ¡Contaba con ocho años de experiencia profesional en H&E, y cuatro másteres en diferentes universidades! Después de discutir y decirle a Rory que renunciaba a la compañía, salió de la casa de Mayfair dando un portazo.

Por si fuera poco, Christian Hawthorne ni siquiera se había tomado la molestia de explicarle que pensaba casarse con su hermana. Durante las semanas que estuvo en Australia, la vida de su familia había cambiado por completo, y él ahora estaba buscando un nuevo rumbo. Llamar a Christian para exigir explicaciones no cambiaría nada, de eso estaba más que seguro.

La idea de dejarle las acciones a Emma no lo molestaba, pues él había hecho una pequeña fortuna apostando. Ya había dejado esa afición juvenil tiempo atrás, pero, fruto de sus apuestas de aquellas épocas, ahora tenía una suma considerable en el banco. Además, también asesoraba a empresas americanas por cuenta propia, por lo que cobraba honorarios fantásticos y podía alejarse de H&E cuando quisiera. La verdad es que estaba cansado y fastidiado por las estrategias de su padre, quien no se daba cuenta, después de tantos años, de que su hijo tenía tanto o más talento que Christian, o que cualquier otro heredero.

En las circunstancias en las que se hallaba su vida, bien podía quedarse sin empleo y sin la empresa familiar, pero no sin la mujer que lo traía loco. Porque podía ser mujeriego, pero ahora estaba estúpidamente enamorado de Alette, y sabía que era incapaz de encontrar solaz en nadie más que no fuese ella. Se comería su orgullo antes de tirar la toalla: Alette tendría que explicarle por qué le había dado calabazas y lo había abandonado sin más. Lo peor fue que lo hizo con una mísera llamada telefónica, como si él no mereciera más de su parte después de los meses que se habían estado viendo y de todo lo que habían compartido.

Agobiado por los días pesadillescos que llevaba encima, ya entrada la noche Trevor aceptó ir a tomar un trago con Joseph Müller, un alemán dedicado a la importación y exportación de cerveza en Europa central. A Trevor siempre le había parecido que ese lado del continente tenía un encanto especial y distinto. Al final de la reunión con Joseph, entre cervezas y un excelente pato preparado con exquisitez, la propuesta era trasladarse a vivir a Viena y dirigir el negocio de cervezas desde allí.

Trevor salió del restaurante con la idea dándole vueltas en la mente. Cuando estaba a punto de arrancar el motor del coche, su madre lo llamó al móvil. «¿Por qué no se queda entre faraones,

pirámides y cetros? ¡Qué manía de atormentarme!»

—Mamá —respondió seco—. ¿Qué quieres a estas horas? Es casi medianoche, ¿no deberías estar atendiendo alguna consulta faraónica?

—Cariño, no seas irrespetuoso con tu madre —fingió reprenderlo Catherine. Trevor era su hijo preferido, y podía dejarle pasar cualquier insolencia. Y, si estaba en sus manos, como en el caso de Alette, alejaría a quienes consideraba que no eran personas adecuadas para él—. Quería saber cómo te fue la reunión con tu padre.

—Renuncié a la empresa.

—¿Qué?! ¿Y tus acciones? —chilló ella tocándose el cuello con la mano como si de pronto se hubiese quedado sin aire.

—¿Es solo eso lo que te interesa? ¿No quieres saber cómo me siento al respecto? ¿Qué planes tengo?

—En realidad sí me interesa... pero ahora estás tan alterado...

—¿Cuál es el motivo de tu llamada, mamá? Estoy aparcando en una avenida y créeme que tengo cosas mejores que hacer que discutir el tema de mi padre y, peor, el de la empresa familiar. —El ruido de los coches a su alrededor no le dejaba oír bien todo el rollo que le soltaba su madre al otro lado de la línea atropelladamente, así que arrancó el motor y aparcó un par de bloques más abajo de donde se hallaba. Aunque su madre parecía estar haciendo una carrera de cuentacuentos, Trevor alcanzó a escuchar lo suficiente como para que su enfado lo llevara a apretar el iPhone como si fuera el cuello de Hawthorne—. Haz el favor y repíteme eso de que Alette está en el Savoy con Christian —exigió.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea. Catherine contaba ahora con la atención de su hijo, que era lo que había estado esperando desde hacía un rato.

—Bueno, ya te he dicho que Alette es una buscavidas... —Cuando notó que Trevor iba a empezar a replicar, continuó—: Una amiga que estaba casualmente reunida allí con unas personas —sonrió con malicia desde el otro lado de la línea— me ha llamado hace poco, porque reconoció a Christian como el prometido de tu hermana; salieron hoy en la prensa, no sé si habrás visto el periódico. Qué desfachatez la de Alette, estar con el novio de su mejor amiga. ¿Te das cuenta, hijo? Yo te aconsejaría que...

—No quiero saber tus elucubraciones. Lo único que te agradezco es que me hayas avisado. —Sin darle tiempo a su madre a continuar, cerró el teléfono; luego aceleró su Porsche color azul eléctrico y se adentró en las calles de Londres.

Al llegar al Savoy, le dejó las llaves al aparcacoches y entró por las flamantes puertas negras giratorias con ímpetu. Cuando alcanzó la recepción, preguntó si acaso Christian se hospedaba ese fin de semana en el hotel. Pensar que Alette estaba compartiendo ese cuerpo dulce y sexi que le pertenecía a él, y solo a él, con su todavía «amigo» le hacía tragar bilis. Porque si la amiga de su madre estaba en lo cierto, entonces no le importaría montar una escena y darle su merecido a Hawthorne, que además se iba a casar con su hermana; por eso lo golpearía por partida doble.

La respuesta que obtuvo de uno de los recepcionistas fue que no podían proporcionarle esa información, pues era confidencial. Cuando les indicó que era uno de los accionistas del hotel, se mostraron más flexibles, pero aun así insistieron en que firmase un documento en que aceptaba

cualquier responsabilidad sobre el uso que diera a los datos que estaban comunicándole. Con fastidio, Trevor firmó el condenado papel, y solo entonces el recepcionista le indicó que, aunque Christian no estaba hospedado en el hotel en esos momentos, sí estaba en el Savoy Grill.

Sin perder un minuto, Trevor se ajustó la chaqueta caqui de Ermenegildo Zegna y caminó hasta el restaurante. Tenía el corazón en la garganta. ¿Lo había dejado Alette por Christian? ¿Ese era el motivo por el que dio por terminada la relación entre ellos? ¿Acaso no sabía lo que era la lealtad hacia una amiga? Cuando se lo contara a Emma...

Como si sus sentidos estuvieran unidos, cuando Trevor entró en el restaurante Alette dejó poco a poco la conversación con Christian. Estaba a punto de contarle lo del chantaje de Catherine, porque al final había desistido de llevar a cabo lo que la madre de Emma le había pedido que hiciera, aun cuando se trataba de proteger a su hermana; por algún estúpido motivo, sentía que Christian podía ayudarla. Lamentablemente, cuando se disponía a iniciar su relato, levantó la mirada. La peor pesadilla en su imaginación era que Trevor, con su majestuoso porte aristocrático, sus cabellos dorados y con la respiración alterada, la viera... con otro hombre. Y era exactamente eso lo que estaba ocurriendo.

Christian notó que su acompañante se había tensado y el ritmo de su charla, que ya empezaba a aburrirle, decaía. La muchacha aún no había empezado a contarle lo que se suponía que iba a decirle cuando ya llevaba dos Martini encima y la intención de seducirse mutuamente se había desvanecido. Ni un beso. No sabía si debía atribuírselo al día agotador que había tenido, a la cháchara de Olivia, o a que quizá estaba perdiendo las facultades para lograr llevarse a una mujer a la cama. «No —se corrigió mentalmente—, eso jamás.» Aunque Alette le pareció atractiva, no estimulaba su deseo. De hecho, en su mirada había una suerte de desesperación y ansiedad que lo intrigaba.

Giró la cabeza hacia la entrada para enterarse de qué había captado el interés de Alette. Cuando vio a Trevor Connely se tragó una maldición. Lo último que quería era toparse con alguien de esa condenada familia. Se puso de pie para saludar al recién llegado e inoportuno visitante. Los buenos modales no debían perderse; eso le había enseñado su abuela, y también los negocios.

—Trevor. —Le tendió la mano.

Aunque a Trevor le hubiera gustado dejar la huella de su puño más que complacido en la aristocrática nariz de Christian, que parecía medirlo todo desdeñosamente, se contuvo. No por falta de ganas, sino porque, a pesar de que el restaurante no estaba lleno, conocía a un par de clientes, a los que saludó al entrar y con quienes tenía intención de contactar para hacer negocios más adelante. Dar una imagen conflictiva podría echar por tierra sus intentos de salvaguardar su reputación para abrirse camino lejos de H&E.

—Christian —respondió, estrechándole la mano con firmeza.

Por un instante los tres se quedaron en silencio.

Alette los observaba desde su asiento, y sus ojos iban de un rostro al otro. Tenía que reconocer que Emma tenía buen gusto, y también una larga historia que contarle. Ella también le debía su parte, sin duda, pero no lograba hacerse con el valor necesario para relatarle la historia de su hermana Cressida, pues ni siquiera ella lograba aún asimilarla. Se sentía angustiada, porque, aunque había insistido en la clínica de rehabilitación para que le permitieran verla, le dijeron que

el plazo de dos semanas hasta que pudiera conocer a su hermana aún no había transcurrido. Mientras no la conociera y no pudiese comprender sus circunstancias, no podría recurrir a Emma, ni a Adam. Por otro lado, no tenía ni idea de si Cressida querría verla o saber de su existencia, y aquello la afligía.

Ella intentó esbozar una sonrisa cuando Trevor se le acercó y la levantó del asiento, tomándola del brazo con delicadeza. Alette sintió la firme determinación en el apretón y se estremeció por dentro. Había añorado a aquel rubio al que tanto adoraba; haberlo dejado y no haber podido hablar más con él seguía pesándole en el corazón. Trevor tenía todo el derecho a estar enfadado, pero Alette no sabía si podría soportar recibir las palabras hirientes que, sabía, él era capaz de soltar cuando se sentía acorralado o sumamente enfadado. Y ahora que la encontraba con Christian, seguro que su relación se resentiría todavía más, y Trevor no volvería a darle pie ni siquiera a entablar una conversación banal. Odiaba a Catherine Connely como a nadie por hacerle pasar momentos tan amargos.

Trevor reconoció que su madre no le había mentado, pero eso no mermó su fastidio.

—Espero que hayáis disfrutado de una cena agradable —comentó ácidamente—. Pero esta señorita y yo tenemos un par de cosas por arreglar. ¿No es así, Alette? —La miró con intensidad.

—Yo...

—No te preocupes, Trevor. De todos modos hoy estoy cansado y, aunque Alette ha sido bastante amena, no pretendía llevármela a la cama, si es eso lo que temías y por lo que has venido tan desesperado. —Christian sonrió de modo jactancioso.

De haber sido otra la situación, Alette se hubiera echado a reír por lo ridículo del asunto. Si ese era el tipo de hombre con el que Emma se iba a casar... entonces ya le tenía compasión a Christian, pues su amiga no mantenía la lengua a raya, al contrario, solía soltar lo que pensaba. Extrañaba a Emma en esos instantes y se sentía impotente porque nada parecía encajar en su vida.

—Maldito imbécil —respondió Trevor con los dientes apretados y en voz baja para que las personas a su alrededor no lo oyeran—. No vuelvas a acercarte a ella. Si no tienes moral, debes saber que Alette es la mejor amiga de la mujer con quien vas a casarte.

Christian suspiró con hastío. Empezaba a dolerle la cabeza.

—Trevor, Trevor, Trevor. Creo que con el paso del tiempo debes haber aprendido que no me llevo bien con las órdenes. Solo sigo mi propio ritmo y mi propia moral. Y ya que vamos a ser... esto... parientes políticos —gesticuló con desprecio—, preferiría continuar sosteniendo conversaciones educadas con un antiguo amigo de aulas, en lugar de liarnos a golpes. Es poco elegante, ya sabes. —No pudo resistir lanzarle una pulla. Alette era atractiva, pero no estaba interesado de verdad en ella. La idea de ligar con alguien esa noche se le había pasado tan pronto como Alette se sentó a su lado en la mesa.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente. ¿Qué es eso de que te vas a casar con mi hermana? ¿Y qué es eso de que vas a dirigir la empresa de *mi* familia?

—Pues voy a casarme, sí, y también a dirigir tu empresa. Los detalles pregúntaselos a tu padre —le espetó Christian, acomodándose la chaqueta.

Se midieron con la mirada.

Alette dudaba de que la palabra *amistad* encajara entre esos dos; aunque, si alguna vez lo

había hecho, le habría gustado verlos. Porque, conociendo a Trevor, seguro que había sido un amigo estupendo. No conocía a Christian, pero sí sabía que Trevor elegía cuidadosamente a quienes lo rodeaban.

—¡Felicitaciones, Christian, por tu compromiso con Emma! —le dijo Alette interrumpiendo lo que iba a ser el inicio de una discusión. Luego cogió del brazo a Trevor para instarlo a abandonar el restaurante. No le apetecía pasar un mal rato en ese lugar; ya tenía suficiente con Catherine y sus intrigas—. Estoy segura de que más adelante podréis veros de nuevo, pero ahora nos vamos. —Le dedicó una sonrisa cautivadora al rubio más testarudo que había conocido—. ¿Verdad, Trevor?

Se despidieron, y Christian abandonó el restaurante primero.

Trevor conducía por la autopista como un poseso. Alette estaba asustada por la explicación que seguramente él estaba esperando de ella. No le podía soltar que su madre era una mujer calculadora, y para nada la dulce mujercita que Emma y él creían. Que la estaba chantajeando para no difundir el secreto de su hermana y el pasado oculto tras su existencia. Además, ¿cómo iba a poder hablarle de Cressida? Ni ella misma sabía cómo reaccionar frente a esa historia. No se avergonzaba, pero temía que él sí lo hiciera. El círculo social que rodeaba a los Connely era muy crítico y rígido. Y esa clase de noticias seguramente la convertirían en una paria social; a Alette no le importaba por ella, sino por él.

Pasaron rápidamente por varias calles londinenses que ya, a medianoche, estaban poco transitadas, hasta que se detuvieron fuera de los apartamentos donde él vivía.

—Baja.

—Trevor, yo...

—Ba-ja —repitió con los ojos llenos de furia contenida.

Con un suspiro, Alette bajó del automóvil. Su genio no era habitualmente tan calmado, pero sabía en lo que estaba metida, y no quería soltarle alguna frase desafiante. Se sentía atrapada, pero en esta ocasión no había modo de escapar.

Entraron en el ascensor, pero él ni siquiera la tocó. Actuaba como si le repeliera su cercanía, y eso a ella le encogió el corazón. También estaba asustada, pues nunca había visto a Trevor tan enfadado. Era coqueto y juguetón, también bromista, y cuando hacían el amor era un hombre tan considerado y detallista que la hacía sentir la mujer más hermosa del mundo. Todo iba bien, hasta que tuvo la mala suerte de que Catherine encontrara la dichosa carpeta con los datos de Cressida.

—Quiero que me des una explicación. De hecho, Alette, la exijo —le dijo con voz firme cuando entraron en el apartamento y él cerró la puerta.

La única iluminación provenía del comedor. Ella se fue a sentar en uno de los sillones *vintage* de la sala.

—No sé por dónde empezar...

—Pues por lo que se te haga más fácil —dijo Trevor sarcástico—. ¿Por qué me dejaste así sin más? ¿Cuál fue la causa?

—Yo no puedo... bueno, ahora mismo no puedo decírtelo —susurró ella.

—¡Y un cuerno, no puedes decírmelo! Me lo vas a explicar, maldita sea. —Golpeó un puño contra la pared, haciendo encogerse a Alette de la impresión por ese arranque de ira—. Estoy

cansado de devanarme los sesos buscando una razón que dé sentido a tu ridícula llamada para dejar lo nuestro. Fue cobarde, y no me lo esperaba de ti. Sabes que podía invitarte a Australia, que podíamos hablarlo, si acaso tenías alguna o algunas dudas, pero decidiste no confiar en mí y mandar al diablo lo que habíamos construido juntos —soltó con resentimiento.

Alette se empezó a desesperar. No podía faltar a su promesa, porque si lo hacía no llegaría hasta su hermana y eso implicaría ser incapaz de iluminar esa parte de su pasado. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas sin que pudiera evitarlo. Lo último que esperaba era ponerse a llorar, pero todas las emociones que llevaba acumuladas dentro se desbordaron en forma de lágrimas.

Cuando la vio sollozar, Trevor inspiró tratando de calmarse. No podía resistirse a Alette; no importaba si él estaba triste o no, pero le era imposible soportarlo si era ella quien se sentía atribulada. Era una mujer fuerte y algo más debía existir para que rompiese a llorar de esa manera tan sentida.

Pasó una mano por sus cabellos, frustrado; se sentó a su lado y puso el rostro entre las manos, sintiéndose la barba de dos días, mientras ella se mordía el labio conteniendo un sollozo.

—Alette..., mírame —le dijo reprimiendo el tono furioso—. Allie... —Adoptó un tono más sereno, aunque la rabia de verla con otro, sobre todo cuando ese otro era Christian, aún no se disipaba.

Oír cómo la llamaba de ese modo cariñoso la ablandó aún más, haciéndola llorar de nuevo. Sin poder contenerse, Trevor la abrazó. Ella dejó ir a través de las lágrimas toda su impotencia, dolor y ansiedad. Se sentía segura cuando él la abrazaba, y al mismo tiempo muy culpable por haberlo abandonado sin más.

Pasó un largo rato hasta que se calmó, y para entonces Trevor había dejado de estar enfadado, aunque no lograba entender el comportamiento de Alette. Ella solía ser muy franca, directa y sin poses, era eso lo que más le atraía de ella, pero desde hacía un tiempo atrás se había vuelto evasiva, distante, hasta que finalmente cortó el vínculo sentimental que estaban empezando a consolidar.

—Allie, tú... —Era difícil preguntarle algo cuya respuesta quería y no quería saber al mismo tiempo—. ¿Estás teniendo una aventura con el prometido de mi hermana?

La miró, y ella clavó los ojos en sus propias manos. Luego Alette elevó la mirada y lo observó en silencio, conectando por primera vez en todo ese tiempo con los ojos de Trevor. Mentirle no era una opción, no importaba más que él en ese momento, después encontraría el modo de evadir las amenazas de Catherine.

—No.

Fue todo lo que él necesitó para creerla, abrazarla fuerte y empezar a besarle las mejillas, los párpados, la nariz, hasta llegar a su boca. La besó con dolor, con amor, con dulzura y rudeza, con tristeza y añoranza.

Ella se dejó ir, envuelta por el aroma de Trevor y sus fuertes brazos, que la habían tomado en brazos para llevarla hasta el dormitorio. Sin dejar de besarla, la puso sobre la cama con suavidad y después colocó su peso encima del de ella, compartiendo así la tibieza de sus cuerpos.

Como si no hubiesen estado separados varias semanas, ni enfadados o resentidos, empezaron a

seducirse mutuamente. Sin prisas.

—Trevor... ¿Sigues enojado conmigo? —preguntó Alette desabrochándole la chaqueta y mirándolo con arrebato.

—No, Allie —respondió él con sinceridad, sonriendo al contemplar el rostro de la única mujer que amaba—. Solo quiero saber por qué me dejaste tan de repente... Te dije que te quería y una semana después de mi declaración lo dejabas todo de lado. Solo deseo saber qué es lo que está pasando, déjame ayudarte, o dime qué error cometí y fue tan grave como para que me abandonaras, pero no huyas de mí así. Te necesito conmigo. ¿Qué está sucediendo? —Entre palabra y palabra la besaba con ternura, con apremio.

A ella se le hizo un nudo en el estómago. No podía decírselo, pero sí demostrarle que ella también lo quería.

—Confía en mí, por favor. Aún no estoy lista para explicártelo —y no lo estaba en verdad—, pero puedo ser sincera confesándote lo mucho que te he extrañado. Y Trevor...

—¿Si? —dijo él mientras deslizaba hacia abajo el único cierre del vestido. Maldijo por lo bajo cuando se dio cuenta de que no llevaba ropa interior. ¿A qué había estado jugando entonces en el Savoy?—. ¿Esperabas lograr algo esta noche? —preguntó mientras introducía uno de sus dedos hasta tocar la humedad de Alette.

Ella se sonrojó, pero él no lo pudo notar porque las luces estaban apagadas.

—Solo hazme el amor, Trevor, hasta que me sienta lista para hablar —murmuró contra su boca mientras movía sinuosamente la pelvis para que el dedo travieso de Trevor la tocara un poco más—. No hay ningún otro hombre para mí. —Jadeó cuando un gemido complacido y aliviado salió de la garganta masculina, mientras ella sentía cómo la lubricaba con su propia humedad—. Solo demuéstreme cuánto me quieres, y confía en mí..., por favor, cariño...

Y eso hizo él: le demostró de tantas formas y con tanto placer cuánto la amaba que Alette se sintió en éxtasis mientras sus cuerpos intentaban recuperar el tiempo que habían pasado separados, hasta muy entrada la madrugada.

—Te quiero, Allie —le susurró Trevor al oído y la atrajo más hacia sí.

—Y yo a ti... —murmuró ella antes de quedarse dormida entre los brazos cálidos y protectores, exhausta. Después de tantos meses de desasosiego, al fin pudo sentirse un poco en paz.

Christian necesitaba un buen chapuzón, por eso cuando llegó a casa fue directamente a zambullirse desnudo en la piscina templada. Disfrutó de la temperatura del agua mientras daba algunos largos. Entre descanso y descanso pensaba en el encuentro curioso que había tenido con Alette. No le pasó desapercibido el cambio repentino de actitud de la muchacha.

Al principio, ella se había mostrado bastante decidida a que salieran del Savoy, a hacer algo más que contarse mutuamente sus vidas. Luego pareció cambiar de opinión, y empezó a explicarle que había visto la foto de Emma junto a él en el periódico; acompañó el tema con un relato de cómo habían llegado a ser amigas. De prever que esos Martini a los que invitó a Alette la

incitarían a hablar de Emma, le habría propuesto un café.

Al poco tiempo de iniciar la conversación, el tono de Alette se volvió cauto y dejó de ser chispeante, aunque en ningún momento perdió la sonrisa, en especial cuando le comentó que, ahora que él iba a convertirse en el esposo de Emma, quería hacerle una confidencia. Él se mostró reticente, y quizá ella lo notó porque la voz femenina adquirió un matiz tenso cuando le murmuró:

—Es importante lo que me gustaría contarte, Christian; creo que tú me puedes ayudar. Y a cambio, puedes considerarme una amiga.

Él estuvo a punto de echarse a reír. No necesitaba ninguna amiga, y mucho menos una que pudiera resultar igual a Emma.

Ya se toparía nuevamente a Alette, pero por ahora tenía algo más importante que hacer. Por ejemplo, ultimar los detalles de la negociación en Nueva York, y la licencia para casarse con Emma para poner en marcha los planes que había esperado poder llevar a cabo desde hacía muchos años. Después de casarse, podría mantener su libido satisfecha con alguna amante; para entonces su negocio iría viento en popa, y su venganza estaría cumplida. Con una sonrisa felina, afianzó con energía las brazadas en el agua. De pronto se sintió exultante ante las perspectivas que tenía en su panorama.

Capítulo 11

Cuando Emma aparcó el automóvil en Milestones, la lluvia arreció. Al empezar a caminar hacia su trabajo no pudo evitar mojarse. Se había olvidado el paraguas en casa, a pesar de que consultó dos veces el pronóstico del tiempo entre el peinado y el desayuno.

Se topó con la curiosa mirada de Peggy detrás del escritorio de la recepción al verla completamente mojada. Peggy era una mujer de sesenta años con un hijo con síndrome de Down. Había enviudado hacía tres años y trabajaba en la fundación desde que había sido abierta al público.

—Señorita Connely, será mejor que se cambie pronto. En el cuarto de baño están las toallas, y ya le digo a Daisy que le traiga algo de ropa de su casa.

Daisy era la chica que se encargaba de la mensajería, y tenía una moto Vespa color fucsia con la que iba a todas partes.

—Ufff, te lo agradecería mucho —le respondió Emma encharcando el suelo del immaculado recibidor con su vestido blanco de punto, a media pierna y de cuello alto empapado de agua.

Dio gracias a que no hubiera nadie en el ascensor y aprovechó para quitarse el abrigo, la bufanda y los guantes, también mojados. Cuando llegó al segundo piso, donde estaba su despacho, se deshizo de los zapatos. El decorado que había elegido Alette para el edificio de dos plantas era una combinación de diversos tonos de café y blanco. La oficina de Adam estaba justo enfrente de la suya; la luz estaba apagada. Emma miró su reloj; ocho de la mañana. Seguro que ese día Adam estaba atendiendo alguna entrevista radiofónica.

Encendió la calefacción y se sacó las medias. Tiró la ropa mojada sobre el suelo. Se frotó las manos para entrar en calor, hasta que el calentador empezó a despedir un aire más cálido, que ella aprovechó hasta que se sintió más calentita. Le gustaba su despacho. Amplio, con un gran escritorio de caoba, su ordenador de última generación, una gran ventana, la estantería, una minisala con una mesa de centro para mayor comodidad de sus pacientes, y los títulos y certificados universitarios adornando las paredes. La única foto de su familia estaba junto al monitor del ordenador.

Estaba tan ocupada tratando de entrar en calor que al principio no se fijó en el ramo de orquídeas que lucía sobre su escritorio; cuando lo hizo, sonrió. «Seguro que es de Christian», fue lo primero que pensó. «¿Por qué sonrío ante esa idea absurda? ¿Me ha trastocado la lluvia?», se recriminó agitando el cabello para que las gotas de agua terminaran de escurrirse. No podría salir de la oficina hasta que estuviera más seca... si acaso lo conseguía. Solo esperaba que Daisy le

llevase ropa.

Dejó los zapatos a un lado de la estantería de libros que estaba frente al escritorio y avanzó con los pies descalzos para ver la tarjeta que sobresalía de la orquídea más grande del ramo.

Em:

Estás tan hermosa como siempre. Acepta estas flores. Sal conmigo y, antes de casarte, escúchame. Solo te pido una cena.

Te quiere aún,

Jared.

«¿Te quiere aún?» Qué ganas de reírse le dieron. Dejó la tarjeta entre las orquídeas de mala gana, pero decidió no tirar a la basura unas flores tan bonitas. No había visto a Jared desde hacía tanto tiempo que no se puso nunca a hurgar profundamente en sus propios sentimientos. ¿Lo seguía queriendo?

No. El tiempo había hecho su sabio trabajo. Descartó por completo la posibilidad de responderle o hacerle saber de ella. Esa etapa de su vida estaba superada. Sin dolor ni rencor.

Con la cadera apoyada contra el escritorio, y el pie derecho sobre el izquierdo, estiró la mano en la que reposaba el diamante que le había regalado Christian. Brillaba con la luz del despacho, y parecía ser como una señal de esperanza en medio de la niebla que acariciaba Londres esa mañana. Moviendo el dedo anular, pensó que le habría gustado que aquel anillo realmente representara algo genuino, y no una transacción de negocios.

Desde que tenía ocho años había compartido con Alette aquellos sueños de niñas. Primero el príncipe azul, que a medida que crecían se transformó en el chico guapo que cantaba en la banda de la escuela, y más tarde, durante la adolescencia, en la estrella del pop del momento; pero ahora que eran adultas se inclinaban por encontrar un hombre distinto: real.

Emma había carecido de la calidez o el afecto de sus padres, pues su relación con Rory en raras ocasiones era estrecha, y resultaba tan ocasional que a ella se le olvidaba lo que se sentía al compartir cosas con él. Aquella cercanía y comprensión que tanto había buscado la obtuvo de sus niñeras; había adorado a Holly, quien había estado con la familia desde que su padre era un chiquillo y que ahora vivía, retirada, en una casa con sus nietos. Fue Holly quien le infundió el valor de la lealtad y la enseñó a querer, con pequeños gestos y detalles sencillos que para ella lo fueron todo. Gracias a esa niñera había aprendido lo que era el cariño y la humildad, y también pudo descubrir que en su interior había un corazón dispuesto a amar.

La entristecía que el hombre con quien se iba a casar lo fuese todo menos lo que ella buscaba y necesitaba en su vida. Era guapísimo, encantador cuando quería y, por supuesto, sexi. Unos complementos que sin duda eran un plus a su inteligencia, cultura y sagacidad. Sin embargo, casarse por un chantaje no era la idea que ella tenía de vivir una experiencia tan única como el matrimonio.

La habría hecho feliz saber que podía contar siempre con alguien; que, al llegar a casa, encontraría un abrazo y solaz. Experimentar con esa persona el simple hecho de estar con ella; sin hablar, pero entendiéndose completamente; mirarse y decírsele todo. Llorar y reír. Pero, sobre

todo, amarse profunda y sinceramente. Christian lo había arruinado todo.

Además, también le preocupaba la fidelidad. ¿Cómo iba a permitir que él la tocara más íntimamente de lo que lo había hecho en casa de Lionel, si luego hacía lo mismo con otras? Quizá era un matrimonio sin cimientos ni veracidad, pero ella tenía principios. Desconocía en qué momento su amor platónico de juventud la empezó a ver como una mujer fácil y que andaba de aventuras con otros hombres. Lo que compartía con Christian era... explosivo. Y eso la preocupaba mucho, porque nunca se había sentido así con nadie. Habitualmente tenía sus emociones equilibradas y bajo control, pero cuando él estaba cerca todo era un torbellino.

Entre conversaciones, reconocía que Christian podía ser atento e ingenioso; a veces le decía algo que la hacía reír. Y cuando ella reía notaba que la expresión de los ojos azules de Christian cambiaba, pues aparecía un destello distinto en ellos. Quizá se debiera al hecho de que siempre la desaprobaba; por ello, ver un cambio de él hacia ella le generaba una sensación agradable.

—¿Cómo está la psicóloga más guapa de toda Gran Bretaña? —Adam abrió de pronto la puerta. Al ver las flores y el estado del atuendo de Emma, elevó una ceja interrogante—. ¿Qué has estado haciendo aquí en mi ausencia?

Dejando a un lado lo que tenía en la cabeza, Emma se le acercó riendo y lo abrazó. «Qué maravilloso es poder contar con él. Si no fuera gay, juro que nos habríamos casado.»

—¡Ah! ¿De qué nos reímos? —preguntó Adam mientras le cogía el rostro pecoso entre las manos y le daba un beso en cada mejilla—. ¿Acaso he dicho algo gracioso?

Era bueno reírse con alguien que la comprendía.

—Estaba pensando que si tú y yo nos casáramos, yo sería muy feliz. Pero me conformo con que seamos amigos; si fuera tu mujer tendría que pagar todas tus cenas y arreglar tus entuertos —le empezó a decir cuando él se acercó a ver la tarjeta que ella había dejado sobre las orquídeas—. ¡Deja eso! —exclamó cuando lo vio leyendo. Le quitó la tarjeta y la lanzó sobre el borde del escritorio.

—¡Niña! Eres un peligro para mi curiosidad —comentó él con una sonrisa—. Te tengo preparada una gran sorpresa.

—¿Sí? ¿Me vas a librar de Christian Hawthorne? —preguntó con sorna.

—¡Imposible! El hombre es demasiado guapo para dejarlo ir. Aunque algo altanero, seguro que de algo debe servir —le dijo Adam con un guiño; como respuesta, ella le dio un leve empujón para que dejara de bromear—. Así que no solo te pretende un hombre: ahora ha vuelto nuestro infiel consumado. —Se refería a la firma de Jared en la tarjeta en un tono tragicómico.

—Ufff —bufó Emma—. Ni que lo digas. Vamos, cuéntame la buena noticia. Porque, con el baño gratuito de esta mañana, tendré suerte si se me termina de secar el vestido.

—Oh... así que ese era el mensaje.

—¿Eh?

—Me ha dicho Peggy que te comentara que Daisy ha llamado para decir que está enferma y no podrá hacer el encargo.

—¡Ay, Dios! Ojalá no me enferme. —Se acercó a subir la calefacción—. ¿Crees que este vestido tardará mucho en secarse?

El la observó apreciativamente. Le gustaba el buen gusto que tenía Emma para vestir. Adam

tenía debilidad por los zapatos y cinturones, y a veces iban juntos de compras. Ella era como su hermana, o al menos la hermana que necesitaba que lo aceptara tal y como era.

—Crucemos los dedos, Em. —Le hizo un guiño—. Bien..., ya que estamos en ambiente festivo —intentaba darle un toque gracioso al hecho de que ella se fuera a casar en cuatro días—, permíteme decirte que tengo tu vestido de novia.

Emma no sabía si echarse a reír o echarse a llorar. Y él pareció notarlo.

—Emma, no te pongas así... Mira. Busquemos el lado bueno del asunto. Saldrás espléndida en las fotos, y las mujeres no se acercarán a Christian, por lo menos en un tiempo... Aunque siempre puedes fugarte de la iglesia. Estilo Hollywood. ¿Qué dices? Yo conduzco el coche, te llevo hasta la iglesia y luego, cuando menos se lo esperen, sales corriendo y yo...

—¡Calla! —le pidió ella con una carcajada—. Calla... —repitió recobrando el aliento—, me haces reír en un momento en el que verdaderamente quisiera llorar. ¿Cómo puedes creer que un día tan importante sea una vulgar transacción? Y si se quiere ir con mujeres, a mí qué más me da: que lo haga.

Él la miró. Ni ella misma se creía lo que estaba diciendo, pero Adam no la contradujo.

—¿No me vas a preguntar quién ha diseñado el vestido? —le preguntó él con una emoción casi infantil.

—Adam, no tenías que haber hecho esto. —Le dedicó una mirada agradecida.

—¡Claro que sí!

—Por eso te quiero. Ahora dime, ¿quién ha diseñado el vestido?

—¡Vera Wang!

—¿Ah, sí? —Quería saber más detalles—. ¡Dime!

—¡Sí! En exclusiva para Emma Victoria Connely —declaró Adam con orgullo—. Digamos que le debía un favor a un amigo de un amigo... que también me debía un favor. —Chasqueó los dedos, y ella volvió a reír—. Así que este es el resultado: un vestido exclusivo de Vera Wang para la novia más hermosa de toda Gran Bretaña.

—Oh, Adam..., eres el mejor amigo del mundo. —Le echó los brazos al cuello mientras se le saltaban las lágrimas.

—Vamos, vamos, no llores, ya sabes que luego se te hinchan los ojos. ¿Tienes muchas citas hoy? Son apenas las... —consultó el reloj de la pared de Emma— nueve y media de la mañana.

—¿Apenas? ¡Has llegado tarde! Y quiero saber los detalles.

—Así que nos recuperamos de la emoción, mi general, y empezamos a trabajar. —Ella lo miró con seriedad. Él ya sabía que había dejado la dulzura y la alegría relegadas por el trabajo. Para él también era muy importante, así que dejó la broma—. Te entregaré el vestido hoy por la noche.

—Gracias, Adam.

—No hay de qué. Y en cuanto al tema de trabajo, fui a una entrevista para la BBC Radio, pero aparte de eso tenemos un caos.

—Cuéntame...

El resto de la mañana estuvieron planificando cómo iban a ajustar la agenda, porque al día siguiente llegaba Gordon Morrison, un doctor especializado en una terapia revolucionaria para controlar la ansiedad en los niños. Y ambos querían entrevistarse con él, mostrarle las

instalaciones y convertirlo en un contacto importante para vincularlo a largo plazo con Milestones.

Emma atendió a un par de pacientes. Les hizo una dinámica en la sala de juegos. Y las horas volaron. Adam se unió a un par de consultas para brindarles su punto de vista. A las ocho de la tarde estaba exhausta. Su ropa se había secado, pero, más que por la calefacción, fue gracias a que Emma se encerró en el cuarto de baño para colgar bajo el secador automático su vestido. Cuando casi había llegado la noche, su estómago empezó a protestar de hambre.

Durante varios años se había mantenido alejada de la manía de pedir comida a domicilio. El motivo era sencillo: comer se había convertido en la vía de escape para combatir el estrés emocional o académico en el que se encontrara. Estuvo en tratamiento con nutricionistas y psicólogos, para recuperar, aunque con altibajos, su autoconfianza, así como también la figura adecuada a su peso y edad, diecinueve años. Le costó muchísimo, sobre todo el proceso para recobrar su autoestima. Ahora tenía el trastorno alimentario totalmente superado, y comer ya no era un suplicio, una vía de escape ni un motivo de culpabilidad, por lo que se decidió a encargar comida china.

Llamó a Adam por el interfono, y él, otro fanático de los rollitos de primavera, se unió a la cena improvisada de esa noche.

Entre los dos despejaron el despacho de Emma, y luego se dejaron caer sobre la alfombra. Ella marcó un número que sabía de memoria. Su restaurante favorito de comida china.

—Hola, Meimei —saludó Emma con la voz suave que la caracterizaba—. ¿Sabe quién soy? —preguntó cuando al otro lado se quedaron en silencio.

—Mmm... ¿Niña Emma?

—¡La misma! —le respondió alegre.

—Creo que no debería llamarme... Ya sabe lo que ocurrió aquel año que engordó tanto y...

—No te preocupes, Meimei. No va a ser para mi sola. Hoy me acompaña un amigo que también siente debilidad por tus rollitos de primavera.

—Si es así, déjeme decirle que la echamos de menos, sobre todo porque nadie ha mostrado tanto entusiasmo por la sopa de verduras como usted. ¿Qué va a querer esta vez? —preguntó con acento asiático.

—¡Vaya tentación! Quiero conocer las novedades de tu cocina —le dijo, mientras Meimei Xien, que era dueña de un sencillo pero delicioso restaurante chino en el Chinatown de Londres, le explicaba los nuevos menús—. Uhhh, suena exquisito. Bien, queremos entonces: el menú 14, dos del 19, tres del 2 y dos del 21. Sin olvidarte de dos porciones de rollitos de primavera con mucha salsa de soja.

—De acuerdo, Emma. ¿Adónde los envío?

Cuando acabaron la cena, Emma se quedó introduciendo en el ordenador las citas del día siguiente. Coordinó detalles con el hotel que hospedaría al doctor Morrison. Una vez que hubo terminado todo, apagó las luces y bajó en el ascensor para ir por su coche.

Lo que más le gustaba de su fundación era la tecnología que había implementado para que todo

fuera más rápido y óptimo. Además de que era un servicio extra para sus pacientes si necesitaban conexión a Internet. Se sentía orgullosa del gran trabajo que Adam y ella habían conseguido en ese lugar.

Cuando llegó a la planta baja se despidió de Peggy, y de Brandon, el jefe de seguridad. Él le ofreció acompañarla a su coche, pero ella rehusó, porque aún no era tan tarde como para no poder caminar sola las dos calles que la separaban del aparcamiento.

La temperatura había descendido considerablemente. Los días de noviembre podían ser toda una novedad en Londres debido al clima tan cambiante previo a la llegada del invierno. Aceleró el paso para entrar en calor.

Las únicas pisadas que oía con el eco del pavimento eran las suyas. Pero cuando estaba próxima a llegar a su vehículo, el eco de un par de zapatos distinto la empezó a acompañar. Se detuvo y miró hacia atrás. Nada.

Corrió hasta su automóvil.

Cuando llegó hasta el Range Rover se quedó conmocionada. Alguien se había tomado el tiempo suficiente como para reventarle todos los cristales, pincharle los neumáticos y dejarle una hoja sucia y escrita sobre el destrozado parabrisas.

Temblorosa, sacó el móvil.

Diez minutos más tarde, Adam aparcaba y corría hacia ella. Emma estaba temblando y él la abrazó, mientras con la mano libre llamaba a la policía. Se cercioró de que no le hubieran hecho daño, de que estuviera bien. Ambos sabían quién era el causante de ese atentado.

—No puedes quedarte aquí sola, Emma. A partir de mañana te pasaré a recoger por tu casa. Las discusiones no se permiten. Así que ni lo intentes.

Ella negó con la cabeza. Se moría de miedo.

—Adam, estoy asustada... Mañana viene el doctor Morrison. Hoy tenía pensado quedarme en mi apartamento para terminar de leer los resultados de los test que hicimos por la tarde. ¿Y... y si está allí esperándome? —preguntó con voz temblorosa.

—Tranquila, Em. Yo me encargo del doctor Morrison, tú no vas a ir a tu apartamento ni a tu casa de Mayfair. ¿Está claro? —Ella asintió—. Bien, me alegro de que no discutas. Te puedes quedar en el piso que tenemos George y yo. Aunque es un poco celoso, seguro que entiende que ahora tú me necesitas.

—¿Estás seguro...?

—Absolutamente. —Estrechó el abrazo—. No vas a molestar. Oye, cariño, ¿no crees que deberíamos contarle esta situación a tu futuro esposo? —marcó las últimas palabras con desdén.

—Ni hablar —replicó Emma enfática—. No quiero involucrarlo en mi vida privada.

Él la miró como si hubiera dicho algo completamente incoherente.

—Emma..., ese hombre va a acostarse contigo durante los próximos años; será el padre de tus hijos. —Él notaba cómo ella se crispaba. «Desafortunado comentario» se dijo, pero continuó—. Y además, qué diablos, dirige la empresa de tu familia... Lo sabe todo.

—Adam, puede que ese idiota lo sepa todo de los negocios, pero no me conoce en absoluto. Y no va a ser el padre de ningún hijo mío, porque ese matrimonio es una farsa y tú lo sabes mejor que nadie. Christian para mí es un enigma. ¿Durar años? ¡Bah! Eso si antes no nos matamos el uno

al otro. Además, me acueste o no con él, ese no es un tema que quiera meditar en este preciso instante —dijo con voz cansada—. Por favor, deja esas tonterías, que tengo bastante con el susto que me ha dado encontrar el coche destrozado. —Señaló su Range Rover averiado con el índice—. Me siento sobrepasada, Adam. —Recostó la cabeza en el hombro de su amigo.

—De acuerdo, lo siento, Em. —Le dio un beso en la sien—. ¿Aceptarás entonces quedarte esta noche con George y conmigo? Bueno, será conmigo más bien, porque George llega esta madrugada de Edimburgo.

—Sí, Adam, me quedo contigo. Muchas gracias.

—No me las des; sé que tú habrías hecho lo mismo o más por mí.

Las autoridades les indicaron que esperaran los resultados de las pruebas que le harían al coche, y a la nota dejada sobre el parabrisas, en busca de pistas para determinar quién había sido el autor o la autora del atentado. Ninguno de los dos mencionó sus sospechas sobre el susodicho, pues esperaban que pronto les entregarían las pruebas; así sería mucho más rápido presentar cargos contra el padre de Elijah. Tras realizar las declaraciones pertinentes a la policía, y constatar que su coche no serviría hasta dentro de un buen tiempo, Emma al fin se fue con Adam.

—¿Por qué no les pediste que te dejaran leer la nota? —preguntó Adam, mientras arrancaba el motor de su Jaguar.

—No creo que tenga mucho sentido continuar atormentándome. Si la policía cree que debemos conocer algo más para protegernos mejor, entonces tendremos noticias tuyas —argumentó Emma, recostando la cabeza contra el respaldo del asiento de cuero.

—Tienes razón. Ahora vamos a olvidarnos de este asunto por un momento; ha sido un largo día.

Christian estuvo reunido gran parte del día con inversores franceses que querían integrar nuevas tecnologías de procesamiento alimentario para Art Gourmet. Los magnates buscaban implementar también un nuevo sistema de embalaje de mayor rapidez para H&E. Estuvieron negociando los términos durante cinco horas. Una vez que llegaron a un acuerdo sobre las regalías y los costos de inversión, Christian se despidió y los dejó en compañía de sus abogados.

—Dorien —llamó presionando la tecla del teléfono en su despacho—. Póngame con Emma Connely, por favor.

—De inmediato, señor Hawthorne.

Le había prometido a su prima que iba a presentarle a Emma. Él tenía pensada una cena ligera, y así Olivia dejaría de incordiarlo insistiéndole en conocer a la heredera de los Connely. Por otra parte, Christian no había tenido noticias de Emma en todo el día. Le había dicho claramente que tenía que trabajar media jornada en la empresa, y ese era el primer día en que empezaba su vinculación a la compañía familiar. La pelirroja se había pasado de lista. Él era el jefe y ella, en ese caso, la subalterna, pero él iba a hacer ajustes a esa clase de desaires.

A pesar de que su agenda estaba copada, atendió a Rory cuando le pidió participar en la reunión con los extranjeros. Christian no se lo permitió, por supuesto, pero lo tranquilizó

diciéndole que no estaba desmembrando H&E para venderla a inversionistas foráneos, aunque le hubiera gustado hacerlo solo por darse el gusto de presenciar su desconcierto. A favor de Connely, con quien había lidiado profesionalmente desde hacía un par de días, podía decir que tenía buena cabeza para las decisiones que a otros se les escapaban y que eran básicas para resolver los puntos esenciales cuando surgían dilemas corporativos.

Lo que no le gustaba era que Catherine siempre estaba rondando por las reuniones de un modo que no le correspondía; además, se había enterado de que revisaba los informes de su marido después de cada reunión, y no tenía por qué inmiscuirse cuando su área era la decoración y cuidar el ambiente de la compañía.

La actitud controladora de Catherine lo fastidiaba. Ahora él estaba al mando. Y las cosas empezaban a cambiar. Si querían un consultor, un asesor o lo que fuese, primero pasaría por *su* filtro. Así de fácil.

Cuando Christian tomó el mando de la empresa, se informó de cada simple detalle de H&E, para poder conocerla como la palma de su mano. Fue así como llegó a enterarse de que Catherine se dedicaba a decorar o arreglar espacios, asunto que él consideraba innecesario, pero que dejaría pasar siempre y cuando no se incurriera en demasiados gastos. También se fijó en que la segunda de a bordo en ese departamento era la morena de ojos chocolate de la noche en el Savoy. La pareja de Trevor, dedujo por el modo posesivo en que su excompañero de aulas la había tomado del brazo para alejarla de la mesa que habían compartido en el bar.

Cuando Catherine le presentó a la guapa morena formalmente en la oficina, notó que entre aquellas dos mujeres existía una tensión que, de haber sido él una persona poco avispada, le habría pasado por alto. Alette le informó de las diferentes áreas que estaban siendo renovadas, le detalló el presupuesto utilizado y por utilizar, así como las proyecciones para el año siguiente. La opinión de Christian se inclinó ligeramente a su favor, pues sabía reconocer a una muchacha eficiente, y Alette demostraba serlo.

—Alette —la llamó cuando Catherine fue a atender una llamada de Hong Kong—. ¿Sabes que Emma va a trabajar en la compañía?

Ella lamentaba no haber tenido contacto con su amiga en las últimas semanas, así que no tenía ni idea. Y así se lo hizo saber.

—Trabajaré media jornada en el área de talento humano de H&E.

—Me parece extraño... Ella tiene su propia oficina en Milestones.

Él sonrió con suficiencia empresarial.

—Ahora que va a ser mi esposa, trabajará aquí a tiempo parcial; es preciso que se involucre en el negocio familiar, que, como ya sabes, ahora dirijo yo.

Ambos se encaminaron a la sala de juntas, mientras continuaban la conversación.

—Christian, ella ama realmente su trabajo; le encantan los niños. Por eso... se me hace extraño que haya aceptado trabajar aquí y dejar su fundación...

—No es algo que tenga que preocuparte —replicó él, cerrando las carpetas con los informes que Alette había dejado sobre la mesa de reuniones. No iba a entrar en detalles con ella.

La decoradora profesional lo miró con una repentina timidez.

—Oye, sobre lo de la otra noche, lo siento de verdad. Creo que pasaba por un momento algo

confuso y...

Él interrumpió su argumento con un gesto de la mano, y Alette pensó que sería muy divertido ver a Christian y Emma tratando de llegar a un acuerdo. Dos personalidades explosivas iban a crear fuegos artificiales, pero, como ahora Christian era su jefe, Alette pretendía reservarse sus opiniones para sí misma.

—No necesito que me expliques nada, Alette. Ahora vuelve a tu oficina. Preciso gente productiva. Buenas tardes —la despidió.

Otra de las cosas que Christian tuvo que despachar en el transcurso del día fue la renuncia formal de Trevor a la compañía. Christian se lo tomó bien, pues entendía que el ego de su amigo y el suyo no podían convivir en el mismo espacio. También deducía los motivos adicionales de la renuncia de su excompañero de Oxford: Rory y Trevor mantenían una relación poco cercana. El simple hecho de que fuese él quien estuviera en la presidencia ejecutiva de la empresa de la familia Connely, y no Trevor, como le correspondía, era suficiente información. Cuando su amigo le entregó la renuncia, también intercambiaron algunos comentarios sobre lo que se haría con H&E. Compartieron en silencio un coñac, y se despidieron con la misma frialdad formal con la que se habían saludado.

—Dorien, ¿qué pasa con la llamada que le pedí? —insistió Christian.

—Lo siento, señor Hawthorne. Me dijeron que la señorita Connely no había vuelto: salió de casa esta mañana para ir a su trabajo en la fundación, y tiene el móvil apagado.

—Gracias —respondió él hosco.

Colgó el teléfono.

Se puso de pie y agarró su chaqueta. Ya había tolerado suficiente ese día como para que una muchacha malcriada lo desafiara al no cumplir su parte del trato yendo a trabajar media jornada. ¡Media jornada! No le estaba exigiendo nada descabellado.

Enfadado, condujo él mismo hasta la casa de los Connely en Mayfair. Y se enfadó más todavía cuando Catherine lo recibió y le comunicó que Emma se había quedado a dormir en casa de Adam Quenell. Creyó percibir un cierto placer en la voz femenina al decirle dónde podría encontrar a su hija, pero ni siquiera reparó más de un segundo en ello.

Emma se había puesto una camisa de George a modo de pijama. La prenda le llegaba hasta media pierna. En un principio pensó en ir a su casa para recoger algo de ropa, pero estaba tan cansada que solo necesitaba un poco de relax.

Adam había ido a comprar una pizza y ella en ese momento se estaba preparando un té. Le dolían los pies, así que prefirió andar descalza sobre las alfombras persas. Sentir el suave tacto del tapiz era una caricia deliciosa para sus pequeños pies. El cabello lo tenía suelto en toda su longitud, hasta media espalda; una suave cascada rojiza y ondulada que ella aprendió a apreciar con el tiempo.

Empezaba a acomodarse en el sillón, a la espera de Adam, cuando llamaron al interfono del edificio. Comprobó el reloj de pared. Su amigo apenas hacía cinco minutos que había bajado para

comprar. ¿Habría vuelto George antes de tiempo?

Pulsó el botón que abría la puerta principal, y dio un sorbo al té. Se moría de hambre. No pasaron ni diez segundos cuando sonó el timbre del apartamento. Sin pensárselo dos veces, fue a atender.

Abrir la puerta fue la parte fácil; la difícil, ver un par de inesperados ojos azules despidiendo furia desde un metro ochenta y cinco de estatura. Intentó cerrarle la puerta en las narices a Christian, pero él tenía más fuerza y se lo impidió.

Si hubiera estado en un campo de batalla, y las miradas pudieran asesinar, ella estaría aniquilada en ese instante. Muy a su pesar, no pudo evitar observar la camisa gris de Christian con dos botones desabrochados, las mangas remangadas, el cabello ligeramente despeinado y los zapatos a juego con la ropa.

—¿No me invitas a pasar? —le preguntó con una calma que a Emma le produjo escalofríos en la columna vertebral. Y sin esperar a que ella dijera nada, entró en el apartamento y cerró la puerta tras de sí.

La estudió de pies a cabeza. Y se detuvo en sus muslos, apenas cubiertos por la camisa de George. Emma empezó a retroceder, conforme él avanzaba hacia ella.

—Me gustaría saber qué haces medio desnuda en la casa de otro hombre —dijo Christian con tono acerado.

—Verás... —Emma giró el anillo de compromiso, dejando la piedra hacia la palma de su mano.

—¿Otro revolcón con Quenell? —Le tomó la cara con una sola mano, presionándole ligeramente las mejillas sin causar ningún daño a la tersa piel—. ¿No tenías que trabajar hoy en H&E?

«Se me ha olvidado completamente. Cambiar la rutina de mi vida no resultará fácil.»

Él continuó avanzando, hasta que ella se topó con el borde de la mesa de centro con la parte posterior de las rodillas. Emma lo miró a los ojos, y recordó que ese era un gran error táctico.

—Christian...—murmuró cuando él soltó su rostro—. He tenido un día muy difícil. Y esto no es lo que parece. De verdad, estás exagerando, déjame explicarte —le dijo en tono cansado. Si quería que le diera detalles, se los daría; si quería su cabeza, también. No tenía fuerzas para aguantar la descarga de energía que suponía para ella enfrentarse cada vez a él, quien parecía no cansarse nunca.

—Lo único que te voy a dejar explicar es que mañana te casas conmigo. Se acabó lo de esperar cuatro días más para que se cumpla el plazo de dos semanas. Además, ya tengo la licencia de matrimonio, y el contrato prenupcial te lo enviaré mañana al amanecer con uno de mis choferes.

—Pero...

—Así que te recomiendo que pongas fin a la relación con tu amante. Ya te dije que yo no comparto —«y yo tampoco comparto», le quiso decir Emma—; además, no me gustaría que la prensa se inmiscuyera aireando tus aventuras y poniendo en entredicho la imagen de mis empresas. Deja de pensar como una niña y madura de una buena vez.

—¿Qué dices! Él no es mi amante; de hecho, a Adam no le gustan las...

—¿Interrumpo algo? —preguntó Adam entrando en la sala con la pizza. Hacía unos minutos

que había llegado al apartamento, pero Emma y Christian estaban tan ensimismados discutiendo que no lo habían oído.

—Absolutamente nada —respondió Christian con acritud de espaldas a Adam. Se alejó de Emma, como si su cercanía lo quemara, pero sin dejar de mirarla fijamente mientras continuaba hablando—: Puedes disfrutar del cuerpo de tu amante por última vez, Quenell. Seguro que no te resulta nada difícil que se abra de piernas para ti, siempre y cuando le brindes la seguridad económica necesaria. —No había pretendido ser vulgar diciendo semejante tontería, pero le hervía la sangre. No era propio de él sentir celos, pero era exactamente lo que estaba experimentando en ese momento. A Christian no controlar la situación lo ponía de pésimo humor, pues estaba habituado a dar órdenes y que se cumplieran; los desafíos de Emma lo enervaban.

Antes de llegar a la casa de Quenell, Christian había pasado por la oficina de la fundación para ver si acaso ella se encontraba ahí. El guarda no quería dejarlo entrar, pero por algo era el dueño y magnate de un imperio. Subió hasta la oficina de Emma, y ver las flores con el nombre de su antiguo novio no le hizo gracia alguna. Si no supiera, por sus investigaciones sobre Emma y su familia, que el tal Jared la había engañado y por eso habían roto tiempo atrás la relación de pareja que tenían, se habría puesto más furioso de lo que ya estaba en ese instante. Nadie se burlaba de él. Nadie.

Adam miró sorprendido a Christian. «Cómo se arrepentirá cuando se dé cuenta de la estupidez que está cometiendo», pensó y, en lugar de replicar a su grosería, le sonrió como si hubiera soltado cualquier cosa menos una ofensa a su mejor amiga. Había optado, después de que Emma lo reprendiera por defenderla de Christian en la piscina de su casa días atrás, por dejar que ella librara sus propias batallas con Hawthorne. Para Adam era evidente que ambos se sentían atraídos el uno por el otro, pero también era cierto que estaban cegados ante esa idea. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde cuando llegaran a un punto crítico en esa historia, del que quizá no hubiera retorno.

—¡No te atrevas a insultarme, maldito seas! —explotó Emma—. Lárgate de aquí. No me voy a casar contigo. Nuestro acuerdo está roto. No quiero saber nada más de ti —dijo empujándolo con todas sus fuerzas, hasta que él se alejó—. ¡Fuera!

Los ojos de Emma desprendían chispas verdes como fuego líquido cuando se enojaba. Condenada fuera su suerte, porque Christian quería volver a tocarla como había hecho en el jardín de la casa de Lionel. Pero no podía, no en ese momento..., y no después de la vulgaridad que le había dicho. No se reconocía a sí mismo.

Lo peor de todo era que Christian estaba viviendo una tortura visual en ese instante, porque Emma no se había dado cuenta de que la curva de uno de sus senos de terciopelo estaba brindándole a él un espectáculo a través de la abertura de la camisa que, por el esfuerzo de hacerlo retroceder, se había abierto más de lo debido.

—Sí te casarás conmigo. —Incluso a unos palmos de distancia, ella sintió que la fijeza de su mirada quemaba—. Mañana a las cinco de la tarde te quiero en la iglesia. No habrá fiesta. No habrá ceremonia fastuosa. Ya sabes que esto es un arreglo.

Era la orden de un hombre acostumbrado a mandar sobre más de diez mil personas cada día, a través de directrices emitidas por teléfono, en persona y a través de correo electrónico. Pero ella

no recibía órdenes de un advenedizo chantajista.

—No te lo voy a perdonar, Christian —le espetó con enfado y resentimiento. Ella no había hecho nada—. No te lo voy a perdonar.

—Muy poco me importa lo que pienses o sientas. Asegúrate de que toda tu familia esté presente. Sabrán adaptarse al cambio de fecha. Además, ya estás advertida —bajó la voz y se acercó a ella para que Adam no lo oyera—: tenemos un trato, y no tienes opción. A menos que prefieras ir a la cárcel y dejar sin empleo a tantas personas, y exponer al escándalo público a tu familia...

—No me voy a casar contigo, ya te lo he dicho. —Emma utilizó el tono de desdén que a veces empleaba con el padre de Elijah—. Eres despreciable. No sé cómo tienes cara para hacerle esto a otra persona.

A él no le importaba si Quenell intuía o no que el matrimonio de ambos era una mera transacción de negocios. Tenía suficiente con que Adam se enterara de una buena vez de que Emma no iba a continuar siendo su amante por más tiempo.

—Emma —pronunció su nombre como una caricia, procurando contenerse—, intenta no luchar contra lo inevitable. Mañana irás unas horas a la empresa para que te aleccionen sobre tu nuevo puesto de trabajo en H&E. A las cinco de la tarde estarás en la iglesia, y pondrás una sonrisa en tu rostro. *Te casarás conmigo* —recalcó. Y antes de alejarse, con un rápido movimiento, metió la mano por la abertura de la blusa y rozó a propósito el pezón del cremoso pecho derecho. Ella abrió los labios, sorprendida, y él aprovechó para rozarlos con los suyos rápidamente, más que como una muestra de afecto, como un gesto de advertencia. Después Christian le sonrió con insolencia y se fue del apartamento sin despedirse de Adam y dando un portazo.

Ella se quedó de pie mirando a Adam con ojos desconcertados. Su amigo no respondió a la expresión de los ojos verdes; todo había pasado tan rápido que no se dio cuenta de que aún tenía la pizza en la mano.

—¡Dios mío! Oh, querida... —Dejó la caja de pizza sobre una mesilla—. Ya entiendo por qué te altera tanto. Ese hombre no solo es tonto, sino también pura testosterona. Lo grita a metros de distancia. Respira, Emma, respira. Eso es —le decía, y trataba de serenarla—. Me habría gustado decirle un par de cosas, pero son tus batallas. Ya sabrás arreglártelas con el tiempo.

Ella hizo una mueca y se arregló la blusa.

—Me siento presionada y ya no puedo más... Anda, tráeme un poco de ese whisky que tienes guardado. Necesito embotarme los sentidos para dejar de pensar.

—Creo que la ocasión lo requiere. —Adam fue por la botella y los vasos—. Brindaremos para que el futuro no sea tan difícil de sobrellevar.

Capítulo 12

Emma era un amasijo de nervios. Se había levantado temprano, y ahora contemplaba su imagen en el espejo del lavabo con una mezcla de nostalgia e incertidumbre. Dentro de pocas horas se convertiría en Emma Hawthorne. En su dedo anular brillaba la prueba de ello: su magnífico diamante de compromiso. Suspiró resignada, pero con la esperanza de que tarde o temprano podría aclarar el gran error implícito en la acusación de Christian.

Se lavó el rostro con agua fría para espabilar. No había dormido bien, porque, además de la preocupación por lo que significaría su vida de ahora en adelante, estuvo conversando hasta entrada la madrugada con Adam. Él parecía conocerla mejor de lo que se conocía ella misma.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa? —le había preguntado antes de irse a la cama.

Se cruzó de brazos.

—Enamorarme de él..., y sé que es una estupidez, Adam, porque la verdad es que Christian es un cretino. Sin embargo...

—Sin darse cuenta, te ha dejado entrever ciertos matices de su personalidad que te desconciertan —completó el comentario de su mejor amiga.

Ella había soltado entonces una carcajada, porque fue como si Adam le hubiese leído la mente.

—Así es.

Él se encogió de hombros.

—No sé por qué te tienes que preocupar, Emma. Lamento decírtelo, o confirmártelo, pero ya estás enamorada de él, cariño. Solo tienes que asumirlo y ver el mejor modo de manejarlo. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó a su habitación.

¿Y quién en su sano juicio conseguía pegar ojo con ese pensamiento rondándole por la cabeza? Ella, no.

Su reflejo en el espejo no mostraba las emociones que sentía en su interior. Ni las cosquillas de antelación por lo que sería su noche de bodas. Oh, porque estaba segura de que la habría. ¿Cómo le diría al hombre que la creía fácil y sin moral que nunca había estado con alguien de ese modo? ¿Para qué hacerle una confesión de ese calibre cuando lo más seguro es que se mofara de ella y le soltara algún comentario hiriente?

Su inexperiencia en el campo sexual la inquietaba. Él la deseaba, era evidente; pero la necesidad de ver cumplidas las promesas que le había hecho Lionel y las ganas de vengarse de no sabía qué podían más que su deseo. Eso lo notaba. Aún no encontraba palabras para definir cómo

la hacía sentir aquello con exactitud.

La noche anterior, Christian se había comportado como un... imbécil. Odiaba sentirse privada de expresarse libremente, o, peor aún, que todo cuanto pudiera decir se utilizara en su contra. ¿Qué habría hecho en su vida pasada para tener que soportar ese karma? Pero ella era una mujer fuerte y sensata. Así que llevaría con dignidad la situación. Él conseguiría su casucha, el trato en Nueva York, la venía de su abuelo para recibir el resto de regalos que venían con la herencia... Pero luego (aunque sonaba cruel pensarlo, su pragmatismo lo admitía), cuando muriera Lionel, ella le pediría el divorcio. Esa era la actitud práctica que necesitaba para afrontar la situación.

Sonrió al espejo con más optimismo. ¿Enamorada de Christian? Eso lo dejaría para más adelante, porque, si no, no saldría de casa de Adam.

Su amigo la acompañó hasta Mayfair; le dijo que el vestido de novia llegaría a tiempo, y que por el doctor Morrison no debía preocuparse, que él se encargaría de todo el asunto con el especialista. Cuando se despidió de Adam, llegaron los abogados de Christian. Emma se tomó un tiempo para leer el contrato y lo firmó a regañadientes. Luego se topó con su madre, quien la miró de reojo cuando pasó por el pasillo del segundo piso de la casa, pero no le dijo nada, ni la llamó; mejor para ella, porque no quería darle explicaciones. Seguro que Christian o su asistente ya habían telefonado para indicarles que la ceremonia se adelantaba, y seguro que a Catherine no le había hecho ninguna gracia. Pero Emma no se iba a tragar el enfado de nadie.

Se vistió concienzudamente para lo que iba a ser su «entrenamiento» en H&E. Eligió un vestido azul ajustado de cuello rectangular, una americana blanca y una cartera a juego con la americana de Chanel. Si acaso Christian creía que iba de frívola, pues bien, que saboreara sus palabras con gusto y sazón. Lo que tenía en su guardarropa lo había ganado con su esfuerzo, y no se avergonzaba de su inclinación por el buen vestir.

Se recogió el cabello con una gomilla y se aplicó un poco de rímel y lápiz labial. Eligió también unos aretes de plata con zafiros y unos zapatos de tacón fino de Jimmy Choo de color azul. Visto bueno y una vuelta de complacencia. Sonrió. Era estupendo sonreír genuinamente, después de tantos días bajo presión. Lucía estupenda para afrontar una mañana de trabajo.

Antes de salir de casa telefoneó a su maquilladora preferida, Úrsula, quien además tenía una habilidad sensacional para hacer peinados de primera línea. Con suerte estaría en casa al mediodía. Si solo iba a tener una boda en su vida —bajo las condiciones que fueran—, al menos asistiría vestida con toda la gala con la que había soñado desde que era una niña. Aunque, en esta ocasión, el gusto de lucir bien se lo daría a sí misma.

Arrancó el motor del coche que le habían dejado mientras reparaban su Range Rover, lista para enfrentarse al tráfico londinense de las siete y media de la mañana.

Olivia estaba enfurruñada en la oficina de Christian. Él intentaba mantener el buen humor, pero su prima era realmente imposible. En la silla de ruedas mecánica, se pavoneaba de un lado a otro de su despacho, reclamándole por qué no le había permitido conocer a Emma, y por qué había adelantado la boda, y por qué, por qué, por qué tantas cosas que se le escapaban a Christian de la

lista mental que intentaba hacer.

—Ya te he dicho que tuve que hacerlo —afirmó exasperado respondiendo al tema del adelanto de la ceremonia. Metió las manos en los bolsillos.

—¿Por qué?

—¡Diablos, Oli! De verdad que a veces eres insoportable. Tenemos que arreglar unos asuntos en Nueva York, y no puedo irme con ella sin que antes se convierta en mi esposa.

—Oh..., qué romántico. —Emitió un suspiro sarcástico—. ¿Hay algo más detrás de toda esta prisa que llevas? —Esta era la Olivia inquisitiva. Ella no se tragaba todo lo que su primo le contaba. Al menos no después de saber que lo que quería Christian de Emma implicaba acceso a lo que restaba de la fortuna de Lionel Hawthorne y, claro, vengarse de ella. Sin embargo, sentía algo subyacente y no lograba, o más bien no quería, escarbar en ello.

Él sacó las manos de sus bolsillos y se las pasó por el cabello.

—Sí, hay algo más. Emma va a venir a trabajar a la empresa dentro de un rato, si es que la quieres conocer. Y si tanto te apetece una celebración, le diré entonces a Dorien que organice contigo una cena. ¿Estás satisfecha?

—¡Más que contenta! —Por justicia femenina creía que Emma se merecía al menos una cena decente, a pesar de las circunstancias del acuerdo matrimonial con su primo—. Me da pena que ni la abuela Gladys ni mis padres puedan venir... Seguro que a Dorien le va a gustar organizar una cena sencilla. ¿Dónde será?

—En casa de mi abuelo, por supuesto.

—Por supuesto... —murmuró ella.

—¿Te desagrada la idea? —preguntó Christian, por el tono que había utilizado su prima.

—Es que no lo conozco de nada... Me sentiré algo incómoda.

—Lionel es una excelente persona, seguro que te intentará buscar pareja. —Se rio—. Bueno, ya que has logrado convencerme de tu cena de celebración, ahora déjame trabajar. ¿Quieres?

Ella sonrió y levantó los brazos para que él se acercara a abrazarla. Vencido por la efusividad de Olivia, la complació. Antes de desprenderse de ella, vio por el rabillo del ojo un par de zapatos azules.

—Buenos días, Christian —saludó Emma con frialdad desde la puerta. Detrás de ella, Dorien miraba con ojos suplicantes a su jefe, como si intentara decirle que no había tenido tiempo de avisarlo de que Emma estaba esperando.

—Veo que alguien ha madrugado hoy —respondió él alejándose de su prima, que miraba expectante a la mujer de la entrada.

«¿Así que esta es Emma?», pensó Olivia. Ahora entendía por qué su primito quería casarse pronto, y no era solo por la herencia, de eso estaba más que convencida. Emma poseía un aura de dulzura que daba ganas de entablar una conversación con ella; al menos era la impresión que tenía, considerando que era la primera vez que la veía en persona.

Olivia conocía a mujeres guapas, en especial esas con las que su primo solía pasearse del brazo en los eventos que ella veía en las revistas, pero pensaba sinceramente que Emma era una mujer despampanante. Christian estaba un poco chiflado con sus ínfulas y resentimientos, pero, aunque él nunca lo reconocería, había encontrado a la mujer que le iba a bajar los humos de *don*

presidente corporativo y *The White Shark* de los negocios.

—Mi horario habitual de trabajo en la fundación es este, Christian, y ya que lo has pedido, por ahora, tendré que cedérselo a H&E. Aunque no pienso descuidar los casos en los que trabajo. Que te quede claro.

Emma observó con recelo a Olivia, que estaba sonriendo. «¿Quién será esta mujer?», se preguntó, mirándole el cabello negro recogido en una coleta, en conjunto con unos luminosos ojos azules.

—¡Hola! —exclamó Olivia, adelantándose—. Tú debes de ser la famosa Emma. —Christian puso los ojos en blanco. «Ya empieza mi prima.»—. Christian me ha hablado mucho de ti...

—¿Ah, sí? —Emma contuvo una sonrisa irónica.

—Sí. Yo soy Olivia McCarthy, la prima de Christian. Y estoy más que encantada de organizar la recepción de esta noche —sonrió.

—La pri... —Emma miró a Christian interrogante. Él se encogió de hombros—. Es un placer conocerte, Olivia. —Se acercó con una sincera sonrisa y le tendió la mano para estrechársela. Sintió un ridículo alivio al saber la identidad de tan bonita muchacha. Hubiera sido el colmo del descaro que Christian llevara a una amante el día en que iban a casarse—. No sabía que habría una recepción, Christian. Toda una novedad —señaló con sarcasmo, observándolo.

—Ya sabes, estoy lleno de sorpresas —contestó irónico contemplando a Emma de arriba abajo.

—Te agradezco la molestia que te has tomado, Olivia. No debiste hacerlo.

—¡Bah! No es ninguna molestia, me gustan las celebraciones. —Le hizo un guiño—. Ahora que seremos familia, con más razón. —Christian apretó los puños: su prima estaba pasándose con sus comentarios—. Al menos así habrá un representante de la familia Breslin McCarthy por aquí. —Mantuvo su sonrisa.

—¿Cuántos son? —le preguntó Emma con interés.

Olivia iba a contestar, pero su primo (¡qué novedad!) se le adelantó.

—Emma —llamó Christian. No quería que Olivia empezara a parlotear sin cesar—. Tienes que ir a presentarte al departamento de talento humano. Olivia, deja la charla para más tarde. Aquí tenemos que trabajar; gracias por tu visita.

Su prima puso los ojos en blanco, y luego le hizo un puchero antes de accionar la silla de ruedas para salir de la oficina, dejando a Emma y a Christian solos. El ambiente se tensó apenas se cerró la puerta. Sin decir nada, él la tomó del codo con suavidad para guiarla fuera, dejando atrás su oficina.

—¿Has firmado el contrato prenupcial?

—¿Tenía opción? —replicó Emma con acidez, sin perder el paso por los pasillos de la empresa de su familia, que ahora dirigía Christian.

Él no contestó.

En el departamento de talento humano, poco habituados a la presencia de los jefes, se pusieron a organizarlo todo en cuanto vieron que se acercaban Christian y Emma. Entre murmullos, los empleados saludaron y luego continuaron con sus labores.

Él guio a Emma hasta el letrero recién colocado de una oficina: coordinadora de talento

humano. Llamó a la puerta, y entró. Emma siguió el movimiento a su alrededor en todo momento.

La rubia que estaba sentada dándole la espalda a la puerta se encontraba, al parecer, cómodamente apoltronada en la silla de cuero mientras tecleaba en el ordenador. Se giró para saludar cuando oyó que entraban en el despacho.

Lo último que Emma esperaba era ver allí ese rostro de labios rojo carmín y lustrosa cabellera dorada.

—Emma, te presento a la persona ante quien vas a tener que rendir cuentas de tus gestiones. Ella será tu jefa, Mia Kendrick.

¿Qué clase de broma de mal gusto era esa? El muy canalla le había puesto de jefa a su amante. ¡La mujer que había estado desnuda con él noches atrás! Si Christian esperaba que se sintiera ofendida por su presencia, no le daría esa satisfacción. Se sentía humillada, ¡el día de su boda nada menos! Quería llorar de rabia, pero su orgullo se impuso, y también su sentido común.

—Es un placer conocerla, señorita Kendrick. Soy Emma Connely, una de las accionistas de la empresa —la saludó con voz fría. Sentía a Christian detrás de ella, y lo que más le apetecía era echar a correr y salir de ahí.

—Ah, Emma. Sin tanto preámbulo, empecemos a trabajar entonces. —Mia la miró de arriba abajo con superioridad—. Puedes coordinar la organización de todos esos archivos que están guardados en esas diez cajas. —Señaló despectivamente un montón de cajas color ocre, amontonadas en un rincón de la oficina.

Christian hizo amago de irse, complacido de que Emma estuviera allí. Ya había hecho su parte para ponerla en su sitio, pero se detuvo cuando la oyó hablar.

—Lo lamento, Mia, pero parece que aquí hay un malentendido —dijo con voz aparentemente amable—. El señor Hawthorne quizá no le ha comentado que hoy celebramos un matrimonio. El suyo... *conmigo*. —Se complació cuando la rubia abrió la boca por la sorpresa. «Seguro que no ha leído los periódicos», pensó—. De modo que hoy no me será posible incorporarme a este departamento.

Mia intentó protestar pero, antes de que pudiese emitir palabra alguna, Emma la silenció con un gesto de la mano, y luego se giró para mirar a Christian, que echaba chispas por los ojos. Ella le sonrió del mismo modo que solía sonreír a aquellos pacientes que se portaban mal y no acataban sus disposiciones.

—Christian —le dijo a su futuro esposo—, te agradezco esta magnífica oportunidad que me brindas para contribuir a la empresa de *mi familia*, pero, no te preocupes, estoy segura de que la señorita Kendrick se las podrá arreglar sin mí, *fuera* de H&E. Porque tengo la autoridad que me conceden las acciones de mi hermano y las mías propias para despedirla. Así que no se acomode usted demasiado, Mia —dijo, y con un desprecio que no era habitual en ella, miró a la rubia, que había perdido el color del rostro—. Recoja sus cosas; la quiero fuera de mi empresa en veinte minutos. Buenos días... a ambos. —Terminó mirándolos alternativamente con una sombra de altanería, suficiencia y gran dignidad. Lo que ninguno de los dos podía adivinar era el enfado y la decepción que sentía por dentro. Sabía que Christian no la apreciaba, pero llevar allí a su amante en un día como ese ya era demasiado.

Sin esperar a que ninguno de los dos dijera nada, se alejó caminando con la frente bien alta. A

su alrededor, los trabajadores de su padre, poco habituados a verla, la observaron. Seguro que habían escuchado la conversación, pero a Emma no le importaba.

No pensaba trabajar para la zorra que se acostaba con Christian. ¿Cómo se atrevía el muy idiota a tratarla de ese modo? Él podía haber llegado a algún estúpido acuerdo con su padre; sin embargo, ella no trabajaría en esas condiciones.

Christian podía controlar la empresa, pero Trevor le había cedido a ella el paquete de acciones de la compañía, lo cual la convertía en una persona con una altísima autoridad en la junta de accionistas. Y aunque Christian quisiera llevar las cosas a su modo, existían documentos legales que respaldaban las decisiones de los accionistas mayoritarios, y Emma era una de ellos. Por otra parte, el contrato matrimonial, que ridículamente había incluido una cláusula sobre su situación laboral en la empresa, decía claramente que la situación de trabajo podía estar sujeta a cambios por circunstancias especiales; ella pensaba tomar este asunto con la tal Mia como una de esas «circunstancias especiales», por no decir humillantes.

Su hermano la había informado el día anterior, con una llamada telefónica, de que le cedía su paquete de acciones, porque había renunciado a la empresa. Para ella fue un *shock*, pues sabía cuánto tiempo invertía Trevor en gestiones para H&E, pero si él tenía pensado independizarse de la familia, ella lo comprendía. Al cederle las acciones, Trevor le devolvía a Emma un viejo favor: el de haberle ofrecido, años atrás, el dinero que tenía destinado a su educación universitaria para que él pudiera saldar la deuda por una de sus apuestas de coches de carreras.

Christian salió detrás de Emma y Mia se quedó en la oficina sin saber qué hacer. Los empleados del departamento de talento humano lo miraban con curiosidad, porque no solo su traje hecho a medida destilaba opulencia, sino también su porte elegante y el aura de masculinidad, lo que arrancó un suspiro tonto a más de una secretaria del departamento.

Dorien estaba conversando con Olivia sobre la cena de esa noche cuando ambas vieron a Emma pasar como una ráfaga y entrar en el despacho de Christian, y luego a él con idéntico paso, dando un portazo una vez que estuvieron dentro. Ambas mujeres se miraron con ojos sorprendidos, y luego bajaron la vista para revisar el menú con sonrisa cómplice.

—¿Qué diablos significa eso de que tú puedes despedir a alguien aquí? ¡No te permito que me desautorices, Emma! —gritó Christian; ya se le había terminado la paciencia con esa mujercita.

Ella contó mentalmente hasta cinco, y lo contempló con sus centelleantes ojos verdes.

—Lo que oyes. Tú puedes amenazarme con enviarme a la cárcel por un fraude que no he cometido —él pareció taladrarla con la mirada— y puedes vociferar a los cuatro vientos que estás al mando de la empresa de mi familia con acuerdos por préstamos de un banco y toda la tontería esa que te manejas, pero no puedes quitarme lo que por derecho me corresponde, y yo ahora soy tan accionista como mi padre. Así que, si quieres la aprobación de la junta, también deberás obtener mi consentimiento. ¿Lo tienes claro?

Christian apretó la mandíbula. Nunca nadie lo había retado de ese modo. Su expresión se volvió gélida. No iba a aceptar desafíos de un Connely.

Él se aproximó a ella, que en esta ocasión no retrocedió.

—Emma, vas a empezar a contener esa lengua viperina que tienes. —Ella se cruzó de brazos—. No he llegado tan lejos como para cometer el error táctico de desautorizar una orden tuya

frente a los empleados, porque necesito establecer unas directrices de respeto; ese es el único motivo por el que acepto que Mia se vaya. —Emma murmuró sobre lo idiota que pueden llegar a ser los empresarios con una libido demasiado estimulada—. Pero no vuelvas a dar órdenes sin mi consentimiento. ¿Te ha quedado claro?

Ella enarcó una ceja, mientras taconeaba con el pie derecho con impaciencia. Detestaba discutir, pero Christian siempre solía sacar ese lado suyo.

—Tú vuelve a desafiarme, Emma, y verás que, con o sin acciones de participación, dejaré la empresa de tu familia a la deriva, y tu precioso trasero sentado en una fría celda después de un juicio por estafa.

—Vete al infierno, Christian.

En dos zancadas más se acercó a ella, enredó los dedos en su suave cabello rojo y con firme suavidad le elevó el rostro para que lo mirara a los ojos. Ambos respiraban agitados, en una mezcla de rabia, frustración y también excitación. Porque quizá ellos podían decir que se odiaban, pero muy en su interior se deseaban con locura, y era esa sensación de electricidad que caldeaba la oficina en ese momento la que los tenía expectantes, a la espera del siguiente paso del otro.

—Ya estoy en el infierno, pelirroja —le dijo antes de bajar su boca y devorar los labios de Emma con pasión, desafío y un deseo que llevaba reprimiendo desde la noche anterior, cuando no llevaba nada más que una camisa demasiado corta en casa de Quenell.

—Te desprecio —murmuró ella, mientras Christian seducía sus labios, mordisqueándolos. Él hizo caso omiso del comentario, y a cambio soltó la mata de cabellos ondulados, para acariciarle los pómulos perfectos con los pulgares, sin dejar de probarla y transmitirle, con su boca, lo que su mente se negaba a aceptar. «Deseo. Es solo deseo», se repetía Christian mientras la conquistaba con su boca y memorizaba el sabor de lo que era la verdadera ambrosía. Ella era una mujer contradictoria para sus cánones habituales; se enfrentaba a él, no lo complacía, no lo secundaba y casi casi parecía tener integridad, pero no se dejaba engañar.

—El desprecio es mutuo, pero creo que nuestros cuerpos entienden algo distinto... —comentó Christian de pronto con voz ronca, cuando las manos de Emma se posaron sobre sus hombros para no perder el equilibrio.

Concentrados el uno en el otro, no oyeron a Rory cuando este entró en la oficina. Solo cuando el padre de Emma se aclaró la garganta, repararon en que ya no estaban solos.

Emma fue la primera en deshacerse del beso, consternada por el efecto que tenía Christian de hacerla perder el control fácilmente. Al ver a su padre, y pensar que había visto aquel encuentro, se le subieron los colores al rostro.

—Papá... —murmuró alejándose más de Christian, quien le dio la espalda a Rory y fue a recoger un par de papeles del escritorio—. ¿Por qué no has llamado antes de entrar?

Su padre, incómodo, se encogió de hombros.

—Lo haré la próxima vez. Por cierto, me ha dicho tu madre que pensáis adelantar la boda para esta tarde. —Le sonrió con afecto. Emma atribuyó ese gesto a que su padre sabía que, de momento, su empresa estaba a salvo en manos de Christian. Detestaba sentirse parte de una transacción, pero lo cierto era que, a medida que pasaban los días, empezaba a entender la angustia que su padre debió de sentir cuando los bancos no quisieron hacerle más préstamos y,

sumado a ello, el desfalco en la compañía—. Me gustaría que me dejaras a solas con Christian, tenemos asuntos de negocios que discutir. Trevor me ha dicho que te ha cedido las acciones. Es bueno saber que estarás por aquí más a menudo, hija.

—Ehh... de acuerdo, papá. —Emma dejó la habitación sin mirar atrás, y aún mareada por el beso de Christian. «Dios mío, cómo voy a sobrevivir a esto...»

Cuando Rory se cercioró de que su hija había abandonado la oficina, su rostro cambió completamente. Christian lo notó, y supo lo que se avecinaba.

—Creo que fuimos muy claros en nuestro acuerdo —le dijo Rory a su ahora presidente ejecutivo.

—¿Lo fuimos? —preguntó Christian con sarcasmo. Rory no había reconocido en él al hijo de Sarah Breslin, y era porque estaba acostumbrado a la impersonalidad con sus empleados. Él no. Christian prefería tener entrevistas, y leía los expedientes de sus trabajadores. No los quería hacer sentir como meros datos de una estadística corporativa, pues eran mucho más; su madre lo había sido.

Se sentaron alrededor de la mesa ovalada que Christian había dispuesto que instalaran.

—Sabes de sobra que necesito que autorices la transferencia del Barclays para saldar la deuda que tengo con la corporación italiana.

—Rory —dijo Christian con hastío—, eres completamente capaz de autorizar esa transacción.

Las manos de Rory se asentaron en la mesa; sus nudillos estaban blancos. No había sido un buen día. Tampoco le hizo gracia ver cómo ese maldito muchacho besaba a su hija. Quizá Christian era un as en los negocios, pero también conocía su reputación de donjuán. No quería leer cotilleos en los periódicos que empañaran la imagen de la corporación.

—Pero tú posees la firma autorizada que avala la mía ante las instituciones financieras, maldita sea. Era parte de lo que pedías, ¿o no?

—Lo era —reconoció Christian con las manos juntas sobre la mesa y con rostro impasible, como si Rory no lo hubiera visto besando a Emma.

—¿A qué esperas para autorizarla, entonces?

—Quiero estar seguro de que no te vas a inmiscuir en mis planes de casarme con tu hija.

—¡Demonios! Me importa un bledo ese matrimonio. —Rory golpeó la mesa con un puño. Christian se sorprendía de que Emma estuviera dispuesta a casarse con él por su familia, cuando era evidente que a su padre solo le importaba la empresa—. Escucha, la transferencia debería haberse hecho ayer, y tengo a los abogados de Laccossi detrás de mi cabeza.

Christian sonrió con malicia. Le gustaba que el viejo ladrón se llevara un buen susto.

—No es mi problema. Desde un principio te advertí que hacer negocios con ellos no era lo más recomendable. Ahora te han dejado colgado, y yo no puedo hacer más que la transferencia..., pero será mañana. Y esto te va a costar un poco más...

Rory volvió a maldecir.

—Eres un maldito hijo de puta. ¿Qué más quieres?

Christian jugueteó con su pluma de oro entre los dedos.

—Negocios son negocios; tú recurríste a mí, si mal no recuerdo. Por cierto, el pacto era que yo salvaba tu empresa dando la cara ante tus fiadores y consiguiendo un nuevo préstamo, y tú, a

cambio, me cedías el mando de tu corporación. Aunque el hecho de que Emma trabajara en la compañía fue una de mis condiciones, ella está por su propia cuota personal, que nada tiene que ver con tus asuntos.

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó Rory nervioso.

—Nada que sea de tu incumbencia —replicó Christian recostándose contra el asiento del sillón—. Volviendo al asunto de lo que quiero: se trata de las escrituras de tu casa en Mayfair, las quiero a nombre de Emma —se inclinó hacia delante—, y mañana estará lista la transferencia. Por ahora, búscate el modo de entretener a esos acreedores que tú mismo te has creado. —Se puso de pie y se ajustó la corbata morada de Ermenegildo Zegna—. Tengo una boda que organizar, así que ten la amabilidad de dejarme despachar lo que resta de documentación.

—¿Por qué deseas que ponga la casa a nombre de Emma?

—Porque así lo acabo de decidir. Ahora, Rory, hazme un favor: déjame trabajar, ya que tengo que salvar el pellejo de tu... bueno, de nuestra empresa. —Lo despidió con la misma frialdad con que una vez él había despedido a su madre.

Rory salió de la oficina de Christian mascullando maldiciones y se dirigió a su despacho. Lo único que le causaba arrepentimiento era no haberle hecho caso al jactancioso de Hawthorne cuando, antes de cederle el mando de H&E, le aseguró que Vito Laccossi no era una persona de fiar. Habría tenido que seguir el consejo de Christian y sus instintos. Ahora estaba en manos de ese muchacho que, además, iba a casarse con su hija. No se tenía por un padre sentimental, y con quién se casara o no su hija no le interesaba demasiado, pero cuando se mezclaba la familia con el negocio, eso no le gustaba en absoluto.

Cuando llegó a su despacho, Rory encendió el ordenador y empezó a rastrear información sobre las últimas transacciones bancarias en la empresa. Aliviado, confirmó que no había ninguna fuga de dinero. Luego se rio de sí mismo: quizá estaba siendo demasiado cínico con respecto a las circunstancias de la compañía... O quizá no.

Capítulo 13

La iglesia de St. Helen's Bishopsgate, construida en el siglo XII, fue el lugar que Christian eligió para casarse. Su imponente estructura sin duda alguna llamó su atención; acostumbrado a no rendirse nunca, este edificio representaba la perseverancia frente a las adversidades.

Era una de las pocas edificaciones que habían sobrevivido al gran incendio de Londres de 1666, y también a los embates de la segunda guerra mundial. Sin embargo, dos bombas, en 1992 y 1993, habían explotado muy cerca, causándole daños. Él creía que los lugares que uno elegía para vivir y ejecutar cambios en la vida —independientemente de las circunstancias— debían ser espacios simbólicos. En su caso, él también había logrado sobreponerse a las adversidades; a su modo de ver, el lugar era la elección adecuada.

Piers, a quien había tomado completamente desprevenido todo aquel asunto del matrimonio, accedió a la petición de Christian de que fuera el padrino de la boda. De hecho, asombrado por lo precipitado que parecía todo, Piers le preguntó a su mejor amigo sobre las motivaciones para casarse con Emma. Cuando Christian se las explicó, además del tono de desaprobación que le dedicó, recibió un sermón gratuito.

—Yo creo que estás siendo injusto con ella, Christian —comentó ceñudo—. ¡Por favor, date cuenta: tenía solo cuatro años! ¿Cómo podía saber ella lo que iba a ocurrir? Además, si ella robó o no dinero a su familia, creo que no es un tema que debas tratar tú, sino sus padres.

—¿Injusto, dices? Escucha, Piers —repuso Christian apretando la mandíbula—. Lo injusto es que a un niño se lo den todo, sin medir las implicaciones que este proceder puede acarrear. Lo injusto es que un chico de trece años tuviera que sufrir la pérdida de su madre por los caprichos de otra persona, sin la oportunidad siquiera de hacer valer los derechos que le correspondían a su madre, porque no tenía recursos suficientes para hacerlo. ¡Eso es injusto! —le gritó, y luego maldijo un buen rato y soltó una sarta de imprecaciones que Piers escuchó sin interrumpirlo.

Piers ya conocía esos arranques de Christian. En alguna ocasión habían llegado a los puños, pero esta vez no le permitiría que desfagara sus resentimientos con él.

—Siempre te he dicho lo que pienso...

—Lo que no siempre agradezco...

Ignorando la ironía de Christian, Piers continuó:

—... y creo que es justo —enfaticó también azuzándolo con la ironía— que sepas que lo que estás haciendo es un error. E incluso es probable que, cuando se diluya todo ese estúpido rencor que guardas y te des cuenta de lo que has hecho, tengas que pagar un precio muy alto. No creo que

la excitación de la victoria se sobreponga a la hiel de la culpa.

—De haber sabido que la psicología era tu fuerte, te habría presentado a Emma para que te casaras con ella.

Piers se dio por vencido.

—Seguramente me habría casado con ella —dijo en tono tranquilo para que Christian dejara su necia postura—. En todo caso, si quieres que sea el padrino de tu boda, lo seré. No esperes que esté contento por lo que vas a hacerle a esa familia, pero eres mi amigo, y si me necesitas... te acompañaré, aunque sea todo una farsa. —A Piers no le agradaba en absoluto la perspectiva de ver a esa hermosa mujer marchitarse, porque estaba seguro de que eso ocurriría. No tenía por qué decírselo a Christian, pero él y Emma habían coincidido en un par de reuniones tiempo atrás; no se habían saludado, porque no tenían muchos amigos en común; sin embargo, el modo en que ella se desenvolvía y lo que otros decían de ella contrastaba totalmente con lo que Christian aseguraba sobre Emma. Algo le decía que su amigo tendría un camino bastante complicado, después de ese matrimonio, y no querría estar en sus zapatos.

Gladys había llamado a Christian para dejarle claro que continuaba en total desacuerdo con el hecho de que hiciera un juramento sagrado cuando en realidad no quería a esa «pobre muchacha», como llamaba a Emma, y solo se casaba con ella para hacerle la vida imposible. Christian se había enfadado; aun así, su abuela le dijo que esperaba que pudiera limar las asperezas con esa familia y le hizo prometerle que la llevaría a Dublín para que pudiera conocerla. Y él, que nunca se podía negar a complacer a su abuela, se comprometió a cumplir la promesa.

Olivia, por su parte, se había encargado de decorar la iglesia en un tiempo récord. Su relación laboral con Alexa Winthrop iba viento en popa, porque también la había sumado al equipo de decoración de la iglesia, que lucía espléndida. La luz de las cinco de la tarde se filtraba por los grandes ventanales y, además de la iluminación habitual, habían colocado velas que creaban en la nave una sensación aún más cálida; como si estuvieran en la época medieval. Los asistentes eran la familia Connely, Alette (a quien no le importaba la opinión de Catherine; al menos no ese día, en que ayudaría a su mejor amiga con el vestido para que se la viera espléndida en el altar), Piers, Lionel, Alexa y Dorien. Para fastidio de Christian, a la ceremonia también había acudido aquel amigo o amante de Emma, el tal Adam.

El novio estaba elegantísimo con un esmoquin gris de su diseñador preferido, Ermenegildo Zegna. La mente de Christian se negaba a que sus pensamientos empezaran a desmenuzarse lo que estaba haciendo, el gran paso que estaba dando. Consultó su reloj; «Emma lleva media hora de retraso», pensó conteniendo su genio. El sacerdote carraspeó detrás de él, y él le sonrió en respuesta, asegurándole que la novia estaba al llegar. «¿Llegará?» Él era capaz de hundir en pocos días H&E, si acaso ella se atrevía a desafiarlo y dejarlo en ridículo públicamente; tampoco tendría ni un ápice de contemplación en poner una denuncia contra Emma por desfaldo a la empresa familiar, fuera o no asunto suyo; lo haría, sin duda, no solo para resarcir su orgullo herido si ella no se presentaba, sino porque legalmente ahora tenía el mando de la empresa de los Connely.

En un tráfico de mil demonios, Rory conducía el Jaguar. Emma se moría de nervios y ansiedad. Seguramente *su prometido*, pensó sarcástica, estaba a punto de tener una apoplejía de la rabia. Pues bueno, que se aguantara. Ella era la novia, y llegaría tan tarde como... como su padre decidiera.

Úrsula le había arreglado el cabello, elevando media coleta en un elegante moño coronado por una tiara de diamantes que su madre le había regalado. Un mechón rojizo quedaba hacia un lado, y el resto de su melena había sido pulcramente ondulada en forma de ola de agua.

El maquillaje consistía en sombras con una gradación de grises, delineador negro, rímel, colorete y, en lugar del habitual carmín, un bálsamo que humedecía y a la vez dejaba una sexi tonalidad rosa en sus labios. Cuando, con ayuda de su madre, se puso el hermoso vestido con que la había obsequiado Adam, estuvo a punto de llorar. Era realmente precioso; sencillo y muy elegante.

Vera Wang le había diseñado un traje palabra de honor, largo, en organza y seda satinada, corte princesa y con una angosta y sencilla cinta hecha con Swarovski que rodeaba su cintura. Se sentía maravillosa; lástima que el novio la odiara tanto. Sin embargo, la llamada de Alette la alegró cuando le confirmó que la ayudaría con su vestido ya dentro de la iglesia. Saber que su mejor amiga, con la que tantos sueños había compartido en su vida, iba a estar presente la tranquilizó. Sería fantástico poder verla después de pasar tanto tiempo separadas por sus respectivas actividades.

En la iglesia, el mal humor de Christian empezaba a aumentar, pues había comprobado de nuevo la hora y las manecillas estaban a punto de marcar sesenta minutos de retraso. Se disponía a buscar su iPhone en el bolsillo oculto de su traje cuando Piers le puso una mano en el hombro indicándole que mirara hacia la entrada.

La visión frente a él disipó todo el enfado que hubiera podido generar la hora de retraso que llevaba Emma. Nunca había visto a una mujer tan hermosa y magnífica como la que en ese momento entraba del brazo de Rory, ayudada por su dama de honor, Alette. La sola imagen de Emma fue para Christian como si hubiese recibido un golpe en el estómago que lo dejó sin aliento. Iba a ser *su* mujer. No importaban las condiciones, no en ese momento.

Las últimas luces del ocaso se filtraban por las ventanas de la iglesia e iluminaban a Emma como si fuera un ángel, y las sombras de las velas dispersas por el recinto sagrado danzaban creando formas variadas en las paredes. La música del viejo órgano empezó a sonar reverberando por toda la iglesia, que tenía como testigos no solo a los invitados, sino también cada pequeño recodo de la construcción que tanta historia había visto pasar a lo largo de los siglos.

Cuando Emma fijó su atención en Christian, sintió que el corazón se le aceleraba. No se esperaba que él sonriera. *¡A ella!* Era la primera sonrisa espontánea que le veía; podría jurar que parecía complacido al mirarla. Christian lucía tan elegante y seguro de sí mismo como siempre, y a Emma el pulso amenazaba con desbocársele de un momento a otro. Ah, pero ella no era tan tonta

como para olvidar el propósito que la llevaba a estar ese día frente al altar. Ocultando sus emociones, compuso el rostro y le lanzó una mirada fría. En respuesta, él levantó una ceja de ese modo altivo que era tan suyo.

Rory puso la mano de Emma sobre la de Christian, y él le sonrió a ella. *Dos sonrisas*. Cuando estuvieron juntos frente al sacerdote, él se acercó a su oído y le susurró en voz audible solo para ella:

—Eres la novia más guapa que he visto nunca, aunque es una lástima que tu reputación no haga honor al color del vestido.

El autodominio de Emma estuvo a punto de esfumarse. Apretó los dientes, y poco le faltó para sujetar la cola de su vestido entre los dedos y salir corriendo de la iglesia, pero no podía hacerle eso a su familia, ni tampoco a los empleados de H&E, ni, aún menos, a sí misma; la cárcel no era una opción. Trataba de pensar en algo que la ayudara a contener las lágrimas; no se podía creer que Christian pudiera ser tan canalla.

—Algún día vas a tragarte tus palabras —replicó en voz baja. En un intento de buscar consuelo o apoyo, se dio la vuelta para ver a Adam, y él se encogió de hombros diciéndole de algún modo que se resignara y fuese fuerte. Christian, al notar la dirección de su mirada, la tomó de la mano y la giró hacia el cura, que comenzaba la ceremonia. El gesto de Christian parecía mostrar a un novio que se moría de ganas por casarse con su prometida, y no a un hombre acicateado por la idea de iniciar una revancha con el pasado.

El sacerdote continuó en lo suyo, concentrado en la ceremonia.

Los dedos de Emma temblaron cuando le tocó el turno de ponerle el anillo a Christian. Por un instante, las disonantes palabras que él le había soltado se desvanecieron de su memoria. Fue como si solo estuvieran ellos dos; sin testigos. Ambos quedaron atrapados en una mezcla explosiva azul con verde.

Él inclinó la cabeza para besarla cuando los declararon marido y mujer. Y lo que en principio iba a ser un beso meramente formal, se transformó en un contacto íntimo que los envolvió a ambos en una red electrizante que tocó todos sus nervios. Al ser consciente de que tenían público, él detuvo el beso, pero, al paladear el embriagador sabor de Emma que quedó atrapado en sus sentidos, estuvo a punto de volver a fundir sus labios con los de ella. Agradeció que Olivia se adelantase con su silla de ruedas y los interrumpiera para felicitarlos, pues así pudo recuperar la cordura.

«Ahora soy legalmente Emma Hawthorne. Y mi destino está sellado», pensó al recibir las felicitaciones de las personas que estaban compartiendo ese momento con ella. Le tocaba vivir un matrimonio complicado, con un hombre que lo era mucho más...

El salón principal de la casa de Lionel había sido dispuesto con una decoración digna de una ceremonia de Estado. Cómo habían conseguido su prima y Dorien ese milagro en tan poco tiempo, Christian lo desconocía, pero se sentía complacido. Le gustaba tener lo mejor de todo. Y su flamante esposa era sin duda un claro ejemplo de ello.

Aunque no era muy dado a los formalismos cuando se trataba de temas personales, aceptó de mala gana cuando Olivia le comunicó que tenía que cortar la tarta nupcial con su esposa. Enlazar las manos con Emma para los efectos fue toda una experiencia, sobre todo porque el aroma de aquel sensual cuerpo femenino impregnaba todos sus poros y lo tenía al borde de explotar de deseo. Cortó la condenada tarta lo más rápido posible y sonrió para la foto, cortesía de la presión de su prima Olivia. Pero no era ningún idiota, y sabía que su abuelo parecía analizarlo todo con ojos de águila.

La parte más difícil fue el vals, después de que Rory bailara primero con su hija, porque en ese momento quería que todos desaparecieran de su vista. Deseaba disfrutar de quitarle a Emma poco a poco ese vestido que lo había estado seduciendo desde que ella apareció en la iglesia. Aunque ya conocía las curvas debajo de la nube de tela blanca, quería descubrir cada centímetro, cada recodo de su nivea piel, a su ritmo. Porque ahora ella era *suya*.

—Emma... —le dijo cuando la tenía aferrada a su cuerpo disfrutando las notas de los violines. Ella recostó la cabeza en su hombro como si fuera lo más natural del mundo. «Solo quiero relajarme un ratito; fingir que es un momento que podré recordar siempre con cariño. Estoy cansada de luchar con la presión, solo necesito un instante de solaz..., solo uno», pensó Emma dejándose llevar por la música. Christian la sintió cálida y suave entre sus brazos; su perfume se mezclaba con el aroma natural de sus cabellos rojizos; casi parecía como si Emma hubiera sido creada especialmente para él. Por otra parte, no sentía remordimiento por la siguiente parte del plan para darle un escarmiento público a Rory Connelly; vengarse era la única motivación de estar en esa sala, casado y bailando con la sensual mujer que se movía grácil en sus brazos.

—¿Mmm? —Levantó la cabeza hacia él, y notó que la miraba con un brillo extraño en los ojos que la asustó un poco. Tragó saliva y la magia que había intentado crear en su mente se esfumó del todo—. ¿He hecho algo mal, hoy? —preguntó con voz cauta. No tenía ánimos de discutir.

—No, Emma. Has representado bien tu papel —respondió Christian sin dejar de contemplar el modo en que las gemas verdes, enmarcadas por tupidas pestañas largas y negras, brillaban.

—Un halago, supongo —replicó Emma con un suspiro. Alette la contemplaba con una expresión de ilusión en el rostro. Quizá su amiga pensaba que estaba viviendo el cuento que soñaron de pequeñas. Qué equivocada estaba Alette si así lo creía... Lamentaba no tener oportunidad de estar a solas con ella para conversar. Pero, al menos, Adam estaba de su lado—. Independientemente de que me odies, Christian, merezco un matrimonio por amor y, si no lo tengo, al menos he intentado llevar esta rápida ceremonia en la medida de lo que siempre soñé —dijo de pronto sin saber qué diablos la impulsaba a hacerle esos comentarios a un hombre a quien no le importaba.

—Trata de ser más pragmática.

—Y tú menos borde.

—Ya te he dicho que no me interesan tus sentimientos o contradicciones, así que más te vale que intentes llevar mi apellido con dignidad.

Ella se tensó pero, antes de que respondiera con el veneno que tenía dentro, Adam llegó hasta ellos.

—Me gustaría bailar con la novia —anunció el socio de Emma, interrumpiendo. La conocía

muy bien, y el modo en que su cuello estaba ligeramente sonrosado indicaba que estaba a punto de empezar una de sus explosivas muestras del genio que se gastaba cuando estaba enfadada. No podía permitírselo, si quería salvar el día—. ¿Me permites? —le preguntó a Christian, más por cortesía que por simpatía.

Tratando de llevar aire a sus pulmones y deshaciéndose de la mano de Christian, Emma esbozó una gran sonrisa para Adam.

—Toda tuya —gruñó el heredero del imperio Hawthorne, aprovechando para alejarse y deshacerse de esa estúpida sensación de ternura y protección que le inspiraba Emma cuando no estaba discutiendo con él. Aunque en ese preciso instante lo que sentía eran ganas de arrancarla de los brazos de Quenell—. No te tomes demasiadas libertades.

Adam se cercioró de que Christian se alejaba (se fue a conversar con Piers) y luego apretó con cariño a Emma y le dio un gran abrazo. Ella se sintió tan confortada y segura que no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla, pero la secó rápidamente. Cuando Adam estaba cerca, se sentía más tranquila, pero las cosas iban a cambiar de ahora en adelante, y ya no podría recurrir a Adam siempre, pues estaba segura de que eso le traería problemas con Christian, y prefería, al menos por un tiempo, evitarlos. Por su parte, Christian podía imaginarse lo que quisiera sobre Adam y ella, pues cuando quiso explicarle que su mejor amigo sentía inclinación por los hombres, y no por las mujeres, él no quiso escucharla, y ella no tenía madera de mártir, ni de rogon.

—Así que ya estamos casados con ese arrogante millonario, ¿eh? —dijo Adam para tratar de arrancarle una sonrisa, pero no lo consiguió y eso lo molestó. Él sabía lo mucho que había luchado Emma para abrirse un espacio, labrarse un nombre y superar los problemas con la comida, así como con algunos imbéciles que tuvo por novios, en especial Jared.

—Oh, Adam..., no lo sé. He asumido que hasta que encuentre el modo de demostrar mi inocencia voy a estar atrapada en este matrimonio... pero... —soltó una risa nerviosa— la verdad es que tengo miedo.

—¿De qué? —Adam le dio una vuelta sin mostrarle lo inquieto que se sentía por ella.

—Yo no tengo experiencia en... bueno, ya sabes, en el sexo.

Él se detuvo un segundo para mirarla a la cara, escrutándola. Luego soltó una carcajada que llamó la atención de Christian, que los miró con suspicacia sin dejar de charlar con Piers.

—Lo mejor que puedo decirte es que, simplemente, te dejes llevar... No me molestaría hacer el trabajo por ti; la verdad es que ese Hawthorne es muy guapo.

—¡Tonto! —Emma se rio y le dio un empujón—. Menos mal que George está de viaje otra vez, porque no creo que me hubieses hecho este comentario de ser otro el caso, ¿verdad? —Adam se echó a reír de nuevo—. En realidad, me preocupa lo que pueda pasar.

—No va a pasar nada que tú no quieras. El cavernícola ese puede ser insensato, pero estoy seguro de que nunca te forzaría a hacer nada que no quisieras. Los hombres como él, ávidos de conquistar todo lo que se proponen, aparentemente duros y sin escrúpulos, tienen una debilidad... y cuando alguien la descubre, entonces están perdidos. Como no saben lidiar con ellas, pueden llegar a sufrir mucho.

—¿Cuál será esa debilidad?

—Enamorarse.

En esta ocasión fue ella la que se echó a reír. A su alrededor los pocos invitados a la cena estaban charlando y, al verla reír, elevaron las copas ignorando que no era una risa alegre.

—Él está enamorado de su empresa, de la posibilidad de hacerme pagar por algo que no he cometido y de quedarse con esa bendita propiedad en no sé dónde por la que hoy estoy vestida de blanco.

—No insistiré entonces en tratar de hacerte notar ciertos detalles que son bastantes obvios.

—¿Para ti?

—Para cualquiera que tenga ojos, querida Emma.

Ella suspiró.

—Adam, volviendo al tema aquel... —Se sonrojó—. ¿Tú crees que debería decirle que yo nunca he...?

—Creo que ya has bailado lo suficiente con mi esposa, Quenell —le dijo Christian arrancando de pronto a Emma de los brazos de Adam. Ella lo miró furiosa, y Adam se limitó a sonreír, porque sabía que el talón de Aquiles de Christian Hawthorne vestía un fabuloso traje de Vera Wang.

Por otra parte, Trevor se mantenía fuera del alcance de Alette, pues no quería que su madre le diera la lata con eso de que ella solo buscaba su dinero. «Como si Allie no tuviera ya una sólida y amplia reputación como decoradora en Londres», pensaba sin dejar de contemplar lo guapa que estaba esa noche con el vestido color coral.

Alette se había quedado sentada cerca del bufé con Adam, y ambos se pusieron al día acerca de todo lo que ocurrido en sus vidas desde la última vez que se habían visto, incluido el caso de Cressida. Ella se sentía ahora más fuerte y confiada al respecto y no perdía las esperanzas de conocer pronto a su hermana. Entre otros detalles, también comentaron el motivo oculto tras la boda de Emma.

—Me da mucha pena que este matrimonio sea fruto del chantaje... Juntas crecimos con la idea de una unión caracterizada por un sentimiento genuino: el amor.

—No creas que no es por amor.

—¿A qué te refieres?

—Tú fijate en el modo en que sus rostros hablan cuando se observan sin que el otro se dé cuenta.

—Quizá sea así —admitió ella, más concentrada en Trevor que en otra cosa—. Adam, aún no le he comentado a nadie lo mío con Trevor, ni tampoco el tema de mi hermana. Me siento mal por Emma, pero si le confieso ahora mi romance con su hermano no sé cómo se lo tomará, y creo que ya tiene suficientes asuntos con los que lidiar, con todo lo que ahora me cuentas.

Adam dio un bocado al postre que tenía entre manos.

—Ella lo comprenderá, y estoy seguro de que se pondrá contenta, aunque no de que te lo hayas guardado tanto tiempo, querida. —Sonrió sin malicia—. En fin, ya veremos más adelante. —Alette giró el líquido rojizo de su copa, antes de dar un trago al vino—. Quiero que me prometas que harás lo posible por cuidar de Emma, en caso de que yo no pueda hacerlo por algún motivo de trabajo. —Su amiga no tenía por qué saber que estaba preocupado por las amenazas del padre de Elijah—. Creo que este matrimonio será difícil, pero la hará crecer. Ya sabes que ella tiene su

temperamento, así como un corazón demasiado grande. —Alette asintió—. Con respecto a Trevor... bueno, daos un tiempo, al menos hasta que tú puedas averiguar más cosas sobre Cressida y prepararte para comentárselo.

—Tienes razón... No sabes cuánto me alivia poder hablar con alguien que me entienda.

—Para eso estamos los amigos.

—Los mejores. —Alette le sonrió.

La reunión duró aproximadamente tres horas. Lionel estaba complacido y había bailado un par de piezas con su nieta política. Piers se había fijado especialmente en la prima de Christian, y la había sacado a bailar, sin importarle si estaba o no en una silla de ruedas; así que la puso de pie haciendo que colocara sus pies desnudos sobre los lustrosos zapatos de horma masculina, y la hizo seguir su ritmo. Christian no fue indiferente al asunto, pero lo dejó pasar. Piers era un buen tipo, aunque de todos modos les haría una advertencia a ambos cuando fuera el momento oportuno.

Dejándolos a todos en el salón de la mansión de Lionel, Christian tomó de la mano a Emma, que en ese momento abandonaba una copa de vino sin acabar sobre la mesa, y se la llevó de la cena. Estaba realmente agotado y quería salir de ahí cuanto antes. Ella no le reprochó la brusquedad con la que salieron, y además su familia parecía estar a gusto con Lionel y el servicio atento de la casa.

Un automóvil esperaba a la pareja. Christian se maldijo por su estupidez; tampoco era tan desconsiderado, a lo mejor Emma querría cambiarse de ropa. Se giró hacia ella.

—Emma, ¿vas a cambiarte este vestido? —preguntó con suavidad—. Tenemos que coger un vuelo.

—Yo... eh... no me dijiste que íbamos a viajar... —Se pasó la manos por los cabellos, que se agitaban con el viento fresco de la noche.

—Bueno, lo que se espera de todo matrimonio es que después de la boda los novios vayan de luna de miel. ¿Verdad? Ya compraremos algo por el camino.

—Esto no es un matrimonio de verdad —replicó ella—. Además, hay algo que debes saber de mí: yo nunca...

Él apretó los puños a los lados.

—Este *es* un matrimonio de verdad —la interrumpió— y lo será aún más esta noche, Emma. —Le dedicó una sonrisa lobuna, que le envió fuego a la sangre y dos mil latidos por minuto al corazón.

«Ahí se queda otro intento fallido de decirle que nunca he tenido sexo con nadie», pensó ella con amargura. Iba a ser entonces una experiencia decepcionante, en especial para él, que estaba acostumbrado a mujeres más experimentadas, y también para ella, pues, aunque no quería ser pesimista, tenía pocas esperanzas de poder disfrutar con ese momento y haría todo lo posible por retrasarlo si el miedo a estar en la intimidad con Christian la superaba. Por un lado lo deseaba y, por otro, temía ese encuentro.

—¡Christian! ¿No te despides de tu prima? —exclamó Olivia desde la entrada de la casa; se dirigía a su encuentro, con Piers a su lado.

Christian se agachó cuando Olivia llegó hasta él en su silla de ruedas; le dio un abrazo a su prima y luego estrechó la mano de su mejor amigo, quien no dejó pasar la ocasión para dedicarle

una expresión de reproche por la verdadera intención que había detrás de aquel matrimonio.

—Adiós, Olivia. —Miró a su amigo—. Piers...

—Buena suerte, Christian. —Piers se giró hacia Emma—. Ha sido un placer conocerte y espero poder conversar contigo en alguna otra oportunidad —comentó con gentileza, y también evitando responder a la mirada inquisitiva de la esposa de Christian, que parecía tratar de discernir si acaso lo había visto, antes de esa noche, en alguna otra parte. Él no pensaba aclararle nada, no iba a meterse donde no lo llamaban, aunque le apenaba realmente que su amigo fuera tan obcecado.

—Saluda a la abuela de mi parte —dijo Olivia sonriente. Aunque apenas había intercambiado unas palabras con Emma, le gustó sentir que era una mujer amable y cálida.

—¿Adónde vamos a ir, Christian? —preguntó Emma observándolo desde dentro del coche.

—Irlanda.

Ella frunció el ceño.

—¿Hay vuelos a esta hora?

—Por supuesto, mi avión privado viaja a cualquier hora. Despidete de Olivia si no quieres que nos persiga.

Emma rio, y a Christian, inexplicablemente, el sonido de aquella risa le sonó maravilloso.

—Adiós, Olivia. Ha sido una hermosa cena, gracias —dijo cuando la muchacha de ojos azules acercó la silla de ruedas a la puerta del coche, que aún estaba abierta, para recibir el abrazo de Emma—. Espero volver a verte. —Le habría gustado preguntarle por la familia de Irlanda o por algún detalle que la hiciera sentir menos perdida. No se imaginaba que tendría que viajar a ninguna parte tan pronto, y lo peor era que no había dejado nada organizado en su fundación. Iba a tener que ponerlo todo en manos de Adam... solo por un tiempo.

—Es gruñón, pero la verdad es que Christian es un buen hombre —le susurró Olivia al oído a modo de respuesta.

Emma hubiera querido que esas palabras fueran ciertas. Además, también sintió un poco de nostalgia por tener que dejar definitivamente su casa de Mayfair; aunque tenía su propio apartamento, la habitación que había utilizado desde niña era especial para ella. A los empleados de la casa les habían dado el día libre por el matrimonio, y sus padres, con lo encantados que estaban en casa de Lionel, seguro que se quedarían hasta el amanecer.

El vuelo a Dublín fue rápido, pues la distancia desde Londres era corta. Christian no había dejado de mascullar, molesto, mientras revisaba en su portátil los correos electrónicos, pero Emma estaba tan cansada que se quedó rápidamente dormida.

Él la contempló a placer. No se había podido quitar el vestido de novia, porque habían anunciado mal tiempo en Irlanda y tuvieron que adelantar el vuelo desde Londres para poder llegar a tiempo; por tanto, no alcanzaron a comprar ropa antes de llegar al hangar privado en el aeropuerto de Heathrow.

Cuando aterrizaron, con suma delicadeza, él acarició con un dedo el contorno del suave rostro para despertarla. «Se ve tan hermosa de este modo —pensó—, tan angelical.» Formó esa frase en su cabeza y se rio de sí mismo ante esa impresión. Su esposa era todo menos angelical.

Su esposa: esas dos palabras le daban vueltas en la cabeza.

—¿Mmm? —murmuró Emma cuando sintió la caricia de Christian.

—Despierta, ya llegamos... —le dijo en voz baja, mientras acercaba su cuerpo al de ella y la atraía hacia sí. No pudo resistir besarla cuando empezaba a despertar. Entre dormida y despierta, ella le devolvió el beso con una vulnerable dulzura.

Sintiéndose en una densa y apacible niebla, Emma se dejó llevar por los brazos que la acunaban. «Mmm, qué olor tan delicioso, a limpio, naranja y canela... A Christian. Qué combinación tan maravillosa.» Volvió a dormir.

Christian la llevó en brazos hasta el automóvil, que los condujo al Shelbourne Dublin; era uno de sus hoteles preferidos cuando se hospedaba en Irlanda y su abuela tenía visitas en casa, o cuando le apetecía pasar un fin de semana alejado de todo. Le gustaba el clima brumoso, y a veces excesivamente frío, de la ciudad.

Emma consiguió ponerse en pie a tiempo para sorprenderse con la exquisita arquitectura de aquel hotel fundado en 1824. Automáticamente se sintió transportada a esa época. El vestíbulo parecía la entrada de uno de los palacios mejor cuidados de Europa, todo mármol, columnas en blanco, champán, negro y pinceladas de oro, y una lámpara gigante de araña que colgaba en la mitad del *hall* que conducía a la recepción.

La recepción era otra maravilla de decoración. Una gran cúpula con vidrieras de color azul, blanco y gris se alzaba imponente sobre cuatro hermosas sillas dispuestas alrededor de una elegante mesa de centro, con un adorno floral en agua; todo ello dispuesto sobre una preciosa alfombra roja rectangular y muy esponjosa.

Inconscientemente Emma había tomado a Christian de la mano; él pareció no inmutarse al respecto. Firmaron el registro del hotel como señor y señora Hawthorne. Qué extraño le resultaba a ella.

—La Heritage Park View King Room está lista, señor Hawthorne —indicó la recepcionista con una fría pero educada sonrisa. Mientras tanto, el botones se encargaba de la maleta de Christian—. No se preocupe, nuestras tiendas están abiertas las veinticuatro horas del día, puede ordenar desde su habitación la talla. ¡Felicitaciones por su matrimonio! —exclamó cuando reparó en el vestido de Emma, cuando ella le preguntó el horario de atención de las tiendas del hotel.

Ya mucho más despejada, Emma se encontró a solas con su flamante esposo en el ascensor. Él parecía querer evitarla, así que seguro que aquel atisbo de gentileza cuando la despertó en el avión había sido parte de algún extraño sueño. «¿Qué he hecho ahora? Seguro que la idea de renunciar a ver a la rubia esa a diario lo ha contrariado. Pues mala suerte. No me he olvidado de la grosería que me ha soltado en la iglesia.»

Cuando entraron en la habitación que les asignaron, a ella le gustó de inmediato. La estancia era fabulosa: elegante, amplia, cálida y confortable. ¡Oh, la chimenea encendida! Le encantaba. Sonrió y se giró hacia Christian, que estaba apoyado contra la puerta contemplando su reacción con *esa* media sonrisa. El impacto que tuvo en ella la conexión de sus ojos al encontrarse le llegó hasta el corazón, agitándolo. Sabía lo que esa mirada de Christian implicaba, pero por algún motivo también estaba segura de que él no le haría daño. O esperaba fervientemente que fuera así.

Él la recorrió con anhelo sensual y descarado.

—Es un vestido precioso —comentó apreciativamente—. Pero no tanto como quien lo lleva.

El fuego de la chimenea contribuyó a que las mejillas de Emma se sonrojasen. El halago parecía sincero, y lo creyó, sonriéndole. Ella podría simplemente bajar a pedir otra habitación, o inclusive exigirle que se fuera a dormir al sofá que tenían cerca. Pero había algo en la expresión de Christian, y un cosquilleo en su propio cuerpo, que la impulsaba a quedarse de pie, expectante y curiosa.

—Gracias. —Se llevó las manos a la espalda, para impedir que él notara que le temblaban. Estaban solos, alejados de cualquier interrupción, y eso tensaba sus nervios. Sin embargo, su cuerpo se sentía ansioso por probar las caricias de su esposo de un modo más intenso, más íntimo. *Esposo...* Una palabra tan sencilla, pero que en su caso particular implicaba tantas cosas...

Christian se alejó de la puerta y avanzó hacia Emma lentamente sosteniéndole la mirada hasta situarse justo detrás de su espalda. Empezó a deshacer lo que quedaba de su peinado, poco a poco. Las horquillas fueron cayendo una a una sobre la alfombra blanca. Le sacó la pequeña tiara de diamantes, un obsequio de Catherine, y la dejó sobre el borde de la chimenea. Enterró los dedos en la masa rojiza como había querido hacer desde hacía mucho tiempo, y aspiró el olor a otoño y lavanda.

—Permíteme ayudarte a quitarte el vestido para que estés más ligera —le susurró al oído, mordiendo el lóbulo izquierdo. Ella dio un respingo, pero no se alejó—. Qué manía tienen las mujeres de torturarnos con tantos botoncitos... —Empezó a desabotonar una a una las cuentas que cerraban la parte de la espalda del vestido y, mientras iba descubriendo cada espacio de piel, la besaba con mimo; en el cuello y los suaves hombros—. Tu piel es exquisita —le dijo con voz ronca. Ella ladeó la cabeza para recostarse en el hombro derecho de Christian, para que así él pudiera besarle el cuello con más facilidad. Le gustaba sentir su cálido aliento contra la piel, su aroma rodeándola; resultaba embriagador.

Christian recorrió lentamente el camino desde la suave nuca de Emma hasta la parte baja de la espalda, depositando besos breves y cálidos. Tenerla de ese modo, tan apacible y dispuesta, lo fascinaba. Tragó saliva cuando notó que no llevaba sujetador. Una vez que tuvo desabotonadas las cuentas, deslizó las manos sobre la espalda tersa, tirando desde dentro de la cintura del vestido hacia abajo. Un remolino de organza y seda cayó en cascadas sobre la alfombra.

Emma no se atrevía a darse la vuelta. Estaban cerca de la chimenea y el calor de Christian detrás de ella la cobijaba, así que el escalofrío que recorrió su piel era efecto de la voz grave, la sensación de sentirse deseada y la presencia masculina que parecía dominar cada rincón de la habitación sin necesidad de moverse demasiado. Ahora podía entender por qué las mujeres pugnaban por ganarse la atención de Christian; lamentable admitirlo, pero anhelaba experimentarlo. «Solo por una noche», se dijo a sí misma, mientras sentía las yemas de los dedos recorrer su columna vertebral.

Él se deleitó al ver las medias suspendidas con el ligero color vino. Emma tenía una figura simplemente hecha para el pecado, curvas por todas partes y las proporciones correctas en los lugares precisos.

—Emma, eres un espectáculo para mis sentidos. —La tomó de los hombros, la giró hacia él y estuvo a punto de ahogarse en las profundidades de aquel tono verde que destellaba la fuerza sensual conjurada por hechiceros. *Ella* era una hechicera. La idea de que hubiera compartido con

otros hombres lo que él estaba contemplando le hacía perder los estribos; aquello era una estupidez, pero era lo que sentía.

Se quedaron mirándose, frente a frente. Emma cubría sus turgentes, redondos y generosos pechos con las manos. El anillo de casada emitía destellos brillantes por la luz tenue y el fuego de la chimenea. Aquella imagen envió un impacto directamente a la entrepierna de Christian, cuyo instinto masculino lo urgía a adentrarse en la sensualidad de Emma.

—No te pongas remilgada, Emma —dijo Christian atrayéndola hacia él, al tiempo que se agachaba y tomaba los labios carnosos entre los suyos, mordiéndolos y disfrutándolos—. No te pega.

—No me pongo remilgada —protestó ella—. Lo que ocurre es que... —Antes de que continuara, Christian sedujo con pericia su boca, pues solo quería que se dejara llevar por él y se callara de una buena vez.

Emma tuvo la sensación de que esa fusión de sus bocas era tan natural como respirar; elevó los brazos alrededor del cuello de Christian y se olvidó de que, con ese movimiento, dejaba libres sus senos desnudos. El roce de su piel con la tela de la camisa masculina la excitó; era un contacto distinto y la fricción le arrancó un gemido involuntario. Cuando él profundizó el beso, jadeó.

Emma lo sintió invadiendo su boca con tenacidad, mientras ella hundía sus dedos en el espeso cabello negro de Christian. Él aprovechó para elevar las manos y tomar los pechos suaves y voluminosos con mimo; acarició sus tersos contornos, que tenían el color de la nata batida, al tiempo que la besaba en los labios y con los pulgares frotaba los duros pezones que parecían clamar más atenciones.

Excitada, mordió el labio inferior de Christian dejándose llevar por sus besos, que él transformaba en un cortejo erótico. Cada toque era una experiencia nueva; su boca la cautivaba, su cercanía le aceleraba el corazón, y aquella media sonrisa junto con la intensidad de su mirada azul la conmovían y la hacían desear más.

Sin dejar de besarla, Christian empezó a deshacerse poco a poco de su propia ropa, dejando un reguero de piezas de alta costura masculina dispersas por la lujosa estancia. Se dejó la ropa interior, pues no quería acabar tan pronto; estaba seguro de que podría terminar si ella se atrevía a tocarlo, tal era su nivel de excitación y deseo. «No me puedo creer que ella tenga tanto efecto sobre mi cuerpo.» Con la respiración agitada, la tomó por la cintura para acercarla todavía más para que sintiera cómo su miembro viril se acomodaba contra su sexo aún cubierto por las bragas y el ligero del traje de novia.

Christian la llevó hasta la cama con un ágil movimiento y la depositó sobre el inmenso colchón. Nada había preparado a Emma para la visión del cuerpo evidentemente trabajado a base de ejercicios que tenía enfrente. Él era hermoso de un modo muy varonil. Sin duda, la fantasía sensual de cualquier mujer... *Su fantasía.*

De pronto se sintió posesiva, y deseó que Christian la tuviera presente solo a ella, sin recordar a otras mujeres con quienes hubiese estado. Con audacia, lo atrajo hacia su cuerpo, logrando que gran parte del peso de aquel físico fuerte reposara sobre el suyo.

Al sentir cómo ella se dejaba llevar poco a poco, Christian empezó a recorrer la torneada pierna femenina con la mano derecha, subiendo lentamente, hasta alcanzar el ligero; lo deshizo, y

luego lo echó a un lado con facilidad.

—Christian... —susurró.

—Cuéntame, dulzura.

Ella lo miró con timidez.

—Yo estoy casi desnuda, pero tú llevas aún... —Se mordió el labio inferior, mirándolo, y temiendo que le dijera alguna de sus groserías habituales. Sentía curiosidad por él, por conocerlo al completo físicamente, tanto como él empezaba a conocerla a ella.

Él soltó una carcajada ronca.

—¿Qué crees que debemos hacer al respecto, entonces?

Aliviada de que el momento que estaban compartiendo empezara a estar lejos del sarcasmo y las ironías del inicio, Emma deslizó un dedo hasta el borde de los bóxers de Christian. Lo asió, y el sonido del golpe del elástico contra la piel hizo eco en la habitación. Él se inclinó ligeramente para que ella lo terminara de desnudar, tirando hacia abajo la prenda interior.

—Yo... —Dirigió la atención al portentoso y erecto miembro que sus manos acababan de descubrir. No era ninguna ignorante, sabía que de algún modo su cuerpo se acoplaría, pero a pesar de todo, su primera vez no la dejaba de acobardar un poco—. Christian, ve despacio, por favor.

Él le acarició el contorno de las cejas delineadas.

—Este es un intercambio de placer; en el sexo, si se es egoísta, no se disfruta, en mi caso al menos. Además, todo depende del momento y la mujer. Encontraremos el ritmo adecuado para ambos, ya debes saberlo por experiencia.

—Yo no soy como las demás mujeres con las que has estado —sentenció Emma.

Sin dejar de acariciarla, Christian le hizo un guiño.

—Vamos a continuar este asunto dejando a los demás de lado. En esta cama solo entran dos personas, Emma: tú y yo.

—Me parece bien que pienses de ese modo —respondió ella con suavidad.

—Al menos en algo estamos de acuerdo hoy —sentenció él, impulsándose hacia delante para besarla desde el ombligo hasta los pechos—. Creo que este par de maravillosas tentaciones son mi debilidad esta noche, cariño —susurró antes de apropiarse de ellos, besándolos con avidez—. Mmm... deliciosos —murmuró mordisqueando los pezones inhiestos, chupándolos y succionándolos hasta arrancarle un quejido de placer—. ¿Te gusta cuando hago esto? —recorrió con la lengua la areola rosada, y luego tomó con la boca el pezón derecho.

—Sí... —Emma se removió complacida—. Es tan sensual...

—De eso se trata, preciosa. —Por su cama habían pasado un sinnúmero de mujeres, pero a ninguna de ellas podría haberle expresado un halago con tanta sinceridad como lo hacía con Emma. Ella era magnífica, y su cuerpo parecía dibujado por el más talentoso pintor, cuya intención fuese cautivar y tentar.

Christian la besó en los labios, en una danza lenta para enloquecerla. Y lo consiguió, sin duda, porque Emma lo recibió complacida, igualando el juego de sus labios mientras sentía cómo él movía su potente erección sugerentemente sobre las bragas, que ocultaban su sexo mojado y cálido. Ella empezaba a descubrir emociones de su propio cuerpo que desconocía que pudiesen existir. Emitió un gemido ahogado cuando Christian movió un dedo con presteza sobre la tela de

seda.

—Estás húmeda para mí. —Mordisqueó con sutileza la firme piel de su abdomen, y bajó un poco más hasta aspirar el aroma almizclado y único de su esposa—. Emma, relájate —susurró con el rostro suspendido a la altura de la entrada secreta femenina. Pronunció su nombre con un tono gutural que evitó que se apartara de él. Con delicadeza, depositó un beso en medio del centro íntimo y delicado, que estaba aún cubierto con la fina tela de las bragas.

—Christian, no... Ahí no, no me beses ahí... —pidió sonrojándose.

Él la miró.

—Será después... —aceptó él con una sonrisa endiablada, pero no se alejó de esa zona sensible del cuerpo de la exquisita mujer que llevaba su anillo. Él nunca la había visto más vulnerable ni adorable que en ese momento—. Me gusta tu suavidad. —Besó los muslos interiores y mordió el delicado pliegue bajo su rodilla.

Lo que menos esperaba Emma era que él empezara a deslizar sus bragas poco a poco, tortuosamente, hacia abajo con la boca. ¡Con la boca, nada menos! Intentó protestar, pero él estiró la mano para masajear uno de sus pechos; ella elevó las caderas instintivamente, dejando escapar un suspiro, y no intentó resistirse.

—Solo tienes que rendirte a lo que tu cuerpo desea —le aseguró él con voz ronca.

—Lo intento...

—Eso es un avance. —Christian se rio, pensando que le iba bien a Emma la interpretación del papel de una mujer sin demasiada experiencia, aunque él sabía que no era así—. Y me gusta saber que disfrutas. —La contempló fascinado tal como estaba: totalmente desnuda, húmeda, sensual y con los labios hinchados por sus besos. Su miembro palpitaba por la necesidad de introducirse en ella—. ¿Estás tomándote la píldora?

Ella negó con la cabeza.

—Ya me encargo —le dijo, no sin antes besarla profunda y largamente. Se alejó para ir a buscar un pequeño envoltorio, que dejó en la mesilla de noche, y pronto estuvo de nuevo sobre ella. Sin darle tiempo a nada, se colocó cerca del vértice del secreto de Emma y pasó la lengua con rapidez por su profunda humedad.

—Oh, por favor...

—¿Cuánto me deseas? —preguntó Christian mientras frotaba su sedoso miembro sobre la tersura de los pliegues íntimos de Emma, sin introducirse en ellos y dejándola expectante con sus blandas paredes íntimas lubricadas.

Ella gimió en respuesta.

—Chris... —Elevó las caderas pidiéndolo—. Por favor...

—Contéstame. —Atrapó su boca para besarla. Odiaba saber que no era el único hombre que la había visto así: entregada y apasionada, desnuda. No sabía por qué diablos se sentía así con Emma—. ¿Cuánto me deseas? —insistió con la respiración agitada, mientras su palpitante miembro lo acuciaba, vibrante, para que no dilatase más el momento.

Rendida al juego sensual de Christian, tuvo que admitir lo que le pedía, porque lo sentía realmente, y porque tenerlo dentro de sí evitaría que perdiera la cordura. Su cuerpo se negaba a obedecerle ante cualquier intento de raciocinio. Y su orgullo se había quedado en alguna parte,

porque todo lo que deseaba era fundirse con él.

—¡Lo suficiente como para aceptarlo a pesar de mi orgullo! —jadeó contoneando las caderas para que se deslizara dentro de ella. A cambio, lo que él hizo fue colocarse la protección con un movimiento ágil y rápido—. Te deseo, Christian. Ahora.

—¿Dónde? —moverse ligeramente la pelvis, tentándola.

Ella gruñó frustrada agitadamente.

—Dentro de mí —declaró finalmente con la respiración entrecortada, antes de atraer el rostro de Christian con sus manos para besarlo con ferocidad. Sus reacciones con él jamás le habían sucedido con otro hombre. Él la confundía, la seducía, la cautivada, la irritaba; un torbellino de emociones—. No me tortures más...

—Me pediste que fuera despacio —replicó él, introduciendo lenta, muy lentamente, su sexo en el de ella, que estaba empapado y cálido; listo para recibirlo—. Te estoy complaciendo.

—Es que nadie ha...

—Shhh, tú solo siente. —Dicho eso, se inclinó hacia delante y se deslizó dentro de ella con un único empuje, rompiendo así la barrera de su virginidad. Ella soltó un quejido de dolor y trató de deshacerse del ardor que sintió en aquel lugar donde jamás había permitido que entrara nadie, apartándolo con las manos.

Christian abrió los ojos de golpe; aquello lo había tomado completamente desprevenido. Se quedó en blanco unos segundos. Lo que acababa de ocurrir trastocaba por completo la imagen que tenía de ella.

—¿Emma? —dijo sin moverse un milímetro. No quería hacerle daño, no de esa manera. Se maldijo en voz baja.

Ella lo miró reticente en silencio; agitada, excitada, ligeramente dolorida. Y luego ladeó la cabeza hacia la izquierda para evitar cualquier posible burla que pudiera hacer él por su falta de experiencia.

—Emma, háblame. ¿Es que nunca habías...?

El crepitar de la madera al quemarse en la chimenea era el único sonido en ese instante.

—¡Diablos! Emma..., dulzura, háblame. ¿Cómo es posible...? —Le puso la mano derecha sobre la mejilla casi con ternura, girándola hasta que sus ojos se encontraron de nuevo.

Ella lo observó con un atisbo de vergüenza.

—No ha habido nadie antes que tú —declaró—. Te dije que no soy como las otras mujeres...

Mascullando una imprecación, Christian permaneció dentro de ella para que se acostumbrara a la invasión de su cuerpo.

—Ha sido un regalo que no merezco en absoluto. No lo merezco... —Pero eso no le quitaba la euforia de haber sido el único—. ¿Por qué no me lo dijiste? Hubiera ido más despacio.

—Lo he intentado un par de veces, sin éxito. —Sonrió sin alegría.

—No tengo palabras para lo que acabo de hacer. —Tenía los nudillos blancos de tanta presión de su propio cuerpo sobre las manos para poder mantenerse suspendido sin lastimarla—. Diablos, cariño. No sé cómo no pude leer las señales... Yo...

Al ver el rostro de arrepentimiento y tortura en él, Emma le puso la palma de la mano en la mejilla. Ella lo seguía deseando, a pesar de la imagen pobre que él se había creado sobre su

reputación.

—Entonces no hables. —Puso un dedo sobre los labios de Christian.

—¿Te duele mucho? —preguntó él con inquietud.

—No, ya no. —Emma esbozó una sonrisa tímida, pero también curiosa y expectante.

—Emma..., estoy muy excitado. —La miró dándole a entender que ella tenía la decisión en sus manos—. Si me dices que no quieres continuar, me costará mucho detenerme, pero lo haré.

Con un beso en los labios, Emma asintió. Él no necesitó otro aliciente, y lentamente continuó moviéndose dentro de ella, que estaba apretada, pero tan húmeda que introducirse y perderse en su interior fue la experiencia sexual más increíble que pudiera recordar.

Ella lo sentía en cada parte de su cuerpo, y el punzante dolor del principio no volvió a aparecer. Ambos jadeaban, sin perder el contacto visual, que se convirtió en una poderosa tormenta azul y verde que centelleaba lujuriosa en cada embestida, mientras sus cuerpos danzaban acoplándose como si hubiesen sido creados para encajar perfectamente.

—¿Está mejor así, cielo? —preguntó él mientras los movimientos entre ambos se volvían más rápidos, y la fricción de sus cuerpos era una sinfonía que llenaba el aire.

—Perfecto —susurró Emma, echando hacia atrás la cabeza, mientras sus cabellos se agitaban sobre la almohada, disfrutando del placer de sentir a Christian tan cerca. Él se movía en su interior, y simultáneamente lamía, pellizcaba y succionaba sus pechos.

—Eso es, preciosa, déjate ir..., déjate ir —le murmuró al oído cuando la sintió tensarse. Cuando el resbaladizo interior de Emma se contrajo alrededor de su miembro, no se contuvo más y se dejó llevar en una explosiva cúspide de placer. Su cuerpo se convulsionaba una y otra vez, acunado por la suavidad de Emma, en una excitante carrera cuya meta era el éxtasis. Un éxtasis que los arrastró y catapultó a ambos hacia las más altas cimas del placer.

En silencio, el corazón de cada uno empezó a recobrar el palpito habitual.

Muy despacio, Emma volvió a la realidad, regulando la respiración. Se topó con un par de ansiosos ojos azules que la contemplaban.

—Emma... ¿Por qué no me dijiste que era tu primera vez? —preguntó Christian, intentando ocultar el sentimiento de culpa que se empezaba a formar en su conciencia. Se apartó despacio de encima de ella, para colocarse a su lado, no sin antes depositar un beso en su nariz respingona. Luego apoyó la cabeza sobre una mano, para observarla mejor.

Ella suspiró, se cubrió con la sábana hasta el pecho y mantuvo la mirada en el hombre tumbado que tenía al lado.

Él aprovechó para contemplar su perfil.

—Estabas tan empeinado en creer que me había acostado con medio Londres que, aunque te lo hubiera dicho, no me habrías creído —dijo Emma con tono resignado.

Él sabía que lo que decía era cierto. No la hubiese creído.

—Yo... ¿te he hecho daño? —Lastimarla físicamente no era ni sería jamás su intención. Y si ella le respondía que sí, le compraría todo lo que ella quisiera, hasta que lo disculpara.

—No, Christian, no me has hecho daño —contestó con calma, y él sintió alivio.

Emma no quería que él se diera cuenta de lo mucho que la había afectado compartir un momento como aquel. Sabía que tarde o temprano Christian iba a burlarse de ella, o haría algún

comentario para herirla. No perdía el norte sobre el motivo de su matrimonio, aunque no negaba que había dejado ir gran parte de sus inquietudes mientras se entregaban al placer. Hizo un gran esfuerzo para recordar todo cuanto detestaba en Christian, porque era el único modo de no volverse vulnerable.

—Voy a darme una ducha, ha sido un día largo. —Se anticipó a lo que probablemente él le hubiese querido decir, descartándola como seguro solía hacer con sus amantes. No pensaba alimentar su ego—. Gracias por la experiencia.

Él apretó los dientes. Sabía que le estaba devolviendo su desconfianza, intentando banalizar lo que acababa de pasar entre ellos.

—No me des las gracias por eso. ¡Maldita sea, Emma! —Con un rápido movimiento, pronto estuvo encima de ella, entrelazando los delicados dedos con los suyos, y subiéndole las manos, una a cada lado de la cabeza de sedosos cabellos rojos, sobre la almohada—. ¿Qué se supone que quieres decirme con eso? ¿Qué te da igual que haya sido yo u otro? ¿Es eso? —preguntó apretando los dientes.

—Me estoy acoplando al plan, Christian. No intento darle ningún significado —replicó ella con una acritud que no sentía, porque su cuerpo estaba sensible, su piel vibrante y su corazón acelerado—. Hemos tenido sexo, hemos llegado al orgasmo. ¡Misión cumplida! —ironizó—. Esto es solo parte de tu famosa venganza contra mí. Mi virginidad solo ha sido un pequeño aditivo, ¿verdad?

Él arqueó la ceja.

—¿Venganza? Entonces, si crees que esto que acaba de pasar entre nosotros es una venganza, te voy a demostrar cuán vengativo puedo llegar a ser, pelirroja provocadora.

La besó con ardor y, aunque ella quiso resistirse, Christian la retuvo poniendo la fuerza de sus piernas sobre ella. Emma gimió, y él la acarició con fervor. Besó cada parte de su cuerpo, se perdió en ella e hizo que se tragara sus palabras.

Hicieron el amor toda la noche. No se cansaba de ella, de la tibieza de su interior que lo acogía como un guante en cada embestida, de su aroma, de su suavidad. Le gustaba el modo apasionado con que ella respondía cuando, al alcanzar el orgasmo, pronunciaba su nombre como un mantra, y luego mordía su hombro antes de echar la cabeza hacia atrás y disfrutar del éxtasis que compartían.

Ambos estaban exhaustos cuando el reloj marcó las cuatro de la madrugada.

—¿Insistes en que lo que hemos hecho durante estas horas tiene algo que ver con la venganza, Emma? —le preguntó Christian, cubriéndola con las sábanas.

—No —contestó Emma con los ojos casi cerrados, agotada y saciada. Bostezó—. Gracias por dejármelo claro. Lo que ha ocurrido solo tiene que ver con el placer. Asumo que tu venganza llegará después —susurró mientras se giraba para dormir.

—Todo claro, entonces —replicó él hosco, antes de cerrar los ojos.

A la mañana siguiente, Emma se despertó dolorida. Instintivamente buscó a Christian en la

cama, pero no lo encontró. Se puso en pie para ir al baño. Necesitaba una bañera con agua tibia y estar un rato a solas.

Se miró en el espejo. «Dios mío..., estoy hecha un desastre.» El cabello rojo alborotado, los labios aún hinchados. Habían hecho el amor como un par de locos. Se sonrojó cuando recordó el modo en que lo había acariciado.

Cuando los efectos del baño lograron sus resultados, y la bruma de la pasión se hubo desvanecido completamente en ella, empezó a verlo todo desde una perspectiva más clara.

Christian le había hecho el amor, mejor dicho, *había practicado sexo* con ella porque pensaba que era una mujer fácil y había pasado de cama en cama. Un modo más de asegurarse que pagaba por algún pecado que le endilgaba a los Connely. Por otra parte, su propia libido jamás había sido complacida de modo tan intenso.

A pesar de que el mundo de caricias y gemidos que crearon horas antes había sido fantástico, para ella no era suficiente. El motivo era doloroso de asimilar. Se sinceró consigo misma y aceptó que, no sabía en qué preciso instante, se había enamorado de Christian. Ahora le daba la razón a Adam.

«¿Qué calificativo le doy a mi situación? Frustrante y descabellada.» Era una completa tontería enamorarse del hombre que la odiaba.

Con un gemido de desilusión, se hundió en el agua tibia y dejó que en esta ocasión fuesen las burbujas las que acariciaran su cuerpo.

Capítulo 14

Si alguien le hubiera dicho que su noche de bodas sería una experiencia más que deliciosa, Christian se habría burlado. Pero lo que menos le apetecía en ese momento era reírse. Había supuesto que Emma tenía tanta experiencia como cualquier otra mujer de su edad y privilegios, y él se había comportado como un completo asno.

El modo tan generoso en que ella le permitió acceder a su cuerpo, entregándosele con igual o más ímpetu que él, a medida que se perdían el uno en el otro, lo sedujo. Otras mujeres solían estar físicamente presentes, pero durante el sexo se volvían más impersonales, exactamente como él. Emma, en cambio, había puesto en aquel encuentro todos sus sentidos. Y precisamente ese tipo de reacciones lo irritaban, pues conseguían afectarlo de una manera muy diferente y no sabía cómo manejarlas. Por ese motivo había abandonado la habitación poco antes del amanecer.

En un gesto que consideró una compensación a lo desconsiderado que había sido con ella, Connely o no, cuando la hizo suya por primera vez, llamó a la recepción para que le subieran a la *suite* la maleta que ordenó que prepararan en Londres con la ropa de Emma. Una llamada fue todo lo que necesitó para lograrlo.

Consultó su Rolex. Eran las once y media de la mañana. Nunca bebía tan temprano, aunque esa ocasión lo merecía. Un poco de alcohol en la sangre serviría para templar el estrés y mitigar el susurro de su conciencia. Por eso decidió quedarse en el bar del hotel, que en ese momento estaba casi desierto.

Tenía organizado el itinerario de ese día. Al cabo de pocas horas irían a su casa de Dublín, porque tenía que cumplir la promesa que le había hecho a su abuela de llevar a Emma para que la conociera. Esperaba que Emma no se sintiese fastidiada con las carantoñas que le gustaba prodigar a su abuela, pues no quería que un Connely le causara otra vez dolor a su familia. Lo que había ocurrido la noche anterior quizá cambiaba ligeramente la opinión sobre Emma en relación con otros hombres, pero jamás sobre su baja moral. Había estafado y robado a su propia familia.

Por otra parte, él tenía muy claro sus objetivos. Quería cerrar el negocio en Nueva York, y conseguir la casa de Chesterton. Emma solo era el camino para enlodar el apellido Connely y para darle una lección a Rory.

Sorbió un trago de Bushmills añejo, y luego hizo girar el contenido del vaso. Cuando se disponía a beber un trago más, la razón por la que estaba ahí sentado tan temprano bebiendo apareció caminando por el *hall*.

La ropa de Londres, efectivamente, había llegado. Estaba enfundada en una falda color lila que

le llegaba un poco por encima de las rodillas; botas altas, blusa blanca cubierta por una cazadora negra, y una bufanda fucsia. Su cabello ondulado y rojizo caía en ondas hasta media espalda. Ese cabello que había fungido como una cortina cómplice, mientras se mezclaban sus olores, anhelos y emociones más eróticas.

Se le atragantó el licor en la garganta. El impacto de esa estampa femenina abarcaba todos sus sentidos. Solo verla, le recordaba lo que habían compartido hasta hacía pocas horas antes del alba. Condenada fuera su suerte, porque deseaba tenerla otra vez bajo su cuerpo gimiendo y gritando su nombre.

Emma, ajena a la mirada azul que la contemplaba irritada, estaba consultando los horarios de los vuelos para regresar a Londres. No se sentía capaz de continuar al lado de Christian. Si la noche anterior no había logrado resistirse, no creía que pudiera hacerlo si él volvía a tocarla o a intentar seducirla.

—Señora Hawthorne, consultaré a la agencia de viajes. Debido al mal tiempo, quizá tardarán un poco más de lo habitual en darnos una respuesta afirmativa en cuanto a ubicar un vuelo inmediato.

«Aún no me he habituado a lo de “señora”, y menos aún al apellido Hawthorne junto a mi nombre.» Por otra parte, no podía decirle a su *esposo* que le prestara el avión privado para regresar. La miraría y le soltaría otra vez aquel discurso sobre el trato que habían acordado. Pero ella pondría sus propios medios para estar de vuelta en Inglaterra lo antes posible. Tal vez llamaría a Adam: su familia era muy adinerada y seguro que tenían algún hangar en Irlanda. O, por último, podía hacer el viaje en tren o incluso coger un taxi, sin importarle el coste. Cualquier precio era bajo si de por medio estaba su tranquilidad mental.

Ya no se sentía capaz de enfrentarse a las pullas, sarcasmos e ironías de Christian, ni esa mañana ni ninguna otra. Si ella dejaba traslucir que estaba enamorada, él se encargaría de pisar sin remilgos ni miramientos lo que su vulnerabilidad ofrecía. Si mantenía sus barreras elevadas, todo iría mejor.

Le molestaba, más consigo misma que con él, sentir lo que sentía. No existía peor circunstancia en el amor que el no ser correspondido, como era su caso. Porque, para Christian, ella simplemente significaba sumar una más a la lista de noches compartidas con una mujer en su cama. ¿Cómo no pensar así, cuando se había ido de la habitación con sigilo en medio del amanecer sin decir nada, tal como seguro hacía con sus amantes habituales? «Estar enamorada, enfadada y no poder alejarme del hombre que me atormenta es una pésima combinación.»

—Buenos días, Emma —la saludó Christian, poniéndose a su lado en el mostrador de recepción. Ella dio un respingo al oírlo y percibir su olor, que ahora le resultaba familiar, pero continuó mirando a la recepcionista, quien ofreció una sonrisa de cortesía a Christian.

—Buenos días, Christian —respondió Emma indiferente cuando no tuvo más opción que girarse hacia él. Le dio las gracias a la recepcionista por la información y empezó a alejarse hacia la puerta de salida.

Christian la siguió y, antes de que llegara a su objetivo, le puso una mano en el hombro para detenerla.

—¿Dónde vas? —indagó con gentileza.

—A dar una vuelta por Dublín.

En respuesta, él le dedicó una de esas sonrisas que conseguían aflojarle las rodillas, pero Emma no le demostró cuánto la afectaba.

—Me gustaría pasear contigo —confesó él, sincero. «Sí, quería pasear con ella.»

—¿Por qué? —preguntó Emma molesta. «Quiero estar lejos de él.»

—¿Y por qué no? —Mantuvo su sonrisa.

Ella le torció el gesto.

—Como desees. —Le dio la espalda y salió del hotel.

Christian la siguió y contuvo las ganas de besarla. Estaba enfadada con él, eso seguro. Cuando se enojaba, el rostro de Emma cobraba un brillo de desafío especial que le gustaba.

—Por cierto —dijo logrando que ella se diera la vuelta en la acera y le prestara atención—. Lo de anoche fue...

«No quiero hablar de lo de anoche, por Dios. El momento de mantener una charla sobre mi primera vez con un hombre que me desprecia tanto como me desea no es mi ilusión preferida ni de lejos. Me siento ridícula: enamorada y resentida, cuando ninguno de estos dos sentimientos deberían coincidir en la misma oración.»

—No me interesa hablar de ello.

—Luego lo haremos... —le hizo un guiño— o lo repetiremos. Creo que las acciones son más elocuentes. —Se echó a reír de modo encantador.

Antes de que él notara su sonrojo, y también su confusión, Emma volvió a darle la espalda y empezó a caminar. Y Christian, que no comprendía cómo una mujer, después de pasar una noche con él, ni siquiera podía devolverle una sonrisa ni compartir una broma sexual, recuperó su humor sombrío.

Las calles de Dublín estaban aún húmedas por el rocío de la mañana. Los irlandeses iban gesticulando y riendo alegremente mientras se dirigían cada cual a un destino diferente. Emma quería conocer el famoso puente Ha'penny. En el ascensor del hotel se había topado con una pareja que le indicó que desde ahí se podían ver unos atardeceres preciosos, y para disfrutar más el ambiente le sugirieron que fuese andando. Ella pensaba recoger la idea y, aunque no vería el atardecer, pues el cielo estaba plagado de nubarrones, pretendía pasar un buen rato.

Christian comprendía el enfado de Emma con él. Reconocía que debería haberse quedado y asegurado de que ella estaba bien, en lugar de abandonarla —al menos la noche de bodas— al llegar el alba. «Ella ha logrado confundirme», pensó mientras la veía contonear las caderas delante de él al caminar.

No se burló de que Emma llevara un pequeño mapa en la mano y frunciera el ceño para ir no sabía él adónde.

—Emma —le dijo con las manos en los bolsillos. Además del desconcierto que lo impulsaba a tratar de entender cómo una mujer podía rechazar su encantadora personalidad, hacía mucho que no paseaba por las calles de Dublín. Solía recorrerlas por negocios, sí, y en automóvil, pero a pie,

impensable.

—¿Qué? —replicó ella sin dejar de andar despacito para no tropezarse, pues tenía los ojos clavados en el mapa.

—El coche nos puede llevar.

—Pues vete.

La tomó del codo. Todo iba según su plan: no tenía presión por las reuniones de la oficina ese día, así que intentaría llevar con Emma una suerte de tratado de paz. Algo raro en él, pero su mente se lo agradecería, y su cuerpo mucho más, pues tenía toda la intención de seducirla de nuevo. ¿No era, acaso, su intención enamorarla, para luego humillarla públicamente? Eso último era el motivo por el que no le apetecía discutir con ella, ni que se pusiera a la defensiva.

—Emma... —la llamó de nuevo con un tono que intentaba ser paciente.

Ella bajó el mapa y lo miró.

—No te invité a venir, Christian. Si acaso estás aburrido, puedes regresar sobre tus pasos y dejar que me divierta por mi cuenta.

Apretando los dientes, decidió no discutir. A cambio, se fijó en las calles a las que habían llegado y supo hacia dónde quería ir Emma. Cuando ella se perdió por una callejuela, murmurando por lo bajo, él no mencionó que había tomado el camino equivocado y fingió estar igual de perdido. «¿Qué más me da?»

Después de pelearse con el mapa, porque, orgullosa como era, no pensaba pedir ayuda a nadie y mucho menos a él, Emma abandonó Trinity Street para dirigirse hacia Crown Alley, donde estaba el famoso Temple Bar. Hizo un cálculo rápido, y se sintió más tranquila porque a pocos pasos ya estaba el Ha'penny. «Tampoco es que los mapas se me den tan mal», pensó, tratando de encontrarle la gracia a haber perdido media hora por haberse metido en la callejuela equivocada. Por otra parte, también estaba obviando el fastidio que le causaba la sospechosa manera en que Christian la seguía sin criticar que se hubiese perdido... Bueno, no perdido exactamente, ella lo llamaba *llegar al destino demorándose un poquito más*.

—¿Vas a tomar algo? —le preguntó él de pronto, señalando la entrada del local más cercano—. Si tan interesada estás en vivir de cerca las tradiciones de Dublín, debes beber algo en el Temple Bar. Tiene un ambiente estupendo y una gran variedad de cervezas.

Ella dobló el mapa y luego lo guardó en el bolsillo. Elevó el rostro hacia el hombre alto y atractivo que, para su sorpresa, no se quejaba de haber caminado un largo rato.

—Quiero ir a otra parte.

Christian respiró profundamente para intentar contener el genio.

—De acuerdo, entonces ve donde quieras —replicó con acidez—. Cuando decidas que te apetece una cerveza, yo estaré bebiendo mi Guinness. Y si no me encuentras, ya sabes dónde queda el hotel. —Su paciencia se había agotado. Emma quizá no estaba al tanto, pero su tolerancia con las mujeres se limitaba al dormitorio; fuera de ahí, prefería evitarlas, pues no llevaba bien las escenas sentimentales que solían montar cuando querían algo de él y no lo conseguían.

Ella se encogió de hombros.

—Que te aproveche —contestó en el mismo tono altanero, y continuó andando hasta el puente que quería visitar.

Cuando estuvo frente al icónico puente de hierro fundido y pintado en blanco, avanzó con pasos lentos hasta la mitad de la estructura. Soplaban mucho viento, pero escuchar el correr del río Liffey era impagable. Se quedó absorta en el sonido del agua; a su espalda, los transeúntes iban del lado norte al sur, y viceversa.

Contemplando el horizonte, pensó en la situación que estaba viviendo. Debido a su apretada agenda de trabajo, y luego a su boda por chantaje, apenas había tenido tiempo de recabar información sobre la falsificación de su firma. En H&E no podía recurrir a nadie, ya que eso implicaría tener que dar muchas explicaciones, incluida la de la verdadera naturaleza de su matrimonio a sus padres. Y por ahora deseaba mantener ese asunto oculto a su familia; pero había una persona que sí podía ayudarla.

Sacó el móvil del bolso y marcó el número que se sabía de memoria, pero que no había marcado con tanta frecuencia como solía hacer antes de que su vida profesional la atrapara del todo. Una vez más, su falta de tiempo le pasaba factura.

—¿Allie? —preguntó cuando una voz somnolienta le respondió—. ¿Te acabas de despertar? Es más de mediodía —rio Emma.

—¿¡Emma!?! —La voz de Alette se aclaró—. Oye..., no deberías estar llamándome, estás en tu luna de miel —dijo con una sonrisa desde el otro lado de la línea.

—Pues sí, se supone que esto es lo que se llama luna de miel, pero estoy en un puente observando el correr del río y se me ocurrió hablar contigo. ¿Te has ido de fiesta? —indagó contemplando cómo un niño echaba al río cinco piedrecitas y gritaba de emoción cuando la más pequeña de todas rebotaba dos veces sobre la superficie del agua.

—Claro, la tuya. —No le iba a contar que estaba despertándose en el apartamento de Trevor. Aunque Adam le dijo que sería más conveniente que se mantuviera lejos del hermano de Emma hasta que pudiera tener un panorama más claro sobre Cressida, no podía estar tanto tiempo lejos de él; ya habían perdido suficiente tiempo por culpa de Catherine. Quizá pronto podrían resolver sus problemas, aunque Alette no dejaba de sentirse culpable por ocultarle algo tan importante a su mejor amiga—. ¿Va todo bien?

Emma suspiró mientras se apoyaba en el pasamano de hierro.

—Supongo que Adam te ha explicado todo lo de Christian.

—Sí, lo hizo porque estaba preocupado por ti. Escucha, Em, lamento que tu matrimonio sea... pues... lo que es, pero tu marido es muy guapo, podrías disfrutar del tiempo que pasáis juntos... o al menos intentar llevaros bien.

—Nos llevamos bien, en la medida de lo posible —respondió Emma sin emoción.

—Hay algo que me gustaría decirte... Yo... conocí a Christian antes de tu boda, Em.

El tono de disculpa en la voz de Alette la puso alerta.

—¿A qué te refieres? —Contuvo la respiración.

—No me he acostado con él, ni nada similar. Eres mi mejor amiga, jamás te haría algo así. Se trata de algo diferente —se apresuró a aclarar. Emma emitió un suspiro de alivio—. Hay algunas cosas que quisiera contarte, en persona.

—Y yo. Necesito tu ayuda. Sé que Adam me ayudaría, pero tiene sobrecarga con Milestones...

—No tienes por qué justificarte. Cuéntame, Em, ¿qué ha ocurrido?

Fue entonces cuando Emma le relató lo del robo, la firma falsificada y su necesidad de que alguien que estuviera dentro de la empresa hurgara en el sistema. H&E tenía un departamento de sistemas que controlaba todas las transacciones y transferencias. Ella no había trabajado nunca en la empresa, aunque si quisiera un pase especial se lo darían sin rechistar; pero no podía solicitarlo, porque su esposo lo sabría inmediatamente, y quién sabe con qué otra acusación descabellada la podía increpar.

—Necesito los registros, al menos de los últimos cinco años, de las transacciones y transferencias interbancarias a otras cuentas. Sé que es un proceso largo, porque la información es muy extensa, pero tengo que averiguar quién hizo ese desfaldo o descubrir cualquier detalle que me lleve a recabar las pruebas de mi inocencia.

—Sí que te la han jugado —dijo Alette consternada—. Me las ingeniaré para ayudarte. Por cierto, ¿los únicos papeles que firmas aquí son los referentes a tus acciones, verdad?

—Claro; anualmente firmamos un recibo por las cantidades que percibimos como accionistas de la compañía, pero eso es todo por mi parte. Necesito saber quién está detrás de todo esto —comentó Emma con amargura—. Y cuando lo averigüe, tendré la prueba para que Christian me dé el divorcio. —Lo decía con firmeza, porque su mente podía llegar a ser tan fría como la de su marido, pero su corazón era otro asunto. Sabiéndose no correspondida, el panorama resultaba más desolador.

—Emma, es importante que recuerdes que en este preciso momento no te puedes permitir un escándalo. Sería nefasto ahora que Christian está empezando a sacar del atolladero la empresa familiar. Haremos las averiguaciones para ver cómo sales de esta, pero no te precipites en tus decisiones, por más enfadada que estés. Y si conseguimos las pruebas de tu inocencia, igual: aguarda hasta constatar el estado de H&E antes de actuar; piensa en la cantidad de familias que dependen de la estabilidad de esta compañía. Además, ya sabes que Christian es conocido en el mundo de los negocios por no perdonar ni una sola falta, así que, antes de actuar, por favor, evita tus habituales impulsos.

Emma suspiró.

—Lo sé, Alette, pero verme envuelta en una red de la que nunca debí formar parte es horrible. Controlar mi genio me resulta aún más difícil.

—Em —Alette pronunció su nombre con cariño—, no sé cómo es tu relación con Christian más allá de lo que Adam y yo conocemos, pero recuerda que, hasta que las cosas no estén calmadas y descubras quién o quiénes perpetraron el robo en la empresa, no vale la pena que te desgastes de este modo. Te conozco bien: ¿qué hay detrás de toda tu rabia y, más allá de la injusticia, qué es lo que sientes por tu esposo?

A Emma se le hizo un nudo en la garganta.

—Oh, Allie... —soltó con un gemido de frustración e impotencia—. He cometido la peor estupidez. Me he enamorado de él.

—¿Y qué siente él por ti? —preguntó Alette. «Así que Adam tenía razón», pensó.

—Él solo me desea... Ah, y también me odia —dijo sarcástica—, porque se supone que tengo que expiar la culpa de que su madre haya muerto. —Antes de que Alette pudiera replicar, continuó —: No me preguntes detalles, porque él nunca me ha dicho qué diablos significa todo eso.

—Lo lamento... pero, Em, hasta que no tengamos pruebas, no te queda sino intentar disfrutar de Irlanda. Recuerda ese refrán popular: «Al mal tiempo, buena cara».

—Supongo que quien lo inventó no conocía a Christian.

Alette soltó una carcajada, y Emma se contagió.

—¿Después de Irlanda, volveréis a Londres o tenéis otros destinos?

—Nueva York, que también es parte del trato estúpido por el que estoy aquí. Además, al cumplir un mes de casados, Lionel le dará la casa que está en Chesterton, una propiedad que Christian desea desesperadamente, quién sabe por qué. Su abuelo le legará oficialmente los millones que le corresponden como herencia por ser el único Hawthorne que le sobrevivirá. Eso me lo contó el otro día en medio de una de nuestras «conversaciones». Por cierto, ¿viste el periódico con las fotos de mi boda?

—¡Saliste magnífica con tu traje de novia! Te guardaré unos ejemplares, y también un par de revistas. Adam fue un crac al lograr que Vera Wang te hiciera ese maravilloso vestido.

—Espero que Lionel piense lo mismo, para que se convenza de que su nieto ha sentado cabeza.

Alette se rio.

—Esperemos que así sea entonces, para que tengas menos aristas que sortear. —Alette oyó que Trevor regresaba con el desayuno desde la cocina, y se apresuró a cortar, aunque le hubiera gustado continuar conversando con su mejor amiga—. Em, tengo que dejarte ahora. Te prometo que haré todo lo posible para darte la información que necesitas, dame un poco de tiempo. Nos queda pendiente una conversación personal muy muy muy larga. Dime que intentarás disfrutar de Irlanda, y serenarte. Hazlo por tu salud mental; ya sabes que por ahora no hay mucho a lo que recurrir para salir de este atolladero.

—Lo sé —admitió Emma. El viento acarició sus cabellos. «Al menos la naturaleza resulta una compañía magnífica», pensó con ironía.

—Te veo pronto, entonces.

—Sí. Gracias, Allie.

—Para eso estamos. Adiós, guapa.

—Adiós.

Un poco más tranquila, se encaminó hacia el bar donde estaba Christian, puesto que, después de todo, sí que era un destino obligado si se pasaba por Dublín. Ella lo sabía, pero no iba a darle la razón a la primera al egocéntrico aquel.

Le hubiera gustado tomar un taxi e ir a Grafton Street, una de las arterias comerciales, y disfrutar más de la ciudad, pero tenía curiosidad por ver a Christian en un ambiente ajeno a los clásicos y opulentos bares de Londres.

El Temple Bar estaba atestado de gente. Muchos eran turistas, Emma lo notaba por los acentos. Algunos eran españoles, a quienes no les entendía nada, pero igual se le acercaron a saludarla. Ella pasó de largo, buscando con sus ojos verdes al hombre que le quitaba el sueño, y no precisamente de alegría.

No vio a Christian por ninguna parte. Se encogió de hombros y decidió pasárselo bien hasta que le apeteciera irse. Cuando encontró un hueco en la barra, se sintió con suerte y pidió lo que

todo el mundo tomaba, una Guinness. Aunque no le entusiasmaba particularmente la cerveza, tenía mucha sed y de paso aprovechaba para intentar entender por qué le gustaba tanto a la gente.

—¿Guinness, encanto? —le preguntó el barman con un guiño.

«Ya decía yo que los irlandeses eran las personas más cálidas y alegres de esta parte de Europa.»

—Sí, gracias. —Sonrió al hombre que tenía un tono de cabello bastante similar al suyo. Entre irlandeses pelirrojos, no sentía que llevaba una antorcha flotante sobre su cabeza.

—Pensé que no te gustaba la cerveza —la sorprendió Christian, sentándose a su lado minutos después—. ¿Qué tal ha ido tu paseo?

Como si Christian hubiese sido cualquiera, y no el hombre que había visitado con sus caricias cada recodo de su cuerpo, fingió indiferencia.

—No, no me gusta, pero, ya sabes, a veces una tiene que tomar lo que no le agrada, porque no le queda otra —dijo con intención, y Christian se echó a reír. Oírlo reír le parecía extraño, pues con ella lo hacía pocas veces, pero no por eso dejaba de ser un sonido que le parecía sexi y confería un poco de calidez al trato habitualmente frío e hiriente de Christian. Estaba delirando, sin duda, y eso que apenas llevaba unos tragos de cerveza—. El paseo fue muy bien. —Miró la colección de diferentes diseños de vasos de cerveza que había detrás de las máquinas expendedoras de bebida.

—¿Seguimos siendo un poco ariscos, entonces? —le preguntó él con intención de pincharla. Había estado conversando con un par de amigos que lo reconocieron y a quienes no veía desde hacía muchos años, cuando observó que entraba la única pelirroja natural que conocía capaz de poner su genio del mismo tono de ese cabello.

—El burro hablando de orejas. —Emma dio dos tragos a su vaso de cerveza.

—Ayer no te quejabas precisamente —le murmuró lo suficientemente cerca para que ella lo oyera—. Creo que podríamos repetir la experiencia; quizá pueda compensarte y portarme de forma menos arisca. —Le guiñó un ojo.

Emma lo miró sin rastro de humor. Le iba a decir que tenía su próximo destino esperando y que él podía volver al hotel si le apetecía, cuando un hombre tropezó contra ella y le derramó una gran cantidad de cerveza sobre la ropa.

—¡Eh! —exclamó Christian poniéndose en pie cuando el desconocido que había volcado la cerveza se quedó mirándole los pechos, que empezaban a pegarse a la chaqueta por el efecto del líquido helado—. ¡Discúlpate! —Le dio un empujón. Alrededor empezaron a acallarse los murmullos y prestaron atención a lo que ocurría en la barra.

El hombre, amilanado cuando Christian se irguió en toda su altura, se disculpó con Emma entre palabras atropelladas, antes de alejarse rápidamente. Los clientes recuperaron el ritmo de la conversación y todo volvió a la normalidad.

Emma se quedó sin palabras. La asombró que Christian exigiera una disculpa, cuando él no era capaz de hacerlo después de todo lo que le había dicho injustamente. Se fijó en su propia chaqueta. No se podía hacer nada. Él la ayudó a quitársela y le aseguró que ya no tenía utilidad.

—Compraremos otra —comentó Christian cuando salieron del bar; luego lanzó la prenda al primer contenedor de basura que encontró cerca.

—¡No puedes deshacerte así de la ropa! Se puede enviar a la tintorería y luego ya sirve. — Pero era tarde, su chaqueta estaba mezclada con desperdicios de comida y hubiese sido una tontería sacarla del depósito de basura—. Incluso podríamos haber intentado lavarla...

—No te quejes. Ponte la mía. —Se quitó la cazadora y la puso sobre los hombros de Emma—. Ha bajado la temperatura y con esa blusa transparente que te has puesto vas a congelarte. Cuidar a enfermos necios no es precisamente mi aspiración en la vida.

Ella resopló.

El olor de Christian se le adhirió a las fosas nasales al abrigarse con la prenda de cuero, y con el calor de la cazadora se sintió tan confortable que emitió un involuntario suspiro de alivio. Evidentemente hacía mucho más frío que cuando entró en el bar, y el cielo se había nublado. «Bienvenida a Irlanda», se dijo. El clima era tan impredecible como el hombre que estaba a su lado.

Silenciosos, caminaron de vuelta al hotel.

Cuando entraron en la habitación observaron desde la ventana que una lluvia tempestuosa se había desatado. No podrían salir a ninguna parte hasta que amainara.

Un poco incómoda, Emma trató de iniciar una conversación.

—¿Qué haremos ahora? —Apenas hizo la pregunta se quiso retractar, pues sonó a una invitación que tenía que ver con una actividad vinculada a la cómoda cama que estaba situada detrás de ella.

Christian sonrió cuando reparó en el sonrojo de las suaves mejillas.

—No pretendía sugerir nada —se apresuró a decir Emma.

—Estoy abierto a tus sugerencias, cariño —replicó él socarrón—. Pero hoy tenemos planes.

—Está lloviendo —constató Emma, como si él fuera tonto al no darse cuenta.

—Tenemos que irnos —dijo Christian, ignorando el tono de reproche de Emma.

—¿Irnos? ¿Adónde?

—Mi abuela quiere conocerte. Dejaremos el hotel y nos quedaremos en su casa. Nuestro plan en Irlanda no consiste en permanecer aquí hospedados, pelirroja.

«Adiós a mi pronto regreso a Inglaterra.»

—¿Por qué?

—Siempre tan preguntona. Mi abuela quiere saber quién ha sido la mujer que finalmente ha logrado que me case —comentó sarcástico.

«Y aquí vuelve el antiguo Christian. Tanto mejor, porque con este sé mejor a qué atenerme. Al Christian gentil y juguetón, sí, ese que surgía rara vez, me es más difícil resistirme.»

—De acuerdo, pero antes me voy a comer algo. —Caminó hasta la puerta. Luego se giró hacia él—. Sola.

Cansado de que ella hubiera estado toda la maldita tarde indiferente y tan distante, se le acercó en pocas zancadas y puso una mano sobre la puerta para impedir que la abriera. Pegando su cuerpo al de ella, utilizó la mano derecha para acariciar el cabello ondulado.

—Danos un respiro y pasemos estos pocos días sin discutir. Te propongo una tregua. ¿Estás de acuerdo?

—¿Con qué fin?

En lugar de enojarse o responderle con la verdad, es decir, que necesitaba que se enamorase de él para que sus planes con Rory Connely cobraran más fuerza, capturó sus labios protestones y los besó con la pasión que tuvo que contener durante todo el puñetero día. La mujer que tenía entre sus brazos era puro fuego. Un fuego que, había descubierto, él disfrutaba avivando.

Incapaz de resistirse, después de que él la tentara con las manos acariciando su espalda, Emma le devolvió el beso. Fue un intercambio cargado de anhelo y deseo descarnado, pero logró recuperar el control de sí misma y se separó de él respirando con dificultad.

—¿Con qué fin? —repitió, mirándolo con recelo.

Apretando los dientes, más por frustración que por otra cosa, Christian contestó:

—No es un fin, sino una razón. Resulta malditamente jodido estar cerca de ti y no querer besarte, o tocarte. —Casi escupió las palabras—. La presión de tener que llevar tu empresa, la mía, la enfermedad de mi abuelo y Olivia, no me da respiro; si además tengo que lidiar con tu genio, una tregua es lo más coherente.

—Qué buen negociador —dijo ella con burla—. Y todo esto, ¿antes de continuar tus planes de venganza? ¿No te parece muy cínico por tu parte?

Él la presionó contra la puerta, suave pero firmemente, con su cuerpo atlético.

—Créeme, Emma, mis planes de venganza no van a cambiar. Lo tengo muy claro. —Casi la petrificó con su mirada de hielo—. Y que no se te vaya a olvidar a ti, con o sin tregua. Tengo razones para tratar de que, al menos mientras estemos en casa de mi abuela, no la incomodemos con tus tendencias a contradecirme. Mi abuela es una mujer fuerte, pero no tiene por qué soportarte más allá de lo socialmente recomendable. ¿He sido lo bastante claro? —preguntó con un gruñido.

Discutir siempre con él la tenía cansada y con los nervios constantemente a flor de piel.

—Que te quieres vengar de mí por algo que no he cometido y al final no quieres hablarlo ni explicármelo, sí. Que me tienes en un concepto muy bajo a pesar de que te has dado cuenta de que no soy lo que creías, sí. Y que, a pesar de todo, igual intentas sostener una tregua para no incomodar a tu abuela, sin importarte cómo me siento yo con respecto a todo esto, sí, también lo he entendido... —Lo miró resignada—. Dime una cosa, ¿tengo opción? ¿Alguna vez la he tenido? —Contuvo el nudo que sentía en la garganta. Él la empujaba hasta el tope de sus emociones, su aroma la agitaba, su cercanía le aceleraba el pulso, pero eran sus manos y su boca las capaces de enloquecerla; lo más difícil de capear eran sus palabras, herían igual, o más, que cualquier acción que él pudiese cometer. Pero ella era fuerte. Tenía que serlo.

—Puedes seguir discutiendo conmigo cada vez, pero mi paciencia tiene un límite, y tú tienes una sentencia que pesa sobre tu cabeza. Tu opción es dejar de pelear —replicó, porque no le gustaba el rumbo que comenzaba a tomar la conversación.

«No voy a permitirle a Christian que me amenace. Es demasiado para mí.»

—¿Ir a la cárcel es mi sentencia? —se atrevió a insistir, procurando disfrazar de indiferencia lo que en realidad era resentimiento y tristeza—. ¿O mi sentencia es tener que soportarte a ti y tu enorme ego, tus desaires y maquinaciones? ¿Y tú, entonces, te has acostado conmigo dentro de lo socialmente recomendable? ¿Qué más es lo socialmente recomendable entre tú y yo? ¿Me lo quieres explicar? ¿Porque yo no logro comprenderlo! —Sabía que estaba poniéndose histérica,

pero ¿qué mujer no lo estaría cuando el hombre de quien está enamorada la trata de forma dulce y atenta a ratos, sensual y considerada otras veces, y al final vuelve a lanzar de nuevo la daga directamente al punto más sensible detrás de una ridícula acusación y una venganza?—. Si deseas una maldita tregua, entonces la tendrás. Ya me da exactamente lo mismo —concluyó, sin darse cuenta de que la barbilla empezaba a temblarle y sus lágrimas pugnaban por salir, pero hizo un esfuerzo máximo para evitar que ocurriera.

La mirada de Christian tomó un cariz totalmente diferente. Sus ojos azules parecían dos tormentas a punto de estallar, y ella supo que había ido demasiado lejos.

—Emma —casi rugió.

Ella lo miró con sus ojos verdes, y él supo leerlos, por primera vez, correctamente. La estaba presionando demasiado. Su única justificación era decir que había descubierto en ella un punto donde se empezaba a querer cuestionar a sí mismo, a bajar ligeramente sus defensas, y aquello lo contrariaba, porque no quería permitir que un Connely interfiriera en sus planes. En otra circunstancia, no le habría importado notar la expresión de cansancio y tensión en una persona ajena a su familia, pero Emma tenía ciertos matices que distaban de la mujer que él creía que era. Él sabía elegir sus aristas en las negociaciones y, aunque en este caso ella estaba bajo *sus* condiciones, al menos para sí mismo reconocía que no era tan materialista como había creído, y que, por hechos obvios, tampoco pasaba de cama en cama, como había pensado al principio.

Christian colocó un dedo sobre la barbilla de Emma para que los almendrados ojos del color de las esmeraldas no se desviaran de los suyos.

—¿Qué...?

—Cállate. —Y sin esperar a que ella recapitulara, volvió a besarla, y esta vez la respuesta de Emma fue inmediata. Un beso en el que le devolvió sin reservas la pasión que él le ofrecía a raudales. La llevó entre besos hasta la alfombra blanca en la que la había desnudado la noche anterior; en lugar de quitarle la ropa, la tendió sobre la suave superficie.

Se colocó sobre ella después de descalzarla, acariciando la planta de sus delicados pies cuando quedaron a la vista rodeados por los *leggings*, que corrieron la misma suerte que los zapatos.

Emma, con la respiración agitada y las emociones vibrándole por el cuerpo, no perdía ni un movimiento de Christian. ¿Lo besaba con rabia, con pasión? Sin duda, pero también con aquel sentimiento que ya estaba trayéndole inconvenientes.

Él continuó besándola, hasta que supo que la frustración, el enojo y quizá las dudas de Emma se transformaban solo en deseo. La besó hasta que supo que también su propia irritación y confusión por lo que ella implicaba desaparecían para dar paso a su inquieta libido.

—¿Una tregua, entonces? —Recorrió sus curvas con las manos.

«El amor hace las cosas más extrañas», pensó Emma mientras se perdía en las profundidades de los ojos de Christian, que brillaban de deseo. El amor le hacía creer que, detrás de esa muralla de piedra helada capaz de derretirse para dar paso a un amante magnífico, existía también un corazón. El problema consistía en que dudaba de que alguna vez lograra verlo.

—Quiero pedirte algo a cambio. —Él la miró esperando a que continuara—. Dame el beneficio de la duda, Christian. Hasta los asesinos lo tienen ante el gran jurado. Ni siquiera me

has dado el derecho a que alguien me defienda.

Él pasó la mano bajo la blusa de Emma y recorrió el abdomen liso y suave con la yema de los dedos, enviándole descargas placenteras a su piel.

—Existen pruebas.

—¿Has verificado si son ciertas?

—Emma..., te daré el beneficio de la duda, cuando lo merezcas. Ahora, ¿puedes simplemente decirme que vas a darnos una tregua?

Ella suspiró cuando la mano de Christian subió hasta topar con el broche delantero del sujetador de seda gris. Estaba cansada de discutir. Al menos procuraría llevar las cosas con calma, si es que con él era posible. Lo intentaría de verdad.

—¿De parte y parte? —replicó enredándole las manos en los espesos cabellos negros.

Christian se inclinó para besarla, larga y profundamente. Cuando elevó el rostro, ella estaba sonrojada, y él, más excitado que antes.

—He estado hablando en plural un buen rato.

Ella suspiró.

—De acuerdo, Christian.

—Fantástico, pelirroja. Ahora, disfrutemos esta ocasión.

Ella solo le sonrió genuinamente y con la yema de los dedos recorrió desde los cabellos hasta la espalda de Christian; luego, con las uñas, trazó una delicada y firme línea a lo largo de la columna, haciéndolo gruñir de placer. Con un movimiento ágil, Christian empezó a desnudarla. Consumiéndose en sus besos, ella sintió cómo se deshacía de la suave tela de su blusa blanca.

—Oh, por Dios, Christian, me vas a dejar sin ropa... —le dijo cuando lanzó la blusa desgarrada por la mitad hacia un lado.

—Mmm... ¿qué tenemos aquí? —preguntó él con una sonrisa pícara, al ver cómo los pezones de Emma se habían erguido bajo el sujetador, que él se apresuró a remover por completo. Se acercó al pecho izquierdo y lo mordió. Emma se arqueó con un gemido—. Qué senos tan perfectos.

—Chris..., déjame tocarte...

—Aguarda, traviesa. —Él sonrió contra su otro seno, mordisqueándole el pezón, mientras con la mano curvaba los dedos para acariciar el pecho al que anteriormente había seducido—. Déjame disfrutarte, luego podrás hacerlo tú. —No podía decirle que la culpa de la noche anterior lo atenazaba, y que quería que ella disfrutara más que él—. Tengo una interesante obsesión con tus pezones, amor. Me encanta chuparlos, morderlos, lamerlos... —Y eso hizo durante un buen rato, hasta que la tuvo suplicando que la tomara.

Él podía hacerle sentir las cosas más deliciosas. Siempre había tenidos los senos terriblemente sensibles, pero no sabía hasta qué punto; solo cuando él la introdujo en esa realidad licenciosa logró encontrar sus niveles de placer, pero, aun así, Christian, con cada caricia, los redimensionaba.

Christian estaba fascinado con la figura voluptuosa y femenina de Emma. No era en absoluto como esas modelos de plástico con las que solía acostarse. En su esposa todo era natural. Le encantaban sus pechos generosos, y había estado fantaseando con ellos durante la tarde, cuando le

quitó la chaqueta mojada de cerveza y vio cómo los dos botones rosados pugnaban por hacerse visibles contra la fina tela blanca.

En el silencio de la habitación, la acarició con dulzura, fiereza, ternura, lujuria; lamió sus pechos, succionó sus pezones, besó su cuello, acarició el vientre suave, las caderas sensuales, las torneadas piernas, y se volvió loco cuando ella estuvo húmeda, gimiendo y totalmente entregada esperando a que él se introdujera en su espacio más íntimo. Solo cuando estuvo seguro de que ella estaba a punto, le permitió que lo desnudara.

A Emma le encantaba cómo cada músculo fibroso de Christian reaccionaba a su tacto curvándose entre sus dedos. Aunque con un poco de vergüenza, y dándose cuenta de que él estaba tan entregado como ella, hizo algo de lo que había tenido ganas la noche anterior, pero que había reprimido. Descendiendo por la parte baja de su espalda, tomó entre sus manos sus nalgas y las acarició; se deleitó con ellas al sentirlas duras y suaves al mismo tiempo; paseó las uñas sobre ambas, consiguiendo que él le mordiera el labio inferior de su boca y lo estirara.

—Qué atrevida..., pero me gusta que te sientas libre conmigo.

—Tengo un buen maestro —le respondió.

El ego de Christian se inflamó, y lo canalizó con un beso profundo. Le gustaba que ella tuviera la capacidad de ruborizarse.

—Emma, vuélvete...

—¿Qué? —«No quiero probar *esa* clase de sexo», pensó ella con firmeza. Eso no lo iba a negociar—. No pienso...

La calló con un beso; ya sabía qué era lo que a ella se le había cruzado por la mente.

—Al menos en este campo... ¿confías en mí? Nunca haré nada con lo que no estés de acuerdo —le dijo mirándola fijamente.

Ella pareció meditarlo. Frunció el ceño, y Christian se apresuró a besárselo. Emma se rio y asintió con la cabeza. «Realmente confío en Christian... en ese ámbito.»

—Sí —afirmó con su voz cargada de expectativa—. Confío en ti.

Emma se dio la vuelta y recostó su rostro sobre las manos, con el abdomen apoyado sobre la acolchada alfombra. En lugar de reírse por su inocencia, Christian cubrió de besos sus hombros, brazos, espalda, trasero y piernas hasta llegar a sus preciosos pies. Con movimientos ágiles, se puso de pie y se desnudó.

Acercándose de nuevo a ella, colocó cada mano cerca de un codo de Emma, en una posición que simulaba la postura de hacer flexiones; se ubicó sobre ella para, de aquel modo, tener completo control para lo que tenía en mente. Luego se inclinó hacia delante, acercó su boca a la oreja de Emma y le lamió los contornos.

—Así como estás —le susurró—, levanta el trasero ligeramente, pero no dejes de apoyarte sobre los brazos. Sostén el cuerpo con tus manos y rodillas. Eso es, preciosa —le dijo, sintiéndose verdaderamente complacido con la confianza de Emma, cuando la tuvo en la posición perfecta, con la melena roja agitada—. Eres irresistible —susurró antes de arrancarle las bragas con facilidad; la protesta de ella no se hizo esperar, pero calló cuando él acarició con un dedo la humedad femenina, y Emma instintivamente inclinó su cuerpo hacia el dedo que la había tocado porque deseaba más.

—Esto te va a gustar... —Reemplazó el dedo por su miembro erecto, y la penetró desde atrás. Ella estaba mojada y dio un respingo de sorpresa cuando sintió las embestidas lentas, luego rápidas, luego lentas nuevamente, del orgulloso sexo masculino que su interior acogió sin reservas.

En esta ocasión sintió que Christian llegaba mucho más profundo dentro de ella que cuando hicieron el amor estando ella recostada de espaldas. Sentía una mayor fricción cuando él entraba y salía de sus labios íntimos, mientras su clítoris, por el movimiento acompasado de sus cuerpos y el roce al que lo sometía él con uno de sus dedos, le proporcionaba una doble satisfacción. Una combinación excitante que estaba disfrutando por completo.

Christian acarició sus pechos con la otra mano, que con cada penetración suya oscilaban a un mismo ritmo y compás. Cuando él estaba casi a punto de encontrar el punto de quiebre de Emma, y el suyo propio, se inclinó para darle un beso en la parte baja de la espalda. Segundos después, explotaba en su interior, mientras las palpitations de Emma lo apretaban y soltaban.

Agotado, se dejó caer de espaldas en la alfombra con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Ella hizo lo propio, y apoyó la cabeza en su hombro; luego enlazó las piernas suaves con las suyas de un modo espontáneo y confiado. A cambio de su cercanía y confianza, él la obsequió con un beso dulce.

—Ha sido...

—... fantástico —completó Emma, sonriente. Aún podía sentir cómo su entrada íntima estaba húmeda; no creía que fuera a olvidar la sensación de sentir a Christian penetrándola desde atrás. Había dejado que el enfado sentido momentos antes, así como las emociones encontradas, se evaporaran de su ser, dejando solo que la pasión, y aquel sentimiento que no podía mencionar en ninguna circunstancia, se adueñaran de su cuerpo. «Ahora entiendo por qué, además del placer, el sexo es saludable», se dijo contemplando al dios pagano de proporciones atléticas, cinceladas por algún experto en anatomía del pecado terrenal, que tenía acostado a su lado tan cómodo con su desnudez..., al igual que ella, curiosamente.

Él emitió un gemido ronco, antes de inclinarse y besarla a conciencia.

—A veces me desconciertas, Emma.

—¿Eso es bueno, o es malo? —Le mordió el labio superior, y luego lo succionó. Hizo el mismo ejercicio con el labio inferior de aquella sensual boca que Christian poseía; una boca que podía conseguir dar los placeres más deliciosos, pero también decir las cosas más hirientes que jamás le hubiesen dicho. «Por ahora no quiero pensar en eso, una tregua es una tregua.» Ella siempre procuraba ver lo mejor en las persona y, aunque su corazón saltaba de alegría ante la perspectiva, su cerebro le gritaba que no bajara las defensas con Christian. Luego decidiría a quién debía hacer caso, porque su cuerpo estaba tan relajado y saciado que no tenía ánimos de elucubrar.

Christian emitió un suspiro de satisfacción, antes de ponerse de pie para ir por una manta. Al regresar cerca de la chimenea, tendió la manta sobre sus cuerpos y la miró.

—En este caso, me resulta muy atractivo.

—¿Sí?

—No hay duda.

Ella sonrió y en un gesto espontáneo depositó un beso en el hombro fuerte de Christian.

—Me gusta esta tregua... —susurró Emma cerrando los ojos y dejándose ir en un plácido sueño, mientras la tenue cortina de lluvia arropaba Dublín.

Christian contempló un largo rato a Emma. Su plan empezaba a surtir efecto. Ella se había rendido a sus caricias. Quizá el hecho de que se enamorara de él no resultara tan complicado de conseguir, después de todo; así, Rory pronto recordaría el nombre de Sarah Breslin.

Sus relaciones públicas le cubrirían la espalda cuando los medios se lanzaran sobre los Connely intentando obtener declaraciones o algún detalle de la bancarrota de H&E, adquirida por Art Gourmet por un precio miserable. Los Connely no estarían preparados para capear la debacle de su apellido, ni la humillación pública; y Emma aún menos. Y aunque la idea de la venganza se volvía más concreta con cada hora que pasaba junto a su esposa, la imagen de Emma siendo atosigada y convertida en el blanco de las críticas, burlas o murmuraciones le causaba un ligero escozor. Un escozor que no quería permitir que hiciera mella en él, porque había estado esperando ese momento en el que todas las piezas empezaran a girar en el sentido que necesitaba durante demasiado tiempo como para dejarlo correr por unas horas de pasión, una inteligencia sagaz, unos besos enloquecedores o unas miradas altivas, sonrientes y a ratos desafiantes, del color de las esmeraldas.

La idea de la tregua había sido una buena estrategia; tenía sus motivos egoístas, claro, entre ellos el hecho de que deseaba seguir acostándose con Emma. «¿Qué otra cosa puede ser, si no?», deliberó, rodeando la cintura femenina con la mano a través de la gruesa manta para atraerla hacia él, antes de quedarse dormido.

Capítulo 15

Emma estaba secándose el cabello frente al tocador. El baño de burbujas que se intentó dar, cuando se había despertado en los brazos de su esposo, fue saboteado por un Christian juguetón que la instó a compartir el momento con él. Por supuesto, bañarse fue lo último que hizo, pues Christian se encargó de besarla, enjabonarla, excitarla y hacerla vibrar durante un gratificante interludio.

Ella era consciente de que esa tregua tenía un trasfondo meramente sexual. A pesar de eso, no dejaba de anhelar que quizá fuera algo más. ¿Ridículo? Probablemente, pero el hecho de que Christian se hubiera mostrado relajado, abierto y conversador —sí, todo al mismo tiempo— le daba indicios de que tal vez pudiese empezar a sentirse distinto respecto a ella. A lo mejor Christian empezaba a *verla realmente*; a Emma Connely Hawthorne, y no una idea distorsionada de su carácter y personalidad.

Por otra parte, esperaba que Allie le pudiera dar pronto noticias sobre las transferencias de la corporación, porque no solo quería que Christian supiera de todos los modos posibles que era inocente, sino que *ella* precisaba saber quién había querido hacerle daño y por qué. No lograba siquiera pensar en alguien que resultara sospechoso, pues apenas mantenía vínculos con los empleados de H&E, ya que pasaba su tiempo en Milestones.

Ajustándose el cinturón del pantalón, Christian salió del baño. Cuando sus miradas se cruzaron a través del espejo, Emma le regaló una sonrisa, de aquellas a las que él se comenzaba a acostumbrar. Y lo más irónico fue que él, a pesar de la motivación por la que ella estaba en su vida, se la devolvió con la misma intensa sinceridad. Era una contradicción enervante.

—A mi abuela le va a encantar conocerte —comentó, acercándose. Lo decía de verdad.

Ella se giró hacia él y dejó el cepillo para el cabello sobre el tocador.

—¿Sí? Ojalá. La verdad es que tengo un poco de nervios.

—¿Por qué? Puedes llegar a ser una mujer encantadora... y yo conozco cada uno de esos encantos.

Emma echó hacia atrás la cabeza con una sensual carcajada, y le dedicó una mirada cálida.

—Seguro que el aire de Dublín tiene algún efecto especial en ti, Chris —dijo sonriente, llamándolo con aquel diminutivo que él no corrigió.

—Mmm... seguramente sí —admitió él, inclinándose a depositar un beso en los labios entreabiertos de su esposa. Lo que iba a ser un contacto breve, se prolongó. A regañadientes tuvo que detener el beso; si no lo hacía, terminarían en la cama nuevamente, y él quería acabar con la

ligera inquietud de cómo sería el vínculo entre Emma y su abuela.

Ella hizo un mohín de protesta con la boca cuando Christian se alejó de sus labios.

—¿Ya te has cansado de besarme? —preguntó con un disimulado enfado.

Él se rio. Emma estaba empezando a acostumbrarse a oír su risa. Ya conocía el lado despreciable de Christian y, aunque sabía que no tenía que descuidarse, por ahora prefería no contrariarse pensando en el futuro y disfrutar de la tregua que tan convenientemente (para ambos) existía entre ellos.

—Eso —volvió a besarla— no ocurrirá nunca, me temo. He desarrollado una pequeña afición a hacerlo. —Le acarició la nariz respingona con el dedo—. Anda, vamos, perezosa, termina de vestirme.

—Muy bien, capitán —bromeó Emma acariciando la mejilla, que evidenciaba la barba de dos días. «Está muy sexi de ese modo... y de muchos otros», se dijo, y sonrió para sí misma.

La idea de conocer a la familia Breslin la ponía nerviosa porque no sabía qué esperar de ellos. Quizá Christian había llevado antes a alguna otra chica que les había agradado de verdad, y a lo mejor ella no encajaba. Aunque los irlandeses tenían fama de ser muy cálidos (su marido no era el mejor ejemplo, salvo por algunas horas de los últimos dos días), ella hilvanaba en su cabeza toda clase de posibilidades con el encuentro. No todas alentadoras.

El camino en automóvil desde el hotel fue bastante rápido, alrededor de quince minutos, hacia la zona sur de Dublín, en el área de Glenageary.

La casa de sus abuelos era especialmente sencilla, pero con una estructura clásica irlandesa de hacía varias décadas. El día en que su cuenta bancaria tuvo varios ceros a la derecha, Christian, ansioso por darles un poco de bienestar económico a los suyos, les pagó la rehabilitación completa de toda la casa. En un principio quiso comprarles a sus abuelos una nueva propiedad, pero Gladys, obstinada como siempre, se había negado a trasladarse a un espacio ajeno al que conocía desde siempre. Ella decía que en ese lugar habían nacido cinco generaciones de Breslin, y que no pensaba deshacer ese legado por ningún motivo. Así que, al ser imposible para Christian decirle que no a su abuela y para Gladys negarle a su nieto la satisfacción que le producía ayudarlos, acordaron la rehabilitación.

El trabajo final fue asombroso: una mansión, con cimientos de muchas décadas y con el aire clásico irlandés, acompañada de un hermoso jardín trasero, y otro delantero. Una oda a los ancestros y al mismo tiempo a la modernidad. La casa contaba ahora con cinco habitaciones, cuatro baños y una hermosa biblioteca con primeras ediciones de los clásicos británicos. Esta última era el orgullo personal de tía Alison, que era profesora de literatura para niños en la escuela privada The International School of Dublin.

Cuando el Mercedes-Benz pasó a circular por el camino de grava, haciendo crujir las ruedas del coche, Emma puso la mano sobre la de Christian, y se acercó un poco más a él.

—Todo irá bien —la tranquilizó—. No te preocupes, Emma. Mi abuela es una mujer sencilla, pero con carácter y gran sentido humano.

«¿Igual que tú?», le hubiera querido preguntar con ironía, pero habían acordado una tregua, y ella la estaba disfrutando, para ser honesta. A cambio, a modo de respuesta, recostó la cabeza en el hombro de Christian, aspirando la fragancia que le era deliciosamente familiar.

Emma se quedó impresionada por la hermosa arquitectura que contemplaba desde el cristal polarizado del automóvil. La casa tenía dos pisos. En la entrada había dos escaleras, de cuatro escalones cada una, que llevaban a la puerta principal. Pintada en blanco y con el techo gris, era una residencia adorable.

—Qué lugar tan tranquilo y hermoso, Christian. —Señaló hacia la casa mientras continuaba contemplándola desde su cómodo asiento.

—Muy hermoso —concordó, mirándola solo a ella.

A Christian le gustaba la compañía de Emma, y aquello había sido un descubrimiento agradable. Disfrutaba de su humor y de sus puntos de vista sobre política, cultura o economía. Al escucharla opinar, descubrió en ella potencial: tenía una mente clara y pragmática, y si hubiera querido dedicarse a los negocios al estilo de H&E o Art Gourmet, hubiese sido mejor empresaria que Rory.

Boris Staninslavsky, el chofer que ya llevaba ocho años trabajando para Christian, bajó presuroso y servicial a descargar las maletas una vez que aparcaron.

La puerta de la entrada de la casa se abrió y Emma vio a una mujer de cabello cano y estatura media que lucía un sencillo abrigo de lana. Al mirarla, sus temores se esfumaron. Aun sin haber intercambiado palabras, la abuela de Christian le cayó bien de inmediato.

No sabía si fue consciente o no del gesto, pero Christian se encontró con sus dedos entrelazados a los de Emma, mientras se acercaban a la puerta de la casa. Gladys era muy suspicaz y ese pequeño detalle no le pasó por alto, pero se guardó sus comentarios mientras aguardaba que su nieto se acercara.

—Hola, abuela —la saludó con una sonrisa cargada de cariño—. Te presento a Emma Connely Hawthorne.

Emma le sonrió.

—Es un placer conocerla, señora Breslin. —Extendió la mano hacia Gladys.

—Nada de *señora*. Llámame abuela, por favor, o Gladys. Y ven, hija, dame un beso —y tomando la iniciativa, la besó en las dos mejillas y luego le dio un cálido abrazo.

Indecisa en un principio, Emma se tensó por el abrazo. Pero sintió la sinceridad de Gladys e inmediatamente se relajó y le devolvió el gesto.

Christian, al notar la reticencia inicial de Emma, empezó a malhumorarse, pero no le duró demasiado tras observarla inclinarse hacia su abuela y devolverle la carantoña.

Metió las manos en los bolsillos, silencioso.

—Bienvenidos, chicos —dijo Gladys, y abrió la puerta principal para que pasaran.

Emma se sintió *en casa* en el momento en que puso un pie dentro. La sala era verdaderamente acogedora. El juego de muebles con tapizado rojo estaba desplegado alrededor de la chimenea, en cuya repisa de mármol negro había algunos portarretratos, aunque Emma no pudo ver con claridad el contenido porque estaban demasiado lejos.

Por encima de la repisa de la chimenea, en lugar de algún cuadro ostentoso como los que su madre solía tener en Mayfair, pendía un precioso espejo. En una esquina de la habitación, un piano de cola blanco recibía la luz de la lámpara que pendía del techo.

—Por favor, sígueme Emma. Te voy a mostrar dónde está la habitación que he dispuesto para

vosotros. Lamento haberme perdido la ceremonia, pero estaba terminando de curarme una gripe terrible —explicó Gladys, aunque en realidad le hubiera querido decir a la hermosa muchacha que no apoyaba a su nieto en la necia idea de vengarse de los Connely. Al menos intentaría que Emma se llevara una buena opinión de los Breslin, y pretendía que pasara unos días agradables en Dublín.

Emma, obedientemente, la siguió, y al tenerla tan cerca notó que Gladys poseía los mismos ojos altivos que su nieto. Mientras caminaban hacia el piso superior, reparó en que Christian estaba particularmente callado. «¿Qué lo preocupa?» Las últimas horas con él, además de apasionadas, habían sido agradables. Era agradable saber que Christian tenía un lado muy distinto al de la fría imagen que veían en él las personas de la alta sociedad londinense y que también retrataban las revistas y los periódicos. Él podía llegar a ser considerado e incluso tierno, aunque ella no podía evitar preguntarse cuánto duraría esa calma entre ellos.

—Emma —la llamó Gladys, interrumpiendo sus reflexiones, cuando llegaron al rellano del segundo piso por las escaleras alfombradas—, por favor, siéntete cómoda. Le he dado al servicio de la casa unos días libres. Yo vivo aquí con mi hija Alison y su esposo Colin; mañana volverán de Escocia. Además, también está mi nieta Olivia, a quien quizá conociste en Londres. —Emma asintió—. Residen en la casa de invitados que está en el patio de atrás. Yo personalmente te atenderé en lo que necesites, lo haré encantada. Después de todo, ahora eres también mi nieta.

«Cada vez que Gladys sonríe, las arruguitas que se forman alrededor de sus ojos los hacen destellar», pensó Emma; como si el conocimiento de muchas vidas estuviera dentro de ellos.

—Oh, no se preocupe, me las apañaré sola. No tiene que molestarse. Esta habitación es muy cálida y la cama de dosel es adorable. Aquí todo está perfecto.

Gladys asintió con la cabeza.

—Me alegro de que te guste. Antes era la habitación de Christian, pero la modernicé pensando que alguna vez vendría con una mujer digna de ser su esposa. Y veo que la ha encontrado. —Su tono fue misterioso, pero ni Christian ni Emma lo notaron—. La cena estará lista dentro de una hora.

«¿Emma no piensa montar un numerito exigiendo que alguien la atienda con su equipaje y los requerimientos a los que está acostumbrada?», se preguntó Christian.

—Gracias por todo, abuela. Pero no debiste molestarte ni darle fiesta al servicio; Emma está acostumbrada a otra clase de vida, y cuidarse por sí sola no es una de sus habilidades —dijo con acidez y burla.

Emma lo miró incrédula frente a ese cambio tan brusco que, repentinamente, se había operado en él. «¿Ya se ha acabado la tregua, entonces?», pensó contrariada.

—Estoy segura de que Emma es una mujer que sabe manejarse muy bien sola, cariño. —Gladys miró a su nieto con un silencioso reproche por su desatinado e inoportuno comentario—. Os espero dentro de un rato en el comedor. —Salió cerrando la puerta detrás de ella.

Emma lo miró dolida por su absurdo comentario; luego desvió la mirada y empezó a buscar sitio para organizar sus cosas.

Él se quedó de pie observándola mientras deshacía con calma la maleta que había sido colocada cerca del ventanal que daba al patio trasero. Le gustaba apreciar cómo se ceñían los

vaqueros desteñidos a aquel cuerpo tan femenino y lleno de curvas que él conocía a la perfección. La blusa azul que llevaba le confería un aire sofisticado. Había pensado que Emma sería otra Diana: quisquillosa, engreída, egoísta e hipócrita, pero complaciente en el sexo. Sobre lo último en esa lista, Emma no solo era complaciente en la cama: también ofrecía una entrega absoluta y generosa de su cuerpo, así como su inocencia, y aquello era mucho más de lo que cualquier hombre en sus cinco sentidos podría querer. Y él tenía los cinco sentidos bien puestos. Quizá haber hecho ese comentario delante de su abuela fue desatinado, ¿pero qué diablos? Ella lo incitaba a confrontar la imagen preconcebida que durante años él había forjado a su alrededor con las actitudes y reacciones de la Emma con la que ahora convivía. No podía culparlo, pues cuando él creía que ella iba a ser ácida respecto a algo, ella le respondía con dulzura; si consideraba que rechazaría a su abuela, la colmaba de sincero aprecio sin apenas conocerla; si pensaba que se quejaría por la falta de servidumbre, se mostraba complaciente con hacer las cosas ella misma, y cuando creía que iba a ser dócil, respondía con alguna frase ingeniosa y cargada de ironía que lo hacía reír. Definitivamente, esas contradicciones empezaban a molestarlo. Necesitaba despejarse.

—Emma... —empezó a decir acercándose a ella, cuando la vio descalzarse. Tenía unos piecitos adorables, delicados y con un arco que le conferían elegancia—. Sobre mi comentario...

Ella dejó las botas junto a la chimenea y levantó el rostro hacia él.

—No importa, ya sabía que en algún momento el verdadero Christian afloraría. ¿Sabes?, las treguas no duran demasiado, al menos no contigo. Ahora puedes terminar de arreglar tus cosas con tranquilidad, que yo me iré a ayudar a tu abuela con la cena. —Se recogió el cabello en una sencilla coleta con una goma blanca—. ¿De acuerdo? Solo olvídale. Te veo abajo. —Dicho esto salió de la habitación, dejando a Christian con la mirada fija en la puerta, frustrado y con la necesidad imperiosa de alejarse de allí.

Un hombre como él, acostumbrado a entrar y salir sin ataduras, empezaba a sentir la necesidad de tomarse un respiro, en especial porque Emma lo confundía. Además, convivir con la mujer con la que estaba casado era muy distinto a tener una amante a la que podía despachar a gusto. Con Emma no podía hacerlo, no quería hacerlo... todavía.

El olor que se filtraba desde la cocina hasta el segundo piso le resultaba familiar a Emma, que bajó con calma y sintiendo la lana de la alfombra darle un suave masaje al entrar en contacto con sus pies. Le encantaba la sensación. Descalzarse era algo que hacía habitualmente cuando estaba en casa, y Gladys la hacía sentir cómoda, así que no le importó permitirse esa familiaridad. Deslizó la mano por el pasamanos de madera y continuó su paso guiada por el aroma que se volvía más intenso a medida que avanzaba.

Se encontró bajo el arco de una estancia decorada en tonos blanco y azul pastel, con extensas y amplias alacenas, un horno empotrado, una mesilla de desayuno con seis sillas y todo un sofisticado mobiliario de cocina que contrastaba con el evidente paso del tiempo que habían vivido los retratos que decoraban las paredes. Gladys estaba regulando la temperatura del horno, y Emma sintió añoranza de algo que nunca había tenido: el afecto constante y dedicado de su madre, o de su padre.

—¡Oh, has venido pronto! La cena aún no está lista —saludó risueña la mujer de más de

ochenta años cuando la vio llegar. Aun a su edad, Gladys se movía con bastante agilidad.

—No me pude resistir a venir a ayudarla. ¿Me permite hacer algo? —preguntó observando la lechuga que se secaba en el lavadero.

—Por supuesto, Emma. Saca esa lechuga, échale un poco del aderezo que he preparado y luego la mezclas con las aceitunas, las alcaparras y los champiñones que ves en ese botecito verde.

—De acuerdo —dijo antes de ponerse a la tarea.

Gladys la observaba disimuladamente, mientras sacaba dos tazas y servía un poco de café con un chorrito de Jameson en cada una. Tomó asiento en una de las seis sillas de caoba importada que el necio de su nieto había hecho traer desde Inglaterra pocos meses atrás. Le gustó la esposa de Christian cuando la saludó. Ahora tendría la oportunidad de conocerla y comprobar lo que ya creía: que Christian se equivocara con respecto a Emma Connely.

—¿Qué edad tienes, cariño? —Le dio un sorbo al café.

—Veintiséis —contestó Emma, mientras mezclaba el contenido del tarrito con la lechuga y el aderezo—. Tiene una casa muy bonita, es realmente acogedora.

—Gracias..., ahora es tu casa también. —A Emma se le cayó la cuchara mezcladora al suelo—. Ya la recojo yo. —«Por supuesto que no es mi casa, ni lo será.» Christian había dejado muy claro que continuaba sin ver más allá de sus prejuicios, a pesar de todo lo que ella había dejado en cada beso, en cada palabra y en cada... sí, en cada momento de intimidad.

—Mi nieto es un poco cabezota —comentó Gladys poniéndose de pie para dejarle la taza de café sobre el mesón. Emma dejó el bol de la ensalada sobre la mesa, tomó la taza entre las manos y se volvió hacia la dulce voz—, pero es un buen hombre. ¿Sabe acaso que estás enamorada de él?

Emma casi escupe el café. Tosió un par de veces.

—Tranquila, tranquila. —Le dio unas palmadas en la espalda—. No le diré nada, pero eso solo me confirma lo tonto que es ese muchacho. No sé hasta cuándo no se dará por vencido.

—¿Por vencido con respecto a qué? —Emma se aclaró la garganta cuando finalmente dejó de toser.

La anciana dio un suspiro, y el relicario de oro y perlas que llevaba en su cuello se movió. Que Emma estuviera enamorada era una cosa; bien sabía ella que más de una de las nietas de sus amigas vivían prendadas de Christian. La gran diferencia era que en la esposa de su nieto había sinceridad, y ella lo había visto con claridad, por algo había llegado hasta los ochenta y tantos años. Ella era capaz de diferenciar una arpía que solo quería el dinero de su nieto de una mujer que estaba de verdad enamorada, como era el caso de Emma.

—Ven, siéntate a mi lado, antes de que Christian baje. Ya sabes cómo son los hombres, no se puede hablar delante de ellos a nuestras anchas.

Emma obedeció y se sentó junto a Gladys. Se mantuvo en silencio mientras saboreaba el contenido de su taza un largo instante.

—Hay una historia detrás del motivo por el que Christian se ha casado contigo, ¿verdad? —preguntó Gladys más que nada por cortesía, pues conocía la respuesta. Emma asintió con la cabeza—. Bueno, sé mucho más sobre ese motivo, y me gustaría que también tú lo supieras.

—En alguna ocasión me mencionó algo de una venganza..., de una muerte, y yo... —le tembló la voz—. Gladys, le aseguro que nadie en mi familia es capaz de matar a alguien; quizá sean desconsiderados o engreídos, pero nunca serían capaces de algo así. —Se miró las manos—. Christian no ha querido aclararme nada —confesó angustiada.

—Lo sé... Ya lo sé, querida. —Gladys se puso en pie y se dirigió hasta la manija de una vieja consola. La abrió y sacó un portarretrato antiguo. Volvió junto a Emma y puso el objeto frente a ella—. Míralo con calma.

La mujer del retrato era realmente hermosa. Su cabello era lacio y lo llevaba hasta los hombros, y tenía un simpático flequillo. Entre sus brazos sostenía a un niño que no debía tener más de tres años en ese momento. Las cejas de la muchacha eran delicadas. Parecía una de esas modelos de revista en versión materna.

—Es muy guapa... —Reparó con detenimiento en el niño que mostraba una amplia sonrisa en el rostro y que con la mano tocaba la mejilla de la mujer. Entonces cayó en la cuenta y elevó la mirada hacia Gladys—. ¿Christian?

—Sí. —La anciana sonrió—. Cuando tenía dos años y medio. Ella era mi hija, Sarah Marie Breslin. En esa foto tendría unos años más de los que tienes tú actualmente —explicó en un tono nostálgico.

—¿Era?... —indagó con mucha delicadeza.

—Falleció cuando Christian estaba a punto de cumplir los catorce años. Un ataque al corazón.

—Lo siento mucho, Gladys. —Emma puso su mano sobre los dedos castigados por el tiempo, que le devolvieron el apretón.

—Fue hace mucho tiempo, hija. Aún la siento en mi corazón, pero acepté su muerte con resignación. A diferencia de mi nieto...

—Esta es la parte que me va a doler escuchar, ¿verdad?

—Sí... y lo siento, pero creo que debes saberlo si quieres entender por qué estás hoy casada con él.

Emma sabía que el tema de su firma en la supuesta estafa a H&E era solo parte de un enredo más profundo en la vida de ese hombre de porte elegante y aristocrático que estaba en la habitación del segundo piso. También tenía la ligera intuición de que Gladys no sabía nada de esa acusación, pero sí conocía la parte más importante que había hecho de Christian un hombre hiriente, frío y altivo. Con ella.

Gladys le contó a Emma lo mismo que su hija Alison le había relatado después de la muerte de Sarah. Le habló del préstamo del banco, la hipoteca sin pagar, la pérdida de la casa; también le explicó el episodio de cuando su nieto y su hija fueron a Londres a hablar con Rory. En esa parte del relato, Emma se sintió avergonzada por el modo en que se había comportado el hombre que decía ser íntegro y justo. Ahora lo veía diferente: un padre ambicioso e inhumano. Y no se sintió, por primera vez, orgullosa de ser una Connely.

Luego, con mucho más tacto y menos detalles, Gladys le relató el modo en que Christian y Sarah tuvieron que volver a Irlanda, con unas cuantas pertenencias en la mano y ella con la carga sobre los hombros de ser una madre joven y soltera preocupada por pagar la educación de Christian.

—¿Ustedes... ustedes eran muy pobres? —preguntó Emma apesadumbrada, imaginándose lo vil que fue el engaño de su padre para quedarse con las recetas de una joven mujer, madre soltera, de cuyo sustento dependía un niño que en la fotografía parecía tan dulce y despierto... «Oh, Dios bendito, papá.»

Gladys sonrió con ternura.

—No, no éramos muy pobres. Solo que quizá no podíamos darnos los lujos a los que ahora Christian y tú estáis habituados. Siempre salíamos adelante; más bien, pertenecíamos a la clase trabajadora. Teníamos de todo, pero con mucha medida.

La parte más difícil era la que le tocaba contarle ahora a esa joven que, aunque por fuera parecía fuerte, sentía emocionalmente vulnerable. Por un instante, vio en los ojos de Emma la misma angustia que viera en los ojos de Sarah: aquella carga de preocupación por la persona a quien querían. En ambos casos se trataba de Christian.

—Emma..., mi hija tuvo una muerte un poco complicada, podría decirse. Ya estando en Cambridge había sufrido un preinfarto. Le aconsejaron que controlara sus enfados y el estrés. Lamentablemente se dio toda esa situación de la hipoteca, la pérdida de su trabajo con tu padre y el traslado a Dublín. Partir otra vez de cero. Christian abandonó sus amistades, su escuela, y aquí solo hizo dos o tres amigos; se volvió retraído y algo rebelde. Una tarde estaba lloviendo muy fuerte. Mi hija Alison me había dicho que Sarah estaba trabajando nuevamente en tres lugares distintos para ahorrar y arrancar de nuevo el negocio de las comidas, pero yo no le recriminé nada a ninguna de las dos. Ya eran adultas. Fue un error no haberlas reprendido —se lamentó.

Emma contemplaba en un mutismo absoluto cómo Gladys, poco a poco, le contaba lo que había detrás de la frialdad y el cinismo de su marido.

—Alison y Christian estaban en el porche y a lo lejos había una figura que no se distinguía bien debido a la neblina. Desde la sala de estar, yo leía el periódico; también la vi, pero no me inmuté. Luego oí cómo Christian salía corriendo y, a continuación, Alison. Cuando me acerqué preocupada a la puerta del porche para ver qué ocurría, estuve a punto de desmayarme. —Las lágrimas amenazaban con brotar de los cansados y sabios ojos azules, pero las retuvo.

Emma apretó los dedos de Gladys con sincero afecto.

—No tiene que contarme esto si la afecta tanto; por favor, no continúe. —La rodeó con el brazo sobre los hombros delicados, cubiertos por un vestido gris—. Ya encontraré el modo de llegar a Christian... o de entenderlo.

Gladys negó con la cabeza.

—Tengo que decírtelo, porque es el único modo de que, en algún momento, tal vez mi nieto se perdone a sí mismo —respondió Gladys. Era como si ellas dos se conociesen desde siempre. La conexión que experimentaron era cálida y fuerte—. No te preocupes por mí.

—De acuerdo... —dijo Emma poco convencida—. La escucharé, entonces.

—Bien... —La anciana suspiró, y continuó—: También yo salí a la calle, sin importarme la lluvia, y me encontré con la escena más triste que pudiera vivir. Christian lloraba desconsolado con Sarah en sus brazos y Alison los abrazaba a ambos. Fue como si el cielo llorara su muerte, porque la tormenta arreció. Nos quedamos abrazados durante un tiempo que aún no logro precisar, bajo la lluvia, oyendo de lejos los truenos. —Las lágrimas brotaron de los ojos de Emma al

imaginarse cómo un niño de trece años, despojado de lo que a su madre tanto le había costado construir, sufría al verla morir frente a él, sin poder hacer nada. La impotencia era un sentimiento muy duro de digerir, y de sobrellevar; ella lo conocía—. El médico certificó que había sufrido un ataque al corazón. Desde ese día mi nieto dejó de ser un chico juguetón y dulce, se volvió más bien hosco y... vengativo. Prometió que hundiría a la familia de Rory Connely, y que les haría pagar la muerte de su madre. A pesar de que le dijimos que tu padre no tenía la culpa, que nosotros no teníamos nada contra él, y que lo ocurrido había sido consecuencia de la débil salud de Sarah, Christian no quiso atender a razones. Emprendió una cruzada personal.

—Y no lo culpo... —reflexionó Emma en voz alta—, quizá yo habría hecho lo mismo. Ahora entiendo... Que nos viéramos en esa fiesta cuando yo tenía diecisiete años no fue casualidad... Él... él quería conocerme, saber quién era..., y enterarse de que alguien había estado robando en la empresa le vino como anillo al dedo... ¡Cielos! —Puso el rostro en las manos. Estaba divagando, y Gladys no podía saber a qué se refería, pero ahora se daba cuenta. Solo ahora, y el corazón se le agitó de tristeza—. Esto no puede continuar así... Si lo que quiere es mi empresa, se la daré. Si quiere mis acciones, las pondré a su nombre. Son tuyas. —Las lágrimas no cesaban—. Me siento tan responsable... Si el modo de que la venganza surtiera efecto era casarse conmigo, lo ha conseguido. Porque no podría sentirme más avergonzada que ahora...

Gladys no entendía muchas de las cosas que Emma le contaba, pero comprendía su necesidad de hablar con alguien. Le pasó un pañuelo de papel para que se limpiara las lágrimas.

—Lo siento, Gladys. Debería ser usted quien recibiera consuelo: perdió a su hija.

—No quiero que te culpes, esa no era la idea; yo solo deseaba que entendieras un poco a mi nieto. Tú no le vas a dar nada a Christian. Quizá tu padre fue injusto y le robó una posibilidad a Sarah, pero si no hubiera sido él quizá hubiera sido otra persona. En la vida hay obstáculos, y lamentablemente Christian necesitaba a alguien a quien culpar... Siento todo el dolor que te haya causado mi relato, Emma. No te voy a pedir que continúes a su lado si eres infeliz, sobre todo si él no corresponde a tu afecto. Sé que no es de mi incumbencia, pero necesito saber algo... ¿Hasta qué punto son profundos tus sentimientos por Christian?

Emma se quedó paralizada un instante, pero decidió ser sincera.

—Yo... yo lo amo. —La miró a los ojos azules. Porque en verdad era así, lo amaba, y con una intensidad abrumadora—. Gladys, prefiero que él siga ignorándolo. Por favor.

La anciana respiró profundamente, como si al contarle todo eso a Emma se hubiera quitado un gran peso llevado a cuestas durante muchos años. Gladys no hablaba de Sarah, nunca, pero esa muchacha que tenía delante le recordaba a su hija: sincera, soñadora y con una gran firmeza de carácter. No podía pensar de otro modo si era capaz de enfrentarse a su terco nieto.

—Por supuesto.

—Gracias...

En ese momento sonó el reloj del horno y Gladys fue a abrirlo. Dejó en un plato, frente a Emma, un buen número de galletitas.

—Anda, pruébalas. Seguro que te gustan —la animó.

Emma tomó una y le dio un mordisco. Galleta de mantequilla, cubierta de chocolate blanco que se deshacía en el paladar... «Oh, qué sabor celestial. Me recuerda a...» Inmediatamente miró a

Gladys.

—Son estas las galletas por las que su hija fue contratada en H&E, ¿verdad?

Gladys asintió.

—Sí..., mi receta casera de galletas de chocolate blanco. Vamos, no es para que llores, cariño. No llores. —Se acercó para abrazarla—. Qué torpe por mi parte no pensar que asociarías esto con lo que acabo de contarte. Es que siempre horneo una tanda de estas pastas en casa.

Emma se secó las lágrimas. Ahora que sabía la verdad, se sentía terriblemente mal.

—Sé que no lo ha hecho a propósito, o con mala intención. Lo sé, Gladys.

—Claro que no, mi niña.

—Sin embargo, al final todo esto fue culpa mía... —Tomó aire y recompuso el rostro—. El capricho de una niña de cuatro añitos —murmuró terminándose la galleta. Al hacerlo, de pronto una imagen le vino a la mente: un niño de trece años, un apartamento en Londres, una mujer muy amable y cálida. «¡Ella y Christian ya se conocían, mucho antes desde aquella fiesta en su casa de Mayfair!» Entendía el dolor y la furia que podía sentir Christian, pero, en realidad, ella solo era una niña que pedía algo que le gustaba... y a quien su padre había complacido.

—Una niña inocente y con buen gusto —le dijo con afecto la abuela de Christian—. Vamos, ánimo. Si ese tonto de mi nieto no te aprecia, estoy segura de que algún buen hombre sí lo hará.

Emma sonrió.

—En estas circunstancias me resulta complicado... Lo cierto es que no sé qué esperar.

—Lo puedo entender a la perfección. Quiero dejar muy claro que no siento ningún rencor hacia ti, ni siquiera se me ha cruzado esa idea por la mente.

—Gracias, Gladys.

Emma se puso en pie. Decidió que, si Christian creía que ella era culpable, el problema no era suyo. Si la madre de la que hubiera sido su suegra le acababa de asegurar que la teoría de Christian era ridícula, entonces se daba por redimida. Entendía a Christian, pero no iba a pagar por las estupideces de su padre. Entregarle su corazón a alguien que no la podía amar era suficiente como para hacerla reflexionar sobre sí misma y su futuro. Y eso haría en cuanto disfrutara de un momento a solas.

El reloj marcó la hora de la cena. Pronto bajaría Christian a comer. «Pues bien, que baje ese soberano idiota», se dijo Emma. La apenaba lo que le había sucedido en su adolescencia, pero ella tampoco había tenido una vida fácil. Consiguió su reputación profesional gracias a su esfuerzo y tesón. Estaban de igual a igual.

Emma empezó a relatarle a Gladys cosas sobre la fundación que tenía, sobre su socio y los logros que juntos habían conseguido en poco más de dos años. Le comentó también que Adam tenía que luchar quizá más que ella, porque su familia, que era muy conservadora, no podía enterarse de que era gay, y a veces ella había tenido que simular ser su novia en las reuniones que organizaban los Quenell.

—Es una lástima lo de tu amigo. —A Gladys le gustó saber que Emma era una chica respetuosa y tolerante con la diversidad de opiniones y de elección de vida—. A mí no me importa la tendencia sexual de ninguno de mis nietos; son mi sangre, y los quiero como son.

—Yo a Adam lo quiero como a un hermano, Gladys. Siempre ha estado cuando más lo he

necesitado.

—Y así debe ser, querida —comentó la anciana mientras terminaba de poner los cubiertos en orden envueltos en la servilleta de tela—. Esos amigos deben conservarse de por vida.

Emma le habló del doctor alemán que había llegado el día de la boda y que quizá en un futuro próximo se incorporaría dos veces al mes para ofrecerles asesoría profesional. Le contó entre risas el atolladero que llevaba Adam con la fundación y los negocios, y también su tendencia a disfrutar hasta altas horas de la noche de las parrandas que organizaban sus amigos en Londres.

—Oh, ese muchacho, Adam, debe ser un gran hombre —comentó Gladys, mientras contemplaba lo hermosa que había quedado la mesa servida en el elegante comedor.

—Lo es...

—¿Extrañando a Quenell tan rápido, Emma? —preguntó Christian con tono socarrón desde la entrada del salón, capturando la frase sin terminar de Emma—. ¿Te has roto una uña ayudando en la cocina? —interrogó sin esperar respuesta.

Ahora que conocía las motivaciones tras su hosco comportamiento, Emma no se dejaba intimidar por su mal humor. No respondió a la pulla sobre Adam. Solo necesitaba que Alette se diera prisa y le consiguiera información.

—Por suerte, hoy no; ya sabes que siento debilidad por ayudar en tareas que me puedan resultar fatigantes —respondió con tono neutral—. ¿Nos sentamos, Gladys? —Se dirigió con dulzura a la anciana, cuyos ojos destellaron con aprobación.

—Por supuesto, querida.

Christian se sentó a la mesa de mala gana. No había querido volver a tratar así a Emma, pero justo cuando estaba dispuesto a retomar el buen ánimo oía el nombre de Adam. No estaba seguro de hasta qué punto había estado involucrada emocionalmente con su socio en aquella fundación, y eso le había agriado la buena disposición.

La cena transcurrió entre anécdotas que contaba Gladys acerca de su vida de joven, cuando se acababa de casar, y algunas travesuras que hacía Christian de pequeño. El ambiente había mejorado considerablemente gracias a la abuela de su marido, pensó Emma. Si a eso le sumaba las dos copitas de buen whisky irlandés que había bebido, entonces el resultado era aún mejor. Cuando el reloj marcó las diez y media de la noche, la anciana se excusó diciendo que estaba agotada.

—Bueno, muchachos, la casa es vuestra. Me voy a descansar. Ha sido un gran placer conocerte, querida. —Se dirigió desde el umbral de la puerta a Emma, y luego reparó en su nieto—. Christian, cariño, por favor, no te olvides de apagar la estufa. Os dejaré calentando un poco de té por si os apetece.

—Gracias, abuela —contestó Christian con una sonrisa.

—Gracias, Gladys —se unió Emma.

«Oh, ¿por qué tienen que ser tan incómodos los silencios?», pensó Emma. En el comedor ya no tenían nada que hacer. Se incorporó y empezó a recoger los platos y a llevarlos hasta la cocina. Sin decir nada, Christian terminó de recoger la mesa.

Pusieron la vajilla en el lavaplatos, sin hablar, y luego se sirvieron un poco de té.

Cuando Emma se disponía a subir los escalones que la llevarían al segundo piso, Christian la

tomó de la mano. Emma se volvió y, al observar los ojos de Christian, se desconcertó. En esa marea azul existía una mezcla de tristeza, arrepentimiento y... ¿afecto? «¡Bah! No debo hacerme ilusiones.»

—¿Qué sucede, Christian? —preguntó intrigada.

Él no podía preguntarle si estaba enamorada de Adam Quenell; Emma lo vería como una debilidad, y su plan de vengarse de Rory no daría resultado. A cambio, sostuvo la suave muñeca de Emma con firmeza, esperando que ella se alejara de él, pero no lo hizo. Dio un ligero tirón y la acercó a su cuerpo. Le soltó la muñeca y posó la mano en la mejilla cálida y tersa de Emma. Automáticamente, ella inclinó la cabeza para sentir más su contacto. Le gustaba ese Christian, el afectuoso... y hasta considerado, pero también lo temía, porque era el que echaba abajo su determinación de mantenerse enfadada con él.

—Emma —pronunció su nombre despacio, calculando cada letra en una cadencia rítmica—. No quise decir hace un rato que...

—Está bien, Chris, está bien —aceptó ella, en un entendimiento mutuo de miradas. Emma sabía que había arrepentimiento por el modo en que se había comportado hacía unas horas y durante la cena; también sabía que a él le costaba admitir sus errores—. Tratemos de mantener esta tregua. ¿De acuerdo? Estoy cansada de discutir contigo.

Él asintió, y con una desarmadora dulzura se la acercó aún más, mirándola a los ojos. Cuando sus narices estuvieron a escasa distancia, Christian posó sus labios sobre los de ella. Despacio, muy despacio, los tocó pasando la lengua, dibujándolos. Ella elevó las manos y enmarcó su rostro, acariciándole las mejillas, mientras la respiración de ambos empezaba a agitarse paulatinamente.

Christian colocó sus manos firmes en la cintura de Emma. Se adueñó de su olor, se apropió de su esencia y se ahogó en su sabor. Recorrió su espalda; tocó cada vértebra, cada músculo, con presión y con cuidado sobre la tela de la blusa. Enredó los dedos en los rizos que se habían escapado de la coleta, entreteniéndose con la sedosa masa ondulada.

Emma se pegó mucho más a su cuerpo, queriendo sentir su fuerza y pasión. Su suave centro femenino ya empezaba a humedecerse al tenerlo cerca. Enredó los dedos detrás de la nuca de Christian; le encantaba sentir cómo se ondulaban los cabellos negros a la altura del cuello, sutiles y a la vez rebeldes, igual que el dueño de esa acicalada melena varonil.

El beso que compartieron fue dulce y tierno. No era una conquista, ni una rendición. Simplemente era un contacto que sellaba en silencio un acuerdo tácito de entrega y de amor. Solo que las palabras no habían sido pronunciadas, y uno de ellos no era capaz de darse cuenta de sus propios sentimientos, amenazando con cometer, de un momento a otro, alguna equivocación.

Aquel contacto de sus labios en la escalera duró mucho, mucho tiempo. Christian la tomó de la mano, entrelazando los dedos a los de ella, y subieron a la que había sido su habitación cuando era un adolescente. Su abuela había hecho un gran trabajo; la estancia había quedado confortable y muy amplia.

Dejaron encendida la luz.

Él la depositó casi con ternura sobre la cama. Observar aquel rostro hermoso con sutiles pecas sobre la naricilla respingona no solo conseguía brindarle un sosiego que no sabía que existía y necesitaba, sino que también aumentaba su confusión sobre lo que había en su propia

alma. Era como si, con solo mirarla, ella lo invitara a enfrentarse con sus fantasmas, y él odiaba esa sensación.

La despojó de la ropa lentamente, como si estudiara cada centímetro de su piel desnuda, admirando la forma de su cuerpo y absorbiendo la reacción de cada poro a su contacto. Los ojos verdes, enmarcados por delicadas y largas pestañas, brillaban con cada roce de sus manos y sus labios. Él también permitió que ella lo desnudara al mismo ritmo, lento e hipnótico. Fue una sincronía de vibraciones en la que ningún movimiento se perdió de la vista del otro; ni siquiera cuando él rasgó el pequeño envoltorio, permitiéndole a ella colocárselo.

Emma no pensó que extender el casi invisible material sobre el magnífico miembro de Christian pudiera resultar tan erótico. Pero lo fue. Quizá se debiera a que, para ella, todo él constituía en sí mismo una experiencia sensual.

Esa noche Emma se lo dijo todo con los ojos, con los labios, con cada gemido y cada grito de pasión que le arrancó no una, sino varias veces. No hubo palabras. Ella se dio a él en una entrega absoluta, sin pedirle nada, y Christian lo supo.

Él no quería decir que la poseyó, o si acaso fue a la inversa; para Christian esa noche fue más que un vínculo físico. Cuando Emma alcanzaba la cúspide del éxtasis, repitiendo su nombre como un mantra, se sentía eufórico. No se cansaba de ella, como pensó que ocurriría antes de casarse. Cuando Emma reposaba sobre él, le gustaba sentir el peso de su curvilínea figura sobre los músculos de su pecho, pues ella había tomado la deliciosa costumbre de dejarle un reguero de besos allí; además, en esa posición, él podía tenerla a la altura de sus ojos, y acariciar con las manos su satinada espalda hasta el primoroso trasero.

Los dos alcanzaron el éxtasis. Sellaron aquel encuentro con un beso cargado de satisfacción sexual.

Christian oyó las respiraciones profundas de Emma al poco rato, y supo que se había quedado dormida. Él estaba abrumado, porque hasta entonces nunca se había sentido tan cautivado ni sobrecogido después de hacerle el amor a una mujer. Tampoco había despertado con ninguna a su lado, pues siempre se iba antes del amanecer, o, si estaban en su mansión, las dejaba solas en la habitación de invitados. Nunca llevaba a ninguna amante a su propia alcoba. Le hubiera gustado aplicar esa regla con Diana.

Desde que Emma estaba junto a él, las pesadillas cargadas del recuerdo de su madre no habían vuelto a atormentarlo. Sus sueños no estaban inundados por los fantasmas del pasado.

Inquieto, se acomodó en la cama procurando no despertarla. Quizá ella lo sintió moverse, porque, antes de que pudiera hacer nada, Emma buscó el calor de su cuerpo entre sueños, y se acurrucó en su pecho. Él la abrazó, sorprendiéndose con el sentimiento de protección que despertó en él al tenerla tan cerca.

La mañana empezó con el estridente claxon de un automóvil. Aún abrazado a Emma, dudó entre ponerse de pie o acariciar la piel satinada que tenía a su entero alcance. Aspiró el olor de los cabellos rojos. «Su esencia es deliciosa», se dijo mientras repasaba la forma de una hebra con

sus dedos.

Emma se removió entre las sábanas, pegando el rostro al firme brazo que le había servido de almohada gran parte de la noche. Se sentía cómoda y abrigada. Entrelazando sus esbeltos muslos con los fuertes músculos de las piernas de Christian, abrió poco a poco los ojos al sentir cómo acariciaban su cabellera.

Lo miró somnolienta.

—Incluso adormilada eres una tentación difícil de resistir, cariño —le dijo Christian cuando la vio despertando.

—Mmm... —Emma le sonrió—. Tú tampoco estás nada mal —comentó repasando con los dedos los definidos abdominales masculinos.

—Al parecer han llegado los bulliciosos de mis tíos desde Escocia. —Christian miró el reloj de la mesilla de noche—. ¡Son las nueve de la mañana! Ese par debería entender lo que significa dormir un sábado en la mañana —gruñó, besándole la mejilla—. Me voy a dar un baño —anunció, pero vaciló un momento—. Creo que tú también necesitas uno... —Le guiñó un ojo con picardía.

La levantó en brazos en un impulso y ella chilló entre risas al ser tomada de improvisado y totalmente desnuda.

—¡Bájame, Christian! —exclamó Emma, riéndose por el modo juguetón en que se comportaba él. Le encantaba cuando era espontáneo. Christian caminó con ella en brazos hasta llegar al baño, y solo se detuvo para besarla; luego la dejó sobre la alfombra y abrió el grifo dejando correr el agua en la bañera hasta que estuvo llena. Christian acarició a Emma por todas partes y, entre gemidos y suspiros, se metieron en la bañera.

—Esto sí es una luna de miel —susurró mientras la besaba y la penetraba.

—No te detengas —le pidió Emma cuando él se hizo hacia atrás para acomodarla mejor.

—Imposible.

El desayuno estaba servido cuando Christian y Emma bajaron. Se encontraron con Colin y Alison enfrascados en una discusión con Gladys. El intercambio de palabras se detuvo abruptamente cuando ellos aparecieron en el comedor. Christian se acercó a sus tíos y les presentó a su esposa.

Emma sintió una suerte de rechazo por parte de Alison, quien se limitó a darle los buenos días como se los habría dado al portero de su edificio. E inmediatamente tuvo claro el posible motivo. «Sarah Breslin, su hermana; la canallada de mi padre.» Parecía como si no se pudiera borrar ese estigma. Al parecer Gladys no se había referido a Alison cuando le dijo que la familia Breslin no guardaba rencor por el desastre en la vida de Sarah y Christian.

—Es un placer conocerla, Alison. —Estrechó su mano.

—Siéntate, por favor —la invitó Alison en respuesta, con un tono seco. Emma advirtió la mirada que le dedicó Colin a su esposa, como si estuviera advirtiéndola sobre su acritud.

—Buenos días, querida —la saludó con ojos sonrientes Gladys. Al menos alguien le daba la bienvenida y la animaba a compartir la mesa con ellos, pensó Emma.

Christian les empezó a contar a sus tíos los progresos de Olivia y su trabajo con Alexa. Brevemente se refirió a su ceremonia de matrimonio, para cambiar con rapidez a temas comerciales, compartiendo pareceres con Colin sobre asuntos navieros y las proyecciones del

mercado internacional. Lo cual, por supuesto, a Emma le interesaba tanto como saber cuántas hojas por año perdía un árbol.

Por otra parte, recordaba que Christian le había dicho que irían a los famosos acantilados de Moher. Ella estaba entusiasmada con la idea, porque había leído que eran una de las maravillas naturales más impresionantes del mundo.

—Emma —dijo Christian mientras se levantaba del asiento para acercarse a ella—, tengo que salir a dejar unos documentos, pero volveré en dos horas e iremos a Clare. ¿De acuerdo? —La besó en los labios fugazmente.

—Muy bien... —respondió ella, cohibida ante ese gesto de afecto en público.

Colin aprovechó para levantarse de la mesa e ir con su sobrino al centro. Entre las mujeres se hizo el silencio incómodo que Emma tanto detestaba.

—Yo lavaré la vajilla —anunció poniéndose en pie; no pensaba quedarse sentada o aburrida sin ayudar en algo.

—Al menos eres delicada —comentó Alison mirándola con frialdad.

Emma fingió no haberlo oído, recogió un par de platos y los llevó al fregadero de la cocina. No le parecía justo el desdén que le prodigaba la tía de Christian.

Gladys, cuando supo que la esposa de su nieto no podía oírla, se giró hacia su hija, que estaba recogiendo los cubiertos.

—Alison, no deberías ser tan grosera con la muchacha. No es mala persona —le dijo en voz baja.

—¿Y eres tú quien lo dices? Mamá, no sé cómo soportas a esa chica engreída. Si no fuera por su padre, mi hermana estaría aquí compartiendo la mesa con nosotras —murmuró Alison.

—Creo que ya hemos discutido eso muchas veces. Y hemos acordado que la esposa de tu sobrino no tiene la culpa; ya pasó, punto. No regreses a esos viejos rencores, ni prestes atención a los argumentos tontos que suele esgrimir Christian, al menos no sobre esta Connely en particular.

—Mmm —gruñó Alison, pero no bajó la guardia. Después de dejar de mala gana los cubiertos sucios en el lavaplatos, salió hacia el jardín trasero para dirigirse a donde vivía junto a su marido y Olivia.

Emma se cercioró de que la vajilla estuviera bien colocada en el lavaplatos y luego puso en marcha la máquina. Gladys se sentó cerca de donde habían conversado la noche anterior.

—Gracias por ayudar.

—No es nada, Gladys.

—Emma, no le prestes atención a mi hija. Ya se le pasará.

—Pierda cuidado. Me voy a cambiar. Por cierto, ¿es muy frío el condado de Clare?

—Un poco en esta época, sí, sopla el viento del Atlántico; será peor que si estuvieras en Londres. En los acantilados hay corrientes y quizá la ventisca sea muy fuerte. Pero es un espectáculo impresionante. Debes abrigarte bien, nada más, y prepárate para disfrutar de una vista maravillosa.

Le sonrió.

—De acuerdo, gracias —dijo Emma antes de subir a la habitación.

Se calzó unas botas grises, altas, sobre un precioso pantalón blanco. Eligió una blusa verde,

chaqueta gris y una gruesa bufanda. Se recogió el cabello, dándole varias vueltas hasta que formó un moño para que su melena no se desparramara o enredara con el viento. Una vez que estuvo lista, bajó a la sala, para esperar a Christian.

Fuera la nieve caía en una finísima capa sobre el jardín. Los primeros días de diciembre no podían ser de otra manera. Emma estaba sola en la sala, hojeando una revista, cuando el timbre empezó a sonar con vehemencia. Miró a su alrededor, pero ni Gladys ni Alison daban señales de vida.

Haciendo de dueña de la casa, fue a atender.

La primera impresión, cuando vio a la mujer con el rostro descompuesto en el umbral y con la ropa manchada de lodo, fue de sorpresa. La segunda no fue una impresión, sino una reacción: la tomó de la mano y la hizo entrar en casa.

—Señora, ¿qué ocurre? —Respirando agitadamente, la mujer intentó controlar su angustia—. ¿Desea un vaso de whisky, o de agua? —preguntó. La desconocida negó con la cabeza.

—Soy Catriona Mallow. Disculpe, he tocado en varias puertas, pero nadie me ha abierto. Soy amiga de Alison... Yo... ayúdeme... mi... mi hija... Serena... mi hija Serena está atrapada debajo de un tronco. Tuvimos... —jadeó— tuvimos un accidente; luego ella salió corriendo del coche y se puso a buscar por allí su muñeca. Por el impacto con el vehículo, un tronco se quebró cuando Serena se acercaba a coger su muñeca... —Respiró—. Por favor, ayúdeme, venga, ayúdeme... Necesito llamar a emergencias... Tengo que sacarla de debajo de ese tronco o mi niña perderá la pierna...

No tuvo que decírselo dos veces: Emma llamó al servicio de emergencias, porque Catriona solo lograba balbucear incoherencias. Luego salieron corriendo y se dirigieron hacia donde le indicaba la mujer que estaba Serena.

Cinco calles abajo vio el automóvil estrellado contra el árbol. Al acercarse reparó en el tronco que estaba sobre la piernecita de una preciosa niña de cabello negro que gritaba desesperada. Sin pensarlo, corrió hacia la pequeña y trató de empujar hacia atrás el tronco para liberarla de la presión que oprimía el frágil muslo derecho. Serena sostenía como un talismán su muñeca, pero no dejaba de llorar y gemir de dolor; emitía sonidos que oprimían el corazón de Emma.

—Tranquila, tranquila, ya vienen a ayudarnos.

La niña aferró sus deditos a la mano que Emma le tendió para calmarla.

—¡Por favor, llámelos de nuevo, insista para que se apresuren! —dijo Catriona. Emma le cedió el iPhone para que lo hiciera ella misma, pues por su parte le urgía encontrar algo con que levantar el maldito tronco, hasta que llegara la ayuda. Sus pantalones blancos ahora estaban impregnados de tierra y agua, y su peinado deshecho; además, se había hecho un corte en la mano al tratar de mover la áspera superficie de madera. Pero no cejó en el intento.

—Eres una muchachita preciosa. No llores, cariño, no llores. ¿Cómo te llamas, eh? —preguntó con la voz ligeramente quebrada, al ver una mano tan chiquitita e indefensa alrededor de la suya mientras intentaba liberarla de la opresión en la pierna, que seguro que le dolía muchísimo.

Sorbiendo por la nariz, la niña de piel olivácea la miró.

—Serena... Serena Mallow... ¿Me voy a quedar sin pierna? —preguntó—. A mí me gusta jugar al escondite... Si me quedo sin pierna, no podré hacerlo...

Emma tragó saliva.

—Por supuesto que no te vas a quedar sin pierna, Serena. Tu nombre es muy bonito, tanto como tú. Anda, cuéntame, ¿cómo se llama esa muñeca que abrazas con tanto afecto?

Finalmente la niña dejó de sorber por la nariz y sonrió. Emma sintió un poco de esperanza cuando a lo lejos oyó las sirenas.

—Patitas.

—¿Patitas, dices? ¿Por qué le has puesto ese nombre?

Serena pareció meditarlo.

—Porque me acompaña a todas partes, y camina. Mi mami dice que no es un ser humano, ni un animalito..., así que no entiendo cómo camina conmigo. Por eso le he puesto Patitas. ¿Está bien, verdad?

—¡Absolutamente! Patitas es un nombre muy adecuado —comentó Emma sonriéndole, mientras la madre de la chiquilla empezaba a gritar que ya llegaban los bomberos—. La ayuda viene en seguida, demuéstales lo valiente que eres y no llores —le dijo, tomando la pequeña manita entre las suyas con más firmeza. Emma no encontró fuerza suficiente en su cuerpo para mover el tronco y, cada vez que lo intentaba, Serena contraía el rostro de dolor y gritaba. No quería causarle ese padecimiento, así que solo rogó que quienes debían acudir a ayudar se dieran prisa. Se sentó en posición de flor de loto; su ropa ahora estaba mugrienta, pero no le importaba. Tenía que calmar a la niña y distraerla para que no pensara en el dolor.

—¿Cómo te llamas tú? —preguntó Serena—. Pareces una Barbie... solo que un poco sucia —observó la niña, haciendo que Emma riera.

—Me llamo Emma, y no creo que parezca una Barbie —comentó riendo nuevamente—. Tú sí que eres una belleza de niña. Serena —le acarició la mejilla—, ahí vienen los bomberos, y son unos señores muy amables, así que vamos a sonreírles, porque van a ayudarte. ¿De acuerdo?

La niña asintió intentando mirar hacia atrás, por donde se oía el camión de bomberos estacionando.

Entusiasmada con su nueva amiga, Serena le mostró los dientes —en una suerte de sonrisa— al gigante con traje de bombero que se acercó junto a otros compañeros del equipo. Y Emma no pudo dejar de dedicarle una gran sonrisa al hombre cuando lo oyó hablarle con dulzura a Serena, indicándole cuándo moverse y cuándo no, mientras manipulaban el tronco.

Emma se puso de pie y se giró hacia Catriona, quien la abrazó con fuerza, agradeciéndole la ayuda. Luego Catriona se desentendió por completo de ella y se puso a dar vueltas alrededor del equipo de rescate balbuceando cosas sobre su hija.

Emma se sacudió el pantalón en un gesto reflejo y giró hacia la calle, aliviada por el hecho de que estuvieran socorriendo a la pequeña. Los paramédicos que habían acudido le pidieron que se dejara examinar, así que se sentó en la parte trasera de la ambulancia y un paramédico se puso a curarle la herida de la mano, que empezaba a dolerle. El corte era un poco profundo, pero le dijeron que no necesitaba puntos.

Cuando Christian llegó a la casa oyó el sonido de las sirenas alrededor. El lugar por donde

vivían era muy tranquilo, así que algo grave debía estar sucediendo para que hubiese tanto jaleo. Subió corriendo los escalones para hablar con su abuela o su tía, pero no las encontró por ninguna parte. Se acercó a la recámara donde dormía con Emma; tampoco la halló.

«¿Dónde habrán ido?»

Preocupado, salió corriendo y siguió el sonido de las sirenas. Logró divisar una decena de vecinos que se habían agolpado alrededor de un coche incrustado en un roble gigantesco. Se acercó buscando a su familia, pero se le paró el corazón cuando vio a Emma sentada en la camilla trasera de una de las ambulancias. Estaba sucia, con los cabellos desordenados, la mano vendada y el rostro cansado.

Apresuró el paso y llegó hasta ella. Le pasó las manos por el rostro, y Emma lo miró aturdida por la sorpresa de encontrarlo allí.

—Mi amor, ¿estás bien? —le preguntó, apartando los cabellos del joven rostro. La tocó como si quisiera encontrar algún rasguño, mientras el paramédico le aseguraba que se trataba solo de un corte en la mano y un par de ligerísimos raspones que desaparecerían en unas horas, pero Christian lo ignoró—. ¿Qué ha ocurrido, Em?

A Emma se le contrajo el corazón cuando él la llamó de ese modo cariñoso, porque era la primera vez que lo hacía. «¿Se habrá dado cuenta él de ese detalle?»

—Christian... Sí, estoy bien. —Suspiró apoyando la cabeza en su hombro—. Esa pequeña... — señaló con la mano sana a Serena, que estaba en la camilla de emergencias de la otra ambulancia —. El coche de su madre chocó contra un tronco y la niña salió corriendo en busca de una muñequita; el árbol contra el que chocaron removió otro con un tronco más pequeño que le cayó encima a Serena... Vine corriendo, pero no pude hacer nada para quitarle el tronco de la pierna... La ayuda llegó rápido; si hubiesen tardado más, no sé qué habría ocurrido con ella.

Él se la quedó mirando. La ropa que llevaba estaba hecha un desastre, su aspecto habitualmente pulcro y elegante había desaparecido. Y todo el estrés y la exposición a un peligro ni siquiera había sido por alguien que ella conociera, sino por una niña..., la hija de otra persona. Algo dentro de él se removió; se trataba de un sentimiento cálido que empezaba a derretir el hielo que había en su interior. Aún no tenía un nombre para ello.

La tomó de la mano vendada y se la besó.

Gladys y Alison habían regresado de la iglesia y, al darse cuenta del accidente, acudieron para ver si podían ayudar en algo. Alison corrió a hablar con Catriona cuando la vio toda desaliñada. Era su amiga de toda la vida, la conocía desde el colegio. Escuchó atenta el relato del accidente, y también las alabanzas de Catriona por lo amable y considerada que había sido Emma con su hija. Y entonces Alison se arrepintió del modo en que había recibido a la esposa de Christian.

Por su parte, Gladys, al ver el modo en que Christian miraba a Emma y sostenía su mano, pensó que su nieto sería un tonto si continuaba mintiéndose a sí mismo sobre lo que sentía por su esposa.

La sonrisa sincera y la mirada de arrepentimiento que le dedicó Alison fueron suficientes para Emma. No necesitaba oírla pedirle disculpas.

—Todo está bien, Alison —le dijo cuando los vecinos, al ver que todo había concluido y nadie necesitaba ayuda, empezaban a dispersarse.

Emma se dio un baño, y cuando salió se encontró a un Christian taciturno y muy callado. No era propio de él. Al menos no cuando hacía una hora le había pedido insistentemente que le hablara, que le confirmara que no había sufrido daño alguno, y por último casi la había obligado a ir al hospital para cerciorarse de que todo estaba en orden.

—Christian... —Lo miró con el ceño fruncido—. ¿Sucede algo? —le preguntó mientras se ponía el vaquero nuevo, que hacía juego con los zapatos deportivos y un suéter azul. Procuró resguardar bien su cabello en un gorrito de lana—. Estás muy callado.

—Todo va bien —respondió él con tono neutro—. ¿Aún quieres ir a ver los acantilados? —Guardó las manos en los bolsillos del pantalón—. Porque si te sientes débil o...

Ella sonrió.

—¡Por supuesto que quiero ir! Solo tengo vendada la mano. —Se la mostró—. Así que ya estoy lista. —Le sonrió.

Él contuvo las ganas de acercarse y besarla hasta quedarse sin sentido, y arrastrarla también a ella. Pensar que podía haberle pasado algo le hizo sentir una emoción que no era muy habitual en él: miedo. La posibilidad de perder a alguien nuevamente se le hacía insoportable, sobre todo cuando ese *alguien* hacía que se le acelerara el corazón al mirarla, tocarla o simplemente pensar en ella. Su valentía y pragmatismo lo habían cautivado; se le hizo un nudo en la garganta, porque no le salían las palabras que resumían la admiración que sentía por Emma. *Su esposa*.

—Vamos, entonces —dijo.

Cuando estuvieron preparados para hacer la excursión de un día, Alison en persona le ofreció a Emma un cesto con un poco de comida. Ella aceptó el gesto encantada.

El viaje en automóvil duró aproximadamente tres horas. Christian contrató a un guía turístico mientras estuvieron en los acantilados. Entraron en la Torre O'Brien; a Emma le pareció preciosa, y la vista desde ahí era espectacular.

Christian le propuso hacer la excursión en barco, desde el embarcadero de los ferris de Doolin2Aran, pero ella rehusó, porque le daban miedo los botes, los barcos y cualquier cosa que se moviera sobre el mar.

Pasaron el resto de la tarde conversando, riéndose, besándose como si de verdad estuvieran enamorados y su matrimonio fuera real. Bien pensado, para ella, sí lo era. Compartieron sus impresiones del paisaje, y admiraron los ocho kilómetros de extensión que tenían los acantilados. El guía les contó que los riscos alcanzaban hasta doscientos catorce metros de altura, un dato que los sorprendió.

Aunque Christian era medio irlandés y medio inglés, y durante gran parte de su adolescencia después de la muerte de su madre había pasado sus vacaciones no solo en Irlanda, sino también en otros países, jamás había recorrido los acantilados como lo estaba haciendo en ese momento. Lamentablemente, la nieve y la lluvia no les permitieron disfrutar del ocaso.

Volvieron a casa cuando el reloj marcaba ya las once de la noche. Gladys se había ido a dormir, y al parecer los tíos de Christian también, pues había un completo silencio.

Emma no era muy buena en la cocina, así que se ofreció para hacer unos emparedados. Callados, se sentaron a la mesa a comer. Él la miraba como si quisiera preguntarle algo, y ella le devolvía la mirada esperando que hablara. Y cuando finalmente lo hizo, Emma hubiera preferido continuar manteniendo la farsa de que se llevaban bien.

—¿Ayudaste a esa niña porque sabías que era la hija de la amiga de mi tía? ¿Fue para ganarte su confianza?

Ella estuvo a punto de atragantarse.

—¿Qué? —Se puso de pie—. Christian, ¿por qué me haces una pregunta tan estúpida? Ni siquiera tuvimos tiempo de charlar, *no la conozco*, solo me dijo que era amiga de Alison, y punto. Además, creo que cualquier persona hubiera hecho lo que yo. ¿Por qué dudas tanto de mí?

«Porque si dejo de dudar, quizá la certeza que encuentre me sobrepase», pensó Christian.

—Solo quería saber... —Se puso de pie antes de que ella se alejara—. Solo quería saber, Em —insistió, porque era cierto: no había hecho la pregunta con ninguna intención en particular, quizá solo estaba pensando en voz alta, aunque él conocía perfectamente la respuesta.

—Eres muy complejo...

Christian hubiera querido confesarle que tal vez él no hubiese acompañado a Catriona, que tal vez se hubiese limitado a prestarle el teléfono para llamar a emergencias.

—Quizá.

Emma se levantó y Christian se acercó a ella. Le puso la mano en la espalda, esperando que se dejara guiar por él, en lugar de alejarse.

—¿Estás enfadado?

—Diría que es algo más allá de eso.

—¿Y qué es...?

Él sonrió, mientras acercaba su boca a la de ella.

—Ha vuelto la *señorita preguntas*.

—Nunca se fue —susurró ella con una sonrisa, mientras sentía el contacto cálido seduciendo sus labios.

Capítulo 16

No se había ganado su buena reputación en los negocios por ir de tonto. Intuía que Emma empezaba a enamorarse de él. «¿Y yo de ella?» No. Aquella confusión inicial que había sentido era, en realidad, un tema meramente de química sexual, pues Emma era la primera mujer por la que sentía una atracción física tan fuerte que era capaz de invadir sus pensamientos durante el día, aun cuando trabajaba coordinando desde su portátil las actividades de las compañías que manejaba. Y aquello no solía sucederle con sus otras amantes. Haber descubierto el motivo de su fascinación por Emma lo tranquilizó.

Alentado por su deducción, Christian se levantó lentamente de la cama procurando no despertarla. Se calzó las botas para la nieve. Era pasada la medianoche, y estaba seguro de que acudir a algún bar cercano le ayudaría a despejarse y ratificar que lo que compartía con Emma era un asunto de atracción física. Admiraba su coraje y valentía, sin duda, pero eso no cambiaba la conclusión a la que acababa de llegar sobre su matrimonio.

Buscó un bolígrafo y le dejó, cerca de la jarra de agua de la mesita de noche, una nota. Sería su acción considerada del día. Contempló el hermoso cuerpo cubierto tan solo por la sábana, antes de salir silenciosamente de la habitación.

Pensó en irse a pie, pero tardaría mucho, pues seguro que la nieve que estaba cayendo en la ciudad impediría caminar con facilidad. Le pidió a Boris que lo llevara al bar al que solía ir en algunas ocasiones cuando estaba en casa de su abuela. Iría al Eagles House.

Somnolienta y con una sonrisa en el rostro, Emma buscó a tientas el calor de Christian a su lado, como se estaba acostumbrando a hacer cada noche. Aún con los ojos medio cerrados, se arrastró sobre las sábanas hasta el lado en el que él solía yacer. Para su sorpresa se topó con un espacio frío.

Se había ido.

Se incorporó de golpe. «A lo mejor está en el baño.» Volvió a recostarse.

Cinco. Diez. Veinte minutos. En la casa reinaba un silencio sepulcral. Se puso en pie y caminó hasta el cuarto de baño... Estaba vacío. «¿Dónde se ha ido?» Adormecida, su pie tropezó con la mesita de noche, provocando que el vaso de vidrio con agua cayera sobre la alfombra. Masculló una maldición y encendió la lamparilla.

He salido a tomar una Guinness al bar de siempre.

Christian

Dobló la nota y la arrojó sobre la mesita de noche frunciendo el ceño. «¿Qué bar puede ser, y por qué se ha ido sin invitarme?», se preguntó más despierta, pero no por eso menos confundida. No es que Glenageary fuera un área grande; de hecho, era muchísimo más reducida que la parte céntrica de Dublín, pero ella no conocía al dedillo los alrededores, así que ni siquiera intentó deducir dónde estaría ubicado «el bar de siempre». Pasaban cuarenta y cinco minutos de medianoche, pero ya que estaba despierta, bajaría a beber un poco de té, o quizá algo más fuerte.

La sorprendió encontrarse en la cocina a Gladys, que estaba vestida con un grueso salto de cama color negro. Emma se sintió gratamente acompañada, y aquella era una sensación que compartía muy pocas veces con las personas que se cruzaban en su vida.

—Gladys. ¿Se encuentra bien? —preguntó acercándose a ella.

La anciana le sonrió.

—Hola, hija. Sí, sí. Oí... es que, bueno, oí salir un automóvil, pensé que quizá os habíais ido de casa y decidí esperar para ver si regresabais.

—¿Marcharnos sin avisarla? ¡Imposible! No se me ocurriría hacerlo, y me parece que a su nieto menos aún: la respeta mucho y la tiene en gran consideración. —«Lo que parece que Christian no siente hacia mí en absoluto.»

—No, cariño, me refiero a *salir*, sin más, no a abandonar la casa. Es que estoy acostumbrada a esperar a Olivia cuando se va de fiesta. —Emma abrió la boca expresando un «oh» silencioso—. Así que pensé que a lo mejor ambos habíais salido. Es la costumbre, por mi nieta. ¿Va todo bien entre vosotros?

Emma dudó un instante.

—Oh, sí, bueno... —Recordó lo hermoso que había sido estar juntos hacía poco más de una hora—. Parecía que todo iba bien. —Se encogió de hombros—. No lo sé, Gladys. Me ha dejado una nota para decirme que se iba a un bar a beber una cerveza. La verdad es que no comprendo qué puede haber cruzado por su cabeza para marcharse de ese modo...

Gladys rio.

—Ah, este nieto tonto que tengo... —Se quedó misteriosamente pensativa un momento antes de continuar—: ¿Sabes, Emma? Creo que a ti también te vendría bien una copa. Y así conoces un poco el ambiente nocturno; no puedes perderte la oportunidad, ya que estás por aquí. Además, si mi nieto quiere andar de copas por ahí, pues venga, tú también tienes derecho a hacerlo. ¿Qué te parece?

Emma soltó una carcajada, y la abuela de Christian se alegró de que la muchacha hubiera borrado la expresión confusa de su rostro. Su nieto estaba haciendo el memo.

—No me gusta que la gente me lea la mente, Gladys. —Le tomó la mano con afecto.

—Bueno, tampoco es que haya nada malo en que un hombre salga a tomar una copa. Pero lo normal es que vaya con su esposa. ¿Verdad?

—En teoría, sí... Ya sabe usted que no ha sido un matrimonio convencional, quizá lo que

quiere es estar lejos de mí. Quizá está pensando que esta farsa suya no funciona... Quizá...

—Deja la palabra *quizá* en paz, vas a desgastarla. Tú solo hazme caso: ve y tómate una copa. Te voy a recomendar un lugar muy típico de aquí. Se llama... espera... es que esta cabeza mía ya se olvida de algunas cosas —dijo dubitativa—. ¡Eso es! —Su mirada se iluminó al recordar—. Se trata del Eagles House. Un sitio estupendo; mi nieta Olivia a veces lo menciona. Mereces salir un rato, Emma. Empápate del ambiente de Dublín. Anda, ve hija, ve —la animó, dándole una palmadita en la espalda.

—No estoy segura...

—Oh, pero lo único que harás será entrar y tomar una copa. ¿Acaso no tienes derecho a que te apetezca una?

—¿Sabe, Gladys? Usted puede llegar a ser una mujercita muy manipuladora —le dijo Emma risueña.

—Lo sé, lo sé —admitió la anciana entre risas—. Pero, niña, debes saber que lo hago por tu bien. Tienes que salir. Además, mañana por la noche voláis a Nueva York, así que no tendrás tiempo de conocer la vida nocturna irlandesa.

—De acuerdo, iré entonces. Usted vuelva a la cama, que ya somos mayorcitos para que nos cuide, ¿eh?

Gladys asintió con una sonrisa.

—Puedes llevarte el BMW de Olivia. Está aparcado en el garaje de atrás. Las llaves están sobre el piano, querida.

—Gracias.

—Ya me las darás luego —murmuró la anciana en tono misterioso antes de alejarse por el pasillo, mientras Emma subía las escaleras para arreglarse y salir.

Gladys sintió que ya había aportado su granito de arena para ayudar a que ese par se dijeran unas cuantas cosas de una buena vez. Si eso no funcionaba... entonces empezaría seriamente a dudar de sus dotes como abuela.

Eagles House ocupaba toda una esquina en una de las calles céntricas de la ciudad. El lugar tenía el suelo de madera, sillas de cuero y los típicos bancos altos alrededor de la barra, y el techo con decorados en yeso. La incorporación de comida india en el menú, con las correspondientes especias picantes, fue un acierto de los propietarios. Nativos y foráneos se acercaban a degustar un buen ambiente con música en vivo, y una excelente comida; no solo india, sino también de otro estilo, más bien europeo.

En algún momento Christian pensó en abrir allí un restaurante de Art Gourmet, pero después decidió mantener Dublín como una ciudad neutral para no pensar en negocios, sino solo para vivirla en paz. Aunque eso era lo último que había estado haciendo esos días. Además, tampoco había ido a visitar la tumba de su madre, por la que solía pasarse a dejar flores cuando estaba en Dublín. «Iré mañana por la mañana.»

Se sentó en una mesa que acaba de desocuparse. El camarero le llevó unas cortesías

gastronómicas de la casa, y él se pidió un Redbreast, muy difícil de encontrar fuera del país natal de su familia materna. Disfrutó estando a solas.

Pasó un largo rato y, cuando se disponía a beber el cuarto vaso de whisky, se sentó frente a él una de las chicas más bonitas que recordaba de su adolescencia, Erin O'Rorke.

Aquella era la muchacha con la que un verano, cuando él tenía diecisiete años, había iniciado su vida sexual. Erin estaba tal como la recordaba la última vez que se vieron, dos años atrás. Seguía siendo muy atractiva, con su cabello lacio hasta los hombros, de un peculiar color caoba, sus ojos celestes, y un cutis envidiable para cualquier mujer. Era casi tan alta como él; los pechos no eran demasiado generosos, pero los recordaba amoldándose a sus manos; tenía una cintura estrecha y piernas largas. En conjunto, lograba que los hombres se dieran la vuelta cuando pasaba caminando por su lado.

—El hijo pródigo nos visita —saludó sonriente y cruzando las piernas por debajo de la mesa—. ¿Cómo estás, Christian?

«Sin casi nada de maquillaje, se ve igual de guapa de día o de noche», notó al contemplarla. Sin embargo, no encontraba en Erin el brillo habitual de sus ojos y, sin proponérselo, pensó en el modo en que destellaban los ojos verdes de Emma cuando se reía, discutía, se enfadaba y... Detuvo el curso de sus pensamientos.

Había ido al bar para olvidarse de lo que sus sentimientos querían decirle sobre Emma Connely, para demostrarse que se trataba de una mera atracción sexual, más fuerte de lo habitual, sí, pero atracción al fin y al cabo. Erin había aparecido en el momento oportuno. «Una señal del destino para recuperar la cordura y el rumbo. Y no pretendo ignorarla.» Por otra parte, aún tenía a las puertas el viaje a Nueva York y el recibir la casa de Cambridge; su abuelo tenía que cumplir el resto. Debía centrarse en conseguir sus objetivos económicos con Lionel, y para ello requería una absoluta claridad mental.

—Vaya, Erin, qué sorpresa. —Sonrió encantadoramente—. Pues ya ves: aquí, disfrutando un poco del pub, recordando el ambiente irlandés. Ya sabes que en Londres la vida va más rápido de lo que me gustaría —comentó bebiendo un poco de su vaso—. ¿Te quedas a compartir una copa conmigo?

Ella sonrió.

—Una invitación amable. —Le hizo un guiño—. Supongo que por los viejos tiempos. —Se rio de él. Y Christian le devolvió la sonrisa—. De acuerdo. —Puso una mano sobre el fibroso brazo masculino con el afecto de siempre.

A pesar de que Erin se enamoró perdidamente de Christian cuando eran adolescentes, no era igual de inocente que él al iniciar su aventura juntos. Su vida amorosa había empezado cuando tenía apenas quince años, dos menos que él. Se fugó con Sebastien Burke, el contable de su padre, el respetado señor Brien O'Rorke. Sebastien le llevaba diez años, y se fue con él pensando que sería una de aquellas historias que durarían para siempre. Para su joven corazón fue un duro golpe enterarse de que Sebastien estaba casado, y de que ella no había representado para él más que una aventurilla de cuatro meses. Su padre lo despidió, y a ella no le dirigió la palabra durante un largo tiempo. Arrepentida y avergonzada, un mes después de huir con Sebastien, volvió a su casa; su padre, a pesar de lo estricto que podía llegar a ser, le abrió las puertas de nuevo sin cuestionarla.

Semanas después conoció a Christian, durante una fiesta en Dublín. Él la había mirado con ojos ansiosos al recorrer su cuerpo, y Erin supo de inmediato lo que estaba buscando. No pretendía dejarse llevar de nuevo por sus sentimientos, pero Christian resultó irresistible; no le hacía promesas y la trataba con respeto; la ayudó, sin saberlo, a olvidar el desengaño de Sebastien. Fue un amante generoso y divertido, y cada vez que volvía de Inglaterra le traía algún detalle. Juntos pasaban el tiempo, a veces acostados en la ribera de un río o a orillas de un lago lejano. Le fue imposible no enamorarse de él. Pero la historia entre ellos se había terminado cuando él se dio cuenta de que Erin esperaba algo más que compartir su cama, y le aclaró que él no se ataba a nadie. Verlo cada cierto tiempo en revistas con mujeres colgadas de su brazo era un mensaje claro de lo que significaba para él una relación: una aventura, y solo eso. Ella aceptó la situación, pero no quiso perder su amistad. Y en eso se habían convertido hasta ese momento: buenos amigos con gratos recuerdos.

—¡Oye, John! Tráele una copa a Erin —le gritó Christian al camarero, quien trabajaba en Eagles House desde que él recordaba—. Por los viejos tiempos —le dijo a Erin cuando John volvió con la bebida.

Elevaron sus vasos.

—Por los viejos tiempos —repitió ella, brindando con él.

—¿Cómo va el negocio inmobiliario? —preguntó Christian tras terminarse su whisky.

—No nos quejamos. Ya sabes que mi padre tuvo que vender la tierra; la crisis nos golpeó bastante —contestó haciendo una mueca al recordar lo difícil que habían sido esos tiempos.

—Pudiste pedirme un préstamo, sabes que te habría ayudado. Me gustaba la casa que tenías frente al río —dijo Christian, recordando la primera vez que se había acostado con ella. Fue una experiencia infantil, no podría decirlo de otro modo. Su nerviosismo por cómo manejarse fue compensado con caricias y besos que le dieron poco a poco confianza durante esa experiencia, y las que vinieron luego. Erin fue buena con él. Sincera. Por eso aún continuaba siendo su amigo.

—Sé que me hubieras ayudado, pero creo que mi esposo no se lo hubiese tomado bien. — Sonrió a Christian.

—Ese tonto de Cullen... Siempre te dije que no te convenía —comentó él fingiendo enojo, y ambos rieron.

Un año atrás, Erin había contraído matrimonio. Cullen McKenna, un escocés de pocas pulgas, fue el elegido. La trataba con guante de seda y la hacía sentir amada. Christian decía que no le gustaba porque tenía mal olfato para los negocios y siempre invertía en el proyecto equivocado. Lo cual quizá fuera cierto, pero a Erin eso no le importaba.

—Ya sabes: la necedad nos une —se burló.

Alrededor el ambiente estaba muy animado; un grupo había empezado a tocar un *reel*, y la gente aplaudía alegre, y brindaba con whisky, cerveza e incluso bocadillos. Erin reparó en el anillo de Christian, quien a la vez se fijó en el curso de la mirada de su amiga de tantos años.

—¿Hace cuánto tiempo? —le preguntó ella con una sonrisa. Ya había aceptado que él nunca sería suyo, pero eso no dejaba de causarle cierta pena: se había casado con otra, y no con ella. Solo esperaba que fuera feliz, como lo era ella con Cullen.

—Unos pocos días —respondió Christian con sencillez.

—¡Días! ¿No deberías entonces estar con ella? —preguntó con asombro.

—¡Maldición, Erin! Si quisiera estar con Emma, entonces no me verías aquí. ¿No te parece lógico? —estalló, no sabía si porque ella había traído a colación un tema del que no quería hablar o, quizá, porque la quinta ronda de whisky ya estaba acicateando su mal genio.

—La verdad es que no.

En menos tiempo de lo que se hubiera imaginado, Christian le soltó toda la historia. Erin se limitó a escucharlo, sintiendo pena por la pobre muchacha que era el blanco del lado necio y oscuro de Christian.

Cuando él acabó con su relato, Erin lo miró con tristeza.

—Chris, ¿acaso no te das cuenta de por qué estás aquí en realidad?

Él hizo un gesto con la mano, y John le llevó otro whisky, en esta ocasión doble. Medio bebido como se encontraba, negó con la cabeza. «Veo dos Erin. ¿Dos o tres? Mejor dejo de beber, o no voy a saber cómo llamar a Boris, y eso sí que sería una pena, porque tendría que volver andando a casa, y no recuerdo el camino de regreso.»

—Para olvidar. ¿Para qué, si no? —respondió.

—Olvidar, ¿eh? Mmm... ¿Qué es exactamente lo que quieres olvidar? —insistió Erin con un leve matiz burlón que a él le pasó desapercibido.

—A ella... a Emma... me confunde, me... ¿No lo notas? Tengo un objetivo y la muy bruja me confunde, Erin. ¿Entiendes? —contestó arrastrando las palabras. «¿Voy por el séptimo whisky, octavo quizá? ¡Nooo! ¡Apenas llevo tres! Esto lo resisto a la perfección, en especial si son dobles en los cubitos de hielo.»

Erin tenía ganas de reír a carcajadas, pero se contuvo. No quería provocar el mal humor de su antiguo amante. El esquivo Christian Hawthorne no solo se había casado con la horma de su zapato, sino que además buscaba las respuestas en los lugares equivocados. «El amor a veces vuelve imbéciles a los hombres más inteligentes.»

—Claro que lo noto y lo entiendo. Pero eres tú el que no se da cuenta de lo más elemental de esta situación en la que te has metido. Christian, a ti en estos momentos ya no te importa en absoluto lo que ella, o su padre, pudiera haber hecho o no. —«El acento irlandés en Erin es demasiado marcado», se dijo Christian, mirándola a través del vidrio del vaso de whisky. «Sí, ahora cuento mejor, es el séptimo. Vaya, esto sí que es un whisky irlandés.»—. La razón es más que evidente: estás enamorado de ella —afirmó.

—¡No! —aseguró Christian elevando la voz, que se fundió en medio del murmullo de decenas de voces que hablaban alrededor—. ¡No es así! ¡Es solo sexo, maldita sea! ¡Solo sexo!

Erin suspiró. Alguien había logrado capturar el corazón de hielo de ese hombre y devolverle el calor que ella sabía que existía dentro de Christian.

—Lamento decirte que el problema es que no te das cuenta... y si sigues aquí vas a liar una... Mejor vete a casa. Ya has bebido suficiente. No hagas el tonto. —Fracasó en el intento de quitarle el vaso de la mano—. Ay, Christian, nunca te había visto así por nadie. Estás irremediamente enamorado de Emma. Ve y díselo, ¿quieres? Hazlo por ti, y por ella. Esa venganza estúpida no te va a llevar a ninguna parte, no tiene sentido.

Christian, en un impulso, sorteó la corta distancia que la separaba de Erin, la tomó del cuello y

la besó. Con ese beso pretendía demostrarle a ella y a sí mismo que lo que sentía por Emma era fácil de dejar atrás, de olvidar, y apenas llegaran los papeles firmados por su abuelo y cerrara el negocio en Nueva York, la abandonaría y su vida de soltero retornaría en todo su esplendor.

Devoró la boca de una sorprendida Erin. Christian la besó como en los viejos tiempos, con la misma pasión que se habían dispensado mutuamente, esperando sentir... «¿Qué espero sentir?» Lejos del whisky, el sabor de Erin le supo muy ajeno y lejano. «¡Condernada hechicera pelirroja! Me ha arruinado para cualquier otra mujer. Y maldita sea Erin, porque tiene razón: estoy completamente enamorado de Emma. ¡Diablos!»

Y seguramente fue el diablo el que lo condenó a continuación.

Estaba despejándose de Erin, y le iba a ofrecer sus disculpas; sí, disculpas, porque lo que había hecho era una canallada egoísta; estaba casado y ella también, por todos los demonios. Su condena empezó cuando vio por el rabillo del ojo a su némesis entrando en Eagles House.

«¡Oh, Emma...!» Notó, en su mirada verde, cómo pasaban varias emociones en pocos segundos: sorpresa, rabia, dolor y... decepción. «No, maldición, decepción no...» Ni él mismo podía vivir con esa emoción; causársela a ella era muchísimo peor, sobre todo ahora que su estúpida cabeza había aceptado por fin que la quería. Se puso en pie tambaleándose, y Erin no hizo nada por ayudarlo. Entendía que estuviera enfadada con él. No fue un gesto muy respetuoso besarla como lo hizo, después de todo. Había roto la regla de oro: no meterse con las parejas de sus amigos. Y aunque Cullen no era *su amigo*, a Erin la consideraba como tal.

Cuando Erin se percató de lo que había producido tal desconcierto en Christian, supo inmediatamente que era su esposa. Curiosa, echó un rápido vistazo a la mujer que traía a Christian de cabeza. Sin duda, era una belleza deslumbrante. Entendía por qué lo tenía tan deslumbrado, pero también intuía, al ver la reacción de su amigo y conociéndolo como lo conocía desde hacía tanto tiempo, que Emma debía ser mucho más que una cara bonita; de lo contrario él no estaría tan preocupado.

Erin supo que tardaría un largo tiempo en volver a saber de Christian. Esperaba que Emma perdonara la estupidez que había cometido su amigo, y no solo estaba pensando en el beso que la muchacha acababa de presenciar, sino en todo aquel enredo que él le había relatado sobre la venganza, las empresas y demás. Ella bien podía ir a aclararle las cosas a Emma con respecto a ese beso, pero ni la conocía ni era esa su batalla, sino la del idiota de Christian. Se alejó de la mesa y se perdió entre el gentío.

A Emma no le había costado dar con la dirección del bar. Tal como dijo Gladys, necesitaba una copa, y dejar que el aroma y la esencia de Irlanda le impregnaran la piel. Claro que, cuando abrió la puerta, lo primero que sintió fue un ramalazo de especias deliciosas. ¡Comida india! La identificó fácilmente porque, después de la comida china de Meimei, esa era su favorita.

Se adentró en el local y buscó un espacio libre para acomodarse mientras escuchaba al grupo que estaba tocando un *reel*. Le gustaba la música, era muy animada, y le entusiasmaba ver cómo todos aplaudían. Resultaba contagioso.

No sabría decirse a sí misma si por un instinto o por qué maldita razón, tuvo que mirar a la derecha, a un rincón alejado. Christian, *su esposo*, estaba entretenido besando a una mujer de cabellos caoba y largas piernas con tanta desesperación que parecía la despedida de un gran amor. Se le atascaron las emociones en la garganta y fue como si alguien la hubiera golpeado quitándole el aire de los pulmones.

Diría que el corazón se le partió en dos. Nunca se había sentido tan dolida y humillada como en ese instante. Ni siquiera con Jared. Fue como si el mundo a su alrededor se hubiera desvanecido y solo quedara ella, y la escena que se representaba ante sus ojos.

Cuando Christian la vio, Emma supo que trataría de acercársele o hablarle. Igual que Jared cuando lo encontró desnudo con otra. «Maldita sea mi suerte. Lo único que no puedo recriminarme es la elección de pareja, pues no he entrado en este matrimonio por voluntad propia, sino por chantaje. Solo que, a pesar de ello, en esta ocasión el golpe es demasiado doloroso para soportarlo, porque, a diferencia de Jared, amo a Christian.» Hizo algo que no era propio de ella: huyó. Salió corriendo lo más rápido que sus piernas le permitieron.

Christian lanzó unos billetes sobre la mesa y salió apresurado detrás de Emma; la alcanzó en un par de zancadas, cuando estaban ya en la calle. Solo con verla tan atribulada y confusa, el efecto de los siete whiskies desapareció de su cabeza. El aire frío de la noche contribuyó a avivarlo, eliminando en gran medida el efecto de los Redbreast.

—¡Em... Em..., espera! —gritó mientras llegaba hasta ella y, tomando aire, la alcanzaba con la mano. Logró detenerla asiéndola por el antebrazo—. Espera —repitió jadeante.

—¡Suéltame! ¿Por qué no me dejas en paz y sigues besuqueándote con esa mujer? ¡Olvídame, Christian! —le gritó ella, deshaciéndose de la mano que la tocaba, como si le diera repulsión tenerlo cerca.

Él hizo acopio de su fuerza y la tomó de la cintura para acercarla. Ella se debatió entre sus brazos con furia, pero no logró alejarse.

—Demonios, mujer, tranquilízate. Déjame hablar... Emma..., por favor, déjame explicártelo.

Ella no quería que la tocara o la retuviera. Así que no dejó de removerse entre sus brazos, luchando por liberarse. Aunque aquello era como tratar de sacudir una pared de acero, Emma, tan terca como podía llegar a ser, no desistió.

De pronto, Christian resbaló con el aguanieve de la calle y la arrastró con él. Ella cayó apoyada sobre su pecho, y con sus puños empezó a empujarlo para que le quitara los brazos de encima. Ambos respiraban agitados. Ella porque quería alejarse y él porque deseaba lo opuesto.

Emma sentía tanta furia contra Christian y tanta humillación por lo que acababa de presenciar en el bar que fue ese motivo, y no otro, el que hizo que las lágrimas empezaran a rodar por sus mejillas.

—Emma, mi amor. Dios mío, no llores, por favor. —Christian se sintió miserable. Limpió con delicadeza sus lágrimas, pero ella le apartó los dedos con un manotazo.

—Eres el más idiota, el más...

Incapaz de resistirse, tomó la cabeza de cabellos rojos entre las manos y la atrajo hasta sus labios para callarla, para saborearla pidiéndole con ese gesto que no lo condenara, que lo perdonara. Christian nunca se había sentido tan miserable, no solo porque le había causado dolor

esa noche, sino porque ya se había dado cuenta, de sobra, de que Emma no era lo que él creyó en un principio.

El beso fue posesivo, brusco, altanero y suplicante; un contacto que buscaba redención. Ella respondió con rabia, lo mordió, lo retó y lo condenó. Christian enlazó su lengua a la de ella, la provocó, arrasó su boca; no solo pidiendo, sino también entregando. Por primera vez, verdaderamente entregando.

Él la tenía aprisionada contra su cuerpo, con una mano firmemente anclada en la parte baja de su espalda, mientras ella se sostenía con las manos en el pecho de Christian, intentando alejarse y al mismo tiempo quedándose aferrada a su calor.

La cordura regresó mucho más pronto a ella que a él. Maldiciendo, y tambaleándose, logró incorporarse con la mayor dignidad, dejando a Christian tendido sobre la gélida nieve dublinesa. Incluso tirado en la calle, el canalla era endiabladamente guapo. Maldita su suerte si lo amaba. Pero esa noche definitivamente él se había excedido.

Christian le había dicho que no esperara nada de él, que tenía que ser consciente de por qué estaba en ese matrimonio; ahora lo veía todo mucho más claro que antes. Comprendió que no la amaba, que no lo haría nunca, y tener esperanzas era una completa estupidez. Su rabia se convirtió en frialdad, mezclada con una profunda tristeza. Pero de cosas peores había salido, y también superaría lo de Christian. Lo intentaría con todas sus fuerzas.

Poco a poco, él se incorporó. Estaba helado debido a la baja temperatura, pero el frío más gélido era el que le provocaba el hielo que despedían los ojos verdes más hermosos que hubiera visto. Ese desdén iba dedicado exclusivamente a él. Se lo merecía.

Ella lo miró, aún con los labios hinchados por sus besos, con una engañosa calma.

—Em, solo permíteme hablar. Es todo lo que te pido —rogó Christian, tratando de contener las ganas de abrazarla. Se puso de pie lentamente, para evitar que la traicionera aguanieve volviera a hacerle una jugada enviándolo al pavimento.

Emma se cruzó de brazos y lo miró con una altivez impropia de su carácter.

—Habla entonces de una vez; así me dejarás en paz. —Contuvo las ganas de abofetearlo.

—Erin... —empezó—, ella no significaba nada para mí, es solo una vieja amiga, no hay nada entre nosotros. Yo solo la besé porque pensé que así podría olvidar tu esencia, el sabor de tus labios... —La voz de Christian, habitualmente fuerte, era grave y apagada.

—¿Exitoso experimento, señor Hawthorne? —le espetó ella sarcástica. Le importaba un cuerno cómo se llamara la mujer—. Eres patético, Christian.

Christian gruñó algo, pero sabía que estaba en desventaja. Resignado a no tocarla, le dijo:

—Lamento que hayas tenido que ver eso en el bar. Ha sido una estupidez por mi parte. —La miró, por primera vez en todo ese tiempo desde que se habían reencontrado en la casa de los Connely en Mayfair, con humildad—. He sido un idiota al querer comprobar mi teoría de que no me importabas, que el hecho de que te colaras en cada sencillo y complejo pensamiento era pasajero, que cada vez que te veía y me hervía la sangre era solo un tema físico... Pensé que besando a otra mujer me demostraría que, efectivamente, solo se trataba de sexo. —A ella se le contrajo el corazón ante aquella declaración—. Sé que no es así. No es fácil decirte esto, yo... —tomó aire, porque lo que estaba a punto de expresar era la verdad que no había querido ver, la que

evitó tantas veces cuando todo había sido tan claro—. Emma, estoy enamorado de ti —confesó mirándola con sinceridad, con una mezcla de amor y ternura.

Ella lo observó, en cambio, con algo que Christian nunca había visto en Emma: desprecio. Y por primera vez sintió lo que era el rechazo. Fue como un puñetazo para su ego. Jamás le había ocurrido algo así.

Quizá, si Christian se lo hubiera confesado esa noche, mientras estaban acostados el uno junto al otro, ella habría creído en sus palabras. Ahora su declaración le parecía una mera excusa y una salida fácil a su deslealtad, anunciada desde un principio, sí, pero no por ello menos dolorosa. Si él insistía en su intento de que lo creyera, quizá terminaría haciéndolo, y la volvería a herir de otras mil maneras diferentes. No iba a permitirlo.

—Finalmente aceptamos que uno de los dos es el estúpido. ¿Sabes, Christian? —Trató de ser firme, aunque frente a esa mirada suplicante lo que más le apetecía era abrazarlo. Parecía un niño desvalido, pero él no tenía nada de indefenso—. Pensé que las cosas entre nosotros podrían ser un poco distintas, y que estos días guardaban un atisbo de verdad o de sinceridad por tu parte. Ni un ápice, ahora me doy cuenta. —Él iba a replicar, pero Emma lo calló con un gesto de la mano—. Tu reconocimiento llega en un momento muy inoportuno, pues si antes tenía un poco de confianza en ti, ahora ha desaparecido. ¿Querías vengarte de mi padre a través de mí por lo que le ocurrió a tu madre? ¡Bravo! Anótate eso en otro de tus logros. Lo has conseguido.

Christian la miró interrogante, pues él no le había contado que ella estuviera ahí por Rory. Pensaba hacerlo, sí. Tenía tan revuelta la cabeza que fue como si un rompecabezas empezara a armarse con cuentagotas, y no con la rapidez que necesitaba para replicar y argumentar.

—Gladys habló conmigo con sinceridad, algo que deberías aprender a hacer. En algún momento entendí por lo que habías pasado, traté de ser empática, y créeme: no disculpo a mi padre. Lo que hizo estuvo muy mal. —Christian la miraba consternado. Su abuela se lo había soltado todo a Emma. Si su enérgica abuela sabía del asunto en detalle tenía que ser porque la tía Alison le había contado más datos de lo que él hubiese deseado que supiera Gladys—. Pero tú eres tan retorcido que no te das cuenta de que yo solo tenía cuatro años. ¡Era una niña, por Dios! ¿Qué culpa tenía yo? ¡¿Qué culpa?! —le gritó resentida, enojada, lastimada—. Ha pasado demasiado tiempo ya para que continúes albergando tanto rencor...

—Lo sé, lo sé... —Christian se pasó los dedos entre los cabellos—. Hasta ahora no me había dado cuenta. Solo déjame explicarte todo esto; lo que hay detrás de todo esto. Déjame empezar de cero, compensarte...

Emma no quería ser cruel, pero no pudo evitar lanzar una carcajada cargada de cinismo y desprecio. «¿Ahora quiere explicarse y compensarme? Después de que no solo le he entregado mi corazón, sino también mi inocencia, para que luego él se comporte como un completo cretino... Va listo.»

—No quiero oír nada del tema. Ya te he dicho que no soy una persona que se retracte de sus pactos, así que iré contigo a Nueva York, si es eso lo que te preocupa y lo que te motiva a continuar aquí haciendo el tonto y diciendo cosas que no sientes.

Él abrió más los ojos, furioso, pero se obligó a calmarse, porque lo tenía merecido.

—No me importa Nueva York en este momento —replicó frustrado, porque no tenía cómo

refutar ninguna de las palabras de Emma, todas eran ciertas. Quería devolver la calidez y la alegre cadencia a la voz de aquella mujer que era su esposa; arrancarle un suspiro; crear la atmósfera en la que ella se entregaba, pedía y gemía; deseaba oír su risa, y escuchar sus planes en el trabajo. No le importaba Nueva York, ni el testamento; si fuese por él, lo mandaría todo al infierno con tal de que ella le diera la oportunidad de redimirse.

La nieve empezó a caer con más fuerza, pero ellos parecieron no darse cuenta, tan enfrascados como estaban encarándose el uno al otro.

Boris estaba en la calle donde Emma había dejado el BMW de Olivia, silencioso y discreto, esperando a que Christian le diera alguna instrucción.

—Mala suerte, porque estoy deseando ir para poder acabar este contrato y luego divorciarme de ti. —No había querido decirlo, pero no pensaba echarse atrás.

—¿Divorciarte de mí? ¿Es eso lo que quieres de verdad? —preguntó Christian, sintiendo que se le iba el alma del cuerpo. No podía dejar que Emma se alejara de su lado. No cuando descubría, muy tarde, que estaba perdidamente enamorado de esa pelirroja que lo había hechizado con su risa, sus ironías, su inteligencia y su sentido de la lealtad. La posibilidad de que se divorciara de él, y de que otro tuviera lo que era *suyo*, le resultaba inconcebible. No sabía cómo había pensado que podría separarse de quien se había convertido en el aire que respiraba. La necesitaba, maldita sea.

—Por supuesto, Christian —mintió ella—. Ese era el acuerdo. E insisto en que yo cumplo mi palabra. Tú salvas la empresa de mi familia, no me denuncias por un robo que no cometí, heredas tus preciados millones y tu casa, y yo soy libre. Luego podré rehacer mi vida con tranquilidad.

Él apretó los puños tratando de contener las ganas de zarandearla y hacerle ver que estaba siendo, como nunca antes con una mujer, abierto y sincero con sus sentimientos.

—Eso no es todo lo que nos une, Emma, y tú lo sabes. Cariño, no hagas esto. —¿Qué más podía pedirle o decirle a Emma? Estaba fuera de juego. Como si de pronto careciera de una armadura y los golpes le llegaran desde todos lados y fuera imposible defenderse.

—Eres *tú* el que ha hecho todo esto. —Afianzó su declaración abarcando el espacio con un gesto de las manos—. Tú y solo tú. ¿Querías vengarte? ¿Humillarme? ¿Quizá lograr que me prendara de ti y luego dejarme? —«No sabes cuán ciertas son tus especulaciones...», pensó Christian arrepentido—. Has ganado, porque, lamentablemente para mí, no solo me he enamorado de ti, sino que también te amo. ¿Sabes lo que significa la palabra *amor*?

Christian no pudo reaccionar ante semejante declaración, cargada de rencor y dolor, sin duda, pero a pesar de ello quiso encontrar un poco de esperanza en las palabras de Emma.

—Seguramente, no —se respondió Emma a sí misma, malinterpretando el mutismo de Christian—. Ahora que he completado el numerito, puedes dejar de incordiar-me con tus ridículos argumentos. Buenas noches —dijo dándole la espalda, para que no la viera limpiarse las lágrimas que empezaban a rodar de nuevo por su rostro.

Christian se quedó de pie en la calle sintiendo la nieve caer sobre él, mientras ella se alejaba. Estaba anonadado. ¡Lo amaba! Nunca había escuchado dos palabras tan maravillosas en toda su vida. Ni tampoco había visto tanto dolor al confesarlas.

Muchas mujeres le habían dicho que lo amaban, pero ninguna lo había mirado a los ojos

diciéndoselo con el corazón en la mano. Él lo había echado todo a perder. De paso, la había dejado ir, y ni siquiera le había confesado que él también la amaba. Maldición. «¡Soy un perfecto imbécil!», se dijo con amargura.

Buscaría la manera de que Emma lo escuchara y lo perdonara. Y esa era otra cuestión: ni siquiera le había pedido disculpas adecuadamente. Con su esposa se convertía en un completo desastre. Quizá fuese un genio y un diablo en los negocios, pero con Emma las neuronas le hacían una mala pasada.

«Al menos, ella también me ama, así que quizá no esté todo perdido.» Aferrándose a esa única esperanza, intentaría recuperarla, a ella y todo lo que habían compartido antes de que él lo echara todo a perder.

Capítulo 17

Londres

Alette se había mudado a vivir con Trevor. Antes de eso, mantuvieron una larga charla de varias horas; ella, entre sollozos y reclamos, y él, anonadado por las confesiones sobre Catherine y Cressida. Después de esa conversación Trevor le prometió que, con independencia de quién fuera su familia, él dejaría solucionada la cuestión que tanto preocupaba a Alette, sin que importase si en el futuro tenía o no planes políticos en Inglaterra.

Con las influencias de Trevor, lograron que el centro de rehabilitación les permitiera ver, antes de que se cumplieran las dichas dos semanas, a Danielle Richardson, el nombre que ahora llevaba Cressida. La primera impresión de Alette al entrar en aquel sitio fue de tristeza. El lugar era deprimente, y estaba en pésimas condiciones. Tenía que sacar a su hermana de ahí fuera como fuese.

—Su nombre, por favor —pidió la enfermera que estaba en la recepción con cara de pocos amigos.

—Alette Cassinelli. —Apretó la mano fuerte y firme de Trevor, que la tenía abrazada por la cintura, brindándole su apoyo—. Vengo a ver a Danielle Richardson.

—Mmm... —La mujer rebuscó un rato en la pantalla de su ordenador—. Habitación cincuenta y dos. Por favor, deje sus pertenencias en el casillero de su izquierda, no se permiten objetos extraños sin previa supervisión.

—No he traído nada, más que un libro con fotografías. —Le había llevado toda la mañana hacer un álbum especial con las fotos de ella y su madre juntas, un pequeño recorrido de lo que era su vida, inclusive con sus amigos, su padre y Trevor. Quería que su hermana la conociera; quería muchas cosas, porque ese vínculo le hacía mucha ilusión. Y aunque su madre se negaba a hablar del asunto, estaba segura de que Danielle lo haría en algún momento, cuando estuviera lista—. ¿Contraviene eso alguna norma?

La mujer de cabellos grises pareció pensárselo; luego negó con la cabeza, y los guio hasta el lugar donde se encontraba Danielle.

—Estoy nerviosa, Trevor —confesó Alette mirándolo a los ojos. Él la besó en la frente y la atrajo más hacia él, mientras seguían a la mujer que tenían delante.

—No tienes por qué, aquí estamos los dos. ¿De acuerdo? Así será de ahora en adelante, vamos a enfrentar juntos lo que suceda. No más secretos, Allie.

—De acuerdo. —Ella sonrió con amor—. Te quiero, Trevor —le dijo en un murmullo.

—Y yo te quiero a ti, preciosa. Y ahora, vamos, muéstrate tranquila. Ya sabes que es el modo en que tu hermana podrá sentirse cómoda para cualquiera que sea su reacción contigo. —Le sostuvo la mano mientras caminaban por el estrecho pasillo pintado de un tono celeste desgastado por el tiempo.

Alette se fijó en la figura delgada que permanecía de espaldas a la puerta; la chica estaba observando, a través de una pequeña ventana enrejada, el exterior. Tenía el cabello de un tono rubio como el trigo; llevaba un sencillo vestido de algodón que seguramente había conocido mejores días, y parecía más o menos de su misma altura. Cuando se volvió hacia ellos, Alette se quedó sin habla. Estaba ante la viva imagen de su madre, pero muchísimos años más joven.

—Hola. —La voz de Danielle era dulce, pero su mirada estaba perdida, como en otro tiempo. Quizá era miedo, apatía o recelo; o las tres cosas.

Alette sonrió con timidez. Era un momento emotivo, y también triste, porque se habían perdido muchos años juntas.

—Hola..., Danielle —dijo un poco cohibida. Le habría gustado llamarla Cressida, pero estaba segura que su hermana no respondería a ese nombre.

Se miraron con reconocimiento.

Trevor se separó de su novia y se acercó un poco a la muchacha a la que habían ido a conocer. Danielle instintivamente se alejó.

—Somos amigos; mi nombre es Trevor Connely, y ella es tu hermana, Alette Cassinelli. Es un placer conocerte —le tendió la mano, que Danielle tardó en estrechar.

—¿Por qué habéis venido? —les preguntó mirándolos con recelo.

Alette le sonrió.

—Me enteré de tu existencia hace poco tiempo y no he dejado de buscarte... Quería conocerte, saber muchas cosas, pero, sobre todo, deseaba ayudarte. Quiero intentar recuperar el tiempo que nos han quitado.

El estrecho espacio en la habitación era bastante frío; otra evidencia de las carencias del centro. Con el clima del exterior, era una negligencia el pésimo sistema de calefacción.

—No necesito tu ayuda, me las he arreglado sola durante todo este tiempo —contestó Danielle. Comparó sus características físicas con las de Alette. Obviamente era su hermana; compartían ese brillo en los ojos cuando sentían desconfianza. Como en ese instante—. Siempre ha sido así.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Alette, sin querer juzgarla.

—Me enteré de algo que no debía saber, y consideraron que el mejor modo de librarse de mí era ponerme bajo los efectos de estupefacientes, para que cayera en una sobredosis y así poder justificar el encerrarme en este sitio de mala muerte. —La altivez y furia de su tono hizo sentir escalofríos a Alette.

Allie deseaba acercarse, abrazarla, pero no quería presionarla.

—Eso quiere decir que tú no...

—No, no vendo drogas, ni las consumo... Solo estuve en el sitio equivocado a la hora equivocada. Hay gente fuera —señaló la ventana con la mano— que no me quiere ver; creen que

voy a delatarlos, no lo sé. La verdad es que he tenido suerte; pudieron haberme matado. ¿Sabes, chica? He tenido una vida difícil: ni algodones —miró con ironía la ropa que Alette llevaba—, ni príncipes azules —observó con una mueca a Trevor—. Pasé de un hogar de acogida a otro. ¿Quién es mi madre? ¿Por qué me abandonó? Son preguntas que me he hecho toda la vida. Pero he aprendido a lidiar con esos interrogantes, ahora ya no me importa saber las respuestas; no quiero saberlas. Lo que sí espero es que me saques de aquí. —Lo dijo casi como una orden, pero Alette no rebatió nada, porque era lo que iba a hacer, sin importarle cuánto tiempo le costara.

Trevor se mantuvo al margen, escuchando y observando.

—Te creo, Danielle. Creo en tu inocencia —insistió Alette. Porque así era; lo llamaría intuición de la sangre. Le resultaba imposible imaginarse a esa chica de ojos asustados y voz valiente cometiendo algún desafuero contra su propia vida—. Trevor y yo te sacaremos de este sitio, y te protegeremos de quienes te metieron aquí —aseveró, antes de dejar el álbum de fotos sobre la cama. Las sábanas estaban un poco raídas, pero al menos se veían muy limpias.

Danielle miró el álbum como si no le interesara, aunque en realidad se moría de curiosidad por ver su contenido.

—No creo en las promesas ni en las palabras, sino en las acciones. Ya me han defraudado muchas veces. La calle es dura, Alette. Así que, cuando lo hagas... cuando me saques de aquí, entonces, quizá, te cuente mi historia. Y tú me hablarás de la tuya —añadió con un dejo de esperanza que intentó ocultar, pero que no se le escapó a su recién descubierta hermana.

—De acuerdo —sonrió Alette—. Volveremos a por ti. He tratado de poner en fotos lo que ha sido mi vida. Puedes preguntarme sobre todas las personas que ves ahí cuando te saquemos de este lugar. —Se acercó un poco y puso la mano titubeante sobre el brazo de Danielle. Ella no se retiró y aceptó el contacto.

—Como digas. —Le volvió la espalda para continuar observando quién sabe qué, a través del pequeñísimo cristal que daba al exterior.

—Hasta pronto —se despidió Alette, mientras Trevor le sostenía la mano.

—Adiós —contestó Danielle con acritud. Aunque la muchacha fuera su hermana, ella había sufrido suficientes engaños en su vida como para no abrirse tan fácilmente con una simple visita; la habían defraudado tantas veces que ya todo le daba lo mismo.

Sin embargo, cuando estuvo segura de que sus visitas se habían marchado, devoró con avidez las fotografías del álbum. Quizá después de tanto pedirle al universo encontrar un hogar, su plegaria había sido escuchada, aunque tampoco se hacía ilusiones al respecto. En cualquier caso, era la primera vez en mucho tiempo que sentía que alguien se interesaba genuinamente por ella, y eso ya era bastante decir en su vida.

Tres días después de la visita de Alette y Trevor, Danielle salió del centro de rehabilitación.

El papeleo con las autoridades, tanto como la investigación para saber quién o quiénes estaban detrás de toda su historia, lo resolvieron con bastante prontitud. Tener contactos en las esferas adecuadas era una gran ventaja, y Trevor se aseguró de que fuera en beneficio de Danielle, a quien

él y Alette le habían alquilado un apartamento a pocas casas de donde vivían. La idea de ambos era ofrecerle un espacio para que se adaptara a lo que sería su nueva vida, que supiera que tenía un sitio al que volver, siempre.

La madre de Alette continuó sin responder las llamadas o los correos electrónicos. Ni siquiera su padre contestaba, algo que a Alette la molestaba muchísimo. Trevor le aconsejó que dejara pasar un tiempo, pero ella sentía que la espera ya había sido suficientemente larga y tediosa desde que se enterara de la existencia de Danielle. Ver a su única hermana la alegraba, pero sabía que las cicatrices del alma durarían mucho más tiempo en desaparecer.

Trevor procuró tener muchas cosas en su agenda durante el primer día de Danielle fuera del centro, para así dar la oportunidad de que las hermanas se conocieran.

—Gracias por todo —le dijo Danielle no bien abrió la puerta principal del apartamento—. Este sitio es precioso —añadió, maravillada con la decoración y la luz que se filtraba por el gran ventanal—. Me alegro de que esos estúpidos finalmente estén entre rejas. No sabía que la policía los estaba buscando. Pero que me hayan encerrado en ese tugurio infernal solo por haberlos visto intercambiando su mercancía, cuando lo que yo quería era ir a casa de mi amiga Lindsey, ya dice bastante de esos imbéciles.

Alette se acercó a abrazarla, y sintió un leve rechazo, que se esfumó poco a poco. Y cuando el gesto de afecto le fue devuelto, se mantuvieron enlazadas un largo rato.

—Es un poco extraño saber que tengo una hermana... —confesó Danielle, al separarse de Alette para luego ir hasta la sala—. Espero no causarte molestias.

—¡Jamás! Me encanta haberte encontrado, sin importar el modo en que me enterase de tu existencia. Como habrás notado —dijo mirando su anillo de compromiso—, Trevor y yo vamos a casarnos. Y queremos formar una familia, pero necesito que tú seas parte de ella. Ahora tienes un apartamento, ya te he enseñado el mío, y si sientes la necesidad de quedarte con nosotros, por favor, hazlo.

Danielle reflexionó en silencio.

—Ese Trevor se ve un buen hombre.

Alette sonrió.

—Me alegra saber que te lo parece —dijo encantada—. Sí que lo es, me ha ayudado mucho estos días para agilizar el proceso y poder tenerte aquí conmigo. Por otro lado, mi... nuestra madre...

—Tal como te dije, Alette —la interrumpió—, con respecto a nuestra madre, no sé la verdadera razón por la que me dio en adopción. Solo ella tiene la respuesta, y creo que a veces es mejor no saber. No estoy lista para verla, porque me causaría más dolor que alegría. Ser rechazada por tu propia madre es un estigma que no se quita —dijo con un tono que sonó bastante crudo y resentido. Alette comprendió ese sentimiento de rechazo, y se prometió que nunca la dejaría sola—. ¿Sabes? Jamás he sido parte de nada. Me he pasado la mayor parte de mi vida como nómada; me es difícil arraigarme, y quizá pronto sienta la necesidad de mudarme de ciudad. A veces Londres puede llegar a ser un incordio. —Había cambiado el vestido desgastado por unos vaqueros nuevos, una camiseta azul brillante y unas Converse a juego con la ropa. Alette pensaba comprarle todo un guardarropa nuevo; era su hermana, e intentaría de todas las formas

compensar los años que Danielle había tenido que pasar penurias y necesidades.

—¡Oh, no! Por favor, no te vayas... Espera un tiempo. Apenas acabo de encontrarte, y tenemos tantas cosas que vivir juntas; crear recuerdos. Por favor, aguarda, y luego ya decidirás qué hacer. —Se acercó y le tomó las manos entre las suyas—. Sé que no te puedo exigir nada, ni arrancarte una promesa, pero piénsalo antes de irte. ¿De acuerdo?

Danielle la miró con sus expresivos ojos grises.

—Eso puedo considerarlo, sí.

Alette sonrió de alivio.

—Gracias. Ahora ya sabes que siempre tendrás una familia esperándote. —Le apretó la mano con afecto—. Yo... cuéntame tu historia, Danielle.

—Mis amigos me llaman Elle.

—Elle, entonces; si tú me llamas Allie. —Sonrió complacida al ver que su hermana comenzaba a mostrarse más abierta.

Durante el resto del día intercambiaron recuerdos de sus vidas. Definitivamente, vivir en las calles, huir de las casas de acogida y sortear posibles robos y violaciones distaba mucho de todo cuanto Alette había experimentado. Danielle tenía un carácter fuerte, una personalidad inquisitiva y firme. Le gustaba la escultura, que había aprendido con una de sus madres adoptivas y en la que se volcaba cuando el mundo a su alrededor se colapsaba.

Lo último llamó la atención de Alette.

—No es una condición, pero si es el modo de retenerte conmigo... —Danielle rompió a reír ante el modo tan cándido en que hablaba su hermana—. Si te pago los estudios en una escuela de arte, ¿vendrás conmigo donde sea que vaya, Londres, Madrid, Melbourne...?

Aún con humor en los ojos, Danielle asintió con la cabeza. Sin importar qué hubiera ocurrido en el pasado de ambas y los porqués, ahora se tenían la una a la otra. Estaba centrada en vivir su presente y forjar el futuro. Un futuro que se abría esperanzador ante ella. No indagaría sobre su madre. Y le pediría a Alette que dejara ese tema. No cambiaría de decisión al respecto; era mejor así para ambas.

Samuel Baskins fue la última persona del departamento de sistemas de H&E en salir de la oficina. Alette consultó el reloj, las ocho de la noche, agazapada en una esquina mientras comprobaba que todo estuviera como esperaba. «Estupendo. Toda la plantilla de la tercera planta, donde se halla el dichoso departamento, ha salido.»

Suspiró con alivio.

En el área de diseño había quedado solo ella. Catherine, con quien tenía intención de solucionar los problemas más adelante, se había ido hacía rato. Gracias a Trevor se sentía feliz, e ignoraría cualquier amenaza de la madre de Emma, que ya no tenía poder ninguno sobre ella.

«Ojalá Em estuviera bien», pensó. Ella sabía que tardaría bastante en contarle a su amiga el tema del chantaje y explicarle el asunto de Christian en el Savoy; ese recuerdo, aunque no había ocurrido nada entre ellos, aún la hacía sentir incómoda. También quería hablarle de su

compromiso con Trevor y de su futuro traslado a Austria. Su hermana, que había aceptado acompañarlos a Europa central, era otro tema que sumar a la lista de la conversación pendiente con su mejor amiga.

Por otro lado, sus padres, simplemente, habían desaparecido de su radar. Quizá estarían en Nueva Zelanda, o en las islas Fiji. Pero ella ya tenía decidido no mirar atrás; se centraría en el futuro, y su futuro era Trevor, y Danielle.

Aunque no quiso traicionar el secreto de Emma, se vio obligada a contarle a Trevor el verdadero motivo por el que se había tenido que casar con Christian Hawthorne. Hablarlo con su prometido era el único modo de poder ayudar a su mejor amiga a encontrar al culpable del desfalco en H&E.

Al principio Trevor estuvo a punto de coger un vuelo a Irlanda para «partirle la cara» a Christian, según le dijo. Alette lo calmó diciéndole que Christian y Emma tenían planeado irse a Nueva York en breve y que, en el caso de que pensara ir a Norteamérica, no tenía sentido alguno viajar tan lejos. De mala gana, Trevor renunció a ir en busca de su antiguo compañero de Oxford para encararse con él.

No quería ni imaginarse el trabajito de buscar en los ordenadores el extracto de transferencias y transacciones para determinar qué diablos había ocurrido y poder explicar la presencia de la firma falsificada de Emma en todo aquel asunto. Pero lo haría por Em; su amiga necesitaba demostrar su inocencia.

Esperó quince minutos más, hasta que apareció Trevor por el pasillo, y así pudo salir de su perfecto escondite. Ella se acercó, lo abrazó y lo besó con ternura, y él empezó a devolverle el gesto con otras intenciones, que ella adivinó.

—Aquí no —susurró—. Vamos, tenemos cosas que hacer. —Puso la mano con afecto en la mejilla de Trevor.

—Besarte y hacerte el amor es una cosa que *hay que hacer* —enfaticó él, besándola nuevamente, pero muy a su pesar se separó porque tenían que cumplir una misión juntos—. Si Hawthorne se entera de que andamos figoneando...

—Es tu empresa, mi vida; él solo la dirige. Recuérdalo. —Le hizo un guiño.

—Necesito que alguien me refresque la memoria... —dijo Trevor con tono bajo y sensual—. ¿Sabes cómo conseguirlo? —preguntó jugueteando con el jersey de algodón blanco de Alette.

—Ahora mismo, no. —Lo besó fugazmente en los labios y lo cogió de la mano para emprender el camino a las oficinas internas de los informáticos—. ¿Has traído tu tarjeta magnética de acceso? —indagó, caminando junto a él.

—No, pero podemos tomar prestada la de mi padre. Tengo la clave de su caja fuerte, donde suele guardar documentos y otras cosas.

A ella se le iluminó la mirada.

—¡Estupendo! Aunque no soy un genio con los ordenadores, estoy segura de que podremos hacer algo. Lo único que sucede es que los últimos cinco años suponen muchísima información.

—Nos apañaremos. Ya sabes, dos cabezas piensan mejor que una.

Salieron de la planta de informática y se dirigieron hacia la planta de las oficinas principales.

—Ya lo creo, cariño.

A pesar de que las cámaras de seguridad estaban activadas, no era nada extraño que el hijo del dueño estuviera en las oficinas de su padre. Así que ningún guarda subió ni hizo comentario alguno cuando Trevor pidió que no lo interrumpieran.

Encontró la entrada de acceso a la caja fuerte, detrás de la estantería contigua al escritorio, donde había un comando digital de activación. Más que una caja de seguridad, parecía un archivador y, cuando se abría, mostraba varios niveles.

—Aquí empieza la diversión —dijo Trevor, observando la caja fuerte. Él recordaba que constaba de tres niveles. En el primero se solían guardar las escrituras de cada filial, los documentos más importantes. El segundo contenía las llaves de seguridad de todas las empresas, junto con información financiera clasificada. El tercero custodiaba los poderes notariales que se conferían para la ejecución de acciones específicas.

Presionó la combinación de números en el panel. Quince, veintiuno, diez y tres. La puerta maciza hizo el sonido que garantizaba su apertura. La combinación de la caja fuerte era muy fácil, y él se sorprendió de que durante diez años su padre no la hubiese cambiado. Trevor introdujo de inmediato la mano entre las diversas cajitas.

Alette lo observaba sentada sobre la gran mesa de juntas que tenía Rory en el despacho. Le gustaba mirar cómo brillaban las luces de Londres desde ahí. Era una oficina muy lujosa y confortable.

—¡Diablos! —exclamó Trevor cuando vio, abajo, dos gruesas carpetas en la repisa superior.

Ella se acercó para ayudarlo a sacarlas. Y, cuando lo hizo, las hojas que estaban dentro de una de las carpetas se desparramaron sobre el suelo alfombrado. Cuando empezaba a ordenarlas, reparó en que la firma de uno de los documentos decía claramente «Emma Victoria Connely».

Leyó minuciosamente. En ese papel constaban transferencias desde cien mil libras esterlinas hasta un millón de libras, y así iban sumando. Casi se le caen de nuevo los papeles de las manos por la impresión, mientras Trevor buscaba la llave magnética de su padre, ajeno a lo que ella acababa de descubrir.

Alette continuó leyendo en silencio. Las transferencias bancarias habían sido realizadas a una cuenta en Suiza y a otra en las islas Caimán, y el beneficiario era Rory Connely; el dinero había entrado y salido desde la cuenta de Emma, con la aprobación (falsa, claro) de su rúbrica. Se tapó la boca para no soltar una imprecación. «Maldito bastardo.»

—Trevor..., creo que deberías dejar de buscar esa llave magnética...

Él la miró intrigado, y Alette se acercó para entregarle las hojas.

Trevor empezó a revisar los documentos. Y diferentes cambios se operaron en la expresión del rostro del heredero de H&E.

Ella nunca lo había visto tan enfadado, ni siquiera cuando la encontró en el Savoy.

—¡Mi padre robándonos, a su propia familia! ¡A sus empleados! Maldita sea —gruñó—. La firma de mi hermana. ¡Se atrevió a falsificar la firma de su hija! —Blandió los papeles.

—Emma no es culpable de nada...

—¡Ya lo sé! Lo sé. Es ella la que ha tenido que pagar las consecuencias de los actos de mi padre. Mientras a mí me confinaba lejos de Londres... —se lamentó Trevor—. Por eso insistió en que yo fuera a Sídney. El infame siempre supo que yo no iba a lograr cerrar el trato. Él solo

necesitaba ese tiempo para hacer el negocio en Noruega.

Ella lo miró intrigada.

—¿Qué negocio en Noruega?

Trevor resopló con indignación. Quería a su padre porque era alguien importante en su vida, pero, como hombre de negocios, su respeto hacia él estaba en el fango.

—Mi padre deseaba comprar una patente a una empresa noruega muy importante. Deseaba adquirirla desde hacía más de tres años. La garantía que pedían era de ciento dos millones de libras. Yo le dije que no lo hiciera. Entonces empezó a alejarme del mando de la empresa, y negoció con unos italianos y unos rusos para que se fusionaran, haciendo un frente común, de tal suerte que reunía el dinero, conseguía aliados y expandía H&E a los países nórdicos. Era una jugada arriesgada, aparentemente visionaria, pero en realidad desastrosa. Luego me mandó a Australia, porque fue por esa época cuando cerró el pacto con los italianos. Y aquí —puso el dedo en el arrugado papel— está la fecha de la transferencia a Italia por ochenta millones de libras. Claro..., cómo no íbamos a estar hundidos si el traicionero de mi padre no ha hecho más que desfinanciarnos, robándonos a nosotros, sus hijos, y logrando que mi pobre hermana se metiera en ese asqueroso matrimonio. Ese italiano lo estafó, me enteré por los exabruptos de mi padre unas semanas atrás: le salió muy mal su negocio.

—¿Y qué papel ha desempeñado Christian Hawthorne en todo esto? —preguntó Alette, impresionada.

—Según parece, ninguno. Solo aprovechó el rumor de que la corporación estaba carente de liquidez, y la oportunidad servida en bandeja de plata cuando mi padre fue a buscarlo. Christian no es tonto; puede que en otras áreas sea un bastardo, pero financieramente es un genio. Estoy seguro de que él no tuvo nada que ver con toda esta bazofia. —Enterró la cara entre las manos, lleno de fastidio y furia—. Y si ahora nos vamos a Austria, ¿qué será de mi hermana? Ella tiene que saberlo, necesita limpiar su nombre para que Christian le conceda el divorcio y pueda salir de esa encrucijada.

—La iré a buscar a Nueva York y le llevaré las copias de estos papeles yo misma.

Él la miró preocupado.

—No podemos... no puedo enviar a mi padre a la cárcel, pero Christian sí que lo hará. Ese sería un escándalo financiero que nos enviaría directo a un foso sin salida. Y *mi querido cuñado* nos dejaría en la calle, porque puede ser cualquier cosa, pero jamás robaría ni dirigiría una empresa de fondos dudosos. Yo tengo que arreglar los asuntos aquí en Europa... —Trevor iba de un lado a otro sobre la alfombra, preocupado, consternado, decepcionado—. No me puedo creer todo esto, Allie. ¡Mi padre, por todos los cielos!

Alette lo abrazó.

—No te alteres y piensa con calma, Trevor. Emma hará entrar en razón a Christian. Tengo la impresión de que en ese matrimonio es algo más que un mero chantaje. Al menos guardo esa esperanza. —Suspiró recordando la llamada de su amiga cuando estaba en Irlanda—. Escucha, mi amor. La empresa no tiene fondos dudosos, sino un ladrón que casi la envía a la bancarrota, y que lamentablemente no es otro que tu padre. Y se valió de la falsificación de la firma de tu hermana para hacerlo. Christian está casado con Emma, ahora ella lleva su apellido. Si el escándalo

salpica a la familia Connely, también lo salpicará a él, y créeme, estoy segura de que no le gustan los escándalos públicos y menos aún la prensa.

—Tienes razón... tienes razón... No puedo enviar a mi padre a la cárcel... pero puedo hacer algo mejor.

—¿Qué?

—Dejar la empresa en manos de Christian.

Ella abrió más los ojos, sin comprender.

—¿Cómo?... ¿Acaso no la tiene ya en sus manos?

—La dirige, pero no tiene el poder como accionista. Mis acciones están ahora a nombre de Emma; sin embargo, puedo hablar con el abogado para que también Christian pueda decidir, con el consentimiento de Emma, sobre ellas. Así mi padre se verá obligado a renunciar de algún modo, presionado por Christian. Conseguiré que sea mi cuñado quien tome las decisiones, siempre y cuando mi hermana esté de acuerdo.

—No suena mal —dijo Alette, aunque por dentro pensaba que Emma y Christian iban a matarse si tenían que manejar el tema de las acciones juntos. No podía comentarle a Trevor más detalles sobre los sentimientos de Emma, pero estaba convencida de que, enfrentamientos, habría muchos.

—Ahora tengo que pensar en la gente que trabaja para nosotros, Allie. Y, aunque no me gusta, Christian es la única salida. Tiene que quedarse al mando. Y Emma, aunque la idea le desagrada, tendrá que dejar un tiempo su fundación y su trabajo para arreglar de alguna manera la desgracia que ha creado mi padre.

Alette suspiró.

—¿Y tú? Es tu empresa, Trevor... También es tu compañía. Vuelve a ella. Aunque hayas cedido las acciones a tu hermana, estoy segura de que ella no te negará devolvértelas si acaso lo quieres, porque la vida de Emma es su fundación, no las corporaciones de esta naturaleza. Además, nadie te puede impedir que te reintegres a H&E... Si bien Christian toma decisiones ahora, lo cierto es que solo las acciones de Emma le darían más poder. Así que todo depende de ella.

—Pretendo que Christian continúe dirigiéndola; yo negociaré el hacerme cargo de algunas cosas desde Austria, tal como hemos decidido, mientras dirijo mis propios negocios. Es el modo de no dejar la empresa sola de nuevo, pero tampoco involucrarme de lleno en ella. Sé que con Hawthorne está en buenas manos.

—¿Vas a hablar con tu padre?

—No. Creo que eso le corresponde a Emma. Si lo hago yo... es probable que terminemos mal. Es mi padre, después de todo... No puedo enfrentarme a él con los puños, y créeme que es lo que me apetece hacer ahora.

—Lo siento. —Alette le acarició el rostro—. Hay algo más que no has notado —señaló.

—¿Qué? —preguntó él con el rostro pálido, como si le hubieran dado golpes sin parar.

—Entre esos papeles hay registros de transferencias a una cuenta a nombre de tu madre... por cuarenta millones de libras... Están aquí. —Le dio las páginas de la evidencia—. Por trabajos de decoración en... ¿Escocia?

Él estudió los papeles un rato.

—¡Mierda! Vaya par de progenitores tengo... ¿Qué harás, Alette? ¿Sugerirme que a ella sí la envíe a la cárcel? —preguntó sarcástico, haciendo alusión al modo en que Catherine los había intentado separar.

Alette obvió el tono de Trevor.

—No... pero estoy segura de que lo que temía era que Christian se enterara de que ella mantenía esa cuenta para facturar trabajos que no realizaba. Tu cuñado la enviaría directamente a la cárcel sin pensárselo dos veces en caso de descubrirla. Ahora entiendo que quisiera que yo lo sedujera... —«Trevor ha hecho una mueca de asco; al menos se ha contentado con eso y no ha roto cosas, como hizo cuando le conté toda la historia de su madre conmigo», pensó Alette—. Supongo que ahí están los fondos para comprar esos benditos cofres y cosas antiguas de Egipto.

—Me siento tan defraudado, Allie. —Ambos se sentaron sobre la alfombra con las manos entrelazadas—. ¿Cómo pudo mi padre utilizar así la firma de su propia hija? Claro que, si lo hubiera hecho con la mía, yo lo hubiese descubierto. Mi hermana era un blanco más fácil, porque ella no entiende nada de estos negocios y su carrera está centrada en la fundación. Pobre Em, los dos le han fallado. Cómplices contra su propia sangre —concluyó con amargura.

Ella apretó sus dedos alrededor de los de Trevor.

—No te tortures, no podemos hacer nada para ir hacia atrás en el tiempo.

—Aún no me explico por qué aceptaste trabajar aquí; tú ya tenías un próspero negocio de decoración.

Alette se rio.

—Quería estar cerca de ti, y también encontré en H&E retos interesantes.

Él la acercó por la nuca con gentileza y empezó a besarla y besarla, hasta que el sabor y el afecto que sentía en los besos de la mujer que amaba lo calmaron.

—Eres única...

—Quiero hablar con Emma sobre lo nuestro.

—Absolutamente de acuerdo, aunque creo que tendrá que esperar hasta que resolvamos este gran problema que han creado mis padres.

—Tengo una idea con Catherine —dijo Alette de pronto. Él la miró con curiosidad—. Le propondré que, efectivamente, se mude a Escocia. Yo abriré una filial de mis empresas de decoración y la pondré a ella al mando. No creo que le haga gracia abandonar Inglaterra, y aún se tomará peor trabajar para mí; pero será eso o vivir la humillación a la que la sometería Christian poniéndola en manos de las autoridades. Abriré una galería temática en Edimburgo para que ella exponga lo que desee; supongo que será arte egipcio. Claro, tú te asegurarás de que ese dinero sea legal. Déjala estar por su cuenta, Trevor, ya es tiempo.

Trevor la miró con ternura.

—Ella estuvo a punto de separarnos y tú quieres ayudarla... Eres única, Alette, y por eso te quiero tanto. —La besó.

—Y yo a ti. —Se recostó contra el pecho protector y fuerte de Trevor. Él la rodeó con los brazos desde atrás—. Ahora lo tengo claro. Iré a Nueva York y le entregaré a Emma las pruebas que me pidió que buscara. Ella ya sabrá qué hacer con la información. —«Y veremos cómo reacciona Christian cuando sepa que Em es inocente», pensó Alette para sí misma.

Capítulo 18

Nueva York

Emma fingía dormir en el asiento del avión privado de Christian; no tenía ganas de hablar con nadie. Despedirse de Gladys le dio un poco de pena, pues le había tomado cariño, tanto que no dudó en abrirle su corazón cuando la abuela de Christian le preguntó qué había ocurrido en el bar la madrugada anterior. No pudo mentirle. La anciana le dio un gran abrazo que la confortó y, antes de que Boris les anunciara que el equipaje se encontraba ya en el coche y que todo estaba listo para ir al aeropuerto de Dublín, le dijo que todo caería por su propio peso. Y con esa frase en mente ahora viajaba rumbo a Nueva York.

Christian había modificado completamente su actitud hacia ella. La madrugada después de llegar del Eagles House, él se fue a dormir a la habitación de invitados. Emma lo agradeció en silencio, porque no hubiera soportado tenerlo cerca y echarse a llorar, o tirarle cosas hasta cansarse.

Él no discutía si ella decía cualquier cosa o lanzaba una ironía; se limitaba a hacer un par de comentarios amables y no exigía nada con su tono dictatorial, como había sido habitual días atrás. Tampoco intentó besarla, ni tocarla. Y ella no podía decir si eso le dolía más que haberlo visto besando a la tal Erin.

El vuelo hacia Estados Unidos fue tranquilo, y ella aprovechó para leer un par de libros de psicología que le pidió a Boris que le comprara antes de llegar al hangar de Dublín.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto John F. Kennedy, se encontró en la sala de recogida de equipajes con una amiga a quien no veía desde hacía años. Le agradó verla del brazo de su esposo, junto con sus gemelos. Intercambiaron sus números de teléfono y luego se despidieron.

Al salir a la calle, el clima frío la golpeó. Aunque su época preferida del año era la primavera, sin duda Nueva York sería un espectáculo agradable de ver, lleno de luces y colores, si pasaban la Navidad en la ciudad. Le hacía ilusión patinar en la Lower Plaza del Rockefeller Center.

Hacía mucho tiempo que Emma no visitaba Estados Unidos, así que, mientras la limusina se adentraba en las calles de la ciudad que nunca duerme, ella contemplaba los edificios, la euforia de los turistas y también las prisas y el ajetreo de los neoyorkinos que tenían que ir a las oficinas o hacer recados y gestiones en una ciudad maravillosa, pero también caótica.

El apartamento de Nueva York al que llegaron era precioso y, por supuesto, propiedad de

Christian. The Lucerne estaba ubicado en el 350 de la calle 79, en el Upper East Side, a pocas manzanas a pie de Central Park. La entrada del lujoso condominio estaba flanqueada por dos pequeños jardines que ahora cubría la nieve, y la bienvenida al *hall* la brindaba una puerta giratoria de color dorado.

Les había tomado un par horas llegar al apartamento, porque Christian se detuvo en las oficinas de Dave Chavelier, quien había dejado un comunicado a su secretaria para que informara a Christian de que Chavelier estaría fuera de Nueva York durante dos semanas por un asunto urgente de negocios, pero que lo recibiría sin falta a su regreso para la charla que tenían pendiente. Eso no le hizo ningún bien al humor del heredero de Art Gourmet, pero, ya que estaba en la ciudad, tendría que esperar a que Chavelier volviese.

Emma escuchó a Christian mientras le comentaba que él casi nunca se quedaba en el apartamento, y que durante algunas épocas del año solía ponerlo en alquiler, salvo cuando tenía negocios que atender, como era el caso. Le describió brevemente el tipo de personas a quienes se lo alquilaba: jeques árabes, estrellas de cine y amigos personales dueños de media Rusia, entre otros. Ella lo escuchaba sin opinar.

Cuando estuvieron instalados, Christian fue a atender una llamada, y ella aprovechó para conocer mejor las cuatro lujosas habitaciones e igual número de baños que tenía el apartamento, así como cada una de las estancias. Le gustó enterarse de que el edificio tenía piscina climatizada para los huéspedes; ir a hacer unos largos en el agua la relajaría durante los días que tenía por delante.

Una vez recorrido todo el piso, Emma se adentró en la recámara principal en la que Boris había dejado las maletas. Se acercó a la puerta corrediza de vidrio que daba al balcón y la abrió para recibir el helado aire neoyorquino.

—¿Te gusta? —le preguntó Christian, sorprendiéndola al detenerse detrás, sin apenas tocarla. Ella no se giró, pues él estaba lo suficientemente cerca como para que sintiera el aliento sobre su cabello ondulado. La piel de Emma ardió por la necesidad de su contacto, pero estaba demasiado dolida como para ceder al impulso. A cambio, fijó la atención en las azoteas blanqueadas por la nieve de los edificios que estaban más abajo que el suyo. Podía ver los adornos navideños y la decoración en algunos apartamentos desde la altura del piso doce en el que se encontraban.

Christian se quedó en silencio, observándola, y también mirando el entorno.

—Sí —respondió Emma, parca.

—¿Vas a mantener esta actitud hostil y fría permanentemente? —preguntó él en un tono que ella no sabía distinguir si era de dulzura con enfado o una amenaza velada.

Se encogió de hombros.

—No. Cuando se acabe este matrimonio, entonces podrás buscar la calidez donde te apetezca —replicó ella mientras el cielo terminaba de oscurecer.

—No vuelvas a mencionar ese asunto de Dublín. ¿Lo has comprendido? —dijo Christian molesto, girándola hacia él. Clavó sus ojos azules en los de color esmeralda—. Está helando aquí fuera, vas a enfermarte; puedes ver la vista desde dentro.

—Como desees. —Y empezó a encaminarse hacia el interior.

Él la tomó de los hombros y la detuvo. Emma enarcó una ceja que dejaba claro el mensaje: no

me toques. A él no le importó.

—¡Maldición! Estoy cansado de que repliques a todo de esa manera. ¿Dónde está tu espíritu de lucha? —Sacudió a Emma por los hombros.

—Lo mandé a paseo y lo reemplacé por el de la diplomacia. ¿Algo más? —Lo miró sin emoción, soltándose. Nada podía sentir a Christian aún más miserable que saberse culpable de que los ojos de Emma no brillasen como antes, y de que sus respuestas se hubiesen vuelto monótonas, ariscas, ajenas...

Alguien carraspeó y ambos se volvieron hacia la puerta de la habitación.

—Disculpe, señor Hawthorne —interrumpió, convenientemente para Emma, el ama de llaves, Lucille—. Tiene una llamada de Inglaterra.

—Gracias. Dígales que en dos minutos estoy con ellos. Puede retirarse —despidió a la mujer, y cuando sonó el «clic» de la puerta, volvió su atención a su esposa.

—Esto no se va a quedar así, vamos a hablar —sentenció Christian, antes de empezar a alejarse hacia la puerta, y luego cerrarla de un portazo.

—Si tú lo dices... —dijo Emma para sí misma, mientras observaba los copos de nieve caer. Cuando era pequeña, su padre la llevaba a pasear a Central Park, a los museos, al Soho, a Little Italy, a Tribeca; subían siempre al Empire Estate, y se mezclaban con la gente que iba a curiosear a Chinatown. Sin embargo, su lugar favorito siempre fue la Biblioteca Pública; se perdía entre libros y se le iba rápido el tiempo. Recordaba con cariño a la señora Hoggan; esperaba que continuase siendo la administradora, la idea de visitarla le hacía mucha ilusión.

Aprovechando que Christian estaba en el estudio atendiendo su llamada o lo que fuera, decidió acostarse. Aunque la diferencia horaria con Europa no era como la de Asia, el viaje la había cansado. La calefacción en la habitación era agradable y la nieve, que caía copiosamente fuera, la cobijó hasta que cayó en un profundo sueño.

Los sueños le parecían placenteros, sobre todo porque uno podía hacer lo que le viniera en gana. Podía decir lo que quisiera sin consecuencias. Por eso, cuando sintió unos labios cálidos acariciar los suyos, los recibió con gusto. El sabor era una mezcla de vino amaderado y orégano. «En los sueños no existe el dolor, solo hay placer», y por eso alargó las manos y las enredó en un suave cabello. *Qué textura tan maravillosa.* Dibujó con sus dedos los músculos de unos brazos fuertes y bien definidos. Sentía que el hombre de los sueños subía las manos a sus pechos y los tocaba con delicadeza, masajeándolos, excitándolos.

Ella gimió, sintiendo que sus senos se inflamaban de placer, y no dejó de besarlos. ¡Cómo le gustaban esos besos! Era un intercambio arrebatador, le quitaba el aliento y se lo daba; le brindaba ternura, y la tomaba con el ímpetu y la arrogancia de la experiencia. *Era bueno tener un hombre de los sueños con tanta experiencia en besar.*

La tibieza de los labios la sintió primero a través de un reguero de besos sobre su estómago, que luego empezó a ascender con lentitud hasta apoderarse de sus erectos pezones, que pedían atención. Gimió sin vergüenza, libre y cálida por dentro. *En los sueños la vergüenza no existía.* La suave bata de dormir de seda que se había puesto antes de acostarse le producía un roce fascinante y erótico al moverse contra la piel de quien estaba invadiendo su plácido descanso.

Ella deseaba más.

Al parecer su amante de los sueños entendía lo que buscaba, porque besándola, y apresando sus pechos con pericia, ubicó un fuerte y cálido miembro masculino sobre la tela humedecida de deseo de sus bragas. Ella sentía el cuerpo inflamado, la piel ardiente, y no iba a resistirse a ese contacto, porque lo necesitaba.

No quería despertar.

Acarició el cuerpo fibroso que tenía sobre ella. Recorrió las líneas musculadas, sintiéndose a gusto, porque le hubiera encantado que ese fuera su esposo. *Oh, Christian, Christian.* A lo mejor dijo su nombre en voz alta, pero no le importó. Ella era la dueña de esa fantasía. Anhelaba más besos, caricias, y también sentirlo en su interior con apremio.

Los sueños eróticos nunca le habían parecido a ella tan vívidos. Ni tan deliciosos. *Los estragos del deseo no tenían parangón.* De pronto, su amante de los sueños habló; ella estaba tan perdida en experimentar su deseo que no entendió nada. Lo que sí hizo fue, aprovechando que tenía licencia para hacer lo que deseara (pues era un sueño erótico, *su* sueño), tocar con descaro el trasero que tenía a mano.

Ufff, qué maravilla de las maravillas. Quiso reírse de su atrevimiento, pero, en lugar de una risa, surgió un gemido. Que no era suyo. Bueno, eso implicaba que su amante de los sueños estaba complacido. La respiración de ese hombre guapísimo se agitó. Su imaginación y su corazón, haciéndole jugarretas confabuladas con su libido, la llevaban a pensar que era Christian... o, al menos, en medio de su bruma de deseos, así lo creyó. Pero este Christian era distinto: dulce, amable y sincero.

«Qué chica con suerte eres, Emma», pensó acariciando cada trozo de piel que estaba a su alcance. El hombre de sus sueños le habló nuevamente. Y en esta ocasión sí pudo oírlo. De hecho, *quería* oírlo. Tal vez le decía que la amaba, la quería o la deseaba de verdad, sin artimañas ni juegos de chantaje, porque ella estaba viviendo *su fantasía*.

—¿Me deseas...? —preguntó la voz del Christian de sus sueños. El que sí sonaba como si estuviera enamorado. A él sí lo creía.

—Sí, te deseo —le respondió ella con una sonrisa somnolienta—, te quiero...

—Dios mío, pelirroja...

«¿Pelirroja?» De repente Emma abrió los ojos como platos. Se quedó muda. Tenía encima a Christian, el de carne y hueso; el que la había chantajeado y tratado como si fuera una marioneta; el que había besado con la misma pasión a otra... Él era quien estaba sobre ella, acariciándola y besándola. Ese era *su amante de los sueños*.

—Pensé que estaba soñando... —dijo de pronto, pero inmediatamente se arrepintió. Medio incorporó su cuerpo apoyándose en las rodillas y arrastró la sábana hasta cubrir sus pechos desnudos. Su cabeza estaba entre una nube inconsciente de sueño y una bruma de deseo mezclada con vergüenza. No sabía cuál era peor, o si juntas o separadas—. Es decir, yo...

Él sonrió complacido.

—Me complace saber que me tienes en sueños... Eso quiere decir que me deseas, al igual que yo a ti —dijo con picardía mientras, sobre la sábana, pellizcaba perezosamente entre los dedos uno de los pezones erectos de Emma.

Ella dio un respingo, sintiéndose débil y expuesta.

—Christian —lo miró con ojos tristes—, así no lo quiero. Por favor, déjame sola.

No iba a forzarla a hacer algo que ella, aunque quisiera, no iba a admitir que deseaba. Así que, a regañadientes, se apartó de su lado con el miembro vibrándole de deseo. Tomó el pantalón y se lo puso rápidamente. Mientras se ponía la camisa, pensó que Emma le acababa de decir que lo quería. Y eran las palabras que necesitaba con desesperación. Pero ninguna de las palabras de afecto de ella había sido pronunciada espontáneamente o con un sentimiento de felicidad. Al contrario, le dijo lo que sentía por él con rabia, con enfado, y ahora lo había hecho pensando que estaban compartiendo alguna suerte de sueño erótico. Menos mal que era él el protagonista de ese sueño húmedo, porque no hubiera soportado que lo llamara por el nombre de otro.

Odiaba tener que alejarse; era difícil cuando estaba tan excitado, y la necesitaba.

—Me encargaré de que me creas y confíes nuevamente en mí, Emma. —Su mirada peligrosa la incomodó. Aquella forma que tenía de mirar era un indicio de que, detrás de sus palabras, existía una estrategia para conseguir lo que deseaba. Aún con las mejillas sonrosadas, se percató de que la sábana se había deslizado de sus pechos, dejando al descubierto uno de sus rosados pezones, y se apresuró a ajustársela.

Él le dedicó una mirada cargada de intención, y antes de irse se acercó a ella, pues no pudo resistir robarle un beso, al que ella no pudo evitar responder. Él le sonrió con ternura antes de acomodarle un mechón de cabello detrás de la oreja. Eso fue aún peor, porque ante ese tipo de gestos ella se sentía indefensa.

—La cena ya está servida. Te espero, Em —le anunció antes de abandonar la recámara.

Frustrada, enfadada consigo misma y dolida con Christian por todo lo que la hacía sentir, se enfurruñó y cruzó los brazos. «Hermoso, tu sueño erótico», se dijo con sorna. Además, no tenía hambre, pero, si no acudía a la cena, él asumiría que era una cobarde. Y no lo era.

La comida transcurrió con tranquilidad, y no hicieron mención de lo ocurrido en la habitación. Christian le explicó a Emma que, a pesar de que Dave no estaba en la ciudad, podían salir donde ella quisiera por las tardes, porque él coordinaría sus asuntos de Londres durante las mañanas. Ella se lo agradeció con la misma cortesía con que hubiera aceptado un pastel de nueces, al que por cierto era alérgica.

—Em... —La llamó con un tono de voz suave y dulce cuando terminaron el postre y ella se disponía a levantarse de la silla para abandonar el salón—. Permíteme dormir a tu lado esta noche... todas las noches.

Emma frunció el ceño.

—Christian, no me pidas eso... —Enlazó las manos y las dejó reposar sobre las piernas, bajo la mesa—. Dejemos las cosas así. No quiero, de verdad, pelearme más contigo. Es extenuante. Vete a la habitación de invitados, déjame mi espacio, y cuando todo este enredo se acabe, al menos podremos saludarnos con cortesía. —Su mirada vacía lo hizo sentir abatido. Iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para devolverle el brillo a esos ojos verdes, y demostrarle lo que sentía por ella.

—Sé que no puedes confiar en mí todavía. Lo entiendo, pues yo no he hecho más que recelar de ti durante estas semanas. Solo te pido que intentes confiar un poquito dejándome dormir a tu lado esta noche. No voy a tocarte, a menos que tú me lo pidas.

Muy a su pesar, ella necesitaba la calidez de Christian a su lado. Resentimiento y necesidad. Una pésima mezcla en su caso.

—Yo... —titubeó.

—Solo dame una noche. Si te incomoda, me lo dices y no volveré a molestarte. —Aquellos ojos azules decididos se lo pedían con sinceridad, pero jamás perdían el brillo de altivez que los caracterizaba—. Es una promesa.

Ella se mordió el labio inferior y lo miró aún insegura.

—¿Una sola noche?

—Sí.

Emma asintió.

—Gracias. —Christian sonrió de aquella devastadora manera que a Emma le aflojaba las rodillas.

Cuando se pusieron de pie, en lugar de besarla, como ella hubiera esperado que hiciese, Christian se acercó, la tomó de la mano y le besó los nudillos, uno por uno. Emma contempló el modo en que esos labios sensuales se curvaban con cada beso. Luego él salió del comedor sin decir nada más, dejándola arropada entre el aroma de manzana y canela del ambiente, el perfume masculino y el deseo de que todo fuera distinto entre ambos.

La única manera que tenía Emma de agotar la energía de su cuerpo y expulsar el estrés era haciendo ejercicio. Así que se dirigió a la piscina del edificio; agradeció la calidez del agua, y la soledad. Entre brazada y brazada, no olvidaba que Lionel pronto le daría a su esposo los títulos de la casa que tanto anhelaba, y también la herencia. Entonces Christian dejaría de fingir interés por ella. «¿Qué haré entonces?» Se hundió bajo el agua, como si de ese modo también pudiese hundir sus emociones.

El reloj marcaba las tres de la madrugada cuando Christian entró en la habitación que compartía con Emma. Había tenido que solucionar un inconveniente con una importación de carne desde España, y tuvo que hacer varias gestiones y mantener diversas conferencias para lograr que la aduana permitiera el ingreso de los víveres. Luego llamó a Olivia para saber cómo iba la rehabilitación, y ahora solo necesitaba abrigarse con el cuerpo de la mujer que amaba, pero no podía hacerlo. Además, tenía que mantener una promesa.

Christian se descalzó y se quedó en bóxers antes de meterse bajo las sábanas. Emma, por su parte, sintió hundirse el colchón del lado izquierdo, pero, tan agotada como estaba después de los veinte largos en la piscina climatizada, se arrebujó entre las sábanas y el edredón para continuar durmiendo.

Amanecieron uno al lado del otro. «Ciertamente algo no va bien», notó Emma. Christian no se había movido de su espacio, a diferencia de ella, que tenía las piernas enlazadas con la de él, y la

cabeza recostada en su pecho. Si Christian se dio cuenta cuando ella se alejó como si hubiera sido tocada por una valla eléctrica, lo disimuló desperezándose.

Avergonzada, fingió dormir de nuevo, cuidándose de estar lo más lejos posible del centro de la cama. Había sido ella quien había roto la promesa de no tocarse, y no él. Aunque, bueno, ella no había prometido nada. Lo odiaría todavía más si Christian se atrevía a restregárselo por la cara.

Él no hizo tal cosa, y Emma volvió a dormirse.

Cuando se incorporó para ponerse a trabajar en su despacho, Christian estaba exultante. Su cercanía no le era indiferente a Emma, lo cual era un pequeño avance.

Habían pasado dos semanas desde su llegada a Nueva York. Todas las noches salían a cenar a un restaurante diferente. Iban juntos a museos, tiendas de ropa, lugares típicos; subieron al Empire State, a la Estatua de la Libertad, recorrieron todo Manhattan, disfrutaron de la vida nocturna. Se divirtieron como si hubieran sido amigos de toda la vida, creando una camaradería que al volver a casa se tornaba en una tensión sexual que procuraban manejar evitando mirarse, y acostándose lo más lejos posible el uno del otro.

De hecho, el pacto inicial se había alargado, y Emma permitió dormir a Christian cada noche a su lado. Él cumplía su promesa y no se movía de su lado izquierdo de la cama. Claro, eso lo estaba matando porque se moría de deseo por ella, pero ganarse la confianza de su esposa era más importante ahora.

Emma, por su parte, procuraba no acabar acurrucada alrededor de aquel cuerpo tan sexi durante la madrugada. Pero, en la búsqueda inconsciente del calor de Christian, solía fallar en su intento. Sí, lo había hecho. No una, sino... ejem, todas las noches. Al amanecer, él jamás le hacía mención del tema.

A ella le gustaba ver la faceta abierta, divertida, encantadora y risueña de Christian. Casi podría jurar que sentía que lo empezaba a conocer mucho más y que, poco a poco, salía de su resentimiento hacia él. Procuró disfrutar de Nueva York, y de los últimos días que sabía que le quedaban a su matrimonio. Iba a echarlo de menos, pues gozaba de sus charlas. Christian parecía saberlo todo sobre economía, política, historia, y en ocasiones se encontraban con que eran los últimos comensales en los restaurantes, porque el tiempo se había esfumado mientras conversaban.

Emma le habló de sus progresos en Milestones, pero cuando mencionó a Adam notó que la expresión de Christian cambiaba radicalmente, aunque su genio no explotó. Ella no lo entendía. «¿No es fácil para un hombre darse cuenta cuando otro de su mismo sexo es gay?» Estuvo a punto de contarle lo del padre de Elijah, pero no quería comprometerlo a preocuparse falsamente por ella. Ni tampoco creía que fuese un tema que le apeteciera recordar. «Quizá en otra ocasión.»

El tiempo pasó muy rápido. Le encantó patinar en el Rockefeller Center con Christian. Se cayeron, se rieron y, como si fuera lo más natural del mundo, al final se besaron en medio de la gran pista, rodeados de turistas y nativos que daban vueltas, arropados por gruesas chaquetas,

bufandas, gorros, guantes y orejeras. Unas niñas muy simpáticas iban vestidas de Minnie Mouse. El aire de la ciudad olía a ilusión, euforia, historias escondidas, fiestas, compras y amor. Y fue el amor que no se extinguía en ella lo que hizo que le devolviera el beso con ternura.

—Em... —dijo Christian mientras la acercaba a él—. Hablemos de lo que pasó esa noche en Irlanda. Quiero aclararlo todo con tranquilidad y necesito que me escuches; hay cosas que debo decirte y que debería haberte contado entonces, en otro contexto, en otra circunstancia. —La abrazó con suavidad, envolviéndola con su olor personal.

«No es solo Irlanda: es todo», hubiera querido contestarle. Se dejó abrazar, se dejó cobijar por aquellos brazos fuertes y poderosos que parecían protegerla de todo posible daño, pero lamentablemente no protegían su corazón... de él.

—Por favor, no quiero hablar de eso. —Luego se encerró de nuevo en su burbuja—. Olvídalo.

—De acuerdo —contestó él. No tenía ganas de discutir con ella, pero lamentaba el tono resignado que había percibido en la voz de Emma.

Había cometido y dicho muchas idioteces; las suficientes como para arruinar la opinión que Emma hubiera podido tener de él. ¿Dónde se había ido su sentido común para tratarla así? Después de ese breve interludio, se alejaron de la pista.

—¿Tienes ganas de ir a comer? Conozco un restaurante de comida asiática que va a gustarte.

—La verdad, prefiero ir a casa —replicó aún entre sus brazos.

Él la abrazo más fuerte, y aspiró el aroma de los cabellos del color del fuego.

—Está bien. Llamaré a Boris.

Dave Chavelier ya había regresado a Nueva York y avisó a Christian de que pronto podrían reunirse en Manhattan. Piers llegó de Inglaterra ese mismo día con los documentos preparados para la reunión que ya habían previsto varias semanas atrás, e iba a hospedarse en uno de los apartamentos de The Lucerne.

—¿No se suponía que hablaríamos hoy? —preguntó Christian con fastidio. Odiaba que le cambiaran los planes. Comprobó la hora. Las nueve de la mañana. «Ya me he organizado el día y ahora Dave me viene con esas», pensó malhumorado.

—Hablares, mi buen amigo, pero no de negocios, no hoy, al menos. Te invito a ti, a tu esposa y a Piers a una fiesta que daré esta noche.

—Mi tiempo es dinero, Chavelier —rezongó Christian.

—Soy consciente de ello, pero créeme que es una causa benéfica.

—Nos reuniremos mañana por la mañana —sentenció.

—De acuerdo.

—Hablaré con Emma sobre la fiesta y te haré saber nuestra decisión a través de mi asistente en Londres.

—Qué burocrático —dijo Chavelier con una carcajada—. No hay problema. Adiós, Hawthorne.

—Adiós, Chavelier —se despidió Christian, cortando la comunicación.

Cuando llamó a Emma y le comentó el tema de la fiesta, ella se mostró entusiasmada con la idea de conocer a otras personas. A él no le quedó más remedio que confirmar dos puestos en la velada, porque Piers le había dicho que prefería organizar los detalles para la negociación con Dave.

El día de la fiesta, Alette llamó a Emma para contarle que estaría al siguiente día en Nueva York y que tenían cosas importantes de las que conversar.

—Allie..., no me asustes. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó sentada en una de las *chaise-longues* de terciopelo azul y beige que estaban en la sala de estar. Iba a aprovechar que Christian tenía sus propias reuniones para organizar su itinerario sola por Nueva York.

—Tontita, no te llamo para que te asustes, sino para que reserves mesa en ese restaurante al que fuimos en alguna ocasión cuando teníamos veinte años. ¿Te acuerdas? Me muero por ese pudín de chocolate que tienen.

—A ver si después del escándalo que armaste por besar al pobre camarero australiano nos dejan entrar.

Alette chasqueó la lengua.

—Seguro que sí. —Alette rio a carcajadas desde Londres—. Bueno, te veo entonces a las tres y media. En cuanto llegue al JFK me encamino hacia el restaurante. ¿De acuerdo?

—Será fantástico vernos. ¡Más que de acuerdo! Hasta mañana, Allie.

Habitualmente se quedaban horas al teléfono. A Emma le extrañó que Alette fuera en esta ocasión tan breve, pero, teniendo en cuenta que debía trabajar en H&E, lo más probable es que, incluso desde Nueva York, Christian tuviese a todos los empleados de Inglaterra pendientes de cumplir sus órdenes. Por otra parte, le entusiasmaba poder hablar personalmente con Alette, porque, más que nunca, necesitaba sus consejos.

Christian y Piers debían reunirse con unos especialistas financieros de Wall Street. Así que estaba sola en el apartamento, porque incluso el ama de llaves había salido para comprar un par de cosas que hacían falta en casa.

Se disponía a darse un baño cuando llamaron al interfono para avisar de que había llegado un paquete. Fue a recibirlo.

Solo necesitó leer el nombre del remitente, Lionel Hawthorne, para saber lo que significaba. A continuación vendría el divorcio. Dentro del sobre seguro que estaba el testamento que avalaba la ejecución de la herencia de Christian como nieto de Lionel y heredero de Art Gourmet, y sin duda también el título de propiedad de aquella casa que valía para Christian más que el amor que sentía por él.

Muy a su pesar, no quería dejarlo, pero sabía que era inevitable que aquello ocurriera. Además, no esperaba a que fuese su esposo quien pusiera la demanda de divorcio, lo haría ella misma. Buscaría un abogado, y para ello se le ocurrió pedir una recomendación a su mejor amigo.

—¡Adam! —lo saludó cuando él respondió al cuarto timbrado del móvil.

—Amor, cariño, dulzura... —respondió él envuelto en un albornoz, recién salido de la ducha.

—¡Calla! —rio Emma—. ¿Cómo está todo por allá? ¿Aún no has incendiado nuestra fundación?

—¡Imposible! Aguardamos por ti —respondió Adam con una sonrisa, mientras observaba a George, que estaba terminando de organizar unas antigüedades que había comprado en Portobello—. Por cierto, el doctor alemán quedó encantado con nosotros, dijo que trabajaría gratuitamente para Milestones una vez al mes. ¿Qué te parece?

—¡Uau! Esa es una fantástica noticia. ¿Qué tal va Amy Donovan, y el pequeño Thrudyll?

—Ya sabes que ella aún no puede permitir que la toquen. Es una barbaridad las secuelas que pueden dejar unos padres abusadores. Pero Amy es un tesoro. Y en cuanto a Thrudyll, quien por cierto lo está haciendo genial, el otro día inició una animada conversación; dijo que quiere ser como tú: hablar con otros y escucharlos.

Eso la enterneció.

—Oh..., qué alegría me da saberlo.

—Sí. —Su tono de voz dejó de ser alegre—. Emma, ya tenemos los resultados de Scotland Yard: fue Gasper, efectivamente, el autor de ese atentado a tu coche.

Ella tensó los labios.

—¿Lo atraparon? —preguntó preocupada. No quería tener más altercados con ese hombre.

—Depende de ti; tienes que volver y firmar esa denuncia por acoso, Em.

—Adam..., no puedo regresar aún... Tengo que... —Tragó saliva para aliviar la garganta que de pronto se le secó—. Necesito que me des el nombre de una firma de abogados en Nueva York.

—¿Abogados? ¿Qué ha hecho ese tonto esta vez? Cuéntame.

Suspiró.

—Ya sabes lo que ocurre... Ha llegado el paquete de Lionel; sé que ese sobre contiene las escrituras de la casa, el poder notarial con la firma que certifica la cesión de la corporación Art Gourmet, así como la rúbrica autorizada para que tenga total libertad de ejecutar la ampliación en Nueva York. Luego me pedirá el divorcio, pero prefiero hacerlo yo primero. ¿Me entiendes? Es una cuestión de orgullo.

Adam se quedó en silencio. Luego le dijo el nombre del bufete de abogados más prestigioso de la ciudad de los rascacielos. Ella lo anotó en un papelito.

—¿Él no está enamorado de ti? ¿Es eso? ¿No lo quieres?

—Muchas preguntas, pero la única respuesta es que no me ama. Y todo lo que ha hecho últimamente es para mantenerme a su lado y obtener lo que al parecer su abuelo le acaba de conceder. —Miró el sobre grueso y amarillo que había dejado sobre una mesilla como si fuera una serpiente venenosa—. No hay nada que pueda hacer yo aquí.

—¿Tú lo amas?

—Sabes que sí... —Apoyó la cabeza en el respaldo de la *chaise-longue* y estiró las piernas.

—Entonces, quédate y lucha. ¿Dónde está la Emma que conozco?

—No empieces. Yo no voy a dar más de lo que ya le he dado. No puedo quedarme, me lastima... Si hubieras visto cómo besaba ansioso a esa mujer en el bar...

—¿Que hizo qué?

Ella le relató lo sucedido. Y también le contó que esa noche tenían programado acudir a una

fiesta. En menos de quince minutos, le hizo un resumen de su tiempo con Christian, desde su noche de bodas (sin los detalles que la sonrojaban) hasta el incidente en el Eagles House.

—Fue un beso, y estaba ebrio. Aun así, no lo justifico, y no me parece bien lo que hizo. Si te dijo que estaba enamorado de ti, quizá y lo está. Y sí, también sé que estar enamorado no es amar. No es lo mismo. Imagino que los tragos de más entorpecen bastante el cerebro... Aunque nunca es demasiado tarde para que una persona se dé cuenta de sus errores. —Súbitamente cambió de tema. Parte de esa amistad consistía en dejarla crecer y tomar sus propias decisiones—. En todo caso, cariño, haz lo que tú creas correcto. Aquí estoy para apoyarte.

—Gracias.

—Te espero pronto en Londres. Recuerda que tenemos que encerrar a ese lunático antes de que haga algo peor y lo lamentemos. Y hazme un favor, cariño: si vas a esa fiesta esta noche, vístete como la mujer magnífica y radiante que eres, diviértete, flirtea un poco. En otras palabras, princesa: pórtate mal.

Emma rompió a reír.

—Eres incorregible, Adam. Lo cierto es que me hace falta cambiar el aire viciado que respiro desde que me casé. Demasiado Christian.

—¿Demasiado Christian, dices? Pues, querida, no te has quejado mucho de las partes esenciales, es decir, las nocturnas —comentó Adam, con el típico tonillo irónico y juguetón que usaba para pincharla.

—Oh, por favor, qué invasor. Déjame al menos tener esa parte reservada para mi disfrute personal —replicó ella con humor.

—Como quieras, ya te arrancaré confesiones más adelante.

—Espero que no lo consigas —dijo Emma con una sonrisa. Podía hablar de todo con Adam, pero lo que había ocurrido entre Christian y ella en el dormitorio quería mantenerlo para sí misma.

—Entonces, ¿eso quiere decir que le hace justicia a su fama de donjuán, en la cama?

—¡Adam! —exclamó Emma riéndose—. Cambiemos de tema.

—Me gusta oírte reír. Hazme un favor, ¿quieres?

—Claro.

—No te atormentes y, antes de ir a ver a los abogados, medítalo.

—Ya está decidido.

Adam suspiró del otro lado. «Vaya par de bobos, los Hawthorne», pensó. Porque su amiga era una Hawthorne. Punto.

—Vale, lo entiendo. Solo trata de estar tranquila; ya sabes que aquí estamos para ayudar.

—Eres el mejor.

—¡Lo sé! —Se rio él, contagiándola a Emma.

Emma se sintió algo mareada cuando se levantó del asiento. No había desayunado, y levantarse bruscamente no había sido una buena idea. Así que cuando al ama de llaves regresó del supermercado, le pidió que le llevara una infusión, mientras ella se cambiaba de ropa para salir.

Emma estaba a punto de alcanzar la puerta principal cuando llegó Christian. Al verla vestida con un impecable traje sastre, el cabello recogido y unos elegantes pendientes de esmeraldas, no

pudo contenerse. Se acercó y la besó fugazmente en los labios, pero ella no le devolvió el gesto.

—¿Adónde vas tan arreglada?

Se encogió de hombros.

—Salgo... Voy a comprar unas cosas para esta noche —contestó evasiva. No deseaba darle explicaciones. Quería su tiempo a solas.

—De acuerdo, Em. Quizá me retrase un poco para la fiesta, porque he quedado con Piers para terminar la cláusula de un documento que no tenemos muy claro. ¿Te molestaría ir con Boris y yo te alcanzo luego?

—Para nada.

—Hasta la noche, entonces. Ah, por cierto —dijo sacando tres tarjetas de crédito de su billetera—, aquí tienes, úsalas para lo que desees.

Lo miró con fastidio.

—No quiero tu dinero.

—Es *nuestro* dinero. Úsalo. —Le tomó la mano y le puso las tres tarjetas en la palma; luego cerró los delicados dedos sobre el material plástico.

—Te he dicho que no las quiero. Estoy atada a ti porque he robado dinero. ¿Lo recuerdas? Por tanto, no necesitas darme más. Tengo suficiente —le espetó altanera.

—Quédatelas —insistió Christian conteniendo el genio.

—No. —Dejó las tarjetas en la consola y lo miró, retadora.

Él también tenía su orgullo, y ya había cedido bastante intentando ganarse su confianza. Así que dejó de insistir.

—Como quieras. —Tomó las tarjetas de la consola y las guardó de mala gana. Iba a decir algo más cuando vio, por encima del hombro de Emma, el sobre. Con pasos rápidos, se dirigió hacia él, lo cogió y lo abrió. Leyó el contenido, y también se percató de que Emma lo miraba intensamente. Él comprendió su mirada—. Son los documentos que me prometió Lionel —dijo en voz alta, confirmando lo que ambos ya sabían. Devolvió los papeles al sobre.

—Me imagino —contestó ella inexpresiva.

—Esto no cambia nada, Em —aclaró Christian; intentó acercarse a ella pero, al verla reacia, ocultó las manos en los bolsillos—. Te he demostrado que puedes confiar en mí. Te declaré también mis sentimientos en Irlanda. —«No me amas, y las confesiones de un hombre con tragos encima, no me las creo», quiso replicarle ella—. No puedes ser tan terca...

¿Terca, ella? ¡Por favor! Si hubiera un concurso al más tozudo, seguro se lo ganaría él.

—Ya tienes lo que querías. Lionel se ha creído que este matrimonio es real.

Él se aproximó a ella, pero Emma retrocedió varios pasos, y Christian no la presionó.

—¡Demonios! —Se pasó las manos por el cabello negro y espeso—. Es un matrimonio real, Em.

—Me voy a dar un paseo por la ciudad. ¿Te parece? —replicó ella sin ganas de querer continuar esa conversación que le hacía más mal que bien—. Te veo por la noche.

A Christian no le dio tiempo a contestar nada, porque ella se apresuró hacia la puerta y salió para mezclarse entre el caos, la moda, la buena mesa y los sitios emblemáticos de Nueva York.

Christian se daba cuenta de que esos papeles, lejos de traer la dicha que habría esperado

sentir al recibirlos, le causaban amargura. Ahora tenía en sus manos lo que tanto había deseado, pero no valía nada, porque Emma no lo escuchaba en el tema que más le interesaba: su matrimonio y sus sentimientos. No podía obligarla a que continuara a su lado.

«¿Cómo un millonario y crac de los negocios se vuelve tan inútil a la hora de resolver una ecuación en la que está involucrado su corazón?»

Si hubiera revisado su estudiado plan contra los Connely, semanas atrás, se habría sentido feliz de salir del brazo de otras mujeres para que Emma se sintiera herida y humillada. Pero ahora que ella estaba enamorada de él, que lo amaba, y que él tenía los documentos de su abuelo, lo único que sentía era que lo realmente valioso se le escurría como arena entre los dedos.

De pronto lo invadió la paranoia. ¿Y si ella empezaba a interesarse por otro hombre? Si quería estar con otro, él iría a encararse, le rompería al malnacido todos los huesos y lo hundiría financieramente sin pensárselo dos veces.

«¿Qué diablos?», pensó mesándose los cabellos. Decidió irse a nadar y enterrar con cada brazada la frustración que sentía. Iba a reconquistar a Emma, claro que iba a conseguirlo. Esas dos semanas, aunque frustrantes por no haber podido tocarla y deslizarse en su suavidad, le habían hecho revalorizarla, y amarla más. No iba a dejar que se alejara de su lado.

Se deshizo de los zapatos y bajó a la planta donde se hallaba la piscina.

Después de hablar con sus abogados un largo rato, y dejarles claro que no quería recibir ni un centavo de Christian, Emma abandonó la firma que Adam le había recomendado. Los expertos legales le aseguraron que le entregarían los papeles de la demanda de divorcio al día siguiente, pues pondrían un equipo a redactarlos esa misma tarde con las cláusulas que ella exigía. Salió del edificio de cuatro plantas sintiendo un peso en el corazón, pero desenterró su melancolía y decidió hacer una visita a la Biblioteca Pública.

La señora Hoggan seguía detrás del escritorio como siempre; conservaba sus grandes gafas y el cabello recogido en un severo moño, y también mantenía su gentil sonrisa, en ese momento dedicada a un adolescente. Emma se acercó despacio, procurando no hacer ruido, aunque sus tacones resonaban en el suelo. La señora Hoggan la reconoció inmediatamente.

—Qué alegría me da verte, preciosa. —Le dio un abrazo.

—No han pasado los años por usted. Señora Hoggan, ¿puede salir a tomar un café? No me puedo ir de Nueva York sin haber charlado con mi bibliotecaria favorita.

La mujer sonrió.

—Ahora mismo pido que me reemplacen, querida.

Se sentaron en el Starbucks más cercano y durante casi dos horas se enfrascaron en una amena conversación. A Emma el olor de la cafetería y el agobio de tanta gente alrededor le produjeron náuseas.

—Señora Hoggan, voy al baño. —Fue lo último que dijo antes de salir casi corriendo hasta el lavabo. Vomitó el café y el sándwich que había ingerido. Se quedó observando su reflejo en el espejo, y se mojó el rostro con agua fría. Cuando se sintió mejor, volvió a salir. «¿Habré comido

algo en mal estado?» Con tanta comida en diferentes restaurantes durante las últimas semanas, seguro que su estómago se había resentido.

Cuando volvió con Lucrecia Hoggan, charlaron de sus nietos y de su próxima jubilación, y Emma le contó que se había casado (pero no que se divorciaría pronto) y también le explicó sus proyectos en Milestones. Al despedirse prometieron mantener el contacto.

Tras adquirir unos *souvenirs* en la tienda de la biblioteca para los niños de su fundación, Emma fue a comprarse un hermoso vestido para la fiesta de esa noche. Estaba esperando un taxi cuando, de pronto, el cielo empezó a dejar caer un diluvio sobre la ciudad. Había olvidado el paraguas en casa.

No tuvo más remedio que ir corriendo de un lado a otro para encontrar el sitio más cercano que le permitiera resguardarse de la lluvia mientras lograba (si es que los milagros existían) hallar un taxi desocupado. Pero su atuendo ya estaba completamente mojado y pegado a su cuerpo; el cabello rojizo se le había adherido como una masa pegajosa alrededor del rostro.

Así lucía cuando chocó contra un muro de puro músculo. Alzó la vista y se topó con un par de ojos grises.

—¿Dave? —Lo reconoció en seguida. «Serendipity», pensó con humor.

El hombre por cuyo motivo Christian y ella estaban en Nueva York se encontraba en la misma acera, aunque Dave estaba seco e impecable.

—El mismo —sonrió él encantadoramente—. Te diría que estás radiante —rio—, pero ciertamente estás empapada, y aun así jamás dejarás de estar guapa, Emma... Hawthorne, ahora, ¿verdad? —La saludó con un beso en cada mejilla.

—Yo... eh... Sí. —Sonrió, acomodándose el cabello mojado detrás de las orejas.

—Una lástima, entonces; me hubiera gustado llegar antes. —Le hizo un guiño y ella se rio.

«Es un hombre muy atractivo, pero de un modo diferente», pensó Emma. Los rasgos de Dave eran un poco más toscos que los de Christian. Poseía nariz romana, labios carnosos y firmes, mentón ligeramente partido; ella lo describiría como un atractivo gladiador, pero vestido con un traje del siglo actual y hecho a medida, por supuesto.

—¿Te llevo? Con este diluvio vas a enfermar. ¿Adónde te diriges?

—Voy a la Quinta Avenida, he de hacer unas compras para tu fiesta. —Emma levantó la mirada y se encontró con un par de ojos que la contemplaban con suspicacia.

—Hoy serás la más hermosa de todas, estoy seguro. Si estuviera aquí mi hermana Amanda, la llamaría para que fuerais juntas de compras, pero está con mis sobrinos. Modestia aparte, preciosa Emma, yo también tengo un gusto excelente. —La recorrió con la mirada de un modo que la hizo sentir halagada—. ¿Me permites acompañarte?

—No quiero que abandones tus asuntos por mí. Ya te veré esta noche, pero sí te agradezco que me lleves a la Quinta Avenida. —Puso la mano sobre el antebrazo envuelto en un traje de Tom Ford—. Sé que tienes mucho por organizar para esta velada —se disculpó con cortesía.

Él palmeó con calidez la mano que aún estaba sobre su manga.

—De acuerdo, vamos. —La tomó del brazo y la acompañó al Porsche. El chofer, un hombrecito rechoncho que luego Emma sabría que se llamaba Wallace, bajó presuroso a ayudarles a entrar en el coche sin que la lluvia los incomodara.

—¡Vaya si estoy hecha un desastre! Has sido muy amable, Dave —comentó tratando de secarse con las manos el agua del cabello, y acomodándose en el asiento de cuero. La calefacción del automóvil le vino genial.

Dave le pasó una pequeña caja de pañuelos que Emma se apresuró a utilizar sobre su cabello y parte del cuello. La bufanda estaba echada a perder. Las medias, lo mismo; si no se las quitaba, iba a pescar un resfriado. Sonrojándose, le pidió a Dave que por favor no la mirara durante unos segundos, porque necesitaba sacarse las medias.

—No hay problema.

—Gracias.

—Ante todo soy un caballero, preciosa Emma.

Ella no alcanzó a ver la sonrisa calculadora que le dedicó Dave, antes de que él girara el rostro en dirección a las calles que iban recorriendo. Tampoco podía saber que, desde hacía un largo tiempo, Dave llevaba buscado el modo de desquitarse de Christian por lo ocurrido con Rebecca años atrás, y que en Emma acababa de encontrar la excusa perfecta.

Dave era un hombre acostumbrado a mujeres hermosas y despampanantes, y Emma Hawthorne era perfecta. Tomarse una masculina revancha contra Christian no podía resultar con nadie mejor que con ella, que estaba llena de curvas, poseía un cabello rojizo que a él le encantaba, así como también una boca deseable. Dave estaba seguro de que no era una casualidad habérsela topado, sino justicia del destino. «El desquite en bandeja de plata», pensó complacido.

Las gotas de lluvia golpeaban incesantemente los cristales y el tráfico se agitaba con el sonido de los cláxones. La temperatura bordeaba los dos grados centígrados.

Emma agregaría a su lista de compras de esa tarde unas medias, porque, a pesar de la calefacción del coche, estaba helada.

—¿Dónde está Christian, que deja sola a su flamante y encantadora esposa?

—Atendiendo unas reuniones —contestó ella con una sonrisa. Recordó el modo en que Dave y Christian se habían mirado en aquel restaurante de Londres. Mejor se andaba con cuidado, porque en realidad no conocía al atractivo empresario que tenía a su lado en ese momento. Y si Dave tenía algún conflicto con Christian, ella no quería estar en medio de un fuego cruzado; ya tenía suficientes choques emocionales con los que lidiar.

Pero, a pesar de sus recelos, Dave se mostró completamente encantador y, de hecho, la animó a participar en la subasta de bailes en la fiesta de esa noche, cuya finalidad era recabar fondos para niños con leucemia.

—¿Se subastan bailes? —Ella jamás había oído algo así, pero le pareció interesante.

—En efecto; la persona que pague más por bailar con una de nuestras amables damas, ganará un baile con ella esta noche. El dinero es para una causa noble.

«¿Debo aceptar o no? Después de todo... soy una mujer casada. Aunque, con todo lo que me ha sucedido, para mí es como si no lo estuviera.» Por otra parte, no podía resistirse a una causa a favor de los niños. Al final, seguro que el gruñón de Christian ganaba el baile con ella. O eso esperaba, pues no quería discutir más con él.

Dave la observaba aguardando una respuesta.

—Es por una buena causa, Emma —insistió.

—Sí, por supuesto. Me encantaría ayudar.

—¡Maravilloso! —exclamó alegre con su voz de barítono. El automóvil de lujo detuvo su marcha—. Hemos llegado, Wallace te acompañará hasta la puerta de la tienda con el paraguas. Ha sido un verdadero placer verte —aseguró Dave, despidiéndose con sus habituales dos besos, que en esta ocasión se demoraron más segundos sobre cada mejilla.

Después de ver cantidad de diseños y colores, decidió a ir a una última tienda. Encontró un vestido de seda verde, escotado en la espalda y en corte palabra de honor. Se lo probó entusiasmada. Con una gran sonrisa, comprobó que el precioso entramado de la tela que cubría sus pechos lucía magníficamente. Le quedaba como un guante.

El vestido era fabuloso, y el tono verdoso permitía que sus ojos destacaran. También se compró unas sandalias en color *nude* de tacón de punta, y que tenían las tiras cruzadas a un solo lado de cada pie, lo que le daba un aspecto sexi a la pedicura roja, a juego con la de sus manos. «Mi cabello rojizo ya es un accesorio per se», pensó. Además, estaba segura de que encontraría en casa unos pendientes acordes con el atuendo.

Con las bolsas de las compras en mano, salió ideando el tocado que se haría en el cabello. No había dado ni cinco pasos en la acera cuando estuvo a punto de desvanecerse. Si no hubiese sido por el guarda de seguridad que la sostuvo, hubiese caído al suelo.

—Señora, ¿se encuentra bien? —Una de las dependientas de Saks Fifth Avenue se acercó con un vaso de agua y el guarda la ayudó a sentarse en uno de los sillones de la tienda—. Beba, por favor.

Cuando terminó el contenido del vaso, aceptó de buena gana la chocolatina que le ofrecieron, y poco a poco se empezó a sentir mejor.

—Muchas gracias.

—¿Prefiere que le enviemos las compras a su casa? —preguntó la dependienta.

—Sí, creo que será lo mejor. ¿Me puede pedir también un taxi?

—Por supuesto.

Lo primero que hizo cuando estuvo sentada en el automóvil fue pedirle al conductor que la llevara al médico. Mark Shaughnessy, doctor amigo de la familia, vivía en la ciudad y ella sabía que podía ir a su consulta sin necesidad de una cita previa. No era habitual que se sintiera de esa manera. Jamás había sufrido de anemia, y desmayarse no estaba en su historial considerado «normal».

Durante un largo rato Mark y Emma se pusieron al día sobre sus respectivas vidas. El médico tenía más o menos la edad de Rory, pero su carácter era más jovial y dicharachero, en absoluto comparable con el padre de Emma. Una enfermera los interrumpió para entregarle un sobre a Mark. Este leyó el contenido con calma, y al terminar le sonrió a su paciente.

—Emma, querida, el análisis que acabo de hacerte ha dado positivo. Enhorabuena.

—¿Positivo en qué? —preguntó ella nerviosa.

—Estás embarazada. —Mark sonrió. No sabía qué cara habría puesto ella, pues él se apresuró

a palmearle la mano para que recuperara la atención—. No te lo esperabas, supongo.

—Supones bien —respondió Emma recostando la cabeza en el asiento.

Cuando salió del consultorio sentía que el mundo se tambaleaba a sus pies. No, no iba a desmayarse de nuevo, pero «estás embarazada» eran dos palabras que acababan de cambiarle la vida por completo. Le hubiera gustado decir que sus síntomas eran evidentes, pero estaba segura de que, con el estrés que llevaba, si no hubiese sufrido aquel desmayo, le habría sido algo difícil notar su nuevo estado.

Estaba asustada, aterrada, emocionada. La única vez que olvidaron utilizar protección, nublados por la necesidad de tenerse y tocarse, fue cuando Christian la sedujo en la bañera en la casa de Dublín. Ella no se había preocupado, porque no estaba en sus días fértiles. Pero al parecer su sistema femenino tuvo otros planes, y aquel interludio apasionado había rendido frutos.

Llevaba al hijo de Christian, *su* hijo. «*Nuestro* hijo», se corrigió con amargura. Un niño o una niña de ojos azules chispeantes y coquetos, un bebé precioso. Ella ya lo quería, y ese bebé sería absolutamente suyo. La preocupaban las amenazas que le había hecho Christian antes de casarse. Tenía las palabras grabadas con fuego en la mente. «En caso de quedar embarazada, lo cual espero que no suceda porque no soportaría que un hijo mío tuviera una madre de una familia tan rastrera como la tuya..., haré todo lo posible para quedarme con la custodia de la criatura.» Ella no iba a permitir que Christian le hiciera eso.

Con manos temblorosas, guardó el resultado del examen en el bolso. Ahora tenía que luchar por los dos, por su hijo y por ella misma. Utilizaría todas las influencias que estuvieran a su alcance para hacerlo. No se lo arrebatarían.

Capítulo 19

Se sentía especialmente sexi y femenina. Seguramente podía atribuirle eso a su recién descubierta maternidad. Iba camino a la fiesta en el automóvil, con Boris al volante. Christian la había llamado para comunicarle que quizá tardaría más de lo previsto, porque él y Piers todavía estaban revisando documentos. Mejor para ella, así aprovecharía su tiempo a solas y continuaría en el proceso de asimilar su embarazo. Aún no se sentía lista para comunicárselo a Christian y, si podía ocultárselo, lo haría; no permitiría que la lastimara más.

Boris aparcó en los alrededores de la mansión de Dave, en cuyo extenso patio estaban estacionados varios Rolls-Royce, Jaguar, Aston-Martin y Lamborghini. Emma se felicitó por el vestido que había comprado; le encantaba el modo en que se acoplaba a su cuerpo al andar. Los pendientes que eligió para la ocasión eran unas esmeraldas en forma de lágrima, que iban a juego con un dije de oro que colgaba sugerentemente sin perderse en el valle de sus pechos.

Emma observó la casa, maravillada. Lo primero que notó fue que guardaba un especial parecido a la arquitectura de la residencia que tenía Adam en París. Aspiró el aire de la noche y esbozó una sonrisa, porque, además de sentirse espléndida, le causaba alegría que esa fiesta tuviera como objetivo ayudar a niños con leucemia. Quizá su embarazo la había cogido desprevenida, pero haría todo lo que estuviera en sus manos para que su hija o hijo tuviera todo el amor del mundo; sería su prioridad.

Una de las azafatas la condujo a la mesa cercana a un escenario que se había montado para la ocasión. La música de los violines de la orquesta sonaba en la estancia, y la acompañaba mientras ella caminaba por el salón. A Emma no le pasó desapercibido que varios hombres se habían dado la vuelta para observarla con admiración, y otros con descaro.

El asiento que le asignaron estaba ubicado en una mesa para diez personas que aún estaba parcialmente vacía. Ocupó su lugar junto a un hombre elegantemente vestido, igual que el resto de invitados a la velada.

—Tengo suerte esta noche. Una mujer preciosa me acompaña —le dijo con amabilidad el extraño en cuanto se sentó. Emma le calculaba setenta años.

—¿Disculpe?

Él sonrió.

—No pretendía ser atrevido, pero me es imposible no galantear a una muchacha tan guapa. Mi nombre es Archibald Chavelier, antes de que pienses que soy algún acosador —dijo soltando una sonora carcajada que Emma acompañó con una sonrisa.

Acababan de sentarla junto al dueño de todo un imperio multinacional. Un hombre que ciertamente tenía un cerebro privilegiado para los negocios. Y su hijo, Dave, lo había heredado.

—Es un placer conocerlo; yo soy Emma —dijo estrechándole la mano.

Los ojos de Archibald tenían esa profundidad y ese matiz que solo otorga la experiencia de la vida. La nariz prominente terminaba en una punta redondeada. La piel era cetrina y ajada debido al paso del tiempo, y el cabello blanco peinado hacia atrás era acompañado por una barba pulcramente recortada, que él se acariciaba de tanto en tanto con los gruesos dedos de la mano.

—Imagino que eres amiga de mi hijo.

—He trabajado indirectamente para una de las empresas de Dave, pero es mi marido el amigo en este caso. —Aún se le hacía extraño llamar a Christian de ese modo.

—¿Quién es tu esposo? —preguntó Archibald mirando los anillos en la mano de Emma al tiempo que bebía su vaso de whisky.

—Christian Hawthorne —respondió ella picoteando en el plato de quesos suizos.

—Oh, vaya, el muchacho inglés. Claro, claro, la competencia de mi hijo —comentó sonriendo—. Qué hombre tan descuidado: mira que dejar a una muchacha tan hermosa como tú sola, y en una fiesta con tantos hombres que darían cualquier cosa por intercambiar unas palabras contigo; eso no es muy inteligente. Si tuviera unos cuarenta años menos, otra sería la historia. —Le hizo un guiño, y Emma se echó a reír.

El padre de Dave le cayó bien de inmediato.

—Veo que mi padre ya ha empezado a hacer de las suyas —comentó una jocosa voz por detrás de Emma. Ella se giró para encontrarse a su anfitrión con una radiante sonrisa, un elegantísimo esmoquin y una copa de champán en la mano derecha. Su perfume era muy agradable, una mezcla de madera, sándalo y madreselva. En otra ocasión le hubiera sido complicado definir los aromas. Quizá se debía a que, ahora, sus sentidos estaban más afilados debido a las hormonas.

—¡Dave! Tienes una casa preciosa. —Recibió los dos besos de rigor de Dave a modo de saludo—. Y tu padre es un señor muy agradable. —Archibald, a modo de respuesta, elevó su copa de whisky y bebió dos largos tragos.

Emma se sintió alegre, acompañada, y esa sensación le encantó. Además, el ambiente de la casa era magnífico y la música de la orquesta le agregaba un toque especial.

—Espera a conocerlo mejor —contestó Dave riéndose—. Emma, cualquier cosa que desees está a tu disposición. Pronto la orquesta empezará a tocar algo más animado, y abriremos la pista de baile. ¿Me vas a conceder una pieza, verdad? —preguntó encantador.

—Claro que sí, Dave. —«¿Cómo negarme cuando mis anfitriones son tan amables y me hacen sentir relajada?»

—Estupendo, gracias. —En un gesto familiar, él colocó una mano sobre el hombro desnudo de Emma.

—¡Ah, este chico! Primero los adultos. —Le guiñó el ojo a Emma, y los tres estallaron en carcajadas.

—Será lo que ella prefiera, padre. —Levantó sus manos fingiendo rendirse—. Siéntete en tu casa, Emma. Voy a saludar al resto de invitados. Y no te olvides de la subasta de bailes, empieza dentro de treinta minutos —comentó antes de alejarse definitivamente de la mesa.

Emma estaba charlando animadamente con Archibald cuando de repente se sintió observada desde el extremo derecho del salón. Ella se encontraba en una mesa desde la cual le era posible tener una visión interesante de su alrededor. Aprovechó su posición y con disimulo siguió su instinto, escuchando a medias la historia que le relataba Archibald sobre unos beneficios gubernamentales, hasta dar con la fuente de su incomodidad: un par de ojos que la taladraban hostilmente.

La dueña de esa mirada era una mujer con curvas mucho más voluptuosas que las suyas. Cintura estrecha y pechos abundantes sin llegar a ser vulgares; la cabellera rubia le caía en ondas hasta un poco más abajo de los hombros; sus labios estaban pintados con un rojo encendido y lucían la expresión de un constante puchero, lo que le confería una apariencia casi infantil. Era muy bella, pero sus ojos eran dos estelas frías y calculadoras que a Emma le helaron la sangre. No le gustó.

Ese rostro le sonaba de algún lugar, pero no sabía de dónde y lo cierto era que no quería estrujarse el cerebro con ello. Optó por desviar la mirada, aunque sabía que la mujer continuaba observándola.

Archibald, ajeno a la situación, cambió la historia y dejó de hablar de cuestiones económicas para pasar a relatarle las anécdotas de las vacaciones del último año. Emma asentía y respondía educadamente, pero llegó un punto en que su curiosidad la impulsó a cambiar de tema.

—Archibald, no quiero ser indiscreta... —El hombre le hizo un gesto como si hubiese dicho una bobería.

—Vamos, muchacha, ya somos amigos. —Sonrió, y eso animó a Emma a no cohibirse.

—Tiene razón —admitió, sonriendo también—. Hay una mujer que no ha dejado de seguirme con la mirada desde que llegué; no la conozco de nada. ¿Usted sabe quién es? —preguntó en voz muy baja, a pesar de que con la música alrededor y los murmullos de la gente era imposible que pudiesen oírla.

El padre de Dave se giró para tomar una copa cuando pasó un camarero, y observó con disimulo a la persona que Emma le había descrito.

—Es la esposa de Patrick Johnson, Diana Thompson-Lewis Johnson.

«Claro. Ahora la recordaba. La mujer a la que había visto con Christian en la prensa cuando ella era una adolescente; aquella con quien él se había comprometido en matrimonio...»

—Ah...

Ignorante de los recuerdos de Emma, Archibald le contó la historia de Diana. Le habló del exesposo de la muchacha, a quien decían trató de asesinar; luego de su viaje a Inglaterra y del compromiso fugaz con un magnate importante y afamado en Londres, y finalmente de cómo el dinero que tenía en sus cuentas la eximió de cualquier paso por los tribunales norteamericanos. Al final también le explicó lo que decían las malas lenguas sobre cómo consiguió engatusar al dueño de uno de los clubes de fútbol más importantes de Estados Unidos para que se casara con ella.

—La verdad es que no recuerdo quién fue el inglés con el que se comprometió —comentó al final de su relato—. ¿O era irlandés? —Se encogió de hombros, y se acabó su cuarto whisky—. Dicen que el hombre era uno de esos *playboys*.

«Quizá lo siga siendo», pensó Emma. De pronto, al recordar el físico de la tal Diana, se sintió

un poco cohibida. Dentro de unos meses ella empezaría a engordar y engordar, y Christian dejaría de desearla; esa sería la excusa perfecta para ir detrás de otra mujer. «Bueno, ya estaré divorciada y seremos solo mi hijo y yo.» No debería importarle si él se iba o no con otras... Pero le importaba, porque a pesar de todo no podía ordenarle al corazón que dejara de amarlo.

—Decían que ese hombre bebía los vientos por Diana —prosiguió Archibald animadamente. Entonces sí que Emma se sintió miserable y... celosa. Celosa porque aquella desconocida había conseguido lo que ella no tendría nunca: el amor sincero de Christian—. Nunca trascendieron los motivos de la abrupta ruptura del compromiso. Esa chica es de temer; mírala, aprovecha que su esposo está en Los Ángeles para coquetear a sus anchas.

—Al final, si ser coqueta es su naturaleza, no puede cambiar de la noche a la mañana, ¿no cree, Archibald?

Estaba segura de que no lo decía pensando en la naturaleza de Diana, sino en la de Christian.

—Claro que sí, muchacha. —Archibald dejó el vaso sobre la mesa—. Ya que mi hijo Dave sigue atrapado entre sus invitados, ¿qué te parece si haces feliz a este viejo y le concedes un baile? —la invitó tendiéndole la mano cuando la música empezó a sonar con más ímpetu y arrancó a varios invitados de sus asientos para dirigirse a la pista.

Emma tomó el brazo que se le ofrecía pensando deshacerse de la aprensión que tenía dentro dando vueltas por la pista de baile.

La conversación con Steven Harden y Michel Pratts, los ejecutivos de Wall Street, fue un éxito. Él y Piers consiguieron unas perspectivas interesantes sobre cómo llevar el trato con Dave Chavelier. Ahora sería mucho más fácil comprender la mentalidad de Dave para los negocios, y obtener ventaja.

—¿Cómo está Olivia? —preguntó Christian de pronto, observando por el cristal del automóvil las luces de la ciudad, mientras su mejor amigo cerraba el maletín que resguardaba documentos importantes de Art Gourmet y H&E.

Piers lo observó extrañado, porque Christian nunca preguntaba sobre las relaciones ajenas. Sobre las relaciones en general, de hecho.

—Es tu prima. ¿No has hablado con ella?

—No tanto como hubiera querido. He estado ocupado.

Piers no era de los que solía andarse por las ramas, así que fue directo al punto que su amigo quería preguntar.

—Vamos en serio. ¿Sabes?

Christian lo miró con disimulado enfado.

—La quieres de verdad... —Enarcó una ceja para acentuar su pregunta—. ¿Cierto?

—Por supuesto, mis intenciones con Olivia son honorables. Cuando termine la universidad, pretendo pedir su mano.

—No tengo ningún problema. Mi tío Colin se encargará personalmente de partirte la cara si la lastimas. Si lo superas, quizá lleguemos a ser primos —dijo burlón.

Piers había notado que últimamente Christian estaba distinto. Menos agresivo, pero más meditabundo. Sabía que no le gustaba que indagaran en su vida personal, salvo que él por iniciativa propia soltara algún escueto comentario. En esta ocasión, a más de ochenta kilómetros por hora por las calles de Nueva York, Christian no podría echarlo por preguntarle sobre Emma. Es que no se le ocurría otro motivo por el que Christian estuviera así, a menos que su venganza no hubiese surtido el efecto esperado.

—¿Problemas en el paraíso? —tanteó el terreno, lo que le valió una mirada de advertencia.

Christian se quedó un largo rato en silencio, amortiguado por el ruido del tráfico en el exterior.

—Tenías razón.

Piers lo miró con el ceño fruncido. Christian nunca le daba la razón a nadie.

—¿En qué exactamente?

Christian lo observó con fastidio. Odiaba darles la razón a otros.

—Pues bien, *don te lo dije*, me enamoré de Emma, se lo confesé y no me creyó. Claro que le solté la confesión con algunos whiskies encima... —Piers se quedó en silencio esperando a que el engranaje de neuronas de Christian continuara hilvanando—. Ahora tiene una mirada triste y desesperanzada que me está matando. Quiero que me ame, que me necesite como yo a ella; la quiero de vuelta. —Si Piers se atrevía a burlarse, le plantaría un puño en la cara.

—Esta confesión de amor no me la tienes que hacer a mí, debes compartirla con ella —dijo Piers, y se rio.

La mirada de Christian fue de fastidio, y Piers elevó las palmas de las manos como indicando que todo estaba en orden, más aún cuando vio los puños de Christian flexionándose.

—Lo siento, no pude evitarlo, colega. —Piers dejó de sonreír—. Busca el modo de decírselo. Ella tiene que saberlo —añadió con tono serio. Él no había visto a Christian tan abatido y contrariado, no desde hacía muchos años, cuando le contó la historia de su madre y los Connely.

—Lo he intentado... —dijo Christian frustrado y recordando las dos semanas en que había tratado de ganarse su confianza; pero con la llegada de los papeles de Lionel, todo se había ido al diablo—. He intentado ganármela siendo más su amigo que su amante. Está aún muy resentida. Lo he jodido todo.

—Pues *te lo dije*. ¿Qué has pensado hacer ahora?

—Sincerarme con ella esta noche, en la fiesta de Chavelier. Estaba entusiasmada con la idea de conocer gente nueva, así que imagino que estará de mejor humor y dispuesta a escuchar... O eso espero...

—No es que una fiesta sea el lugar ideal para las declaraciones..., al menos no cuando entre vosotros existe un antecedente tan poco común. Pero quizá sea tu última oportunidad.

—Quizá. —Desde su lado de la ventana observaba a los peatones correr de un lado a otro para llegar a su destino, mientras Boris conducía. Realmente Nueva York era una ciudad tan llena de vida que lamentaba que ese espíritu no se le pudiera contagiar a él. Nunca pensó que estaría viviendo una situación en la que sus decisiones dependerían de los sentimientos de otra persona, porque nunca se había permitido amar. Recordaba a Diana, y se daba cuenta de que nunca la quiso; fue un tema de química sexual. Había malinterpretado las emociones y sentimientos de una

mujer, en otra. Un error que ya estaba costándole muy caro—. Hice que Rory pusiera la casa de Mayfair a nombre de Emma. Ese tonto es capaz de jugársela como garantía en su desesperación por volver a sus años de bonanza. No sé cómo H&E pudo sobrevivir tantos años a su mando; Rory ha perdido la visión por completo. Le daré las escrituras de la casa a Emma como regalo de bodas... retrasado, y he pagado la hipoteca que pesaba sobre la propiedad. Además, le compré una finca de descanso en Yorkshire, y también un nuevo automóvil..., si es que lo desea, si no lo devolveré. Tengo planeado comprar un terreno para construirle un consultorio privado para que pueda atender a sus pacientes...

Su amigo frunció el ceño.

—Vaya, qué generoso —comentó burlón. Luego observó el rostro de Christian: el hombre parecía realmente hundido—. ¿Volvemos a creer que la parte material lo compensa todo, eh? Creo que vas a tener que hacer más que eso.

Christian se mesó los cabellos frustrado, enfadado, impotente.

—¿Como qué? No quiere escucharme, no me deja acercarme a ella físicamente. Sé que no le soy indiferente, pero en sus ojos hay desprecio y decepción, y un vacío del que soy culpable. Mierda, tú sabes que puedo vivir con cualquier cosa, pero la decepción es algo con lo que simplemente no puedo lidiar... —dijo con un gruñido.

—Seguro que alguna otra cosa debiste hacer para terminar de enfadarla, ¿no?

Entonces Christian le comentó brevemente el asunto con Erin, y su amigo lo miró con el ceño fruncido. Eso sí, por cuenta de la casa, Piers le dedicó unos insultos; quizá no se los merecía, pero se los había querido soltar desde hacía tiempo, así que aprovechó la ocasión. Hasta que llegaron al apartamento, no dejó de recordarle a su amigo sus errores, y alabó que Emma hubiera tenido el coraje de aguantarlo todo por su familia.

—Una mujer única y excepcional... —Piers dejó caer la reflexión en voz alta—. Esa muchacha te ha dicho tantas veces que es inocente... La muerte de Sarah no fue culpa de los Connely. Tu madre estaba delicada de salud... Nunca has querido aceptarlo.

Christian se quedó en silencio algunos minutos, dándole vueltas a esa idea. Al final, después de tantos años, la aceptó. Los Connely no habían matado a su madre; Rory había sido un empresario desalmado, pero Emma no tenía la culpa. Esa certeza hizo brotar en él una sensación de libertad; una libertad distinta. Incluso podría decir que se sentía redimido consigo mismo. Necesitaba estarlo ahora con la mujer que amaba.

Sin embargo, aún quedaba el tema del robo a H&E, con la firma de Emma de por medio. Eran demasiados cientos de miles de libras esterlinas. Y para eso no tenía ninguna explicación. Las pruebas implicaban a Emma, eso estaba muy claro. Era una ladrona, no había otro nombre, pero ahora la verdad era que no le importaba ya lo más mínimo. Podría haber estafado al Banco de Inglaterra, que a él le daría lo mismo. Si tenía que cubrirle las espaldas, encontraría el modo de conseguirlo.

—No volveré a decirte que tienes razón, si es lo que esperas, Piers —comentó con hastío al ver la cara de complacencia de su amigo, porque sabía que era la primera vez que lo veía tan frustrado—. Hay algo más...

—¿Más? —preguntó Piers incrédulo, mientras descendían del automóvil al llegar al The

Lucerne.

—Mi abuelo ya me ha enviado el sobre con las escrituras de la casa en Cambridge, y toda mi herencia. Emma... ella lo sabe.

—Se suponía que esa era la finalidad del matrimonio... —Piers se rascó la cabeza—. ¿Ahora viene la parte del divorcio, no? —Lo miró frunciendo el ceño.

—He cometido muchos errores, pero lo que le he hecho a Emma ha sido el más grave. No voy a agregar uno más divorciándome de ella.

Piers se quedó callado un momento, mientras Christian ajustaba el peso del maletín y el portátil.

—No dejes pasar más tiempo, encuentra el modo de que ella sienta que la amas... o la vas a perder de verdad.

Christian asintió, y continuó en silencio hasta que entró en su apartamento para cambiarse de ropa y acudir a la fiesta de Dave Chavelier.

Capítulo 20

Por la promesa que le había hecho a Dave, Emma subió al escenario. Había empezado la subasta de bailes y con ella sumaban diez damas, entre las cuales se contaba una señora muy guapa que debía tener medio siglo de vida. No le pareció tan cómoda la idea de que la última mujer en añadirse a la subasta fuera la tal Diana. «Qué bonito espectáculo», pensó Emma, pero al final prefirió recordar que era por una buena causa. Eso lo valía todo.

—Señoras y señores, les agradecemos que hayan venido a nuestra exclusiva fiesta. Esta noche, como es conocido por todos, no solamente vamos a celebrar la bienvenida de nuestros amigos que han venido de Nueva Zelanda y Chipre. —Los aludidos, que eran importantes empresarios de esos países, sonrieron a Dave—. Además, haremos un acto de buena voluntad para ayudar a los niños enfermos de leucemia para la ONG que tanto apoyó mi madre, Elizabeth, en vida. Así que gracias especialmente a estas guapísimas señoras que se han atrevido a ceder el honor de un baile a cambio de una generosa donación.

Cuando Dave concluyó sus palabras y le entregó el micrófono al maestro de ceremonias, hubo sonoros aplausos. Muchos de los invitados se consideraban filántropos de corazón, otros habían acudido para mantener las apariencias. En todo caso, el beneficio para los niños sería verdadero y eso era lo que contaba realmente para la familia Chavelier.

El primer baile se subastó y lo ganó un hombre que, según entendió Emma, se dedicaba a vender antigüedades en el centro de Manhattan. La mujer que cedió el baile era una señora muy simpática; su vestido de raso negro era espectacular y el monto obtenido por la donación fue de veinte mil dólares. Los siguientes bailes se adjudicaron por treinta y hasta sesenta mil dólares. En el escenario, las últimas damas que quedaron fueron Diana y Emma.

La esposa de Christian estaba resplandeciente con las luces del escenario sobre su cabello rojizo, y parecía un ángel exótico y elegante. Diana, por su parte, exhibía curvas y sensualidad a raudales, al estilo *femme fatale*. El contraste entre ambas era visible. Y sus bellezas no eran equiparables. En absoluto.

—Bien, bien. Ahora tenemos a estas dos guapísimas damas. ¿Cuál de las dos será la siguiente en conceder su mano para un baile? —preguntó el maestro de ceremonias.

Diana dio un paso al frente.

Emma la observó con indiferencia. «Sí, tiene una figura voluptuosa, de esas en las que los hombres se pierden de placer. Seguramente ella y Christian...»

¡Christian!

Su esposo avanzaba entre la gente, desde la entrada del salón, con rostro inteligente, mirada peligrosa y emanando un aura de poder como ningún otro hombre en la fiesta. Y aquello era mucho decir, pues Emma sabía que los Chavelier tenían entre sus invitados a destacados industriales, magnates del petróleo, importadores, dirigentes políticos, muchos de ellos realmente atractivos; aunque, quizá porque amaba al idiota de su marido, a ella le parecían palurdos comparados con él.

Christian pareció desnudarla con la mirada, mientras avanzaba con movimientos gráciles y tan masculinos que le robaban el aliento. A ella se le aceleró el corazón e instintivamente estuvo a punto de poner su mano sobre el abdomen, pero se detuvo a tiempo e hizo como si fuera a alisarse el vestido. Mantuvieron el contacto de sus miradas, hasta que Christian llegó a la mesa donde se encontraba Archibald Chavelier.

Su esposo se caracterizaba por no dejar ningún cabo suelto, y también por fijarse en ciertos detalles. No la sorprendió que él empezara a recorrer con la mirada el entorno, pero un extraño frío la invadió al advertir que Christian fijaba su atención en Diana.

Aquel detalle hubiera pasado desapercibido si los invitados hubiesen estado de pie, charlando, comiendo o, simplemente, bailando. Pero no era el caso. Todos estaban sentados, y la entrada de Christian a la fiesta, quien era muy conocido en los círculos empresariales internacionales, no pasó desapercibida, pues logró que muchas cabezas se giraran a su paso. Todo ello a pesar de que el animador continuaba con su perorata y la orquesta tocaba una pieza de Maurice Ravel.

Diana atrapó la mirada de Christian casi al instante. Y Emma se dio cuenta de que no era una mirada cualquiera. No. Se trataba de una mirada en la que dos amantes del pasado se reconocían, se medían... ¿se deseaban aún? Como si finalmente se hubiera dado cuenta de que estaban rodeados de gente, Diana desvió su punto de atención y dirigió una sonrisa encantadora al público. Pero para Emma el daño ya estaba hecho.

Que Archibald no recordase que era Christian el hombre con quien Diana estuvo comprometida no implicaba que quienes en ese momento notaron el intercambio visual entre los exámenes no lo supieran. Por eso a Emma no le sorprendió observar, desde su privilegiada posición en el escenario, cómo los comentarios en voz baja empezaban a sucederse. Se sintió contrariada y humillada, pero mantuvo su mirada altiva. Tenía que pensar en la causa por la que estaba ahí de pie. Y no era Christian Hawthorne.

Christian no esperaba encontrarse a Diana, y menos aún esa noche y después de tantos años desde la última vez que se despidieron no tan amistosamente. Al ver en el escenario la representación femenina de su pasado contrapuesta a la de su presente y futuro, se dio cuenta de la diferencia abismal que había entre ambas mujeres. No entendía cómo había podido fijarse en la superficial rubia. Desde que estaba con Emma ya no era el mismo. Y ahora era aquella exótica belleza pelirroja quien tenía el corazón de Christian en sus manos.

Se fijó en la figura esbelta de Emma, rodeada de luces, como si un halo la cubriera desde atrás

y su cabello fuera una pincelada de Degas. Él sentía que algo se le escapaba de la ecuación, porque Emma parecía un poco extraña, contrariada. ¿Le habría sucedido algo durante el lapso en el que él estuvo ausente de la fiesta? Justo empezaba a darle vueltas a la idea de lo que quizá podría estarla incomodando, cuando el regordete animador inició la subasta.

Christian vio a Dave beber un trago con una sonrisa ladina en los labios, y luego lo saludó con un gesto de la cabeza. «Maldición.» Christian adivinó lo que había detrás de ese gesto. Desafío. Dave elevó de modo imperceptible el vaso a modo de silencioso brindis. Tendría que descubrir qué diablos se traía Chavelier entre manos, pero presentía que no iba a gustarle en absoluto.

Uno de los magnates del petróleo, Arthur Kendricks, ganó el baile con Diana por cuarenta y cinco mil dólares.

Christian, malhumorado, aceptó la copa que le ofrecía el camarero, mientras a su lado Archibald no perdía detalle de la subasta.

—Al parecer nos queda una joya inglesa que hará el honor de conceder el último baile. —El presentador sonrió con sus dientes blanquísimos—. ¿Cuál es su nombre, señora?

—Emma...

—¡Estupendo! —la interrumpió. Luego se dirigió a la audiencia, que sonreía—. Esta preciosa dama cederá un baile, y la cantidad inicial sugerida es de cinco mil dólares. ¿Quién da más?

—Ocho mil... —gritó una voz desde el fondo del salón. Christian apuntó mentalmente los rasgos de aquel hombre para partírsela la cara.

—Quince mil —dijo tranquilamente Christian.

—Veinte mil —anunció otra voz extraña a su derecha.

«No me importará pelearme con todos esos. Emma es *mi* esposa. Nadie más va a bailar con ella, maldita sea.»

—Treinta mil. —Esta vez fue Dave, quien sonrió a Christian y luego enfocó su mirada en Emma.

Emma no era ninguna idiota, y entendió de inmediato el juego que esos dos se traían. Quiso que se la tragara la tierra en ese instante.

—¡Treinta mil dólares, señores! ¡Vaya, qué magnífica cantidad para nuestra causa de hoy! Gracias, señor Chavelier. —Todos aplaudieron entusiasmados por el hecho de que el anfitrión de la noche se uniera a la puja—. ¿Quién ofrece más por un baile que promete ser memorable? —preguntó el presentador, gesticulando con las manos—. Treinta mil a la una...

Emma observaba a Christian, quien tenía una expresión gélida que de seguro haría encoger al más osado de los hombres. Las parejas que habían ganado los bailes con las otras damas aguardaban al lado del escenario, conversando, hasta que concluyera la última subasta y así pudiera iniciarse el baile de parejas.

Diana aprovechó que todos tenían la atención centrada en el escenario y en Emma para acercarse sigilosamente a Christian, no sin antes decirle al magnate del petróleo que había ganado el baile con ella que iba al tocador y volvía de inmediato. Luego se alejó.

Archibald se percató de que Diana se acercaba a su mesa. Él no era ningún ingenuo, así que solo tuvo que unir un par de cabos en su cabeza y sacar del baúl de los recuerdos un poco de información. Y no le gustó lo que aquella mujer pretendía.

—Los años solo te hacen más atractivo —murmuró Diana al oído de Christian cuando llegó hasta él—. Espero que no te hayas olvidado tan pronto de mí, amor.

Él dio un respingo al sentirla detrás. Y no fue una reacción de placer precisamente.

—Creo que la última vez que te vi quedamos en que te alejarías de mí, no quiero tenerte cerca. Me repugnas —le soltó sin contemplar el escenario, en el que Emma sonreía con calidez. Le habría gustado bajarla de ahí y llevársela a casa. Necesitaba aclararlo todo con ella... sobrio.

—Ay, cariño..., creo que te vendría bien un buen revolcón conmigo por los viejos tiempos. — Diana se sentó en el lugar que había ocupado Emma hacía un rato—. Por el modo en que la miras —señaló sutilmente con la cabeza a la pelirroja—, supongo que es la mujer con la que te casaste. ¿Verdad?

Desde el escenario Emma observaba con tristeza cómo Diana le susurraba cosas a Christian, y él no hacía intentos de quitársela de encima. «Seguramente planifican su encuentro.»

—Treinta mil a las dos... —El animador interrumpió los pensamientos de Emma—. ¡Vamos! Anímense. Los niños necesitan su ayuda, señores.

—Setenta mil —alzó la voz Christian.

Diana le puso una mano sobre el antebrazo y él se tensó incómodo. Alrededor todos contemplaban la puja entretenidos, y la orquesta había cambiado a Ravel por Franz Liszt.

—¿Vas a pagar todo eso por alguien con quien te acuestas todas las noches y no te satisface? —preguntó Diana con tono gutural y tratando de que no solo su mano tocara el brazo de Christian, sino también uno de sus pechos, con disimulo—. Vamos..., te conozco demasiado bien. Sé lo que te gusta, lo que te enciende y necesitas para arder. Te espero esta noche. —Luego le susurró en voz baja el nombre del hotel y el número de habitación—. Yo sé cómo complacerte. —Utilizó una cadencia sensual en su voz, que en otro tiempo habría conseguido que Christian doblegara su voluntad a lo que su instinto sexual le decía, y no a lo que su cerebro le gritaba. Ahora todo era distinto, y esa treta lo irritaba.

—Te he dicho que no estoy interesado. Además, eres una mujer casada.

—Lo que no implica que esté sexualmente satisfecha.

—¿Qué te da a entender que yo no lo estoy con mi mujer?

—Es poquita cosa. Soy yo el tipo de mujer que te fascina bajo las sábanas; si no, no hubieras estado a punto de casarte conmigo.

—No me interesan tus proposiciones. —Rechinó los dientes. Le repugnaba que Diana fuera esa clase de mujer y no haberse dado cuenta más a tiempo, y ahora la tenía junto a él sin poder tomarla del brazo y expulsarla de la fiesta como le gustaría; se sentía más irritado todavía. Estaba seguro de que la presencia de esa mujer respondía a una de las tretas de Chavelier. Si no lo conociera, esa idea ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza; sin embargo, sí lo conocía, y por ello sabía que Dave estaba informado de su historia con la rubia.

Tendría que lidiar con otro de esos estúpidos asuntos de rivalidades Chavelier-Hawthorne. Corría el riesgo de que esa noche le cobraran su falta con Rebecca, cometida años atrás, y lo cierto era que no tenía ganas de tomarse ese trago amargo.

—Ochenta mil —anunció Dave sonriente.

Los invitados emitieron sonidos de asombro por aquella desorbitada cantidad. En el escenario

Emma estaba boquiabierta, aunque no literalmente. No podía creer lo que oía. Observó a Christian, pero hubiese preferido no hacerlo, porque su marido tenía la cabeza ladeada hacia su exprometida, quien lo tocaba como si fuese de su propiedad, y él no hacía nada al respecto.

Miró al frente y sonrió a Dave.

Christian al parecer se dio cuenta de ello, y le susurró algo al oído a Diana. Para Emma no podía ser otra cosa que una burla sobre ella, o bien algún plan para después de la fiesta. ¿Qué más pruebas quería ella? No podía seguir con esa farsa de Christian. Al día siguiente se iría a Londres.

—Lárgate de mi vista si no quieres que busque a tu exesposo y con un poco de dinero e influencias le dé un giro a tu aburrida vida y provoque que te envíen a la cárcel, Diana —le dijo en tono acerado, pero disfrazado de una sonrisa porque Christian no quería darle el gusto de montar una escena cuando había tantas personas conocidas alrededor.

—¡Señores, es el baile más caro de la historia de nuestra tradicional fiesta! Vamos a ver quién da más. Ochenta mil a las dos...

Tan enfurecido estaba Christian por no poder sacarse a Diana de encima que no oía nada más a su alrededor. La condenada mujer no dejaba de frotarse contra él disimuladamente y, aunque desde otros ángulos no se notaba, él estaba seguro de que Emma, con la vista periférica desde el escenario, podía observar ese contoneo de la arpía rubia. Se tragó una grotesca maldición cuando Diana tuvo la osadía de bajar la mano para recorrer un camino que ya no le correspondía más que a su esposa. Algo que, estaba seguro, también había podido presenciar Emma si tenía la mala suerte de que ella estuviera dirigiendo su atención hacia él en ese preciso instante.

Cuando oyó que el presentador iba a dar por terminada la puja, y que Emma podría irse con Chavelier, Christian se hizo oír con su voz grave y fuerte:

—¡Cien mil dólares!

Los susurros de admiración por aquella exorbitante cantidad de dinero subieron de volumen.

«Será uno de los cotilleos más exitosos en las conversaciones de las chismosas de la alta sociedad durante los próximos días», pensó Dave, pero no le importaba. Iba a hacer sufrir un poco a Christian, por haberle quitado la oportunidad de oro en una noche en la que iba a pedirle matrimonio a una mujer, Rebecca, pero no pudo hacerlo porque ella estaba en la cama con el imbécil aquel. Dave no mezclaba dinero con pasión; al día siguiente haría honor a su buena ética en los negocios durante la reunión que había pactado con Hawthorne y Piers, pero esa noche no tenía ética en lo que se refería a Emma. Esa velada no estaba dedicada a los negocios, sino al placer.

—Ciento veinte mil —dijo Dave con tranquilidad.

—¡Señoras y señores, tenemos una puja de ciento veinte mil dólares de nuestro anfitrión! Sin duda, y ya llevo cinco años animando tradicionalmente estas maravillosas fiestas Chavelier, es la cantidad más alta que se haya ofrecido jamás. Vamos a hacer felices a esos niños. ¡Un aplauso, señores, para estos dos caballeros tan altruistas! —El presentador, que Emma había oído que se llamaba Roger Summerville, sonrió.

Christian tomó la mano de Diana antes de que llegara a su punto sensible masculino, ignorante de que Archibald estaba dándose cuenta de la intención de Diana.

«Me gustaría mandar a paseo a esta mujerzuela», pensó el padre de Dave, pero no era una

batalla que le tocara librar a él. Resultaba una lástima que una mujer tan guapa como Diana se desperdiciara al no darse valor. Aunque él no podía interferir en ese asunto, sí que podría decirle algo a la pobre Emma en cuanto ella volviera a la mesa. No era justo que la joven muchacha pensara que su marido la estaba humillando o le estaba faltando al respeto.

—Ciento veinte mil a la una...

Con una mirada glacial, Christian apretó más la mano femenina, que tenía un brillante con rubíes engarzados en el dedo anular.

—No quiero que te vuelvas a acercar a mí. Ahora estoy casado, y tú también. Y esa preciosa mujer que está ahí es la única que me interesa tener en la cama. ¿Te queda claro? —dijo sin un ápice de amabilidad. Luego elevó la voz para continuar la puja—: ¡Ciento treinta mil dólares!

Diana le hizo un puchero. Alrededor la gente aplaudía encantada, conversaba, comía e intercambiaba comentarios sobre tan disputada subasta.

—Ciento cuarenta mil por el baile con la preciosa Emma —anunció Dave, en medio de los aplausos de sus invitados, que palmeaban su espalda animándolo, ignorantes de la tensión que en realidad había entre dos de los empresarios jóvenes más importantes de Europa y Norteamérica.

Christian apretó los puños y su espalda se tensó como un arco.

—Ciento cincuenta mil —declaró claramente Christian, mientras la mujer que tenía a su lado no dejaba de mirarlo con ojos seductores y mostraba sus curvas del escote sin decoro.

Él había presentado a Diana y Dave durante unas vacaciones en los Hamptons, varios años atrás. Desconocía el acuerdo económico al que habían llegado esos dos para que Diana le montase aquel numerito en público, aunque tenía claro que solo ellos sabían que existía esa alianza. Sentía hastío por haberse metido en esa mugrienta fiesta para complacer a Emma.

—¡Uau! Esta sí que va a resultar la noche más feliz para nuestros beneficiarios. ¡Un gran aplauso, por favor, no uno, varios, para el caballero que acaba de pujar por este baile! Usted, señora —se dirigió a Emma—, debe de sentirse muy honrada.

Ella iba a poner los ojos en blanco, pero optó por recurrir al aplomo social bajo el cual había vivido tantos años en Inglaterra. No iba a refunfuñar. Ante todo ella *sí* era una dama.

—Muy halagada, sin duda —contestó, sintiéndose como el trofeo que se disputan dos titanes primitivos. Es que no había otro modo de describirlo.

Roger Summerville continuó su perorata un rato más, soltando trivialidades, mientras la orquesta cambiaba a Debussy.

—Qué pena me da por ti, Christian —comentó Diana con una media sonrisa, esa media sonrisa llena de desprecio que solía esbozar cuando lo que quería no lo lograba rápidamente; en este caso, que su exprometido accediera a pasar la noche con ella.

—Ciento cincuenta y cinco mil —anunció Dave, lanzándole una mirada fulminante a Diana, quien lo entendió de inmediato.

Christian estaba de pésimo humor. «Maldita Diana.»

—¿Por mí?... ¡Serás caradura, mujer! La que debería sentir pena de sí misma eres tú: ofreciéndote como una vulgar ramera a un hombre que te desprecia...

—Ciento cincuenta y cinco mil a la una... ¿Alguien más se anima a intervenir con una donación que supere a la de nuestro anfitrión? Vamos, vamos, ciento cincuenta y cinco mil a las doooooos...

—Para nada, encanto. Comprendo que sufriste en tu infancia. —Christian tenía ganas de estampar un puño sobre la mesa; seguro que tenía los nudillos blancos de tanto apretar la mano para contenerse—. Simplemente persigo aquello que quiero, y esta noche es a ti.

—Serás...

El presentador, con un chillido, lo interrumpió.

—¡Ciento cincuenta y cinco mil a las tres! ¡Baile vendido a nuestro anfitrión con Emma... —le preguntó el apellido a ella tapando el micrófono— Emma Connely!

Christian se dio cuenta de lo que había hecho Emma. Con eso le daba a toda la sociedad de Nueva York un buen chisme para que él se convirtiera en la comidilla durante la semana siguiente: una mujer casada con un conocido empresario daba su apellido de soltera cuando era otro hombre el que ganaba un baile con ella. Y no solo eso, pensó Christian furioso, sino que además Emma estaba escandalosamente ataviada con un vestido de seda verde que se adhería a su cuerpo invitando a los hombres a mirarla. Christian no sabía que los celos pudieran hacer que las entrañas soltaran tanta bilis.

—Te han ganado el baile, amor —dijo Diana—. Y yo tendré una recompensa. —Una vez hubo terminado su frase en tono casual, se inclinó hacia Christian y le dijo—: Lo de darnos un revolcón por los viejos tiempos, Chris, sigue en pie. No estaba incluido dentro del pago de Dave, pero lo haré con gusto. —Luego se dirigió con una gran e inocente sonrisa a los brazos del hombre que había ganado el baile con ella en la subasta.

A Christian la rabia le corroía las entrañas, sobre todo cuando vio que Dave observaba sonriente a Emma, y ella le devolvía la misma sonrisa que solía dedicarle a él en exclusiva en la intimidad. Contuvo las ganas de ir y partirle la cara a Chavelier.

—Muchacho... —dijo Archibald llamando su atención. Christian se giró—. Mi hijo es un gran hombre de negocios, pero a veces también es un verdadero incordio. Esa muchacha es tu mujer: no dejes que Dave se salga con la suya. Aclárale este asunto de Diana, no dejes que pase el tiempo. —Dicho eso, se puso de pie y sacó a bailar a una mujer de su misma edad, que le sonrió amablemente antes de ir a la pista.

«La muy zorra me distrajo a propósito», pensó Christian con furia mientras bebía una copa. Impotente, tuvo que ver cómo el imbécil de Dave recorría con disimulo la espalda desnuda de Emma. Luego ella se rio echando la cabeza hacia atrás.

La pieza musical estaba a punto de terminar cuando la mano de Chavelier empezó a descender peligrosamente por la espalda de Emma, y se la acercó con descaró hacia él. Ella parecía indiferente a su entorno, como si tuviera puesta la atención solo en Dave. Si no tuviese el autocontrol necesario, Christian habría roto la copa que tenía en la mano.

Emma necesitaba salir de ahí cuanto antes. Ahora entendía la contradicción amor-odio en una relación, porque en ese momento odiaba a Christian Hawthorne. Que él creyera que no sabía quién era Diana era una cosa, pero muchos de los invitados a la fiesta sí lo sabían, y que lo hubieran visto coqueteando con su exnovia era una humillación que ella no le iba a dejar pasar.

Por otra parte, estar en brazos de Dave le daba un soporte, y aunque él le hablaba de varios tópicos, ella respondía con monosílabos porque en realidad no estaba escuchando. No era consciente del modo en que la tocaba, porque su mente estaba en otra parte. Quería que acabara pronto esa fiesta para poder irse. *Estaba tan lejos de su casa...*

Christian no soportó más ver a Emma en brazos de otro. Llegó hasta donde estaba la pareja y, antes de que la orquesta culminara la última nota, se colocó entre Dave y su mujer.

—Ya he entendido el truco y el mensaje. Estamos igualados, me parece. Ahora lárgate, Dave, si no quieres que confunda los negocios con algo personal —dijo entre dientes.

El anfitrión de la noche sonrió con encanto y maldad.

—¡Christian! Cuánto me alegro de que hayas venido... Por supuesto, el baile es todo tuyo. Es bueno que Diana y tú os hayáis reencontrado. —Miró a Emma—: Con todo el respeto, mi querida Emma, por descontento; como sabrás, tu esposo y Diana fueron grandes amigos en el pasado.

Emma miraba incrédula el intercambio que se llevaba a cabo. Sobre todo la asustó la mirada peligrosa que Christian dirigía a Dave. Y también la entristeció sentirse utilizada por Dave, porque lo había considerado una buena persona. O quizá lo era, pues Christian solía sacar lo peor de la gente.

—Lárgate si no quieres que arruine tu fiesta cuando vean al anfitrión tirado en el suelo —dijo con tono amenazador.

Dave lanzó una carcajada. La gente, animada, bailaba y bebía, ajena a la escena que se desarrollaba en ese instante.

—Tengo mejores cosas que hacer por ahora, ciertamente. —Dave miró su Rolex—. Os veo, a ti y a Piers, mañana. Será un placer hacer negocios... en otro campo. —Dicho eso, se fue a conversar con otros invitados.

Christian tomó a Emma de la mano y la sacó de la fiesta con delicadeza, pero con prisa. Se fue despidiendo de los amigos que hallaba a su paso, como si no hubiera ocurrido nada raro durante la velada, y fue dejando atrás la suntuosa sala.

Llegaron hasta el amplísimo estacionamiento, donde los automóviles eran los únicos testigos de su presencia. La fiesta estaba en su pleno apogeo, y el sonido de la música se fundía con el viento y la nieve, en consonancia con la luna llena que el cielo neoyorquino estaba obsequiando.

Emma no tenía ganas de discutir. Así que se limitó a dejar que la llevara hasta donde quisiera, y continuó andando hasta una bonita glorieta tenuemente iluminada, casi al final del ala derecha del aparcamiento.

—Emma... —empezó Christian, tomándola de la mano nuevamente. Ella no lo rechazó. Se limitó a dejarlo hacer—. ¿Qué pasa?

«Definitivamente, me he casado con el más cínico o el más estúpido de los hombres. O ambas cosas.» Después de todo lo que había presenciado esa noche, ¿le preguntaba qué pasaba?

—Dímelo tú —replicó inexpresiva, desviando la mirada.

—Mírame, por favor —pidió él girando el rostro de Emma con suavidad hacia el suyo con la yema de los dedos—. ¿Por qué diste tu nombre de soltera cuando todos saben que estamos casados?

No se lo podía creer. «¿Era eso lo que quería discutir con ella?»

—Parece que el único que no lo sabe eres tú. ¿Verdad? Dime, Christian, ¿no te basta con tratarme del modo en que lo has hecho y burlarte de mí y de mi familia por cualquiera que sea el crimen que cometieron? No te basta con eso, no, sino que además tienes el descaro de coquetear con la mujer con la que estuviste prometido mientras tu esposa está en la misma fiesta. Un poquito de respeto de vez en cuando no te vendría mal... —No había enfado, reproche ni cólera en su voz. Era como si estuviera recitando algún comentario sobre cómo estaba el tiempo en la ciudad. Se sentía agotada.

Christian se sintió incómodo, y se sorprendió de que conociera su historia con Diana.

—¿Cómo sabes quién es Diana?

Emma suspiró de hastío.

—Christian..., saliste en los periódicos anunciando tu compromiso cuando yo era mucho más joven. En algún momento lo leí. Nada trascendente.

La agarró de los hombros y la sacudió. Odiaba que estuviera como una muñeca, sin el brillo que la caracterizaba; necesitaba a la Emma que replicaba y lo mandaba al diablo, la que luchaba.

—Escúchame bien. —Christian enmarcó su cara con las manos con firmeza, respirando agitado, con el corazón ansioso y la mente elucubrando cómo ganársela de nuevo—. Emma, esa mujer se quiso casar conmigo por mi dinero, no era quien decía ser, vendía cocaína, hablaba mal de mi madre. —«Esa parte no me la contó Archibald», pensó ella—. Por eso, y otras cosas, me alegré de romper mi compromiso con Diana. Se atrevió a venderle una historia falsa a los medios sobre mi familia en Italia, porque la dejé. Mi dinero impidió que llegaran rumores y detalles sobre nuestra ruptura al Reino Unido.

Emma vio el dolor reflejado en los ojos de Christian. Y eso debilitó un poco sus barreras. Sabía lo que Sarah había significado, y significaba, para él. Era su madre, después de todo.

—Te vi coqueteando con descaro, Christian... Me humillaste públicamente.

—Y tú me lo devolviste dando tu nombre de soltera. ¿Verdad?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Nos hemos hecho daño, y ahora ya tienes lo que deseas. No tiene sentido que continuemos aquí de pie con este frío...

Christian la interrumpió.

—No podía concentrarme en la subasta porque me era imposible deshacerme de Diana sin armar un escándalo, que era lo que al parecer estaba buscando ella. Por eso perdí el maldito baile. —Rechinó los dientes, y se metió las manos en los bolsillos—. No puedo fijarme en otra mujer que no seas tú.

Emma emitió un suspiro y se arrebujó en el abrigo de piel. Ignoró el comentario.

—¿Qué pasa con Dave y contigo? Os comportáis como dos niños. Es vergonzoso estar en medio de esa clase de tonterías, Christian.

—No me enorgullezco de esa falta de caballerosidad por mi parte. Lo de Dave conmigo es algo que ya lleva años... Él intenta conquistar lo que yo quiero, y viceversa.

—Qué civilizados... —murmuró Emma por lo bajo.

—La única norma implícita era que ninguno de los dos se interpondría jamás en las relaciones estables del otro. Y yo rompí esa regla una vez...

Emma lo miró interrogante.

—Me acosté con una mujer que había sido su novia, y él pretendía, al parecer, casarse con ella; yo eso no lo supe hasta después de esa noche y...

—No sigas, no quiero saber más. —Le puso la mano sobre sus labios. Él aprovechó para girarle la mano y besarla en el centro de la palma, enviándole descargas placenteras que se extendieron por su piel—. Ahora entiendo vuestra rivalidad, pero no me interesan los detalles.

—Emma..., lo siento mucho. Créeme: entre esa mujer y yo no hay nada.

—Te creo, Christian.

—¿Lo dices de verdad, o porque quieres librarte de mí?

Entonces ella se rio. De aquel modo que a él lo cautivaba, con un sonido dulce, juvenil, refrescante y sensual.

—Ambas cosas, quizá.

Entendía el tormento de Christian. Veía los patrones psicológicos de su infancia muy marcados y le era fácil analizarlo, y también comprendía la tortura que debió significar para él amar a Diana y que ella se burlara de un punto tan débil emocionalmente como era su madre. Y porque lo entendía, le creyó. Christian no se habría acostado ni habría coqueteado con una mujer que se hubiera burlado de algo tan sagrado como la memoria de su madre.

Para Christian, la única forma de aplacar su ansiedad al verla meditando y perdida era besándola. Y eso hizo. Se apoderó de su boca, la saqueó con avidez, poseyéndola y haciendo gemir a Emma; le acarició la espalda, el trasero, y la atrajo con frenesí contra su excitación. La quería a ella, toda, entera. En ese momento, siempre.

—Me puse celoso, muy celoso, cuando te vi bailando con ese imbécil —le confesó, mordisqueándole el labio inferior.

Abandonó su boca y avanzó con pequeños besos por su mandíbula, sus mejillas, su cuello. Ella inclinó la cabeza hacia la derecha para que él la continuara besando. Christian sonrió y recorrió el contorno de su oreja con la lengua.

—Oh, Em... Em..., qué me has hecho?... —Respiró, acariciando con sus pestañas las mejillas sonrosadas por el frío.

—Esto no cambia nada entre tú y yo. —Ella tenía que pensar en su hijo. Oh, cuando se enterase de que estaba embarazada, todo cambiaría—. Dejemos las cosas así. Creo lo que me dices con respecto a Diana y es suficiente.

—¡No, maldición! No es suficiente. ¿Es que acaso no te das cuenta, Emma?

—Creo que ya me he dado cuenta de bastante cosas estas semanas —replicó con ironía—. Intentemos llevar nuestros asuntos con calma. Por favor —lo miró suplicante—, estoy abrumada por cómo ha cambiado mi vida tan rápidamente durante estas semanas. Quiero un respiro. Lo necesito.

—Algo ha pasado hoy además de lo de Dave, lo sé. ¿Qué sucedió durante las horas que estuve fuera?

«Nada, solo que he descubierto que estoy embarazada, y me siento inquieta y confundida.»

—Christian... —gimió alejándose completamente de sus brazos—. Basta. Quiero irme a casa, a descansar.

La renuencia de Emma se mezcló con la rabia que había sentido al verla bailar con Dave y la molesta presencia de Diana, todo en una misma noche. Fue eso lo que a continuación convirtió su tono en implacable.

—¡Maldita sea! Estoy cansado de verte así. Me vuelves loco. Te deseo con solo pensarte. Puedes resistirte todo lo que quieras. Sé que no te soy indiferente. Sé que me quieres, Emma.

Para comprobar su teoría, pasó con descaro una mano sobre el pecho izquierdo de su esposa, cuya curva se alzaba orgullosa sobre el escote del vestido. Complacido, notó con deleite cómo el pezón se marcaba sobre la fina tela, y luego arrasó su boca con cólera y frustración. Con amor, con desesperación, con hambre.

No sabía cómo llegar a ella, y se descontroló.

La tocó por todas partes, apretando sus pechos, recorriendo su espalda, estirando su cabello rojizo, que con el movimiento se había desprendido del moño y caía en ondas suaves sobre su espalda.

Ella respondió al principio con igual pasión, vertiendo en ese intercambio los sentimientos que llevaba acumulados. El sabor de Christian era único; lo odiaba, lo amaba; lo volvía a odiar, y luego otra vez a amar. Sus emociones estaban a flor de piel. Sabía que él no la dejaría marchar hasta que terminara el último punto de su plan: cerrar el trato con Dave Chavelier a la mañana siguiente. Sabía que Christian haría todo lo posible para retenerla a su lado, hasta que esos papeles en Nueva York estuviesen firmados.

Pero ya no daba para más emocionalmente, necesitaba alejarse de él.

Lo amaba, pero esas confesiones que Christian le hacía en medio de escenas caóticas e hirientes, con otras mujeres de por medio, lejos de alegrarle el corazón aún la lastimaban más. ¿Cómo no se daba él cuenta?

Las lágrimas acudieron inevitablemente a sus ojos. Emma lo empujó con toda su fuerza, no sin antes morderle el labio con rabia para alejarlo, y paladeó el sabor metalizado de su sangre.

Él no quería que el beso fuera de ese modo. Al mirarla dolida, se le hizo un nudo en el estómago. Se limpió la sangre del labio.

—Christian, no quería herirte... —Se acercó a él preocupada, y pasó los dedos sobre el labio lastimado, eliminando el rastro de sangre.

—Emma —murmuro—, déjalo. Escucha... —Se mesó los cabellos, frustrado—. Amor, no pretendía que el beso fuera así. Debí esperar a que nos calmáramos antes...

Ella lo miró con arrepentimiento. Nunca había lastimado a nadie.

—Por favor, discúlpame —dijo mirando el labio—. Yo no soy así.

—Lo sé, ya lo sé. Todo esto es por mi culpa. Y créeme que lo lamento muchísimo —le aseguró tomándola de las manos—. Emma, necesitamos hablar.

Ella negó con la cabeza.

—No vamos a sacar nada en claro esta noche. Prefiero descansar. No me presiones —dijo y, sin más, lo abandonó en la glorieta y se alejó caminando rápidamente.

Christian le hizo una seña a Boris, que siempre estaba alerta, y el chofer se apresuró a acompañar a Emma hasta el automóvil. Él la siguió con pasos ágiles.

«Después de todo, Emma tiene razón: la noche está arruinada y con ella mi intención de

decirle que la amo», pensó agobiado. Cuando llegó al vehículo le pidió a Boris que fuera al volante. Le abrió la puerta del coche a su esposa con su elegancia masculina habitual. Decidió mirar a Emma por última vez esa noche. Él se iría luego en un taxi. No quería perturbarla.

Emma no podía continuar mirando a Christian, amarlo tanto le dolía. Así que alargó la mano y cerró la puerta con delicadeza.

Christian indicó con una seña a Boris que arrancara.

Ella vio a Christian a través de la ventana y, cuando lo perdió de vista, rompió a llorar.

Capítulo 21

Esa noche Christian no durmió con Emma y ella no logró conciliar el sueño, porque estaba acostumbrada a sentir el calor del cuerpo atlético y masculino que la había amado de tantas formas entre sábanas y susurros. «Pues tendré que habituarme, pronto estaré sin él.»

Cuando fue a desayunar, el ama de llaves la informó de que su esposo se había marchado muy temprano. Ella desayunó agradeciendo no haber sentido náuseas. «¿Será un niño o una niña?»

Ese día tenía su cita con Allie, que la había llamado una hora antes para avisarla de que ya estaba en Nueva York. Se alegró ante la perspectiva de mantener al fin una charla con su amiga de toda la vida. Terminó pronto su desayuno y llamó a un taxi.

Media hora después estaba en el restaurante en el que habían quedado.

Encontró a Allie con un cóctel en la mano. Le dio tanto placer verla que se acercó corriendo y la abrazó. Esa mañana había optado por ponerse unos vaqueros, una blusa blanca y una cazadora azul, a juego con las botas. Llevaba el cabello recogido y lucía una bufanda beige. Tenía la apariencia de una adolescente, pero no le importaba.

—¡Madre mía! El matrimonio te sienta estupendamente. Te ves guapísima, Em —la saludó Alette con otro efusivo abrazo.

Emma estaba contenta. Esa mañana se sentía más despejada y resuelta a salir adelante.

—Oh, vamos, qué adulatora. Tú te ves espectacular... —Se fijó en la mano de su amiga— ¡¿Anillo de compromiso?! Y no me has dicho nada...

Alette se ruborizó.

—Es una de las cosas que tengo que contarte. Sentémonos.

Durante las siguientes dos horas, Emma escuchó absorta todas y cada una de las cosas que su amiga había vivido durante el tiempo en que ella había estado enfrascada en su pugna emocional con Christian. Lo que más la contrarió fue la actitud de su madre. ¿Cómo se había atrevido a tratar de ese modo a su mejor amiga? Alette era como su hermana. Aunque la culpa también era suya: Allie le había comentado infinidad de veces que no se sentía bienvenida en su casa, pero ella había desechado esas impresiones argumentando que tal vez su madre tenía un mal día. Hasta ahora no había sabido lo pérfida que podía llegar a ser su madre. No la comprendía.

—Oh, Allie. Perdóname, si hubiera estado más atenta... —La tomó de la mano—. Lo siento de verdad. Ahora seremos familia para toda la vida. No sabes qué emoción me produce eso. Siempre supe que detrás de esas miradas que le echabas a Trevor, y que él te devolvía, había algo más que hostilidad. De verdad, me alegro tanto... —Le sonrió con sinceridad—. ¡Seremos hermanas!

Alette bebió un poco del café que se pidieron, después de que ella se hubiese acabado el cóctel. Y, claro, el pudín de chocolate por el que habían elegido ese restaurante.

—Emma. Hay algo importante que tengo que contarte aún. Bueno, dos cosas, de hecho. Antes de hablarte de la primera, soy yo quien debe pedirte perdón.

Emma frunció el ceño.

—Sé que nunca harías algo para lastimarme. Así que dime qué ha ocurrido.

Cuando la guapa pelinegra empezó su narración con el nombre de su esposo, instintivamente Emma se tensó y juntó las manos sobre la mesa, apretándolas. La miró intrigada, pero, a medida que el relato avanzaba, la furia empezó a invadirla.

—No pasó nada —la tranquilizó Alette—, lo juro. Aunque me invitó a tomar algo, se mostró ausente conmigo; parecía molesto por algo, no sé. En todo caso, desistí de llevar a cabo los planes de tu madre, pues no podía hacerte eso, no hubiese vivido en paz. Además, cuando Trevor llegó, estaba a punto de contarle toda la verdad a Christian.

Agachando la cabeza con tristeza, algunos cabellos salieron del sencillo moño de Emma.

—Decirte que no estoy molesta sería mentir. Sin embargo, que me lo hayas contado tú para mí es importante. Confío en ti, y sé que no hubieras hecho nada con Christian, llegara o no Trevor. La confianza siempre ha sido la base de nuestra amistad, y yo te quiero como a una hermana, Alette. Te pido disculpas por mi familia. Y acepto tus disculpas por este asunto con Christian.

Alette se incorporó de su asiento, colocándose más cerca de su amiga, que empezaba a derramar lágrimas. No le gustaba verla así, pero tenía que decirle lo que llevaba guardado demasiado tiempo ya.

—Lo siento, lo siento tanto... Jamás hubiera hecho nada con él; además, es un poco rudo y anda muy pagado de sí mismo, ¿eh?

Emma se rio.

—Ese es Christian...

—Pero si algo tengo que decirte es que ese hombre te quiere, Emma. Estoy convencida.

Emma levantó la mano para detenerla.

—No quiero pensar en eso, ahora mismo no. —Alette asintió, y volvió a su asiento—. ¿Qué otra cosa más hay, Allie? Terminemos con esto de una vez, porque yo tengo algo importante que decirte también.

—Tienes muuuchas cosas que contarme, jovencita. —Bromeó blandiendo el dedo índice cerca del rostro sonrojado de Emma—. Bueno. Ahora necesito que respires profundamente. Y me escuches como una profesional que sabe controlar sus emociones.

—Irónicamente, querida, es lo que he venido haciendo todas estas semanas, créeme —comentó Emma, dándole un mordisco al sándwich de queso gouda, y luego dio buena cuenta del pudín.

—En realidad, más que explicártelo —Alette sacó de su cartera una carpeta—, prefiero que lo leas con detenimiento. —Le entregó copias de las transferencias y transacciones que encontró días antes con Trevor en el despacho de Rory.

Emma examinó los papeles despacio. Cuando leyó las cantidades casi se atraganta con la comida. Ahí estaba la evidencia que Christian había visto. Claro, con todo el arsenal tecnológico

del que disponía, era fácil rastrear sus cuentas y analizarlas. ¿De dónde las habría sacado Alette?

—¿Cómo conseguiste esto?

Su amiga carraspeó.

—En el despacho de tu padre, en su caja fuerte... Yo iba a buscar la información en el departamento de sistemas tal como quedamos, ¿recuerdas? —Emma asintió—. Pues bien, Trevor me dijo que él sabía la combinación de la caja fuerte y que podíamos entrar con la llave magnética de tu padre, porque él no tenía la suya.

—¿Le contaste a Trevor el motivo por el que Christian se casó conmigo?

—Tuve que hacerlo, no podía quedarme en las oficinas de tu familia sola. Menos aún cuando tu marido es quien está al mando temporalmente. Me habría aniquilado.

—Sí. Tienes razón. Hiciste lo correcto. ¿Cómo reaccionó mi hermano cuando se lo contaste?

—Bueno..., no muy bien que digamos. Pero las mujeres solemos ser persuasivas para aplacar el mal humor, ¿no? —Le hizo un guiño.

—Oh, Dios mío, no quiero saber cómo lo hiciste. ¡Es mi hermano! —Emma se cubrió la cara fingiendo contrariedad y conteniendo una carcajada—. Lo importante es que tienes estos documentos. —Sonrió con alivio.

Emma continuó revisando los papeles hasta que se detuvo en una hoja adjunta. ¿Escocia? ¿Decoración? Miró con los ojos desorbitados a Alette, quien la observaba compasiva.

—Lo siento, Em.

—¡Mis padres! ¡Mis propios padres! —Se sentía traicionada, devastada y emocionalmente confundida.

—Si te sirve de consuelo... esta es la prueba de tu inocencia. El último papel es obra de tu hermano. Es un documento notarial en el que se certifica que tu firma es esta —le señaló el lado izquierdo de dicho documento— y que las que están estampadas en estos otros papeles son solo una buena imitación, sin duda.

—Estos papeles no demuestran nada...

—Te equivocas. Mira de cerca.

Ella así lo hizo.

—La marca de agua...

—Exactamente, la marca de agua que tiene el sello personal de tu papá respaldando cada envío de dinero.

—Los extractos bancarios que consiguió Christian tenían mi firma en cada respaldo de envío de dinero —comentó Emma.

—Obviamente, el banco suele tener el registro de la firma de cada cuentacorrentista. Es lo normal... Pero los papeles originales son estos. Ya tienes la prueba para restregársela por la cara a ese idiota.

—Alette...

—¿Emma? —preguntó Alette, inquieta ante el tono de su mejor amiga.

Sacó de su cartera el sobre y se lo pasó a Alette, mientras escondía el rostro entre las manos.

—¡Un bebé! Oh, Em. ¡Vas a ser mamá! Lo que siempre has querido. ¡Estoy tan feliz por ti! —La euforia de Alette se disipó al ver que Emma lloraba—. ¿Qué, por qué lloras? —Dejó el sobre

con la prueba de embarazo sobre la mesa y tomó las manos de su amiga entre las suyas.

—Él me va a quitar a mi hijo...

—¿Por qué haría algo así?

Entonces Emma le contó aquella conversación sobre las estúpidas condiciones que él le planteó en el contrato de matrimonio. Alette la escuchó apesadumbrada.

—Así que lo mejor es que me vaya, Allie. Me he enfrentado a Christian todo lo que he podido, pero ahora debo pensar en el bebé. —Se acarició el vientre plano con mirada soñadora—. ¿Te imaginas? Un pelirrojo o una pelirroja, con ojos azules, o... No me hagas caso, estoy soñando despierta... Me apena no poder darle un padre, aunque prefiero eso a quedarme sin mi bebé.

—Ay, Emma. Qué vida tan agitada esta que nos ha tocado vivir, ¿eh?

—Lo amo, Alette, yo amo a Christian —confesó desesperada—. Si él sintiera algo por mí, me lo habría dicho, y no ha sido así. ¿Cómo puedo no tener miedo ahora que ya ha obtenido todo lo que deseaba? Un niño sería solo un incordio, y no quiero ni pensar lo que me haría.

—Em, ¿no crees que exageras? Yo no creo que Christian sea capaz de algo así, él no va a quitarte al bebé. Podéis negociar la custodia...

—¿Negociar? —Emma se echó a reír. Fue una risa hueca y apesadumbrada—. Querida, créeme que no sabes lo que dices.

—Pero me acabas de decir que durante dos semanas fue entrañable y te mostró otro lado de su personalidad.

—Y fueron esas dos semanas las que me tuvieron más enamorada de él, hasta que esos papeles que envió Lionel me trajeron de vuelta a la realidad. Adam me recomendó un bufete de abogados aquí en la ciudad.

—Ya veo... Entonces, ¿es definitivo? ¿Vas a divorciarte?

Emma asintió.

—Creo que es lo más sensato para ambos. Sé que él ya no me odia, pero tampoco me ama. Solo me necesita por aquí para terminar un asunto de negocios con un colega suyo. Luego... se olvidará de mí.

—Estás siendo un poco trágica. Nadie olvida a la mujer que ha sido su esposa.

—¿Sirve de algo darle vueltas a este tema?

—No... Creo que en tu caso no.

Ambas se pusieron de pie. Hablar después de tanto tiempo las alegró, les quitó un peso de encima. Y entre todas las noticias del día, una de las más felices era que serían familia. Emma tendría a su hijo, y Alette, al amor de su vida y a su hermana Danielle a su lado. Al menos, cada una tendría algo por lo que ser feliz.

—No te preocupes más por este asunto —dijo Alette dejando una propina en la mesa—. Vamos, te acompaño entonces a recoger esa demanda de divorcio y a hacer las maletas, para poder regresar a Londres. Trevor blindará legalmente cualquier posibilidad de que Christian te quite a tu hijo. Menos mal que me acabas de decir que esa cláusula con respecto a la descendencia no te la puso en el maldito acuerdo que firmaste. Eso le facilitará el trabajo a Trevor; él te buscará la asesoría jurídica correcta para protegerte legalmente ante cualquier posibilidad de que Christian quiera quitarte a tu hijo.

A las cinco de la tarde, Christian, cansado, volvió con Piers al apartamento para tomar una copa. Esperaba que Emma estuviera más calmada que la noche anterior. Él al menos lo estaba, aunque hubiese preferido dormir a su lado en lugar de en la cama de la habitación de invitados. Esta vez, ella iba a tener que escucharle decir que la amaba, quisiera o no, pues no estaba dispuesto a dejar que pasara más tiempo. No podía.

—Bueno, ha sido un largo día —le comentó Piers mientras se sentaba en un sillón cercano a la sala de reuniones del piso de Christian—. Ahora que Dave ha dejado de fastidiar y ha aceptado nuestras condiciones, concretar esta expansión será el triunfo del año. Un buen modo de cerrar estos doce meses. ¿No crees?

Mientras se servía un whisky, Christian asintió. Luego le pasó un whisky a su amigo.

—Se me hace extraño que Emma no esté en casa —dijo Christian cambiando de tema.

—Después de lo que me contaste que pasó anoche, seguramente estará dando unos largos en la piscina. ¿Le gusta ir a nadar, verdad?

—Sí, debe de estar en la piscina.

—Bueno, déjala tranquila. Vamos a brindar por esta expansión que representará nuestra conquista económica de Norteamérica.

—¡Salud, entonces! —Christian sonrió satisfecho.

Una hora más tarde, Piers se dirigió a su piso. No había hablado con Olivia en todo el día. Le encantaba esa muchacha; de hecho, se había acostumbrado a escucharla hablar de aquel modo tan práctico con que veía la vida a su edad. Además, era guapísima y lo cierto es que lo traía de cabeza.

Christian entró en su dormitorio dejando un reguero de ropa a su paso. Necesitaba un baño que lo relajara. Al pasar cerca de la cama, vio un sobre y una carpeta. Le pareció extraño, pues él no recordaba haber dejado nada allí. Se acercó a recogerlo. «¿Una firma de abogados?»

El sobre, curiosamente, llevaba su nombre. Sacó los papeles. Cuando empezó a leer, se le secó la garganta. Algo que jamás le ocurría. Los papeles de la demanda de divorcio estaban firmados por Emma y, entre las diversas cláusulas, una estipulaba que no quería ni un solo centavo de su dinero.

Miró a su alrededor y se puso a buscar como loco las pertenencias de Emma. Los cajones estaban vacíos. Su joyero también. Entró corriendo al baño: las cremas y accesorios que solía utilizar habían desaparecido. En el aire solo flotaba un leve aroma a ella. Recorrió inútilmente las otras habitaciones, pues sabía que no iba a encontrarla. Lo había abandonado.

Christian se deshizo en maldiciones. Estaba desesperado y asustado. Sí. Por primera vez en mucho tiempo, volvía a estar asustado; y en esta ocasión no habían sido ni el destino ni las circunstancias de su entorno los causantes de su desasosiego, sino él mismo. El orgullo y el deseo de venganza lo habían cegado, hasta el punto de que había perdido a la mujer que era su complemento perfecto, la única que conseguía acelerarle el pulso con una sonrisa, y ablandarle el corazón con una mirada. *Su Emma.*

Cabizbajo, después de dejar abiertas las puertas de los armarios, de haber lanzado al suelo los cajones y haber deshecho todo orden posible en búsqueda de algún objeto de Emma, se acercó a la cama donde estaban los papeles. Respiró profundamente intentando concentrarse. Su estrategia de conquistar su confianza había fracasado, por no haberle confesado que la amaba cuando tuvo la oportunidad. «Si me hubiera dado cuenta antes de que la quería...»

En la parte inferior del sobre vio unos objetos pequeños. Introdujo la mano hasta el fondo y sintió el frío metal. «Me ha devuelto los anillos de compromiso y de casada.» Los tomó en la mano y los acarició, como si aún pudiera sentir a través de aquel par de objetos el calor de los dedos de Emma.

Resignado, abrió la carpeta sin logotipo que había encontrado junto al sobre. A medida que iba pasando las páginas, se iba sintiendo cada vez más miserable. Había un documento notarial y copias de las transferencias que implicaban la cuenta bancaria de Emma. Aquellas eran las pruebas de su inocencia. No era culpable del robo a la empresa. «El maldito Rory», pensó con rabia y asco, al analizar todo el entramado que había creado para involucrar a su propia hija. Ese hombre parecía haber nacido para arruinarle la vida.

Capítulo 22

Llegar a Londres fue para Emma una sensación placentera y maravillosa. Ese *volver a casa* que tanto necesitaba. Al aeropuerto las fueron a recibir Adam y Trevor. Sentirse envuelta en los abrazos de las personas que más quería la hizo feliz. No le pasó desapercibido el beso que le plantó Alette a su hermano, y se alegró de que al menos ellos fueran felices.

Los cuatro se dirigieron a casa de Adam. Según lo que su amigo le dijo entre risas, George se había convertido en chef y había preparado una comida de bienvenida para las dos. Complacida, aceptó la invitación.

El clima en Londres era más frío que el de Nueva York, pero de algún modo fue la sensación más placentera para Emma en ese momento. Volvía a su ciudad, a la que amaba con locura, porque ahí estaban sus raíces, su vida. Cada esquina, cada edificio, las aguas del Támesis, los palacios, la historia que impregnaba cada muro y cada recóndito lugar.

Pero observar su ciudad engalanada con adornos navideños la puso algo nostálgica. Le había pedido el divorcio a Christian, porque así se ahorraba problemas innecesarios y dejaban de discutir. Seguro que en los próximos días recibiría los papeles ya firmados.

Aunque sabía que no volvería a amar a nadie con esa intensidad que parecía apoderarse de cada célula de su cuerpo, quizá encontraría a un hombre que la quisiera sin provocar un cortocircuito en sus emociones. Y lo principal era que quisiera a su hijo. No sería fácil que alguien aceptara un *pack* de dos, pero ya estaba preparada psicológicamente para estar sola. Bajo ninguna circunstancia iba a sacrificar la felicidad o el bienestar emocional de su pequeño.

Durante la comida, se sumó la hermana de Alette. A Emma, Danielle le pareció una muchacha encantadora. Charlaron, rieron, y, aunque su corazón estaba partido en dos, aquella mitad que aún estaba con ella rebosaba de alegría por saberse afortunada de contar con el apoyo de las personas que tenía esa noche a su alrededor.

—Emma —anunció Adam—, vamos a brindar con este vino que George ha comprado exclusivamente para ti.

Emma y Alette se miraron significativamente, mientras George empezaba a servir la bebida en las copas.

—¿Qué pasa, Em? —preguntó Trevor al verla dudar—. Vamos, elige tú el discurso para el brindis esta noche.

—Yo, esto... no puedo beber —comentó sonrojándose.

—¿Por qué? —preguntó George—. Te hará bien para el *jet lag* —comentó mientras elevaba su

copa y esperaba a que su amiga pronunciase las palabras de aquel brindis. Después de todo, había pasado un largo tiempo desde que se reunieran todos, desde la boda.

Emma se alisó el pantalón, nerviosa.

—No, gracias, George, de verdad —le dijo sonriendo con calidez.

—¡Pero si tú adoras este vino! —exclamó Adam—. George va a molestarse. —El aludido frunció el ceño fingiéndose enfadado, lo que arrancó una risa en Danielle. A la hermana de Alette le había costado un poco adaptarse a su nueva condición, es decir, tener un grupo de personas que no iban a dejarla en la estacada y que le demostraban que podía confiar en ellos siempre que lo necesitara.

Emma no pensaba contarle aún a ninguno lo de su embarazo, y Alette le había prometido que se lo diría a Trevor dentro de unos días. Pero al ver la insistente mirada de los tres hombres, no le quedó más remedio que explicarlo.

—No creo que sea prudente porque estoy embarazada —declaró mirándolos con una sonrisa que estaba cargada de incertidumbre, porque, ahora que ellos sabían todo lo que había pasado con Christian, y lo de su divorcio, ella no sabía cómo podrían tomárselo.

—¿Embarazada? ¡Vaya! —Adam fingió quitarse un sudor inexistente de la frente—. ¡Eso sí que es un motivo de celebración! Con jugo de naranja brindarás entonces. Brindamos por estar aquí, y por este nuevo miembro para el clan que tanto te quiere. ¡Salud, muchachos!

La emoción la embargó al notar que no hacían comentarios en relación con su divorcio, ni mención a su futuro. Se limitaron a sonreírle, a darle la enhorabuena y a abrazarla, y a ella se le inundaron los ojos de lágrimas.

—¡Salud! —exclamaron sonrientes al unísono, y Alette le guiñó el ojo, haciéndole sentir que todo estaba bien. Porque lo estaba.

Lo que más la conmovió fue que todos aceptaron el hecho de que habría un miembro más a quien querer en su círculo familiar. Y ella lo agradeció con todo el corazón.

Al siguiente día, Adam y ella fueron a firmar la denuncia contra el padre de Elijah. Eso la hizo sentirse más segura, porque al fin el hombre estaba en tratamiento psiquiátrico. Aunque la calma le duró solamente unos días.

Adam la llamó una noche para informarla de que Gasper había violado de nuevo las normas contempladas en la libertad condicional y la policía lo estaba buscando. Si a eso le añadía la cantidad de correos de voz amenazantes que tenía en su móvil, el embarazo, el divorcio y el corazón roto, el resultado era una mezcla mortal para sus nervios. Y quizá los tuviera de acero, porque estaba capeando el temporal de un modo, inclusive para ella misma, que la sorprendía.

Tenía miedo de que Gasper cumpliera sus amenazas y le hiciera daño. Confiaba en la policía, sin duda, pero no eran infalibles. Además, el padre de su paciente, y esposo de su antigua empleada de Mayfair, no solo estaba lidiando con asuntos legales a causa de ella, sino también porque su mujer lo había llevado a juicio por agresión e intento de homicidio durante una de sus borracheras. Su caso de acoso contra ella era solo la guinda de un historial de varios años que se sumaba a los agravios físicos que había sufrido también el niño.

Adam le exigió que anduviera con cuidado y se ofreció a llevarla donde quisiera. Emma aceptó, pero no iba a andar de quejica. No tenía por qué endosar sus miedos a otros. «Ya se

resolverán las circunstancias del mejor modo.»

Sus padres, al enterarse de que estaba de nuevo en Londres, la trataron con la misma cortesía de siempre. Eran su familia y, a diferencia de lo que cualquier otra persona hubiera hecho en su caso, ella no les guardaba resentimiento. No necesitaba esas emociones adicionales. Catherine la informó de que volaría a Escocia y se establecería allí cinco de los siete días de la semana. Emma no indagó sobre los motivos de esa nueva agenda, porque los conocía, e hizo caso omiso del tono de fastidio con que le habló su madre. Además, prefería que Catherine estuviera lejos cuando Christian volviera a la compañía.

Enfrentarse a Rory era otro asunto. No quería hacerlo, y no por cobardía, sino porque no quería escuchar cómo se justificaba. ¿Qué podría decirle a ella? El daño ya estaba hecho. Y aunque sabía que su hermano se encargaría del asunto, tenía la certeza de que, llegado el momento, ella iba a hablar frente a frente con sus padres.

Por otra parte, le gustó comprobar que Trevor había madurado mucho durante ese tiempo, desde su regreso de Australia, el lío con Alette y el modo en que había asumido el tema de Christian. También lo notaba más seguro, confiado en sus capacidades, pero, sobre todo, estable emocionalmente. Ella al fin dejaría de ver ese desfile de modelos con cabeza hueca que solía presentarle en las fiestas como su «novia».

Durante los siguientes días en Londres, no supo nada de los papeles del divorcio. Ni de su esposo. «A lo mejor los abogados de Christian están revisando exhaustivamente la demanda.» Lo único que sabía era que él estaba de nuevo en la capital, porque Alette la llamó para quejarse de que estaba más tirano que nunca y que tenía a la gente corriendo.

Que ni siquiera la hubiera llamado o buscado no dejaba de dolerle, pero iba a tener que acostumbrarse a ello.

Por otro lado, su hermano la informó de que había mediado con Christian, y a sus padres no los iban a demandar por falsificación ni por robo. La sorprendió que su padre hubiera renunciado a la empresa, pero Trevor tampoco le quiso dar detalles de los motivos que había alrededor de aquella decisión, y ella no lo presionó. Su hermano le expresó también su sorpresa ante la facilidad con la que Christian había accedido a no interponer una demanda, y que, de hecho, esos días estaba más taciturno de lo habitual. Ella, por dentro, se moría de ganas de saber más de él, pero se obligó a no preguntar.

También le comentó su idea de poner las acciones a nombre de Christian y ella, para que juntos decidieran qué querían hacer con ese paquete empresarial y la compañía. Emma respondió, molesta, que no tenía interés en la empresa familiar, ni en mantener ningún tipo de vinculación con el presidente de H&E.

—Trevor, yo soy feliz en mi trabajo, ¿de acuerdo? Reassume el mando o lo que quieras. Yo te devuelvo las acciones, si lo deseas; se las regalo a tu amigo, pero de verdad que no me interesa. Y menos aún negociar nada con Christian.

Trevor había suspirado desde el otro lado de la línea.

—No me devuelvas nada, Em. Y ya sabes que Alette y yo tenemos planeado irnos dentro de unos meses a Austria, y desde allí puedo hacer algo por H&E, aunque Christian esté al mando. No seas testaruda, porque ahora debes pensar también en el futuro de mi sobrino o sobrina.

Él tenía razón, estaba actuando egoístamente.

—Redacta los papeles que quieras, con la única condición de que yo no tenga que negociar nada con Christian.

—Lo haré. Eso sí, Christian no podrá contradecirte si en algún momento decides involucrarte en la compañía activamente, porque, aunque compartáis las acciones, tendrás más derecho por ser una accionista antigua y heredera natural. Lo dejaremos muy claro con los abogados.

—Para lo que me importa...

—Bueno, a tu bebé sí le importará cuando crezca, gruñona —respondió su hermano con afecto—. No dejes de comer bien. ¿De acuerdo?

—Sí... Gracias.

—Para eso estamos —dijo Trevor con retintín—, para complacer. —Soltó una carcajada y cerró el teléfono.

Trevor no le contó cuán complicado había resultado que Christian lo recibiera. Primero, porque su amigo estaba sumamente ocupado ideando el modo de mandar a Rory a la cárcel y, segundo, porque, tal como había dicho Allie, Christian gastaba un genio de mil demonios.

Tampoco le quiso decir a su hermana que nunca había visto a Christian Hawthorne con la mirada tan indiferente a todo cuanto implicaba hacer dinero o negocios. Él había ido con toda la firmeza y el arsenal preparado para negociar como en otros tiempos, y se topó con un hombre más bien hostil y con el rostro cansado. Pero en cuanto pronunció el nombre de Emma, los ojos azules de Christian parecieron, durante un brevísimo instante, parpadear con pesadumbre.

Al final de las casi tres horas que estuvieron reunidos, acordaron que Christian no demandaría a sus padres, y que a pesar de que oficialmente le cederían la presidencia por completo a él, quien en realidad mandaría y contaría con el poder absoluto de despedirlo o mantenerlo en el cargo sería Emma. Trevor casi se rio cuando, a modo de respuesta, Christian se encogió de hombros, aceptando las condiciones sin presentar batalla. «Así que el nombre de mi hermana es mágico», había pensado en ese momento. En otras circunstancias, Christian habría despotricado contra la propuesta de Trevor, porque le gustaba estar al mando y no aceptaba desafíos de nadie.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que a Christian realmente le importaba su hermana. Antes de abandonar la oficina de su amigo, y todavía cuñado, decidió quitarse una duda de encima. Claro que aquello no pensaba comentárselo a Emma, porque seguro que ella lo tacharía de su lista de *personas gratas*.

—Hay algo que quiero preguntarte.

Christian enarcó la ceja de modo arrogante. Su espíritu combativo y hostil no había desaparecido del todo.

—Te escucho.

—De hermano a cuñado o, si quieres ponerlo más simple, de hombre a hombre. Sea lo que sea que haya ocurrido, yo siempre cuidaré de Emma, y me preocupo por su bienestar. Mi pregunta es: ¿la quieres? —«Tengo que saber si mi hermana está o no equivocada con respecto a su esposo.»

Christian, que estaba guardando unos folios, se quedó con los papeles en la mano suspendidos en el aire unos segundos. Ambos se midieron, por primera vez en mucho tiempo, con sinceridad.

—Sí —respondió Christian entrecerrando los ojos y despidiendo dagas de hielo con ellos—.

Ahora lárgate, Trevor, tengo mucho por hacer.

Trevor iba a retirarse, pero sus pies no se movieron.

—Demonios, Emma me va a matar por decirte esto. —Se pasó las manos por los cabellos—. Escucha, no firmes la demanda de divorcio. Te partiría la cara por todo este lío que has armado, pero mi hermana se cabrearía conmigo y no me apetece que eso ocurra. No me gusta verla afligida ni contrariada. —Soltó la tensión que llevaba en los hombros—. Te doy el beneficio de la duda por tu sinceridad.

Christian hizo una mueca despectiva.

—Me importa una mierda tu beneficio de la duda. Pero gracias de todas formas.

—Si no fuera por Emma...

—Me partirías la cara, ya me lo has dicho. Ahora, fuera, tengo que trabajar.

Cuando Trevor salió, Christian sintió un ligero alivio. No le gustaba saber que Emma estaba triste, pero, si su recuerdo aún la afectaba, entonces estaba a tiempo de intentar enmendar la situación. Estaba seguro de que no había dejado de quererlo, y él no pensaba concederle el divorcio.

Ahora emprendería una cruzada para salvar su matrimonio, y para conseguirlo iba a necesitar toda la suerte del mundo.

Una de las cosas que más fastidiaban a Olivia era saber que tenía un primo lo bastante estúpido como para que su mujer le pidiera el divorcio en menos de sesenta días. Cuando Piers se lo contó, estuvo a punto de llamar a Christian para soltarle un buen discurso. Pero no lo hizo, porque de eso se encargaría su abuela Gladys. Ya tenía ganas de oírla hablar.

Ahora que podía caminar mucho mejor, con ayuda de unas muletas, se sentía menos frustrada y de mejor humor. Los doctores le dieron un buen pronóstico, y se había tomado unos días para pasar en Irlanda. Piers fue invitado para estar con ellos durante las fiestas de Navidad.

La expresión del rostro de Gladys cuando se enteró de lo que estaba ocurriendo en el matrimonio de su nieto fue un poema. En especial porque ya conocía a Emma, y le tenía afecto; y además, porque nunca estuvo de acuerdo con que su nieto convirtiera a aquella pobre chica en parte de una venganza ridícula.

—Este nieto mío va a terminar con mi paciencia. ¿Os dais cuenta? —preguntó sin esperar respuesta de Piers o de Olivia, que estaban uno junto al otro en la sala de la casa en Dublín—. Le dije tantas veces a ese muchacho que dejara de lado la idea de hacerle daño a esa familia... Míralo ahora, a punto de perder a la mujer que quiere.

Olivia enarcó una ceja.

—¿Y cómo sabes tú si la quiere o no, abuela?

—Ya sabes que estuvieron aquí casi dos días. Y por algo llevo ocho décadas de vida a cuestas, cariño.

—Esto... eh, si me permite, Gladys —empezó a decir Piers—. No creo que Christian vaya a firmarle el divorcio.

—¡Es que si firma esa demanda no volverá a pisar esta casa! Olivia, deja de hacerle tantas carantoñas al chico, que lo empalagas. —Olivia dejó de acariciar la mano de Piers, y lo miró avergonzada; él rio—. Anda, niña, pásame el teléfono, que quiero hablar con tu primo ahora mismo.

—Sí, abuela... —obedeció. «Contra mi abuela, nadie puede.»

Christian recibió no solo la llamada de Gladys, sino también una buena reprimenda. A sus treinta y cinco años, no le hacía gracia alguna que su abuela lo tratara como a un chiquillo que aún no sabía vivir por sí mismo.

La escuchó un largo rato, mientras despachaba los documentos que aún tenía acumulados, y cogía valor para ir finalmente a la casa de Chesterton. Después de sesenta minutos al teléfono, el tono de voz de su abuela se dulcificó para decirle que lo esperaba para pasar las Navidades y que no quería oír la palabra divorcio asociada a su apellido bajo ningún concepto. «Ni yo tampoco.»

Emma leyó en la prensa que Rory Connely, el magnate de los negocios de la comida congelada, cedía el mando de H&E indefinidamente a Christian Hawthorne, aunque la empresa seguiría siendo de la familia Connely. Según el reportaje, su padre había hecho declaraciones en las que afirmaba que ya era tiempo de retirarse del negocio y dedicarse un poco a disfrutar de los beneficios con su familia.

«Otra mentira.»

Al final del reportaje de dos páginas en *The Times*, había una fotografía de Christian y Rory sentados uno al lado del otro durante una reunión de negocios. A ella se le encogió el corazón. Con su traje de ejecutivo hecho a medida, su rostro atractivo y aquella mirada azul... lo echaba tanto de menos. No pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. «Quizá es el embarazo, que me pone sensible.»

Se sintió aliviada de que su padre, por muy rastrero y canalla que fuera, no acabara en la cárcel. Y de que su madre se hubiera ido a Escocia. Al menos, ese sufrimiento y esa exposición pública, Christian se los había ahorrado.

Dejó el diario sobre la mesita de centro de su consultorio con un suspiro. Le había pedido a Peggy que comprara unas orquídeas para darle más vida a la habitación, y lo cierto era que su oficina lucía preciosa ese día. El ambiente navideño estaba en todo su apogeo en la ciudad, y también en Milestones, que estaba decorada con todos los detalles típicos de la época.

Ahora que se había mudado por completo a su propio apartamento, en los alrededores de Knightsbridge, acordó con Alette organizar una comida íntima y familiar para celebrar las fiestas. No quería estar tan sola en Mayfair, en una casa diseñada para vivir en familia, cuando en realidad sus padres desempeñaban cualquier rol menos ese.

—Emma —la llamó Peggy por el interfono—. Tienes una llamada de Irlanda.

Frunció el ceño. «¿Quién será? Christian está en Londres... y no me llamaría a menos que fuera a través de sus abogados», pensó con amargura.

—Pásamela.

Tres segundos más tarde escuchó una voz familiar.

—¿Emma?

—Sí...

—¡Soy Olivia!

—¡Olivia, qué sorpresa! —Se recostó en la silla de cuero reforzada que se había comprado para descansar la espalda—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo una invitación especial para ti.

—¿Ah, sí? —Era extraño que la llamara la prima de Christian—. Cuéntame.

—Mi abuela te invita a pasar las Navidades con nosotros. ¿Qué te parece eso? —preguntó con entusiasmo.

«Pues me parece terriblemente inadecuado, porque no deseo ver a Christian. O quizá sí... pero sería demasiado doloroso soportarlo.»

—Lo siento, Olivia, pero mis amigos y yo ya hemos hecho planes. Agradécele a Gladys el gesto, lo aprecio mucho.

—Oh... —Olivia sonó decepcionada—. Escucha... eh... Siento mucho lo que está pasando con Chris.

Emma apretó el teléfono.

—No quiero hablar del tema, Olivia... Espero que me comprendas.

Desde el otro lado de la línea la muchachita de ojos azules suspiró. Ella y Lionel tendrían que tomar cartas en el asunto. Olivia había forjado una relación de amistad muy agradable con el abuelo de su primo durante su estancia en la capital inglesa. Solo llamaba a Emma para tantear un poco el terreno, porque sabía que le diría que no podía acudir a Dublín. Si Emma estaba en Londres, entonces su primo no se movería de esa ciudad. Sonrió cuando una idea se le vino a la mente.

—Lo siento, no me quería entrometer —le dijo cortésmente y con la emoción que solía tener siempre que un plan se urdía en su cabeza—. Es que Piers me contó que habías puesto la demanda de divorcio... Una vez te dije que mi primo puede ser un incordio, pero es un hombre bueno. En fin, no te entretengo más, ya imagino que tienes muchas cosas que hacer en esta época.

A Emma le gustaba Olivia.

—Me ha alegrado charlar contigo. Por favor, dale mis recuerdos a Gladys y a tus padres. Y puedes llamarme cuando lo desees —dijo con sinceridad.

—Lo mismo digo. Hasta pronto. —Colgó.

Los siguientes días Emma estuvo casi todo el tiempo acompañada de sus amigos. Fue de compras con Alette y organizó la fiesta de Navidad para la fundación. Adam consiguió que Patch Adams visitara Londres por esas fechas tan complicadas para así poder darles una sorpresa a los pacientes que trataban, y también a sus familias.

Peggy se estaba encargando de localizar a todos los pacientes; Emma y Adam pagarían los pasajes de donde fuera del Reino Unido que se encontraran. Sería el regalo de Navidad de Milestones. Emma estaba convencida de que con la historia de vida del famoso médico y su labor por los demás, motivaría a sus pacientes a ver la vida de forma distinta, más optimista, feliz.

Emma redecoró su apartamento con ilusión. Su embarazo marchaba bien, y obviamente aún no

se le notaba la tripita. Apenas tenía pocas semanas de gestación. Agradecía que las náuseas hubieran remitido considerablemente, y solo en ocasiones se mareaba, pero no había nada de qué preocuparse. Su ginecólogo en Londres le dio una lista de las comidas que debería procurar ingerir para que el bebé se nutriera del modo adecuado. Si era niño o niña, a ella no le importaba, y se moría por tenerlo ya entre sus brazos.

Se llevó una sorpresa cuando Jared la llamó para desearle unas felices fiestas. Desde el día en que le había enviado las flores al consultorio, y ella lo ignoró, no había contactado nuevamente. Le comentó que tenía pensado mudarse a Brighton, porque quería encontrar nuevos retos en su área médica. Ella elogió su iniciativa y charlaron brevemente sobre Milestones, y luego se despidieron. Emma esperaba que le estuviera yendo bien y, si él era feliz, tanto mejor.

Su decoración casera no podía quedar sin un arbolito. Compró uno que era de tamaño medio. Ella misma puso uno a uno los adornos, las luces y las dos botitas de Papá Noel. Su apartamento lucía renovado. Le gustaba el color beige con el que había pintado las paredes, así como los toques en tono lila de las esquinas. Le daba un aspecto agradable y elegante.

Los días pasaban, pero ella no recibía noticias de la demanda de divorcio y se empezó a exasperar. Llamó a sus abogados de Nueva York, que también tenían oficinas en Londres, exigiéndoles que insistieran en el caso desde la oficina de Inglaterra. Ellos le comentaron que harían todo lo posible para que el proceso se agilizará, pero que dependía también de los abogados de la contraparte, que tenían en revisión el documento. «¿En revisión?», pensó enfadada. ¡Todo estaba clarísimo!

Pronto llegó la Nochebuena. No dejó de preguntarse cómo hubiera sido aquella noche de funcionar aún su matrimonio; si las cosas se hubieran dado bajo otras circunstancias. Pero afrontaría ser madre soltera con optimismo. Ella se había hecho a sí misma; podía salir adelante. Además, no iba a arruinarles la Navidad a sus amigos poniendo cara larga, así que se arregló con esmero. Se vistió con un precioso vestido rojo, zapatos con tacón magnolia a juego, y el cabello en una coleta. George se vistió de Papá Noel e hizo reír a todos con la ocurrencia. La comida, que habían preparado entre todos, estaba deliciosa.

Le gustaba que ella y Trevor hubieran estrechado más sus vínculos de hermanos. Danielle estaba más abierta y mostraba menos desconfianza a dialogar; ya no se limitaba simplemente a escuchar. Emma se sentía orgullosa de su familia; porque así era como los consideraba a todos.

Alrededor de las diez de la noche sonó el timbre. Se miraron, porque no esperaban a nadie. Los padres de Trevor y Emma estaban en Edimburgo. Emma fue a atender.

—Entrega especial para la señora Emma Hawthorne —anunció el mensajero cuando abrió la puerta; iba vestido de duende—. ¡Feliz Navidad! —Le entregó el formulario para que firmara la constancia de recibido, y le dio una caja del tamaño de las que contienen los zapatos.

—Gracias. Feliz Navidad para ti también —le dijo al gracioso duende, intrigada por el contenido de esa caja.

—¿Qué es? —preguntó curiosa y sonriente Alette, que esa noche vestía un pantalón verde ajustado que se adhería perfectamente a sus largas piernas. Emma puso los ojos en blanco cuando se dio cuenta de que Trevor miraba a Allie embobado.

—No lo sé... Ya lo abriré más tarde. ¡Ahora vamos a comer! —La verdad era que se moría de

curiosidad por saber qué contenía la caja, pero ya tendría tiempo de averiguarlo luego—. Quiero probar ese pavo que ha sazonado Adam.

—Pues debes saber que, además de empresario, lo de chef se me da de fábula.

George estalló en carcajadas.

—Lo dudo, querido.

—Hombre de poca fe —replicó Adam fingiéndose ofendido, y Emma se echó a reír.

Nadie insistió en conocer qué guardaba la dichosa cajita, y se pusieron a comer, a bailar un poco y a contar anécdotas, haciendo tiempo hasta que el reloj marcara las doce de la noche.

—¡Feliiiiiz Navidaaaaad, muchachos! —exclamó Trevor cuando el reloj de cuco de Emma marcó la medianoche. Todos empezaron una campaña de abrazos, besos y buenos deseos. Intercambiaron los obsequios que se habían comprado y luego salieron a pasear por las calles de Londres. Había familias en las calles, también turistas haciéndose fotos con el Big Ben y en el Parlamento, a pesar de la nevada y el frío. Ellos habían reservado sitio en un bar, y disfrutaron de la música en vivo dejándose contagiar del buen ambiente festivo londinense.

Emma regresó esa noche de Navidad a las tres de la madrugada. Dejó limpia la vajilla, y se fue con la cajita a su habitación.

Gladys, Lionel, Olivia y sus padres y Piers celebraban en Irlanda la llegada de la Navidad. Como todos los años, Gladys había invitado al abuelo de su nieto, aprovechando que su enfermedad todavía le permitía viajar. Intercambiaron obsequios y cenaron, mientras Colin intentaba tocar la gaita.

—Mezclaremos un poco de Irlanda y Escocia, señores —había comentado, para recibir a cambio risotadas cuando su instrumento musical desafinaba a cada instante.

—¿Alguien ha hablado con el necio de Christian hoy? —preguntó la abuela.

—Está intentando reconquistar a su esposa —comentó Olivia comiéndose un pedazo de pavo.

—Mmm... ese muchacho al fin aprenderá la lección —señaló Lionel, bebiendo de su copa de vino. No le importaba lo que decían sus doctores, él no estaba dispuesto a perderse los últimos momentos de su vida comiendo porquerías *saludables*—. Humildad es lo que le falta.

—El burro hablando de orejas —murmuró Gladys, y todos se echaron a reír.

—Un empujoncito no le vendría mal —soltó como de casualidad Olivia, dándole un pellizco al pastel de chocolate que había hecho su madre para esa noche.

—Claro, ¿cuándo es que no andas tú metida en esos líos, muchacha? ¡Vaya hija que habéis criado vosotros dos! —bromeó Gladys señalando a su hija y su yerno.

—Es verdad, abuela. Además, no la ando liando por ahí de tonta. Y eso que soy más pequeña. Pero como Christian es tu consentido... —sonrió maliciosa, pinchándola.

—¡Qué niña más quejica! —replicó con afecto—. No tengo favoritos. Quiero a ambos nietos, testarudos como son, por igual.

Colin insistía en tocar la gaita; de vez en cuando afinaba, pero en la mayoría de las notas desentonaba bastante. Lo hacía con tanto entusiasmo que nadie se atrevió a pedirle que dejara el

instrumento en paz. Después de todo, era Nochebuena.

—Provocadora —le murmuró Piers a Olivia en la oreja, cuando ella deslizó la mano bajo la mesa y empezó a recorrer su muslo con las uñas. Sin que a su alrededor se dieran cuenta, le mordió el lóbulo derecho.

Ella se rio mirándolo pícaramente.

—Bueno..., tú no te quedas atrás —susurró con coquetería.

Ajena a los flirteos, Gladys elevó su copa. No era de vino, eso no ocurriría entre los Breslin. Se trataba de un whisky añejo, el que tradicionalmente se servía en esa fecha entre ellos.

—¡Disfrutemos de esta reunión y brindemos por estar siempre unidos, y para que Christian, y también quienes ya no nos acompañan en esta vida, estén y sean felices allí donde se encuentren!

—¡Salud y feliz Navidad! —dijeron todos al unísono elevando sus copas, cuando el reloj marcó el primer minuto del veinticinco de diciembre.

Lionel se sentía tranquilo al saber que, a su partida, Christian no estaría solo. Sin contarle nada a su nieto, quien era aún muy joven, compró la casa de Cambridge. Y no se lo dijo hasta que supo que era el momento preciso. Durante los años en que lo vio convertirse en un hombre, se dedicó a procurar el mantenimiento a la propiedad, que había estado mucho tiempo desocupada. Él sabía cuán importante era ese lugar para Christian.

La persona encargada de cuidar de que la casa no fuera dañada por adolescentes traviesos, Danny Murdock, le comunicó que su nieto ya había ido a la propiedad días atrás, y que lo único que había sacado de la vivienda era un cuaderno grueso y muy arrugado. Danny también le comentó que no sabía qué era, pero que en la cubierta del cuaderno parecía que alguien hubiera pegado muchas fotografías.

Lionel ya sabía qué libro era ese, porque en alguna de sus conversaciones Olivia le había contado muchas cosas sobre Sarah y Christian, es decir, lo que había sido la vida de Chris antes de que empezara a formarse para dirigir el imperio de Art Gourmet bajo su tutela.

Olivia y él habían planeado juntos ayudar y darle un empujoncito a la relación de Christian y Emma. No le dirían nada a nadie de una breve llamada hecha esa tarde. A Lionel le agradaba la prima de Christian y, después del matrimonio en Londres, se creó una relación familiar entre ambos. Ella escuchaba sus consejos sobre dirección empresarial, pues Olivia le confesó que era lo que quería estudiar en la universidad, y a cambio de su orientación, ella iba los domingos a su casa en las afueras de la capital y le enseñaba a utilizar el iPad. Era un trato justo y, además, con los relatos de Olivia, Lionel lograba conocer un poco más sobre su nieto durante las épocas en las que la vida no le había permitido compartir su existencia con él.

Lionel y Olivia habían trazado un camino, así que ahora esperaban que la vida hiciera su parte y Christian tomara conciencia plena de que las luchas del corazón a veces resultan más duras que los negocios que implican millones de libras esterlinas, pero que por ningún motivo hay que desfallecer si en verdad se cree en ellas.

Christian estaba, indignado, en el aeropuerto de Heathrow. Su avión estaba en mantenimiento,

y la mujer del mostrador le comunicó que su vuelo estaba suspendido desde el día anterior. Furioso, llamó a su asistente, quien le explicó que, hasta la hora en que se fue de la oficina, el vuelo estaba confirmado.

—¡Maldición! —le gruñó a la dependienta—. ¿No hay un pasaje en otro vuelo disponible?

—Lo siento, señor Hawthorne, pero están todos vendidos. El próximo avión a Dublín no sale hasta mañana a las ocho de la noche. Es Nochebuena. Lo lamento. —Se mordió el labio nerviosamente. Christian tenía fama de ser un usuario especialmente exigente en las pocas ocasiones que utilizaba el servicio, y ella no quería contrariarlo—. De verdad...

—¿Qué más puedo hacer? ¡Deme el maldito boleto! —Pagó con tarjeta de crédito y salió echando chipas, y a continuación llamó a Boris para que lo fuera a recoger.

—¡Feliz Navidad! —gritó la dependienta.

Fastidiado, levantó una mano intentando decirle que también le deseaba lo mismo, mientras se perdía entre el gentío del aeropuerto, que en esa época del año estaba colapsado.

Días antes de Nochebuena, Christian reunió valor y pasó unas horas en su antigua casa de Chesterton. Notó que su abuelo se había tomado la molestia de garantizar su mantenimiento. Muchos muebles ya no estaban y los equipos de cocina, tampoco.

La primera impresión fue de añoranza. En algún momento pensó que entrar en la casa le representaría un sentimiento de venganza, rabia o dolor. Ninguno de ellos afloró. Solo sentía tranquilidad. Y se debía a que había perdonado su pasado. Pero ahora necesitaba desesperadamente recuperar su presente y su futuro. Necesitaba a Emma.

Su abuelo siempre procuraba darle una lección de la vida, aunque a veces utilizaba los métodos más extravagantes. Como poner una cláusula que lo obligara a casarse. Sin duda, ahora consideraba ese pequeño detalle del testamento una bendición. Una bendición que tenía nombre y apellido, con un corazón de oro, un genio de mil demonios, una mirada del color de las esmeraldas que le hacía recordar los verdes prados de su amada Dublín y un sedoso cabello del color del atardecer.

Recorrió con los dedos cada habitación. Los ojos se le nublaron cuando encontró el arcón en el que su madre y él solían guardar el *Libro de recetas de Chris y Sarah*. Quizá el banco tuvo problemas para vender la casa cuando se la quitaron a su madre. El destino o lo que fuera había jugado a su favor, tanto como para que Lionel la hubiera podido comprar unos pocos años más adelante, según la fecha del contrato de compraventa que constaba en el sobre que Lionel envió a Nueva York.

Abrió el libro y recorrió la letra de su madre. Cada receta guardaba una anécdota de ambos. Risas y mimos. Las charlas en las que ella le decía que no se rindiera, o que todos merecían una oportunidad, que no juzgara a todos igual, o que no albergara rencor. Le tomó hasta sus treinta y cinco años aprender y entender lo que ella le había querido decir con todo eso. Especialmente porque ahora era él quien necesitaba otra oportunidad.

«Te llevaré siempre en mi corazón, mamá», susurró llevándose consigo el libro y dejando atrás la habitación. Guardó el voluminoso ejemplar en su maleta de viaje. De todas las cosas en el mundo, ese libro tenía más valor emocional y simbólico que cualquier otra, más que todas sus empresas y cuentas bancarias juntas.

Y ahora, gracias a la maldita ineficiencia de la aerolínea, se enfrentaba a pasar la Navidad solo. Pero como no tenía con quién compartirla, pensó que se iría a dar una vuelta por la ciudad o bien se quedaría en casa viendo alguna película o leyendo documentos para adelantar trabajo de la oficina. O quizá optaría por ir a tomarse algo a un bar. Sus amigos estaban con la familia, o fuera del Reino Unido, así que no contaba con llamarlos o recibir una invitación.

Boris llegó al aeropuerto y lo recogió puntual, como siempre, indiferente a las pocas pulgas que tenía ese día. El tráfico era una locura. «Piers se fue siguiendo los suspiros de Olivia», pensó al subir en el automóvil. Se alegraba por su prima, y más ahora, que la iba a tener más cerca porque trabajaba en Londres. A lo mejor convencía a su abuela de empezar a pasar algunas temporadas con él en Inglaterra.

Le pidió a Boris que lo dejara en casa, donde reposaban los papeles de su divorcio. Los abogados de Emma, según le informaron los suyos, estaban insistiendo en la necesidad de una pronta respuesta. Y él se aseguró de que sus abogados pusieran reparos en cualquier estupidez para alargar el proceso.

Christian no pensaba darle el divorcio. Antes ella tendría que escucharlo y aceptar de una vez por todas que el motivo por el que se casaron no importaba, que lo que ahora tenía valor era lo que sentían el uno por el otro. Condenada fuera si Emma no era sensata admitiendo que seguía amándolo. Por eso él decidió confesarle sus sentimientos de un modo que solo ella podría entender. Y rogaba por que así fuera; en caso contrario, estaba perdido.

Durante el trayecto a su casa, Boris le comentó que él pensaba pasar esa noche en familia. Christian le dijo que le parecía estupendo, y que a él le apetecía quedarse en casa y luego, tal vez, ir a tomar una copa. Ya sabía que su chofer, en esas fechas, se ponía más parlanchín de lo habitual aunque, cosa extraña, su gesto serio no lo abandonaba, aun cuando parecía que contaba una suerte de broma.

Antes de que se bajara del automóvil, Boris lo detuvo y le comentó que, si no tenía con quién pasar la Navidad, su familia estaría encantada de llenar un vaso de vodka extra para él.

—Somos rusos y escandalosos, pero le aseguro que es mejor que pasar solo estas fechas tan bonitas, y todavía peor en un bar donde no conoce a nadie. En mi casa no tendrá los lujos a los que está acostumbrado, pero lo atenderemos bien, señor. Por favor, acepte mi invitación —pidió con un poco de vergüenza.

Boris no quería incomodar a su jefe. Tenía un genio de mil demonios, aunque fuera un patrono generoso en el salario y las bonificaciones. Él tenía una familia grande, y vivía bien; estaba agradecido con él. Christian había pagado un carísimo tratamiento contra el cáncer para un familiar cuando se enteró de que él estaba solicitando un préstamo a un banco para poder costear esa cura. Por ese tipo de gestos sabía que su jefe no era un mal tipo y, al enterarse de que por primera vez pretendía pasar solo la Navidad, no se pensó dos veces devolverle de algún modo su generosidad.

Agradecido por el gesto, Christian le tendió la mano sobre el borde del asiento de cuero y aceptó la invitación.

—Gracias, Boris. Los lujos no me interesan. —Y lo decía de verdad.

La cena fue estupenda: niños llorones, carcajadas desinhibidas, bullicio con los cubiertos... La

madre de Boris, Olga, contaba anécdotas y chistes a todo pulmón. El vodka pasaba como agua por la garganta de los veinte familiares que rodeaban la mesa y ocupaban los sillones de chillones colores, pero que curiosamente armonizaban bien con la estructura vetusta de la casa ubicada cerca de la estación de Woolwich Arsenal.

La chimenea era un recuerdo de una pieza que había visto tiempos mejores. Las ventanas, a pesar de los años que debía tener la casa, estaban muy bien conservadas. Era como observar una casa antigua restaurada rústica pero acogedoramente. A todo eso se sumaba la alegría que desprendía la familia de Boris, que era contagiosa. Era un clima cálido, festivo y familiar, para Christian la mejor representación extranjera en suelo británico de la unión en familia.

Mientras observaba a Olga, pensó en su abuela. Seguro que a la mañana siguiente lo llamaría para leerle la cartilla. La echaba de menos y esa era la primera Navidad, desde que su madre muriera, que no pasaba con ellos.

A su alrededor, el pavo, la ensalada y un plato cuyo nombre no pudo pronunciar pasaban de unos a otros. Él mismo se vio riendo a carcajadas con los chistes y las anécdotas; también contó las suyas con tanta soltura que se sorprendió a sí mismo. Estaba relajado. Su abuela se hubiera sentido muy a gusto con Olga, Iván (el padre de Boris) y el resto de la pandilla que estaba disfrutando la Nochebuena.

Él no había llevado regalos, pues las tiendas estaban ya cerradas cuando aceptó la invitación de su chofer, pero sí tuvo la previsión de recoger una botella de vino Château Mouton Rothschild 1945 de su bodega personal. La madre de Boris, que curiosamente era una fanática especialista en vinos, lo miró con los ojos desorbitados. Él era consciente de que cada botella de esa cosecha costaba cerca de veintitrés mil libras. Pero en ese instante no le pareció nada en comparación con el momento que estaba disfrutando, que no tenía precio. Así que le hizo un guiño, dándole a entender que para él era un placer compartirla con ellos.

Cuando el reloj tocó la medianoche, se dijo que nunca antes había recibido tantos abrazos y besos juntos en una sola jornada. Olga fue la última en desearle feliz Navidad y, cuando lo hizo, le apretó las mejillas con entusiasmo. Él se sintió un poco cohibido ante esta efusiva demostración de confianza, y Boris carraspeó avergonzado, pero su madre lo ignoró. Iván elevó los ojos, porque su mujer solía hacer esas cosas con propios y extraños.

—La tristeza de amor que tienes en tus ojos tiene solución. Ve y conquista a esa mujer que quieres y mantenla a tu lado —le susurró Olga al desearle feliz Navidad con un abrazo.

Christian le sonrió, y asintió. «Olga es como mi abuela», se dijo.

Y como si ella no le hubiera dicho nada, fue hasta sus nietos para hacerles arrumacos y luego continuó compartiendo más vodka con su esposo y el resto de su familia, directa y política.

Casi a las dos de la madrugada, Boris insistió en llevarlo a su casa, un poco apenado de que su familia lo hubiera abrumado tanto con preguntas de su vida y su trabajo.

—Señor Hawthorne, a veces mi madre es algo entrometida, disculpe el modo efusivo en que lo ha abordado.

Christian sonrió.

—No tienes que disculparte, tu familia ha sido muy amable. Te lo agradezco. Voy a por un taxi fuera —dijo encaminándose a la salida.

—Claro que no, señor. Lo dejo en su apartamento, no hay taxis a esta hora en un día como hoy. Christian asintió.

—Gracias.

Camino a su casa, las calles ya estaban menos congestionadas, excepto alrededor de Picadilly Circus. Por eso no le costó mucho trabajo identificar a Emma andando y riéndose con Trevor, a Alette y a otros que le costaba más identificar, entre ellos... «¿Quenell? Seguro que el muy oportunista la está rondando de nuevo.»

Frunció el ceño con fastidio, pero se le pasó el enfado cuando observó embelesado la sonrisa diáfana de su esposa, y el modo en que le brillaron los ojos al echar hacia atrás la cabeza y reírse, y cómo el cabello suelto, sujeto parcialmente por el gorro de nieve, estaba moteado de copos blancos. Esa imagen la podría plasmar en una postal y observarla por el resto de su vida.

—Boris, síguela... —dijo en un impulso muy raro en él. Aunque, cuando de Emma se trataba, actuaba sin brújula ni dirección. Ella había sido capaz de romper sus esquemas enseñándole a amar. El ejemplo de lo que hizo por sus padres era suficiente.

—No hay problema.

—Con discreción, Boris.

—Sin duda, señor Hawthorne.

Alrededor de las tres de la madrugada la vio llegar al apartamento casi arrastrando los zapatos del cansancio. Le hubiera gustado bajarse del automóvil, abrazarla y confortarla. Solo esperaba que, cuando abriera el paquete que había hecho que le enviaran, ella comprendiera el mensaje. Era la forma más sincera de decirle lo que sentía, y quizá, en las circunstancias en que se hallaba, más elocuente que las palabras.

—Ha llegado sana y salva. Hora de ir a casa, Boris.

—Sí, señor.

Cuando estuvo en su habitación, Christian le echó una mirada nostálgica a la mesilla de noche donde reposaban los anillos que Emma le había devuelto en Nueva York. Luego se miró la mano y jugueteó con la banda de metal que no se había quitado del dedo anular. Con una palabrota de frustración, apagó la luz de la mesilla de noche, no sin antes sentir el mismo vacío de las últimas noches al no tener a Emma a su lado.

Emma abrió la cajita que le habían entregado horas antes y se llevó una sorpresa. Primero, porque no se esperaba encontrar algo usado. Y, segundo, por el tiempo que parecía tener el objeto. Lo sacó cuidadosamente y lo puso sobre la cama. El color rojo de la cubierta había conocido a buen seguro mejores días.

Cuando se fijó en detalle en las fotografías de la tapa se le heló la piel. Esa mujer de la foto era Sarah, la madre de Christian. Y el pequeñín, sin duda, él. «¿Qué clase de broma es esta?»

Lentamente abrió el libro, pasando el dedo con delicadeza por cada detalle. Las páginas estaban amarillas y, al final de cada dos o tres carillas, había dos firmas. Según pudo descifrar, los firmantes eran los mismos de las fotografías. Volvió a la primera página interior. *Libro de*

recetas de Chris y Sarah.

«Oh, por Dios.»

Emma no pudo contener las lágrimas. Pasó despacio y una a una las páginas desde el principio con más detenimiento, y leyó las recetas que, sin duda, ella había probado en alguna ocasión. «*Cake* de avellanas»; ese lo devoraba en el desayuno. «Galletas de limón con manzana»; una mezcla extraña, pero que sabía deliciosa. La última página le llegó al corazón: «Galletas de mantequilla casera con cobertura de chocolate blanco».

Cerró el libro con el corazón en un puño y las lágrimas incontenibles rodando por sus mejillas. En la caja todavía quedaba algo más. Un *dossier*. Lo leyó con avidez.

La casa de Mayfair estaba ahora a su nombre. Dejó a un lado los documentos y tomó la tarjeta que venía adherida al libro. La giró en su mano con dedos temblorosos. Rasgó el sobre rápidamente.

Feliz Navidad, Em.

Tuyo siempre,

C. H.

«Oh, Christian», sollozó. Le había dado el mejor regalo del mundo. Las recetas escritas de puño y letra de su madre. El motivo por el que él había llevado a cabo su cruzada personal durante todos aquellos años; con ese gesto le entregaba lo que sin duda era un tesoro para sus recuerdos y su corazón.

En ese momento se enamoró más de él, si era posible, y entendió el mensaje implícito en ese obsequio. Christian la amaba. ¡La amaba!

Lo que acababa de recibir era una muestra de la conciencia de Christian con respecto a ella y lo que había ocurrido entre ambos desde que se reencontraron aquella noche cuando su padre anunció los cambios en la compañía. Era una muestra de amor y una ofrenda de humildad. Respecto a las escrituras de la casa, no tenía ni idea de cómo las había conseguido, ni tampoco quería saberlo, pero aquel precioso tesoro con las recetas de Sarah... lo adoraría siempre.

Guardó el libro con cuidado de nuevo en la caja y lo dejó sobre la consola de su habitación. Dejaría su orgullo a un lado y buscaría a Christian al día siguiente. Le diría que no podía continuar sin él, que lo amaba, que iban a ser padres y que ella no podía querer nada más en el mundo que formar una familia a su lado.

Con una sonrisa en el rostro y el corazón lleno de júbilo, se quedó dormida.

Capítulo 23

Gaspar pasó el día de Navidad bebiendo, y en su cabeza bullían reflexiones no tan halagüeñas para Emma Connely.

El licor corría por su garganta, ya no tanto como en Nochebuena. Era el segundo año que tenía que pasar sin la zorra de su exmujer. Ahora ella frecuentaba otro hombre. Una mujer perdida. Todo era culpa de la maldita terapeuta estúpida y adinerada.

Le había jodido la vida. ¿Cómo no iba a estar cabreado? Al principio del tratamiento, Emma le pareció una persona inclinada a ayudarlo. Pero luego Candace empezó a querer trabajar de nuevo por su cuenta. ¡Independizándose de él!, cuando se suponía que la mujer debería estar atendiendo en casa.

Le envió varias señales para que se alejara de él, de su familia, pero la perra aquella no quiso obedecer.

Que no lo hubieran descubierto cuando dejó aquella cajita con un animal dentro en la oficina de Milestones fue gracias a sus habilidades para escabullirse. Aquella maldita fundación era lo suficientemente grande, y bien vigilada, como para que realmente atribuyera ese éxito a su astucia, pero la metomentodo Connely no aprendía.

Lidiar con la policía era un engorro, y encima por culpa de ella había perdido el afecto del mocoso que tenía por hijo, además de la mujer que tan dispuesta hacía todo lo que él quería hasta que la tal Emma le lavó el cerebro. Su hijo Elijah era un inútil a quien le gustaba perder el tiempo pintando. Esas estupideces se quitaban a golpes; los hombres de verdad se dedicaban a pelear, no a pintar. Pero, claro, todos esos que se hacían llamar psicólogos, o como se dijera, no entendían que los golpes eran la solución que hacía despertar a los chiquillos necios como su hijo.

Menos mal que el asqueroso del juez le debía un favor de cuando era un hombre que no bebía tanto. Aunque beber no estaba mal. Cómo le hubiera gustado que la zorra de Emma estuviese cuando arremetió contra su automóvil.

«Maldita sea. Hoy me las pagará todas juntas.» Le importaba un pepino la absurda Navidad. «¿25 de diciembre? ¿Y qué?»

Dio un sorbo a la botella de vino que le había birlado a su compañero de piso en los barrios bajos de Londres. No iba tan bebido. No, no, no. Lo que pasaba era que, en esas fechas, el alcohol lo adulteraban. Eso era, sí. Uno de sus amigos le había seguido la pista a esa mujerzuela, a Emma, a cambio de un par de libras. Ahora ella vivía en un apartamento, la muy pija.

La idea de ocultarse de la policía era poco apetecible, pero era huir o estar en un cuarto

incómodo, sin ver la luz del día ni beber un rico vino, o quizá un poquitín de whisky por la mañana. Llevaba meses escondiéndose, haciendo acrobacias para sobrevivir.

Si él no tenía derecho a que su mujer volviera a su lado y a que su estúpido hijo también lo hiciera, entonces se encargaría de que Emma Connelly tampoco fuera feliz. No lo iba a permitir. Alguien tenía que hacer justicia. Y ese alguien era él.

Sonrió echando al aire las llaves del automóvil que había robado esa mañana. Seguro que le servía para lo que tenía en mente.

Emma se estremeció con regocijo al ver a través de su ventana las calles llenas de nieve. ¡Christian la amaba! Se despidió con una alegría que hacía muchísimo tiempo que no sentía. Estaba plétorica. Sonriendo, llamó a la aerolínea para comprar un pasaje a Dublín. Tuvo suerte que un pasajero hubiera cancelado su reserva veinte minutos antes de que ella llamara, y consiguió un boleto. Según Alette, Christian había volado el día anterior a Irlanda.

Ninguna de las dos amigas podía saber que el vuelo de Christian había sido cancelado por una llamada organizada por un par de metomentodos, Olivia y Lionel, para que Christian y Emma estuvieran en la misma ciudad.

Emma comprobó su documentación y terminó de guardar sus pertenencias en la bolsa de viaje. No llevaba mucha ropa. Le dijo al contestador de Adam, porque él a las once de la mañana seguro que justo iba por la mitad del sueño, dónde estaría y le pidió que le enviara buenas vibraciones, porque ese día pensaba tragarse su orgullo y dejar que su corazón hablara.

Antes de salir de su apartamento, respiró profundamente, esperanzada. «Vamos a ir a Dublín, para que tu papá sepa que existes y te quiera tanto como yo», le dijo a su tripita, y la acarició con las dos manos. Luego tomó el pequeño bolso y se lo echó al hombro.

Bajó en el ascensor y esperó a que llegara el taxi.

Cuando vio que se acercaba el taxi empezó a cruzar la calle para subir en él; mientras caminaba, por el rabillo del ojo vio un automóvil que avanzaba directamente hacia ella a toda velocidad. Le fue imposible esquivarlo por completo, porque todo sucedió demasiado rápido, pero sus reflejos le funcionaron lo suficiente como para poder girarse un poco. Sin embargo, el impacto contra su cuerpo fue inevitable, y lo siguiente que sintió fue el duro asfalto de la calle contra su espalda.

Luego oyó unas voces a su alrededor. No quería moverse, le dolía todo. Aún aturdida, abrió los ojos y vio su bolso y sus objetos personales desperdigados por el pavimento. Pero su preocupación más importante hizo que se le secase la garganta y sintiera un dolor que nada tenía que ver con los golpes que seguro tenía en el cuerpo. La invadió un terror como nunca antes había experimentado. «Mi bebé, el bebé de Christian.» Empezó a respirar con dificultad, porque hasta sollozar implicaba demasiado esfuerzo.

El taxista, alarmado, se bajó y corrió a su lado, mientras lanzaba imprecaciones y cogía su móvil para llamar al servicio de emergencias.

—Señorita, ya viene la ambulancia. —Alguien le palmeó la mano intentando mantenerla

despierta y consciente—. Dígame a quién podemos llamar. Su móvil está aquí tirado, qué número debo buscar —preguntó con evidente preocupación en la voz—. Soy el chofer de la compañía de taxis a la que usted telefoneó. ¿A quién llamo? —insistió.

«Su hermano.»

—Tre... Trevor Connely.

Fue lo último que dijo antes de perder el conocimiento.

Un extraño olor se filtraba por su nariz. «¿Antiséptico?» No podía abrir los ojos. ¿Qué sucedía? Le dolía la cabeza. A su alrededor oía voces contrariadas. ¿Adam? Su querido amigo jamás le fallaba. Una enfermera le decía que se quedara callado, que ella estaba descansando.

Emma quería que le dijeran qué ocurría. Poco a poco los recuerdos llegaron a su memoria. El libro rojo. Se enterneció y añoró a Christian. Luego, ella haciendo la maleta. Después se vio cruzando la calle y finalmente... un golpe.

Entonces se acordó de su embarazo. Y gimió. De inmediato oyó la voz de Alette.

—Emma. Emma. Oh, cariño, nos has dado un susto de muerte. Tu bebé está bien, preciosa. Nos lo acaba de confirmar el médico. Descansa, por favor. Trevor y yo nos vamos ahora, pero Adam se quedará un rato más, hasta que volvamos, tenemos que hacer el papeleo para ti.

Sonrió a Alette, o creyó haberlo hecho. Cuando le dijo que su pequeño estaba a salvo, el aire regresó a sus pulmones y pudo sumirse en un profundo sueño.

Christian recibió la llamada de Trevor en la que le decía que Emma había sufrido un accidente. Se puso frenético. La preocupación le nubló el sentido. ¿Es algo grave?, ¿qué ha sucedido?, ¿cómo?, ¿dónde?... Hizo tantas preguntas que su cuñado le gritó que se callara y escuchara.

—¿Qué tiene, maldita sea?!

—Cálmate, Christian. Escucha, el médico ha dicho que está fuera de peligro. Está en el Saint Mary's Hospital, en Paddington.

—Voy hacia allá ahora mismo.

Nunca se había vestido tan rápido en su vida como en ese instante. Fue por su coche; no iba a fastidiarle la Navidad a Boris. Necesitaba verla, comprobar por sí mismo que ella estaba bien. Juró que buscaría al culpable y él mismo se lo haría pagar; también si se trataba de una mujer, le daba igual, porque no tendría contemplaciones con nadie.

No bien estacionó el automóvil en el aparcamiento del hospital, se bajó y entró corriendo, desesperado, al pasillo, ajeno a las protestas de las enfermeras que le urgieron a ir despacio, pues era un sitio de descanso, no de bullicio. Llegó hasta el número de habitación que Trevor le había indicado y se topó con el médico, que iba a entrar también en ese momento a ver a Emma. Detuvo al doctor poniéndole una mano sobre el hombro.

—Soy el marido de la paciente. Necesito saber qué le ha pasado, qué tiene —pidió casi con desesperación y sin aliento por haber corrido por el hospital.

—Cálmese, señor...

—Hawthorne. Christian Hawthorne. Ella es Emma Hawthorne, mi esposa.

—De acuerdo, señor Hawthorne —respondió el médico, revisando el nombre de su paciente. Entendía el atolondramiento de aquel hombre: la muchacha había sido arrollada y estaba

embarazada—. Soy el doctor Brown —se presentó, antes de relatarle brevemente el accidente según la versión que había dado el taxista, que los acompañó hasta el hospital para cerciorarse de que ella estuviera bien.

—Llegaron a tiempo... —susurró Christian.

—Absolutamente. Fue un milagro. Puede tranquilizarse, porque el bebé no corre peligro y su esposa solo tiene unas contusiones que en un par de semanas desaparecerán. Su esposa tiene buenos reflejos, porque se giró con rapidez antes de que el automóvil la alcanzara del todo, lo que evitó daños más severos, por otra parte...

Christian se quedó sin aire, y se perdió el resto del informe. Se quedó solo con una palabra. «Bebé.»

—¿Bebé? —preguntó pálido, asombrado, incrédulo—. ¿Ha dicho usted bebé?

—Sí, señor —sonrió el médico. «A veces los hombres, por los nervios, se aturden un poco»—. Su esposa está embarazada de poco más de tres semanas. Enhorabuena, y también feliz Navidad.

La mandíbula de Christian cayó por el impacto de la noticia. Se pasó las manos por el rostro. Estaba viviendo un torbellino de emociones.

—Un bebé... ¡Un bebé! —repitió atontado. El médico lo observó esperando que reaccionara y entrara en la habitación, porque ese día tenía muchas visitas aún por hacer—. Yo, gracias... Sí, feliz Navidad.

«¡Emma va a tener un hijo mío! ¡Mi hijo!»

—Ahora tengo que examinarla. Ha tenido ya varias visitas, pero puede pasar para que compruebe que está bien; luego deberá retirarse. Ella necesita descanso.

—Bien... —fue lo único que articuló su asombrada boca.

«¡Un bebé!» No cabía en sí de gozo.

Cuando entraron en la habitación, Christian se encontró con Adam acucillado al pie de Emma, tomándola de la mano y dándole un beso en la frente. Los celos le hicieron una visita y, aunque intentó mandarlos a paseo, no pudo. Él no sabía si acaso ella, ahora que le había pedido el divorcio, aún guardaba algún sentimiento por ese hombre. Y eso le escocía. Además, estaba embarazada de *su hijo*. Y él de ninguna manera consentiría que su pequeño se criara con otro hombre, y menos aún que ella estuviera en unos brazos que no fueran los suyos.

«Christian, eres un hombre de negocios.» Respiró. Nunca había tenido que respirar tanto para mantener el ritmo de su corazón ni de sus pensamientos como en esos últimos dos días. Vaya Navidad que estaba pasando. Una tragedia, el accidente de Emma, y un regalo perfecto y maravilloso, un hijo con la mujer de la que estaba irremediamente enamorado.

Solo esperaba que ella hubiera recibido el libro a tiempo. La cursi de su asistente le había contado que contrató un servicio navideño especial de envío. A saber qué habría sido.

Cuando se disponía a acercarse a ella, que al parecer no había notado su presencia porque Adam se lo impedía con su altura, sintió cómo por su lado pasaba, casi empujándolo hecho una ráfaga, un individuo vestido todo de negro y con una gorra amarilla a juego con los zapatos. Christian observó cómo Adam se daba la vuelta y cómo el individuo en cuestión le daba un beso en la boca.

«¿En la boca? ¿Adam entonces es...?» ¡Había estado celoso como un imbécil de la persona equivocada!

Al ver el rostro de sorpresa de Christian, Emma no pudo evitar reír bajito. Ella había percibido instintivamente que él estaba en la habitación, porque su cuerpo reaccionaba a su presencia. La risa suave que le produjo la expresión de Christian no evitó que le dolieran las costillas e hizo una mueca de dolor. «Bueno, al menos ya no se incomodará con la presencia de Adam», pensó, intentando disipar la molestia de sus costillas.

Cuando Adam y George salieron de la habitación, Christian la miró fijamente. Sintió que su preocupación remitía un poco al verla despierta. No importaban los rasguños que tuviera, ni el labio magullado; la vio hermosa. *Suya*.

Ella se sintió tan feliz de verlo que su corazón latía desbocado y nervioso. Él tenía los ojos azules preocupados, pero conforme iba acercándose su expresión se calmaba. *Lo amaba tanto*. Su rostro era indeciblemente atractivo. Y cuando le sonreía del modo en que lo estaba haciendo en ese instante se le aflojaban las rodillas; menos mal que estaba recostada. El vaquero y la camisa informal eran tan poco habituales en él que lo hacían parecer más relajado; le gustaba verlo así.

—Chris... —lo llamó, pero su voz salió como un gemido de dolor. Y él se apresuró a su lado, no sin antes reparar en alguien. El doctor.

—Por favor, deme unos minutos a solas con mi esposa.

—Por supuesto, pero no tardaré en volver porque tengo que examinarla, ¿de acuerdo? — Christian asintió, y el especialista abandonó la habitación.

Él volvió la atención hacia Emma. Tenía raspones en los antebrazos y en su precioso rostro, pero sus ojos verdes lo miraban sonrientes. Y él le sonrió a su vez. Se acercó con cuidado y se acomodó a su lado, procurando incomodarla lo menos posible. Le acarició los cabellos ondulados con ternura y recorrió las preciosas facciones de su rostro con la yema de los dedos.

Ella estuvo a punto de llorar de emoción. Cuánto había extrañado su contacto, su aroma, todo él. Esos ojos azules tan hermosos que la contemplaban y la invitaban a fundirse en ellos, que la estudiaban con una mezcla de ternura, cautela y añoranza.

—Hola, dulzura —le dijo Christian en un susurro, rozándole la mejilla con los nudillos, que luego reemplazó con sus labios—. Te he echado mucho de menos... —Entrelazó sus manos con las de Emma—. ¿Cómo te sientes?

Emma lo miró con ternura.

—Me duelen un poco las costillas y las magulladuras, pero nada grave. —Apretó los dedos con los que sostenían los suyos, sin dejar de mirarlo con arrobó—. Yo también te he extrañado... mucho...

Él se inclinó y dejó un beso suave sobre los labios de Emma.

Ella sonrió.

—¿Adónde ibas con esa bolsa? —preguntó él con suavidad, señalando el bolso de viaje que estaba sobre uno de los butacones de la habitación.

—Iba a buscarte a Dublín... Yo... —Se sonrojó—. Recibí el obsequio de Navidad. — Inmediatamente se le llenaron los ojos de lágrimas—. Oh, Chris, ha sido el mejor regalo del mundo...

Él secó con el pulgar las lágrimas que derramó Emma.

—Creo que ese lo he recibido yo, mi amor, y sin merecérmelo. —La miró significativamente y luego puso una mano sobre su abdomen.

Emma se tensó. La duda con respecto al asunto de la paternidad la mantenía en zozobra.

—¿Cuándo supiste que...? —preguntó él sin acabar.

—¿... estaba embarazada? —concluyó Emma. Él asintió—. En Nueva York.

Se mostró confuso.

—¿En Nueva York? ¿Por qué no me lo dijiste?

Los ojos de Emma se entristecieron.

—Tenía miedo de que quisieras arrebatármelo. Antes de casarnos me dijiste que...

Christian maldijo por lo bajo su estupidez y tomó el rostro de ella entre sus manos con suma delicadeza. Se inclinó y besó con suavidad cada uno de sus raspones; luego dejó un beso cálido en sus labios, que ella le devolvió. El beso que en un inicio estaba cargado de dulzura se transformó en un beso hambriento, lleno de necesidad, pasión, amor, deseo, entrega. Con ese beso, Christian intentó borrar la mirada temerosa de Emma, decirle que podía confiar en él, que todo estaba bien ahora. «Diablos, he sido demasiado canalla. Seré un hombre con suerte si ella logra perdonarme.»

Ella levantó su mano y acarició el rostro que tanto quería. Aspiró su aroma natural, mezclado en el irresistible perfume habitual de Christian, y lo acercó un poco más, para deslizar sus manos por su cuello y brazos, maravillándose con su tacto. Él respiró profundamente y se alejó temiendo no poder controlarse, porque su necesidad de ella no iba a conformarse solo con un beso. Sentía que había pasado una eternidad desde la última vez que la había tenido entre sus brazos, amándola.

Poco a poco dejó de besarla, conteniéndose al escuchar el gemido de Emma y sabiendo que una parte en concreto de su cuerpo también acusaba no poder estar a solas, en otras condiciones, en otro sitio.

Christian tenía que aclarar muchas cosas y, por ahora, lo del bebé era primordial. Además, el doctor estaba fuera esperando y Emma precisaba sus atenciones. Así que trató de ser breve.

Volvieron a entrelazar las manos.

—Em, ya sé lo imbécil que fui y lo que te dije, ¿por eso te fuiste así de Nueva York?

Ella asintió, turbada por el modo en que él le nublabla el pensamiento al tocarla. Christian la miró fijamente a los ojos.

—*Jamás te quitaría a tu hijo, a nuestro hijo.* Escúchame bien, cariño, *jamás.* Em, sé que lo he hecho mal. Lo he hecho muy mal contigo. Lo que dije lo solté en un momento en que no era yo mismo, cegado por la rabia de un pasado que me marcó —suspiró—. Tenemos algunas cosas de las que hablar, quiero sincerarme contigo, los dos necesitamos hacerlo. —Emma asintió, mirándolo atentamente—. Yo... esto... si quieres el divorcio... yo... —Tragó saliva. No soportaría verla triste de nuevo, no podría aguantarlo. Ya le había causado suficiente dolor. Le daría lo que ella quisiera, incluso si era el divorcio. Si él no la hacía verdaderamente feliz, debía dejarla ir, pero primero intentaría convencerla de que se quedara con él. Y si aun así no resultaba, no tendría más opción. Se tragaría las ganas de asesinar a cualquiera que osara cortejarla, pero respetaría lo que Emma decidiera—. Si es tu deseo, no me opondré. Dímelo y yo... firmaré esos papeles. —La

observó con ojos cargados de pesadumbre.

Antes de que Emma fuera a responder, entró la enfermera seguida del doctor Brown, quien le indicó a Christian que ya tenía que retirarse. Eso de hablar entre susurros con su mujer de cosas importantes, no le hacía ninguna gracia a Christian.

—Señor Hawthorne, tengo que examinar a la paciente. Ya ha visto que está bien; ahora, por favor, permítame hacer mi trabajo —ordenó el médico, al ver que Christian continuaba sosteniendo la mano de Emma.

Estar tantos días físicamente lejos de ella había atentado contra su cordura. Se acercó rápidamente y capturó la boca de Emma en un beso rápido, despidiéndose. Ella se sonrojó, porque tenían público, algo que a su marido parecía no importarle.

—Nos debemos una conversación, mi amor —le susurró. Los ojos verdes brillaron con ternura—. Medita el tiempo que necesites el tema de nuestro matrimonio. No me opondré a lo que tu decidas... —Acarició su nariz con la de ella—. Te dejo descansar.

Iba a alejarse cuando ella lo cogió de la mano.

—Christian, necesito que hables con Adam sobre el señor Thrudyll.

Él la miró interrogante.

—Él me hizo esto, lo sé... —Porque así era. Antes de que el automóvil la atropellara, vislumbró los rasgos de Gasper, inconfundibles para ella después de tantos encontronazos. Necesitaba que alguien lo parara; si no, ella acabaría quién sabe dónde la próxima vez—. Habla con Adam —insistió.

Christian apretó los puños, pero no le transmitió su enfado. Se encargaría de que, fuera quien fuese ese hombre, lo encerraran en la cárcel de por vida si era preciso.

—Em..., sobre el mensaje de mi regalo —bajó la voz. Necesitaba estar seguro. No quería asumir nada—. Tú, ¿ahora ya estás segura de que...?

—Señor Hawthorne —insistió el doctor interrumpiéndolos de nuevo.

Emma asintió para Christian con los ojos llenos de amor, antes de que el especialista empezara a sacar el estetoscopio y demás instrumentos. Su esposo le respondió con una sonrisa, de esas que conseguían doblegar la voluntad de cualquier ser humano que supiera el significado de la palabra *encantador* y, aun si no la conocían, se enterarían con tan solo ver curvarse esa boca masculina tan sensual.

Satisfecho por haber derribado el muro que los separaba, o al menos gran parte de él, Christian se alejó, no sin antes dedicarle un guiño a Emma. Le encantaba verla sonreír de nuevo. Aunque eso no lo eximía de todo por cuanto tenía que redimirse con ella.

Capítulo 24

Adam y Christian se encargaron de presionar para que se intensificara la búsqueda del dichoso Gasper Thrudyll por toda la ciudad. No resultó complicado, la policía británica era sumamente eficiente. A los pocos días el hombre estaba en manos de la justicia. Y ellos, tras aportar las pruebas que les habían pedido para poder tomar cartas en el asunto, confiaron el tema a las autoridades del caso.

En un principio Christian se mostró indignado por que Emma no le hubiera comentado que había un loco suelto detrás de ella, pero Adam le aclaró que era demasiado orgullosa y creía que podía con todo. Luego le explicó que no quería involucrarlo demasiado en sus asuntos, porque no le agradaba ser una carga para nadie. Entre relatos y reflexiones, Christian había despotricado hasta cansarse, y calculaba que podría haber montado un diccionario internacional de insultos. Finalmente aceptó que lo importante era que Gasper estaba recibiendo su merecido y Emma estaba a salvo.

Christian y Adam mantuvieron una larga y esclarecedora charla, por el bien de Emma. Al menos ahora se daban la mano sin sentir deseos de darse un puñetazo mutuamente; Christian, por celos, y Adam, porque consideraba al otro demasiado idiota por comprender tan tarde lo que sentía por su mejor amiga.

Por otra parte, Trevor lo dispuso todo para poder colaborar con la empresa desde Austria, con viajes esporádicos a Londres para estar al tanto de la corporación. Estaba agradecido de haber dejado su vicio de las apuestas cuando aún podía, varios años atrás; en caso contrario, quién sabe cómo habría terminado. Ahora tenía a una mujer a la que quería y con quien se iba a casar en los próximos meses. Además, le había confesado a su hermana, porque no quería tener conflictos con nadie más adelante, que ella tenía en la empresa la potestad de despedir a Christian, pues este había aceptado las condiciones sobre el tema de las acciones. Emma se puso furiosa en un inicio, porque Trevor insistía en intervenir en ese tipo de temas que a ella no le interesaban, pero luego se relajó, al fin y al cabo no tenía ninguna intención de despedir a Christian, y mucho menos de involucrarse en H&E, pues ya tenía su fundación.

Cuando todo se resolvió y sus papeles para iniciar sus nuevos negocios estuvieron listos, Trevor voló a Austria con Alette y su futura cuñada, Danielle. Antes de partir fueron al hospital a despedirse de Emma, quien mejoraba día a día. Todos se turnaron para visitarla, y a Emma no le faltaron en su habitación ramos de rosas, adornos de orquídeas y crisantemos, cortesía de su esposo, quien, sin que Emma se lo pidiera, la iba a visitar y la consentía.

Emma se sentía casi completamente recuperada; podía moverse sin que le dolieran los costados y comía con más apetito. Las huellas del accidente en su rostro se borrarían más adelante, pero al menos el labio ya no estaba hinchado, casi parecía normal, con apenas una pequeñísima laceración.

El día que le daban el alta, Christian no fue a verla. Emma se sintió extraña, porque se había habituado nuevamente a su encanto, charla y sentido del humor. Después de su brevísima conversación del primer día, él no había intentado besarla ni tocarla. Ella no entendía por qué.

Cuando estaba lista para abandonar el hospital, y sus pertenencias guardadas dentro de la bolsa, miró a Adam. Él se encargó de su equipaje y ella se enfureció porque la trataba con pinzas y delicadeza como si fuera a romperse. Lo instó a dejar de comportarse como un padre protector, porque ella no estaba desvalida.

—Ya empezamos con las necedades —dijo Adam pellizcándole la nariz—. Deja que te cuide hasta llegar a la puerta de salida. Por cierto, ¿cómo está mi futuro sobrino o sobrina?

Ella le sonrió, olvidando su enfado.

—Muy bien. No puedo creer que vaya a ser mamá. Es una expectativa maravillosa. Estoy feliz. Adam, Christian no ha venido a verme hoy. ¿No sabía que me daban el alta? —preguntó con tristeza.

Él enarcó una ceja.

—Claro que sí —contestó, ocultando lo que sabía.

Emma bajó la mirada mientras caminaba hacia la salida del hospital junto a él. Estaba enterada de la detención de Gasper por Christian, y se sentía aliviada. Una vez en la acera, se encontró con la persona que menos esperaba ver. Bueno, al menos no a la salida del hospital. Boris, el chofer de su esposo.

Él se acercó con su habitual expresión seria en el rostro.

—Señora Hawthorne, se la ve muy recuperada y me alegro de que se encuentre bien.

—Es usted muy amable Boris, gracias.

—El señor me ha pedido que le indique que tiene una invitación para acercarse al hangar privado.

—¿Hangar? —preguntó extrañada. «¿Qué voy a hacer yo en un hangar?»

—Sí, señora —confirmó el chofer con su habitual rostro serio.

—¿Por qué?

—Lo desconozco. El señor solo me indicó que le extendiera su invitación y que le dijera que esperaba humildemente que aceptase.

Ella frunció el ceño, y se giró para encontrar a Adam con una tonta sonrisa en la cara.

—¿Qué sabes tú de esto? —lo interrogó, dirigiéndole una mirada cargada de intención.

—Lo mismo que Boris —contestó Adam, y elevó las manos en son de paz.

—Eres un mentiroso, Adam Quenell —dijo Emma con cariño, porque ya sabía que no iba a contarle nada.

—¡De eso nada! —Le dio un abrazo—. Digamos que ahora soy un buen amigo —le susurró al oído.

—¡Ja! ¿De quién, para ser exactos? —Ella se echó a reír.

—Tuyo, claro. —Adam le hizo un guiño—. Ahora ve, no pierdas el tiempo.

—¿Crees que debería ir...? —preguntó dubitativa.

—Solo sube al automóvil. Adiós, Emma. Y por lo que más quieras, deja las dudas. Ve, ve, ve —la instó con un empujoncito delicado al verla indecisa.

Ella obedeció, no sin antes colgarse un rato del cuello de su amigo y darle las gracias al oído. Él le respondió apretándola más hacia sí y diciéndole que era la hermana que siempre quiso tener. Antes de permitirle a Emma que se pusiera emotiva, la animó a que se apurara a partir.

Adam observó alejarse el coche de los Hawthorne, y deseó que su amiga se diera cuenta de que la vida le brindaba una segunda oportunidad para recuperar su matrimonio. Después de todo, Christian decía amarla, y él no era ningún tonto y sus instintos no le fallaban: sabía que era cierto.

Cuando Emma llegó al hangar, esperó ansiosa encontrar allí a Christian. Pero se desilusionó. No estaba por ninguna parte. Boris le dijo que la invitación no era para quedarse en el hangar, sino que debía subir al avión. No preguntó más, porque sabía que los leales colaboradores de su marido no dirían nada para saciar su curiosidad.

Emma se dirigió a la habitación del avión privado y se recostó.

Olivia daba vueltas de un lugar a otro. Gladys observaba a su nieta y le pedía que se concentrara en otra cosa que no fuera estresar a su primo telefónicamente. Christian se puso de muy mal humor cuando Boris le comentó por teléfono que el mal tiempo había atrasado la salida del vuelo del hangar de Londres, una hora, y que Emma dormía en el avión, esperando partir.

Cuando le dijo eso último, Christian respiró. Al menos había aceptado subirse al avión. Tenía esperanza. Él sabía que Emma recibiría el alta, pero necesitaba organizarlo todo, y por eso le pidió a Adam que, si realmente le importaba su amiga, lo ayudara con su plan.

Su prima no dudó en encargarse de hacer las llamadas necesarias para disponerlo todo en el condado de Claire; su abuela y Lionel lo animaron cuando les contó a regañadientes lo que pensaba hacer. Christian no era de los que solían dar explicaciones, pero necesitaba, sí, necesitaba, el apoyo de los suyos para que en esta ocasión su plan saliera perfecto. Piers, que pensaba pasar el Año Nuevo en Gales con sus parientes del lado paterno, le deseó buena suerte, no sin antes soltarle un «te dije que iba a ser difícil». A lo que él, por supuesto, respondió con una mirada de advertencia.

Aquella mañana había ido a la tumba de su madre con dos ramos de flores. Uno por la ocasión anterior en la que no tuvo oportunidad de visitarla, y otro porque había aprendido finalmente las lecciones de vida que requería para amar y perdonar.

No se tenía por supersticioso pero, cuando se alejaba del cementerio, sintió que ella estaba ahí, especialmente cuando los árboles del camino por donde pasaba se movieron ligeramente. Y no había ventisca. «Tierras encantadas, las de Irlanda», pensó Christian antes de salir del camposanto. Luego emprendió el viaje hacia la ciudad de Galway. Llevaba todo lo que consideraba necesario con él. El resto dependía de Emma.

Cuando la vio de pie cerca del acantilado, su corazón empezó a latir de prisa. *Estaba ahí*. Al fin pudo respirar con tranquilidad. La belleza de los Acantilados de Moher solo competía con la majestuosidad de la mujer que adoraba. El sol de invierno iluminaba sus cabellos rojizos, los besaba y acariciaba, tanto como él deseaba hacer en ese instante. No sabía cómo empezar, cómo decirle lo que sentía. Se había quedado sin palabras.

Durante los días que estuvo en el hospital y la visitó, Emma no volvió a reprocharle el modo en que se había comportado las semanas previas; ella se limitaba a sonreírle. Y bien sabía Dios que, cada vez que ella lo hacía, su corazón brincaba esperanzado en que no estuviera tan decepcionada como para no intentar luchar por su matrimonio.

Como si hubiera intuido que alguien la observaba, Emma dejó la panorámica que tenía enfrente: las olas furiosas, osadas, impetuosas y apasionadas de Irlanda rompiendo contra las rocas en los más de ocho kilómetros por los que se extendían los acantilados más visitados del país. Era una vista abrumadoramente impresionante, como de seguro les habría parecido a los primeros pobladores de esos territorios hacía cientos de miles de años.

Con un suspiro, se giró para encontrarse con el hombre que tanto amaba.

La conexión entre ambos desafiaba cualquier ley física, porque eran sus almas las que se llamaban con anhelo. Ella no sabía qué esperar mientras lo veía acercarse con paso inseguro, y el viento le revolvía los cabellos como si estuviera dándole una caricia de ánimo e impulso para continuar.

Cuando el avión aterrizó en Irlanda, a ella le dio alegría ver de nuevo a Gladys, Olivia y los tíos de Christian; ya los consideraba su familia. Todos la recibieron con calidez, pero tampoco quisieron hacer comentarios sobre su esposo. Ella empezó a sospechar que algo tramaban en cuanto Gladys le dijo que tenía que encaminarse hacia el oeste de Irlanda; luego la instó a abrigarse bien y, al final, la abrazó emocionada pidiéndole que escuchara con el corazón. Emma no entendía nada, pero accedió, y regresó al automóvil con Boris, después de refrescarse un poco.

Ahora, mirando a Christian en medio de ese impresionante paisaje, cubierto por la nieve pero con el sol brillando en el cielo, lo esperó hasta que llegó a ella.

Se quedaron a pocos palmos de distancia y con los ojos a la misma altura, pues estaban de pie y la tierra de los acantilados era un poco irregular.

—Emma. —Christian dijo su nombre con tanta dulzura que ella se sintió conmovida. Nunca se cansaría de escuchar su voz, su risa, de sentir sus caricias...—. Gracias por haber aceptado reunirse conmigo hoy.

—Eso no se agradece, me tienes intrigada.

Él se limitó a sonreírle; la tomó de la mano y la guio al interior de la Torre O'Brien, que protegía con sus paredes del frío invernal. Se colocaron cerca de la ventana y observaron el azul fulgurante del horizonte, donde se escondían secretos tesoros que quizá el mundo nunca descubriría.

—Sé que no he sido el mejor hombre del mundo —empezó a decir. Sus figuras estaban enmarcadas por la ventana de piedra, desde donde se filtraban tenuemente los últimos rayos de sol

—. Me he portado como un bastardo contigo, y si después de lo que voy a decirte no quieres saber nada más de mí... yo... yo lo entenderé y te dejaré marchar. Pero antes, por favor, te suplico que me escuches.

—Te escucho —respondió ella con dulzura y mirándolo fijamente. Creyó leer en esos profundos ojos azules lo que había en su corazón. En esta ocasión, necesitaba escuchar esas dos palabras.

Él enlazó la mano con la suya; ella se dejó hacer, aferrándolo con firmeza. Con eso le decía que sabía que ese era un momento crucial para ambos. Christian había pagado una pequeña fortuna para que el lugar estuviera vacío ese día, y lo suficientemente caliente como para no congelarse y que Emma se sintiera cómoda.

—Emma, quiero pedirte perdón por todo el daño que te he hecho. —Una lágrima solitaria comenzó a rodar por la mejilla de Emma; él la retiró con delicadeza—. Estaba tan cegado pensando en lo que había perdido que no me daba cuenta de que tenía frente a mí lo único que necesitaba para ser feliz: tú, y ahora nuestro bebé. Me siento tan miserable y desgraciado, aunque sé que me lo merezco. Em, necesito decirte...

Se aclaró la garganta.

—Emma, te amo. Estar contigo me ha hecho querer ser un hombre mejor, una mejor persona. Amo cada detalle en ti: el modo en que mueves las cejas cuando te asombras; cómo tu boca se acopla a la mía al besarnos con dulzura o con pasión; la forma en que defiendes tus causas; tus gemidos cuando hacemos el amor; el sonido de tu risa; tu lealtad, y sobre todo... amo tu corazón y la mujer que eres. Jamás le he dicho estas palabras a ninguna otra mujer, nunca, porque es la primera vez que me siento verdaderamente completo. —Se inclinó hacia ella y depositó dulces y pequeños besos en su rostro, al tiempo que murmuraba—: Te amo, te amo... —La besó en los labios—. Te quiero y me encantas. —Volvió a besarla—. Te adoro... y sin ti no estoy completo. Te necesito a mi lado como nunca había necesitado algo en mi vida. Te amo —insistió con un tono de voz ronco, fervoroso y cargado de sentimiento.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Emma. Se abrazaron y permanecieron apretados el uno contra el otro un largo rato. Ella se alejó lentamente para poder mirarlo a los ojos, que estaban brillantes y embargados por la emoción. «Me ama.» Le había dicho aquellas dos palabras que cerraban el dolor del pasado, la distancia de la desconfianza y las dudas del corazón.

—Christian —murmuró conmovida. Él la mantenía abrazada por la cintura y Emma se sostenía con las dos manos sobre su pecho—. Christian... —repitió como si fuera un mantra que le traía paz. Porque en ese instante así era.

Él, que no se había sentido tan elocuente con sus emociones en muchos años o quizá nunca, continuó. No se percató de que ella quería decirle algo.

—No sabes lo culpable que me siento. Vivía en el infierno ideando el modo en que podría acercarme a ti y decírtelo sin que lo pusieras en duda. Por eso te obsequié en Navidad con lo único que realmente tiene un valor incalculable para mí...

—Lo sé, cariño...

Él necesitaba continuar; necesitaba decírselo todo.

—Sé que no voy a reparar el pasado, pero déjame construir un futuro feliz para ti, para los tres. Emma, perdóname y quédate conmigo. Permíteme volver a ti. No puedo prometerte que no habrá problemas o discusiones, aunque sí puedo comprometerme a hacer lo mejor para solucionar las cosas, y sobre todo a hacer que funcione nuestro matrimonio.

Emma sintió que cualquier tristeza o dolor causado entre ambos estaba olvidado y perdonado. Elevó las manos y acunó el atractivo rostro de su esposo entre ellas. Lo miró con ternura, alegría y amor.

—Chris, acepto tus disculpas. Te perdoné cuando entendí tus razones, pero era importante que te dieras cuenta de lo que estaba ocurriendo contigo, por tu cuenta, y me siento feliz de que haya sido de ese modo. Y también acepto tu amor, porque sé que tus palabras son sinceras. —Tomó valor, dedicándole una sonrisa cargada de confianza y esperanza—. Y..

—¿Y qué, mi amor? —preguntó impaciente, haciendo que ella se riera por su ansiedad.

Se inclinó y lo besó. Fue un beso suave, mezclado con el aroma del océano que los rodeaba, de la historia que empezaban a recrear en la tierra de los celtas y de la magia, donde los deseos se hacen posibles.

—Christian, yo también te amo, no he dejado de hacerlo, no dejaré de amarte nunca. Así que tendrás que soportarnos los próximos cien años —declaró con una sonrisa, colocando la mano de Christian sobre su plano abdomen.

Sin dejarla terminar, la abrazó y dio vueltas con ella, elevándola en el aire. Ella rio y para Christian eso fue música para sus oídos. Cuando él se detuvo, Emma vio brillar aquel destello especial que siempre tenía cuando iba a besarla. La bajó lentamente sobre su cuerpo, asegurándose de que notara el deseo y la pasión que despertaba en él.

—Antes de cualquier cosa —dijo Christian metiendo las manos en sus bolsillos y sacando las alianzas que ella había dejado en Nueva York—: Emma Connely Hawthorne, ¿me aceptas como tu esposo para siempre?

Ella se rio con una alegría que le brotaba del alma. «Ahora todo está completo.»

—¡Sí! ¡Claro que sí! —Entonces él deslizó los anillos de compromiso y de casada en sus delicados y elegantes dedos, y besó sus manos con reverencia—. Más que para siempre —le susurró emocionada.

—Más que para siempre —repitió Christian, antes de sostener entre sus manos fuertes el rostro amado. Acercó los labios a los de ella, lentamente. Cuando entraron en contacto, le dio pequeños y suaves mordiscos; primero a su labio inferior, y luego fue subiendo gradualmente hasta apoderarse de toda su boca. Su ansia y necesidad de ella no iba a acabarse nunca, eso lo sabía.

El beso gentil y tierno pronto se volvió apremiante, desesperado, apasionado. Christian introdujo su lengua cálida y sedosa en la boca Emma, y la sintió responder con ímpetu, con la misma ansia, el mismo amor.

El único sonido que los acompañaba era el romper de las olas y el silbido del viento.

La dejó de besar a regañadientes, y luego la llevó de la mano hacia un rincón de la torre, adonde había hecho llegar un pequeño canasto, una linterna y unas mantas. Cuando ella se dio cuenta de lo que pretendía, lo miró con una sonrisa pícaro, renovada y llena de confianza.

—¿Así que lo tenías todo planeado, eh? Estabas seguro de que te diría que sí. ¡Qué arrogante!

—Introdujo sus dedos en los cabellos de Christian, enredándolos. Le encantaba hacer eso: eran tan suaves. Todo él era una mezcla de rudeza y calidez.

Él la miró con una sonrisa. *Esa sonrisa.*

—Para nada arrogante, mi amor. Me estaba jugando lo más importante, así que tenía que venir preparado. *Me amas...* —expresó en voz alta sonriendo embobado; ella se rio.

—Sí, te amo con todo mi corazón.

—Oh, Em...

La tomó de la mano y luego extendió con la otra una gruesa manta sobre el suelo de piedra. La calefacción improvisada que les habían colocado funcionaba de maravilla para lo que él tenía planeado hacer. Recuperaría todas esas noches, esa tarde y toda la vida. La acercó hacia su cuerpo.

—Chris, alguien puede venir..., son casi las siete de la tarde. Si nos encuentran...

Él la empezó a acariciarla con presteza, maravillándose con cada curva del cuerpo de la mujer que era la dueña de su corazón.

—Shhh... —Puso los dedos en sus labios, que estaban hinchados por sus besos—. Nadie se atreverá a venir, hoy este lugar es solo para nosotros —le dijo mientras la acostaba sobre la manta y empezaba a quitarle la ropa, prenda por prenda, con sensual sutileza.

El sabor de Emma era una mezcla de vino y avellanas; de dulzura e inocencia; de pasión y lujuria. La necesidad de ella no se saciaría con un beso, ni con una noche. Iba a necesitar toda la vida para recuperar el tiempo que había desperdiciado, y pensaba hacerlo a conciencia. El ingrediente afrodisíaco sería siempre, entre ellos, el amor.

Epílogo

A pesar de que Christian intentó persuadirla de no hacerlo, de muchas formas interesantes, Emma se mantuvo firme en la idea de hablar personalmente con sus padres. Él insistió en que no quería que se alterara, dado su avanzado estado de gestación, pero ella replicó que sentía necesidad de cerrar aquella etapa del pasado, aunque ahora fuese feliz. Entonces mantuvieron una de aquellas peleas en las que sus personalidades se enfrentaban. Ya no era como antes, no había palabras hirientes; ahora él la escuchaba siempre con aquella media sonrisa que a Emma no dejaba de cautivarla. Sin embargo, cuando estaban muy enfadados, preferían separarse y hacer alguna cosa el uno lejos del otro, hasta calmarse, para luego retomar el asunto de la discordia. Al final, sabían que ambos ganaban si aprendían a ceder en su matrimonio. Les había costado mucho dolor aprender esa lección.

Christian había cambiado por completo con ella; se había vuelto más cariñoso y expresivo, siempre llegaba a casa con un detalle, y la besaba por eternos minutos hasta que ambos perdían el sentido de la realidad y terminaban en una bruma de pasión y amor entre las sábanas. Pero la parte que más alegría le causaba a Emma era que no pasaba un solo día, desde aquel ocaso en la Torre O'Brien, en que él no le dijera cuánto la amaba.

Al final, cuando llegó el momento de viajar a Escocia para encontrarse, por primera vez después de la reconciliación de ambos en Dublín, con Catherine y Rory, Christian insistió en acompañarla. A sus padres no les gustó del todo que Trevor y ella hubiesen vendido la mansión de Mayfair, pero no tuvieron más remedio que aceptarlo, y además la miraron con una sonrisa avergonzada y cargada de arrepentimiento. Su madre había perdido un poco de ese porte altivo que la caracterizaba y su padre tenía el cabello muy encanecido. Se fundieron en un abrazo. Estuvieron así durante un largo tiempo. Rory fue el primero en hablar; le pidió perdón y su madre no paró de llorar. Se excusaron con ella de todas las formas posibles. Emma no se guardó ningún pensamiento y, aunque no sentía rencor hacia sus padres, ellos tenían que conocer lo que sus actos habían causado. Guardar resentimientos por el pasado o buscar castigarlos de algún modo por las graves faltas cometidas en su contra, aunque se lo merecieran, a ella le parecía un sin sentido, mucho más cuando su vida ahora era más plena que nunca.

Por su parte, Christian no quiso escuchar las quejas de sus suegros cuando le dijeron que la mensualidad que les pagaba con tal de que no volvieran a Londres a intentar poner negocio alguno no era suficiente. Emma conocía cuál era la cantidad, y no podía entender cómo sus padres podían gastarse tanto dinero en tan poco tiempo, y aparte ser tan descarados quejándose cuando deberían

sentirse más que agradecidos. Sin embargo, ya se había hecho a la idea de que en ese sentido no iban a cambiar; habían nacido en cuna de oro y vivido siempre con lujos, y ahora verse condicionados por un yerno con un tremendo carácter como Christian no les hacía gracia, aunque era eso o que su esposo hiciera cumplir la advertencia de que, si le causaban algún malestar a ella, él personalmente se encargaría de restringir sus visitas a Londres una vez naciera su nieta.

Iban a tener una preciosa niña. El resultado de la ecografía había puesto a Christian loco de contento, y a ella mucho más. Él se volvió especialmente protector a lo largo de su embarazo y también con sus necesidades, y no permitía que nada ni nadie la indispusiera. Sin embargo, para tristeza de Emma, alguien en la empresa encontró el modo de enterarse del asunto del desvío de fondos, y su padre estaba siendo investigado por las autoridades, con una alta probabilidad de acabar en la cárcel. Eso ella lo supo oyendo sin querer una conversación entre Christian y Trevor, durante una de las visitas de su hermano a Londres desde Austria; le gustaba que ese par empezara a retomar su amistad tal como había sido en los tiempos de Oxford. Emma esperaba que, aunque se lo mereciera, el resultado de las investigaciones policiales no fuera tan drástico para su padre. Su madre fue expulsada del club de aficionados de arte egipcio; Emma creía que esto último era lo que había afectado verdaderamente a Catherine, más que el hecho de no vivir ya en la capital inglesa. El que estuviera a cargo de la oficina de decoración de Alette en Edimburgo fue un impulso importante para que no se sintiera desarraigada de su ambiente creativo.

Desde aquella visita a Edimburgo y el asunto de su padre, había pasado un tiempo. Y la espera más dulce de su vida había acabado. Hacía dos días que había salido del hospital, donde había tenido un parto natural, y ahora estaba de pie, en el salón de recepción de la casa que compartía con Christian en Londres, sosteniendo a su hija, Sarah Nicole Hawthorne.

Desde que nació, Sarah gritó a todo pulmón dando buena cuenta de que llevaba una mezcla del genio de su padre y su madre. Emma no podía sentirse más orgullosa de haberle dado una segunda oportunidad a su matrimonio. Amaba tanto a Christian, y él a ella, que a veces parecía un sueño. Pero él siempre estaba allí para recordarle que todo era muy real.

La familia en pleno se había reunido para recibir a los recién estrenados padres y a la pequeña nueva integrante. Adam, Piers y George no faltaron, ni tampoco Danielle, quien se estaba adaptando cada vez mejor al entorno. Los padres de Emma y Trevor enviaron sus felicitaciones con una preciosa cuna tallada desde Escocia, pero excusaron su asistencia, diciendo que irían más adelante. Las asperezas entre ellos y Christian tardarían en desaparecer, aunque Emma estaba convencida de que pronto la visitarían para conocer a su primera nieta.

Emma sentía que lo tenía todo. Un hombre que la amaba, el más guapo y sexi que había visto en su vida, y era todo suyo. Además tenía a su familia, y sabía que las cosas mejorarían con el tiempo. También trabajaba en lo que le gustaba y apasionaba: su fundación. Y, lo más importante, tenía a su preciosa y perfecta Sarah Nicole.

Trevor, que ahora llevaba su anillo de casado y la sonrisa enamorada por Alette, aplaudió la idea de poner algunas acciones de la compañía H&E a nombre de la pequeña Sarah, y también otras a nombre de Gladys. La abuela de Christian le agradeció el gesto, pero no lo aceptó. Prefirió donar cualquier ganancia a la fundación que dirigía Emma, quien lo apreció de corazón.

Milestones se había expandido hasta Chesterton. Otro de los obsequios de Christian. Le cedió

la casa que heredó de su abuelo Lionel, quien había fallecido tres meses antes de que naciera Sarah Nicole. Christian quería que los niños y padres de esa localidad tuvieran la misma atención que había en la sede de la fundación en Londres. Trevor y Emma pusieron el dinero obtenido con la venta de la casa de sus padres de Mayfair en un fideicomiso a nombre de ambos, para decidir en un futuro cómo invertirlo. Cuando Christian le dijo a Emma que podía hacer lo que quisiera con el título de propiedad de la casa en Mayfair, ella pensó de inmediato en su hermano. Sus padres los habían defraudado, así que compartir con Trevor el dinero de la venta de la mansión fue la vía que Emma consideró más justa.

—¿A que es la más bonita de todas las niñas? —le preguntó una orgullosa Gladys a su nieto, mirando a la criatura envuelta en un atuendo lila que Emma le había entregado para sostener—. Mi bisnieta... es tan pequeñita. ¡Es perfecta!

Alrededor, quienes habían asistido a la recepción conversaban animados acompañando a los nuevos padres en su felicidad.

—Claro que lo es, abuela —confirmó Christian observando con devoción a su hija y sonriendo luego a Emma.

Gladys se llevó a Sarah en brazos para que el resto de la familia y amigos la consintieran.

Aprovechando que todos estaban más interesados en su hija que en ellos, Christian tomó de la cintura a Emma y se la acercó más hacia él. Ella le sonrió, enlazó las manos detrás de su cuello y se apoyó contra su pecho.

—Nuestra hija es preciosa, porque tiene a la madre más hermosa del mundo, y yo tengo el privilegio de amar a ambas —murmuró Christian besando a su esposa con adoración y pasión.

—Y nosotras de amarte a ti...

Christian estaba cada día más enamorado de Emma, y ahora también estaba loco por su pequeña hija, que era una bendición del cielo. Definitivamente, era un hombre afortunado.

Encuentra más sobre la autora visitando su blog:
<www.kristelralston.com>; puedes
escribirle a contacts@kristelralston.com, y seguirla en Twitter [@KristelRalston](https://twitter.com/KristelRalston) o Facebook
<<https://www.facebook.com/kristel.ralston>>

Biografía



Escritora de novela romántica y ávida lectora del género, a **Kristel Ralston** le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al *viejo continente* para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

La autora fue finalista del concurso de novela romántica *Leer y Leer 2013*, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y es coadministradora del blog literario *Escribe Romántica*. Kristel Ralston ha publicado varias novelas como *El último riesgo*, *Lazos de Cristal*, *Regresar a ti*, *Bajo tus condiciones*, *Un Capricho del Destino*, *Desafiando al Corazón*, *Más allá del ocaso*, *Un orgullo tonto*, entre otras.

Kristel vive actualmente en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. En su tiempo libre disfruta escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Bajo tus condiciones

Kristel Ralston

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Kristel Ralston, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: septiembre de 2014

ISBN: 978-84-08-13165-6

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com